
EVA
TOBALINA
LOS
CAMINOS
DE LA
SEDA
La historia del encuentro
entre Oriente y Occidente

ÍNDICE

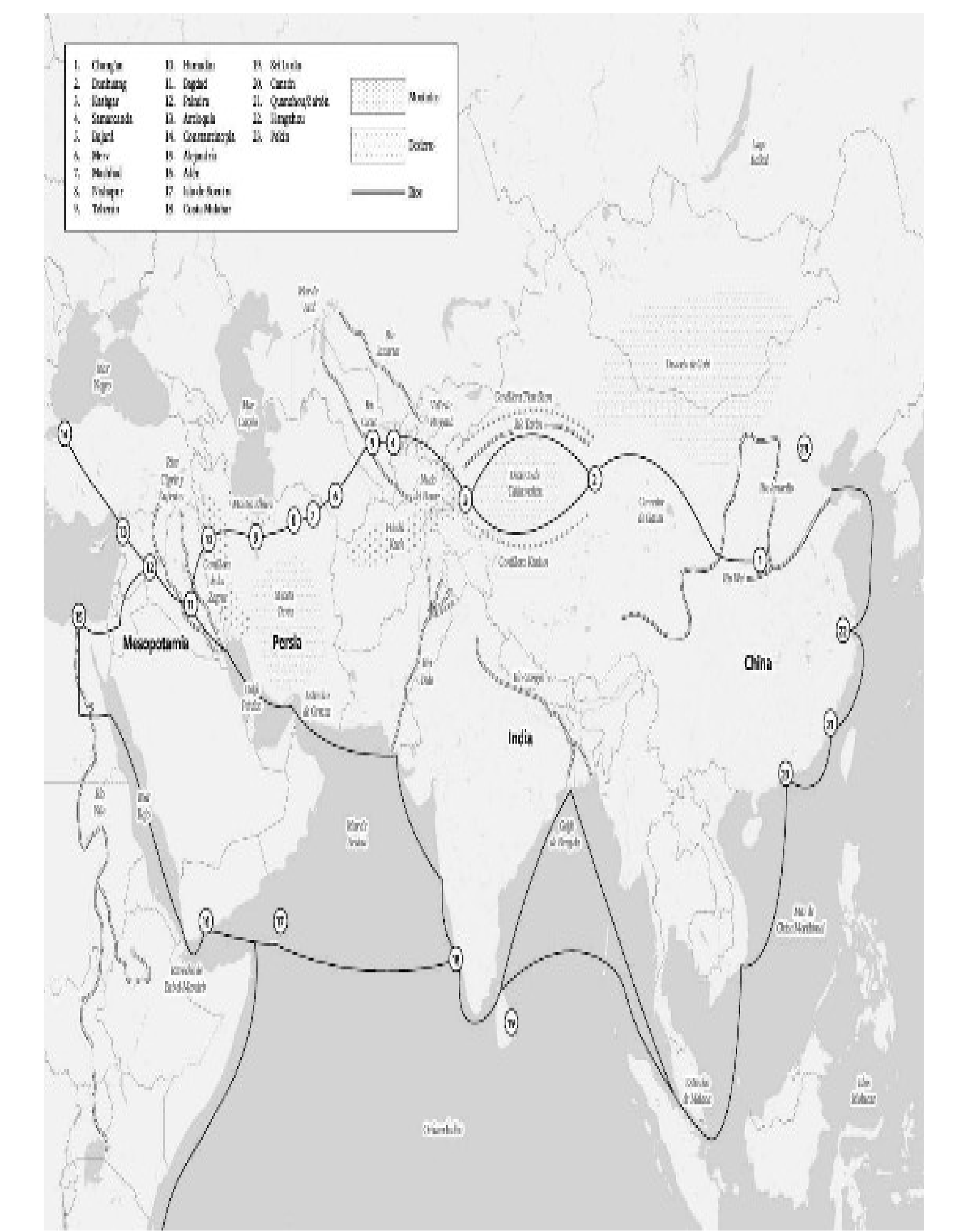
IV

LA HISTORIA

A mi madre.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro recorre miles de kilómetros a lo largo de tres continentes y varios océanos. Durante su lectura se atravesarán desiertos y cordilleras, oasis y puertos, caravasares y albergues de montaña. Muchos de los lugares resultarán desconocidos, y no son pocos los que tienen nombres extraños o directamente impronunciables. A veces, sobre todo al principio, la acumulación de topónimos, etnónimos e hidrónimos de toda clase podrá resultar abrumadora. Pero quisiera recomendar al lector que no se preocupe por eso y siga leyendo con total tranquilidad. No importa si el nombre de un lugar del Lejano Oriente se olvida después de un par de menciones, o si resulta imposible recordar la palabra con la que se designaba a un pueblo de la estepa. Los caminos se recorrerán en todas direcciones, los lugares más importantes volverán a visitarse y los protagonistas más señalados de la historia se describirán con suficiente detalle. Y al cabo de algunos capítulos, aquellos nombres extraños comenzarán a resultar familiares, los accidentes geográficos se volverán conocidos, e incluso los pueblos o los personajes más ajenos, con los apelativos más insólitos, se habrán vuelto algo cotidiano. Para aquellos que sean capaces de llegar hasta el final, el recorrido y sus accidentes, la ruta y sus protagonistas habrán quedado tan grabados en su memoria que podrán recorrer a placer los caminos de la seda, desde el mar de China hasta el Mediterráneo, simplemente haciendo uso de su imaginación.


Mesopotamia
Persia
India
China

INTRODUCCIÓN

Lo cierto es que, si queremos ser precisos, no podemos afirmar que la Ruta de la Seda existiera. Jamás hubo un camino fijo, materializado en infraestructuras similares a las calzadas romanas, que conectara Oriente y Occidente, y la seda no fue la única de las mercancías que se transportaron. A través de estos itinerarios transitaron bienes mucho más valiosos, capaces de transformar profundamente las sociedades con las que tomaron contacto. Y desde luego, los mercaderes, viajeros, monjes y peregrinos que recorrieron aquellas vías nunca se refirieron a ellas como la «Ruta de la Seda».

Comencemos por el nombre. La expresión «Ruta de la Seda» se acuñó en el siglo XIX, cuando el recorrido estaba ya en sus últimos estertores. Un geógrafo alemán, el barón Ferdinand von Richthofen (1833-1905),[1] fue enviado a China para explorar la posibilidad de construir un ferrocarril desde Shandong, en el extremo noreste del país, hasta Alemania, atravesando la zona de Xi'an, muy atractiva por su valor minero. Von Richthofen era un científico concienzudo y pasó cuatro años recorriendo aquellas regiones, explorando posibles vías de comunicación. Pero también era un humanista, dotado de la valiosa capacidad de descubrir las grandes líneas de la historia tras la confusa maraña de los datos y las fechas. Consiguió traducciones de viejos tratados chinos de geografía, los cotejó con los clásicos grecorromanos, examinó cada detalle del territorio —su etnografía, su economía, su historia…— y percibió la existencia de una red muy antigua de caminos, rutas que conectaban China con Asia Central atravesando los mismos lugares por donde pensaba construir el ferrocarril. En 1877, cuando publicó el fruto de sus investigaciones —un extenso estudio, en cinco volúmenes, sobre la geografía de China—[2] expuso a la comunidad científica la existencia de estos recorridos milenarios y para referirse a ellos utilizó, por primera vez, el término *die Seidenstrassen*, que podría traducirse como «los caminos de la seda».

La obra de Ferdinand von Richthofen se publicó en un momento en que el interés por China y Asia Central estaba en aumento, y un número creciente de investigadores y aventureros visitaba la región. Uno de estos exploradores fue el sueco Sven Hedin (1865-1952), que había sido discípulo de Von Richthofen en la universidad de Berlín. En 1933, Sven Hedin fue enviado por el gobierno chino para trazar una carretera entre Pekín y Kashgar, una de las grandes paradas de la Ruta

de la Seda, situada en el extremo occidental del desierto de Taklamakán. Tres años más tarde, en 1936, Hedin escribió un libro sobre sus experiencias titulado precisamente *Die Seidenstrasse*, que se publicó en inglés con el título *The Silk Road* (*La Ruta de la Seda*). A diferencia de las sesudas reflexiones de Von Richthofen, el relato de Hedin era un trepidante libro de aventuras, rebosante de exotismo y de personajes pintorescos, y obtuvo un enorme éxito editorial. La popularidad de la obra mejoró la maltrecha economía del explorador, dio a conocer la región del Taklamakán, e hizo llegar al gran público la expresión «Ruta de la Seda», que comenzó a emplearse en el resto de los idiomas modernos.

Cuando Von Richthofen publicó sus conclusiones sobre la Ruta de la Seda, destacó las particularidades espaciales y temporales del recorrido. Percibió la existencia de caminos que conectaban puntos más o menos fijos en el mapa, y que desde el norte de China seguían una dirección este-oeste hasta desembocar en las llanuras de Asia Central. El geógrafo documentó también una vía marítima que unía China con India y el golfo Pérsico a través de los puertos del sudeste asiático. Estos recorridos se levantaban sobre caminos muy antiguos, pero tuvieron una etapa de esplendor que comenzó en el siglo II a. C., tras el nacimiento del Imperio chino, y se extendió hasta el siglo XVI, cuando España y Portugal consiguieron desembarcar en el Extremo Oriente y conectarlo directamente por mar con Europa. Richthofen pudo notar, además, que los recorridos cambiaban con el tiempo; un terrible desierto se bordeaba primero por el sur, después por el norte, y una parada, importante durante cientos de años, quedaba desplazada en beneficio de otra en la que se había levantado un lugar de culto a un mártir asesinado. Para que algunos de estos cambios se produjeran, bastaba un cambio de estación, la presencia de bandidos o el comportamiento depredador de un monarca avaricioso. Otras mutaciones eran fruto de profundas transformaciones políticas o religiosas. Así pues, se entiende que la Ruta de la Seda no era un camino único, sino una compleja red de recorridos, terrestres y marítimos, que conectaba el Extremo Oriente con el Mediterráneo, y cuyo trazado concreto cambiaba con frecuencia, sujeto a las circunstancias meteorológicas, políticas o religiosas.

Por lo que respecta a los bienes, es cierto que la seda desempeñó un papel importante. Este preciado tejido fue un producto de lujo deseado en toda Eurasia, hasta el punto de que llegó a emplearse como moneda de cambio. Pero los intercambios comerciales incluyeron infinidad de productos manufacturados, materias primas y ganado, provenientes de todos los lugares atravesados por la ruta. El éxito del recorrido solo fue posible gracias a una inteligente combinación de comercio internacional con tráfico local. Es decir, las

caravanas realizaban una pequeña porción del camino: vendían, compraban y regresaban a su lugar de origen cargadas de nuevas mercancías para rentabilizar al máximo la travesía.

Por último, Von Richthofen señaló en sus estudios que el recorrido no tenía un propósito exclusivamente comercial: también sirvió como vía de intercambios culturales, tecnológicos, artísticos y religiosos. El papel y la pólvora llegaron al Mediterráneo de manos de los árabes, que habían tomado contacto con estos avances en Asia Central. El arte grecorromano penetró hasta el desierto de Taklamakán y el valle del Indo, generando deliciosos mestizajes artísticos, mientras los diseños chinos que decoraban sedas y porcelanas se imitaban en el Mediterráneo y Europa Occidental. El budismo, el islam y el cristianismo se expandieron gracias a esos caminos, donde los monjes fueron tan abundantes como los mercaderes, y las estupas y los monasterios tan frecuentes como las paradas de posta. Y es que la Ruta de la Seda no fue una simple vía de transporte de mercancías; la historia de sus polvorientos caminos es el relato del descubrimiento mutuo de Oriente y Occidente, de los lazos que unieron entre sí los extremos de Asia y Europa desde hace más de dos mil años, y de las profundas transformaciones que estos vínculos provocaron a lo largo de tres continentes.

I

EL NACIMIENTO DE LA RUTA DE LA SEDA

Hace 3.000 años, las enormes estepas de Asia, que se extendían desde Mongolia hasta el Cáucaso, eran un lugar inclemente. Sus tierras estaban formadas por altas mesetas muy alejadas del mar y sometidas a un clima continental extremo, con veranos abrasadores e inviernos gélidos. La hierba era la única vegetación que aguantaba la implacable alternancia de heladas y sequías, y, hasta donde alcanzaba la vista, el horizonte era una sucesión de colinas en las que solo el cambio de estación rompía la monotonía del paisaje: blanco en invierno, verde en primavera y otoño, y pardo a lo largo del verano.[3]

Las gentes que habitaban estos confines eran tan duras como el clima. En un terreno así, la agricultura era casi siempre inútil; los habitantes de la estepa se dedicaban a la cría de ganado, recorriendo incansablemente las inmensas llanuras en busca de agua y pasto. Vivían en yurtas, pequeñas tiendas hechas con cañas y lana, montaban caballos ágiles y resistentes, capaces de alimentarse con la pobre hierba de las mesetas, y alternaban el pastoreo con la caza, aprovechando sus extraordinarias dotes como arqueros. Pero los recursos que ofrecían las estepas eran limitados y sus gentes vivían siempre en un equilibrio precario. Bastaba un verano muy seco o un invierno demasiado frío para que pasaran hambre. Cuando esto sucedía, sus moradores podían obtener alimento y botín saqueando las ricas tierras de sus vecinos del sur o del oeste, agricultores a los que el sedentarismo les había permitido fundar grandes civilizaciones en Europa, Oriente Medio o Asia. Sin embargo, si los rigores del clima se prolongaban demasiado tiempo, la estepa se convertía en un lugar inhabitable y comenzaba a arrojar tribus y pueblos enteros, que caían sobre sus desprevenidos vecinos como una pavorosa plaga.

Los registros chinos, persas y europeos de invasiones procedentes de las estepas de Asia son tan antiguos como la propia civilización. En los relatos, el nombre de los invasores cambiaba —hunos, partos, mongoles…—, pero su aspecto era siempre el mismo: hordas de terribles jinetes que surgían de repente de las profundidades de la estepa para arrasar campos, ciudades y naciones. A pesar de su desolado aspecto, las praderas de Asia eran para sus vecinos una auténtica *officina gentium, vagina nationum*: una fábrica de clanes, madre de naciones enteras.[4]

LOS XIONGNU

A mediados del primer milenio a. C., para los europeos y las gentes de Persia y Mesopotamia, los invasores de la estepa recibían el nombre de escitas. En el caso de los chinos, sus agresivos vecinos del norte llevaban el rostro de los xiongnu. Contaba Sima Qian, el gran historiador de la dinastía Han,[5] que los xiongnu vivían más allá de los confines septentrionales de China. Se dedicaban al pastoreo nómada y carecían de ciudades o de viviendas fijas. Desconocían incluso el uso de la escritura, y hasta para los acuerdos más solemnes debía bastar la palabra de los implicados. Sus costumbres, por otro lado, eran las propias de los salvajes. Se vestían con pieles y se alimentaban solo de carne. Carecían de una religión organizada y sus vagas creencias chamánicas se basaban en la adoración a un dios llamado Tengri, señor del cielo azul, y en el respeto a algunos lugares sagrados, como las montañas. No conocían el honor, su única motivación era el interés propio, y sacrificaban cualquier sentimentalismo a las necesidades del clan. Los jóvenes y fuertes comían primero, obligando a los ancianos a alimentarse con las sobras. Cuando un hombre perdía a su padre, se casaba con su madrastra, y si moría uno de sus hermanos, tomaba a su viuda como parte de su propio harén. Sin embargo, si el que moría era un jefe, sus esposas y sirvientes lo acompañaban a la tumba, donde eran sacrificados rebanándoles la garganta, mientras los deudos del difunto se cortaban la cara con cuchillos para que la sangre se mezclara con las lágrimas.

Los xiongnu eran también extraordinarios guerreros, tan feroces como astutos. Los niños aprendían a montar y a disparar el arco tan pronto como eran capaces de dar sus primeros pasos. Los más pequeños cabalgaban sobre las ovejas y lanzaban sus flechas a los pájaros o las ratas, pero en cuanto crecían lo suficiente se les enseñaba a abatir liebres y zorros, que también servían como alimento. Al alcanzar la edad adulta, todos los xiongnu dominaban el arco, la lanza y la espada, y eran consumados jinetes. En tiempos de bonanza usaban esas habilidades para la caza, pero en los años de carestía utilizaban su talento militar para lanzar expediciones de saqueo sobre las tierras de sus prósperos vecinos del sur. Las fértiles llanuras chinas dedicadas a la agricultura y a la producción de manufacturas, repletas de aldeas y ciudades, eran una presa fácil para los feroces nómadas. Pronto, las cabezas cortadas de los chinos comenzaron a adornar los campamentos de los jinetes esteparios, que convertían los cráneos de sus adversarios prominentes en copas para beber durante sus

banquetes y adornaban sus túmulos con piedras que contaban el número de enemigos que habían masacrado en vida.

Parece que los ataques de los xiongnu comenzaron en el siglo IX a. C., tal vez incluso antes. Durante cientos de años, realizaron innumerables incursiones en territorio chino, destruyendo todo lo que encontraban a su paso y regresando a la estepa cargados de botín. Las autoridades chinas trataron por todos los medios de hacer frente a los asaltos. Primero enviaron ejércitos que persiguieron inútilmente a los salvajes, pues estos aceptaban el combate solo cuando disfrutaban de ventaja, y entre ellos no era un deshonor salir huyendo del enemigo. Con frecuencia, las tropas chinas que se alejaban demasiado en persecución de los bárbaros acababan cayendo en una emboscada o perdidas en el desierto de Gobi. De nada sirvió que, para combatirlos mejor, los chinos abandonaran sus viejos carros de combate y sus tradicionales túnicas largas y los reemplazaran por caballería y pantalones, copiados precisamente de los nómadas del norte. Después intentaron aplacarlos con tratados, tributos e incluso enlaces matrimoniales, convirtiendo a princesas bárbaras en reinas, para descubrir, aterrados, que estas no dudaban en abrir las puertas de las ciudades chinas a los invasores. Incluso estudiaron la periodicidad de las incursiones xiongnu, procurando encontrar patrones que les permitieran predecirlas. Finalmente, los chinos levantaron fortalezas a lo largo de la frontera norte, donde se habían conquistado regiones enteras para que sirvieran de muro de contención ante los enemigos. Pero todo era en vano. Para el siglo III a. C., los xiongnu se habían vuelto todavía más fuertes, e incluso parecía que habían conseguido unirse bajo un líder común, al que llamaban «el Hijo del Cielo», en referencia a Tengri, divinidad suprema de las gentes de las estepas.

Es posible que muchos en China pensaran que la causa de la debilidad del país era su desunión, pues su territorio estaba dividido en varios reinos, permanentemente enfrentados entre sí. Por este motivo, cuando el reino de los Qin se impuso sobre todos los demás, fundando el primer gran Estado unificado chino, surgieron grandes esperanzas de que el Primer Emperador de China, Qin Shi Huangdi (221-210 a. C.), fuera capaz de acabar con las incursiones de los xiongnu. El Primer Emperador empleó su extraordinario talento para cumplir las expectativas. Envió al norte un ejército de 100.000 hombres, que arrojó a los bárbaros más allá de los confines de la meseta de Ordos. Construyó cuarenta y cuatro ciudades amuralladas para proteger las fértiles orillas del río Amarillo, corazón del imperio. Conectó las ciudades y los castillos con caminos para facilitar el movimiento de las tropas y, finalmente, unió todas las fortalezas construidas por sus predecesores para levantar un encintado murario sin parangón sobre la faz de la tierra: la Gran Muralla. Por primera

vez, la determinación del monarca consiguió frenar a los xiongnu. Incapaces de superar las defensas levantadas por el Primer Emperador de los Qin, los nómadas de las estepas se vieron obligados a desplazar sus saqueos a otras regiones, y volvieron su mirada a Occidente.

Allí, al oeste de la meseta de Ordos, en el extremo noroccidental del corredor de Gansu, vivían unas gentes llamadas yuezhi. Los yuezhi fueron un pueblo misterioso, pero los historiadores creen que podrían identificarse con los tocarios, que eran de origen indoeuropeo. Esta aseveración se basa en el hecho de que las fuentes romanas situaban a estos últimos, en ese momento, justo en la zona donde los autores chinos ubicaban a los yuezhi.[6] Pues bien, a finales del siglo III a. C., los caudillos de los xiongnu comenzaron a atacar a los desprevenidos yuezhi, cuyo rey acabó derrotado, muerto y con su cráneo convertido en una copa de oro en manos del señor de los xiongnu.

Los desplazamientos de pueblos eran uno de los efectos más importantes de las invasiones de las tribus de la estepa. A veces, cuando sus campañas se dirigían contra tribus nómadas o naciones débiles, los forzaban a abandonar sus tierras, y, en su huida, los derrotados acababan desalojando a otros pueblos, provocando enormes movimientos en cadena de consecuencias imprevisibles. Puede que un efecto dominó de estas características causara la caída del Imperio romano de Occidente en el siglo V. En el caso de los yuezhi, incapaces de resistir la presión de los xiongnu, optaron por emigrar al oeste. Tras una azarosa travesía, llegaron a un fértil valle rodeado de montañas en la cuenca alta del Oxus —hoy conocido como Amu Daria—, un lugar que recibía el nombre de Bactria y se encuentra hoy en la frontera entre Uzbekistán, Tayikistán y Afganistán.

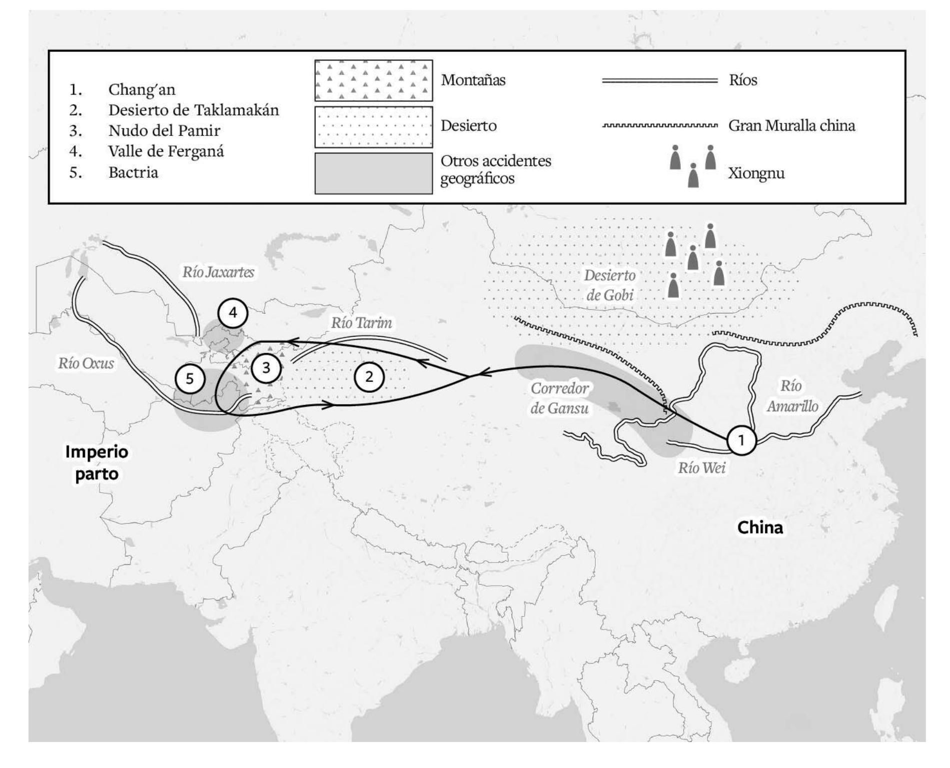
Los yuezhi mantuvieron ocupados a los xiongnu durante un tiempo, pero cuando fueron derrotados y se retiraron a las tierras de Asia Central, los xiongnu aprovecharon para apoderarse de sus dominios en el corredor de Gansu, haciéndose todavía más poderosos.

Mientras tanto, cambios de igual calado se habían producido en China. La primera dinastía imperial, la de los Qin, instaurada por el Primer Emperador, había sido derrocada poco después de la muerte de su fundador. Una nueva dinastía, la de los Han, se había hecho con el poder en el año 206 a. C. tras una cruenta guerra civil. Los enfrentamientos habían obligado a desguarnecer la Gran Muralla, y los fortalecidos xiongnu aprovecharon la ocasión para reanudar sus ataques. Cada año, en otoño, coincidiendo con la estación de la cosecha, los bárbaros arrasaban las tierras de China como una plaga de langosta.

Los primeros emperadores Han, desbordados, trataron de pactar con los saqueadores: enviaron princesas chinas a la estepa para casarse con sus líderes, a los que entregaban sustanciosos tributos en seda, arroz, alcohol y moneda de cobre. Mientras contemplaban a los jefes xiongnu pavonearse envueltos en varias capas de la mejor seda china, los funcionarios imperiales albergaban la esperanza de que el contacto con aquellas mercancías refinadas ablandara a los bárbaros, como si la exposición continuada al lujo pudiera corromper a aquellos salvajes que carecían de todo. Se trataba de una esperanza vana. La belleza de las mercancías chinas excitaba todavía más la codicia de los jinetes de la estepa, y los tributos, lejos de aplacarlos, solo servían para hacerlos más fuertes. Fue entonces cuando subió al trono uno de los grandes gobernantes de la historia de China: el emperador Wu de la dinastía Han (141-87 a. C.).

El emperador Wu comenzó por reformar profundamente su propio imperio, sentando las bases de su organización. El monarca estaba convencido de que un Estado centralizado, construido sobre los principios confucianos, una economía fuerte y un ejército disciplinado podrían proporcionar a China la victoria sobre los xiongnu, acabando con el vergonzoso pago de tributos de sus predecesores Han. Pero si quería emprender una guerra total contra los ubicuos xiongnu, cuyos dominios se extendían desde el actual Kazajistán hasta Mongolia, iba a necesitar también aliados. ¿Dónde podría encontrar el Imperio chino otro Estado civilizado, dispuesto a embarcarse en una peligrosa campaña militar contra los jinetes de la estepa?

Sorprendentemente, la respuesta llegó a los funcionarios chinos a través de los prisioneros xiongnu. Los cautivos relataron a los oficiales imperiales cómo los bárbaros del norte habían atacado y derrotado a los yuezhi, obligándolos a abandonar sus tierras y marchar hacia el oeste. Si las noticias eran ciertas, es posible que los yuezhi tuvieran ansias de venganza contra los xiongnu y se mostraran receptivos a una alianza con el Imperio Han. Pero, por desgracia, los sabios imperiales ignoraban el paradero de los yuezhi. El hecho de que se enteraran de una guerra que había tenido lugar en sus fronteras por boca de prisioneros extranjeros es revelador del escaso conocimiento que los chinos tenían acerca de lo que ocurría más allá de la Gran Muralla. Además, las tierras hacia las que se habían dirigido los yuezhi se encontraban en los lejanos países del oeste, y para llegar hasta allí había que recorrer regiones desérticas, donde escaseaban el agua y el alimento. Y, por si esto fuera poco, cualquier intento de seguir las huellas de los yuezhi implicaba atravesar tierras que habían sido ocupadas por los xiongnu. El emperador Wu pidió un voluntario, un hombre valiente que se atreviera a cruzar los dominios de los xiongnu, recorrer las lejanas regiones del oeste y llegar hasta los yuezhi para convencerlos de que se unieran al Imperio chino en una alianza contra los bárbaros. La empresa parecía suicida, pero un oficial se atrevió a dar un paso al frente y respondió a la llamada del emperador. Ese hombre se llamaba Zhang Qian y su nombre estará siempre ligado al nacimiento de la Ruta de la Seda.



En torno al año 139 a. C., Zhang Qian partió hacia el oeste acompañado de una numerosa escolta y de un esclavo xiongnu llamado Ganfu con la esperanza de aprovechar su conocimiento del territorio bárbaro, pero también su maestría con el arco y su capacidad de supervivencia, que resultaron decisivas en la misión. La embajada recorrió el corredor de Gansu y se internó en el territorio de los xiongnu, pero sus integrantes fueron descubiertos y capturados por los jinetes de la estepa. Estos despacharon a Zhang Qian y sus hombres a su rey, que se mostró indignado por el descaro del emperador chino, que enviaba, a través de sus dominios, a un embajador para entrevistarse con un rey enemigo y urdir una alianza contra él. Durante más de diez años, el señor de los xiongnu mantuvo prisionero a Zhang Qian, aunque las condiciones de su cautiverio fueron amables. Se le entregó una esposa, con la que el oficial chino llegó a concebir un hijo, y sus guardianes le concedieron una considerable libertad de movimientos. Pero Zhang Qian no había olvidado quién era, y conservaba todavía el emblema de embajador que le había entregado el emperador Wu. Cierto día, aprovechando un despiste de sus carceleros, Zhang Qian consiguió escapar acompañado de sus compañeros de embajada. Sin pensar en la familia que dejaba atrás, temeroso de ser alcanzado por los xiongnu, avanzó hacia el oeste durante semanas, a través de tierras inhóspitas y desconocidas. A un lado tenía un espantoso desierto, al otro, montañas

infranqueables. La única fuente de agua eran los escasos arroyos que descendían de la cordillera y creaban pequeñas manchas de verdor antes de ser devorados por el desierto. Su único alimento eran los pájaros y las pequeñas bestias que el esclavo xiongnu, Ganfu, cazaba con su arco. Finalmente, al término de esta terrible travesía, arribaron a un lugar delicioso, una gran llanura rodeada de montañas a la que los chinos llamaron Dayuan, y que nosotros conocemos como valle de Ferganá.

El recibimiento por parte de los habitantes del lugar fue espléndido, pues aquellas gentes, pacíficas y civilizadas, sabían de la existencia del Imperio chino y habían tratado de comunicarse con su emperador muchas veces. Zhang Qian les pidió que le condujeran a la tierra de los yuezhi, y los gobernantes de Ferganá se apresuraron a conceder a la embajada salvoconductos, guías e intérpretes que permitieron al emisario llegar hasta los dominios de los yuezhi en Bactria —Daxia para los chinos—. Aquí, los yuezhi se habían apoderado de una tierra fértil y bien surtida de agua, protegida de los bárbaros xiongnu por la distancia y los desiertos, y donde tenían la intención de llevar una existencia pacífica. De hecho, cuando por fin arribó a sus dominios, los yuezhi recibieron al embajador chino con buena voluntad, pero se negaron a participar en cualquier alianza militar. Durante más de un año, Zhang Qian permaneció en su corte, tratando de convencerlos de tomar las armas contra los jinetes de la estepa, pero ni su insistencia ni sus buenas razones consiguieron despertar el más mínimo afán de venganza en el rey de los yuezhi, que, probablemente, tenía muy presente el destino de su padre, convertido en vajilla de mesa por los xiongnu. Al final, el embajador tuvo que reconocer su fracaso y emprender el largo camino de regreso.

Esta vez, Zhang Qian trató de aprovechar el conocimiento adquirido en su viaje de ida y tomó la ruta más meridional posible, alejada —al menos eso debía de pensar— de los dominios de los xiongnu. Sin embargo, sus precauciones fueron vanas, y el embajador volvió a ser capturado por los bárbaros de la estepa. Es posible que, a estas alturas, Zhang Qian estuviera profundamente desanimado, embarcado en una embajada fracasada que parecía no tener fin. Pero un golpe de fortuna cambió su situación. El rey de los xiongnu murió y se desencadenó —como era habitual entre los pueblos de la estepa— una sangrienta lucha por el poder. Aprovechando el caos de la guerra civil, escapó llevando consigo a su esposa xiongnu —Sima Qian, el historiador de los Han, no dice nada del hijo que habían engendrado juntos— y a su esclavo bárbaro, el resolutivo Ganfu. Por fin, más de una década después del inicio de su misión, el embajador pudo regresar a China en torno al año 126 a. C. De los cien hombres que le habían acompañado en su travesía, solo sobrevivía uno, el esclavo Ganfu, que

pasó del cautiverio a ser generosamente recompensado por el emperador con un título muy descriptivo: «el señor que desempeña su misión».

Es fácil hacerse una idea de qué debía de pasar por la cabeza de Zhang Qian en el momento en que fue recibido por el emperador Wu para darle cuenta de su cometido. La embajada había sido un desastre, pero al menos había transcurrido por tierras exóticas y desconocidas, así que hizo hincapié en la información que había obtenido de aquellos lugares remotos. El oficial se afanó por describir al monarca los reinos que bordeaban el desierto de Taklamakán, donde abundaban las piedras preciosas y las gentes vivían en ciudades fortificadas: el valle de Ferganá, fértil, rico y densamente poblado, o el inmenso reino de Anxi (el Imperio parto), que se extendía al sur del río Oxus (Amu Daria), donde había cientos de prósperas ciudades. Algunas informaciones de Zhang Qian, obtenidas ya de oídas, llegaban incluso más allá. Contó al emperador que los partos controlaban la región de Mesopotamia, un lugar húmedo y caluroso, donde anidaban pájaros enormes, capaces de poner huevos grandes como cazuelas, y cuyos habitantes eran extremadamente inteligentes y astutos.

Algunos de los datos que proporcionó al emperador Wu iban más allá de la mera descripción geográfica, como si en su relato hubiera un especial interés en cuestiones de carácter económico. Durante su azaroso viaje, Zhang Qian pudo percatarse de que en el valle de Ferganá se hacía vino de uvas, en lugar del de arroz que bebían los chinos, o de que los mercaderes partos usaban monedas de plata con la efigie de su rey y eran capaces de viajar muy lejos, en carros o en barcos, en busca de mercancías. Descubrió que Bactria, la tierra donde vivían los yuezhi, estaba habitada por gentes poco dotadas para la guerra, pero extremadamente hábiles para el comercio, que disponían de todo tipo de productos para comprar y vender. El embajador se molestó incluso en visitar sus mercados y descubrió, asombrado, que en ellos se podían ver cañas de bambú de Qiong y tejidos de la provincia de Shu, situada en el corazón de China. ¿Cómo era posible que mercancías chinas pudieran estar a la venta en un lugar tan remoto, que solo podía alcanzarse tras un largo viaje lleno de penalidades? Los comerciantes bactrianos debieron de mirarlo con extrañeza. Ellos no adquirían esos productos en el noreste, por donde había transcurrido la ruta del embajador, sino en el sur. Los compraban en Shendu, la India, un lugar situado alrededor de un gran río y cuyos habitantes montaban en elefantes para hacer la guerra.

Y, por supuesto, Zhang Qian habló al emperador de los caballos. El caballo era un animal especial para los chinos. Los hombres y mujeres de la nobleza los utilizaban para cazar y jugar al polo, y las ceremonias más exquisitas de la corte solían incluir exhibiciones de

«caballos danzarines». Tras su muerte, los aristócratas ordenaban sacrificar sus caballos favoritos para que los acompañaran en la otra vida, y las estatuas de equinos son las representaciones animales más frecuentes en las tumbas imperiales.

En su descripción del valle de Ferganá, Zhang Qian contó al emperador Wu que allí se criaban unos caballos extraordinarios, que sudaban sangre y descendían de corceles celestiales. Se ignora el motivo por el que estos equinos transpiraban sangre. Algunos lo atribuyen a un parásito: la *parafilaria multipapillosa*, una especie de pequeño gusano cuyos huevos eran esparcidos por las moscas. Los gusanos penetraban en el tejido subcutáneo de los caballos, anidaban allí y provocaban horribles bubas que, al explotar, desparramaban los huevos del insecto mezclados con sangre y pus. Cuesta creer que los chinos quedaran maravillados con unos animales cubiertos de llagas infestadas de gusanos, así que otros han sugerido la posibilidad de que la piel de los caballos de Ferganá fuera tan fina que pudiera desgarrarse durante una carrera. En cualquier caso, se trataba de corceles extraordinarios, dotados de gran fuerza y belleza, muy superiores a los caballos chinos. Animales así podían suponer un factor decisivo en la lucha contra los jinetes xiongnu, y el emperador Wu acabó obsesionado con los «caballos celestiales». Tenía visiones en las que se le aparecían, componía poemas para celebrar su llegada a la corte, declaró la guerra a las gentes de Ferganá para hacerse con el mayor número posible de estos equinos y ordenó emitir una serie de extrañas monedas que, en lugar de la forma circular habitual, tenían la apariencia de la pezuña de un caballo. Regaló a su hermana mayor, la princesa Yanxing, una espléndida estatua de bronce dorado de un caballo alto y musculoso, que la princesa se llevó a su tumba. Y, tras la muerte del monarca, el 87 a. C., ochenta caballos celestiales de las cuadras imperiales fueron sacrificados y enterrados en grandes fosas en su mausoleo (conocido como Maoling) para que sus animales favoritos continuaran deleitándolo en el más allá.

El carismático emperador Wu era el tipo de gobernante capaz de sacar partido a las informaciones de Zhang Qian y de convertir la fracasada embajada militar en un provechoso viaje de descubrimiento. Hacia el oeste había gentes sedentarias, con costumbres similares a las chinas, que apreciaban las mercancías refinadas y eran débiles desde el punto de vista militar. Gentes que podían ser fácilmente persuadidas con regalos y ofertas de alianza para integrarse en los dominios de los Han, o al menos establecer relaciones comerciales con China. Era evidente que el imperio debía expandirse en esa dirección para apoderarse de aquellas regiones tan atractivas.

Inmediatamente se pusieron en marcha grandes campañas que alternaron la diplomacia, mostrando a las gentes de Occidente las

riquezas y el poder de China, con contundentes expediciones militares, que también practicaron la diplomacia, pero por otros medios. El imperio se apoderó del corredor de Gansu y sometió a vasallaje las tierras que rodeaban el desierto de Taklamakán, colocándolas bajo la protección del ejército y dotándolas de caminos seguros y paradas de posta. Se despacharon nuevos emisarios a los territorios explorados por Zhang Qian en Asia Central, y el valle de Ferganá, cuna de los caballos celestiales, fue obligado a enviar miles de equinos a China en el año 101 a. C. En general, los representantes del imperio fueron recibidos con cierto alivio, porque los chinos ofrecían protección y eran un amo mucho más llevadero que los salvajes xiongnu. Los tributos provenientes de los nuevos territorios vasallos comenzaron a fluir hacia la capital imperial en forma de rehenes o de caballos, mientras las autoridades chinas aseguraban la buena voluntad de sus gobernantes con envíos periódicos de seda y oro.

Pronto, algunos mercaderes atrevidos empezaron a sobornar a los funcionarios imperiales para que se les permitiera viajar bajo la protección de las embajadas o las expediciones militares que partían hacia el oeste. Los propios diplomáticos también comenzaron a darse cuenta de las oportunidades del viaje. Las delegaciones chinas podían tener cientos de integrantes y recorrían los territorios del Lejano Occidente durante meses o años. Los funcionarios más honrados podían aprovechar la misión para hacer negocio por su cuenta. Los que lo eran menos utilizaban los regalos enviados por el emperador —rollos de seda, oro, ovejas…— como si fueran de su propiedad, vendiéndolos a lo largo del recorrido. Lo mismo ocurría con los portadores de tributos que llegaban a China desde los territorios vasallos, y entre los que era difícil distinguir al diplomático del mercader. El intercambio era tan lucrativo que, al parecer, no eran pocos los territorios occidentales que aceptaban el vasallaje y enviaban tributos solo por garantizarse la posibilidad de mantener relaciones comerciales con China.

Naturalmente, estos no fueron los primeros comerciantes que se atrevieron a recorrer aquellos caminos. Metales preciosos, objetos de bronce y hasta carros habían llegado a China siguiendo las mismas rutas desde, al menos, la Edad de Bronce, en el tercer milenio a. C. Mientras estuvieron asentados en el corredor de Gansu, los yuezhi se encargaron de proveer de jade, camellos y caballos a los reinos combatientes. Y algunos comerciantes chinos especialmente avispados fueron capaces de amasar fortunas comprando y vendiendo mercancías a los jefes xiongnu. Incluso los campamentos militares establecidos para vigilar la frontera con los bárbaros incluían áreas de mercado que, en tiempos de paz, eran frecuentadas por gentes de ambos lados. Los jinetes de las estepas, carentes de casi todo,

mostraban bastante interés por la seda, la laca y las manufacturas de jade o de bronce que producían los chinos, y si no podían obtenerlas a través del saqueo o de los tributos, estaban dispuestos a comprarlas. Sin embargo, este había sido siempre un comercio de alcance limitado, presidido por la desconfianza y el riesgo, en el que se intercambiaba un puñado de productos manteniendo un contacto mínimo entre los interesados. Tras la embajada de Zhang Qian y la apertura de China al oeste, las rutas se hicieron más seguras, el volumen de los intercambios aumentó y se incrementaron los beneficios y el número de intermediarios. Poco a poco, los caminos empezaron a estar tan transitados que la protección militar dejó de ser necesaria. Los chinos comenzaron a vender a las gentes de Asia Central las mercancías de lujo —sobre todo sedas y artesanías de metal— que estos habían comprado hasta entonces a los indios o a los jinetes de la estepa. Y el imperio, por su parte, siempre necesitado de equinos para sostener la guerra contra los xiongnu, empezó a adquirir en gran número estos animales. Corrían los últimos años del siglo II a. C. y acababa de nacer una ruta de comercio, próspera y estable, entre China y Asia Central: el corazón de la Ruta de la Seda.

Pero ¿qué ocurrió con los protagonistas de esta historia, el valiente embajador y los temibles bárbaros de la estepa? Tras su misión ante los yuezhi, Zhang Qian continuó al servicio del emperador, y su experiencia en los países del lejano oeste se aprovechó en nuevas campañas militares contra los xiongnu. Durante un tiempo, sus informaciones resultaron decisivas, hasta que una de las expediciones terminó de forma desastrosa; Zhang Qian fue hallado culpable de la muerte de miles de soldados y condenado a muerte. Solo pudo escapar de la ejecución pagando una multa y renunciando a todos sus privilegios. Aun así, el emperador solía llamarlo de cuando en cuando a la corte para preguntarle por los territorios que había visitado en sus viajes, y en el 119 a. C. le pidió que partiera de nuevo hacia el noroeste en una última misión diplomática en busca de aliados. A pesar de los esfuerzos del emisario, la embajada terminó en otro fracaso, pero el monarca no culpó a su leal sirviente. Cuando Zhang Qian, ya anciano, regresó a China, fue recompensado con el título de Gran Mensajero y se le concedió un lugar entre los nueve consejeros más importantes del emperador. Murió un año después, completamente rehabilitado.

Por lo que respecta a los xiongnu, las conquistas del emperador Wu los mantuvieron alejados de las fronteras chinas durante un tiempo, pero la expansión de sus dominios hacia el oeste también dio al imperio más territorio que defender. Fue necesario establecer destacamentos militares y ampliar la Gran Muralla hasta los confines de la cuenca del Tarim para garantizar la protección, no solo de las

nuevas provincias, sino también del creciente volumen de mercancías que transitaban por la Ruta de la Seda. Empujados por las tropas chinas, parte de los xiongnu emigraron hacia el oeste, donde, tal vez, se convirtieron en los antepasados de los hunos que arrasarían Europa 500 años después.[7] Los que se quedaron junto a las fronteras chinas acabaron dividiéndose en varias tribus diferentes, relativamente fáciles de controlar para los emperadores Han. Mientras China permaneciera fuerte y unida, los bárbaros del norte no serían una amenaza.

II

EL RECORRIDO

La Ruta de la Seda es el recorrido terrestre más duradero, exitoso y próspero de la historia. También es el más largo y uno de los más variados: atraviesa montañas heladas, ardientes desiertos, valles fragantes e inmensas estepas. Pero, al igual que el propio tránsito de mercancías, el trazado de la ruta no surgió de repente ni respondió a la iniciativa de un único país: se construyó engarzando poco a poco vías preexistentes, caminos muy antiguos, atestiguados desde tiempos inmemoriales. Algunos de ellos eran célebres cientos de años antes del nacimiento de la Ruta de la Seda.

El más viejo era, probablemente, la Gran Ruta de Jorasán, que conectaba Asia Central con el valle de Mesopotamia atravesando el norte de Persia. La Ruta de Jorasán pudo comenzar a transitarse, como mínimo, en la Edad de Bronce (*ca.* 2300-1700 a. C.). Es posible que se empleara para llevar el lapislázuli de Afganistán y las turquesas de Nishapur, en el norte de las mesetas iranias, hasta las urbes sumerias y acadias de las orillas del Éufrates. A lo largo de este período, hace 4.000 años, también se documenta la existencia de un intenso tráfico comercial entre el valle del Indo y Mesopotamia, que atravesaba las tierras altas de Persia tanto por el sur como por el norte.

Ya en la Edad de Hierro, a mediados del primer milenio a. C., los persas aqueménidas, que gobernaban el mayor imperio de la tierra, sintieron la necesidad de articularlo a través de una vía de comunicación. Esta ruta conectaba Sardes, en Asia Menor (actual Turquía), con Susa y Persépolis (hoy en el sur de Irán), dos de las capitales del imperio, y fue una de las primeras rutas de comunicación diseñadas para servir a las necesidades de control administrativo y militar de un imperio. Fue concebida para ser recorrida por los sátrapas y sus séquitos, por las tropas del gran rey y por los «ojos y los oídos» del monarca persa. Contaba con puestos de guardia y paradas de posta bien abastecidas. Todas estas facilidades permitían que la distancia entre las costas del Egeo y Persia pudiera recorrerse en unos noventa días; apenas tres meses de viaje para atravesar más de 2.500 kilómetros.[8] De hecho, el Camino del Rey era una vía de comunicación tan extraordinaria que, cuando los romanos se apoderaron de Anatolia y Siria en el siglo I a. C., se preocuparon por mantener el trazado y reparar sus infraestructuras.

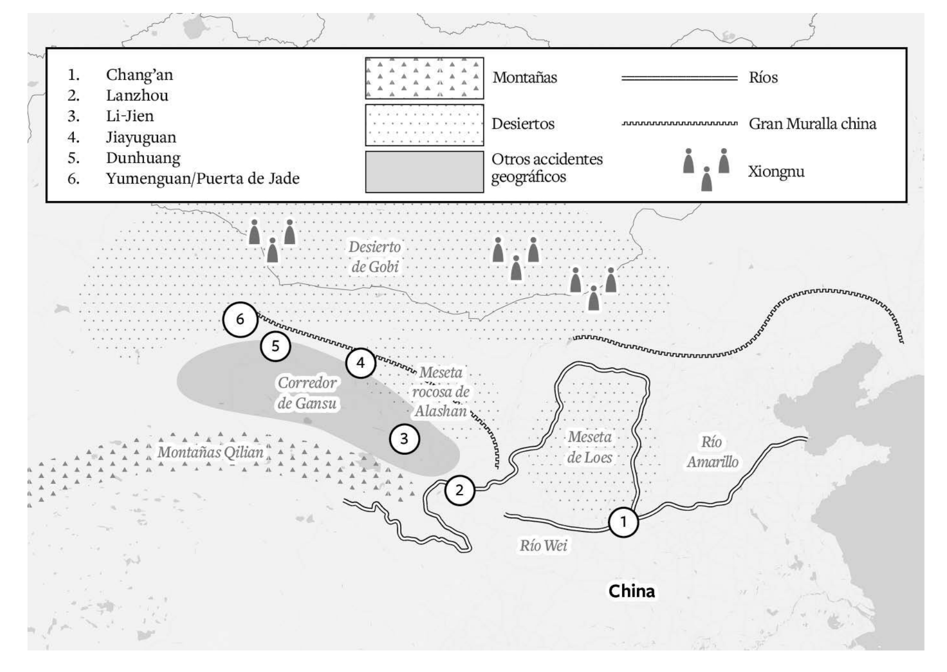
A finales del siglo II a. C., cuando la embajada de Zhang Qian propició la apertura de China al oeste, nació una ruta diplomática, militar y mercantil que, desde el norte de China, llegaba hasta Asia Central. Aquí, el camino imperial chino conectaba con la Gran Ruta de Jorasán, que se encontraba con el camino persa en Mesopotamia. Sobre estas bases, aprovechando los puentes, los pasos de montaña y las paradas de posta, comenzó a surgir la red de caminos que

conformaría la Ruta de la Seda. El recorrido partía de Chang'an, la capital imperial china en el siglo II a. C., y nosotros vamos a transitarlo de este a oeste, a través de desiertos y montañas, hasta llegar a Alejandría y Antioquía, los grandes puertos del Mediterráneo Oriental.

EL RÍO AMARILLO

Cuenta la leyenda que, hace unos 4.000 años, las llanuras del norte de China sufrieron una terrible inundación. El río Amarillo se desbordó y la crecida se prolongó durante generaciones, como si las aguas no fueran a regresar nunca a su cauce. Los habitantes de la región trataron de solucionar el problema construyendo diques, pero todos los esfuerzos resultaron vanos: el río Amarillo no dejaba de crecer y el caos se extendió por el país. Fue entonces cuando un hombre llamado Yu se hizo cargo de dirigir los trabajos contra la Gran Inundación. Haciendo gala de un pensamiento que hoy calificaríamos de «oriental», en lugar de tratar de detener el avance de las aguas construyendo presas, Yu abrió una gigantesca red de canales y dejó que el agua corriera por ellos, distribuyéndola de forma controlada para que pudiera emplearse en el regadío hasta desembocar en el mar.

Los trabajos se prolongaron a lo largo de treinta años, hasta que el plan tuvo éxito y la Gran Inundación cesó. Yu, el hombre que había conseguido ponerle fin, aprovechó las obras de ingeniería para dividir el territorio de China en nueve provincias, conectarlas con nueve caminos y fijar los tributos adecuados para cada región. Después de esta labor titánica —y polifacética—, se convirtió en Yu «el Grande» y fundó la primera de las dinastías legendarias de China: los Xia. Este relato, al igual que la existencia misma de los Xia, se ha considerado durante mucho tiempo una mera fabulación, una ordenada y racional versión china del mito del diluvio universal. Sin embargo, como muchos mitos, es posible que la historia albergara una parte de verdad.[9]



El río Amarillo (Huang-He en chino) nace en la mitad oriental de la gran meseta tibetana, no muy lejos de las fuentes del Yangtsé y del Mekong. Las inmensas extensiones nevadas del Tíbet acumulan tanta agua dulce que se bastan para alimentar los principales ríos del extremo oriente asiático. Desde su nacimiento hasta su desembocadura en la bahía de Laizhou, al sur de Pekín, el Amarillo recorre casi 5.500 kilómetros: es el segundo río más largo de China y el sexto del mundo. Durante la mayor parte de este recorrido fluye hacia el este, salvo por un gigantesco meandro con forma de u invertida a la altura de su curso medio. Este accidente geográfico recibe el nombre de meandro de Ordos y hace que el río Amarillo se adentre en la meseta de Loes, un enorme altiplano que sorprende por su aspecto desolado y polvoriento. Esto se debe a que los vientos predominantes en la región soplan de norte a sur y arrastran el polvo del desierto de Gobi hasta dicha meseta, cubriéndola de grandes capas de tierra de color amarillento, llamadas, precisamente, *loess*. Al atravesar la meseta, el río arrastra estos limos sueltos y arcillosos, que se incorporan a su corriente y la dotan del característico aspecto turbio que ha dado nombre al curso fluvial. Pues bien, estos limos son imprescindibles para entender la historia de China. El *loess* que arrastra el río es muy fértil y, tras depositarse en sus orillas, ha contribuido a hacer de las llanuras del norte de China una región extremadamente feraz. El carácter agrícola y sedentario de la civilización china se debe, en gran medida, al irresistible atractivo de las llanuras regadas por el río Amarillo.

Sin embargo, como muchos de los grandes accidentes geográficos que han marcado la historia del ser humano, el río Amarillo tiene dos caras, una benéfica y otra destructora. Las pesadas partículas de *loess* tienden a acumularse en el fondo del río, formando presas subacuáticas que alteran su curso y provocan desbordamientos. Estas crecidas no son solo muy frecuentes, sino que muchas veces resultan violentas y arrasan las tierras que flanquean el cauce, repletas, por su feracidad, de aldeas y campos de cultivo. Las inundaciones del río Amarillo se cuentan entre los desastres naturales más mortíferos de la historia, causantes, solo en el siglo XX, de la muerte de más de un millón de personas. Es posible que, hace 4.000 años, cuando los relatos legendarios sitúan la gesta de Yu, «el hombre que controló las aguas», el deseo de aprovechar la fertilidad de las llanuras que rodeaban el curso fluvial y la necesidad de limitar el alcance de las inundaciones estimularan la aparición de organizaciones sociopolíticas más avanzadas, capaces de llevar a cabo las obras de ingeniería necesarias para tratar de domar el río. Fue en este contexto, a finales del tercer milenio a. C., cuando estas regiones pasaron del Neolítico a la Edad de Bronce, propiciando la aparición de utensilios de este metal, el surgimiento de las ciudades-palacio y el uso incipiente de la escritura. El nacimiento y el desarrollo de China estuvieron profundamente ligados a la necesidad de controlar el río Amarillo.

A partir de este momento, empiezan a disiparse las brumas de la leyenda y nuestro conocimiento sobre la historia de China se hace cada vez más preciso. Las enormes llanuras de la cuenca baja del río Amarillo empezaron a ser conocidas como Zhongguo, «los Reinos/Imperio del Centro», el nombre que los chinos han empleado preferentemente para referirse a su propio país. Allí se desarrolló una civilización muy avanzada, basada en la agricultura y en las actividades preindustriales, y dominada, a lo largo del segundo milenio a. C. y la primera mitad del primer milenio a. C., por tres estirpes de reyes, las llamadas Dinastías Antiguas: la legendaria de los Xia, ya mencionada, y otras dos cuya existencia sí que está confirmada por fuentes históricas: la de los Shang (*ca.* 1766-1122 a. C.) y la de los Zhou (*ca.* 1121-256 a. C.), cuya capital estaba precisamente en el valle del Wei, uno de los grandes afluentes del río Amarillo, que corría paralelo al extremo meridional de la meseta de Loes.

En el siglo V a. C., la decadencia de los reyes Zhou dio paso a una nueva etapa, conocida como el período de los Reinos Combatientes, porque durante cientos de años siete reinos lucharon por imponerse sobre el resto. En parte a causa de las exigencias bélicas, esta etapa de inestabilidad política y militar fue también un período de extraordinario desarrollo. El bronce fue reemplazado por el hierro, que se trabajaba fundido, no forjado como en la cuenca del

Mediterráneo, lo que permitía a los chinos producir armas y objetos metálicos en serie usando moldes. Los Reinos Combatientes se dotaron de una administración muy compleja, que descansaba sobre los hombros de funcionarios, en lugar de nobles, y contaban con un ejército que había reemplazado el combate aristocrático en carro por nuevas unidades de infantería, cuyas filas estaban integradas por campesinos propietarios. La extraordinaria calidad de las manufacturas chinas y la necesidad de proveerse de medios para la guerra impulsaron el comercio, y las mercancías de los Reinos Combatientes comenzaron a llegar a las estepas de Asia y a las pobladas ciudades indias. Por último, las grandes llanuras a lo largo del río Amarillo se convirtieron en un granero continuo gracias al perfeccionamiento del regadío y del drenaje, al estudio cuidadoso del tipo de suelo y al uso magistral de las técnicas agrícolas, propiciando un gran crecimiento demográfico.[10] China estaba lista para otra de las grandes revoluciones de su historia.

Durante la segunda mitad del siglo III a. C., uno de los Reinos Combatientes, el de los Qin, consiguió imponerse al resto y apoderarse del territorio en torno a los ríos Wei y Amarillo. Fue entonces cuando surgió el primer gran Estado unificado documentado históricamente en China. El hombre que protagonizó este logro, el príncipe de los Qin, se llamaba Zheng, pero al fundar el Imperio chino y convertirse en el primer monarca de la primera dinastía, recibió el título de Qin Shi Huangdi, el «Primer Emperador de los Qin» (221-210 a. C.), apelativo por el que ha pasado a la historia.

El Primer Emperador decidió crear una nueva capital para su recién fundado imperio, y escogió un lugar estratégico, fértil y bien comunicado, ubicado en la orilla norte del río Wei, no muy lejos de su desembocadura en el río Amarillo. La nueva capital recibió el nombre de Xiangyang. Aquí, el Primer Emperador construyó magníficos templos y palacios, a una escala como nunca se había visto en China. Y al otro lado del río Wei, en la orilla meridional, en las faldas del monte Li, el monarca ordenó levantar una tumba sin parangón. El emplazamiento del mausoleo se escogió con cuidado, pues el punto debía estar recorrido por una energía auspiciosa para el emperador y su progenie: el lugar se asemejaba a un dragón y el túmulo donde debía depositarse el cuerpo se encontraba en el ojo de la criatura.

El reinado del Primer Emperador se distinguió por la eficacia de sus reformas, que sentaron las bases del gobierno de China durante milenios. Estandarizó la moneda, los pesos, las medidas, los estilos literarios y los códigos de leyes, y fue él quien consiguió poner coto a las incursiones de los xiongnu, conectando las fortalezas de sus predecesores para levantar la Gran Muralla. Pero para imponer todas estas medidas, Shi Huangdi empleó métodos brutales y expeditivos.

Miles de aristócratas fueron privados de sus privilegios y deportados, y muchas de las obras de la capital fueron realizadas por prisioneros, encarcelados por un durísimo sistema penal y obligados a trabajar hasta la muerte. Las ejecuciones masivas y las quemas de cualquier tratado que no versara sobre disciplinas técnicas se convirtieron en algo habitual, y cuando el descontento comenzó a crecer en todo el imperio, el Primer Emperador prohibió la tenencia de armas, y fueron tantas las confiscadas que con su metal fundido se levantaron doce enormes estatuas.

La inmensa autoridad de Qin Shi Huangdi le permitió conservar el poder hasta su muerte, en el 210 a. C., pero su hijo y heredero, el Segundo Emperador (Er Shi Huangdi, 210-207 a. C.) fue incapaz de mantener su posición en un ambiente cada vez más convulso. Hordas de insurrectos penetraron en la capital imperial, Xiangyang, destrozaron los palacios y saquearon la magnífica tumba del Primer Emperador.[11] Para el 202 a. C., apenas ocho años después del colosal reinado del fundador de la dinastía, uno de los líderes rebeldes, un funcionario llamado Liu Bang (202-195 a. C.), ya se había hecho con el poder. Liu Bang inauguró la segunda dinastía de emperadores, la dinastía Han, que, a diferencia de los Qin, consiguió mantenerse en el poder durante cuatrocientos años, hasta el siglo III d. C., en una de las etapas más brillantes de la historia de China.

Una de las primeras medidas que tomó el primer emperador Han fue establecer una nueva capital, llamada Chang'an (Paz Duradera), en las inmediaciones de la vieja ciudad Qin, Xiangyang. La residencia del Primer Emperador se encontraba en la orilla norte del río Wei, y la nueva urbe de los Han se levantó justo enfrente, en la orilla meridional, a unos tres kilómetros de la moderna Xi'an. Medio siglo después de la instauración de la dinastía Han, subió al trono el emperador Wu (141-87 a. C.), y Zhang Qian protagonizó la célebre embajada que propició el nacimiento de la Ruta de la Seda. Cuando China se expandió hacia el oeste y el tráfico de mercancías comenzó a intensificarse, Chang'an, la capital imperial Han en el valle del río Wei, se convirtió en el punto de partida del recorrido. Fue entonces, a finales del siglo II a. C., cuando comenzó su período de mayor esplendor.

Chang'an era una ciudad enorme, que albergaba cerca de un cuarto de millón de habitantes y se contaba entre las capitales más grandes del mundo.[12] Los emperadores Han la concibieron para convertirse en una manifestación de su poder y en una representación de sus dominios, de «todo lo que había bajo el cielo». Su planta, vagamente cuadrangular, estaba protegida por grandes murallas, en las que se abrían doce puertas, tres en cada lado del cuadrado. Su trazado, como ocurría con frecuencia en los centros administrativos y las residencias

imperiales, era ortogonal, con grandes manzanas definidas por calles rectas y anchas avenidas, aunque la principal estaba reservada a los carruajes del monarca y solo podía atravesarse sin castigo en puntos designados. La reserva era comprensible: en torno a esta gran avenida se disponían cinco descomunales complejos de palacios imperiales, tan grandes que ocupaban hasta dos tercios del espacio de la ciudad. Cada complejo palacial estaba rodeado de su propio encintado murario, y sus edificios se conectaban a través de pasarelas y calles privadas que permitían a los monarcas y a su círculo íntimo recorrer Chang'an a salvo de las miradas indiscretas. El tamaño no era el único lujo de estas mansiones: en las estancias privadas del controvertido emperador Cheng (33-7 a. C.), las paredes, las camas y las sillas estaban hechas de jade, los marcos y las barandillas tenían incrustaciones de oro, y, lo más extraordinario de todo, las ventanas eran de vidrio verde, un objeto extravagante traído tal vez del lejano Imperio romano a través de los caminos de la seda.

Naturalmente, las mercancías llegadas de rincones remotos ocupaban un lugar importante en Chang'an. En el extremo noroccidental de la ciudad se encontraban los mercados centrales del este y del oeste, los únicos espacios de la capital capaces de rivalizar con los enormes complejos de los palacios imperiales. Al igual que el resto de los grandes edificios, los mercados estaban rodeados de murallas y sometidos a una cuidadosa vigilancia que no servía únicamente para garantizar la honradez de los mercaderes; el comercio, el contacto con los extranjeros, los productos de lugares lejanos… se consideraban fascinantes y exóticos, pero también contaminantes, portadores de influencias extrañas de las que había que mantener a salvo a la gente común. Desde una gran torre, situada en el centro, los oficiales imperiales se aseguraban de que los puestos se abrieran desde el amanecer hasta el atardecer y de que se cumplieran los precios mínimos y máximos fijados en cada estación. Las mercancías del comercio internacional llegaban a la gran ciudad desde el poniente, por vía terrestre, a través de los caminos que la conectaban con la Ruta de la Seda, y por eso estos productos extranjeros —pieles y objetos de cuero, piedras preciosas y semipreciosas, joyas…— se podían encontrar, sobre todo, en el mercado del oeste. En él había también todo tipo de servicios para los comerciantes llegados de lejos: tabernas, posadas, prostíbulos, almacenes para las mercancías y puestos de cambistas y prestamistas. Las calles que rodeaban al mercado del oeste eran las más cosmopolitas de todo Chang'an: albergaban una pequeña, pero dinámica, comunidad de mercaderes y embajadores extranjeros, y eran el lugar escogido como residencia para los príncipes y los notables de otras naciones acogidos en el Imperio del Centro.

La Ruta de la Seda abandonaba Chang'an por sus puertas occidentales y se dirigía hacia el oeste, siguiendo un camino paralelo al curso del Wei, a lo largo de unos trescientos kilómetros. No muy lejos del nacimiento del río, el recorrido abandonaba el valle del Wei y viraba hacia el noroeste. Tras varios días de travesía, se alcanzaba el lugar donde el río Amarillo emergía de las montañas y giraba hacia el norte, hacia el gran meandro de Ordos. En ese punto se encontraba uno de los mejores pasos para vadear el gran río. Tras la apertura de la Ruta de la Seda, a comienzos del siglo I a. C., la expansión hacia el oeste de los emperadores de la dinastía Han comenzó, precisamente, con el dominio de este paso fluvial. Conscientes de la importancia estratégica del lugar, los monarcas fundaron allí una ciudad llamada Lanzhou, que se convirtió en la segunda gran parada del recorrido.

Tras cruzar el río Amarillo en Lanzhou, los mercaderes que proseguían su camino hacia el oeste se topaban con dos enormes accidentes geográficos. Al noroeste se alzaba el sombrío muro de las montañas Qilian: una interminable cordillera de unos 800 kilómetros de longitud, con una altura media entre 2.000 y 3.000 metros, y picos nevados de más de 5.000 metros. Las Qilian eran las últimas estribaciones nororientales del inmenso macizo tibetano, y atravesar sus glaciares con una caravana cargada de mercancías era una empresa casi imposible. Pero si el viajero miraba en dirección opuesta, hacia el noreste, se encontraba con otra barrera igual de infranqueable: el desierto de Gobi, el más grande de Asia, que se extiende 1.600 kilómetros de este a oeste y 800 kilómetros de norte a sur, constituyendo una inmensa barrera entre China y Mongolia.

A diferencia de otros desiertos, el Gobi no está formado exclusivamente por dunas de arena. Su territorio alberga grandes extensiones de estepa rocosa, con pequeñas manchas de vegetación arbustiva. En estos lugares, tribus nómadas como los xiongnu o los yuezhi podían ingeniárselas para sobrevivir gracias a un limitado pastoreo y a una todavía más precaria agricultura. Sin embargo, en la zona colindante con Lanzhou y las montañas Qilian, el desierto muestra su rostro más inclemente. La estepa rocosa se convierte en una gran extensión de dunas cubiertas de guijarros, conocida como la meseta semidesértica o rocosa de Alashan. La aridez extrema del terreno se ve acentuada por la presencia de grandes manchas de arcillas saladas, y en las escasas ocasiones en las que aflora un acuífero subterráneo o se acumula agua de lluvia, lo hace en forma de

pequeños lagos salobres, herencia de un viejo mar ancestral que debió de ocupar estos confines hace millones de años. En la meseta de Alashan los inviernos son gélidos: las temperaturas rozan los 20 grados bajo cero, y el paisaje, congelado, es azotado con frecuencia por terribles tormentas de hielo. Los veranos, en cambio, resultan abrasadores: los termómetros superan con facilidad los 40 grados, con variaciones extremas de temperatura en el transcurso de un mismo día. Apenas un puñado de animales y de plantas raquíticas, capaces de soportar las temperaturas y la salinidad del suelo, pueden sobrevivir en un lugar tan inhóspito.

Por fortuna para los viajeros que atravesaban estos confines, en las nevadas montañas Qilian nacían muchos ríos que descendían hasta el valle y regaban de agua dulce una pequeña llanura antes de perderse en el árido suelo de la meseta semidesértica de Alashan. En el espacio recorrido por estos cursos de agua surgió un pasillo habitable, alargado y estrecho, entre las montañas y el desierto, que recibía el nombre de corredor de Gansu o de Hexi.

Al parecer, los yuezhi habían poblado esta área antes de ser expulsados por los xiongnu en el siglo II a. C. Tras la embajada de Zhang Qian, cuando la dinastía Han comenzó su expansión hacia el oeste, estas tierras quedaron en manos del Imperio chino. Los emperadores concedieron mucha importancia al corredor de Gansu, el mejor camino disponible para alcanzar las regiones del lejano occidente y acceder a las mercancías de la Ruta de la Seda. A lo largo de todo el límite septentrional del corredor, en el borde de la meseta de Alashan, se levantaron nuevos tramos de la Gran Muralla destinados a garantizar la seguridad de los mercaderes y a proteger Gansu de las incursiones de los xiongnu. En una región donde no abundaba la piedra, los artesanos Han levantaron los muros con arena y gravilla, que compactaban con la tierra arcillosa y el agua salada de la meseta de Alashan. Distribuidas de forma regular cada cinco kilómetros, había atalayas guarnecidas por soldados, preparados para dar la alarma con señales de humo ante cualquier indicio de presencia de salvajes de la estepa. Gansu era una tierra de frontera, y los mejores terrenos de pasto se reservaban para los corceles del ejército, aunque en las laderas de las colinas podían verse vides, una planta extraña, desconocida en China, que había sido importada desde el oeste. El corredor fue una de las primeras regiones del imperio en las que se hizo vino de uva, y los caldos de esta zona fueron célebres entre los chinos.

Las caravanas recorrían el corredor de Gansu, al abrigo de la Gran Muralla, durante unos 1.000 kilómetros, deteniéndose a descansar y aprovisionarse en los oasis formados por los ríos que descendían de las montañas Qilian. En estas manchas de verdor, las comandancias

militares establecidas por los emperadores Han dieron paso, con el tiempo, a prósperas ciudades mercantiles, repletas de comerciantes, peregrinos y diplomáticos. Estas localidades debían su fortuna al intercambio con las regiones de occidente, y eran tan prósperas que los funcionarios chinos se disputaban la posibilidad de gobernarlas. Si el mandatario contaba con suficiente imaginación y pocos escrúpulos, podía hacerse rico en pocos meses. De hecho, los habitantes de la región estaban tan acostumbrados a que los funcionarios fueran «creativos» con los impuestos que cuando, en cierta ocasión, llegó un gobernador íntegro, incorruptible durante sus cuatro años de mandato, los ciudadanos le ofrecieron una pequeña fortuna como agradecimiento en el momento de su retirada. El honesto funcionario chino, por supuesto, declinó la oferta.[13]

Entre todas las ricas ciudades de Gansu, destacaba una con un nombre extraño: Li-Jien, un antiguo topónimo que los chinos utilizaban para referirse al Imperio romano. El Imperio chino rara vez ponía nombres extranjeros a sus ciudades. En las escasas ocasiones en las que lo hacía, se debía a que esa localidad estaba habitada por gentes llegadas de fuera y, en ese caso, el topónimo servía para indicar el origen de los pobladores. Pero ¿es posible que, en el corazón del corredor de Gansu, a miles de kilómetros del Mediterráneo, hubiera una ciudad habitada por romanos? Homer H. Dubs (1892-1969), un norteamericano experto en China, pensó que sí, y que aquellos romanos eran ni más ni menos que los famosos soldados perdidos de Craso.[14]

En el año 60 a. C., tres hombres, Julio César, Pompeyo y Licinio Craso, se hicieron con el control de la República romana, fundando el Primer Triunvirato. El asalto al poder permitió a los triunviros repartirse los dominios de Roma. César partió al norte, a la conquista de las Galias. Pompeyo permaneció en Roma, vigilando —con una eficacia cuestionable— los intereses del Triunvirato, y Craso marchó a Siria para enfrentarse al gran enemigo de Roma: el Imperio parto. A diferencia de otros, Craso, del que se decía que era el hombre más adinerado de Roma, no anhelaba las riquezas de Oriente, sino el prestigio de una victoria contra un imperio asiático, que debía evocar en la imaginación de los romanos el triunfo de Alejandro sobre los persas. Le acompañaba una fuerza formidable de entre siete y once legiones, más de cuarenta mil soldados. El enfrentamiento con los partos tuvo lugar en la primavera del 53 a. C., en la polvorienta llanura de Carras, en la actual frontera entre Siria y Turquía, donde, a pesar de la superioridad numérica de las fuerzas romanas, la batalla de Carras concluyó con una de las derrotas más sangrientas del ejército romano. Las legiones fueron masacradas por los hábiles jinetes partos, que aprovecharon la movilidad de sus monturas para acribillar

con sus flechas a la pesada infantería romana. Craso fue capturado y muerto, y se dice que los partos vertieron oro fundido sobre su cabeza, como burla y castigo a su avaricia. Por lo que se refiere al destino de las tropas romanas, solo una cuarta parte de los soldados consiguió regresar. Del resto, la mayoría perdió la vida en el campo de batalla, y se calcula que unos diez mil fueron hechos prisioneros por los partos. La derrota de Carras y el destino de los soldados capturados se convirtieron en un recuerdo doloroso para los romanos.

Unas décadas después, Augusto consiguió recuperar los estandartes legionarios que habían caído en manos enemigas durante la batalla, y lo consideró uno de los grandes triunfos de su reinado. Nada se sabía, en cambio, de los prisioneros romanos, pero el poeta Horacio conjeturaba que tal vez aquellos soldados se habían acomodado a vivir entre los bárbaros, casándose con mujeres partas e integrándose en el ejército del Imperio oriental. Esta idea de que los cautivos se habían resignado hasta el punto vergonzante de aceptar formar parte de las tropas enemigas debió de tener éxito. Setenta años más tarde, a mediados del siglo I d. C., Plinio el Viejo comentaba que algunos de estos legionarios capturados habían sido enviados por los partos para proteger el extremo oriental de su imperio, a una región llamada Margiana. Esta se encontraba en la orilla meridional del río Oxus, junto a la región de Bactria, en lo que es hoy la mitad oriental de Turkmenistán. La ciudad más importante de la zona era Antioquía Margiana, que acabó siendo rebautizada como Merv, un oasis caravanero que albergaba una parada crucial de la Ruta de la Seda. Hasta aquí las informaciones proporcionadas por las fuentes romanas.[15]

Mientras tanto, los emperadores Han estaban enfrascados en su expansión hacia el oeste, que a finales del siglo I a. C. llevó a los ejércitos chinos hasta la región de Sogdiana, también a orillas del río Oxus, en el actual Uzbekistán. Aquí, en el año 36 a. C., las tropas imperiales se encontraban asaltando una ciudad cuando se toparon con un centenar de hombres que combatían de una forma insólita. Apostados a ambos lados de la puerta de entrada de la localidad, estos soldados habían adoptado una hermética formación defensiva que los chinos, extrañados, describieron como de «escamas de pescado». Ni los bárbaros de las estepas ni los reinos de Asia Central utilizaban disposiciones semejantes, que recuerdan más bien al testudo o tortuga empleada por los legionarios romanos. Este tipo de formaciones defensivas requerían nervios templados y una enorme disciplina, y solo soldados profesionales eran capaces de realizarlas con éxito. De hecho, las legiones de Craso en Carras trataron de defenderse de los ataques partos empleando precisamente una formación de testudo.[16] ¿Es posible que los soldados con los que se toparon los chinos fueran

legionarios capturados en Carras que, 17 años después, tras escapar de los partos, combatían como mercenarios en Asia Central? El asedio a la ciudad terminó con victoria china, y las fuentes imperiales señalan que se hicieron más de cien prisioneros. Si se trataba de los mercenarios de origen romano, ¿aceptaron cambiar de bando y fueron reasentados en una ciudad del corredor de Gansu a la que se le dio el nombre de Li-Jien, para indicar el origen romano de una parte de sus pobladores?[17]

El corredor de Gansu terminaba, en su extremo noroccidental, con una serie de «pasos fronterizos». Estos «pasos» eran en realidad fortalezas dispuestas junto al camino que solo era posible atravesar si se disponía de una autorización oficial. Cuando los mercaderes y viajeros llegaban a uno de ellos, los funcionarios examinaban cuidadosamente los permisos de la caravana. Los documentos especificaban el motivo y el destino del viaje, a veces incluso la ruta. Si los dueños de la caravana comerciaban con esclavos, debían mostrar un documento de compra que certificara que habían sido adquiridos legalmente, y lo mismo ocurría con el ganado o los animales que pudieran tener un uso militar.[18] La vigilancia de las autoridades no tenía que ver únicamente con la seguridad de aquellas tierras de frontera. Los beneficios del comercio impulsaban el contrabando de productos de lujo y de mercancías prohibidas, como las extraordinarias armas de hierro chinas, y el imperio se esforzaba mucho por asegurar que tanto los beneficios del tráfico mercantil como las espadas se quedaran siempre en su lado de la frontera. Por otro lado, el camino del oeste era también el de los desterrados. Oficiales caídos en desgracia, bandoleros o criminales de diversa índole condenados a abandonar China marchaban hacia el desierto cruzando las puertas de estas fortalezas. Para ellos, el Gansu era un lugar de desolación, el punto donde tenían que despedirse de su patria y de su familia, y partir hacia tierras desconocidas. A veces era posible encontrar, sobre los muros de los castillos, tristes pasquines de despedida que recogían las últimas palabras de los exiliados.

El más impresionante de estos pasos fronterizos era el fuerte Jiayu (Jiayuguan). Fue construido en la Baja Edad Media, en el siglo XIV, en tiempos de la dinastía Ming. Los nuevos emperadores acababan de expulsar de China a los mongoles, y los últimos combates habían tenido lugar precisamente en el corredor de Gansu. Los soberanos Ming quisieron asegurarse de que el temido enemigo no regresaba jamás, y levantaron una fortaleza en el corredor en 1372. El castillo que construyeron era tan formidable que se lo conocía como «El paso más grande bajo el cielo». Contaba con barracones, almacenes, un teatro para entretener a las tropas y un templo dedicado al dios de la guerra. Hoy, sus muros de tierra apisonada y ladrillos de adobe, sus

altas torres con miradores de madera y sus tejados de teja con las esquinas levantadas todavía ofrecen una imagen imponente al visitante.

Tras dejar atrás el paso Jiayu, ya en el tramo final del corredor de Gansu, la Ruta de la Seda tomaba rumbo oeste. Poco a poco, el terreno se iba haciendo más árido y el aire más seco. Los oasis formados por los ríos que descendían de las montañas eran cada vez más pequeños y estaban más alejados entre sí. Inmensas dunas de arena y acantilados rocosos, amesetados por el viento, comenzaban a ocupar todo el rango de visión del viajero. Finalmente, las cansadas caravanas se topaban con un último oasis, una mancha verde, cubierta de álamos y sauces, que se recortaba contra el paisaje amarillento. Era el oasis de Dunhuang, la «Almenara llameante», la gran parada final del corredor de Gansu.

Como tantos otros lugares, Dunhuang era el regalo de un río. En concreto del Danghe, que nacía en un glaciar al sur, en las montañas Qilian. El oasis fue incorporado a los dominios de la China Han en el contexto de la expansión hacia el oeste ordenada por el emperador Wu a finales del siglo II a. C. Pronto, el puesto de avanzada militar se convirtió en el centro del gobierno de toda la región y en una de las paradas más importantes de la Ruta de la Seda. Un documento del siglo X da una buena idea del carácter cosmopolita del lugar. Nos cuenta que, en apenas medio año, las autoridades de Dunhuang agasajaron con tres comidas al día a cincuenta embajadas de China, del Tíbet y de los vecinos reinos de Khotan y Turfan. Además, en este mismo documento se menciona el paso por el oasis de trabajadores, escribas, artistas, viajeros, de un monje proveniente de Persia y de un brahmán, presumiblemente originario de la India. Los productos que podían encontrarse en los mercados del oasis tenían el mismo carácter internacional y son una buena muestra del alcance de la Ruta de la Seda: brocados y afeites de Persia, sedas de Merv, jade del Taklamakán, lapislázuli de Afganistán, ágatas de la India, ámbar del Báltico, coral del Índico y perlas de Sri Lanka.[19]

Pero Dunhuang era mucho más que un próspero oasis caravanero. La Ruta de la Seda, además de un camino comercial, era un recorrido religioso donde los predicadores y los peregrinos eran tan habituales como los mercaderes. A partir del siglo IV d. C., los acantilados de piedra blanda y amarillenta que lo rodeaban comenzaron a poblarse de cientos de cuevas excavadas por los monjes budistas. Algunas, adornadas por una gran figura del Buda, servían como lugar de retiro y de búsqueda de la iluminación. Otras, empleadas por estudiosos, albergaban auténticas bibliotecas, con miles de textos sagrados, que contenían enseñanzas budistas, pero también judías, zoroástricas, confucianas, maniqueas o cristianas. La llegada de gentes provenientes

de todo el mundo conocido hizo del oasis de Dunhuang un auténtico nudo del intercambio religioso entre China, la India y el Mediterráneo.

En el oasis de Dunhuang, las caravanas provenientes de China abandonaban la relativa seguridad del corredor de Gansu. Para muchos era la parada final del recorrido. La mayor parte del intercambio mercantil a lo largo de la Ruta de la Seda era, en realidad, de corto alcance. Las caravanas recorrían unos pocos kilómetros llevando una carga mixta de productos locales y bienes de lujo, que vendían sin alejarse demasiado de su lugar de origen. Las escasas mercancías que cubrían la distancia completa entre el Mediterráneo y la cuenca del río Amarillo debían cambiar de manos decenas de veces y elevar su precio otras tantas antes de alcanzar su destino final. Por otro lado, pocos mercaderes chinos viajaban fuera de su país y, a partir de este punto, el comercio estaba sobre todo en manos de extranjeros. Pero, para los más arrojados y ambiciosos, Dunhuang era el lugar donde descansar, aprovisionarse y tomar una nueva montura antes de afrontar un peligroso desafío. Los mercaderes del oasis estaban bien provistos de pertrechos, y muchos se dedicaban al lucrativo negocio de alquilar camellos.

En el tramo de la Ruta de la Seda que iba desde el corredor de Gansu hasta Asia Central, era frecuente ver un tipo particular de camello, de dos jorobas, conocido como camello bactriano (*Camelus bactrianus*), en honor a la región de Bactria, en el norte del actual Afganistán. Todo el cuerpo de estos cuadrúpedos estaba preparado para los rigores de la región, donde se convirtieron en un símbolo de fuerza viril y poder militar. Eran más grandes y corpulentos que los camellos de una joroba (*Camelus dromedarius*), y estaban cubiertos durante la estación fría de una espesa mata de pelo, que les permitía soportar temperaturas extremas hasta la llegada de los calores de la primavera, cuando los incómodos vellones lanudos se desprendían con facilidad. Tenían grandes pezuñas almohadilladas, capaces de transitar cómodamente sobre las dunas de arena, sus pestañas eran muy largas para proteger los ojos de las tormentas del desierto, y, salvo para respirar, podían mantener cuidadosamente cerrados los ollares de la nariz. Pero, además, como animal de carga, los camellos bactrianos eran perfectos para las caravanas. Los machos adultos pesaban más de 500 kilos, podían llevar encima más de la mitad de su propio peso, y a diferencia de las mulas o los bueyes, eran capaces de aguantar semanas sin agua y sin comida. Además, podían alimentarse prácticamente de cualquier cosa, desde huesos hasta piel de animales, incluidos los arbustos amargos, repletos de espinas, que crecían en los

confines del desierto de Gobi. Los caravaneros solían llevar consigo aceite de sésamo, y una pequeña cantidad era suficiente para mantener al animal en pie. Por último, cuando llegaban a un oasis, estos camellos podían beber rápidamente todo el líquido que necesitaban —hasta 50 litros— y reanudar la marcha de inmediato, una cualidad muy valorada cuando se atravesaban regiones inseguras en las que convenía no llamar demasiado la atención. Los viajeros de la Ruta de la Seda estaban a punto de adentrarse justo en ese tipo de terreno.

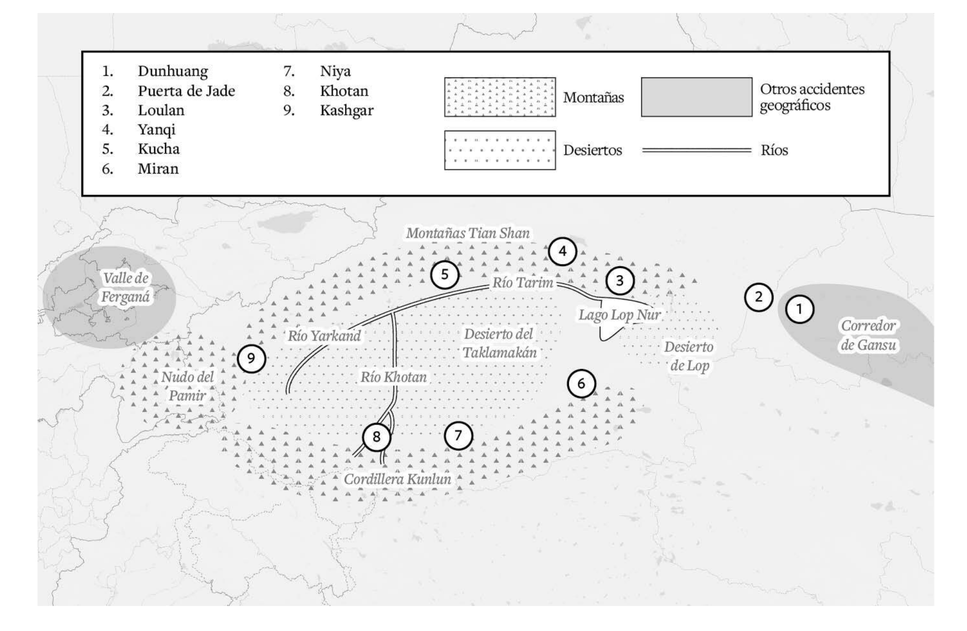
El camino abandonaba Dunhuang por el noroeste y tomaba una senda solitaria que se internaba en el extremo occidental del desierto de Gobi. No había nada en decenas de kilómetros a la redonda, salvo una inmensa llanura de suelo pedregoso que se iba haciendo más y más salado. Solo si volvían la vista hacia la derecha, hacia el norte, los mercaderes podían contemplar las estribaciones más occidentales de la Gran Muralla, tachonadas de almenaras. Pero, a unos 80 kilómetros de Dunhuang, las caravanas llegaban ya al confín del imperio. Aquí se encontraba el final de la Gran Muralla y el último de los pasos que vigilaban las fronteras: una fortaleza que se alzaba, solitaria, en medio de la llanura. El castillo, de planta cuadrada, había sido construido a finales del siglo II a. C. por el ya célebre emperador Wu de los Han. Era una sobria construcción de tierra apisonada, cuyos muros, de color amarillento, no tenían más decoración que unas ásperas costras blanquecinas formadas por la sal del terreno al ser absorbida por las paredes. Sorprendentemente, a pesar de su aspecto severo, los chinos le daban el hermoso nombre de Yumenguan: el «Paso de la Puerta de Jade». Por orden del emperador Wu, todas las caravanas cargadas de mercancías debían atravesar el castillo para penetrar en el Imperio del Centro, y por aquí pasaban los mercaderes y portadores de tributos de los pequeños reinos del desierto de Taklamakán, que eran los principales suministradores de jade a China. Fruto de este intercambio, esta piedra semipreciosa penetraba a través del paso en cantidades tan grandes que acabó dando nombre al lugar.

Hasta este punto, la Ruta de la Seda había transcurrido por caminos imperiales, custodiados por el ejército y dotados de paradas de posta, posadas y albergues. Pero, más allá de la Puerta de Jade, fuera de los confines del imperio, la protección de las autoridades se desvanecía y la travesía podía ser muy peligrosa a causa de las manadas de lobos hambrientos, las tribus salvajes de las estepas y los bandoleros. Abundaban las historias de caminantes a quienes les habían robado todas sus posesiones, hasta la ropa, y eran muchos los que preferían transitar estos parajes en compañía, sumándose a una gran caravana comercial o a un grupo de embajadores y portadores de tributos. Sin embargo, el mayor peligro al que se enfrentaban los viajeros no eran

los bandidos o las tribus esteparias, sino el desolado territorio que tenían por delante. Tras abandonar la protección de la Gran Muralla y dejar atrás la Puerta de Jade, las caravanas se internaban en una de las regiones más áridas de la tierra, una enorme depresión desértica conocida como la cuenca del Tarim.

LA CUENCA DEL TARIM

Este territorio se extiende a lo largo de más de 1.100 kilómetros de este a oeste, y más de 600 de norte a sur, abarcando un área que supera los 600.000 km^2, un tamaño similar, por ejemplo, al de Francia. Su forma recuerda vagamente a la de una almendra o a la de un pez, más ancha en su extremo occidental y más estrecha en el oriental.[20] Aunque la mayor parte del territorio de la cuenca es, ya de por sí, inhóspito, el corazón de la depresión está ocupado por un enorme mar de arena: el desierto de Taklamakán, el segundo desierto de arena más grande del mundo tras el Rub al-Jali, en la península arábiga, con una superficie de más de 330.000 km^2, y dunas que superan los 200 metros de altura. Como es de esperar, el clima en la cuenca del Tarim es árido y extremo. Apenas llueve, y las temperaturas anuales fluctúan entre los 47 grados y los 30 bajo cero. La región es, además, terriblemente ventosa. Durante la mayor parte del año los vientos dominantes, que soplan de norte a sur, cubren el desierto de oscuras nubes de polvo que, a veces, se transforman en huracanes y provocan pavorosas tormentas de arena, a las que los habitantes de la región llamaban *kara-buran*, tormentas negras. Cuando esto sucede, no hay lugar donde esconderse. No solo el viento posee una violencia insoportable, sino que cambia con frecuencia de dirección, impidiendo al desventurado viajero encontrar refugio. Estas tormentas son tan extremas que han desperdigado los materiales de la cuenca por toda la región, convirtiendo al desierto de Taklamakán en la principal fuente de arena del sureste de Asia; granos procedentes de este lugar se han encontrado en el océano Pacífico, América del Norte e incluso Groenlandia.



El explorador sueco Sven Hedin, conocido por haber popularizado la expresión «Ruta de la Seda», fue uno de los primeros viajeros modernos en recorrer la cuenca del Tarim. Este aguerrido escandinavo se había aventurado ya en otras regiones inhóspitas, pero con el tiempo confesaría que esta expedición fue una de las más difíciles de su vida. El viaje comenzó a finales del invierno de 1895. El grupo de Hedin estaba bordeando prudentemente el desierto de Taklamakán cuando, en cada una de las paradas, comenzó a oír historias. Los lugareños hablaban de una ciudad perdida, enterrada bajo las arenas. A veces, contaban, las caravanas que circunvalaban el desierto atisbaban en la lejanía sus muros y sus torres medio derruidas y, si se fijaban bien, podían ver lingotes de oro y pedazos de plata asomando entre las paredes. Pero si la caravana desviaba su rumbo y se adentraba en el desierto para apoderarse de estos tesoros, los guías quedaban hechizados y comenzaban a conducir a los viajeros en círculos interminables. Después de vagar inútilmente durante días, caían muertos de agotamiento, y con ellos perecía toda la caravana. La única manera de salvarse era arrojar cuanto antes los metales preciosos al suelo y proseguir el camino, dejando atrás la ciudad perdida. El propio Hedin señalaba que, mientras bordeaba el desierto, el peligroso deseo de adentrarse en su interior crecía de día en día, espoleado por estos fantasiosos relatos. Finalmente, se decidió a atravesar el Taklamakán por su extremo occidental, escoltado por un hombre de confianza y tres compañeros más reclutados en la zona, y por tanto familiarizados con el desierto y los camellos. El explorador sueco había comprado una oveja y ocho camellos bactrianos, a los que cargaron hasta los topes con provisiones y más de 450 litros de agua.

En el día señalado, mientras la pequeña caravana abandonaba la última aldea, las gentes del lugar, que la acompañaron durante un largo trecho, murmuraban: «Nunca volverán».

Tras varias jornadas de travesía, Hedin y sus acompañantes se adentraron en el mar de arena. Las enormes dunas les obligaban a dar rodeos buscando una ruta transitable para los camellos. No había un ser vivo a la vista y la única agua disponible, proveniente de los tanques que cargaban los camellos, estaba tan caliente que quemaba la garganta. Pronto, las dunas se hicieron altas como montañas y el calor, insoportable. Fue necesario desmontar de los fatigados camellos, dejar atrás todo lo que no fuera imprescindible y racionar el agua. Al cabo de unos días, los animales más débiles fueron incapaces de dar un paso más y se quedaron en el sitio a esperar la muerte. Una mañana, una tormenta de arena oscureció el cielo y cubrió por completo a los viajeros, que apenas podían ver lo que tenían delante: el grupo perdió contacto con otro de los camellos, y no lo volvieron a ver.

Finalmente, el agua se terminó. Usaron las gotas que quedaban para mojarse los labios, y esa misma noche el explorador escribió en su diario lo que creía que serían sus últimas palabras. Medio enloquecidos por la sed y el calor, cortaron el cuello de la oveja que llevaban consigo y bebieron su sangre. Dos de los hombres ingirieron también la orina de los camellos, mezclada con azúcar y vinagre. Los que lo hicieron fueron presa de la fiebre y quedaron tendidos en el suelo, incapaces de moverse. Nunca se volvió a saber de ellos. Los otros tres, con fuerzas renovadas, decidieron realizar una desesperada caminata final aprovechando el relativo frescor de la oscuridad. Anduvieron durante dos noches y descansaron durante dos días. Sin comida ni agua, otro de los guías y los últimos camellos se quedaron por el camino. Al final, solo Sven Hedin y uno de sus compañeros seguían en pie, arrastrándose en busca de agua dulce. Al amanecer del tercer día vieron a lo lejos un tamarisco, un pequeño arbusto de flores rosadas, capaz de sobrevivir en los terrenos más extremos. Esperanzados, continuaron su camino. Se toparon con nuevos arbustos y, al cabo de unas horas, vieron un bosquecillo de álamos, pero ninguna señal de agua o de seres humanos. Hedin y su compañero tuvieron que vagar todavía una última jornada, más muertos que vivos, para encontrar el curso del río Khotan, que en verano fluía de sur a norte a través del extremo occidental del desierto de Taklamakán.[21]

Algunas teorías aseguran que Taklamakán era un topónimo muy antiguo, que podría traducirse como «el lugar del que nadie vuelve». Como hemos visto, no se trataba de una expresión exagerada. El corazón del desierto se encuentra en un lugar tan inaccesible que no

ha sido explorado completamente hasta finales del siglo XX, cuando la realización de prospecciones petrolíferas estimuló la llegada de cartógrafos y la construcción de carreteras. Esta aridez extrema de la cuenca del Tarim se debe, en gran medida, a su carácter aislado. El lugar ocupa el corazón de Asia, a miles de kilómetros de distancia de los océanos, y está rodeado de altísimas montañas, que caen de forma violenta sobre la llanura formando valles impenetrables. Estas barreras gigantescas, que se cuentan entre las más altas de la Tierra, impiden que cualquier brisa cargada de humedad pueda alcanzar el corazón de la depresión. Cierra el borde septentrional de la cuenca la cordillera de Tian Shan, a la que los chinos se referían como las Montañas Celestiales. Sus picos más altos superan los 7.000 metros de altitud y separan la depresión del Tarim de las estepas de Asia. En el extremo occidental del Tarim se encuentran las cumbres del Pamir, de las que se hablará con detalle más adelante, y el sur está bordeado por las montañas Kunlun, que forman parte de las estribaciones septentrionales del macizo tibetano. La cordillera Kunlun es una de las más largas del mundo: se extiende, de oeste a este, a lo largo de 3.000 kilómetros. Sus picos más altos superan los 7.500 metros de altura y descienden hacia la depresión del Tarim en gargantas desprovistas de vegetación y cubiertas de arena y grava.

Pero las montañas Kunlun eran también el origen del jade blanco, el de mejor calidad, que llegaba a China a través de la Puerta de Jade. Era arrastrado en forma de grandes cantos rodados por los ríos de deshielo que descendían hasta el desierto, donde los habitantes de la región recogían los bloques y los llevaban hasta los confines del imperio para vendérselos a los chinos, que los adquirían con avidez. Para los habitantes del Imperio del Centro, el jade tenía un significado mágico, pues creían que, al igual que el oro procedía de los poderosos rayos del sol, éste surgía de la delicada luz de la luna. Los objetos elaborados con este material se asociaban con la inmortalidad y era frecuente encontrarlo en contextos funerarios. Los emperadores Han eran enterrados cubiertos de jade, convencidos de que ayudaría a preservar la integridad de sus cuerpos: cigarras de jade se colocaban sobre sus labios, almohadas de jade sostenían sus cabezas y cerditos de jade se escondían entre sus dedos. En consecuencia, para los chinos, la cordillera Kunlun, fuente de ese material, albergaba una «montaña cósmica» que era el lugar donde nacían todos los ríos, donde residían la Reina Madre del Oeste y el Emperador Amarillo, y donde hundía sus raíces el árbol sagrado Jianmu, cuyas ramas eran capaces de alcanzar los cielos. La montaña era tan alta y ancha que un hombre jamás podría escalarla —eso si superaba los ríos de arena ardiente que la rodeaban y la criatura con cuerpo de tigre, cabeza humana y nueve colas que la custodiaba—, y solo se podían superar

sus pendientes, que estaban hechas de cobre, con la ayuda de criaturas celestiales, como un dragón.[22]

Paradójicamente, las mismas cordilleras que rodean la cuenca del Tarim y son responsables de su extrema aridez constituyen también su única fuente de vida. Las montañas son el origen de varios ríos y múltiples arroyos que fluyen hacia la depresión, convirtiendo el Tarim en la cuenca endorreica más grande del mundo.[23] La mayor parte de estos cursos de agua son estacionales. Fluyen violentamente desde las montañas durante la estación del deshielo, en los meses de verano, a través de gargantas estrechas de paredes casi verticales. Cuando llegan a la tierra blanda y arcillosa de la llanura, varían con frecuencia su curso y, al toparse con el desierto, apenas consiguen adentrarse unos pocos kilómetros antes de desaparecer absorbidos por la arena. Solo dos ríos, el Yarkand y el Khotan, alimentados por las aguas de las montañas Kunlun, consiguen abrirse paso a lo largo del tercio oeste del desierto de Taklamakán durante los meses de julio y agosto, coincidiendo con el deshielo masivo de las nieves de la cordillera. Atraviesan el desierto de sur a norte, siguiendo la inclinación general del terreno. En el extremo noroccidental de la cuenca, los dos ríos se unen a un tercero, el Aksu, que fluye desde las montañas Tian Shan, y juntos forman un último curso fluvial más grande, el río Tarim, que discurre de oeste a este a los pies de la cordillera Tian Shan. El río Tarim es el más largo y caudaloso de la región, y por eso ha dado nombre a toda la cuenca. Pero, a pesar de recoger la corriente de estos tres ríos, apenas lleva agua en invierno y primavera; el 70 por ciento de su caudal es fruto exclusivo del deshielo veraniego. Este aumento repentino y estacional de su corriente, que discurre a través de llanuras arcillosas, blandas y maleables, ha provocado constantes cambios en su curso, que son los responsables de uno de los grandes misterios de la geografía de Asia: el enigma del Lago Errante.

Antiguos registros chinos informan de la existencia, más allá del oasis de Dunhuang y del paso de la Puerta de Jade, de una laguna salobre llamada Lop Nur, a cuyas orillas se levantaba la importante ciudad caravanera de Loulan. Cuando los exploradores occidentales comenzaron a cartografiar la región, ya intuían que el único río capaz de alimentar un lago en la zona debía de ser el Tarim, así que buscaron esa gran acumulación de agua siguiendo su corriente. En 1877, el zoólogo ruso N. M. Przewalski (1839-1888), tras caminar junto al curso del Tarim durante semanas, consiguió localizar dos pequeños lagos, el Kara-Buran y el Kara-Koshun, situados cerca del borde meridional de la cuenca, y propuso identificarlos como el viejo Lop Nur mencionado en las fuentes chinas. Pero Ferdinand von Richthofen (1833-1905), el geógrafo alemán que intuyó por primera vez la existencia de los caminos de la seda, observó que la propuesta

realizada por el explorador ruso presentaba dos dificultades importantes: el Kara-Buran y el Kara-Koshun eran de agua dulce, mientras que las fuentes chinas especificaban que el Lop Nur se trataba de un lago salado. Y, además, las dos lagunas se encontraban a unos 400 kilómetros al sur de la ubicación donde esas mismas fuentes lo situaban.

En la primavera de 1900, Sven Hedin, el aventurero sueco que estuvo a punto de morir atravesando el Taklamakán, y que continuaba disfrutando, a pesar de todo, de las emociones fuertes, visitó la zona decidido a encontrar el misterioso lago perdido. Pronto se topó con indicios de que, en medio de lo que era entonces un desierto, pudo haber existido un lago: el terreno formaba grandes terrazas arcillosas semicirculares que estaban cubiertas por costras de sal, conchas y troncos de árboles muertos. El grupo de Hedin encontró también huellas de un asentamiento, abandonado cientos de años atrás y medio enterrado por la arena. Sin embargo, la expedición, como siempre, iba corta de agua, así que, sin tiempo para detenerse, dejaron el lugar y prosiguieron su camino hacia el sur. Poco después, llegaron a un punto que parecía ideal para excavar un pozo, pero cuando trataron de echar mano de la pala, descubrieron que la habían olvidado en el asentamiento abandonado. Uno de los hombres regresó para recuperarla, y, esta vez, echó un vistazo más detenido a las ruinas. Tras reencontrarse con Hedin, le contó que había dado con una extraña torre de adobe y que a su alrededor había relieves, monedas e incluso restos de casas. Gracias a aquella pala olvidada, Sven Hedin acababa de localizar la ciudad perdida de Loulan y, junto a ella, el viejo lago salado, ya seco, del Lop Nur.

Como se ha señalado, los ríos de la cuenca, incluido el propio Tarim, han variado con frecuencia su curso. Hace unos 1.700 años, el Tarim desembocaba en el extremo nororiental de su cuenca, donde la alta salinidad del suelo permitía que se formara el Lop Nur, un lago salado durante el verano que se convertía en una zona pantanosa el resto del año. El agua dulce del río y los recursos del lago permitieron que a su alrededor floreciera una ciudad-oasis llamada Loulan. Sin embargo, en algún momento en torno al siglo IV d. C., el río Tarim cambió su curso y comenzó a desembocar 400 kilómetros al sur, en el extremo meridional de la depresión, propiciando el nacimiento de los dos lagos, Kara-Buran y Kara-Koshun, que cartografió el aventurero ruso. La próspera ciudad caravanera de Loulan quedó abandonada y acabó cubierta por la arena hasta que Hedin se topó con ella. De hecho, la geografía de la región está condenada a cambiar constantemente. A lo largo del siglo XX el caprichoso curso del río Tarim ha comenzado a regresar a su antiguo trazado y su nueva desembocadura podría volver a fluir sobre el viejo lecho salado del

Lop Nur. Por este motivo, Sven Hedin, el hombre que fue capaz de desentrañar el enigma, lo bautizó con el apelativo del «Lago Errante». [24]

LOS REINOS-OASIS

La existencia de estos cursos fluviales a los pies de las cordilleras que rodeaban la cuenca del Tarim permitió el surgimiento de algunos oasis, pequeñas manchas de verdor, apretujadas entre el desierto y los abruptos valles montañosos, y separadas unas de otras por decenas de kilómetros. En estos afortunados lugares no solo había agua dulce y algo de pasto para los animales. En las laderas de las montañas también crecían pequeños bosques de álamos, y los sistemas de regadío permitían cultivar en el llano cereales, frutales, árboles de morera, cáñamo y vides.

Estos lugares, extremos y remotos, fueron habitados muy tardíamente por el ser humano. Solo hace unos 4.000 años, en plena Edad de Bronce, grupos provenientes del norte y del oeste atravesaron las cordilleras que rodeaban la cuenca del Tarim junto con sus rebaños de cabras y ovejas, y comenzaron a ocupar los pequeños oasis a los pies de las montañas. Aquí construyeron un puñado de asentamientos y aprovecharon las zonas estériles, donde el suelo era más árido y salino, para enterrar a sus muertos. Los cadáveres se depositaban en fosas, bajo extrañas cubiertas que a veces adoptaban la forma de un barco invertido. En el caso de los difuntos varones, las tumbas se marcaban además con anillos concéntricos de estacas de madera, formando figuras que los arqueólogos han relacionado con algún tipo de culto solar. Gracias a la extrema sequedad y a la salinidad del suelo, los cadáveres depositados en estas necrópolis se han encontrado en un extraordinario estado de conservación y son conocidos como las «momias del Tarim», aunque, en realidad, no se les aplicó ningún proceso de momificación.[25] Los individuos más antiguos están datados en torno al 2000 a. C. y los más modernos se remontan a los siglos III-IV d. C. La mayoría conservan los enseres con los que fueron enterrados: cestas de cañas, objetos de bronce, joyas de jade, sombreros de fieltro, mantos de lana, zapatos de cuero o lujosos vestidos de seda. Junto a algunos de los difuntos se depositaron también pequeñas bolsitas de efedra, una planta arbustiva, rica en alcaloides, que tenía propiedades estimulantes y se usaba con propósitos medicinales y religiosos. La efedra era capaz de provocar alucinaciones, trances que, tal vez —pensaban aquellas gentes— ayudaban a los espíritus a viajar entre el mundo de los vivos y el de los muertos.



La Belleza de Loulan, segundo milenio a. C. Museo de Sinkiang.

Las momias del Tarim no solo constituyen un excelente testimonio de cómo era la vida en torno a los pequeños oasis que rodeaban el Taklamakán. Los individuos más antiguos presentaban rasgos caucásicos, como cabello rubio o pelirrojo y piel clara. Y sus ropajes, su comida, el tratamiento que daban a sus propios cuerpos, muchas veces cubiertos de tatuajes, o su religión, que parecía tener un carácter solar, guardaban relación con la cultura indoeuropea. Los primeros pobladores de la cuenca del Tarim fueron, probablemente, indoiranios que, en algún momento en torno al 2000 a. C., abandonaron sus lugares de origen y atravesaron montañas impenetrables para llegar a los confines del desierto de Taklamakán. Los secretos de este extraño éxodo, aún por desentrañar, podrían arrojar algo de luz sobre uno de los misterios más fascinantes de nuestro propio pasado: el origen de los indoeuropeos.

A partir del primer milenio a. C., coincidiendo con el arranque de la Edad de Hierro, las poblaciones del Tarim se volvieron más variadas. A los habitantes originarios se sumaron nuevas gentes, y los pequeños asentamientos agrícolas en torno a los oasis se convirtieron en ciudades-estado gobernadas por un rey, dedicadas a la agricultura y la ganadería, y con un creciente interés en el comercio. Los limitados recursos que ofrecían los confines del desierto hacían imprescindible el intercambio de bienes de primera necesidad con los reinos vecinos,

mientras que los productos de lujo, como la seda o el oro, se obtenían gracias al comercio de larga distancia con las gentes de la estepa o con los yuezhi, aquel pueblo al que iba dirigida la embajada de Zhang Qian, que por aquel entonces controlaba todavía el corredor de Gansu. Es posible que fueran los yuezhi los que hacían llegar las mercancías del Tarim, como el jade, a la efervescente China de los Reinos Combatientes, antes del nacimiento del Imperio del Centro.

A finales del siglo II a. C., cuando el célebre emperador Wu de los Han ordenó la expansión hacia el lejano oeste, en los confines de la cuenca del Tarim había ya sólidas rutas mercantiles, un puñado de prósperos reinos —treinta y seis, según las fuentes imperiales— acostumbrados al comercio local e internacional, y una cierta demanda de mercancías chinas. De hecho, la mayoría de estos reinos aceptaron convertirse en vasallos del imperio a cambio de mantener la fluidez de los intercambios, y las embajadas que enviaban a Chang'an estaban, en realidad, a medio camino entre la misión diplomática y la caravana comercial. A lo largo de cientos de años, hasta la caída de la dinastía Han, en el siglo III d. C., los reinos de la cuenca del Tarim permanecieron bajo el dominio del Imperio chino. Durante todo ese tiempo las riquezas de los caminos de la seda fluyeron por los ásperos confines del desierto de Taklamakán, convertidos en el frágil lazo de unión entre China y las civilizaciones de Persia y la India. Las caravanas de mercaderes recorrían la cuenca del Tarim siempre al abrigo de las montañas, siguiendo caminos señalados por postes de madera, indispensables para orientarse durante las tormentas de arena, y deteniéndose para comerciar o aprovisionarse en los pequeños reinos-oasis. Se trataba de un viaje peligroso. Las ciudades más grandes disponían de recursos para abastecer a las caravanas, pero estaban separadas entre sí por decenas de kilómetros, y los diminutos oasis que bordeaban la mayor parte del recorrido no siempre querían, o podían, prescindir de sus escasas provisiones.

LOS DOS CAMINOS

El recorrido en torno al desierto de Taklamakán podía completarse tanto por el sur como por el norte, porque, tras abandonar Dunhuang y dejar atrás la Puerta de Jade, el camino se bifurcaba. Aquellos que tomaban la ruta septentrional se topaban, nada más abandonar el abrigo de la Gran Muralla, con el Lop Nur, el lago salado formado en la desembocadura del río Tarim, rodeado por su propio desierto, a caballo entre el Gobi y el Taklamakán, conocido como el desierto de Lop. Este debía de ser un lugar particularmente escalofriante, una enorme superficie barrida por el viento, salpicada de costras de sal y manchas de arcilla. Faxian, un monje budista chino que recorrió estos lugares camino de la India a comienzos del siglo V d. C., lo describía

así: «Le-Hao, el prefecto de Dunhuang, les proporcionó los suministros necesarios para cruzar el desierto, en el que había muchos demonios malignos y vientos ardientes. Todos los viajeros que se los encontraban perecían. No se veía ni un pájaro en el aire ni un animal en el suelo. Allá donde uno mirara en busca de un camino para atravesar el desierto, solo encontraba como indicación los huesos secos de los muertos». Uno se pregunta si lo que vio Faxian podría ser en realidad los restos resecos de las momias del Tarim, asomando entre las dunas de arena.

Marco Polo, que describió el desierto de Lop en la segunda mitad del siglo XIII, también quedó impresionado con las historias que circulaban sobre el lugar: «Al salir de la ciudad [se refiere al oasis de Charklik, en el extremo meridional del Tarim] se entra en el desierto, tan grande que llevaría un año para atravesarlo, aunque en el trayecto más estrecho se puede cruzar en un mes. Es todo montañoso, con dunas y valles, y no se encuentra nada que comer. (…) No hay aves ni animales. (…) Ocurre allí una cosa sorprendente. Cuando se avanza de noche por aquel desierto, si uno se queda retrasado con respecto a los demás, por haberse dormido u otra causa, al intentar acercarse al grupo se oyen voces de espíritus que se asemejan a los de los compañeros de viaje. Muchas veces lo llaman por su nombre, obligándolo a desviarse de su ruta, y de esa forma se han extraviado muchos. A menudo se oyen retumbar en el aire instrumentos, más bien tambores».[26]

Si se sobrevivía a los demonios, los espíritus y los tambores nocturnos del desierto de Lop, la primera gran parada de la ruta septentrional era el enclave caravanero de Loulan, la ciudad perdida con la que se topó Sven Hedin en su búsqueda del Lago Errante.[27] En el siglo II a. C., tras el establecimiento de la Ruta de la Seda, Loulan era un pequeño reino dedicado a la ganadería, en una zona de creciente importancia estratégica y comercial, y situado en medio de dos enormes poderes enfrentados: los xiongnu, al norte, y el Imperio chino, al este. Los monarcas de Loulan no lo tuvieron fácil. Trataron de mantener una postura de neutralidad entre los jinetes de la estepa y los emperadores Han, pero los equilibrios diplomáticos no suelen terminar bien para la parte más débil. Uno de sus príncipes, enviado como rehén, acabó castrado por no respetar las costumbres de la corte Han, y poco después el propio rey de Loulan fue asesinado. El soberano se había emborrachado, tal vez mientras celebraba la llegada de un embajador chino cargado de regalos, y fue cosido a puñaladas por el propio emisario imperial en un sorprendente ejercicio de polivalencia diplomática. Mientras contemplaba la cabeza de su monarca colgada de una puerta, el hermano del fallecido debió de considerar que lo mejor era aceptar cuanto antes las propuestas del

embajador. A partir de ese momento, el 77 a. C., Loulan alojó un contingente de tropas chinas y se convirtió en un reino vasallo del imperio durante medio milenio. Las fuentes documentan la presencia en la ciudad de mercaderes procedentes de China, Asia Central o incluso la India, revelando la potencia de Loulan como nudo caravanero. Sin embargo, en torno al siglo IV d. C., el río Tarim varió su curso, el lugar se volvió inhabitable y sus pobladores emigraron a otros oasis. A mediados del siglo VII, Xuanzang, uno de los viajeros más célebres de la historia de China, solo encontró en este lugar una vieja fortaleza abandonada. El próspero reino de Loulan había sido devorado por la arena y el tiempo.

Tras dejar atrás Loulan, la ruta septentrional del Tarim se adentraba en un terreno accidentado, donde el desierto se mezclaba con colinas resecas y valles arenosos. Pero si el guía conocía bien la zona, era capaz de localizar el curso del río Konqi (el «río del Pavo Real») y podía conducir a los viajeros hacia el norte, aguas arriba, hasta el paso de la Puerta de Hierro. En este punto, el valle se estrechaba tanto que las caravanas tenían que apretujarse en un palmo de terreno, entre las paredes de la garganta y la fuerte corriente de aguas azul turquesa, pero el esfuerzo merecía la pena. Al final de la travesía se alcanzaba un valle escondido, rodeado de montañas y dominado por la gran masa de agua del lago Bosten. En este pequeño paraíso verde y azul, alimentado por las aguas de los arroyos que descendían de la cordillera Tian Shan, prosperó el reino de Yanqi, cuya capital debía de corresponderse con la moderna Karashar.

A orillas del lago Bosten las caravanas podían descansar, aprovisionarse y disfrutar de su exquisito pescado antes de continuar su camino hacia el oeste, siempre al abrigo de las montañas Tian Shan. Pronto se alcanzaban los confines de Kucha, el último y el más grande de los reinos de la orilla septentrional del Tarim. A pesar de la aridez del desierto que lo rodeaba, el oasis de Kucha era un lugar encantador donde abundaban las vides, los granados y los melocotoneros, y cuyos habitantes, honestos por naturaleza, se habían hecho famosos por su maestría con los instrumentos de cuerda y viento. Pero Kucha era conocido sobre todo por sus caballos, tan fieros y vigorosos que se decía que descendían de dragones y que venían al mundo en un estanque situado al este de la ciudad. Algunos contaban que, de cuando en cuando, los dragones del estanque adoptaban la forma de hombres y acudían a la ciudad para mantener relaciones con las mujeres del oasis. Cada vez que esto sucedía, nacían niños fuertes y valientes que podían correr tan rápido como el más veloz de los caballos.

Cuando los Han iniciaron su expansión hacia el oeste, la ciudad-oasis de Kucha no solo dominaba la ruta que bordeaba el Taklamakán

por el norte, también controlaba los pasos de montaña que permitían atravesar la cordillera Tian Shan y alcanzar las estepas que se extendían al otro lado, en el moderno Kazajistán. Estas rutas habían permitido a los xiongnu extender una especie de tutela sobre el reino de Kucha, obligándolos a enviar a sus príncipes a la corte de los jinetes para que aprendieran sus costumbres y se mantuvieran leales a los bárbaros una vez alcanzado el trono. Sin embargo, cuando los xiongnu fueron derrotados por los emperadores Han, los señores de Kucha se apresuraron a cambiar de bando: el 65 a. C., su rey viajó a Chang'an acompañado de su esposa para mostrar su adhesión a la causa del Imperio chino.

Por lo que respecta a la ruta que atravesaba la cuenca del Tarim por el sur, la primera parada importante era el oasis de Miran, en el extremo meridional del desierto de Lop. Este pequeño asentamiento carecía de población suficiente para formar un reino propio y sus señores rendían vasallaje a los reyes de Loulan. Otro tanto sucedía con el vecino enclave de Niya, un diminuto reino caravanero surgido a orillas de uno de los ríos que descendían de la cordillera Kunlun y morían en la arena. El lugar fue descubierto por el explorador Aurel Stein a comienzos del siglo XX, cuando del próspero oasis ya solo quedaban extrañas hileras de troncos resecos clavados en la arena. Sin embargo, bajo la superficie, en un antiguo vertedero, el sorprendido aventurero de origen anglohúngaro encontró varias tablas cubiertas de inscripciones y cerradas con sellos de arcilla. Una de ellas llevaba dos estampillas, una con el nombre de un funcionario chino y otra con un retrato de aspecto occidental. Otras llevaban sellos de arcilla con impresiones de dioses y héroes griegos: Atenea, Eros, Heracles… Las representaciones de la diosa llamaron especialmente su atención, porque aparecía tocada con el casco y la égida, sosteniendo un escudo y lanzando un rayo, a la manera de Atenea Alcidemos, «la protectora del pueblo», la patrona de Pella, la capital del reino de Macedonia. Esta advocación de la divinidad había sido utilizada en sus monedas por Menandro I (*ca.* 165-130 a. C.), uno de los soberanos más importantes del reino grecobactriano, que dominó las regiones del norte de Afganistán y la India entre los siglos III y II a. C. Al parecer, los fluidos intercambios comerciales entre Asia Central y el Tarim habían llevado las formas del arte helenístico hasta el corazón de la cuenca.[28]

Los cursos fluviales que bajaban de las montañas no solo llevaban a la llanura agua dulce y tierra fértil. Como se ha señalado, los más caudalosos arrastraban además bloques de jade. La cuenca del Tarim era uno de los mayores yacimientos de jade del mundo, el lugar donde esta roca se obtenía en mayor abundancia y calidad durante la Antigüedad y la Edad Media, y los emperadores Han ordenaron la

gran expansión hacia el oeste en parte para asegurarse el acceso a esta piedra semipreciosa. Aunque el jade podía encontrarse en varios ríos de la región, los pedazos más grandes eran arrastrados por la corriente de dos cursos fluviales que nacían en la cordillera Kunlun y que recibían el nombre, no muy imaginativo, de «el río de Jade Blanco» (Yurungkash) y «el río de Jade Negro» (Karakash). Durante la estación del deshielo, el Yurungkash y el Karakash se hacían tan caudalosos que eran capaces de adentrarse más de 100 kilómetros en el Taklamakán, y aquí, rodeados de las inmensas dunas de arena, se unían para formar un único curso fluvial, el Khotan, que discurría 300 kilómetros de sur a norte, a través del desierto, antes de desembocar en el Tarim. Pues bien, entre los ríos del Jade Blanco y del Jade Negro había un oasis, y en esa estrecha franja de tierra fértil surgió una ciudad, que también recibió el nombre de Khotan.

El reino de Khotan era uno de los más grandes de la cuenca del Tarim: los registros de los emperadores Han recogían una población de más de ochenta mil habitantes. Gran parte de su prosperidad provenía de la exportación de jade, pero esta no era su única fuente de riqueza. En la pequeña llanura entre los dos ríos había campos de cereales y árboles frutales, y el ganado que pastaba a los pies de las montañas proporcionaba una lana con la que se fabricaban alfombras de calidad extraordinaria. De hecho, sus tejedores eran muy reputados por su habilidad, y sus paños de seda eran tan famosos como su jade. Dueño de recursos valiosos, ubicado en la encrucijada de prósperas rutas mercantiles, el reino de Khotan jugaba un papel clave en el comercio entre China, la India y las tierras altas de Persia, y sus reyes disponían de recursos suficientes como para permitirse regalar a los emperadores Han elefantes amaestrados traídos desde el subcontinente indio. No es de extrañar que los viajeros que visitaban la ciudad la describieran como un lugar delicioso, habitado por gentes alegres y muy educadas, que disfrutaban de sus riquezas bailando al son de la música mientras vestían espléndidas túnicas de seda y algodón blanco.



Tapiz de Sampul, siglos III-II a. C. Museo de Sinkiang.

Al igual que en la cercana Niya, los arqueólogos también han encontrado en el cosmopolita oasis de Khotan indicios de un cierto gusto por las formas helenísticas, fruto, probablemente, de los contactos con Asia Central. A mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, fuertes lluvias dejaron al descubierto una necrópolis en Sampul, a unos 30 kilómetros al este de Khotan. En el lugar se acumulaban cientos de enterramientos, datados entre los siglos III a. C. y III d. C., aunque una de las tumbas, de carácter colectivo, atrajo la atención de los investigadores. En ella apareció un pedazo de lana, la mitad de un pantalón que había sido elaborado aprovechando el tejido reutilizado de una especie de tapiz. El llamado Tapiz de Sampul estaba dividido en dos secciones y decorado de una manera sorprendente. En el extremo superior, sobre un fondo oscuro tachonado de flores, podía

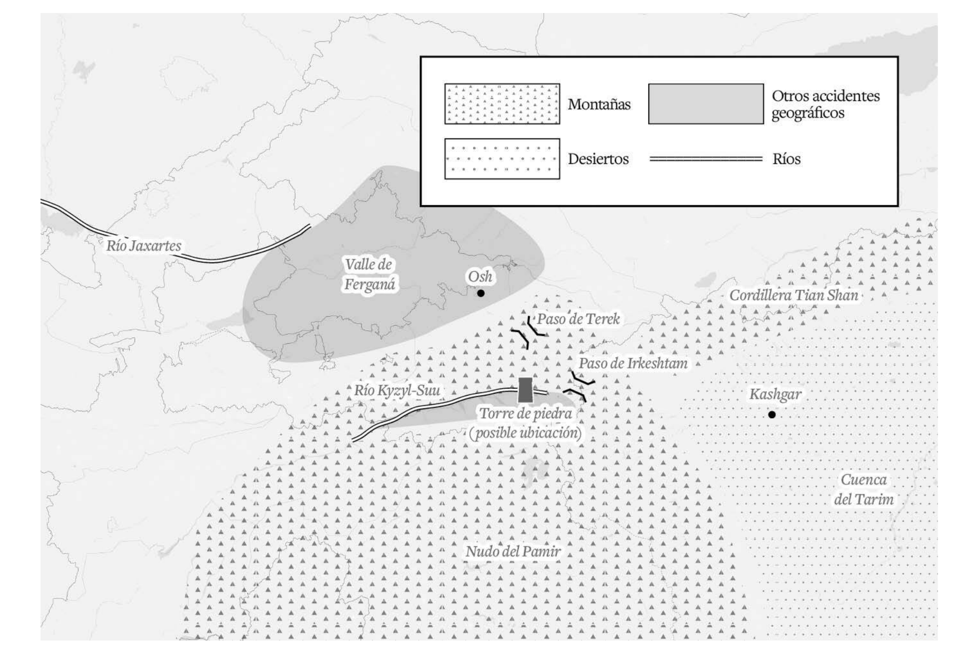
verse un centauro al galope cubierto con una piel de león y tocando un instrumento de viento. En la parte inferior, que ocupaba la mayor parte de la tela, se veía a un hombre de grandes ojos azules y rasgos caucásicos, vestido con chaqueta y pantalones, que sostenía una lanza y se sujetaba el cabello con una diadema. Las referencias a Occidente eran evidentes y, como en Niya, se ha considerado la posibilidad de que la pieza guardara alguna relación con el vecino reino grecobactriano. Los soberanos helenísticos usaban una diadema similar a la que vestía el guerrero de Sampul, y el centauro tocado con la piel del león de Nemea podría ser una referencia a Alejandro, que decía descender de Heracles y que tenía como ejemplo a Aquiles, el héroe que se había criado con el centauro Quirón.

En el extremo occidental de la cuenca del Tarim el paisaje cambiaba. Las gigantescas dunas del Taklamakán disminuían de tamaño y cedían su espacio a una llanura más benévola, salpicada de colinas y arroyos, y regada por la corriente del río Yarkand. Aquí, a los pies del nudo del Pamir, junto al último de los grandes oasis del Taklamakán y en el punto donde confluían las dos rutas que atravesaban la cuenca, se encontraba la ciudad amurallada de Kashgar, una de las grandes paradas de la Ruta de la Seda.

Kashgar era una localidad populosa, cuyo famoso bazar abundaba en todo tipo de mercancías. Al igual que Dunhuang, en el otro extremo del Tarim, era también el lugar en el que la mayor parte de los mercaderes llegaban al final de su recorrido y donde aquellos que pretendían continuar el camino tenían que aprovisionarse para hacer frente a un terreno muy diferente al que dejaban atrás. Debía de ser frecuente encontrar en el oasis grupos de comerciantes esperando la llegada de la estación propicia o de compañeros junto a los que emprender la siguiente etapa de la ruta. Las caravanas de mercaderes no solían ser muy numerosas; en la mayoría de los casos estaban integradas por el propio comerciante, acompañado de dos o tres sirvientes, entre los que podía contarse una mujer. A veces, si la mercancía era especialmente voluminosa, el grupo podía incluir una docena de integrantes, pero era raro que superaran este número. Sin embargo, si había que atravesar una zona peligrosa por los bandidos, la climatología, la orografía u otras causas, los mercaderes preferían aguardar la llegada de otros grupos para continuar el camino en compañía. En Kashgar esto ocurría hasta comienzos del verano, cuando las caravanas se ponían lentamente en camino y comenzaba el penoso ascenso a las montañas.

La cuenca del Tarim termina, hacia el oeste, en el macizo del Pamir (llamado Imaos en la Antigüedad), un gigantesco nudo montañoso donde confluyen las cordilleras de Tian Shan, Kunlun, Karakórum e Hindú Kush (Paropamisos en las fuentes griegas). En su mitad meridional, varios picos del Pamir superan los 7.000 metros de altura. Los mercaderes que alzaban la vista desde el desierto debían de sentirse impresionados al contemplar aquella muralla blanca de cumbres afiladas, justo encima de sus cabezas. Pero hacia el norte, en torno a la llanura de Kashgar, las cimas cubiertas de nieves perpetuas dejaban paso a montañas más bajas y valles más amplios que descendían hacia la llanura en forma de colinas y praderas sembradas de hierba. En este punto, la orografía se volvía algo más amable y permitía abandonar la depresión ardiente del Taklamakán por varias rutas que conducían a Asia Central.

A mediados del siglo XIX, las caravanas tardaban unos veinte días en cruzar el macizo del Pamir hacia el oeste. Las rutas de montaña estaban cubiertas de nieve durante el invierno, pero se despejaban con el deshielo de primavera, especialmente si el número de caravanas era alto. El mes más adecuado para realizar la travesía era junio. Los mercaderes debían llevar consigo no solo sus mercancías, sino también tiendas de campaña, ropa de abrigo y, naturalmente, comida. El agua, por fortuna, era abundante gracias a los ríos de montaña. Los viajeros iniciaban su recorrido caminando hacia el oeste, ascendiendo lentamente, a través de un paisaje lunar, entre montañas cada vez más altas y carentes de vegetación, rodeadas por amenazadores picos cubiertos de nieve. Tras más de 200 kilómetros de marcha, se alcanzaba el punto donde la cordillera Tian Shan se unía al Pamir, a unos 3.000 metros de altura. Aquí se encontraba el paso de Irkeshtam, un lugar desolado, bañado por ríos embarrados, en la actual frontera entre China y Kirguistán. El viajero que recorra hoy este paso encontrará poco más que una estrecha carretera bordeada de casuchas prefabricadas. Pero es posible que, hace cientos de años, esta fuera la zona del Pamir donde se levantaba la famosa Torre de Piedra, uno de los hitos más famosos del recorrido, construido en el corazón mismo de la Ruta de la Seda.



Durante la época del Alto Imperio romano, un mercader sirio llamado Maes Titianus envió una caravana cargada de mercancías hacia Oriente, siguiendo los caminos de la seda.29 La empresa era del todo excepcional: los mercaderes del Imperio romano rara vez iban más allá del valle de Mesopotamia. Quizás Titianus disfrutara de algún tipo de protección política de alto nivel, o tal vez consiguió esquivar el control de las autoridades partas evitando Seleucia-Ctesifonte, la capital imperial, y utilizando rutas secundarias. En cualquier caso, la expedición atravesó el valle de Mesopotamia, cruzó los Zagros, recorrió las tierras altas de Persia y llegó hasta la ciudad de Merv, en el actual Turkmenistán. Desde aquí, los mercaderes de Titianus se dirigieron hacia el este, a la región de Bactria, en la cuenca alta del Oxus (Amu Daria), antes de adentrarse, finalmente, en el macizo del Pamir. Habían recorrido más de 4.000 kilómetros en un viaje de casi seis meses, y su propósito era alcanzar un centro de comercio situado en el corazón de las montañas, cuyo emplazamiento estaba señalado con una solitaria torre de piedra. El monumento no solo custodiaba el nudo mercantil. En opinión de uno de los más importantes geógrafos de la Antigüedad, Claudio Ptolomeo, la torre de piedra se había erigido en el centro del recorrido de la Ruta de la Seda, en el punto intermedio entre la mitad oriental y la occidental del camino. Allí se encontraba la frontera entre dos mundos, el de los persas y los griegos, y el de los insondables y misteriosos chinos, sobre los que casi nada se sabía.

El emplazamiento exacto de esta torre de piedra es un enigma que los investigadores han tratado de solucionar durante décadas. Una de

las ubicaciones posibles es el actual valle del Kyzyl Suu, el «río Rojo», que se abre a los pies del paso de Irkeshtam, hacia el oeste. El lugar está bien regado de agua, dispone de pasto todo el año, tiene incluso algo de terreno agrícola y se encuentra en una encrucijada entre dos recorridos de la Ruta de la Seda: uno, hacia el suroeste, conducía a Bactria, en la cuenca alta del río Oxus, y el otro, hacia el septentrión, a través del paso de Irkeshtam, llevaba directamente al valle de Ferganá. Si existía un nodo caravanero habitable en el corazón del Pamir, con espacio para caravanas y mercaderes, este amplio valle ofrecía una localización perfecta. El hallazgo, en el fondo de la depresión, de estructuras de piedra de más de 2.000 años podría corroborar esta hipótesis.[30]

Los hombres enviados por Maes Titianos contaban con vender sus mercancías a los pies de la Torre de Piedra y regresar a los confines del Mediterráneo cargados con valiosos productos orientales. Pero la presencia de estos exóticos personajes no pasó desapercibida a las autoridades chinas, y los sorprendidos integrantes de la caravana fueron invitados a presentarse en la capital imperial. De las aventuras que corrieron hasta alcanzar su destino daremos cuenta en otro lugar. Por el momento, nos basta con saber que, finalmente, pudieron volver al Mediterráneo, convirtiéndose, tal vez, en los primeros comerciantes que realizaban íntegro el recorrido terrestre de la Ruta de la Seda.

Superado el paso de Irkeshtam, el camino giraba hacia el noroeste y continuaba su trabajoso ascenso a través de valles desolados y montañas peladas. El siguiente punto del recorrido, el paso de Terek, en el actual Kirguistán, se encontraba ya a más de 4.100 metros de altura. El frío en este punto debía de ser intenso y a veces venía acompañado de fenómenos inquietantes. Marco Polo observó que en aquellos lugares el fuego no tenía el mismo color que en otros sitios ni calentaba con la misma fuerza; ni siquiera los alimentos se cocinaban igual.[31] Sin embargo, una vez superado el paso de Terek, el camino comenzaba, poco a poco, a descender. Las montañas seguían ofreciendo el mismo aspecto desolado, pero en el fondo del valle, la grava y los ríos embarrados daban paso a manchas de vegetación cada vez más grandes. Pronto, las caravanas se topaban con los primeros pastores que, a causa de los rigores del verano, llevaban sus rebaños a la montaña en busca de hierba fresca. De hecho, los pastos de las partes bajas del Pamir eran célebres por su extraordinaria calidad, y Marco Polo comentaba que allí un animal delgado se ponía gordo en diez días.

Finalmente, al cabo de casi tres semanas de trabajosa travesía a través del Pamir, se abría ante los cansados ojos de los viajeros un valle inmenso, una mancha de verde brillante que abarcaba hasta donde llegaba la vista. La temperatura era cálida, la brisa, que solía

soplar desde el oeste, fragante, y el murmullo del agua y de las hojas de los árboles regalaba los oídos. Tras los desiertos ardientes y las montañas nevadas, aquello debía de parecer a los mercaderes un anticipo del paraíso. No andaban muy desencaminados; acababan de alcanzar el valle de Ferganá.

EL VALLE DE FERGANÁ

El valle de Ferganá es una gran depresión oblonga de unos 300 kilómetros de largo por 100 de ancho. Al igual que la cuenca del Tarim, está rodeado de montañas, pero sus cordilleras no son tan altas y el clima es menos extremo. Los arroyos que nacen en las alturas no desaparecen al llegar a la llanura, que, en lugar de un desierto, alberga una gran extensión de hierba ondulante. El terreno, renovado por el material arrastrado por los ríos de las montañas, es muy fértil, y ya en la Antigüedad, la planicie, hábilmente irrigada por sus pobladores, acogía grandes plantaciones de arroz y vides que se mezclaban con campos de frutales y árboles de morera.[32] A mediados del primer milenio a. C., el valle de Ferganá estaba habitado por gentes dedicadas a la agricultura y la ganadería que aprovechaban su posición privilegiada para mantener relaciones mercantiles con los estados de su entorno. Parece que estos primeros pobladores, que controlaban una región difusa, a caballo entre la estepa y Asia Central, eran de origen indoiranio. Las fuentes orientales se referían a ellos como los «sakas», y los griegos les daban el nombre de «escitas». Como no podía ser de otra manera, los atractivos naturales del lugar llamaron poderosamente la atención de sus vecinos. En el siglo VI a. C. los persas extendieron hasta aquí los confines de su imperio. Se sabe que los sakas mantuvieron enfrentamientos con los aqueménidas, pero también que uno de sus monarcas fue derrotado y hecho prisionero por Darío I (522-486 a. C.) —el cautivo es fácilmente reconocible en el relieve de Behistún por sus pobladas barbas, sus pantalones y su sombrero puntiagudo—, y que los sakas terminaron aportando arqueros a los ejércitos del Gran Rey. Doscientos años más tarde, Alejandro, otro gran conquistador con buen ojo para los lugares estratégicos, fundó una colonia en el extremo occidental del valle. A partir de este momento, Ferganá debió de experimentar una cierta influencia helena que se prolongó tras la muerte del conquistador macedonio, cuando el territorio entró en la órbita del reino grecobactriano.

A finales del siglo II a. C., la embajada de Zhang Qian se encontró, al atravesar esta región, con un territorio próspero y densamente poblado, cuyas setenta ciudades estaban en manos de un único soberano independiente. Sin embargo, lo que más llamó la atención del enviado imperial no fueron las gentes civilizadas o los reputados caldos de Ferganá, sino las manadas de caballos que cabalgaban libremente por la llanura. Los equinos tenían las piernas cortas y la

cabeza pequeña, que contrastaban con un cuerpo poderoso, cuya forma general recordaba, vagamente, a la de un barrilete. Pero lo más notable era que, cuando galopaban, el pecho y el cuello se les cubría de una sustancia roja, como si los animales sudaran sangre. El emperador Wu debió de dar un respingo al escuchar esta noticia de labios de Zhang Qian. El poder absoluto obliga a los gobernantes a tomar decisiones de gran trascendencia, y Wu, como muchos poderosos, buscaba guía con frecuencia en las profecías y los libros de adivinación. Por aquel entonces circulaba por China un antiguo libro oracular, el *I Ching*, y tras consultarlo, se había anunciado al monarca que «caballos divinos aparecerían pronto por el noroeste».[33]

El acceso a los «caballos celestiales» del valle de Ferganá fue uno de los objetivos de la expansión hacia el occidente de los emperadores Han. Las relaciones diplomáticas y mercantiles debieron de comenzar de inmediato, como también lo hicieron las primeras fricciones. El 105 a. C., el embajador Han en la corte del señor de Ferganá fue asesinado. Es posible que detrás del crimen estuviera la larga mano de los xiongnu, en guerra permanente con los Han. O tal vez el rey de Ferganá estaba decepcionado con las condiciones del acuerdo con China. Al parecer, hasta su corte habían llegado las noticias de que el Imperio chino era poderoso y, sobre todo, rico, y Zhang Qian había excitado su imaginación prometiéndole riquezas y regalos imposibles de describir. Pero cuando supo lo que China exigía a cambio, seguramente ayuda militar contra los xiongnu y el envío de grandes cantidades de «caballos celestiales», al rey ya no debió de parecerle una colaboración tan provechosa. En cualquier caso, la reacción del emperador Wu fue fulminante. Inmediatamente, envió un enorme ejército al valle de Ferganá. Era la campaña más lejana que habían emprendido hasta el momento los chinos, y las tropas se vieron mermadas por la duración del viaje y la enorme distancia recorrida. Cuando los exhaustos soldados alcanzaron el valle, fueron derrotados por los ejércitos locales. Sin embargo, Wu no era un soberano que se rindiera fácilmente. Tres años después, el 102 a. C., reunió un nuevo contingente militar, todavía más numeroso que el anterior. Aunque cuando llegaron a Ferganá ya solo quedaba la mitad de las tropas, consiguieron abrirse camino hasta la capital del territorio y desviaron los canales de regadío para anegarla, forzando la derrota de los defensores. Después de cortar la cabeza del rey, en castigo por el asesinato del embajador, el general chino exigió como tributo no menos de tres mil «caballos celestiales» destinados a los establos imperiales. El viaje de regreso fue tan duro que dos tercios de los equinos murieron durante el recorrido, y solo un puñado de los supervivientes fue apto para labores de cría. Pero la victoria china, en un rincón tan alejado de sus dominios, resonó en toda Asia Central,

convenciendo a numerosos estados vecinos de la conveniencia de enviar tributos y ofertas de alianza a la corte de Chang’an.

Las caravanas que alcanzaban Ferganá desde la cuenca del Tarim a través del Pamir penetraban en el valle por su extremo suroriental, donde se encontraba la ciudad de Osh (actual Kirguistán). Desde aquí, el recorrido continuaba hacia el oeste, donde la depresión se estrechaba siguiendo el curso del principal río de la cuenca, el Sir Daria, al que los antiguos daban el nombre de Jaxartes. Mientras transitaban estos caminos, casi sin darse cuenta, los mercaderes estaban pasando de un mundo a otro. A su espalda dejaban la cuenca del Tarim y el valle de Ferganá, el último rincón occidental hasta el que había llegado la larga mano del Imperio chino. Ante ellos se abrían los dominios de otros estados, igual de gigantescos: el Imperio persa, el de Alejandro, el Imperio seléucida, el Imperio parto… En realidad, los viajeros estaban dejando atrás el mundo del Lejano Oriente para adentrarse en el área de las culturas del Mediterráneo y Oriente Medio. Pero esta no era la única gran frontera de Asia Central.

Hace 2.500 años, el Jaxartes (Sir Daria) era un río caudaloso. Recorría el extremo norte del valle de Ferganá recogiendo la mayor parte del agua de la depresión, y fluía hacia el noroeste a lo largo de más de 2.000 kilómetros, hasta desembocar en el mar de Aral.[34] Su curso alimentaba extensos regadíos y daba de comer a tribus enteras. Pero su importancia iba mucho más allá. El Jaxartes era la barrera que separaba las tierras de Asia Central y Persia de la estepa, y constituía el límite entre los reinos agrícolas y los jinetes nómadas de las llanuras de Asia. Su cuenca era un punto de contacto, una barrera de separación y, sobre todo, un espacio clave en la gran historia del mundo.

Contaba Heródoto que, en el año 530 a. C., al final de su reinado, tras haber conquistado Lidia y Babilonia, Ciro el Grande condujo a sus ejércitos a Asia Central, hasta las orillas del Jaxartes. Aquí terminaban las tierras, relativamente civilizadas, de los sogdianos y los bactrianos, y comenzaba el territorio de la estepa, una llanura inexplorada e inabarcable habitada por una tribu bárbara que respondía al nombre de masagetas. Al explicar los motivos que pudieron llevar a aquellas regiones tan remotas a un soberano que ya gobernaba sobre medio mundo, Heródoto comentaba que a Ciro le movía el orgullo de creerse más que un hombre y la convicción de que la fortuna, que le acompañaba en todas sus empresas, le permitiría apoderarse de un territorio que parecía imposible de ser conquistado.[35] Aun así, el rey persa, maestro de la diplomacia, prefirió probar primero un acercamiento amistoso a la tribu de los masagetas.

Aprovechando que aquellas gentes tenían como gobernante a una reina que se llamaba Tomiris, Ciro ofreció a la soberana la posibilidad de convertirse en su esposa para, de esa manera, unir pacíficamente los dos reinos. Sin embargo, Tomiris no quedó muy impresionada con la oferta y se negó a aceptarla. El gobernante aqueménida pasó entonces a la vía de las armas: construyó puentes sobre el Jaxartes y preparó naves fortificadas para que sus tropas pudieran atravesar en masa el curso fluvial. Esta vez fue Tomiris la que envió mensajeros. La soberana bárbara recomendaba a Ciro, que ya debía de tener una edad, un retiro sosegado; le advertía que la empresa de conquista podría no salir tan bien como él esperaba, y concluía que, si masagetas y persas debían enfrentarse en el campo de batalla, era mejor que lo hicieran en un lugar acordado. Ciro aceptó el desafío, pero, temeroso de que, en caso de derrota, los masagetas se retiraran

cabalgando a la estepa y escaparan de las armas persas, organizó un ardid. Hizo que acudieran al campo de batalla sus soldados más débiles, que fueron superados con facilidad por las tropas enemigas. Cuando los masagetas llegaron al campamento de los vencidos, encontraron las mesas dispuestas para un banquete, con jarras llenas de vino puro y platos rebosantes de carne de carnero. Los masagetas eran un pueblo frugal, acostumbrado a las estrecheces de la estepa, y al ver aquellos manjares bebieron y comieron hasta que quedaron dormidos, vencidos por los vapores etílicos. Este era el momento que esperaba el resto de los soldados persas: cayeron sobre los desprevenidos jinetes y los derrotaron rápidamente, dando muerte a un gran número y cogiendo prisioneros a muchos más, entre los que se encontraba el hijo de la reina, un príncipe de nombre impronunciable que no repetiremos aquí. Cuando las noticias llegaron hasta la soberana, envió un nuevo mensaje a Ciro, en términos más encendidos que el anterior. Tomiris exigía la liberación de los prisioneros y la retirada de los persas, avisando al monarca aqueménida de que, en el caso de que no se aceptaran sus demandas, juraba por el sol, señor de los masagetas, que por muy grande que fuera la sed de sangre del rey, ella misma se encargaría de que quedara saciada.

En el campamento persa, el príncipe, tras recuperarse de su borrachera, y al ver que su inmoderación había llevado a la desgracia a los suyos, pidió que le libraran de sus cadenas, y con sus propias manos se quitó la vida. El suicidio de su hijo fue la gota que colmó el vaso para Tomiris. Reunió todas sus tropas y las lanzó contra los persas, provocando una de las batallas más encarnizadas libradas jamás por las naciones bárbaras. Las tropas de Ciro resistieron heroicamente, pero era tal el número de muertos entre sus filas, que cayeron derrotados. El propio rey aqueménida luchó hasta el final, y él también perdió la vida mientras combatía rodeado de sus hombres. Según Heródoto, Tomiris mandó buscar entre los muertos el cadáver de Ciro y cortarle la cabeza. Después, ordenó que le trajeran un odre lleno de sangre humana y metió en él la testa de su enemigo. La reina cumplió su palabra, había saciado la sed de sangre del persa con sus propias manos.

El terrible destino de Ciro, uno de los más grandes gobernantes de la historia, muerto de forma miserable en aquellos remotos confines del mundo, sirvió de advertencia para todos los que soñaron alguna vez con dominar la inmensidad de la estepa. Doscientos años después, el 329 a. C., cuando Alejandro llegó a estas regiones, no fue más allá del Jaxartes. El rey macedonio había logrado ya lo imposible, derrotar al Imperio persa, e incluso había vencido a los escitas en una batalla, cerca del río, pero no se atrevió a adentrarse en las llanuras de Asia.[36] Se limitó a fundar una ciudad al sur del Jaxartes, en el punto en el que

su curso abandonaba el valle de Ferganá. La llamó Alejandría Escate, esto es, «Alejandría la más lejana»; probablemente se corresponda con la moderna Juyand, en Tayikistán.[37] Después, el hombre que aspiraba a conquistar toda la Tierra prefirió dirigirse al sureste, hacia el valle del Indo, donde le esperaban las riquezas de la India y los elefantes de Poros. Ninguno de los gobernantes sucesivos de los grandes imperios de Persia o Asia Central se creyó capaz de superar a Ciro o Alejandro, y el Jaxartes fue siempre el confín septentrional de las tierras civilizadas.

Sin embargo, por más que la puerta de las estepas estuviera siempre cerrada para los imperios agrícolas del sur, era perfectamente franqueable para los jinetes nómadas del norte. Medio siglo después de la marcha de Alejandro, los partos, una tribu que habitaba en los confines del Jaxartes, penetraron en las tierras al sur del río, por aquel entonces en manos del Imperio seléucida. Nada ni nadie fue capaz de detenerlos, y los partos acabaron apoderándose de los territorios seléucidas, construyendo en su lugar un inmenso reino que iba desde Mesopotamia al valle del Indo. Setecientos años más tarde, en el siglo V d. C., los heftalitas o «hunos blancos» atravesaron estas regiones y extendieron sus razias desde la cuenca del Tarim hasta el norte de la India, convirtiéndose en una pesadilla para el Imperio persa sasánida, heredero de los partos. Y ya en época medieval, a comienzos del siglo XIII, las hordas mongolas de Gengis Kan cruzaron el Jaxartes, se desparramaron por las tierras de Persia y Asia Central, y llevaron sus cabalgadas hasta los confines de Siria y Egipto. Al parecer, las puertas de la estepa solo se abrían en una dirección.

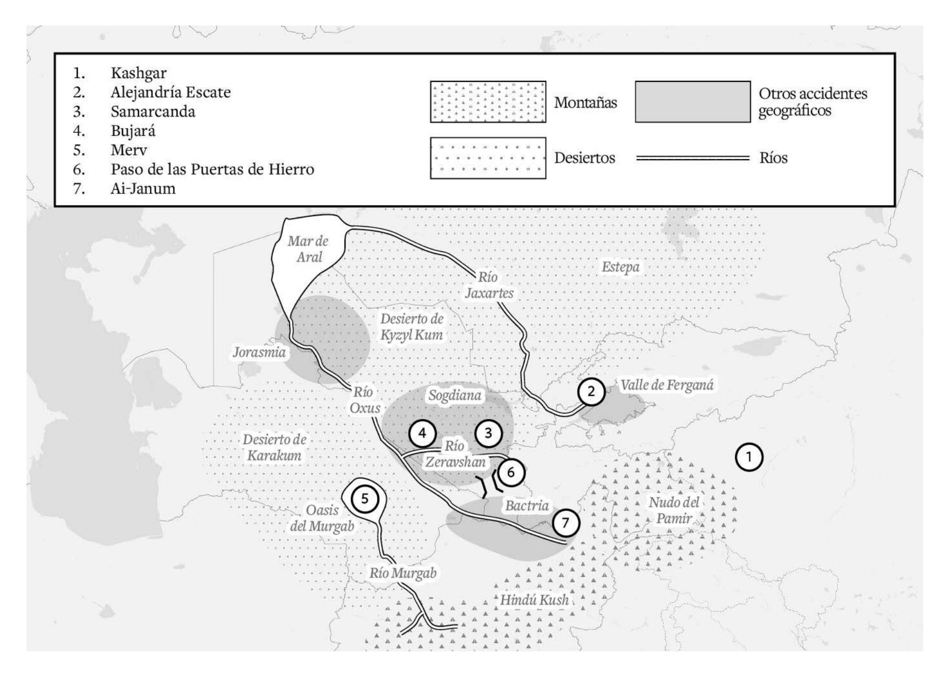
LA TRANSOXIANA

A unos 500 kilómetros al sur del Jaxartes fluía, de forma casi paralela, el Oxus —hidrónimo con el que era conocido en la Antigüedad el Amu Daria—, el otro gran afluente del mar de Aral. Los cursos de los dos ríos dibujaban un inmenso rectángulo de unos 1.000 kilómetros de largo al que se conocía como la Transoxiana, las tierras más allá (esto es, al norte) del Oxus. La Transoxiana era una región mestiza, una inmensa membrana permeable entre la estepa y las tierras altas de Persia. En las zonas más fértiles, junto a los ríos, había grandes oasis agrícolas, auténticas ciudades caravaneras, enclaves prósperos y cosmopolitas, rebosantes de mercaderes, embajadores y peregrinos llegados de todos los rincones del mundo. Pero entre el Jaxartes y el Oxus se extendía también un gran desierto, el Kyzyl Kum, el Desierto de la Arena Roja, que alternaba zonas de dunas con interminables llanuras cubiertas de matojos. El Kyzyl Kum era una región salvaje, impracticable salvo para los nómadas de la estepa, que lo recorrían incansablemente con sus rebaños de ovejas y camellos bactrianos.

De este a oeste, la Transoxiana se dividía en tres grandes regiones: Bactria, también llamada Bactriana, en la cuenca alta del Oxus, que fue el destino final de la embajada de Zhang Qian, el lugar donde vivían los yuezhi a finales del siglo II a. C.; Sogdiana, que estaba situada entre el Oxus y el Jaxartes, en el centro, e incluía las ciudades de Samarcanda y Bujará; y, por último, Jorasmia, la región más pobre y apartada, que se extendía a lo largo de la cuenca baja del río Oxus, hasta su desembocadura en el mar de Aral.

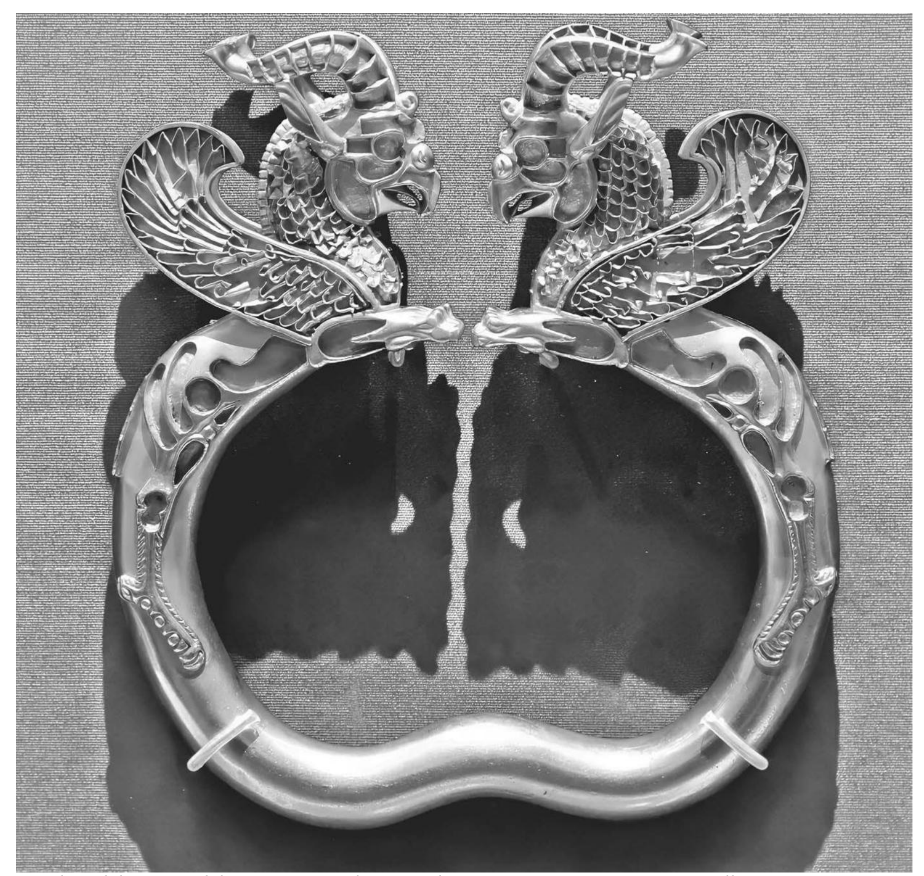
Bactria, la Tierra de Mil Ciudades, a los pies del Pamir y del Hindú Kush, estaba formada por una sucesión de valles atravesados por el curso alto del Oxus, en la frontera entre los actuales Afganistán, Tayikistán y Uzbekistán. El río nacía en el bellísimo Zorkul, el Gran Lago del Dragón, un paraíso de aguas turquesa en el corazón del Pamir. Mientras discurría hacia el oeste, su corriente se veía acrecentada por varios afluentes fruto de los glaciares de las montañas. Allí donde estos se unían al curso principal, el desierto de grava dejaba paso a llanuras fértiles y bien regadas, y, al mismo tiempo, resguardadas por las alturas que las rodeaban. A pesar de su carácter escondido, el lugar estaba, además, bien comunicado. Hacia el oeste, tanto el curso del Oxus como el paso de las Puertas de Hierro permitían alcanzar con facilidad el resto de la Transoxiana, con las regiones de Jorasmia y Sogdiana. Hacia el noreste, desfiladeros

ocultos en el corazón del Pamir conectaban Bactria con la ciudad caravanera de Kashgar y la cuenca del Tarim. Y hacia el sureste, cuando se fundía la nieve que bloqueaba los caminos del Hindú Kush, se podía cruzar Afganistán y el valle del Indo para llegar a la India. Ciro el Grande se había asegurado de incorporar Bactria a sus dominios a mediados del siglo VI a. C., antes de perder la vida —y la cabeza— a manos de la reina Tomiris. La zona se convirtió entonces en una satrapía persa, una de las más ricas y sofisticadas del Imperio aqueménida. Sus gobernadores eran siempre hombres influyentes en la corte, y no era raro que los príncipes destinados a heredar el trono se familiarizaran con el gobierno del mundo haciéndose cargo de los destinos de esta provincia.



En mayo de 1880, una caravana de mulas comandada por tres mercaderes de Bujará se detuvo en Kabul, Afganistán. Llevaban con ellos una escolta considerable, porque una de las mulas transportaba un cargamento de oro. Sin embargo, mientras descansaban, los imprudentes mercaderes cometieron el error de alardear de las riquezas que llevaban consigo. Al poco de abandonar la ciudad, camino de Peshawar, fueron asaltados por bandidos, que se apoderaron de las bolsas donde se transportaba el oro, soltaron a las mulas y escaparon, llevándose consigo no solo la preciada carga, sino también a los tres mercaderes y a uno de sus sirvientes. Los ladrones se retiraron a unas cuevas para repartirse el botín y el criado de los comerciantes aprovechó la ocasión para escabullirse. Corriendo a través de las montañas, consiguió alcanzar un campamento del

ejército británico e informar a las autoridades del robo. Inmediatamente, se puso en marcha una partida comandada por un oficial, el capitán F. C. Burton, que, con la ayuda del voluntarioso criado, se presentó en las cuevas de los bandidos apenas tres horas después. El momento fue de lo más oportuno, porque, pasada la euforia inicial, los ladrones ya habían empezado a pelearse por el reparto del botín: cuatro de ellos estaban heridos y el oro había quedado desparramado por el suelo. Los soldados no tuvieron muchas dificultades para derrotarlos, liberar a los mercaderes y recuperar la mayor parte de la carga. Mientras se completaban estas tareas, el capitán Burton tuvo ocasión de contemplar más de cerca el «oro» robado. No se trataba, como cabría esperar, de lingotes de metal. Allí había joyas, vasos y estatuas, tanto de oro como de plata, realizados con una factura extraordinaria y un gusto exquisito. Uno de los mercaderes contó entonces al estupefacto oficial que aquellos tesoros habían sido encontrados a orillas del Oxus. Había allí una ciudad abandonada y, cuando las aguas del río estaban bajas, aquellos que excavaban entre sus ruinas encontraban objetos valiosos que se remontaban a la época de Alejandro. Los mercaderes, que solían hacer la ruta entre Samarcanda y la India, pasaron casualmente por el lugar cuando se acababa de producir uno de estos hallazgos y compraron las piezas con el dinero que llevaban para adquirir productos en el subcontinente. La decisión de los caravaneros fue muy acertada, porque el señor de la guerra local requisaba el dinero en efectivo para pagar a su ejército, pero permitía pasar sin más problemas a los que llevaban mercancías. Impresionado por la historia de la ciudad perdida y la belleza de aquellos objetos, Burton se ofreció a comprar uno de ellos, un bellísimo brazalete de oro puro adornado con dos cabezas de grifo primorosamente talladas. Acababa de adquirir, a precio de saldo, una de las joyas más hermosas del Tesoro del Oxus.[38]



Brazalete del Tesoro del Oxus. Entre el 500 y el 330 a. C. Museo Victoria & Albert.

El llamado Tesoro de Oxus está compuesto por unos 170 objetos de plata y oro que incluyen brazaletes, jarras, anillos, estatuas, monedas… Pero no provienen todos del mismo lugar ni fueron encontrados al mismo tiempo. En general, se acepta que la mayoría apareció en la ciudad abandonada descrita por los mercaderes, un lugar llamado Takht-i Kuvad (el Trono de Kavad, un rey persa sasánida). Takht-i Kuvad estaba en el corazón de Bactria, en la orilla derecha de un gran meandro del Oxus, hoy en Tayikistán. En este punto había varias islas en medio de la corriente del río que permitían vadearlo con facilidad, por lo que debía de tratarse de un lugar de cierta importancia. Algunos investigadores han observado que el tipo de objetos parece corresponderse con lo que se esperaría encontrar en un templo, y han apuntado la posibilidad de que pudiera haber un santuario en la zona. Pero otras piezas pudieron haber sido descubiertas en yacimientos diferentes, en Tayikistán, Uzbekistán o el norte de la India, en excavaciones sucesivas realizadas a lo largo de las décadas finales del siglo XIX. Algunas podrían ser incluso falsificaciones, réplicas destinadas a satisfacer la inagotable sed de

antigüedades de los europeos. Por último, tal y como les habían asegurado a los mercaderes de Bujará, había piezas de época helenística, de tiempos de Alejandro y sus sucesores, pero la mayoría se remontaba a varios cientos de años atrás, al período del Imperio persa, y están datadas entre el siglo VI y el IV a. C. De hecho, la colección se considera el mejor testimonio de la orfebrería aqueménida, y sorprende por la delicadeza y la calidad de su factura.

Pero, al margen de su interés estratégico o comercial, Bactria era una región especial por motivos mucho más trascendentales. Algunos aseguraban que este había sido el lugar de nacimiento del enigmático Zoroastro, el fundador de la religión de los persas. Zoroastro creció en el seno de una familia de la baja nobleza y desde niño destacó por su bondad. Cuando alcanzó la edad adulta, se hizo sacerdote de la religión politeísta que profesaban entonces los pueblos iranios. Sin embargo, cierto día de primavera tuvo una visión enviada por Ahura Mazda, el dios del cielo, el fuego y la luz. A través de un ser brillante, la deidad ordenó al sacerdote que se ocupara de atender a los pobres y se negara a participar en los sangrientos sacrificios paganos de la religión tradicional. A partir de este momento, Zoroastro comenzó a predicar una nueva creencia que sostenía que un dios supremo, Ahura Mazda, había creado el mundo y todas las cosas buenas con la ayuda de otras divinidades inferiores. Sin embargo, su dominio sobre la creación no era completo; existía también un principio oscuro y malvado, Ahrimán, que, a través de su principal sirviente, la mentira, pretendía destruir todo aquello que este había creado. Ambas deidades mantenían una lucha eterna, una interminable batalla entre el bien y el mal, entre el orden y el caos, en la que los seres humanos también jugaban un papel. Si adoraban el fuego sagrado, hacían buenas obras y decían siempre la verdad, los hombres podían ayudar en la lucha cósmica y contribuir al triunfo definitivo de Ahura Mazda —las directrices morales del zoroastrismo se basaban en tres máximas: buenos pensamientos, buenas palabras, buenos hechos—. Como suele suceder, la prédica de Zoroastro no fue del todo bien recibida entre los seguidores de la religión tradicional. Incluso su propia familia se volvió en su contra, y el profeta se vio obligado a huir. Por fortuna, obtuvo la protección de uno de los reyes de la región y pudo seguir difundiendo sus creencias hasta que, a la edad de setenta y siete años, murió —o fue asesinado por unos jinetes nómadas—. Según algunos, su fallecimiento se habría producido en la ciudad de Bactra, probablemente la moderna Balj, en el extremo septentrional de Afganistán, una de las principales ciudades de la región de Bactria.[39]

A finales del siglo IV a. C., en época de Alejandro, el gobernador de la provincia de Bactria era un noble persa, quizás emparentado con la familia real, llamado Bessos. El 331 a. C., tras ser derrotado por

Alejandro en la batalla de Gaugamela, el gran rey Darío III buscó refugio en las regiones nororientales de su imperio. Los gobernadores de estas satrapías, conscientes de que el tiempo de los aqueménidas había pasado ya, decidieron congraciarse con el vencedor, el rey de Macedonia, arrestando al soberano persa. Sin embargo, algo salió mal. Por motivos oscuros, los sátrapas acabaron asesinando a Darío III y su líder, Bessos, el gobernador de Bactria, se proclamó gran rey con el nombre de Artajerjes V. El movimiento lo convirtió en el principal enemigo de Alejandro. Bessos/Artajerjes V sabía que las regiones de Bactria y Sogdiana, que él controlaba, estaban protegidas por grandes cadenas montañosas al sur y al este, y que Alejandro debía aproximarse con su ejército siguiendo el camino del comercio, a través del norte de Persia. Sin embargo, el conquistador macedonio no había llegado tan lejos haciendo lo que se esperaba de él. Se desvió a través del corazón de Afganistán, atravesó las montañas del Hindú Kush, que Bessos había dejado desguarecidas, y se presentó en Bactria, por sorpresa, en la primavera del 329 a. C. La noticia de la llegada de Alejandro fue suficiente para precipitar la caída de Artajerjes V. Sus propios cortesanos lo entregaron a los generales del rey macedonio, que castigó al sátrapa traidor haciendo que le cortaran la nariz y las orejas antes de crucificarlo.

Pero su muerte no bastó para asegurar a Alejandro el control de Bactria. Había un caudillo local, de nombre Oxiartes, que se negaba a someterse al monarca heleno. Al parecer, Oxiartes se sentía seguro porque, mientras él guerreaba contra el macedonio, su esposa y sus hijos estaban a salvo en una fortaleza inexpugnable levantada en las montañas de la vecina región de Sogdiana. El castillo, conocido como la Roca Sogdiana, debía de ser imponente, no solo por el espesor de sus muros o la acumulación de defensores, sino por encontrarse en un lugar tan escarpado que resultaba completamente inaccesible. Cuando las tropas del macedonio se presentaron ante sus bastiones, los guerreros que la protegían se mofaron del rey, diciéndole que, si quería tomar la roca, debía enviar soldados con alas. Alejandro no era un hombre que se tomara bien las burlas, especialmente las que se hacían en público. Ordenó a los mejores escaladores de su ejército que treparan, ayudándose de garfios, por la parte más escarpada de la montaña, al abrigo de la oscuridad de la noche. Muchos perecieron en el ascenso, pero algunos alcanzaron la cima y tomaron por sorpresa a los defensores, apoderándose de la fortaleza. Junto con la roca, cayeron en manos de Alejandro las mujeres y los hijos de muchos nobles de la región. Arriano de Nicomedia, un historiador romano del siglo II d. C., comentó que, cuando los prisioneros fueron conducidos ante el soberano, este quedó prendado de una joven de extraordinaria belleza, considerada la más hermosa de Asia, solo por detrás de la

esposa del difunto Darío III. Se trataba de Roxana, la hija del caudillo Oxiartes. Como sucedía con frecuencia, tanto la belleza de la joven como el enamoramiento del rey resultaron de lo más convenientes. Inmediatamente, se organizó el matrimonio entre Alejandro y Roxana, que proporcionó al monarca macedonio no solo un hijo, sino también una fructífera alianza con los señores de Bactria.[40]

Para consolidar su presencia en aquellas regiones ricas, lejanas y levantiscas, Alejandro, además de celebrar bodas, fundó ciudades y estableció guarniciones. Sabemos de la existencia de seis bastiones militares al norte del Oxus, y de una «Alejandría junto al Oxus», inaugurada como colonia de veteranos griegos. Se desconoce la ubicación exacta de estos asentamientos. Los arqueólogos han encontrado importantes restos de época helenística en el extremo suroriental de Uzbekistán, en las ciudades de Kampir Tepe y Termez, ambas en la orilla septentrional del río, pero los hallazgos más espectaculares se han producido en la frontera entre Afganistán y Tayikistán, en un lugar llamado Ai-Janum.[41] Esta última, encaramada sobre una colina en el extremo oriental del valle, a orillas del río Panj, el principal afluente del Oxus, debía de causar una fuerte sorpresa entre los viajeros que la recorrían. Los estupefactos visitantes no esperaban encontrar en aquellas regiones remotas una ciudad tan admirable por sus magníficas murallas, sus fuentes monumentales y las increíbles dimensiones de su palacio, su teatro y su gimnasio, que se encontraba entre los más grandes levantados en el mundo antiguo. Sin embargo, lo que más llamaba la atención de los extranjeros eran las misteriosas máximas que podían leerse, inscritas en piedra, en el corazón de la urbe: «Mientras seas niño, ten buenos modales. Cuando seas joven, controla tus pasiones. Como varón de mediana edad, procura ser justo. Tras alcanzar la vejez, da buenos consejos. Y al llegar el final de tu vida, no tengas remordimientos». El epígrafe informaba de que esas sentencias, que adornaban un santuario a los pies de las montañas que separaban el Pamir del Hindú Kush, eran preceptos pronunciados en tiempos remotos por hombres sabios, y que originariamente habían adornado el santuario de Apolo en Delfos, en el corazón de la Hélade.[42]

Tras la muerte de Alejandro, el 323 a. C., estos territorios, poblados por un nutrido contingente de colonos helenos, se integraron en los dominios del Imperio seléucida. Sin embargo, menos de una centuria después, a mediados del siglo III a. C., el gobernador griego de Bactria se rebeló contra su señor seléucida y fundó un reino independiente, deliciosamente mestizo, llamado reino grecobactriano. Debió de ser un lugar fascinante, casi imposible, donde se mezclaban las culturas de Persia y la India, de la Hélade y de las estepas. Cuando los yuezhi llegaron a la región, a mediados del siglo II a. C., las gentes de este

reino se desplazaron hacia el valle del Indo y los invasores se encontraron con un territorio civilizado y próspero que debió de parecerles óptimo para establecerse. Este fue el lugar al que llegó, a finales del siglo II a. C., Zhang Qian, el embajador del emperador Wu. No es de extrañar que los yuezhi, asentados en una región tan atractiva, resguardada de los ataques de los xiongnu por la lejanía y las montañas, no quisieran saber nada de las peligrosas ofertas de alianza que les hacía el diplomático chino.

EL PUEBLO DE LAS PALABRAS DULCES

La región que se encontraba al noroeste de Bactria, en el corazón de la Transoxiana, ocupando parte del territorio del actual Uzbekistán, recibía el nombre de Sogdiana. Al igual que la vecina Bactria, fue conquistada por los persas y sometida por Alejandro. Tras la muerte del macedonio, quedó en manos del Imperio seléucida, y también formó parte de los dominios del reino grecobactriano. Sin embargo, tras la llegada de los yuezhi, Sogdiana disfrutó de una especie de pseudoindependencia. Estaba dividida en cuatro reinos que formaban una confederación regida por un quinto, cuya sede se encontraba en Tashkent, la actual capital de Uzbekistán. La confederación era una unidad poderosa y, sobre todo, próspera: el territorio abundaba en ganado, vides y árboles frutales, y era famoso por su vino.

Al tratarse de la zona donde se encuentran las ciudades de Samarcanda y Bujará, los enclaves más icónicos de la Ruta de la Seda, Sogdiana es el lugar que hoy se asocia de forma más evidente con el recorrido. Curiosamente, en la Antigüedad también era así. Los sogdianos, gentes de origen iranio que estuvieron siempre rodeadas de gigantescos imperios —persas, macedonios, chinos, indios, jinetes de las estepas…— supieron ingeniárselas no solo para sobrevivir, sino también para aprovechar las oportunidades que ofrecían sus vecinos en el ámbito de los intercambios comerciales, y las fuentes de la dinastía Han ya comentaban que los habitantes de Sogdiana eran especialmente hábiles para el comercio y el regateo.

En el año 11 a. C., apenas una centuria después de la llegada del embajador Zhang Qian, una misión diplomática procedente de la zona se las ingenió para llegar hasta el corazón de China, ofreciendo quizás una alianza contra los xiongnu, aunque su verdadero propósito, como observaban con cierta indignación las autoridades imperiales, era el de establecer contactos comerciales. A partir de este momento, los intercambios de carácter mercantil debieron de volverse regulares. Poco a poco, los comerciantes sogdianos penetraron en los dominios del imperio chino, desparramándose por la cuenca del Tarim y el corredor de Gansu. En estos lugares, los funcionarios recibían su paga en seda, mucho más fácil de transportar que las pesadas monedas de

bronce o los cereales. Los mercaderes sogdianos compraban esta seda barata a los oficiales chinos y la llevaban a Asia Central y la India, donde la intercambiaban por otras mercancías, como lino, lana, vino, oro, plata, pimienta, almizcle o alcanfor. Incluso es posible que algunos valientes sogdianos acudieran a vender caballos de Ferganá hasta las tierras del sudeste asiático. Los equinos eran tan apreciados que el rey de Sumatra compraba a mitad de precio incluso los que morían durante la travesía. Durante casi mil años, «sogdiano» se convirtió en sinónimo de mercader en los caminos de la seda,[43] y su fama de emprendedores era tal, que en el siglo XI los historiadores chinos de la dinastía Tang decían que los habitantes de esta región ponían miel en la boca y cola en las palmas de sus recién nacidos con la esperanza de que, cuando crecieran, sus palabras fueran dulces y las monedas se les quedaran pegadas a las manos.[44]

Este gusto por los negocios no era casual; uno de los recorridos más importantes de la Ruta de la Seda atravesaba el corazón mismo de Sogdiana. El camino abandonaba el valle de Ferganá en dirección sur y alcanzaba muy pronto la ciudad de Samarcanda, llamada Maracanda por los griegos. El enclave, habitado desde el siglo VII a. C., disfrutaba de casi todas las ventajas que la naturaleza podía ofrecer. Estaba ubicado en una posición estratégica, junto a una ruta de comercio. Se había levantado sobre una colina fácil de defender, llamada Afrasiab. Y lo rodeaba una amplia llanura, fértil gracias a la corriente del río Zeravshan y a la instalación de regadíos. El más grande de estos canales de irrigación, el Dargom, cuya construcción pudo coincidir con la fundación de la ciudad, tenía más de 100 kilómetros de largo y proporcionaba agua dulce a una extensión de 1.000 km2. A mediados del siglo VI a. C., Ciro el Grande se apoderó de la ciudad y, a finales de esa misma centuria, Darío I la convirtió en la capital de la satrapía de Sogdiana. Doscientos años más tarde, los soldados de Alejandro se refirieron a ella como «residencia de reyes». Desde luego, Maracanda hizo honor a su nombre. Aunque el macedonio tuvo serias dificultades para conquistarla, acabó convirtiéndola en su base principal durante las complicadas campañas del 329 al 327 a. C., las más duras de toda empresa alejandrina, que dedicó a someter las remotas regiones de la Transoxiana.

Tras la muerte de Alejandro, Maracanda pasó a manos del Imperio seléucida, y el 247 a. C. se incorporó a los dominios del reino grecobactriano. Durante este período, los arqueólogos documentan la presencia en la ciudad de imponentes graneros, bloques de cornalina y un gran taller para la producción de turquesas, provenientes tal vez de las vecinas minas de Persia. No mucho tiempo después, en el siglo II a. C., cuando los yuezhi se apoderaron de la región de Bactria, Samarcanda y Sogdiana formaron la confederación de la que se ha

hablado al comienzo de este apartado. Este era el escenario a finales del primer milenio a. C., cuando comenzaron a articularse los caminos de la seda. Samarcanda debió de ocupar un lugar importante desde el inicio del recorrido: se conservan misivas de mercaderes sogdianos, establecidos en el corredor de Gansu, enviadas a la ciudad a través del oasis de Loulan, y en una tumba de las afueras de la localidad se ha encontrado un bellísimo espejo de plata fabricado en China.

Desde Samarcanda, la embajada de Zhang Qian prosiguió su recorrido hacia Bactria, la tierra donde se habían establecido los yuezhi, dirigiéndose hacia el sureste.[45] A finales del siglo II a. C., este debía de ser el camino más transitado, pues permitía llegar hasta la India desde las llanuras de Asia Central. Sin embargo, cuando el comercio con los partos y el Imperio romano comenzó a cobrar protagonismo, las caravanas que abandonaban Samarcanda en dirección a Persia tenían que tomar otro camino. Debían seguir el curso del Zeravshan, que ofrecía un recorrido cómodo, primero en dirección oeste y después hacia el sur, a lo largo de unos 270 kilómetros, hasta alcanzar su cuenca baja.

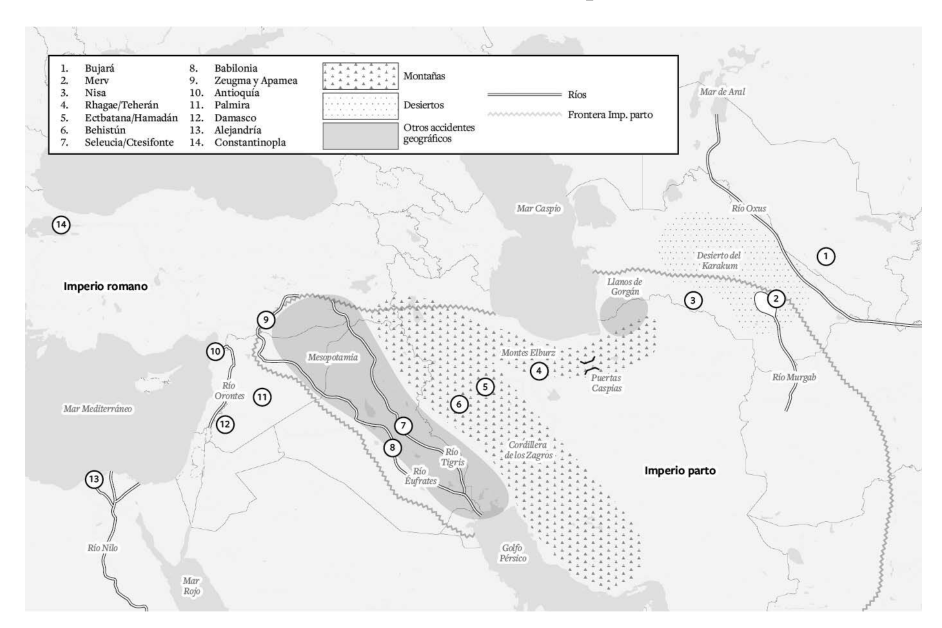
Al igual que otros ríos de la región, el Zeravshan, que nacía en las montañas meridionales del valle de Ferganá, tenía un curso estacional. En verano, a causa del deshielo, sus aguas fluían con fuerza, se desbordaban y es posible que atravesaran el desierto para unir su corriente a la del Oxus y convertirse en uno de sus afluentes. Durante la estación fría, en cambio, su curso bajo, debilitado, se perdía en las arenas. Estos cambios estacionales convertían la desembocadura del río en una región pantanosa, de límites cambiantes, donde se alternaban el barro, los juncos y las aguas estancadas. Este era el aspecto que tenía, hace 2.000 años, el oasis de Bujará. Era un espacio fértil, pero solo un puñado de tierras altas, a salvo de las crecidas, ofrecían un lugar seguro para los seres humanos. Durante siglos, pequeños asentamientos desperdigados de campesinos y pastores debieron de repartirse las zonas más adecuadas, en torno a los ramales del delta arenoso del Zeravshan. Sin embargo, el oasis de Bujará era un jalón imprescindible en el único camino disponible para atravesar el desierto, cruzar el Oxus y dirigirse a la siguiente gran parada del recorrido, la ciudad de Merv. Así que, a medida que fueron aumentando los intercambios comerciales entre Asia Central y Persia, el oasis en el delta del Zeravshan comenzó a alojar una ciudad llamada Bujará, que se documenta, ya perfectamente consolidada como parada caravanera, a partir del siglo V d. C.

La última de las tres regiones de la Transoxiana, Jorasmia, era también la más pobre y apartada. Ocupaba la cuenca baja del Oxus, hasta su desembocadura en el mar de Aral. La zona marcaba el límite oriental de la llamada depresión del Turán, una gigantesca planicie

desértica entre el Caspio y el Aral, herencia de un mar prehistórico, con amplias extensiones situadas por debajo del nivel del mar. No es que la región de Jorasmia careciera completamente de atractivos. El delta del Oxus ofrecía amplias oportunidades de regadío, el mar de Aral proporcionaba pesca abundante y en la zona había incluso pequeñas minas de turquesa. Y a través del desierto era posible alcanzar el Caspio y la corriente del Volga, una de las principales arterias de la Ruta de las Estepas. Sabemos que en el primer milenio a. C. se desarrolló en la región una civilización floreciente, de carácter agrícola y ganadero, que dio un fuerte salto cualitativo en torno al siglo VII a. C. Justo en ese momento, Jorasmia atrajo la atención de los persas. Fue conquistada por Ciro el Grande, en la segunda mitad del siglo VI a. C., probablemente en fechas cercanas a su muerte, y la turquesa de sus minas fue empleada para decorar el palacio de Darío I en Persépolis. Pero los aqueménidas perdieron el control de esta región a comienzos del siglo IV a. C., antes incluso de la llegada de Alejandro, y aunque el señor de Jorasmia ofreció su vasallaje al macedonio, el rey heleno prefirió concentrarse en las vecinas Bactria y Sogdiana. Durante toda la Antigüedad, Jorasmia desempeñó un papel secundario en la zona. Los jorasmios solo irrumpieron en la gran historia del mundo durante la Edad Media, y lo hicieron de forma tan breve como brillante.

Tras cruzar el Oxus hacia el sur se dejaba atrás Transoxiana para adentrarse en un mundo diferente, que ya formaba parte del ámbito de influencia persa. Entre los grandes imperios iranios, solo los aqueménidas fueron capaces de proyectar su poder de forma clara al norte del Oxus; Jorasmia, Bactria y Sogdiana, tierras de frontera, a caballo entre la estepa y los imperios agrícolas, resultaron difíciles de someter incluso para Alejandro. Pero las regiones situadas al sur del río, en el actual Turkmenistán, formaron casi siempre parte de los dominios de los señores de Persia, y cuando surgió la Ruta de la Seda, el territorio pertenecía al Imperio parto.

Los parnos eran un pueblo de la estepa, emparentado con los escitas. Hablaban una lengua de origen iranio, eran extraordinarios jinetes y maestros del combate con arco, y a mediados del primer milenio a. C., se encontraban asentados en algún lugar al este del Caspio. Poco más se sabe de sus oscuros orígenes. Como sucede con tantos pueblos nómadas de las llanuras de Asia, solo entraron en el terreno iluminado por la historia cuando tomaron contacto con sus vecinos sedentarios del sur. Desde tiempos del Imperio persa aqueménida existía en el extremo suroriental del mar Caspio una satrapía llamada Partia, que, de los aqueménidas, pasó a manos de Alejandro, y del rey macedonio, al poder de Seleuco I Nicátor (305-281 a. C.), el brillante fundador del Imperio seléucida.



El reino inaugurado por Seleuco I era una construcción demasiado grande y heterogénea que abarcaba gran parte del territorio del viejo Imperio persa y que pronto se vio sacudida por problemas internos y ataques externos. En el año 253 a. C., aprovechando que los seléucidas estaban enfrascados en una guerra contra Egipto, Diodoto, el sátrapa griego de Bactria, se rebeló contra sus señores, fundando el célebre reino grecobactriano. La ocasión parecía propicia para empresas de este tipo en los confines orientales de los dominios seléucidas, y Andrágoras, el gobernador de la vecina provincia de Partia, se alzó también en armas y se declaró independiente. Hasta emitió su propia moneda. Pero este segundo reino fue efímero. Los gobernadores de la zona no fueron los únicos en darse cuenta de las oportunidades que ofrecía la confusión regional. En torno al año 238 a. C., Arsaces, líder del pueblo de los parnos, marchó contra el recién fundado reino parto de Andrágoras acompañado de su hermano Tirídates. En la narración de la conquista, como sucede tantas veces en los relatos de orígenes, se mezclaron leyenda y realidad: se decía que Arsaces era un noble bactriano que, descontento con el gobernador griego, había huido a la tierra de los parnos para proporcionar a aquellos toscos jinetes un líder civilizado, capaz de guiarles en altas empresas. Otros aseguraban, en cambio, que lo que había desencadenado el ataque de los parnos había sido un insulto pronunciado contra Arsaces o Tirídates por Andrágoras, el gobernador rebelde de Partia. Los hermanos hicieron causa común contra el maledicente, mataron al gobernador y se convirtieron en los nuevos señores del reino. Sea como fuere, cuando los parnos se apoderaron de Partia, tomaron para sí el nombre de la provincia (partos), e inauguraron una nueva construcción política llamada Imperio parto. En el transcurso de los combates que siguieron a la fundación del nuevo reino, Arsaces perdió la vida, pero Tirídates sobrevivió a su hermano para seguir combatiendo contra los seléucidas y asegurar la continuidad de la dinastía de los Arsácidas, que dirigió los destinos de los partos durante 400 años.[46]

A pesar de su origen estepario, los partos no eran como la mayoría de los jinetes nómadas. No se limitaron a saquear los prósperos establecimientos agrícolas del Imperio seléucida para desaparecer con su botín en la inmensidad de la estepa. Al contrario, sus ataques tenían el propósito de apoderarse de territorio, expulsando a las autoridades sin trastocar más de lo necesario las vidas de los pobladores de la región y absorbiendo las costumbres y la cultura de los lugares que conquistaban. Poco a poco, a lo largo del siglo II a. C., los partos ocuparon los dominios del Imperio seléucida aprovechando sus problemas internos y sus guerras con Roma y el Egipto ptolemaico. Mitrídates I (171-138 a. C.), el gran constructor del Estado parto,

edificó sus palacios en Nisa —cerca de la actual Asjabad, capital de Turkmenistán—, pero también en Ecbatana, en el corazón de los Zagros, y sobre todo en Seleucia y Ctesifonte, en Mesopotamia, en las inmediaciones de Babilonia. Para finales del siglo I a. C., cuando los chinos comenzaron a saber de ellos gracias a la embajada de Zhang Qian, los partos habían levantado un imperio que iba desde Siria hasta el actual Turkmenistán, gobernado por un rey y una nobleza parta, pero sostenido por funcionarios persas, sacerdotes zoroástricos, mercaderes griegos y población local.

El embajador chino no llegó a adentrarse en tierras partas, pero sí que supo, por las gentes de Bactria, que el Imperio parto —al que los chinos se referían como Anxi— era una tierra próspera y civilizada, como revelaban su carácter agrícola, la emisión de monedas con la imagen de su rey y, sobre todo, la existencia de cientos de ciudades amuralladas. La presencia de centros urbanos implicaba también la de infraestructuras de comunicación, así como de una elite que demandaba productos de lujo y de artesanos con capacidad de elaborar manufacturas. Las mercancías chinas, que comenzaron a llegar a la Transoxiana a partir del siglo I a. C., eran transportadas diligentemente por los mercaderes sogdianos hasta los emporios de la India, pero también en dirección suroeste, hacia los confines de los dominios partos, donde el interés por los productos orientales creció con rapidez.

El recorrido a través de Sogdiana, acompañado por el alegre curso del Zeravshan, era un camino fácil para las caravanas. Pero, tras cruzar el Oxus al sur del oasis de Bujará, los mercaderes se enfrentaban a un nuevo desierto, el Karakum, el Desierto de la Arena Negra.[47] A pesar de su nombre, que podría sonar vagamente alentador, el Karakum era una gran extensión amarillenta de pequeñas dunas y suelo arcilloso. Pero, por fortuna, no presentaba unas condiciones tan extremas como el Taklamakán o el Gobi. El terreno era bastante llano, lo que facilitaba el tránsito de los mercaderes, y albergaba pequeñas manchas de vegetación arbustiva, proporcionando algo de alimento a las bestias de carga. El camino estaba jalonado además por paradas de posta y alguna solitaria torre de vigilancia. Y, para terminar de arreglar las cosas, tras recorrer unos 180 kilómetros hacia las profundidades del Karakum, el viajero debía de sorprenderse al observar a lo lejos una enorme mancha verde que se extendía a oriente y occidente, hasta donde alcanzara la vista. No era un espejismo: estaba contemplando el hermoso oasis del Murgab, uno de esos milagros de la naturaleza tan frecuentes en la Ruta de la Seda.

El río Murgab nacía en el macizo del Hindú Kush, en la mitad septentrional del actual Afganistán. Su curso alto discurría de este a oeste por un valle angosto, encajonado entre las montañas, pero al

ganar la llanura del Karakum, en la frontera entre los actuales Afganistán y Turkmenistán, su curso giraba hacia el norte, adentrándose en el desierto. Las aguas del Murgab atravesaban el Karakum a lo largo de más de 250 kilómetros hasta que, finalmente, desaparecían en la superficie arenosa. Allí donde eso sucedía, el delta del río propiciaba el surgimiento de un enorme oasis, que ofrecía la única parada posible entre la Transoxiana y las mesetas iranias. El lugar debió de estar habitado, como mínimo, desde el segundo milenio a. C., y los aqueménidas, dueños del territorio desde el siglo VI a. C., aseguraron su control construyendo un poderoso enclave fortificado de planta circular en el corazón del oasis (actual Erk Kala). Acababa de nacer la ciudad de Merv, la Madre del Mundo, que fue una preciada posesión de una docena de imperios durante dos mil años y que, cuando cayó en el olvido, dejó tras de sí las ruinas más imponentes de Asia Central.[48]

Trescientos años después, a comienzos del siglo III a. C., Antíoco I Sóter (281-261 a. C.), hijo y sucesor del fundador del Imperio seléucida, visitó el enclave de Merv. Maravillado por la fertilidad del oasis del Murgab, decidió dar su nombre a la ciudad llamándola Antioquía y otorgándole el sobrenombre de Margiana, apelativo por el que se conocían aquellas regiones. La nueva localidad (actual Gyaur Kala) incorporaba el bastión fortificado de época aqueménida (Erk Kala), que quedó convertido en la ciudadela de la urbe helenística. De la opulencia y el valor estratégico de Antioquía Margiana (Merv) daba cuenta su imponente muralla de ladrillos de adobe, que tenía más de 8 kilómetros de longitud y 9 metros de ancho, y estaba guarecida por unas 80 torres. En el interior, tras el refugio de los muros, los seléucidas diseñaron una ciudad de planta cuadrangular y trazado hipodámico, con calles rectas y amplias avenidas. Al exterior, el oasis rebosaba canales de irrigación, campos de cultivo y árboles frutales, aunque el lugar era especialmente célebre por sus vides, y toda la región exportaba vino. Apenas unas décadas más tarde, los partos se apoderaron de la ciudad. El enclave agrícola y mercantil de los seléucidas se transformó en un centro administrativo y militar. Merv era el último bastión del Imperio parto, destinado a protegerlo de los impredecibles pequeños reinos de la Transoxiana, del vecino Imperio kushán, construido por los yuezhi en Bactria, Afganistán y Pakistán, y de las recurrentes invasiones de los jinetes de la estepa. Es posible que este fuera el destino de los miles de legionarios romanos que habían sido hechos prisioneros por los partos en la batalla de Carras (53 a. C.), enviados por sus captores a estos confines extremos para alejarlos de su patria y aprovechar su experiencia militar.

La batalla de Carras fue el primero de muchos encontronazos entre los imperios romano y parto, archirrivales durante más de ciento cincuenta años. Augusto (27 a. C.-14 d. C.), el fundador del Imperio romano, no tenía hijos varones de su sangre, pero su única hija, Julia la Mayor, había engendrado dos niños, llamados Cayo César y Lucio César. Augusto depositó en estos dos nietos sus esperanzas de ser sucedido por un hombre de su propia estirpe. Los niños recibieron una esmerada educación y, cuando llegaron a la adolescencia, se les encomendaron sus primeras misiones diplomáticas y militares con el propósito de familiarizarlos con el gobierno del imperio. La política exterior romana ofrecía todo tipo de oportunidades. A finales del siglo I a. C. comenzó uno de los frecuentes enfrentamientos entre Roma y el Imperio parto por el reino de Armenia, que compartía frontera con ambas potencias y se había convertido en un Estado tapón. El momento no era propicio para las armas romanas, así que Augusto prefirió buscar una solución diplomática y envió, para dirigir las negociaciones, al mayor de sus nietos: Cayo César. La decisión fue polémica. La misión, extremadamente delicada, debía evitar una guerra con los partos y garantizar el control del estratégico reino de Armenia, y el joven Cayo, encargado de completarla, no había cumplido todavía la veintena. Así que, para facilitar la labor de su nieto, Augusto pidió a un erudito, llamado Isidoro de Cárax, que recopilara toda la información disponible sobre las tierras de Oriente. A pesar de que debía de tratarse de un hombre dotado de talento y prestigio suficientes como para llamar la atención del emperador, apenas se conservan datos acerca de este Isidoro. Parece que podría ser originario de un lugar llamado Charax Spasinou, un puerto comercial situado a orillas del golfo Pérsico.

Charax Spasinou había sido fundado por los seléucidas como puesto de avanzada militar y, tras la conquista parta, se había convertido en la capital de un reino vasallo de los arsácidas, dotado de su propia línea de monarcas independientes. Sus habitantes, descendientes de colonos griegos, se dedicaban al comercio entre Mesopotamia, Arabia y la India, lo que contribuiría a explicar los avanzados conocimientos de geografía de Isidoro. El tratado que redactó para Augusto, que pudo titularse *Descripción de Partia* o, tal vez, *Viaje alrededor de Partia*, debía de incluir informaciones muy variadas sobre las tierras en las que el joven Cayo César debía desarrollar su complicada misión —Siria, Armenia, el Imperio parto…— y tenía ambición geográfica suficiente como para extender las descripciones hasta el valle del Indo.

Desafortunadamente, esta obra de Isidoro de Cárax se ha perdido. El único trabajo que se conserva del autor es un escrito, bastante particular, que describía el recorrido entre Zeugma, a orillas del Éufrates, en Mesopotamia, y Alejandría de Aracosia (actual Kandahar,

en el sureste de Afganistán), y que lleva el título de *Etapas párticas* o *Periégesis de Partia*. El trazado se correspondía con una ruta a la que se ha dado en llamar el Camino Real Parto porque abarcaba, de oeste a este, toda la extensión de este imperio, y porque se sospecha que podía ser empleado por las autoridades en desplazamientos de carácter administrativo. La obra de Isidoro de Cárax especificaba las provincias que atravesaba el camino, la ubicación de cada uno de los puntos de avituallamiento —*stathmós*, de donde viene otro de los títulos que se suele dar al escrito: *Estaciones párticas*— y la distancia que los separaba, sazonados con algunas anotaciones de tipo histórico o religioso.[49] La existencia de esos puntos de avituallamiento, presumiblemente mantenidos por las autoridades partas, debía de estar destinada a facilitar el tránsito de funcionarios y soldados, pero es posible que estos fueran empleados también por mercaderes, y se acepta que el recorrido descrito por el erudito podía corresponderse, a grandes rasgos, con uno de los caminos a través de los cuales los productos de la Ruta de la Seda llegaban hasta el golfo Pérsico y el Mediterráneo.

Según las *Etapas párticas*, desde Merv el camino se dirigía hacia el oeste. El recorrido seguía rutas antiguas y transitadas, jalonadas por pequeños asentamientos agrícolas. Al cabo de unos 370 kilómetros se llegaba a la siguiente gran parada del trayecto, Nisa. Esta había sido la primera capital del Imperio parto, el lugar donde los arsácidas embalsamaban a sus reyes y los depositaban en mausoleos para que sus cadáveres no contaminaran ni la tierra, ni el agua, ni el fuego. Toda la región, que se encontraba en el territorio de la vieja satrapía persa de Partia, estaba ligada al nacimiento del imperio de los jinetes de las estepas. La ruta continuaba hacia el oeste hasta alcanzar la ciudad de Asaák —un lugar que no ha podido ser identificado con seguridad—, donde Arsaces, el señor de los parnos, se había coronado rey de su pueblo, fundando la dinastía de los arsácidas. Esta localidad de Asaák, contaba Isidoro de Cárax, era además especialmente señalada, porque en ella se custodiaba uno de los grandes fuegos de la religión zoroástrica, aunque Isidoro no especificaba si se trataba de un fuego encendido con motivo de la coronación del monarca o de uno de los mucho más importantes fuegos eternos.

Poco se sabe de las creencias partas antes de que conquistaran el Imperio seléucida. Probablemente practicaban un politeísmo animista similar al del resto de pueblos de la estepa. Pero cuando se apoderaron de Persia y Mesopotamia adoptaron la religión de Zoroastro, practicada por los persas desde finales del siglo VI a. C. Los templos de sus seguidores eran diferentes a todos los demás. Los zoroástricos no esculpían imágenes de su dios, Ahura Mazda, sino que le rendían culto mediante la adoración del fuego, encarnación de la

verdad y el orden. El fuego sagrado se manifestaba en el mundo a través del sol, y por eso muchos de los lugares sacros estaban al aire libre, en las alturas, pero también podía hacerse presente mediante una llama. Sin embargo, no todas las llamas que encarnaban el fuego sagrado eran iguales. Los más sencillos eran encendidos rápidamente por los sacerdotes cuando era necesario realizar una ceremonia. Otros, los que estaban destinados a colocarse en un altar para su veneración, requerían de la colaboración de varios clérigos y de rituales que se sucedían durante semanas. Pero los más importantes eran los tres fuegos eternos, de los que se decía que no habían sido prendidos por la mano humana, sino que habían sido enviados al mundo por el propio Ahura Mazda, y brillaban desde el inicio de los tiempos, sin necesidad de combustible y sin temor al agua. Al principio, los tres fuegos eternos se desplazaban libremente por el mundo, acudiendo allí donde su cálida presencia fuera necesaria. Con el tiempo, sin embargo, quedaron ligados a un lugar. En esos puntos se levantaron templos imponentes, custodiados por los «maestros de la llama» y precedidos de altos pórticos adornados con cipreses. Los investigadores no descartan la posibilidad de que esos fuegos eternos existieran realmente y que ardieran de forma ininterrumpida, durante siglos, sin ser alimentados. Tal vez aprovechaban afloramientos naturales de gas, petróleo u otra sustancia inflamable, muy abundantes en estas regiones de Oriente. Uno de esos templos pudo encontrarse en Asaák, en algún lugar junto a las montañas que se extendían al este de la costa meridional del Caspio.

La mitad occidental de este recorrido de este a oeste, desde Nisa hasta el Caspio, continuaba por una agradable planicie conocida como los llanos del Gorgán (actual Irán, no muy lejos de la frontera con Turkmenistán). El topónimo provenía de un río del mismo nombre que atravesaba la llanura para desembocar en el mar. La suave brisa del Caspio hacía que la temperatura fuera moderada todo el año. La lluvia caía con abundancia y regularidad suficientes para alimentar los cultivos, y el suelo era fértil gracias a la tierra de aluvión arrastrada por las aguas del Gorgán y la corriente de decenas de arroyos que descendían de los montes Elburz. Incluso las laderas de esta cadena montañosa, que separaba las orillas del Caspio de las mesetas iranias, abundaban en tupidos bosques y piezas de caza. Durante cientos de años, mientras el Imperio parto se mantuvo en pie, esta ruta debió de ser tan placentera como segura. Sin embargo, a partir del siglo III d. C., cuando los partos fueron reemplazados por los persas sasánidas, las invasiones de los pueblos de la estepa volvieron a amenazar estas regiones. Debió de ser en ese contexto cuando se levantó el Gran Muro de Gorgán, el entramado defensivo más impresionante construido por el hombre en los 5.000 kilómetros que separaban el *limes* romano en

el Danubio de la Gran Muralla china.

El Gran Muro de Gorgán arrancaba en la costa este del mar Caspio y se extendía a lo largo de casi 200 kilómetros hasta las estribaciones más orientales de los montes Elburz. El muro, que era en realidad un complejo entramado defensivo, alternaba murallas de entre 2 y 10 metros de anchura con pequeños fuertes, de los cuales se han identificado, al menos, treinta y seis. Para garantizar su operatividad, el conjunto debía de estar guarecido por una tropa de más de treinta mil soldados profesionales, cuyas necesidades de agua y alimento estaban bien cubiertas por la rica llanura agrícola y por un espectacular sistema de presas y canalizaciones construido al mismo tiempo que las fortalezas. Aunque cayó en desuso a comienzos de la Edad Media, el Gran Muro de Gorgán dejó unos restos tan imponentes que aquellos que los contemplaban descartaban de inmediato que pudieran haber sido construidos por seres humanos corrientes, y atribuían su erección a Alejandro Magno. Hoy sabemos que fue levantado en época de los persas sasánidas, probablemente en el siglo v d. C., aunque los trabajos pudieron prolongarse durante varias décadas.[50]

Al acercarse a las costas del mar Caspio, a lo largo de los llanos del Gorgán, el camino corría paralelo a la vertiente septentrional de los montes Elburz. Pero, llegando a un determinado punto, el espacio entre las montañas y el mar se estrechaba hasta quedar reducido a una franja de una veintena de kilómetros. Debía de ser en esa zona donde la ruta viraba hacia el sur y ganaba la cara meridional de la cordillera a través de pasos de montaña. A continuación, ya en la cara sur de los Elburz, el camino continuaba hacia occidente, pero se topaba con una especie de espolón montañoso que nacía en los Elburz y se prolongaba hacia el sur, obstaculizando el camino. La única manera de atravesar ese enorme saliente era a través de un desfiladero conocido como las Puertas Caspias.

El lugar había hecho su irrupción en la historia el año 330 a. C., cuando Alejandro llegó hasta el paso en persecución de Darío III. El último rey de los persas aqueménidas, que no se distinguía por su valor, había huido del macedonio para refugiarse en Bactria, la satrapía más oriental de sus dominios. Alejandro recorrió Persia a marchas forzadas con la esperanza de alcanzarlo antes del desfiladero, pero cuando llegó hasta las Puertas Caspias descubrió que Darío III ya las había cruzado, colocándose fuera de su alcance. Resignado, acampó entonces a la entrada de la garganta y, antes de atravesarla, aprovechó para acumular provisiones y dar algo de descanso a sus exhaustas tropas. Mientras tanto, Darío III tuvo ocasión de comprobar que había escapado de la sartén, como quien dice, para caer en las brasas, porque Bessos, el sátrapa de Bactria, lejos de prestarle ayuda,

lo capturó y acabó dándole muerte.[51]

Después de cruzar las Puertas Caspias, el recorrido descrito por Isidoro de Cárax continuaba hacia el oeste, siempre paralelo a la vertiente meridional de los montes Elburz. Esta cadena montañosa merece una atención especial. Se extiende de oeste a este a lo largo de 500 kilómetros, desde la Transcaucasia hasta el desierto del Karakum. Su forma se asemeja vagamente a la de una media luna orientada hacia el norte, cuyos cuernos abrazan la costa meridional del Caspio. En su zona central, justo al sur del mar, la cordillera alcanza sus cimas más altas, con una elevación media de 4.000 metros y picos como el Damavand, la montaña más alta de Oriente Medio, que supera los 5.600 metros. Desde la llanura, estas cumbres cubiertas de nieves perpetuas ofrecen un aspecto sobrecogedor, y los antiguos persas les atribuyeron un carácter sagrado, identificándolas con las legendarias cimas primigenias de la cosmogonía zoroástrica. Pero los montes Elburz son además imprescindibles para entender la particular climatología de las tierras altas de Persia. Las montañas separan la depresión aralo-cáspica (26 metros por debajo del nivel del mar) de las mesetas iranias (1.100-1.500 metros por encima del nivel del mar). La brisa del Caspio proporciona a la cara norte de la cordillera un clima templado y lluvioso. Las laderas están pobladas de bosques, y en las llanuras cuajadas de agua se cultiva uno de los mejores arroces del mundo. Pero los escasos vientos húmedos procedentes del mar que superan la altura de las montañas se topan, al otro lado, con la masa de aire cálido y seco de la meseta. En consecuencia, el terreno de la vertiente meridional de los Elburz apenas recibe lluvia, y las montañas, cubiertas de arbustos y pequeños árboles de pistacho, dan paso, rápidamente, a la desolada estepa que ocupa buena parte del actual Irán.

La primera gran parada del recorrido, al sur de los montes Elburz, era la ciudad de Rhagae (probablemente la moderna Ray, un barrio al sur de Teherán). Cuando perseguía a Darío III, Alejandro fue capaz de cubrir la distancia entre Rhagae y las Puertas Caspias en una jornada, pero marchando a un ritmo que muchos de sus mejores hombres —y de sus caballos— no pudieron seguir. Para un grupo de mercaderes, el recorrido debía de llevar bastante más tiempo. Situada entre las montañas y la estepa, la ciudad era todavía un lugar agradable. En primavera, los arroyos bajaban de los Elburz cargados del agua del deshielo, y en verano los rigores de la estación quedaban atenuados por la brisa fresca proveniente de la cordillera. Tras la conquista parta del territorio, en el siglo II a. C., Rhagae se convirtió en una de las residencias predilectas de los monarcas arsácidas, que pasaban aquí la primavera y el invierno en Ctesifonte, cerca de Babilonia. Y, en torno al cambio de era, el desarrollo del comercio debió de hacer de Rhagae

un emporio mercantil de gran importancia. Isidoro de Cárax la consideraba la ciudad más importante de Media, la patria de los medos, el territorio que ocupaba la mitad septentrional de las mesetas iranias. Y un escritor persa del siglo X, Ibn al-Faqih, se refirió a ella, de forma bastante entusiasta, como «la puerta del comercio, el refugio de los libertinos, el novio del mundo», y ya por resumir: «La más hermosa creación sobre la tierra».

Desde Rhagae, el camino recorría trabajosamente la región de Media en dirección suroeste, hacia la siguiente gran cordillera, los montes Zagros. Las caravanas debían atravesar más de 300 kilómetros a través de un paisaje desolado y monótono, salpicado de pequeñas estribaciones montañosas y lagos de sal. En estas soledades, los principales problemas para las caravanas eran la falta de agua y el calor asfixiante. Naturalmente, este no era una complicación privativa de las tierras altas de Persia; gran parte del recorrido, desde la cuenca del Tarim hasta las orillas del Mediterráneo, presentaba dificultades similares. Y, para solventarlas, los habitantes de estas regiones habían encontrado soluciones que también eran muy parecidas entre sí.

La existencia de paradas de posta junto a los caminos, especialmente en los tramos poco poblados o peligrosos, está documentada, al menos, desde el primer milenio a. C. Con frecuencia, estos establecimientos eran construidos por los poderes públicos y con una finalidad de carácter administrativo; ofrecían alojamiento y suministros a gobernantes y funcionarios, y solían contar con guarniciones para garantizar la seguridad de la zona. Los grandes imperios de la Edad de Hierro, asirios, aqueménidas y partos, construyeron posadas de este tipo. Pero a medida que el volumen del tráfico mercantil se fue incrementando, estos lugares pudieron ofrecer sus servicios también a los mercaderes. A partir de la época medieval este tipo de construcciones comenzó a recibir el nombre de caravasares, un término de origen persa que ha quedado indisolublemente asociado a la Ruta de la Seda. Caravasares construidos con siglos de diferencia y situados a miles de kilómetros de distancia tenían que responder a funciones similares, y esto ha dotado a muchos de una apariencia parecida, fácilmente reconocible.

En general, los caravasares tenían una planta cuadrangular protegida del exterior por grandes muros sobre los que se levantaban, muchas veces, torres de vigilancia. El acceso al interior, donde se congregaban gobernantes, funcionarios, soldados, peregrinos y mercaderes con sus valiosas mercancías, solía hacerse a través de una única puerta, bien custodiada por las autoridades del caravasar. El corazón de estas paradas de posta era, normalmente, un gran patio abierto. La explanada facilitaba la movilidad de las bestias de carga, pero también ofrecía un espacio adecuado para la compraventa de

mercancías, porque el comercio a lo largo de la Ruta de la Seda se basaba en un intercambio mixto, en el que se mezclaban productos locales con bienes llegados de lejos y en el que las mercancías más valiosas cambiaban muchas veces de manos entre su origen y su destino final.

Podemos imaginar los caravasares como espacios bulliciosos, repletos de viajeros llegados de lugares distantes, de mercaderes, de funcionarios camino de su provincia, de guías, intérpretes y escoltas militares, de pertrechos y mercancías exóticas, y de todo tipo de bestias de carga. Las habitaciones para los viajeros, los almacenes para los productos y los establos para los animales se disponían alrededor de ese patio central, muchas veces en forma de grandes espacios longitudinales. Solo los caravasares más grandes, como el de Dayr-e Gacin (el Albergue de Yeso, en Irán, no muy lejos de Teherán), construido en época de los persas sasánidas, contaban con estancias individuales para los mercaderes y numerosas comodidades añadidas, como un molino, baños e incluso estancias privadas, discretamente situadas en una esquina, que debían de servir como alojamiento a reyes y grandes funcionarios.

Garantizar el abastecimiento de agua a un número considerable de viajeros, monturas y bestias de carga en estos lugares apartados era uno de los principales desafíos de los constructores de caravasares. La mayoría contaba con aljibes subterráneos donde se recogía el agua de lluvia, pero en las mesetas iranias o en la cuenca del Tarim las precipitaciones rara vez eran suficientes para garantizar el nivel de las cisternas. Lo habitual era obtener el preciado líquido de alguna fuente o acuífero cercano a través de una canalización subterránea. Este tipo de construcciones eran comunes a todas las regiones secas de Asia, desde Yemen hasta el corredor de Gansu, y, en consecuencia, tenían muchos nombres. En Persia los llamaban *qanats*, un término polisémico que podría traducirse como «canal», pero también como «cavar». Para construir un *qanat* se buscaba, como es natural, una fuente de agua dulce. En estas regiones, donde había tantos ríos que morían en las arenas del desierto, era fácil encontrar acuíferos cerca de las montañas, y por tanto a mayor altura que la llanura reseca a la que se quería llevar el agua, lo que facilitaba además el transporte del líquido. A continuación, se excavaba un túnel que conectaba el acuífero con el asentamiento. El carácter subterráneo de la conducción limitaba la evaporación del agua a causa del calor, la protegía de las tormentas de arena e incluso ofrecía algo más de resistencia frente a imprevistos de todo tipo (terremotos, destrucción en un contexto bélico) que un acueducto levantado en superficie.

El trazado de la canalización se diseñaba con extremo cuidado: debía tener inclinación suficiente para garantizar que el agua fluyera

hacia su destino, pero no demasiada, para que la corriente llegara con la fuerza y la cantidad adecuadas. Y a intervalos regulares se excavaban pozos que conectaban el túnel con la superficie. Estos orificios facilitaban las labores de construcción y mantenimiento: permitían acceder al corazón del acueducto subterráneo y proporcionaban aire y luz a los trabajadores, pero también contribuían a que el agua estuviera fresca, pues facilitaban que el aire caliente escapara por los agujeros para que la zona por la que corría el líquido conservara una temperatura lo más baja posible. Estos orificios eran la única parte del *qanat* visible en superficie; distinguir, en medio de una llanura polvorienta, una hilera interminable de agujeros era un indicio seguro de la presencia de una fuente de agua, de un aljibe o de un regadío. Una presencia que no era necesariamente cercana: el *qanat* de Gonabad, el más antiguo de Irán, construido en la primera mitad del primer milenio a. C., recorría 45 kilómetros, y se conocen túneles que podían alcanzar hasta 70 kilómetros de longitud.

Cuando el agua de los *qanats* llegaba a su destino, podía utilizarse con propósitos diversos. El principal era el regadío. Turfán, en el desierto de Gobi, al noreste de la cuenca del Tarim, era un reino caravanero a orillas de un ramal secundario de la Ruta de la Seda. Ocupaba el corazón de una depresión, a más de 160 metros bajo el nivel del mar, en uno de los lugares más calurosos y secos de la Tierra. Sin embargo, albergaba un oasis de 2.000 km^2, que era famoso por su producción de uvas (las pasas eran su producto estrella). Esto solo era posible gracias a cientos de *qanats*, que conducían el agua de la vecina cordillera Tian Shan para abastecer una compleja red de regadíos e instalaciones hidráulicas de la que dependía la vida de todo el oasis.

Pero los *qanats* también proporcionaban agua para consumo humano, que solía almacenarse en aljibes. Al tratarse de agua potable, era imprescindible garantizar que se mantuviera fresca y limpia y, sobre todo, que experimentara una mínima evaporación, y para ello se empleaban medios diversos. En primer lugar, los aljibes solían ser, al igual que los *qanats*, subterráneos. Esto no solo contribuía a mantener baja la temperatura, también permitía que las paredes resistieran el enorme empuje del agua almacenada. En superficie, la cisterna se coronaba con una gran cúpula de ladrillos de adobe, revocada con un mortero especial, en cuya elaboración se utilizaban ceniza y pelo de cabra para garantizar su aislamiento. Estaba también provista de entre una y cuatro «torres de viento». Sucede que el aire caliente tiende a ocupar las capas más altas, y sube desplazando el aire frío a las capas más bajas. En estos aljibes, el aire caliente se concentraba en la parte superior de la cúpula o escapaba al exterior a través de altas aberturas conocidas como torres de viento, manteniendo la superficie del agua fresca y a salvo de la evaporación. Estas torres de viento, que se

utilizaban también para refrigerar todo tipo de dependencias, podían hacer descender varios grados la temperatura de un espacio sin necesidad de ningún medio mecánico, permitiendo simplemente que el aire caliente fluyera hacia arriba, dejando su lugar al aire fresco. A veces, algunas paradas de posta estaban provistas de un patio subterráneo (*shabestán*) comunicado con el *qanat* y provisto de torres de viento, donde el aire frío del túnel garantizaba una temperatura agradable incluso durante el terrible verano de las mesetas iranias.

Desde su salida de Rhagae (Teherán), el camino proseguía hacia el suroeste, a través de las tierras de los medos, ascendiendo lentamente. Debía salvar más de 600 metros de desnivel entre Teherán y la siguiente gran parada del recorrido, Ecbatana, en las primeras estribaciones de los montes Zagros.

Los Zagros son una de las grandes cordilleras de la Tierra, pero también una barrera que separa dos mundos. Al este de la cadena montañosa se encuentran las mesetas iranias, tierras altas (1.000-1.200 metros sobre el nivel del mar) y patria de los medos y de los persas. Al otro lado, al oeste, está el valle de los dos ríos, Mesopotamia, tierras bajas —apenas unos metros sobre el nivel del mar— y lugar de nacimiento de civilizaciones legendarias: sumerios, acadios, asirios, babilonios... En medio, una gigantesca cordillera que se extiende 1.600 kilómetros de noroeste a sudeste, desde la meseta armenia, en la Transcaucasia, hasta el golfo Pérsico. Ubicada en un lugar así, entre Persia y Mesopotamia, no puede ser esta una vulgar cadena montañosa, y también ha desempeñado su papel en la historia del mundo.

A vista de pájaro, los Zagros ofrecen un aspecto algo achatado. Las montañas son más bajas que sus vecinos, los afilados Elburz —el pico más alto, el Qash-Mastan, apenas supera los 4.400 metros—, y el macizo tiene más de 270 kilómetros de ancho. El paisaje dista mucho de ser monótono. A diferencia de las cordilleras que rodean el Tarim, sus paredes no caen verticales sobre la llanura, sino que se abren a ella con suavidad, mediante una sucesión de verdes colinas y amplios cañones. Los profundos desfiladeros conducen a valles escondidos, y algunas zonas de la cordillera albergan grandes llanuras. El clima es el propio de las montañas, con inviernos fríos en los que abundan las ventiscas, pero la primavera es lluviosa y el verano templado. Además, los Zagros rebosan vida. Las laderas están cubiertas de bosques de robles, almendros y árboles de pistacho, las llanuras aparecen sembradas de hierba jugosa, y en la Antigüedad las montañas albergaban leones, leopardos de Anatolia, osos pardos, lobos, zorros, muflones, gamos y ciervos, como los que cazaban, en el siglo VII a. C., los reyes de Asiria. Sin embargo, el animal más famoso de la cordillera no era el león o el ciervo rojo, sino el caballo.

Los caballos eran sagrados para los persas: tenían una relación especial con sus reyes y con sus dioses. Contaba Heródoto que, tras la muerte de Cambises, el gran rey, el 523 a. C., había subido al trono su

hermano pequeño, el príncipe Esmerdis (Bardiya para los persas), que reinó durante siete meses, ganándose durante ese tiempo el amor de sus súbditos con todo tipo de dádivas y concesiones. Sin embargo, unos pocos entre los persas sabían que Esmerdis no era, en realidad, Esmerdis. Se trataba de un mago malvado del mismo nombre que había usurpado el trono aprovechando la muerte del verdadero príncipe. Aunque se llamaban igual, y debían de guardar algún parecido, se les podía distinguir fácilmente porque el falso Esmerdis no tenía orejas; Ciro el Grande se las había mandado cortar en castigo por sus insidias. El mago malvado ocultaba este particular con gran discreción, sin duda ayudado por el gusto de los persas por las pelucas y los postizos. Pero una de sus mujeres, cuando le llegó el turno de pasar la noche con él, le palpó la cabeza mientras compartían el lecho y descubrió el ardid. La joven, que era hija de un noble, se lo contó a su padre, y este se reunió con otros seis aristócratas que prometieron acabar con el reinado del impostor. Entre los conspiradores destacaba un noble persa, Darío, que sugirió darle muerte en un pequeño palacio llamado Siktauvatich, que se encontraba en un valle en el corazón de los Zagros. Una vez completado el magnicidio, los compañeros se reunieron de nuevo, esta vez para determinar quién de ellos iba a suceder al mago malvado como nuevo rey de los persas. Justo antes del amanecer, los conjurados montaron en sus caballos, abandonaron el fuerte Siktauvatich, y comenzaron a galopar hacia el corazón de la llanura: se había decidido que reconocerían como monarca a aquel cuyo corcel saludara primero al sol, símbolo de Ahura Mazda. Apenas se había dejado ver en el horizonte el primer rayo que revelaba la presencia del astro rey, cuando el caballo de Darío relinchó y, a pesar de que el nuevo día estaba sereno, un rayo rasgó el cielo y un trueno sacudió la tierra. Al momento, todos los compañeros bajaron de sus corceles, hincaron rodilla en tierra y saludaron a Darío I, el nuevo gran rey de los persas.[52]

Darío I el Grande, señor de las cuatro partes del mundo, triunfó en todas sus empresas, salvo en una, el sometimiento de las polis helenas. Los atenienses lo derrotaron en Maratón, en la Primera Guerra Médica, y su sucesor, Jerjes, quiso vengar a su padre levantando contra los griegos uno de los mayores ejércitos que jamás hubiera contemplado el hombre. El 481 a. C., cuando las tropas de Jerjes marcharon hacia la Hélade, se dispuso que el ejército siguiera un orden riguroso. Abrían el desfile los bagajes y la impedimenta, acompañados del grueso de los soldados, llegados de todos los rincones del imperio. A una cierta distancia caminaban los Inmortales, la tropa de élite del Gran Rey, los más hermosos y valientes entre los persas. Y, tras ellos, llegaba el turno de los dioses y los reyes. Diez caballos magníficamente enjaezados precedían al carro de Ahura

Mazda, vacío y conducido por un cochero, pues ningún mortal podía subirse en su pescante. Y, por último, en una carroza tirada por grandes corceles, cerraba la marcha el rey de Persia, Jerjes I, hijo de Darío. Estos caballos, que caminaban delante del carro del dios y tiraban de la carroza de Jerjes I, no eran animales corrientes. Pertenecían a la raza de los caballos neseos, criaturas magníficas que, por su enorme tamaño y su incomparable belleza, se consideraban los más extraordinarios representantes de su especie. Recibían ese nombre porque procedían de una llanura llamada Nesea, que se encontraba en el corazón de los Zagros y era tan amplia que podía albergar miles de caballos, que crecían allí más grandes y hermosos gracias a la calidad del pasto, al que se atribuían incluso propiedades medicinales. El Imperio asirio había exigido a los medos un tributo en forma de caballos neseos, los reyes persas reservaban estos equinos para sus propias cuadras, Alejandro los incorporó a su ejército y la fama de su excelencia llegó incluso hasta Roma.

Contaban también los autores antiguos que, cerca de la llanura Nesea, en el extremo oriental de los Zagros, se encontraba la ciudad de Ecbatana. Antes de construir su imperio en el siglo VII a. C., los medos, señores de aquellas regiones, habían sido pastores nómadas. Durante cientos de años, habían desplazado sus rebaños desde las mesetas iranias hasta los profundos valles de los Zagros, buscando aire fresco y hierba verde para sus ganados durante los rigores del verano. Mientras sus animales vagaban por las montañas, los señores de las tribus medas aprovechaban para reunirse en un valle y discutir sus asuntos. Eso es lo que significaba, en su antigua lengua, Ecbatana: *Hagmatana*, «lugar de reunión». Con el tiempo, aquellas tribus de pastores decidieron dotarse de un soberano: Deioces, el primer rey de los medos. Para proporcionar al nuevo monarca una residencia acorde a su dignidad, le edificaron, en el corazón del valle donde solían congregarse, un palacio y una ciudad, con el fin de que los medos, hasta entonces nómadas, tuvieran también una capital. En la elección del lugar pudo tenerse en cuenta el hecho de que, en aquel punto estratégico, arrancaba la ruta que atravesaba las montañas, conectando las mesetas iranias con Mesopotamia. A lo largo de la primera mitad del primer milenio a. C., los medos comenzaron a controlar el creciente tránsito de mercancías entre el Imperio asirio y Asia Central, y se considera que las riquezas generadas por el tráfico de lapislázuli de Bactria y caballos neseos fueron fundamentales para que las tribus medas se articularan formando un Estado unificado. Ubicada en un lugar tan bien escogido, a la capital de los medos le aguardaba un futuro espléndido.

Tras la fundación del Imperio persa aqueménida, en el siglo VI a. C., sus reyes inauguraron la costumbre de huir del calor extremo de las

mesetas iranias para pasar el verano en Ecbatana, disfrutando de la brisa fresca y de la agradable contemplación de las cumbres nevadas de los Zagros. Alejandro la visitó el 330 a. C., y fue aquí donde comenzó la vertiginosa persecución del fugitivo Darío III. Acompañado de sus mejores tropas, con sus caballos más veloces, llegó a las Puertas Caspias en solo once días. La localidad, sin embargo, llegó a ser aborrecida por el rey macedonio, porque fue en ella donde, el 324 a. C. murió su mejor amigo, el amado Hefestión. A mediados del siglo II a. C., cuando aquellas regiones ya estaban en manos partas, Polibio comentó que Ecbatana se distinguía de las demás ciudades por su riqueza y la magnificencia de sus edificios, entre los que destacaba el palacio real, una construcción tan imponente que al historiador grecorromano le parecía imposible de describir. Aun así, hizo un esfuerzo. Al parecer, el edificio tenía un tamaño enorme, se encontraba sobre una terraza similar a la del palacio de Persépolis y había sido construido con los mejores materiales: las columnas y los techos eran de madera de ciprés y de cedro, y estaban recubiertos de láminas de plata y de oro.[53] Según Isidoro de Cárax, el palacio real se encontraba además al oeste de Ecbatana, junto al camino que recorría los Zagros en dirección al valle del Tigris y el Éufrates. De hecho, no muy lejos de la mansión había en tiempos de los partos una especie de aduana, llamada Bazigraban, donde se gravaban las mercancías que se transportaban entre Persia y Mesopotamia, aprovechando, seguramente, que aquella era la ruta más adecuada para cruzar las montañas.

Desde Ecbatana, el recorrido serpenteaba a través de la cordillera hasta alcanzar un enorme valle escondido, de forma vagamente triangular, rodeado de riscos cubiertos de niebla. El lugar, de gran valor estratégico, disfrutaba de la protección de las autoridades desde época de los medos, que pudieron haber construido allí un pequeño fuerte de vigilancia. Según algunos, este fortín era el célebre Siktauvatich, el lugar en el que Darío I había dado muerte al mago usurpador.

El asesinato del falso Esmerdis/Bardiya y el relincho de su caballo hicieron rey a Darío I. Sin embargo, fue en ese momento, después de su proclamación, cuando comenzó la parte más complicada de su acceso al trono. Por increíble que pueda parecer, no todos creyeron la historia del mago usurpador. Muchos pensaron que los conjurados habían matado al rey legítimo, a un soberano que llevaba por sus venas la sangre elegida de Ciro el Grande. Otros se convirtieron en seguidores de cierto personaje que se había alzado en Persia asegurando que se trataba del verdadero príncipe, dispuesto ahora a recuperar su trono. Y algunos aprovecharon la confusión para tratar de sacudirse la tutela del joven Imperio persa, fundado apenas un par

de generaciones atrás. Desde Bactria hasta Babilonia, la mitad de las tierras del gran rey se alzaron en armas, y Darío I tuvo que emplearse a fondo para pacificar sus dominios. Cuando por fin lo consiguió, quiso asegurarse de que su versión de la historia se impusiera sobre todas las demás.

A apenas cien metros del fuerte de los Zagros, junto al camino, había un pequeño lago de aguas transparentes. Los viajeros debían de detenerse para saciar su sed en ese delicioso paraje, conocido como *Bagastana* (Behistún en los idiomas modernos), «el Lugar de los Dioses». Mientras disfrutaban del frescor y del murmullo de las aguas, podían contemplar la llanura que se abría ante ellos, las montañas que la rodeaban y las paradas de posta y el pequeño asentamiento que habían surgido gracias al tránsito de comerciantes y a la fertilidad del valle. Pero lo que más llamaba la atención del visitante era un pico enorme, completamente desnudo de vegetación, casi siempre cubierto de nieve, que se levantaba encima del lago. Aquellas alturas estaban consagradas a Ahura Mazda, dios supremo del panteón zoroástrico, y el lugar era sagrado desde tiempos inmemoriales. Sobre el muro, casi vertical, de esta mole de roca, a más de 65 metros de altura, Darío I mandó tallar un relieve en el que podía verse al gran rey acompañado de sus hombres de confianza. A sus pies, arrastrándose por el suelo, se encontraba el mago usurpador. Y delante del soberano, encadenados por el cuello y con las manos atadas a la espalda, permanecían de pie los nueve reyes que habían osado rebelarse contra él. El relieve estaba acompañado de un texto cuneiforme escrito en persa antiguo, elamita y babilonio, las tres grandes lenguas del imperio, y en la inscripción se relataba cómo el accidentado acceso de Darío al trono no había sido fruto de la casualidad, sino voluntad de Ahura Mazda, señor de la montaña. Todo lo que había sucedido aquella terrible noche en el fuerte Siktauvatich formaba parte, en realidad, de la interminable lucha cósmica entre la verdad y el orden, representadas por Darío, y la mentira y el caos, encarnados por el malvado mago y todos los ingratos rebeldes que lo habían seguido.

El avispado Darío I fue probablemente de los primeros, aunque no el único, en darse cuenta de las posibilidades de aquella gran pared de piedra dorada, tan oportunamente situada a la orilla del camino. Junto a la inscripción de Behistún fueron esculpiéndose nuevos relieves, epígrafes y monumentos que los griegos atribuían a Semíramis, la legendaria reina de Babilonia, pero que, en realidad, habían sido realizados, a lo largo de los siglos, por los grandes gobernantes de Persia. Algunos podían estar relacionados con la ruta de comercio que atravesaba el valle. En el año 146 a. C., por ejemplo, se talló, muy cerca del relieve de Darío, una imagen del dios Bahram. Bahram el Fuerte, señor de la victoria, era la gran divinidad guerrera

del panteón zoroástrico, y por este motivo se le solía identificar con dioses como Ares o Marte. Pero Bahram también era el protector de los viajeros, y eso lo vinculaba a Hércules, el héroe que había recorrido el mundo derrotando a los monstruos y haciendo habitables las regiones remotas. En el caso de Behistún, Bahram fue representado a la manera del héroe griego, con fuertes músculos, poblada barba, una clava y recostado encima de la piel del león de Nemea. Los mercaderes que recorrían estos lugares apartados podían contemplar desde lejos la estatua del dios, y debían detenerse a sus pies para elevarle sus plegarias, pidiéndole regresar sanos y salvos a sus hogares.

Desde Behistún, el camino continuaba hacia el oeste y atravesaba la zona central de los Zagros. En el corazón de la cordillera, los profundos valles eran una auténtica encrucijada. Algunos caminos conducían al sur, a la antigua región del Elam, donde se encontraba Susa, otra de las grandes capitales del Imperio persa. Otros seguían los viejos senderos utilizados por los asirios para reclamar su tributo de caballos neseos, y llegaban hasta el norte de Mesopotamia. Pero la ruta más concurrida era la que desembocaba en la moderna ciudad de Mandali, ya a los pies de los Zagros, en el actual Irak. Aquí, una verde llanura, cubierta de hierba y de flores, anunciaba al viajero que acababa de llegar a Mesopotamia, la tierra de los dos ríos.

Al descender por las laderas de los Zagros hacia el inmenso valle de Mesopotamia, se dejaba atrás la región de los medos, hombres poderosos, fundadores de un imperio, pero que nunca se sacudieron del todo su condición de descendientes de pastores nómadas de las montañas. En cambio, la llanura se presentaba como un territorio fascinante que deslumbraba por el número y el tamaño de sus metrópolis, la antigüedad de sus monumentos, la riqueza de sus mercados y la sofisticación de su población. Aquellas gentes se habían contado entre las primeras en construir ciudades, en redactar documentos y en elevar hasta el cielo los templos de sus dioses. A medida que las montañas iban quedando atrás en el horizonte, el viajero debía de recorrer el inmenso valle cada vez más sobrecogido, con la extraña sensación de estar adentrándose en el corazón palpitante de la civilización humana.

Como ocurría con el vecino Egipto, con el que se la comparaba con frecuencia, Mesopotamia también era un regalo, pero no de un río, sino de dos. El Tigris y el Éufrates nacían en las montañas de la Transcaucasia, en el extremo oriental de la península de Anatolia, y recorrían el valle de Mesopotamia hasta desembocar en el golfo Pérsico. Su caudal variaba considerablemente a lo largo del año y alcanzaba su máximo entre los meses de abril y junio. Durante estas crecidas los ríos arrastraban consigo la tierra de las montañas y cubrían la llanura de barro fértil y de agua dulce. Después, a lo largo del verano, las aguas iban descendiendo poco a poco y marcaban su mínimo en otoño, entre septiembre y octubre.

Desde los mismos albores de la civilización, los habitantes del valle aprendieron a construir canales para distribuir el agua de los ríos por la llanura aluvial, creando un paraíso verde de ordenados campos de cultivo, pastos y árboles frutales. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en Egipto, el Tigris y el Éufrates eran amos generosos, sí, pero también impredecibles y, a veces, violentos. El Nilo, cuyas crecidas provenían de la actividad del monzón del Índico en el macizo etíope, se desbordaba entre agosto y septiembre, después de la cosecha, y sus aguas se retiraban en invierno dejando la tierra renovada con su fértil limo negro justo a tiempo para la nueva siembra. En cambio, el Tigris y el Éufrates, cuyo caudal procedía de las lluvias y el deshielo de las montañas de la Transcaucasia, alcanzaban su máximo curso en la inoportuna estación de la primavera, cuando la mies todavía no había sido recogida. Esto tenía todo tipo de inconvenientes. En primer lugar,

para que no se anegaran las tierras de cultivo en ese momento crítico, era imprescindible protegerlas. Había que construir canales que desviaran las aguas a reservorios o a zonas pantanosas, y cavar fosos y levantar muros para defender los campos y las ciudades. Estas obras exigían además un mantenimiento extenuante, porque el suelo era blando y poroso, los ríos bajaban cargados de barro y las canalizaciones tenían que ser dragadas una y otra vez para no quedar anegadas por la corriente. Por otro lado, la rápida evaporación del agua de la crecida durante los asfixiantes meses del verano aceleraba la salinización del suelo, especialmente en las zonas más cercanas a la costa del golfo Pérsico. Antes o después, la tierra irrigada quedaba inservible y era necesario trasladar los campos de cultivo y construir nuevas infraestructuras en otro lugar. Por último, bastaba una crecida superior a lo habitual, un evento que podía suceder cada tres o cuatro años, para dañar las defensas, y ocasionalmente, dos o tres veces cada centuria, si las nevadas habían sido muy fuertes y el deshielo llegaba de forma repentina, se producían grandes inundaciones que destruían las canalizaciones, anegaban los campos y se llevaban por delante puentes, murallas y, a veces, ciudades enteras. Las más violentas podían llegar a cambiar el curso del río, convirtiendo tierra fértil en desierto y urbes populosas en ruinas polvorientas.[54] Si a los confiados campesinos de Egipto les bastaba con arrojar la semilla al limo para verla florecer, los esforzados labradores de Mesopotamia debían trabajar incansablemente dragando canales, construyendo diques y consolidando represas para asegurarse el sustento.

Existía una última diferencia entre el Nilo y los ríos de Mesopotamia que pudo condicionar la evolución de los dos valles. El Nilo era fácilmente navegable en toda su extensión, desde el delta hasta la primera catarata. Esto le permitió convertirse en un elemento articulador que facilitó el nacimiento en Egipto de un Estado unificado que sobrevivió a treinta dinastías de faraones, tres períodos intermedios y varias invasiones extranjeras. El Tigris y el Éufrates, en cambio, con sus rápidos, sus inoportunas crecidas y su curso caprichoso, no eran tan fáciles de recorrer y jamás desempeñaron el papel unificador del río egipcio. Mesopotamia fue cuna de varias civilizaciones similares, pero con características propias, entre las que destacaron los sumerios, en el sur, junto a las orillas del golfo Pérsico; los acadios y los babilonios, en el corazón de la llanura, y los asirios, al norte, alrededor del curso alto del Tigris.

Por otro lado, aunque tradicionalmente se han representado juntos en la imaginación de los hombres, los dos ríos de Mesopotamia ofrecían también diferencias interesantes. Comencemos por el Tigris, que ocupaba la mitad este de la depresión. Desde su nacimiento, en las estribaciones orientales de la cordillera del Tauro, hasta su

desembocadura, en el extremo meridional del valle, atravesaba los 1.800 kilómetros de Mesopotamia en un curso que podría describirse, muy vagamente, como recto, siempre paralelo a la cordillera de los Zagros. A lo largo de ese recorrido, el Tigris recibía el agua de varios afluentes, nacidos en las montañas, que lo convertían en el río más caudaloso de Mesopotamia, pero también en el más peligroso. Las crecidas estacionales, hasta cierto punto predecibles pues eran fruto del deshielo de la primavera, llegaban a la llanura antes, en el mes de abril, y eran más abundantes. Pero si se producían lluvias torrenciales en las montañas donde nacían sus afluentes, podía desbordarse casi en cualquier momento. Su corriente, además, era muy alegre y, por ese motivo, los sumerios lo llamaban «el Río Rápido» y los persas se referían a él como «la Flecha».

En la parte alta de su curso, donde abundaban los rápidos, el río era innavegable, y en el resto del recorrido sus orillas eran más altas y sus riberas estaban menos pobladas que las del vecino Éufrates. De hecho, los altos bancales del Tigris eran lo más parecido que había en el valle a una frontera, y las gentes de Mesopotamia los aprovecharon para defenderse de las tribus de los Zagros que, con frecuencia, descendían al llano en busca de riquezas. En su curso bajo, el violento Tigris varió tantas veces su trazado que apenas permitió el nacimiento de ciudades en sus inmediaciones. Hubo un tiempo en el que parece que desembocaba directamente en el golfo Pérsico, pero ya desde la Antigüedad unía su curso al del Éufrates, a unos 200 kilómetros del mar, para formar un nuevo río, el Chat el Arab. Es a orillas de este curso fluvial unificado donde se encontraba el emporio comercial de Charax Spasinou, la colonia griega fundada por los seléucidas de donde debía de provenir Isidoro de Cárax. Los palmerales que crecían junto al Chat el Arab estaban infestados de peligrosas tribus nómadas de origen árabe, pero los habitantes de Charax Spasinou aprovecharon su posición estratégica para convertirla en un centro mercantil, y sus comerciantes intercambiaban provechosamente productos en las costas de Arabia y la India.

Por lo que respecta al Éufrates, el río occidental, nacía relativamente cerca del Tigris, en las montañas del sureste de Anatolia, pero su recorrido era casi 500 kilómetros más largo. Esto se debía, en parte, a que describía una gigantesca curva en su curso alto, atravesando las tierras altas de Siria antes de ganar la llanura de Mesopotamia. Desde Siria hasta las inmediaciones del golfo Pérsico, donde se unía al Tigris, el Éufrates discurría paralelo al inhóspito desierto que separaba Mesopotamia de Arabia y la costa del Mediterráneo. En consecuencia, apenas contaba con afluentes, y la mayor parte de su caudal dependía del agua que recibía en las inmediaciones de su nacimiento. Estas particularidades hacían de él

un río de aspecto humilde, de aguas marrones, poco caudaloso para el tamaño de su cuenca, con orillas bajas y un curso tranquilo, con tramos adecuados para la navegación. Sus crecidas eran menos frecuentes y destructivas, e incluso tenían la delicadeza de producirse entre mayo y junio, cuando la estación estaba algo más avanzada. Por estos motivos, las orillas del Éufrates eran las más pobladas de Mesopotamia. Fue en sus riberas donde surgieron las ciudades sumerias de Ur y Uruk, donde prosperó la localidad caravanera de Mari y, donde, en el origen mismo de los tiempos, los dioses quisieron fundar la más espléndida de todas las urbes, la exuberante Babilonia.

Contaba el *Enuma Elish*, el relato mesopotámico de la creación del mundo, que en un principio no existía nada, salvo una masa oscura e informe que estaba formada por dos divinidades primigenias: Apsu, el señor del inmenso océano de agua dulce, y Tiamat, la señora del inmenso océano de agua salada. El caos solo comenzó a ordenarse cuando las dos divinidades se amancebaron, y de su unión nacieron los dioses, hijos y nietos de la pareja primordial. Entre toda esta progenie destacaba el astuto Ea, también llamado Enki, dios de las dulces aguas subterráneas, de las fuentes, de los ríos y de las lagunas, y señor de la magia.

Pero sucedía que estos dioses jóvenes eran alegres y ruidosos, amigos de fiestas y celebraciones, y molestaban a las viejas divinidades, acostumbradas al silencio de la oscuridad infinita. Pronto estallaron conflictos entre ellos y, en el transcurso de los enfrentamientos, Ea, dios de la magia, mató a su abuelo, Apsu, el viejo señor del océano de agua dulce. Tras el magnicidio, Ea, exultante en su victoria, se convirtió en el más importante de todos los dioses y engendró a Marduk, el dios de la tormenta. Pero el triunfo sobre las antiguas divinidades fue efímero. Tiamat, la señora del océano salado, ansiaba vengar la muerte de su esposo. Engendró abominaciones, serpientes y dragones monstruosos para que la acompañaran en la batalla, y conspiró con otros dioses rebeldes para derrocar a Ea y a sus partidarios. Cuando las noticias de la revuelta llegaron al palacio del magnicida, todos quedaron aterrorizados, pues Tiamat era más grande y poderosa que Apsu, y nadie parecía capaz de derrotarla. Solo el joven Marduk, el dios de la tormenta, marchó sin miedo contra la señora de las aguas saladas, precedido por el relámpago y armado de lluvias torrenciales y vientos huracanados. Los dioses rebeldes huyeron al contemplarlo, pero Tiamat resistió el terror que provocaba su presencia.

Ambos, Tiamat y Marduk, se enfrentaron en un duelo espantoso. Tiamat abrió sus gigantescas fauces para devorarlo y Marduk usó un fortísimo viento para mantenerlas abiertas. Entonces, tensó su arco, disparó una flecha y atravesó el corazón de la diosa. Después tomó su

gigantesco cuerpo muerto, lo dividió en dos y creó con él el universo: con una de las dos mitades formó el Cielo, y con la otra, la Tierra. Colocó las constelaciones en el firmamento para que el tiempo comenzara a correr, construyó puertas para fijar el recorrido del sol y confió la noche al arbitrio de la luna. En cuanto a los dioses rebeldes, aunque habían huido, no consiguieron escapar. Marduk los convirtió en sirvientes de los vencedores, obligados a trabajar eternamente a las órdenes de sus amos. Pero las tareas eran tan pesadas que los derrotados pidieron clemencia y le suplicaron que aliviara, de algún modo, su castigo. El dios de la tormenta tomó entonces a su líder, lo mató y usó su sangre para crear una nueva generación de seres inferiores, pero por cuyas venas corría una gota de divinidad: los hombres, condenados a tomar sobre sus hombros la tarea de los dioses rebeldes y a trabajar para alimentar a los vencedores. Después de todo esto, Marduk se sintió satisfecho, pues el orden del universo había quedado instituido.

Como agradecimiento al señor de la tormenta, el resto de dioses se congregó en el mismo centro del mundo y le construyó una ciudad: Babilonia. Y en el corazón de la nueva urbe levantaron un templo, Esagila, con una torre escalonada, Etemenanki, cuya cima era tan alta que tocaba los cielos y donde había un lecho siempre dispuesto para el descanso de su dueño. Después, celebraron un alegre banquete y, reunidos en una solemne asamblea, recitaron los cincuenta nombres de Marduk. Así pues, del mismo modo que Marduk se convirtió en el primero entre todos los dioses, su ciudad, Babilonia, fue la primera entre todas las ciudades, la más antigua y la predilecta de la divinidad.[55]

Desde luego, Babilonia era antigua. Cuánto exactamente, es difícil de precisar. Los estratos más remotos de la ciudad se encuentran a gran profundidad, por debajo del nivel de las aguas subterráneas. Sí que sabemos que era un lugar importante hace 4.000 años, a comienzos del segundo milenio a. C., en tiempos de la primera dinastía real de Babilonia y de su rey más conocido, Hammurabi (1792-1750 a. C.). Aunque el Imperio paleobabilónico de Hammurabi cayó, y el Imperio neobabilónico de Nabucodonosor II (605-562 a. C.) tuvo una vida breve, la ciudad de Babilonia seguía ejerciendo una fascinación tal que todos la trataban con una mezcla de respeto y veneración. Heródoto se refirió a ella como «la más famosa de todas las ciudades, (…) cuya magnificencia no encontraba comparación», y creía que sus monumentos más hermosos habían sido construidos por la legendaria reina Semíramis. Estrabón aseguraba que la ciudad no albergaba una, sino dos maravillas: sus jardines colgantes y sus murallas, que eran tan gruesas que dos cuadrigas podrían recorrerlas juntas sin dificultad. Y Diodoro, que tenía una cierta tendencia a la

exageración, decía que no eran dos los carros, sino seis, y que los muros eran tan altos que aquellos que oían hablar de su tamaño lo descartaban por increíble.[56]

Ningún gran imperio en la región podía darse ese nombre si no se apoderaba de la legendaria ciudad. Los asirios la conquistaron en el siglo VIII a. C. y los persas de Ciro el Grande, doscientos años después, a mediados del VI a. C. Subyugados por sus encantos, los aqueménidas la convirtieron en una de sus capitales, pero cuando Alejandro se presentó ante sus murallas, a finales del 331 a. C., después de derrotar a los persas en Gaugamela, el gobernador se apresuró a entregarla sin oponer resistencia. Sospechando un ardid, el rey macedonio se aproximó a la ciudad con cautela, acompañado de su ejército y preparado para el combate. Sin embargo, en cuanto atravesó las célebres murallas, todos los temores quedaron olvidados. Fue recibido entre vítores por los babilonios, que, en su honor, habían cubierto sus avenidas de flores y perfumado las calles con incienso. Cada paso descubría una nueva maravilla: magos que cantaban himnos, regalos en forma de leones y leopardos, y caldeos que revelaron al conquistador los secretos del movimiento de los astros. Alejandro quedó tan enamorado de Babilonia como ella de él. Permaneció en la urbe más de un mes. Mandó reparar el templo de Marduk, que se encontraba en ruinas. Inspeccionó sus canales con detenimiento y ordenó dragar y reconstruir los que se habían deteriorado por el paso del tiempo. Y, al término de todas sus conquistas, a finales de mayo del 323 a. C., Alejandro regresó a la ciudad. La había elegido para celebrar el funeral de Hefestión, trasladó allí el tesoro del Imperio persa y es posible que planeara utilizarla como el lugar desde el que iba a dirigir los destinos del mundo. ¿Desde qué otro punto se podía gobernar la Tierra, sino desde su mismo centro? Pero apenas unos días después, se sintió muy enfermo y, consumido por la fiebre, murió en torno al 10 de junio. Sus generales comenzaron a repartirse su imperio cuando el cuerpo del soberano todavía estaba caliente.

Uno de los más avispados en el reparto fue Seleuco, un robusto noble macedonio, compañero de Alejandro desde su juventud y un comandante militar bastante inspirado, que se había distinguido en la campaña de la India. Seleuco combinó astutamente fuerza y diplomacia, se alió con quien convenía y traicionó a quien resultaba más oportuno, y al final consiguió llevarse la parte más grande del botín: las tierras del Imperio persa aqueménida, desde Siria hasta Bactria. La nueva construcción política, que llevaría su nombre, Imperio seléucida, tuvo su primer centro en Mesopotamia, pero el noble, que reinó como Seleuco I Nicátor, *el Vencedor* (305-281 a. C.), prefirió que el recién fundado reino tuviera una nueva capital.

Babilonia había sido construida sobre el Éufrates, que atravesaba el

corazón de la ciudad. En esa región, los dos grandes ríos de Mesopotamia acercaban su curso creando una especie de isla oblonga. Justo al otro lado de esa recogida llanura, el Tigris remansaba además su corriente y se hacía navegable hasta las inmediaciones de su desembocadura. La zona era la más densamente poblada de toda Mesopotamia y estaba atravesada por un complejo sistema de caminos y canales. El más importante era el Canal Real o Canal del Rey, que, aprovechando su cercanía, conectaba el Tigris con el Éufrates. Se decía que había sido construido por Nabucodonosor II para desviar las aguas de la crecida del Éufrates al Tigris antes de que estas alcanzaran Babilonia. Se ignora si esto es cierto, porque el canal solo está documentado con seguridad a partir del Imperio seléucida. Pero este curso artificial era lo bastante ancho y profundo para permitir el tránsito de buques de carga, y era la vía que solían emplear los viajeros para atravesar el corazón de Mesopotamia. A finales del siglo IV a. C., en el lugar en el que el Canal del Rey se unía a la corriente del Tigris, a unos 60 kilómetros al este de Babilonia, Seleuco I Nicátor fundó su nueva capital, que fue conocida como «Seleucia junto al Tigris», y cuyo trazado recordaba al de un águila con las alas extendidas. Al parecer, Seleucia estaba destinada a convertirse en una nueva Babilonia, y algunos aseguraban que el rey ordenó que los habitantes de la antigua se trasladaran a la nueva capital y que solo permitió permanecer en la vieja ciudad a los sacerdotes Marduk. Las aspiraciones del monarca se cumplieron. Para finales del siglo I a. C., Seleucia no solo era mayor que Babilonia, sino que se consideraba una de las tres grandes urbes del mundo, junto a Roma y Alejandría. Mientras tanto, la vieja Babilonia había caído en el abandono; sus canales estaban cegados; sus campos, secos, y de sus templos ya solo quedaba en pie el de Marduk. «La gran ciudad —comentaba con sorna Estrabón— es ahora un gran desierto».

Pero en Mesopotamia nada permanecía demasiado tiempo en un mismo lugar. La llanura estaba sembrada de *tells*, restos de viejos asentamientos devorados por el desierto y el olvido, y reemplazados por nuevas ciudades fáciles de levantar, pues todo se construía con los mismos ladrillos hechos del barro que arrastraban los ríos. En el siglo II a. C., mientras completaban su conquista del Imperio seléucida, los partos llegaron hasta la capital, Seleucia. Esta ciudad se encontraba en la orilla derecha del Tigris, al oeste. Pues bien, en la orilla izquierda, al este, frente a ella, los jinetes de la estepa fundaron la localidad de Ctesifonte. Parece que esta última se construyó en un primer momento para que los soldados partos contaran con un acuartelamiento independiente de la vecina Seleucia, pero con el tiempo acabó convertida en una de las capitales del Imperio parto y en la residencia de invierno de los reyes arsácidas.

Las dos capitales, Seleucia y Ctesifonte, una a cada lado del Tigris, formaron una gigantesca conurbación rodeada de pequeños asentamientos, jardines, palacios, fuertes, y, por supuesto, campos de cultivo y canales de transporte e irrigación. Para terminar de complicar las cosas, Vologeses I, que gobernó el Imperio parto en la segunda mitad del siglo I d. C., construyó en algún lugar de las inmediaciones una tercera ciudad llamada Vologesocerta; y en torno al 230 d. C., Ardashir I, fundador del Imperio persa sasánida, añadió una cuarta localidad a la que se puso el nombre de Nueva Seleucia. La proliferación de construcciones en la zona debía de ser tal que, ya en época medieval, los autores musulmanes, con un comprensible afán simplificador, comenzaron a referirse al lugar como *al-Madain*, «las Ciudades», por la cantidad que se agolpaban en tan poco espacio, difiriendo solo en el número de estas, pues algunos contaban siete, mientras que otros elevaban la cifra a nueve.

Además de sede de la administración y centro de producción agrícola y ganadera, Seleucia-Ctesifonte era un nodo comercial de primer orden, ubicado en una encrucijada de rutas entre los Zagros, el golfo Pérsico, la Alta Mesopotamia y Siria. El Tigris era navegable a partir de este punto, hasta las inmediaciones del golfo Pérsico y el puerto comercial de Charax Spasinou. Y era en sus inmediaciones, al noreste, donde ganaba la llanura, después de cruzar la cordillera de los Zagros, la ruta que partía de Merv y atravesaba las mesetas iranias. Junto a Seleucia-Ctesifonte desembocaba, además, el Canal del Rey, que fue reparado y ampliado en época parta. A través de él se alcanzaba con facilidad la vieja ciudad de Babilonia y el curso del Éufrates, lo que proporcionaba un medio cómodo para, por tierra o remontando la corriente, continuar el recorrido hacia el noroeste, hasta las tierras de Siria, muy cerca ya del Mediterráneo.

Los partos concedían una enorme importancia a esta ruta comercial que atravesaba Mesopotamia, probablemente la más transitada y rentable de sus dominios, y se esforzaron por asegurarse su control. En Seleucia-Ctesifonte debía de haber algún tipo de puesto de guardia donde se examinaba con especial cuidado a los viajeros y mercaderes en tránsito a través del corazón del imperio. Y tras abandonar la conurbación hacia el noroeste, en dirección a Siria, mientras recorrían el Canal del Rey y el Éufrates, los mercaderes se topaban con al menos dos paradas de posta reales, tal y como las describió Isidoro de Cárax. Estos establecimientos servían para llevar un control de los viajeros y de las mercancías, y, probablemente, para cobrar aranceles, pues el pago de estas tasas debía de proporcionar jugosos ingresos al Imperio parto. Ingresos que, como se puede suponer, los mercaderes no estaban precisamente encantados de proporcionar.

Comentaba Estrabón, a finales del siglo I a. C., que muchos

comerciantes renunciaban al agradable camino junto al río y a las facilidades proporcionadas por la administración parta, y se arriesgaban a tomar la ruta a través del desierto, a tres jornadas al oeste del Éufrates. Ese camino estaba en manos de tribus nómadas, gentes peligrosas e impredecibles, pero que permitían el paso a las caravanas si pagaban un tributo. Aunque este «peaje» dependía del capricho del jefe tribal de turno, debía de ser bastante más moderado que el que reclamaban las autoridades de Mesopotamia. Con el tiempo, el volumen del tráfico por esta ruta alternativa se incrementó de tal manera que los nómadas dejaron de lado sus rebaños de camellos para convertirse en solícitos guardaespaldas y posaderos, actividades que les proporcionaron la ocasión de aprender, de primera mano, los secretos del comercio. Quién iba a pensar que aquellos rústicos pastores acabarían construyendo un impresionante imperio mercantil.

Estas tribus nómadas del desierto sirio no solo escamoteaban ingresos a la hacienda parta, también tenían lealtades cambiantes y, a veces, se ponían de parte del vecino Imperio romano que, desde el siglo I a. C., dominaba la costa del Levante mediterráneo y la región de Siria. Los partos no solo intentaron controlar el tráfico mercantil a lo largo de las orillas del Éufrates, también les preocupaba garantizar la seguridad de esas tierras, que constituían la frontera de su imperio frente a los nómadas y las legiones romanas. Así que, además de construir paradas de posta destinadas a los funcionarios y los mercaderes, amurallaron las ciudades que se encontraban a las orillas del Éufrates y sembraron los caminos con fuertes dotados de guarniciones. Esta frontera del desierto, permeable y peligrosa, continuaba hacia el noroeste, aguas arriba, a lo largo de todo el curso del río, hasta un punto en el que el valle de Mesopotamia cedía su lugar a las tierras altas de Siria. Aquí los dos archirrivales, el Imperio parto y el Imperio romano, se contemplaban el uno al otro en un curioso lugar a orillas del Éufrates ocupado por dos ciudades gemelas.

A finales del siglo IV a. C., Seleuco I Nicátor, el fundador del Imperio seléucida, quiso asegurarse el control de un vado estratégico, situado junto a una isla en el curso alto del Éufrates. Para ello, mandó construir dos ciudades, una a cada lado de la corriente. La de la orilla derecha, al oeste, recibió el nombre del rey, y era conocida como «Seleucia junto al Éufrates», para distinguirla de la recién fundada capital del imperio, «Seleucia junto al Tigris», de la que ya hemos hablado. La de la orilla izquierda, en el lado este del río, se llamó Apamea, en honor de la primera esposa de Seleuco I y madre de su heredero, la princesa Apama de Sogdiana. Doscientos cincuenta años más tarde, el 64 a. C., la ciudad de la orilla occidental, Seleucia junto al Éufrates, cayó en la órbita de la República romana. A partir de este

momento, el nombre de la localidad cambió por el de Zeugma, un topónimo que podría traducirse como «Puente de Barcas» —sabemos que, efectivamente, había un puente de madera sobre el Éufrates—, y el curso del río, con las dos ciudades gemelas, Zeugma y Apamea, una en cada orilla y perteneciente a cada imperio, se convirtió en la frontera entre los partos y los romanos.[57]

La ruta descrita por Isidoro de Cárax terminaba —o empezaba, según se mire— en Zeugma, la ciudad romana. Este era un bullicioso enclave, atestado de soldados, oficiales, funcionarios y también de mercaderes, y contaba con un gran edificio de aduanas y un puesto de control donde se supervisaba a todo aquel que entraba y salía del Imperio romano y del Imperio parto. Las cualidades mercantiles del enclave eran evidentes, porque desde Zeugma había poco más de 200 kilómetros y una semana de camino hasta Antioquía, la capital de la provincia romana de Siria. Como veremos más adelante, Antioquía podía contarse entre las grandes urbes del Mediterráneo, porque, a pesar de ser una ciudad de interior, tenía un puerto de mar muy cercano y estaba muy bien comunicada con el resto del Imperio romano. Los mercaderes que llegaban allí desde Zeugma podían disfrutar de una ruta segura y bien abastecida que contaba con todas las comodidades que la administración romana podía proporcionar.

Sin embargo, en Siria el centro más dinámico del comercio con Oriente no estaba en Antioquía, la sede de las autoridades romanas, sino en un lugar sorprendente, cientos de kilómetros al sur, en un oasis sembrado de palmeras datileras. El porqué de esa contradicción merece un capítulo aparte.

LA ENCRUCIJADA EN EL DESIERTO

Contaba Flavio Josefo, un escritor judeorromano que vivió en el siglo I d. C., que, durante su reinado, el rey Salomón se adentró en el inhóspito desierto de Siria y tomó posesión de aquellas soledades. Para consolidar su dominio, Salomón decidió fundar una gran ciudad en un oasis, el único lugar en el que había fuentes y pozos de agua dulce. El gran rey de Israel llamó a su ciudad Tadmor, pero los griegos, que llegaron mucho tiempo después, le dieron el nombre de Palmira.

Flavio Josefo acertaba en casi todo. Efectivamente, la ciudad era inseparable del oasis, el único lugar habitable en medio de un enorme desierto. También era verdad que el nombre original de la localidad era Tadmor y que fueron los helenos los que comenzaron a llamarla Palmira. Los dos nombres guardaban bastante relación entre sí. Tadmor provenía, probablemente, del término *tamr*, «palmera datilera», y debía de hacer referencia a la abundancia de estas plantas leñosas en el oasis. Como cabría esperar, se trataba de un topónimo muy habitual. Tampoco se equivocaba el escritor hebreo al ponderar la antigüedad del enclave —el rey Salomón vivió en el siglo X a. C.—, pues parece que la existencia de algún tipo de asentamiento en el lugar se remontaba al segundo milenio a. C. En lo único en lo que erraba Flavio Josefo era en la identidad de su fundador. El sabio Salomón no había tenido nada que ver con el asunto. A diferencia de tantas localidades de la región, Palmira no surgió por voluntad de un rey extranjero, sino gracias a la iniciativa de sus propios habitantes. Fueron los nómadas del desierto los que escogieron el oasis para fundar una de sus escasas ciudades, y lo hicieron no por sus limitados beneficios agrícolas o ganaderos, sino por su extraordinario potencial comercial.

Los dueños de Palmira eran aquellos pastores de camellos de los que se habló en el capítulo anterior, que vivían en el desierto sirio, una enorme región de planta vagamente triangular entre el golfo Pérsico, el Éufrates y Siria. Aunque se le da el calificativo de «desierto», se trata más bien de una estepa, en la que las lluvias invernales permiten el nacimiento de una escuálida vegetación y donde, en lugar de dunas de arena, hay grandes llanuras resecas cubiertas de grava y matojos. Este territorio se encontraba, en el siglo I a. C., en la frontera entre el Imperio romano y el Imperio parto. Las lealtades de los nómadas basculaban entre los dos imperios, pero siempre considerando sus propios intereses, que habían empezado a guardar relación con el

tráfico comercial que atravesaba la zona.

Al principio, asaltaban sin miramientos las caravanas de los comerciantes que, por un motivo u otro —la guerra entre los romanos y los partos, el pago de aranceles…— tomaban la solitaria ruta del desierto. Después, los líderes tribales se dieron cuenta de que cobrar peajes a los mercaderes era más rentable y, sobre todo, daba mucho menos trabajo. Aunque tener que negociar derechos de paso con cada una de las tribus propiciaba todo tipo de imprevistos y confusiones, y siempre existía el riesgo de que algún jefe impaciente volviera a las antiguas costumbres de saqueo, de algún modo el interés mutuo hizo que caravaneros y nómadas acabaran por entenderse. Las rutas del desierto se hicieron más seguras y transitables, y a medida que el tráfico se incrementaba, lo hacían también las oportunidades de negocio.

Los movimientos del comercio se adaptaban bien a los ritmos de los pastores de camellos: mientras estaban en sus pastos de invierno, al sur, los rebaños podían esperar la llegada de mercancías y conducirlas hasta los oasis al norte de Palmira, donde se encontraban los pastos de verano. Los camellos se convirtieron en las bestias de carga perfectas, y se alquilaban por cientos a los caravaneros. Además, los nómadas conocían la ubicación de los oasis y los pozos de agua dulce, de los trayectos más seguros y de los secretos de la supervivencia en aquellas tierras inclementes. Estas informaciones se pagaban caras en el desierto, así que los antiguos pastores acabaron convertidos en guías, escoltas armadas e incluso posaderos, ofreciendo un precario alojamiento en sus tiendas de pelo de cabra. Y al final, después de años de ver pasar riquezas ante sus ojos, algunos debieron de pensar que si los timoratos mercaderes a los que ofrecían sus servicios eran capaces de enriquecerse con el tráfico mercantil, también podían hacerlo ellos. Los nómadas empezaron entonces a enviar sus propias caravanas, y fue así como Palmira, el oasis que utilizaban como parada principal de abastecimiento, se convirtió en un centro del comercio internacional.

La actividad mercantil revolucionó la sociedad palmirena. Aunque el lugar era un oasis, su potencial agrícola era limitado. No abundaba en tierra fértil y el agua disponible era suficiente para el consumo, pero no permitía la construcción de grandes regadíos como en otros oasis de la Ruta de la Seda. Muchos de los productos de primera necesidad —frutas y verduras, metales…— llegaban a Palmira con las mismas caravanas que atravesaban el desierto cargadas de ánforas helenas, seda china o cerámica parta, y la dificultad para conseguir materias primas limitaba la posibilidad de instalar manufacturas. La única ocupación realmente rentable de Palmira era el comercio. La ciudad ocupaba un cruce de caminos, casi perfecto, en el gran

recorrido que, de este a oeste, comunicaba el valle del Tigris y el Éufrates con el Mediterráneo; pero también en la ruta que, de norte a sur, conectaba las tierras altas de Mesopotamia, el valle de Egipto y los desiertos de Arabia. Esta condición de encrucijada rezumaba por todas partes en el oasis: sus dioses eran fruto del sincretismo religioso, sus habitantes se expresaban en griego y en palmireno (una variante local del arameo), y su cultura era profundamente mestiza, una mezcla indescriptible de formas helenas, egipcias y mesopotámicas que se fusionaban con la tradición local. Además, el carácter resguardado del oasis, rodeado de desiertos y accesible solo para las tribus que conocían los secretos de la arena, contribuía a su seguridad.

A mediados del siglo I a. C. ya se había levantado en el corazón de la ciudad un gran caravasar, y unas décadas más tarde, en torno a los años 10-11 d. C., los palmirenos comenzaron a cobrar una tasa sobre los camellos, el animal que sostenía las rutas comerciales. Para entonces, cuando la Ruta de la Seda entraba en su primer gran momento de esplendor, Palmira se había convertido en un gigantesco negocio especializado en la distribución de mercancías de lujo al Mediterráneo, y sus dueños, los humildes pastores del desierto, en habilísimos comerciantes dirigidos por los «protectores de las caravanas», un puñado de familias que contaba con delegaciones en las grandes plazas mercantiles de Mesopotamia, Arabia y el mar Rojo.

La principal red de comercio de los clanes de mercaderes palmirenos se extendía hasta las capitales de Seleucia y Ctesifonte, en la cuenca del Tigris, y, sobre todo, hasta el puerto de Charax Spasinou, junto al golfo Pérsico. Este lugar albergaba la colonia más nutrida de comerciantes de Palmira, y debía de ser aquí donde estos realizaban la mayor parte de sus operaciones de compraventa. Pero, conscientes de que el número de intermediarios era indirectamente proporcional al margen de beneficios, algunas familias de comerciantes fueron capaces incluso de vencer el tradicional rechazo de las gentes del desierto a la terrorífica masa del mar y enviaron barcos desde el extremo meridional de Mesopotamia hasta las costas de Arabia y la India. Aquí, en los enclaves comerciales de Barbaricum y Barigaza, era posible adquirir preciadas sedas chinas y olorosas especias del subcontinente indio.[58]

Las mercancías que fluían desde todos estos remotos lugares podían transportarse directamente en caravanas a través del desierto: el trayecto desde Charax Spasinou hasta Palmira se completaba en apenas un mes. Otra alternativa era enviar los productos en barcazas que remontaran la corriente del Éufrates, evitando, eso sí, las ciudades gemelas de Zeugma y Apamea. Aquí había demasiada vigilancia y, sobre todo, aduanas repletas de funcionarios de los tesoros romano y parto. Los comerciantes del desierto preferían establecer sus

delegaciones en la cuenca media del río, donde había varias localidades (Dura Europos, Hit, Ana…) dotadas de buenos puertos fluviales en las que podían descargarse los productos para acomodarlos a los lomos de las largas caravanas de cientos, quizás miles, de camellos. Los palmirenos habían criado rebaños de estos animales durante siglos, y sabían conducirlos con sorprendente profesionalidad a lo largo de los 250 kilómetros que separaban la cuenca del Éufrates del oasis de Palmira. El viaje duraba entre una y dos semanas, se hacía bajo la dirección de guías expertos acompañados de escolta armada, y transcurría a través de rutas vigiladas por los nómadas del desierto, dotadas incluso de pequeños puestos de avituallamiento.

En el oasis se comerciaba con esclavos, sal, seda, vidrio, especias, perfumes, marfil y un sinfín de mercancías y productos de primera necesidad. Durante un tiempo, los palmirenos se reservaron los beneficios de este intercambio en exclusiva, escapando al control de romanos y partos. Los escurridizos beduinos habitaban tierras remotas y fronterizas, y su centro de negocios, Palmira, estaba rodeado de desiertos controlados solo por ellos. Pero era muy difícil que un lugar así esquivara eternamente las ambiciones de sus poderosos vecinos, y Palmira quedó incorporada a los dominios de Roma en algún momento a finales del reinado de Augusto (27 a. C.-14 d. C.) o comienzos del de Tiberio (14-37 d. C.). En cuanto el Imperio romano se hizo con el control de la ciudad, sucedieron dos cosas. Los hábiles jinetes palmirenos fueron incorporados al ejército como una especie de policía del desierto, encargada de vigilar la frontera con los partos, y agentes del fisco se apostaron en las puertas del oasis. Todas las caravanas que se aproximaban a Palmira comenzaron a encontrarse con un funcionario bien pertrechado de tablillas de cera que se aseguraba de recaudar para la hacienda imperial el 25 por ciento de todos los bienes que penetraban en los dominios de Roma. Este despliegue administrativo merecía la pena. En un momento difícil de precisar, a lo largo del Alto Imperio, un recaudador de impuestos anotó en los muros de una tumba palmirena la cifra exacta con la que se encontraba trabajando en ese momento: 3.728 talentos, 16 minas, 5 tetradracmas, 1 dracma y 2 óbolos. La precisión de la cifra revela que debía de tratarse de un funcionario muy escrupuloso, aunque un tanto peculiar: para alivio de los familiares y desgracia de los investigadores, no todo el mundo utilizaba las paredes de los mausoleos como libro de cuentas. Trasladada a sestercios, la cifra de la inscripción alcanzaba unos 90 millones y podía referirse, bien a la cantidad sobre la que se debía aplicar la tasa del 25 por ciento, lo que proporcionaría a la hacienda romana unos 22 millones, bien al montante del propio impuesto, lo que significaría que ese mes habían

entrado en Palmira mercancías que valían cuatro veces más, esto es, 350 millones de sestercios. A modo de comparación, Plinio el Viejo se lamentaba, a mediados del siglo I d. C., de que los romanos despilfarraban al año 100 millones de sestercios en mercancías de China, la India y Arabia.[59]

En contra de lo que pudiera parecer, la presencia romana en el oasis no limitó los beneficios de sus mercaderes; al contrario, propició el inicio de su período de mayor esplendor. Los palmirenos recibieron un estatus similar al de otras ciudades caravaneras de la región, y disfrutaron de cierta autonomía para negociar sus propios acuerdos comerciales, incluso aunque trataran con enemigos, como el Imperio parto. Fueron las riquezas acumuladas durante la época romana las que pagaron el gran templo de Bel, la principal divinidad del oasis, que terminó de reconstruirse en el año 32 d. C., el santuario de Nabu, el dios babilonio de la sabiduría, o la famosa calle columnada de Palmira, que se empezó a construir a comienzos del siglo II d. C. En el año 130 o 131 d. C., la ciudad recibió la visita del emperador Adriano, en lo que debió de ser un viaje bastante tenso, pues lo acompañaba su esposa Sabina, y era bien sabido que el matrimonio no era feliz. Y esta excelente relación con el Imperio romano culminó a comienzos del siglo III d. C., durante la época de los Severos. Septimio Severo (193-211 d. C.), el fundador de la dinastía, provenía del norte de África, pero había contraído matrimonio con Julia Domna, una mujer de origen sirio, nacida en la vecina ciudad de Emesa (Homs), y muy vinculada a Palmira. Julia Domna ejerció un enorme ascendente sobre toda la dinastía y los Severos mantuvieron una relación muy estrecha con Siria, sus ciudades y sus dioses. Como resultado, Palmira y otras localidades de la región disfrutaron todavía de una mayor independencia comercial, además de recibir otros privilegios.

Pero el mundo del tráfico de mercancías de lujo era tan deslumbrante como cruel. Los beneficios de una sola caravana podían ser enormes, y bastaban un par de golpes de fortuna para hacer rica a una familia de comerciantes. Sus patriarcas se convertían en miembros de la elite palmirena y sus estatuas se colocaban en el ágora junto a las de los emperadores y los gobernadores provinciales. En ningún otro lugar del Imperio romano los mercaderes disfrutaban de un prestigio y de una consideración semejantes. Dirigían los destinos de la ciudad, hacían generosos donativos a los dioses para pedir que sus caravanas regresaran sanas y salvas, y construían enormes tumbas, donde las mujeres se retrataban cargadas de joyas y los miembros del clan se enterraban acompañados de preciosas telas de seda china.[60] Estas grandes fortunas se reinvertían rápidamente en nuevas aventuras comerciales, porque la pertenencia a la aristocracia mercantil proporcionaba acceso a las expediciones más ambiciosas, aquellas que

se dirigían a lugares lejanos, como las costas de Arabia y de la India.

Sin embargo, las empresas más rentables eran también las más peligrosas. A veces los barcos se hundían, estallaba una guerra que cerraba las fronteras o una banda de ladrones robaba la valiosa mercancía. Las familias podían recuperarse de un infortunio de esta naturaleza, pero era raro que consiguieran sobrevivir a varios. Bastaba un par de generaciones para que los signos del declive se hicieran evidentes: el clan comenzaba por alquilar sus espacios en el mausoleo familiar a miembros ajenos a la dinastía y terminaba por desaparecer de la vida pública, reemplazado, sin muchas contemplaciones, por otros ambiciosos emprendedores a los que, por el momento, sonreía la suerte. Tal vez fue este carácter audaz de los palmirenos, su gusto por las apuestas fuertes, lo que propició la increíble aventura de Odenato y Zenobia de Palmira.

El último representante de la dinastía de los Severos fue el voluntarioso Alejandro Severo (222-235 d. C.), sobrino nieto de Julia Domna. Tras su asesinato, en el año 235 d. C., el Imperio romano se sumió en la mayor crisis de su historia. La política interior se convirtió en una interminable sucesión de homicidios, usurpaciones y guerras civiles, y en el exterior no había frontera que no estuviera amenazada por los bárbaros. Como las desgracias nunca vienen solas, en Oriente los partos fueron reemplazados por un nuevo imperio, los persas sasánidas, y estos comenzaron a atacar con energías renovadas los dominios de Roma. El caos era completo. A mediados de la centuria, el emperador Valeriano (253-260 d. C.), un hombre bastante capaz, trató de poner algo de orden. Solucionó los problemas más inmediatos y marchó, decidido, contra los persas sasánidas, que habían invadido la provincia de Siria. La campaña fue bastante breve: el 260 d. C., los sasánidas lo derrotaron en la batalla de Edesa y el desastre fue de tal magnitud que el propio Valeriano acabó prisionero.[61] Nada se interponía ya entre los sasánidas y las provincias del oriente romano salvo los palmirenos, las audaces gentes del desierto, que llevaban siglos vigilando aquellas fronteras a lomos de sus camellos.

Septimio Odenato provenía de una familia del oasis que había obtenido la ciudadanía romana de manos de algún miembro de la dinastía de los Severos, y debía de ser un político bastante hábil en el difícil arte de compatibilizar los intereses propios con los ajenos. No solo se había convertido en el hombre fuerte de Palmira, también es posible que los romanos le hubieran confiado el gobierno de la vecina provincia de Siria-Fenicia. Tras la derrota de Edesa, en medio del pánico, Odenato dio un paso más y se proclamó rey de Palmira, al tiempo que recibía de las autoridades imperiales el encargo de proteger las provincias orientales y vengar al desventurado Valeriano. Cumplió, con creces, las expectativas. Acompañado de sus habilísimos

arqueros montados, derrotó a los persas sasánidas y llegó hasta su capital, Ctesifonte, obligándolos a devolver los territorios conquistados y reinstaurando la seguridad de la frontera oriental. El alivio era tal que a nadie pareció importarle demasiado que Odenato se reservara el control del Levante mediterráneo entre Anatolia y el Sinaí, y comenzara a titularse «Rey de Reyes de Oriente». A fin de cuentas, las autoridades romanas tenían problemas más urgentes y Odenato dirigía los destinos de la región con bastante soltura. El rey palmireno mantuvo la ficción de la obediencia a Roma durante varios años, hasta que, a finales del 267 d. C., se sintió lo bastante seguro como para dar el paso de desligarse definitivamente de un imperio a punto de descomponerse. Calculó mal. Parece que estaba ultimando los detalles de su coronación cuando fue asesinado. Los magnicidas se esforzaron por no dejar cabos sueltos y mataron también al hijo mayor y heredero de Odenato. El reyezuelo oriental dejaba solo un niño pequeño, Valabato, y una viuda, Zenobia, cuyas vidas fueron respetadas porque no parecían suponer ninguna amenaza.

Según los historiadores romanos, que probablemente exageraban un poco, Zenobia era tan hermosa como inteligente. Tenía la tez morena y los ojos negros y vivaces, los dientes tan blancos que se confundían con perlas y la voz clara y semejante a la de un hombre —algo que le parecía elogioso al autor de la *Historia Augusta*—. Hablaba palmireno, egipcio, griego y hasta un poco de latín. Se rodeaba de filósofos, conocía la historia de los helenos y los romanos, e incluso redactó ella misma algún pequeño resumen. Por lo que se refería a sus costumbres, desde luego no eran las que entonces se consideraban propias de una mujer. Era tan casta que habría deseado permanecer soltera, y toleraba la unión con su esposo solo con el propósito de concebir. Administraba el erario con sabiduría, sin los despilfarros habituales en el sexo femenino. Caminaba junto a los soldados, montaba a caballo y le encantaba cazar. Bebía en público, acompañada de sus generales, y era capaz de desafiar en duelos alcohólicos a los persas y los armenios, a cuyos gobernantes tenía atemorizados con sus inesperados despliegues de resistencia etílica. Vivía con la pompa de un soberano oriental y utilizaba vasos tachonados de piedras preciosas que se decía habían pertenecido a Cleopatra, con la que Zenobia aseguraba, a quien le quisiera creer, que estaba emparentada. Y, aun así, todo esto no era lo más llamativo de su personalidad. Si Zenobia destacaba por algo, siempre según las fuentes, era por su fuerte carácter.[62]

Sin dejarse amedrentar por el asesinato de su marido y de su hijastro, Zenobia se proclamó regente del pequeño Valabato y mantuvo para él los títulos de su padre. Alternando firmeza y generosidad, consiguió ser reconocida por los palmirenos, a los que gobernaba con sabiduría. Reactivó las campañas contra los persas y se

atrevió a atacar con éxito provincias del Imperio romano que todavía no le pertenecían, como Egipto. Tras una serie de sorprendentes victorias militares, llegó a apoderarse de un territorio que iba desde Anatolia hasta el valle del Nilo, con capital en Palmira. Zenobia comenzó entonces a emitir sus propias monedas y a presentarse vestida de púrpura, a la manera de los emperadores romanos. Para el 272 d. C., cinco años después del asesinato de su marido, un nuevo reino había surgido en torno a las prósperas rutas mercantiles que recorrían el extremo occidental de los caminos de la seda. El curso de la historia parecía a punto de tomar un rumbo extraño y desconocido.

«Ya no quedaba ningún pudor», comentaba, desbordado por los acontecimientos, un historiador romano, si hasta las mujeres, incluso las extranjeras, eran capaces de gobernar de forma brillante. La situación era inaceptable para las autoridades imperiales, y Zenobia tuvo la mala fortuna de coincidir con uno de los emperadores más capaces del siglo III: Aureliano (270-275 d. C.), el Restaurador del Mundo. El nuevo monarca era un antiguo soldado, originario de los Balcanes, que había ascendido al poder desde lo más bajo. Derrotó al resto de candidatos al trono, venció a los bárbaros en el Rin y el Danubio, esquivó varios intentos de asesinato y, una vez pacificado Occidente, estuvo en condiciones de hacer frente al gran problema del imperio: Zenobia, la reina de Palmira. Uno tras otro, los ejércitos de Zenobia fueron cayendo ante los generales de Aureliano, que recuperó el control de las provincias orientales y comenzó a acercarse peligrosamente al oasis de Palmira. Tras saber de la caída de Emesa (Homs), Zenobia no esperó más. Huyó junto a su hijo Valabato en camello, atravesando el desierto, confiando en poder ganar el Éufrates y obtener refugio en la corte de los persas sasánidas. Sin embargo, madre e hijo fueron alcanzados por un rapidísimo escuadrón de caballería enviado por Aureliano con la única instrucción de capturarlos vivos y conducirlos a su presencia.

La reina de Palmira fue trasladada a Roma y exhibida en uno de los triunfos más fastuosos celebrados jamás en la capital imperial. Zenobia iba tan cargada de joyas y cadenas de oro que apenas podía caminar, y tenía que ser arrastrada por un bufón persa. Se cuenta que Aureliano, el único monarca que pudo derrotarla, le preguntó: «¿Por qué, Zenobia, te has atrevido a desafiar a los emperadores romanos?». Y que ella respondió: «Solo a ti, que has vencido, te reconozco como emperador (…), a los demás príncipes no los consideré tales».[63]

Cuando el viajero dejaba atrás la hermosa calle porticada de Palmira, ya solo le restaba alcanzar los puertos del Mediterráneo, desde donde las mercancías de Oriente podían ser redistribuidas con facilidad al resto del orbe. Había varios caminos que conducían hasta el mar, pero las rutas más evidentes eran dos: una septentrional y otra meridional. El primer recorrido debía de abandonar el oasis en dirección noroeste, hacia la costa norte de Siria. En esa dirección se encontraban la ciudad de Emesa (Homs) y, sobre todo, Antioquía (hoy Antakya, en el extremo meridional de Turquía), situada a unos 340 kilómetros y apenas diez días de marcha desde el oasis de Palmira.

Al igual que tantos enclaves de los caminos de la seda, Antioquía era una creación helena. Había sido fundada en torno al año 300 a. C. por Seleuco I Nicátor, el primer soberano del Imperio seléucida. Este se había asegurado el dominio de Mesopotamia gracias a nuevas localidades como Seleucia junto al Tigris, Zeugma o Apamea, y cuando arrebató Siria al intrigante Antígono I Monóftalmos, uno de sus principales rivales, quiso consolidar el control de una región tan estratégica con la fundación de nuevas colonias, entre las que destacó una a la que dio el nombre de su padre, Antíoco, y a la que, para distinguirla de otras con el mismo nombre, se daba el apelativo de «Antioquía junto al Orontes». La precisión no era baladí, porque este pequeño río jugó un papel esencial en la elección de la ubicación de la nueva ciudad.

El Orontes era un curso fluvial de aspecto decididamente humilde. Nacía en el valle de la Bekaa y obtenía su agua de dos fuentes, situada una en la cordillera del Líbano y la otra en el Antilíbano. Desde aquí fluía hacia el norte, en línea recta, paralelo a la costa del Mediterráneo, empujado por las alturas de la cordillera litoral de Siria, que lo separaba del mar. Pero, tras unos 400 kilómetros, se topaba con las alturas del monte Amanus (hoy montañas Nur), en el extremo meridional de la cordillera del Tauro, y variaba su curso hacia el suroeste para desembocar, poco más de 20 kilómetros después, en el Mediterráneo. El Orontes era poco profundo para la navegación, demasiado estrecho y fácilmente vadeable para constituir una frontera disuasoria, y no llevaba agua suficiente para establecer grandes canales de regadío. Pero, aun así, era el río más caudaloso de la región, estaba rodeado de tierras ubérrimas, discurría a lo largo de una llanura entre montañas que se utilizaba como una gran arteria de comunicación y en sus orillas se habían decidido los destinos de

naciones enteras.[64]

En el lugar en el que el Orontes, obligado por las cumbres del Amanus, variaba su curso y comenzaba a fluir hacia el suroeste, comenzaba un valle delicioso, rodeado de altas montañas al sur y al norte, pero sembrado hacia el suroeste de verdes colinas que, dulcemente, descendían hasta el mar. El agua era abundante, la tierra fértil y el clima templado, las montañas proporcionaban madera y piedra, las laderas de las colinas estaban sembradas de vides y las llanuras, cuajadas de olivos. A la entrada del valle, el Orontes se encontraba con uno de sus principales tributarios, el Kara Su, cuyas aguas drenaban un lago cercano (el Amik, hoy seco) y eran célebres por su abundancia de peces. Fue en ese paradisíaco lugar donde Seleuco I Nicátor fundó la ciudad a la que dio el nombre de su padre: Antioquía junto al Orontes.

La Antioquía helenística debía de ser una ciudad magnífica, de la que, por desgracia, apenas conservamos restos. Se levantaba en la orilla izquierda del río y tenía un trazado hipodámico, con grandes avenidas rectilíneas. En el centro de la localidad, en el punto donde se cruzaban las calles principales, había una piedra, semejante a un betilo, a la que llamaban el Omphalos, el «Ombligo del Mundo», y que a su vez estaba coronada por una estatua del dios Apolo, divinidad protectora de los reyes seléucidas.[65] La rodeaban magníficas murallas —se decía que Seleuco había utilizado elefantes para levantarlas— y contaba con una ciudadela construida en una pequeña isla sobre el Orontes, al norte de la ciudad. Aquí se encontraba el palacio de los soberanos seléucidas, que acabaron convirtiendo Antioquía en la capital de su imperio, reemplazando a Seleucia del Tigris. Los reyes helenísticos se encontraban más cómodos a orillas del Mediterráneo que en el corazón de Mesopotamia, donde la herencia de sus civilizaciones milenarias estaba todavía demasiado presente.

El Imperio seléucida se derrumbó en el siglo II a. C., debilitado por las luchas internas y destrozado por la conquista parta. Sus últimos soberanos se refugiaron en sus amadas ciudades sirias, y aquí consiguieron sobrevivir durante varias décadas, hasta que su reino se redujo a los alrededores de la ciudad de Antioquía y la región fue incorporada a los dominios de Roma por Pompeyo en el 63 a. C. El general romano había llegado a Oriente con un propósito muy diferente. A mediados del siglo I a. C. la República romana era dueña de casi todas las costas del Mediterráneo. El tráfico de mercancías en el Mare Nostrum se había incrementado notablemente, y con ello la interdependencia entre las distintas regiones del Imperio, cada vez más necesitadas de los bienes que se intercambiaban por vía marítima. Sin embargo, a medida que aumentaba el número de barcos mercantes, también lo hacía el de piratas. Los ladrones del mar eran

una plaga que afectaba a todo el Mediterráneo, pero sus principales guaridas se encontraban en la costa de Cilicia, al sur de Anatolia, desde donde hostigaban a los mercaderes que viajaban entre Roma, el Levante mediterráneo y Egipto. Cuando los ataques comenzaron a dificultar la llegada de grano a Roma y la plebe de la urbe empezó a agitarse por la subida del precio del pan, las autoridades republicanas supieron que había llegado el momento de tomar cartas en el asunto.

En el 67 a. C., Pompeyo recibió cientos de trirremes, miles de soldados y un mando extraordinario sobre las costas del mar con un único encargo: acabar con la amenaza de los piratas. El general cumplió con creces la misión que se le había encomendado. En apenas unos meses, los piratas fueron exterminados y sus bases destruidas, pero a pesar de haber hecho méritos para celebrar un triunfo, Pompeyo no regresó a Roma. Decidió aprovechar sus poderes extraordinarios para poner orden en el Mediterráneo oriental, donde las nuevas provincias romanas, los reinos vasallos y los estados helenísticos, como el Imperio seléucida y el Egipto ptolemaico, llevaban años sumidos en una confusión considerable. En apenas un trienio, entre el 66 y el 63 a. C., Pompeyo recorrió la región, pacificó las provincias, aseguró la lealtad de los vasallos y terminó con lo poco que quedaba del Imperio seléucida, convirtiendo sus últimos dominios en la provincia romana de Siria, y la antigua residencia de los reyes, Antioquía, en la nueva capital provincial.

La estancia de Pompeyo en el Mediterráneo oriental fue decisiva para la Ruta de la Seda. A partir de este momento, el mar fue más seguro, lo que favoreció el tráfico marítimo, también para las mercancías de lujo. Además, el Levante mediterráneo quedó prácticamente en manos romanas, propiciando una mayor apertura a Oriente y facilitando el intercambio de productos de todo tipo con Mesopotamia y el Índico. En este nuevo mundo que comenzaba a surgir, Antioquía jugaba un papel destacado. Como capital de una de las provincias más importantes del Imperio, era la sede de la administración y la residencia de un gobernador romano de rango consular. Como una de las puertas de Oriente, se convirtió en un importante centro de comercio, tanto regional como internacional. Tras la conquista llegó rápidamente un contingente de itálicos: comerciantes, representantes de compañías mercantiles, prestamistas y funcionarios de la hacienda romana que, probablemente, cobraban aquí, como en las cercanas Zeugma y Palmira, la tasa del 25 por ciento sobre los bienes importados. La ciudad debía de ser muy bulliciosa y se sabe que, a mediados del siglo IV d. C., tenía todavía 400.000 habitantes. Las columnatas que flanqueaban las avenidas principales se habían adornado con estatuas y relieves de bronce cubiertos de oro. Las calles del centro estaban repletas de talleres,

donde los artesanos trabajaban de día y de noche, alumbrados por la iluminación que sufragaban tanto los poderes públicos como los particulares. Sus posadas eran célebres por el refinamiento de sus instalaciones y la localidad abundaba en todo tipo de diversiones. Se habían construido un anfiteatro y un hipódromo, termas y basílicas, y un templo dedicado a las ninfas donde era frecuente ver a novios contrayendo matrimonio. Se decía, además, que en sus mercados podía comprarse y venderse cualquier cosa, y el puerto fluvial de la ciudad rebosaba de tal manera de barcos y mercancías que hasta las mujeres y los niños participaban en los trabajos de los estibadores.[66]

Antioquía no era una ciudad costera, pero sí que podría decirse que tenía un puerto de mar. Desde su emplazamiento hasta la costa de Siria había unos 25 kilómetros, que podían ser recorridos con cierta comodidad gracias a que, a partir de este punto, el Orontes, engrosado por las aguas del Kara Su, se volvía navegable para barcos de pequeño calado. Al final del valle, a orillas del Mediterráneo, unos 10 kilómetros al norte de la desembocadura del río, Seleuco I había fundado una segunda colonia, Seleucia Pieria. Las rectas costas de Siria no ofrecían ensenadas naturales, pero los soberanos helenísticos excavaron un puerto artificial que estaba unido con el mar a través de un canal. Las dos localidades del valle, Antioquía y Seleucia, nacieron con apenas un mes de diferencia, la distancia que las separaba se salvaba en una mañana si se caminaba a buen paso y eran inseparables la una de la otra: Antioquía contaba con caminos que la conectaban con Oriente, agua dulce y tierras de labor, mientras que Seleucia proporcionaba un puerto de mar desde el que se podían alcanzar todas las costas del Mediterráneo.

Los navíos completaban el pequeño trayecto fluvial entre las dos ciudades en menos de una jornada. Sin embargo, el recorrido no era del todo cómodo. Las colinas que separaban Antioquía del mar obligaban al río a describir meandros y a atravesar una estrecha garganta llena de rápidos. Además, el puerto interior de Seleucia, excavado en una llanura junto al mar, tendía a colmatarse a causa de los sedimentos arrastrados por los arroyos que bajaban de las montañas. Parece que fue durante los reinados de Vespasiano (69-79 d. C.) y Tito (79-81 d. C.) cuando las autoridades romanas usaron ingenieros legionarios y prisioneros judíos para emprender un gigantesco programa de obras públicas que solventara estos problemas. Se realizaron trabajos en el lugar en el que el Kara Su unía su corriente al Orontes, y también en la zona de la garganta, donde los rápidos amenazaban el casco de los barcos, para mejorar las condiciones de navegabilidad. Y, sobre todo, se excavó una gigantesca canalización que desviaba hacia el mar el agua de un arroyo que amenazaba con colmatar el puerto de Seleucia con sus sedimentos.

Esta última obra, conocida como el Túnel de Tito, era impresionante. La galería tenía unos 1.380 metros. Durante la mayor parte de su trazado adoptaba la forma de un estrecho desfiladero artificial, pero en cierto punto horadaba las colinas con un enorme túnel de 130 metros de largo, 6 de ancho y 7 de alto, preparado para soportar las crecidas del arroyo. Si se excluyen las grandes murallas fronterizas y las calzadas, estos proyectos en el Orontes y Seleucia Pieria fueron dos de las obras de ingeniería más ambiciosas llevadas a cabo por Roma en provincias, y revelan la importancia que tenían para el imperio Antioquía y el puerto de Seleucia.[67]

Estas dos localidades ofrecían el destino más inmediato para las mercancías que abandonaban Palmira. Pero desde este oasis también era posible tomar un segundo camino, que abandonaba la ciudad hacia el suroeste y llegaba a Damasco en apenas una semana. Al igual que Palmira, Damasco era una encrucijada de caminos. Desde su emplazamiento se alcanzaban con comodidad los puertos de la costa fenicia, hacia el oeste, o se podía recorrer el llamado Camino del Rey, a través de la actual Jordania, y adentrarse en los confines septentrionales de Arabia siguiendo la Ruta del Incienso. Sin embargo, muchas de las caravanas que abandonaban Damasco continuaban su periplo por una tercera ruta, hacia el suroeste: atravesaban el Sinaí y se dirigían al delta del Nilo hasta llegar al enclave principal de la Ruta de la Seda en el Mediterráneo, probablemente el verdadero punto terminal del recorrido en la Antigüedad y uno de los nodos comerciales más importantes de la historia: Alejandría.

Alejandría había sido fundada por Alejandro en el 331 a. C. con el propósito de reemplazar a Tiro, el gran puerto fenicio, que había sido arrasado por el macedonio unos meses atrás. Por eso, el emplazamiento de la colonia se escogió con mucho cuidado, en un lugar bien abastecido de agua dulce, con un puerto profundo y resguardado, y conectado al Nilo por el brazo Canopo del delta. El resultado, decían los viajeros, tenía la forma de una clámide griega: una lengua de tierra que describía un rectángulo casi perfecto, con el Mediterráneo al norte y el lago Mareotis al sur. Una vez elegido el lugar, tal y como se acostumbraba, Alejandro ordenó trazar los límites de la ciudad. Como carecían de tierra blanca, se utilizó harina, pero apenas habían terminado cuando un gran número de aves oscureció el cielo y, en unos instantes, devoró las largas líneas trazadas con la molienda. El rey macedonio, que era un hombre supersticioso, contempló el prodigio con horror y lo consideró un mal presagio. Sin embargo, sus adivinos se apresuraron a ofrecer una interpretación diferente: los dioses bendecían a la nueva ciudad, que abundaría en todo y sería fuente de sustento para las naciones. Por una vez, los augurios no se equivocaban. Tal y como se había profetizado,

Alejandría se convirtió en el principal puerto entre Libia y Fenicia, superando con creces a las grandes ciudades costeras del Líbano.

Sin embargo, la singladura por las aguas que rodeaban a la nueva ciudad no era del todo segura. Sin brújula ni instrumentos de navegación, los marineros se orientaban por los accidentes de la costa, pero en el delta del Nilo no había montañas ni acantilados, solo una interminable sucesión de marismas y desiertos, donde la tierra estaba tan baja que a veces parecía esconderse bajo el mar. Además, a causa de las corrientes, a lo largo de toda la costa septentrional de Egipto había una gran lengua de arena sumergida, invisible para aquellos que no conocieran bien aquel rincón del Mediterráneo. No eran pocos los que, creyendo haber escapado de los peligros del mar, se encaminaban hacia los muelles de Alejandría y naufragaban de repente al encallar sus barcos en la arena o estrellarse contra una doble fila de escollos, hundidos a poca profundidad junto a la bocana del puerto.

El primero en afrontar estos problemas fue Ptolomeo I Sóter (*ca.* 305-285 a. C.), el general de Alejandro que se había hecho con el control del valle del Nilo tras la muerte del rey macedonio. Ptolomeo I Sóter fue un gobernante frío y pragmático. Se enfrentó sin miramientos al resto de los generales helenos, supo gestionar la difícil convivencia entre los egipcios y los griegos, e inició una brillante dinastía de reyes helenos que gobernaría Egipto durante trescientos años. En el 285 a. C., ya anciano, Ptolomeo I se permitió uno de sus pocos gestos de sentimentalismo: asoció al trono a su hijo pequeño, Ptolomeo II, al que prefería sobre sus hermanastros de mayor edad, probablemente por el afecto que le unía a su madre. El joven príncipe era muy distinto a su padre. Había recibido una educación exquisita, dirigida por un discípulo de Aristóteles; le apasionaban la zoología y la geografía, y prefería dejar la guerra en manos de sus generales. Pero Ptolomeo II compartía dos cosas con su progenitor: el amor por las mujeres hermosas —Ptolomeo II pasó a la historia como Filadelfo (el que ama a su hermana) tras repudiar a su primera esposa y contraer matrimonio con su hermana mayor, Arsínoe— y el gusto por los proyectos ambiciosos. Ambos, padre e hijo, fueron los impulsores de la Biblioteca y el Faro de Alejandría.

Frente a la costa de Alejandría había una isla, llamada Pharos, que tenía unos 5 kilómetros de largo. A pesar de su pequeño tamaño, era célebre entre los griegos. Se contaba que Menelao había atracado en sus playas, de regreso de Troya, para realizar aguadas en sus pozos. Alejandro había soñado con ella cuando recorría las costas de Egipto buscando un lugar para fundar Alejandría. Y tras la instauración de la dinastía ptolemaica, Ptolomeo II Filadelfo la había usado para alojar a los setenta y dos sabios encargados de traducir los libros del Antiguo Testamento al griego con el fin de que pudieran engrosar los fondos de

su biblioteca. Pues bien, a comienzos del siglo III a. C., Ptolomeo II y su padre decidieron emplear un islote en el extremo occidental de Pharos para levantar un edificio de gran altura que rompiera la monotonía de la costa egipcia y revelara a los marineros una entrada segura al puerto de Alejandría. La torre tomó el nombre de la isla, Pharos, y fue así como la palabra faro ha llegado hasta nuestros días. La construcción, como todas las empresas de los primeros Ptolomeos, era formidable. Plinio señaló que las obras costaron 800 talentos, unas 33 toneladas de plata, una décima parte de todo el tesoro real. Con más de 100 metros de altura, se decía que el Faro de Alejandría podía ser visto por los barcos desde 50 kilómetros de distancia, a más de una jornada de navegación. Durante el día, servía de punto de referencia. De noche, permitía fondear a las naves al abrigo del edificio, y se decía que el fuego que estaba siempre encendido en la cima era tan brillante que, en la oscuridad, podía ser confundido con una estrella.

El Faro de Alejandría se convirtió pronto en objeto de admiración y de emulación: edificios similares comenzaron a levantarse por todo el orbe. Algunos lo incluyeron entre las Siete Maravillas de la Antigüedad, y los que pudieron contemplarlo de cerca, como Julio César, se asombraban de su altura y magnífica construcción. Pero el principal interés del edificio no residía en la belleza de sus formas o en lo impresionante de su tamaño. El Faro facilitó la navegación hasta la ciudad e hizo realidad el deseo de Alejandro; fue tras su construcción cuando Alejandría se convirtió en el gran puerto del Mediterráneo oriental. Los Ptolomeos también pusieron de su parte: para potenciar el papel de la colonia como centro de intercambio, en el distrito portuario las mercancías se vendían libres de impuestos. Para mediados del siglo I a. C., cuando Cleopatra VII, la última faraona ptolemaica, llevó a cabo los primeros trabajos de reparación en el Faro, comerciantes griegos, egipcios, romanos, judíos, sirios, palmirenos, árabes, persas, bactrianos e incluso indios intercambiaban en Alejandría productos agrícolas por exquisitas vasijas de cerámica, oro, perlas, incienso o huevos de avestruz.

El suicidio de Cleopatra y el fin de los Ptolomeos no pusieron fin al esplendor económico de la ciudad. Más bien al contrario. Una vez integrada en las vastas redes de comercio del Imperio romano, Alejandría desplegó, al fin, todo su potencial. A finales del siglo I d. C. el orador Dion Crisóstomo, en un emotivo discurso dirigido a sus habitantes, señalaba: «Vuestra ciudad es claramente superior en lo que se refiere a tamaño y ubicación, y ocupa el segundo lugar (después de Roma, claro) entre todas las que hay bajo el cielo. (…) No solo tenéis el monopolio de la navegación en todo el Mediterráneo por la belleza de vuestros puertos, el tamaño de vuestra flota y la abundancia de vuestros productos, llegados desde todas las tierras, sino que también

están a vuestro alcance las aguas exteriores, el mar Rojo y el océano Índico, nombres que rara vez se escuchaban en el pasado. El resultado es que el comercio, no solo de islas, puertos y algunos estrechos e istmos, sino de prácticamente todo el orbe, es vuestro. Porque Alejandría está situada en una encrucijada del mundo, al alcance incluso de las naciones más remotas del mismo, como si hubiera un único mercado al servicio de una única ciudad, y este mercado reuniera en un solo lugar a toda clase de hombres, permitiendo que se contemplaran los unos a los otros y que se convirtieran, en la medida de lo posible, en un pueblo de semejantes».[68]

Como revelaban las palabras de Dion, «el de la Boca de Oro», este increíble éxito comercial no se debía únicamente a las bondades del faro y del puerto marítimo. La ubicación de Alejandría era tan afortunada que esta era la única de las grandes paradas de la Ruta de la Seda que resultaba tan importante para el recorrido terrestre como para el marítimo. Los caminos que hemos descrito hasta ahora, las rutas que conectaban el valle del río Amarillo con las orillas del Mediterráneo, eran solo una parte de las vías por las que los productos de Oriente alcanzaban el Mare Nostrum. Había otras rutas, igual de importantes, donde los mercaderes no se enfrentaban al calor de los desiertos ni al viento gélido de las montañas, sino a algo mucho más terrorífico y peligroso: la inmensidad del mar.

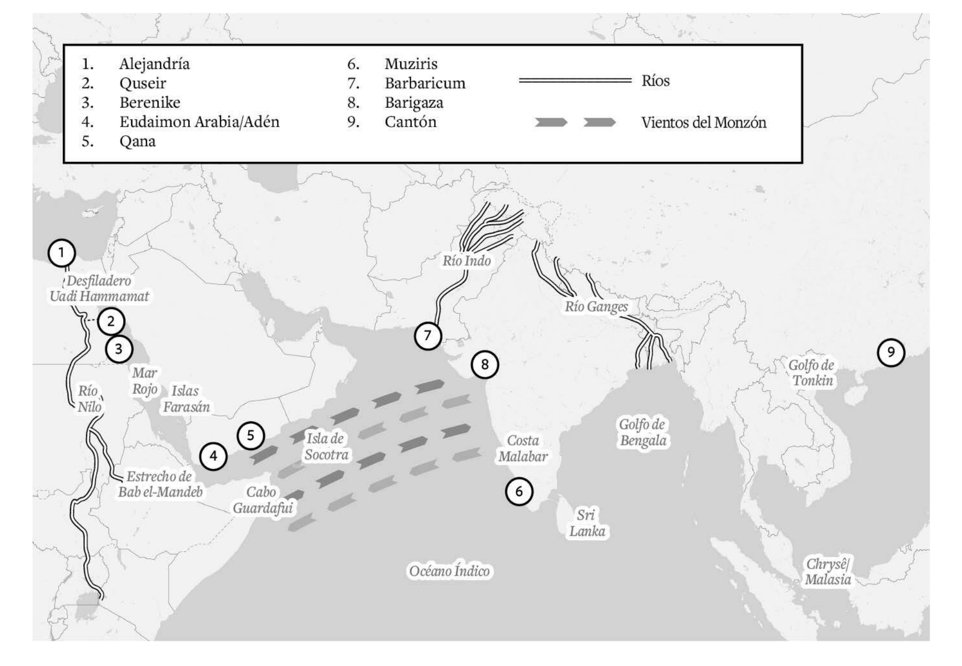
III

LAS OTRAS RUTAS

Las ciudades del Levante mediterráneo, como Palmira, Damasco o Alejandría, no solo eran valiosas porque constituían centros de comercio, sino también porque permitían conectar con caminos paralelos que se mezclaban con los recorridos más transitados de la Ruta de la Seda, creando una red de intercambios sorprendentemente densa. Estas otras rutas eran tan importantes como el recorrido que hemos dado en llamar, a efectos meramente organizativos, «principal», y este no se entiende sin aquellas. Estos caminos secundarios, dotados de personalidad propia, conectaban el subcontinente indio con Asia Central, la península arábiga con el Mediterráneo y Mesopotamia, y las estepas de Asia con los mares Negro y Caspio, tejiendo una inmensa tela de araña comercial que recorría Eurasia entera.

Contaba el filósofo, historiador y geógrafo Posidonio[69] que durante el convulso reinado del faraón Ptolomeo VIII Evergetés II (170-163 a. C. / 145-116 a. C.), los soldados que custodiaban la costa egipcia del mar Rojo se toparon con un barco naufragado. Cuando examinaron los restos, encontraron a un hombre a punto de morir de hambre. Al preguntarle su nombre y su lugar de origen, el náufrago respondió en una lengua extraña que nadie en Egipto fue capaz de descifrar. Se decidió entonces llevar a aquel hombre misterioso ante la presencia del rey Ptolomeo VIII, que ordenó que fuera puesto a cargo de alguien que le enseñara a hablar griego. Cuando el náufrago hubo aprendido suficiente como para comunicarse, contó a sus estupefactos interlocutores que provenía de la India y que un extraño infortunio había desviado su barco de su ruta, arrastrándolo a alta mar y conduciéndolo hasta las costas de Egipto.

Los sabios del monarca ptolemaico escucharon el relato con bastante escepticismo. Es cierto que tenían noticias de navegantes que habían viajado entre el valle del Indo y Mesopotamia, llegando incluso a las costas de Egipto. Sin duda, en la corte ptolemaica sabían de la expedición ordenada por el rey persa Darío I, a finales del siglo VI a. C., para conocer el punto en el que el río Indo desembocaba en el mar.[70] La misión se había encomendado a un hombre llamado Escílax de Carianda porque parecía alguien fiable, capaz de ofrecer noticias ciertas, alejadas de las fantasías que circulaban entonces acerca de esos lugares remotos.[71] Los expedicionarios surcaron las aguas del Indo, navegando río abajo, hasta llegar al mar. A continuación, presumiblemente ya en el mar Arábigo, pusieron rumbo oeste y terminaron arribando a las costas de Egipto tras un viaje que duró, al parecer, treinta meses. Y los egipcios también tendrían noticias de la expedición de Nearco, el almirante cretense de Alejandro, que a finales del siglo IV a. C. había recorrido el valle del Indo para navegar a lo largo de la costa meridional de Persia, hasta llegar a la desembocadura del Tigris y el Éufrates. La travesía pudo realizarse sin especiales dificultades, pero fue percibida como una extraordinaria empresa de exploración por aguas en las que la navegación era casi imposible.



Las vagas noticias sobre estos viajes revelaban el escaso alcance del conocimiento que se tenía en el Mediterráneo de las costas situadas más allá de los Zagros. Estas limitaciones no solo se debían a la lejanía de los territorios, separados del área de influencia del Mare Nostrum por montañas y desiertos, sino también a las características de la navegación por el océano Índico. Si no se conocían las particularidades de las corrientes y los vientos en la región, era difícil realizar singladuras de alto alcance entre las costas africanas y el subcontinente indio. Esto se debía a que en el Índico el monzón soplaba desde el noreste hacia el sudoeste durante los meses fríos del año, entre el invierno y la primavera, facilitando la navegación entre las costas de la India y las de África, pero dificultando que el camino pudiera realizarse en el sentido contrario. Sin embargo, al llegar la primavera, los vientos del monzón giraban y desde mayo a septiembre soplaban desde el sudoeste hacia el noreste. A lo largo de la estación cálida, la singladura hacia el este era sencilla. Los barcos podían separarse de la costa y navegar rápidamente por alta mar, impulsados por los vientos del monzón, hasta la costa suroccidental de la India. Esta circunstancia propiciaba que la navegación de larga distancia en aquellas aguas fuera estacional: el viaje desde las costas africanas a las indias debía hacerse preferentemente durante el verano, mientras que era conveniente postponer el regreso desde la India, facilitado por los vientos monzónicos, hasta el invierno.

Sabemos que los habitantes de las costas de Mesopotamia y la India —entre los que tal vez se contara el náufrago indio— conocían el régimen de vientos, y lo habían aprovechado para desarrollar

intercambios desde el segundo milenio a. C., pero de alguna manera se las habían ingeniado para mantener ese conocimiento oculto a los griegos que gobernaban los grandes estados del Mediterráneo oriental y Oriente Medio.[72] Los barcos que el Egipto ptolemaico enviaba para comerciar con Oriente se limitaban a recorrer el mar Rojo, cruzar el estrecho de Bab el-Mandeb, que lo separa del golfo de Adén y el mar de Arabia, y llegar hasta el puerto de Eudaimon Arabia (Arabia Felix, actual Adén, en Yemen, unos 170 kilómetros al este del citado estrecho). En Eudaimon Arabia, los mercaderes egipcios vendían su carga, compraban los productos árabes y las mercancías de Oriente a navegantes árabes o indios, y se daban la vuelta para remontar el mar Rojo hasta los puertos que los faraones habían construido en sus orillas.[73] Gracias a este riquísimo intercambio, Eudaimon Arabia —un lugar fascinante construido en el cráter de un volcán extinto— se había convertido en un auténtico nodo del comercio internacional y en una de las ciudades más opulentas de la península arábiga. No es de extrañar que los griegos le pusieran un nombre que podía traducirse como Arabia Próspera.[74]

Pero regresemos a nuestro náufrago. Al ver la desconfianza con la que eran recibidas sus palabras en la corte de Ptolomeo VIII, el indio decidió probar sus afirmaciones con hechos y propuso al monarca encabezar una expedición desde las costas del mar Rojo a las de la India. El ofrecimiento debió de resultar muy tentador para el faraón. Aunque Ptolomeo había querido pasar a la historia como un espléndido munificente —de ahí el sobrenombre de Evergetés II—, la población de Alejandría lo conocía con el apelativo de Fiscón (Barrigón), a causa de su sobrepeso y su aspecto desagradable. Su reinado estaba siendo un desastre. Había sido apartado del trono en dos ocasiones. Mandó matar, de formas particularmente poco consideradas, a varios de sus familiares directos y a numerosos opositores. Contrajo matrimonio sucesivamente con su hermana, Cleopatra II, y con su sobrina, Cleopatra III, y este peculiar trío familiar había combinado el incesto, los asesinatos, las traiciones y todo tipo de oscuras alianzas para mantenerse en el poder. Con su reino sumido en el caos a causa de sus intrigas, Ptolomeo VIII había sido derrotado por el Imperio seléucida, haciendo que Egipto perdiera el control sobre la mitad meridional de Siria, incluyendo las paradas caravaneras de Palmira y Damasco. El golpe fue tan doloroso para el comercio exterior egipcio como para el maltrecho prestigio del faraón. Una expedición como la que proponía el náufrago indio tal vez podría ayudar a recuperar un poco de ambos. Los preparativos para la empresa comenzaron de inmediato.

Por aquel entonces se encontraba en la corte alejandrina un griego llamado Eudoxo, que provenía de la ciudad de Cízico, en el mar de

Mármara. Este hombre aunaba un carácter emprendedor con una cierta cultura geográfica. Había llevado a cabo navegaciones «científicas» por el Nilo y disfrutaba de bastante renombre en el entorno del faraón. Así que, cuando se escogió a los exploradores que debían acompañar al indio en su viaje de descubrimiento y comercio, Eudoxo de Cízico pareció la persona adecuada. La expedición partió cargada de presentes, confiando tal vez en aprovechar el periplo para establecer relaciones diplomáticas con los gobernantes de la India, o, como se verá más adelante, intercambiarlos por exóticas mercancías orientales con el propósito de obtener beneficios. Pasaron unos meses y tiempo después, probablemente gracias a las indicaciones del marinero indio, los navegantes regresaron, sanos y salvos, con un valioso cargamento de perfumes y piedras preciosas. Sin embargo, el final de la empresa no fue del todo feliz para su capitán, Eudoxo de Cízico. El faraón ordenó confiscar para sus propias arcas todas las mercancías provenientes de la India. Si esto sucedió porque Ptolomeo VIII sumaba a sus muchos defectos el de la avaricia, o porque Eudoxo se había «extralimitado», apoderándose de bienes que no le pertenecían, dado el monopolio de la corona sobre las importaciones de especias y perfumes, es algo que, probablemente, nunca sabremos.

Tras la muerte de Ptolomeo VIII, en el 116 a. C., subió al trono su viuda —que también era su sobrina—, Cleopatra III. La nueva faraona decidió poner en marcha una segunda expedición a la India, probablemente animada por las jugosas ganancias que había generado la anterior. Uno podría pensar que, dados los antecedentes, Eudoxo de Cízico no querría saber nada de tratos con los Ptolomeos, pero se puso al frente de la empresa y se hizo otra vez a la mar, rumbo a Oriente. Impulsados por vientos favorables, los marineros alcanzaron fácilmente las costas de la India y cargaron su nave con riquezas superiores incluso a las del primer viaje. Pero, al emprender el regreso a Egipto, la singladura fue mucho más accidentada. Fuertes vientos arrojaron la nave a las costas del sur de Etiopía. Aquí Eudoxo encontró gentes que le proporcionaron agua y guías a cambio de pan y vino, bienes que en aquellos confines eran desconocidos, e hizo un descubrimiento que sería muy importante para él: la proa de un barco proveniente del Mediterráneo adornada con un caballo esculpido en la madera. Al parecer, otros habían intentado antes aquel viaje y habían fracasado. Cuando el barco de Eudoxo llegó, al fin, a las costas de Egipto, el lugar de Cleopatra III había sido ocupado por su hijo, Ptolomeo IX Sóter II, que, haciendo honor a la tradición familiar, también confiscó al desventurado Eudoxo las ganancias que había obtenido en su viaje a la India. No es de extrañar que, a partir de ese momento, el navegante considerara que el resto de sus expediciones las emprendería por su cuenta.[75]

No sabemos si la historia del náufrago indio y del navegante Eudoxo es cierta. Pero lo que sí es seguro es que el relato coincidió con el momento, a finales del siglo II a. C., en el que debió de desentrañarse el secreto de los vientos monzónicos en el mundo helenístico, y los barcos egipcios, que hasta entonces se limitaban a viajar hasta el puerto de Eudaimon Arabia, comenzaron a navegar hasta la India. El descubrimiento benefició especialmente a los faraones ptolemaicos, que establecieron relaciones comerciales regulares con las costas de Arabia, de Persia y del subcontinente. Aunque solo era posible realizar un viaje de ida y vuelta anual, el transporte marítimo ofrecía la ventaja de poder desplazar un mayor volumen de mercancías a menor coste y, al realizarse por alta mar, permitía prescindir de parte de los intermediarios. A partir de ese momento se abrió lo que podríamos llamar el recorrido marítimo de la Ruta de la Seda.

Los Ptolomeos probablemente sufragaron muchas de las empresas comerciales con Oriente esperando quedarse con todos los beneficios. Una serie de inscripciones provenientes del valle del Nilo y datadas entre los años 62 y 49 a. C., durante los reinados de Ptolomeo XII Auletés y Cleopatra VII —la célebre última faraona de Egipto—, mencionan a un funcionario que estaría a cargo «del mar Rojo y del océano Índico». Presumiblemente, las tareas de este personaje incluirían la supervisión del desarrollo del comercio internacional a lo largo de esta vía, lo que revela que su volumen había llegado al punto de requerir un control por parte de la administración.[76] Sabemos que el palacio de Cleopatra estaba decorado con marfil y piedras preciosas, pero también con caparazones de tortuga traídos desde la India. Y en el 30 a. C., tras la derrota de la faraona y de Marco Antonio en la batalla de Actium por las fuerzas de Octaviano, mientras las legiones romanas avanzaban hacia Egipto, Cleopatra consideró la posibilidad de poner a salvo a Cesarión, el hijo que había tenido con Julio César, enviándolo a la India. Para finales del siglo I a. C., el subcontinente no solo era un lugar del que provenían mercancías exóticas; los Ptolomeos lo consideraban incluso un destino adecuado para un exilio político.[77]

Cleopatra descartó sus planes de poner a salvo a Cesarión en reinos lejanos y decidió esperar a Octaviano para negociar con él. Tal vez no fuera la decisión más acertada. Cesarión fue asesinado por orden de Octaviano, que no podía permitir que un hijo de Julio César reclamara la herencia del dictador, y Cleopatra prefirió quitarse la vida antes que convertirse en parte del botín de guerra del bando vencedor. Cuando esto sucedió terminó la historia del Egipto faraónico y el territorio pasó a formar parte del Imperio romano. Sin embargo, Octaviano, convertido en el emperador Augusto, no permitió que el valle del Nilo fuera una provincia como las demás. Excepcionalmente, Egipto pasó a

ser propiedad del emperador, que enviaba a caballeros para gobernarla e imponía severas restricciones a los miembros del Senado para visitar la región. Entre las muchas causas de esta curiosa medida, la principal era, sin duda, el extraordinario potencial agrícola del valle del Nilo, que proporcionaba gran parte del trigo que se repartía entre la plebe de Roma, pero también su atractivo geoestratégico y comercial, en el que algo debió de pesar la floreciente ruta comercial hacia la India. Su adquisición por parte de Roma había llegado, además, justo a tiempo.

Como se señaló al hablar de las mesetas iranias, a lo largo del siglo II a. C. los partos completaron la conquista del Imperio seléucida y se apoderaron de Persia y Mesopotamia. Estos acontecimientos coincidieron con la expansión de Roma por el Mediterráneo oriental. Para mediados del siglo I a. C., Roma y el Imperio parto eran dos gigantescas construcciones políticas enfrentadas por el control del Levante mediterráneo. Los dos archirrivales se vieron las caras por primera vez en la batalla de Carras (53 a. C.), que se saldó con una espeluznante derrota romana. Menos de una década después, en el 44 a. C., Julio César fue asesinado, precisamente cuando acudía a una sesión senatorial destinada a organizar la política romana con vistas a una gigantesca campaña contra el Imperio parto que le permitiría vengar a los caídos en Carras y emular a Alejandro Magno. Tras el asesinato de su mentor político, Marco Antonio trató de llevar a cabo los ambiciosos proyectos de César invadiendo el territorio parto con un enorme ejército. A pesar de la experiencia militar del triunviro, la campaña fue un desastre. Marco Antonio fue completamente derrotado por los partos, perdió más de un tercio de sus tropas y tuvo que retirarse a las costas del Líbano, donde fue socorrido por una solícita Cleopatra. A la vista de los acontecimientos, cuando se hizo definitivamente con el poder, en el 30 a. C., Augusto prefirió tratar la «cuestión parta» con medios diplomáticos, una política mantenida con bastante éxito por la mayor parte de los emperadores del siglo I d. C.

Mientras esto sucedía en el plano político y militar, el volumen de mercancías que recorrían la Ruta de la Seda rumbo al Mediterráneo (y a la inversa) no dejaba de aumentar, y los partos, que dominaban el corazón del trayecto, desde Merv hasta el Éufrates, debían de obtener grandes beneficios con los gravámenes que aplicaban al tráfico comercial. En este contexto, Roma tenía muchos motivos para tratar de buscar rutas alternativas que evitaran los aranceles partos, cada vez más enojosos por la enemistad entre los dos pueblos, y permitieran a sus mercaderes acceder directamente a los beneficios del comercio con Oriente. Una de las posibilidades era utilizar el puerto fluvial de Charax Spasinou, en el golfo Pérsico. La ciudad era la capital de un reino semiindependiente y albergaba una nutrida colonia de

mercaderes palmirenos que compraban productos de India, Arabia e incluso China y los llevaban hasta Palmira para vendérselos a los comerciantes romanos. Sin embargo, la capacidad de transporte de mercancías de los caravaneros del desierto era limitada y las gentes del oasis también se aseguraban de obtener su parte de beneficios. De modo que el territorio mejor situado para ofrecer un acceso directo a las mercancías de la Ruta de la Seda que no pasara por el Imperio parto era Egipto, con sus puertos en las orillas del mar Rojo y su avanzado conocimiento de las aguas del mar de Arabia y el océano Índico. Así que, tras la conquista romana de Egipto, se dio un impulso extraordinario a la ruta marítima con la India. El comercio con Oriente se liberalizó, se permitió a los particulares invertir sus fortunas en estas empresas mercantiles y el volumen de los intercambios se multiplicó.[78]

Según Estrabón, a comienzos de la época imperial, más de ciento veinte barcos mercantes partían todos los años de un solo puerto de Egipto rumbo a la India. Estas naves tenían un enorme tamaño, dos o tres mástiles altísimos, grandes bodegas y hacían falta varios pilotos para manejarlas cuando se hacían a la mar, impulsadas por los fuertes vientos del monzón. Su tripulación estaba compuesta por los mejores marineros y siempre llevaban un destacamento de hombres armados para proteger su carga, tanto de los ataques de los indígenas de las regiones menos civilizadas como de los piratas, que habían empezado a surcar aquellas aguas atraídos por la riqueza del comercio. Y cuando estos magníficos navíos llegaban al subcontinente, las gentes de la India atestaban los puertos para contemplarlos, maravillados por su tamaño y la excelencia de su construcción.[79]

EL *PERIPLO DEL MAR ERITREO*

Para los comerciantes que surcaban el océano Índico a bordo de sus naves, mientras aspiraban los célebres aromas de Arabia y contemplaban las costas de la India, debía de ser difícil sustraerse a la sensación de maravilla, al sentimiento embriagador de estar viendo, con sus propios ojos, lugares que habían excitado la imaginación de los hombres durante generaciones. En algún momento de la segunda mitad del siglo I d. C. uno de estos mercaderes decidió poner por escrito todos sus conocimientos, probablemente para que sirvieran de guía a otros. El resultado, una especie de manual al que se ha dado el título de *Periplo del mar Eritreo*, es la mejor descripción del trazado y de los productos que se transportaban a lo largo del recorrido marítimo de la Ruta de la Seda.[80] También es un documento único, una rareza dentro de la literatura romana. En la Antigüedad no había demasiado aprecio por la profesión de mercader, y la ruta con Oriente, al margen de su exotismo, era una fuente de preocupaciones por el

peso que los productos de lujo tenían en la balanza de pagos. Los autores clásicos contemplaban a aquellos que se enriquecían con los intercambios comerciales con una mezcla de displicencia y desconfianza, y tendían a proporcionar datos muy vagos acerca de esta actividad. Los modernos historiadores se ven obligados a recopilar datos dispersos y leer entre líneas para tratar de hacerse una idea de cómo funcionaba el comercio. Sin embargo, el *Periplo del mar Eritreo* ofrecía exactamente toda la información necesaria, de forma exhaustiva y precisa.[81] Quién iba a imaginar que encontrar algo parecido a un manual de instrucciones iba a ser percibido por los investigadores como un hallazgo refrescante comparado con obras de extraordinaria calidad literaria.

Desafortunadamente, apenas se tienen datos sobre el autor del *Periplo*, y lo poco que se sabe se ha inferido del propio documento. El texto fue escrito en griego, con numerosos localismos egipcios; se sospecha que debía de ser un egipcio que conocía el griego, o tal vez, aunque esto es menos probable, un griego que vivía en Egipto. Sin duda era un hombre con mucha experiencia mercantil y marinera, y muy pragmático, centrado en exponer sus conocimientos de forma clara y ordenada. Describió cuidadosamente dos rutas de comercio: la que recorría la costa oriental africana, hasta Zanzíbar, y la que llegaba hasta la India y, después de bordear el subcontinente, alcanzaba la desembocadura del Ganges. Pero no se trataba de una persona insensible a la fascinación de aquellas regiones exóticas. Entre las referencias técnicas a distancias y mercancías, el autor disfrutaba deslizando comentarios de carácter etnográfico y geográfico, o comentando la historia de una ciudad y las particulares costumbres de sus habitantes.

Tal y como la describía el *Periplo del mar Eritreo*, la ruta marítima a Oriente salía de Alejandría. Cuando llegaba el verano y el Nilo comenzaba a crecer, un bullicio especial recorría la ciudad. Había llegado el momento de partir. El desbordamiento del Nilo coincidía con el período en el que los vientos del monzón soplaban hacia el este, llevando a los navíos, casi en volandas, hasta las costas de la India. Esto no era una casualidad. La crecida del río y la rápida navegación por el océano Índico tenían la misma causa: los vientos monzónicos, que, al cubrir el macizo Etíope con nubes cargadas de lluvia, hinchaban el cauce del Nilo y provocaban la inundación del valle. Desde la capital del Egipto ptolemaico, grandes barcazas cargadas de mercancías emprendían su viaje hacia el sur, Nilo arriba, hasta Coptos, cerca de Tebas. Aquí, los bienes se descargaban y se encomendaban a arrieros, que, en largas caravanas de camellos, los conducían a través de un desfiladero (el actual Uadi Hammamat), superando las cadenas montañosas que separaban el valle fluvial de la

costa del mar Rojo en tres o cuatro días. Al final del desfiladero se encontraba el puerto de Myos Hormos (Quseir), que, al igual que el de Berenike, situado varios kilómetros al sur, era el gran centro del comercio con Oriente en la costa egipcia.[82] Las dos ciudades hervían de actividad. Sus grandes astilleros debían tener listos enormes navíos mercantes capaces de soportar la fuerza del monzón y viajar por alta mar hasta la India. A los marineros, mercaderes y estibadores se sumaban los funcionarios imperiales y un nutrido grupo de afanosos delegados de familias adineradas, que habían invertido parte de su fortuna en el lucrativo comercio ultramarino y contaban con representantes que vigilaban sus intereses en los puertos del mar Rojo. Y, naturalmente, en estas ciudades también había colonias de árabes y de indios que aprovechaban los intercambios comerciales para poder seguir disfrutando, en estas tierras extrañas, de los sabores de su patria.[83]

Las naves partían de Quseir y Berenike, y se hacían a la mar rumbo sur, recorriendo las costas del mar Rojo. La travesía no era sencilla. En el fondo marino abundaban los arrecifes de coral y la brisa arrastraba tanta arena desde los desiertos de Arabia que la visibilidad era, con frecuencia, escasa. Era imprescindible navegar siempre de día, aprovechando el fuerte viento del norte que soplaba en el mar Rojo durante el verano y empujaba a los navíos hacia el sur. Los barcos debían cargar todo lo necesario para varias jornadas de viaje, porque en las orillas no había puertos y los habitantes de las regiones que bordeaban el mar, como los trogloditas que poblaban las costas egipcias, eran gentes salvajes y violentas. El autor del *Periplo* advertía que los barcos naufragados serían, casi con seguridad, saqueados y su tripulación convertida en esclavos, y que, si una nave fondeaba junto a la orilla o atracaba en una playa solitaria, corría el riesgo de verse atacada. Por si esto fuera poco, también había piratas. Surcaban el mar en pequeñas embarcaciones hechas de pieles de buey y precarias estructuras de madera, y normalmente se limitaban a asaltar a los barcos que viajaban desprotegidos, pero a veces, si se reunía un número suficiente de bandidos, eran capaces de asediar incluso alguno de los puertos de la región.

Los navíos más grandes solían proveerse de grupos de arqueros mercenarios que podían servir de elemento disuasorio si se dejaban ver sobre la cubierta de los navíos, pero todos respiraban aliviados cuando aparecía en el horizonte la accidentada silueta de las islas Farasán (hoy Arabia Saudí). En este punto comenzaban las aguas controladas por los prósperos reinos del sur de Arabia y de Etiopía, habitados por gentes pacíficas y civilizadas. Sus reyes dominaban el comercio de la mirra y el incienso, y eran los primeros interesados en proporcionar puertos seguros a los comerciantes. Además, desde el

siglo II d. C., en las islas Farasán había acantonada una guarnición romana que debía de contar con una flotilla de barcos de guerra. Estos legionarios eran la última avanzadilla del imperio, el contingente militar más alejado que había establecido jamás Roma, a casi 5.000 kilómetros de distancia de la capital. A partir de ese punto, el manto protector del imperio se desvanecía por completo, aunque en algunas islas de la región, como la de Socotra, los consorcios de mercaderes mantenían sus propias tropas.[84]

En poco más de un mes de travesía desde Quseir se alcanzaba el extremo meridional del mar Rojo y el estrecho de Bab el-Mandeb (las columnas de Hércules orientales), que separaba África de Arabia. Aquí, las proas de los grandes navíos mercantes viraban hacia el este y enfilaban el enclave de Eudaimon Arabia (Adén), la misteriosa ciudad del volcán. Antes del descubrimiento del secreto de la navegación por el Índico, Eudaimon Arabia había sido el lugar escogido por los mercaderes egipcios, árabes, persas e indios para intercambiar sus mercancías. Pero, tras la apertura del recorrido marítimo de la Ruta de la Seda, la localidad había perdido gran parte de su brillo. Parece que fue asaltada por los romanos en un intento de apoderarse del extremo meridional de Arabia, y jamás se recuperó del ataque. En cualquier caso, las aguas del golfo de Adén abundaban en puertos interesantes para los mercaderes, tanto en el lado árabe como en el africano, hasta llegar al extremo oriental de Somalia.

En este punto, los comerciantes podían seguir dos rumbos. Los más conservadores doblaban hacia el sur, al cabo de las Especias (cabo Guardafui), en el cuerno de Somalia, y navegaban hasta la isla de Zanzíbar. Era una travesía larga y no muy rentable, pero que discurría siempre por aguas seguras, cercanas a la costa oriental africana. Zanzíbar proveía a los mercaderes de esclavos y de productos exóticos en suficiente cantidad y calidad como para que el viaje mereciera la pena. Pero los comerciantes más arrojados, aquellos que estaban dispuestos a arriesgarse a cambio de grandes riquezas, llevaban sus barcos hasta el puerto amurallado de Qana (Al Mukalla, en la costa meridional de Yemen), unos 480 kilómetros al este de Eudaimon Arabia.

Qana era una de las paradas más importantes de la ruta. Pertenecía al reino de Hadramaut, el más grande y poderoso entre los pequeños estados del sur de Arabia, y era el último puerto donde abastecerse antes de tomar los vientos del monzón e iniciar una larga travesía por mar abierto hasta las costas meridionales de la India. Los navegantes de la Antigüedad carecían de brújula y sus rudimentarios navíos no podían navegar contra el viento. Una singladura en alta mar significaba quedar totalmente a merced de los elementos, confiando en que el sol y las estrellas les sirvieran de guía y que el monzón los

llevara a buen puerto. La partida de Qana debía hacerse, además, como muy tarde a finales de agosto, porque el viento solo soplaba hacia el este hasta el mes de septiembre. Después, las corrientes de aire se volvían débiles y cambiantes, y los marineros que permanecieran en alta mar tenían muchas posibilidades de perder la vida.

Impulsada por los fuertes vientos del monzón, la travesía por el mar Arábigo se completaba en menos de un mes. Los barcos que habían partido de los puertos egipcios del mar Rojo en julio llegaban a las costas de la India en septiembre, con los últimos coletazos del monzón, coincidiendo con el fin de la temporada de tormentas. Una vez frente a las costas del subcontinente, los barcos podían dirigirse a los puertos del norte, cerca de la desembocadura del Indo, o a los de la costa de Malabar, en el sur, entre los que destacaba el enclave de Muziris (probablemente Kodungallur, en la región de Kerala). La poesía india describía la fascinación de la población local al ver llegar a Muziris los espléndidos barcos de las gentes del Mediterráneo, y cómo los navíos arribaban cargados de oro y partían con sus bodegas repletas de la pimienta negra que crecía en las colinas que rodeaban la ciudad. En este puerto llegó a haber una colonia tan numerosa de romanos que, incluso en aquellos remotos confines de la Tierra, contaban con un templo en honor del Divino Augusto, conquistador de Egipto.

La mayoría de los comerciantes procedentes del valle del Nilo intercambiaban sus mercancías en estos emporios de la costa y esperaban allí la llegada del invierno. Con el cambio de estación, los vientos del monzón comenzaban a soplar hacia occidente, permitiendo que los mercaderes regresaran a casa entre diciembre y enero. Sin embargo, para los más aventureros, también era posible aprovechar la espera para navegar un poco más al este. Algunos navíos occidentales surcaban las aguas del mar hasta la isla de Sri Lanka, la rodeaban trabajosamente,[85] se adentraban en la bahía de Bengala y buscaban el abrigo de algún puerto en la desembocadura del Ganges. Aquí compraban aceite de nardo y perlas directamente de los proveedores originales, y tenían acceso al intenso tráfico comercial a escala regional que interconectaba todo el sudeste asiático. El autor del *Periplo del mar Eritreo* comentaba que había grandes barcos indios que partían de la costa oriental del subcontinente rumbo a un lugar llamado Chrysê, difícil de identificar con certeza, pero que podría corresponderse con la región de Malasia. Y Marino de Tiro, un geógrafo fenicio que vivió a caballo entre el siglo I y el II d. C., aseguraba haber tenido noticias de cierto Alejandro, quizás un mercader, que habría navegado hasta una región que podría corresponderse con la desembocadura del Mekong o la zona del actual

Vietnam. Desde aquí no resultaba difícil alcanzar las costas del sudeste de China, donde los registros de los emperadores Han informaban de la llegada, a mediados del siglo II d. C. —en el 159 y, de nuevo, en el 161— de enviados indios portadores de tributos. De hecho, es casi seguro que la célebre «embajada» romana que se presentó en la corte del emperador Han en el 166 d. C., y de la que se hablará más adelante, debió de arribar a China por vía marítima utilizando esas mismas rutas mercantiles.

Naturalmente, los mercaderes chinos también eran conscientes de la existencia de estas rutas de comercio, y aunque la evidencia es limitada, parece que pudieron utilizarlas para intercambiar mercancías con los occidentales. Es seguro que los chinos visitaban con cierta regularidad Malasia y Sumatra, y parece que los más atrevidos podían alcanzar Sri Lanka y la costa sudeste de la India.[86] Las expediciones, como ocurría en el Egipto faraónico, eran muchas veces sufragadas por el emperador y partían de la zona de Cantón (Guangzhou) y de la bahía de Tonkín, en el delta del río Rojo (hoy el extremo septentrional de Vietnam), aunque, una vez llegados al sudeste asiático, parece que los comerciantes chinos se servían, al menos en parte, de barcos y marineros locales. Esto solía ser una fuente extra de preocupaciones, pues en aquellas aguas abundaba la piratería, y las gentes de la región usaban sus naves indistintamente para el comercio y la rapiña, según la estación y las circunstancias. En cualquier caso, los mercaderes chinos se las ingeniaban para cambiar la seda y el oro que llevaban consigo por marfil, cuernos de rinoceronte, perlas, piedras preciosas, conchas de tortuga e incienso. A su regreso, los comerciantes vendían esos productos en los puertos de la costa china, y Sima Qian, el historiador de la dinastía Han, contaba que los mercaderes del interior que acudían a hacer negocio a estos lugares regresaban ricos a sus casas.[87]

A lo largo del recorrido entre África y la India, los comerciantes de Egipto vendían y compraban multitud de productos tan valiosos que compensaban con creces los riesgos de la larga travesía… y el 25 por ciento de impuestos que, recordemos, cargaba el fisco romano a los bienes importados. En 1985 se publicó la traducción de un papiro que fue redactado a mediados del siglo II d. C., y que contenía el contrato de un préstamo que un inversor de Alejandría hacía a un mercader romano que probablemente vivía en el puerto indio de Muziris. El préstamo estaba destinado a financiar una expedición comercial entre la localidad india y el puerto de Myos Hormos, en Egipto. Sabemos que el navío mercante, llamado Hermapollon, llevaba, entre otras cosas, 167 colmillos de elefante y otros fragmentos de marfil, además de medio centenar de recipientes de aceite de nardo y, probablemente, conchas de tortuga. La carga total del barco, que pesaba unos 4.000

kilos, tenía el desorbitado precio de unos 7 millones de sestercios, siete veces la renta anual que debía acreditar un senador romano, el grupo más adinerado de la sociedad romana.

Para rentabilizar al máximo el viaje, al igual que ocurría en las rutas terrestres, los mercaderes solían llevar en las bodegas de sus barcos mercancías de todo tipo, como madera, arroz, aceite de sésamo o azúcar. Por un lado, las propias limitaciones técnicas de los navíos exigían compensar el género pequeño y ligero con otros bienes más grandes y pesados, menos valiosos, pero capaces de aportar estabilidad a la nave. Por otro, al depender de tantos factores difíciles de controlar —los vientos, las corrientes, las tormentas, los piratas, la buena voluntad de los gobernantes locales…—, los capitanes no podían estar seguros de que su viaje llegara siempre a buen puerto. Por eso, a veces, era mejor ser algo más conservador e incluir una pequeña carga de productos «baratos», pero fáciles de intercambiar en puertos cercanos, cuyos limitados beneficios bastarían para compensar parte de los costes de la empresa. A fin de cuentas, antes de surcar el mar abierto impulsados por los vientos del monzón, los barcos procedían a una navegación de cabotaje, realizando numerosas paradas para intercambiar productos y cargar provisiones.

En Etiopía, el floreciente reino de Aksum basaba gran parte de su fortuna en la venta de marfil y cuernos de rinoceronte. En los puertos de Yemen o de Somalia se comerciaba con mirra, aloe, perfumes, esclavos y perlas, cuya peligrosa recolección se encomendaba a los prisioneros. La gran ciudad de Qana, en la costa de Yemen, tenía el monopolio de la venta del incienso. En el sur de la India, los mercaderes podían comprar pimienta, aceite de nardo, marfil, perlas, piedras preciosas, conchas de tortuga, madera de ébano o tejidos de algodón, y en ocasiones, los barcos romanos regresaban cargados de productos bastante singulares, como pelo humano. Para las mujeres de la alta sociedad romana usar un peinado muy elaborado, con bucles dispuestos cuidadosamente sobre la frente o con largas trenzas recogidas en un moño, era un signo de distinción. Estos peinados cambiaban con frecuencia, siguiendo modas impulsadas por las mujeres de la familia imperial o la alta aristocracia, y para adaptarse a los cambios y cumplir con los enrevesados requisitos del nuevo tocado de moda muchas féminas usaban pelucas y postizos, en cuya elaboración el pelo de la India era, al parecer, bastante apreciado. Excepcionalmente, los navíos mercantes también podían transportar animales vivos, como loros. La dificultad de conseguir estas aves concedía a sus dueños un aura extra de sofisticación y refinamiento, y explica que el emperador Heliogábalo (218-222), en el colmo del derroche, se exhibiera devorando él mismo estas exóticas criaturas y dándoselas de comer a sus leones.[88] Por último, en los puertos del

norte de la India, como Barbaricum o Barigaza, se podía comprar lapislázuli del Hindú Kush, turquesa del norte de Persia, de más calidad que la que se extraía en el Sinaí, o seda china, que se ofrecía para su venta en grandes rollos o elaborada en forma de maravillosos vestidos. El preciado tejido, al igual que el lapislázuli o las turquesas, debía de llegar hasta esos lugares de la desembocadura del Indo a través de los caminos terrestres que conectaban el subcontinente con Asia Central. El autor del *Periplo del mar Eritreo* ya identificaba a China como una «enorme ciudad» desde la que fluían seda, tejidos y ropajes diversos que llegaban a través de Bactria y el valle del Indo. La India no era solo productora y consumidora de mercancías, sino también redistribuidora de bienes que provenían de lugares tan remotos como el Mediterráneo o China.

Por lo que se refiere a los productos provenientes del Mediterráneo que se exportaban a la India y Oriente a través del recorrido marítimo, sabemos que, al igual que ocurría con las mercancías de la Ruta de la Seda terrestre, eran menos valiosos que los que se compraban en el subcontinente, provocando lógicas preocupaciones entre los gobernantes romanos. Tal vez el principal artículo de lujo fuera el coral. Al parecer, los indios lo consideraban sagrado y estaban dispuestos a pagarlo muy caro, hasta el punto de que llegó a resultar difícil de encontrar en el Mediterráneo, porque la mayor parte de la producción se exportaba a Oriente. También había una gran demanda de esclavos. Muchos puertos de las costas de África ofrecían mujeres que se vendían a buen precio en los mercados de la India. Otros provenían de la cuenca del Mediterráneo, tal vez de regiones situadas más al norte, y parece que los monarcas indios habían desarrollado un cierto gusto por los muchachos dotados para el canto y la danza provenientes de Occidente. El *Periplo del mar Eritreo* comentaba que en todos los puertos de la India también existía una gran demanda de vidrio romano, uno de los productos estrella de la exportación imperial, gracias al dominio de la técnica del soplado. Al parecer, el secreto del vidrio soplado se había descubierto en los talleres de la zona de Siria-Palestina y, desde aquí, se extendió por resto del Imperio romano en el siglo I d. C. Esta nueva técnica permitía que los recipientes se sellaran durante su fabricación para emplearse como contenedores de preciados líquidos. Eran célebres, por ejemplo, las botellitas de perfume que se ofrecían al comprador con una parte más fina que debía romperse, como si se tratara de una ampolla, para acceder al bálsamo fragante. Además, gracias al soplado del vidrio podían elaborarse objetos más grandes y variados desde el punto de vista formal, adaptándose mejor a los gustos exquisitos de los clientes del mercado internacional.[89]

Entre los restos romanos encontrados en los yacimientos de la India

había también una cantidad considerable de ánforas de vino, de aceite y, en menor medida, de *garum*, una pasta de color marrón rojizo que se hacía con las vísceras en salazón de algunos pescados y que era muy apreciada en la cocina romana. Parece seguro que, a los indios, especialmente a los del norte, aquellos que habían tenido más contacto con los griegos desde la expedición de Alejandro, les gustaba el vino romano, que se traía desde la península itálica. El Mediterráneo también exportaba metales en bruto, sobre todo cobre y estaño, y algunos objetos manufacturados de bronce: espejos, lámparas…, tal vez incluso estatuas. Una figura de 13 centímetros de alto de Poseidón, de muy buena factura, copia de un original de Lisipo, fue hallada en Kolhapur, una ciudad cercana a la costa occidental de la India.

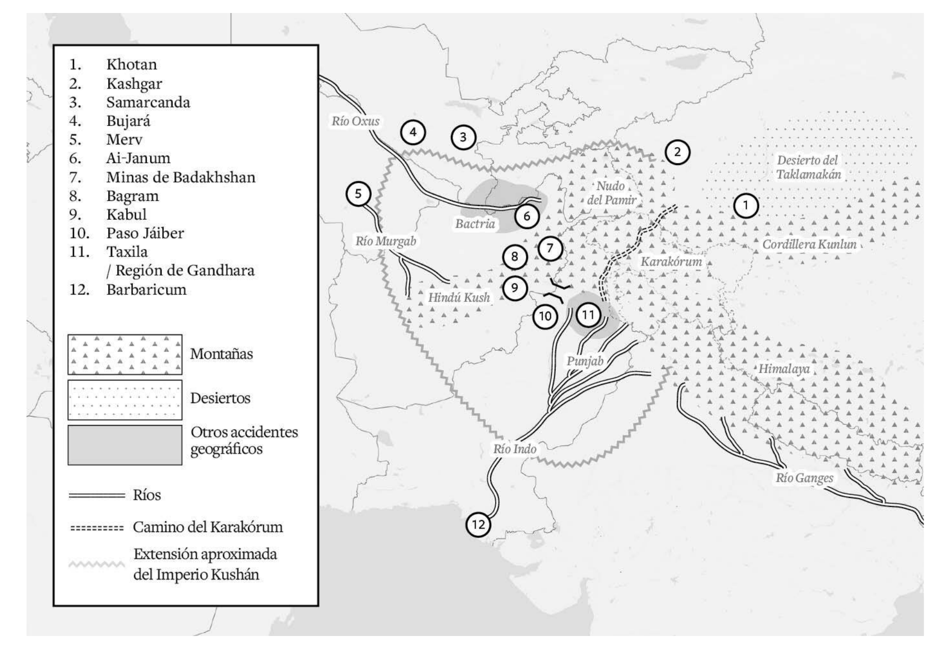
Sin embargo, el objeto romano más abundante encontrado en el subcontinente, en una cantidad y con una dispersión llamativas, fueron las monedas, tanto *denarii* (de plata) como *aurei* (de oro). Esto es sorprendente en un contexto en el que la mayor parte de los intercambios se realizaban mediante el trueque, pero podría tener una explicación. Las mercancías indias eran tan valiosas que los productos del Mediterráneo no bastaban para costear la compra, así que el pago debía completarse con efectivo. El autor del *Periplo del mar Eritreo* aconsejaba a los mercaderes ir bien provistos de numerario acuñado en metales preciosos, sobre todo si pretendían adquirir productos en los opulentos puertos del sur de la India. Por otro lado, las cecas romanas solían acuñar sus monedas más valiosas utilizando oro y plata puros, a diferencia de los gobernantes de la India, que empleaban numerario de plata mezclado con cantidades importantes de bronce o de plomo. Este particular explicaría el uso que hacían los indios de las monedas romanas. La mayoría perdía rápidamente su función original y acababa fundida para recuperar el metal, y es posible que un número no desdeñable terminara usándose como adorno.

Una de las ventajas de las emisiones monetales es que pueden datarse con facilidad. La mayor parte de los denarios y áureos romanos encontrados en la India fue acuñada durante los siglos I y II d. C. El hecho de que casi no hayan aparecido monedas romanas a partir del siglo III d. C. es revelador. La crisis de ese siglo provocó una cierta devaluación de la moneda romana, y se ha considerado la posibilidad de que los mercaderes comenzaran a llevar los metales preciosos en bruto. Pero también parece que el momento de máximo esplendor de la ruta marítima hacia la India durante la Edad Antigua coincidió con la época altoimperial, y que el volumen de los intercambios comenzó a descender, por motivos diversos, a partir del siglo III d. C.

EL RAMAL INDIO

Al visitar con la imaginación el trazado de la Ruta de la Seda, es casi inevitable que se despliegue ante nuestros ojos la imagen de una caravana de camellos recorriendo lentamente algún sendero polvoriento de Persia o de Asia Central. Esta romántica estampa tiene una enorme fuerza evocadora, pero no recoge, ni siquiera remotamente, la compleja realidad de los caminos de la seda. En primer lugar, porque, como se vio en el capítulo anterior, una parte importante de las mercancías viajaba por mar, a través del océano Índico. Y, en segundo lugar, porque se suele olvidar el papel del subcontinente indio en estos intercambios, que fue tanto o más relevante que el de Persia o Mesopotamia. La India no solo producía y consumía mercancías, también actuaba como intermediario, como nodo de comunicaciones y como mercado de compraventa de productos, y desempeñaba este papel múltiple tanto en el recorrido marítimo como en el terrestre. El suministro de bienes de lujo llegaba a los puertos indios en grandes navíos que surcaban el mar de Arabia o las costas del sudeste asiático, pero las mercancías también alcanzaban el subcontinente a través de una ruta terrestre que conectaba la cuenca del Tarim y Asia Central con la India, y que hemos dado en llamar, a falta de un nombre más elegante, el «ramal indio».

Este contaba con varias vías. La más directa, pero también la más peligrosa, implicaba tomar alguno de los caminos escondidos que partían hacia el sur desde las ciudades caravaneras de Khotan y Kashgar, en la cuenca del Tarim, y que, ascendiendo trabajosamente, atravesaban la cordillera del Karakórum y el extremo occidental del Himalaya hasta el Punjab, en el norte de la India. Uno de estos trayectos, al que se ha dado el apelativo de Gilgit porque pasaba por una localidad con ese nombre, se correspondía con el de la actual carretera del Karakórum, que conecta China con Pakistán. Hoy es un recorrido frecuentado por los aficionados a la alta montaña, porque facilita el acceso a la base de picos como el K-2; pero en la Antigüedad y la Edad Media estos valles eran famosos porque estaban plagados de ladrones, y hasta Marco Polo, que había visto mucho mundo, decía que sus gentes se contaban entre las más desagradables con las que había tenido la desgracia de toparse.



En cualquier caso, los bandidos no eran la mayor preocupación de los viajeros. La travesía era extremadamente peligrosa y solía alargarse durante más de dos meses. Había que recorrer 1.200 kilómetros a través de un paisaje desolado, cruzando pasos que se encontraban a más de 4.000 metros de altura. Los caminos eran ásperos y estaban sembrados de grava; los abismos que los rodeaban eran mortales, y el frío, gélido. En el *Hanshu* o *Libro de Han*, redactado a comienzos del siglo II d. C., se recogía el testimonio de un pobre enviado imperial chino, llamado Tuzhin, que viajó a lo largo de esta ruta. El funcionario contaba cómo las gentes que vivían en estos lugares habitaban en chozas de piedra y obtenían su precario sustento cultivando campos dispuestos en terrazas suspendidas entre las rocas. Explicaba también que, en un determinado lugar del camino, era necesario superar lo que él llamaba un «paso colgante», que consistía en un diminuto sendero de menos de medio metro de ancho flanqueado por un barranco tan profundo que no se veía el fondo. Los aterrados viajeros lo recorrían pegados a la pared y atados con cuerdas. Los animales que caían se hacían pedazos antes de llegar al valle, y era imposible rescatar a los hombres que perdían pie.

En algunos puntos de esta larga ruta montañosa, que tal vez se consideraban sagrados, los mercaderes arañaron la roca para escribir sus nombres y dibujar, con apenas unos trazos, un motivo religioso. Era una tosca manera de reclamar la protección de las divinidades, que se debía de considerar imprescindible para transitar aquellos lugares desolados. Aun así, la posibilidad de intercambiar mercancías de la India con las gentes de la cuenca del Tarim era tan atractiva que

hay testimonios de comerciantes de Cachemira que, ya en el siglo I a. C., y a través de estos caminos imposibles, llegaron hasta los confines del Taklamakán y, desde aquí, pidieron permiso a las autoridades para adentrarse en el Imperio chino. Los mercaderes, a los que podemos suponer aliviados tras haber dejado atrás montañas y precipicios, aseguraron a los chinos que eran los representantes de una misión diplomática, pero los funcionarios imperiales, acostumbrados a lidiar con este tipo de «embajadores», no ocultaron su convencimiento de que lo que pretendían era vender sus productos y adquirir mercancías chinas para el viaje de vuelta. En cualquier caso, se les permitió pasar. A partir de este momento, la ruta del Karakórum comenzó a estar relativamente transitada y los mercaderes sogdianos, provenientes de Asia Central, la utilizaron para llegar a los mercados de la India.

Por fortuna, entre Asia Central y la India había también un segundo recorrido, más largo, pero también más cómodo y que, además, visitaba lugares muy atractivos desde el punto de vista comercial. Este camino partía de la próspera región de Bactria, en la cuenca alta del Oxus. Desde aquí se podía tomar, hacia el sur, el agradable valle del río Kunduz, uno de los afluentes del Oxus. La embarrada corriente del Kunduz proporcionaba agua dulce y sus orillas estaban sembradas de pastos y pequeños bosques que garantizaban el abastecimiento de las caravanas. El único obstáculo reseñable era un largo desfiladero que serpenteaba entre las montañas, a unos 3.000 metros de altura, hasta el valle de Kabul, en el noreste del actual Afganistán. El esfuerzo merecía la pena, porque aquí la naturaleza recompensaba al viajero con prados de hierba escarlata y altas montañas cubiertas de nieve, y al mercader con la cercanía, a poco más de 200 kilómetros al este, de las famosas minas de lapislázuli de Badakhshan.

Esta piedra semipreciosa, de bellísimo color azul intenso, era muy apreciada en la Antigüedad, hasta el punto de que es posible que las gentes de Persia y Mesopotamia le atribuyeran un carácter sagrado. Objetos de lapislázuli han aparecido en las tumbas de Mesopotamia y Egipto ya en el tercer milenio a. C. Desde el siglo VIII a. C. los medos entregaban al Imperio asirio tributos en forma de caballos neseos y de grandes bloques de lapislázuli, y el gran rey persa Darío I se preciaba de que su palacio de Susa exhibía adornos realizados con esta maravillosa roca azul. Los soberanos de Oriente lo valoraban por su belleza, pero también por su escasez y los tremendos esfuerzos que debían realizarse para conseguirlo. El lapislázuli era una piedra muy rara. Había algunos yacimientos en la orilla meridional del lago Baikal, en las estepas de Rusia, y se decía que también podía encontrarse en la región de Azerbaiyán. Pero estas últimas minas, si existieron, eran tan pequeñas que de ellas apenas ha quedado traza, y el lapislázuli del lago Baikal tenía una calidad mediocre, arruinada por

una textura granulosa y un exceso de impurezas doradas. La roca tenía demasiada pirita de hierro, a la que llamaban el «oro de los locos». También se sabía de la existencia de yacimientos desperdigados por las montañas del Pamir. En estos lugares las vetas eran de más calidad, pero estaban a tanta altura que resultaban casi inaccesibles. Solo una de ellas, situada a más de 5.000 metros, suspendida sobre las paredes de un glaciar, era visitada a veces por los habitantes de la zona. El deseo de apoderarse de los bloques de piedra azul llevaba a muchos a intentar escalar las paredes de la montaña, pero la mayoría sucumbía al mal de altura y tenía que darse la vuelta sin haber alcanzado su objetivo.[90]

Sin embargo, en el corazón del Hindú Kush, en la región de Badakhshan, había un valle, muy estrecho y alargado, que había sido excavado por el río Kokcha, uno de los afluentes del Oxus. Aquí, en las paredes de roca, casi verticales, que rodeaban el lecho del río, se extraía el lapislázuli «mejor y más fino del mundo», según Marco Polo. Las vetas eran grandes, estaban libres de impurezas y presentaban un color homogéneo, cuyas tonalidades pasaban del verde turquesa al azul intenso, el más apreciado, al que se daba el nombre de «azul real». Las minas de Badakhshan eran más accesibles que las del Pamir, pero eso no significaba que este acceso fuera sencillo. El lecho del valle, junto al río, donde se construían los campamentos para los mineros, estaba a más de 2.500 metros de altura y las montañas que lo rodeaban, donde se encontraban las vetas de lapislázuli, a casi 4.000. Las minas solo podían explotarse durante unos meses al año, entre junio y noviembre, cuando los pasos estaban abiertos y el terreno despejado de nieve. Todos los suministros debían ser trasladados en recuas de mulos o sobre los hombros de porteadores, atravesando precipicios y desfiladeros, y el ascenso a las minas solo podía realizarse a pie, utilizando senderos que zigzagueaban sobre las laderas de las montañas y que debían ser reconstruidos cada verano, porque la fuerza de los vientos y las nevadas los destrozaban, invariablemente, todos los inviernos. Una vez dentro de la mina, la extracción del lapislázuli también era extremadamente costosa. La pared de roca era muy dura y las herramientas apenas conseguían quebrarla. Los mineros utilizaban las ramas de los escasos arbustos que crecían en el valle para hacer fuego junto a la pared que querían trabajar y cuando estaba lo bastante caliente, le arrojaban agua. El contraste térmico hacía que la roca se resquebrajara, lo que facilitaba el trabajo. Fruto de esta práctica, las antiguas cámaras de las minas están todavía cubiertas de espesas capas de hollín.[91]

Cuando por fin, después de tantos esfuerzos, se había conseguido arrancar a la montaña un bloque de lapislázuli, había que bajarlo hasta el valle, cargarlo en una mula y trasladarlo en pequeñas

caravanas. Algunas de las recuas descendían lentamente, siguiendo el curso del Kokcha, hasta alcanzar la corriente del Oxus y los mercados de Bactria. Aquí, en la ciudad helenística de Ai-Janum, se han encontrado grandes bloques de lapislázuli sin trabajar que debían de provenir de las minas. Otros, en cambio, preferían dirigirse hacia el suroeste, atravesar el paso Anjuman, a 4.250 metros de altura, y encaminarse hacia el amplio valle de Kabul. En este lugar sería muy fácil encontrar compradores para sus valiosos pedazos de roca, no solo porque el lugar era una parada importante para las caravanas que viajaban entre Asia Central y la India, sino porque aquí se encontraba Bagram, la capital de verano del misterioso Imperio kushán.

Cuando Zhang Qian llevó a cabo su ya archiconocida embajada a finales del siglo II a. C., la región de Bactria pertenecía a los, a estas alturas, no menos célebres yuezhi. Estas gentes, antiguos nómadas de la estepa, se habían apoderado de ciudades que habían pertenecido sucesivamente a los persas, a Alejandro, a los seléucidas y, finalmente, al reino grecobactriano. Tras haber pasado por las manos de tantos imperios, esas regiones se habían convertido en un territorio mestizo y sofisticado, y los yuezhi, fascinados por los refinamientos de aquella cultura, no tardaron en absorber sus costumbres. Para el siglo I d. C. eran dueños de un reino próspero y avanzado que, desde Bactria, comenzó a expandirse hacia el sureste, siguiendo las mismas rutas que comunicaban Asia Central con el Indo. Fue así como nació el Imperio kushán.

Cien años después, a mediados del siglo II d. C., en su período de mayor esplendor, los kushán controlaban un enorme territorio que iba desde Asia Central hasta el valle del Indo. El Imperio kushán, célebre por su tolerancia religiosa, su estabilidad política y su riqueza, debió de ser clave para el desarrollo de la Ruta de la Seda en el subcontinente. El aumento del tráfico comercial en la región a partir del siglo I a. C. les benefició, y es posible que los reyes obtuvieran suculentos ingresos del cobro de tasas a los mercaderes, a los que, tal vez, podían aplicar un 20 por ciento sobre las importaciones —un arancel algo más generoso que el de sus contemporáneos romanos—. Los soberanos, por su parte, también se preocuparon por favorecer el comercio. Los caminos eran seguros, estaban bien mantenidos y contaban con infraestructuras suficientes. Las cecas reales acuñaban piezas de excelente calidad que imitaban el numerario romano no solo en aspecto, sino también en tamaño y en peso. Las monedas kushán han aparecido por miles en yacimientos situados en Uzbekistán o la cuenca del Tarim, y los chinos comentaban asombrados la cantidad de productos de lujo y mercancías exóticas que podían verse en sus mercados.[92] Las excavaciones arqueológicas en la zona han corroborado estas afirmaciones, especialmente a partir de 1937,

cuando una expedición francesa se topó con una increíble colección de objetos preciosos a la que se ha dado el nombre del Tesoro de Bagram.

Como tantas ciudades de la región, Bagram (unos 70 kilómetros al norte de Kabul) fue una colonia alejandrina. El rey macedonio arrebató el enclave a los persas en la primavera del 329 a. C. y, tras comprobar su carácter estratégico, decidió darle un nuevo nombre: Alejandría del Cáucaso, y poblarlo con veteranos helenos que, después de cinco años de campaña, ya no tenían fuerzas para seguir combatiendo. La ciudad se encontraba en lo que para los griegos era el fin del mundo, pero la verdad es que como lugar de retiro resultaba incomparable: a los pies de altísimas montañas nevadas, en un valle verde y fragante, atravesado por grandes cursos de agua y junto a los caminos que conectaban Asia Central y Bactria con Gandhara y la India. Tras la muerte del macedonio, Alejandría del Cáucaso pasó a manos de los seléucidas, del reino grecobactriano y, por último, se convirtió en una de las ciudades predilectas de los soberanos del Imperio kushán, que probablemente pasaban los veranos en Alejandría del Cáucaso/Bagram, disfrutando del aire fresco que descendía de las montañas.

Tras las primeras campañas de excavación en la ciudad, a comienzos del siglo XX, los arqueólogos identificaron dos recintos amurallados, a los que se refirieron, sin dejar volar demasiado la imaginación, como la Vieja Ciudad Real, al norte, y la Nueva Ciudad Real, al sur. Esta última se correspondía, al parecer, con el asentamiento de la época de los kushán. Pues bien, entre 1937 y 1939, una expedición francesa descubrió dos habitaciones selladas en la Nueva Ciudad Real (las número 10 y 13). En su interior, los arqueólogos se toparon con una de las colecciones de objetos de lujo más variopinta localizada jamás por investigador alguno: piezas de loza, marfiles y huesos tallados de la India, bronces romanos, medallones de estuco destinados a servir como molde a recipientes de metal, copas de vidrio pintado de Alejandría, vasos de alabastro y de pórfido egipcios, cuencos de vidrio realizados a molde, característicos de la península arábiga, y fragmentos de varios objetos lacados que provenían de China. La decoración de las piezas también revelaba un cierto gusto internacional. Varios vasos de vidrio incluían combates de gladiadores o pasajes de la *Ilíada*. Otros, dioses destacados durante la época ptolemaica como Horus niño y Serapis, o escenas pintorescas del valle del Nilo y vistas del Faro de Alejandría. A través de aquellos maravillosos objetos, los habitantes del actual Afganistán podían deleitarse contemplando el aspecto de una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo.

En un primer momento, esta extraordinaria acumulación de objetos se interpretó como un tesoro real. El lugar en el que aparecieron

comenzó a ser conocido como «el palacio», y se consideró que pudieron haber sido acumulados por los reyes kushán antes de que las habitaciones en las que se almacenaban fueran selladas con ladrillos, tal vez en algún momento de inestabilidad política —el Imperio kushán comenzó a desmoronarse en el siglo III d. C.—. Hoy en día, sin embargo, algunos investigadores ofrecen una interpretación más prosaica. Los objetos han sido datados, en su mayoría, entre el siglo I y el II d. C., y todo parece indicar que eran, más o menos, contemporáneos. Algunas de las piezas, como los moldes de estuco, no tenían gran valor por sí mismas y, desde luego, desentonaban en un tesoro real; eran elementos que se utilizaban en los talleres de producción de manufacturas. Por otro lado, hay cierto consenso respecto al origen de los hallazgos: algunos objetos eran de elaboración local, otros provenían de regiones cercanas dentro del Imperio kushán, como la zona de Gandhara, pero la mayoría tenían su origen en el comercio internacional, precisamente en los lugares con los que Bagram estaba conectada a través de los caminos de la seda. Es posible que los objetos chinos lacados hubieran alcanzado el valle a través del recorrido terrestre de la Ruta de la Seda, mientras que los vasos egipcios o los bronces romanos pudieron haber llegado a la desembocadura del Indo a través del recorrido marítimo y, desde allí, haber remontado el río hasta la zona del Punjab, bien comunicada con el valle de Kabul.

Así que, aunque nada puede afirmarse con seguridad, el Tesoro de Bagram podría tratarse de algún tipo de depósito aduanero o, mejor, de un almacén de comerciantes de mercancías de lujo, donde los productos se guardaban antes de proseguir su camino hacia lugares lejanos o de venderse a un comprador local. Las piezas más baratas, como los moldes de estuco, podían estar destinadas al comercio regional, o incluso utilizarse en talleres de la propia Bagram, donde artesanos indios también podrían haber elaborado alguno de los marfiles tallados. El hecho de que las habitaciones estuvieran rodeadas de muros gruesos y sus puertas selladas con ladrillos también podría tener una explicación banal: este tipo de mercancías tan valiosas debían guardarse a buen recaudo a la espera del comienzo de la estación adecuada para la partida de las caravanas, o de la aparición de un cliente con recursos suficientes como para adquirir objetos exóticos.[93]

Sin embargo, a pesar de este evidente esplendor, de todos los imperios que asistieron al nacimiento de la Ruta de la Seda, el de los kushán es también el más esquivo. Solo los retratos de sus reyes, con sus piernas arqueadas, sus pantalones, sus largas espadas y sus pobladas barbas, recordaban que aquellas gentes habían sido nómadas de la estepa. A pesar de la eficacia de su administración, apenas han

dejado testimonios escritos, porque la lengua que hablaban se transmitía únicamente de forma oral. Las leyendas de sus monedas solían estar en griego o en alguno de los dialectos de la India. Su religión era una sorprendente amalgama de cultos sincréticos: parece que sus primeros reyes eran zoroástricos, como los persas y los partos, pero también adoraban a dioses helenos y, tras apoderarse de la India, algunos se convirtieron al budismo y otros adoptaron creencias hinduistas. Un rey kushán podía presentarse ante el mundo como un devoto budista, y un par de décadas después su hijo y heredero hacía representar al dios hindú Shiva en sus monedas. Las creaciones de sus artesanos, que transformaron el arte oriental por su extraordinario refinamiento, fusionaban la iconografía india con las formas helenísticas y persas. Y entre los grandes imperios de los que fueron contemporáneos, parece que solo los chinos los identificaban con claridad como descendientes de los yuezhi. Los soberanos kushán se preocuparon por mantener buenas relaciones con Roma, y parece que pudieron enviar embajadores al Mediterráneo a lo largo del siglo II d. C. Sin embargo, los autores romanos se referían a ellos indistintamente como «indios» o «bactrianos». Es como si los kushán se escondieran detrás de las culturas de los territorios que habían conquistado, y sus rasgos propios fueran tan difusos que los investigadores han tenido problemas para fijar las cronologías de sus reyes o la extensión real de su inmenso imperio.[94]

Desde Bagram, el ramal indio de la Ruta de la Seda viraba hacia el este y seguía el curso del río Kabul, que daba nombre a este valle afgano. El río nace en las montañas del Hindú Kush, que cierran la mitad occidental del valle, atraviesa el llano de oeste a este y continúa su curso unos 350 kilómetros hacia el sureste, hasta desembocar en el Indo. Durante la mayor parte del año, el curso alto del Kabul no lleva demasiada agua, pero en verano, gracias al deshielo, su corriente se vuelve alegre y caudalosa. Así que los viajeros que partían de Bagram podían disfrutar de los caminos amplios y transitados, bien mantenidos por el Imperio kushán, que seguían el recorrido del río. Pero a unos 60 kilómetros al sureste de Jalalabad, justo al llegar a la frontera entre los actuales Afganistán y Pakistán, el Kabul gira hacia el norte y describe un amplio meandro. En ese tramo, su corriente discurre por una garganta estrecha, impracticable para las caravanas. Los viajeros se veían obligados a abandonar su curso y a tomar una ruta alternativa que se dirigía hacia el sureste y atravesaba las Montañas Blancas (Safed Koh) por el paso Jáiber (Khyber), que todavía hoy comunica Afganistán con Pakistán.

En este punto se debe tener en cuenta que la inmensa llanura del Indo —y, en realidad, todo el subcontinente indio— estaba separada de las tierras altas de Persia por grandes montañas y desiertos

infranqueables. No eran muchas las vías que comunicaban Persia con el valle del Indo, y la mejor de las rutas era la que seguía los caminos de la seda, atravesando Bactria y el norte de Afganistán. A lo largo de milenios, comerciantes, pastores y soldados han recorrido los mismos caminos junto a la corriente del río Kabul, y han abandonado el valle en el mismo punto para seguir el mismo trazado serpenteante a través del paso Jáiber, al que se puede dar, con justicia, el solemne apelativo de la Puerta de la India.[95]

En realidad, la ruta a través del paso no es particularmente complicada. El desfiladero se extiende a lo largo de unos 40 kilómetros y apenas supera los 1.100 metros en su punto más alto, lo que permite transitarlo durante la mayor parte del año. Sin embargo, hay algunas zonas muy estrechas, rodeadas de paredes de roca casi verticales. En esos puntos, basta un puñado de hombres bien situado para bloquear temporalmente el paso, y una fortaleza puede garantizar el control del lugar de forma permanente. Cuando el territorio estaba en manos de grandes imperios, como los kushán, se construían pequeños castillos y atalayas en las zonas altas, tratando de aprovechar su valor estratégico. Pero en épocas de inestabilidad estas fortificaciones quedaban reducidas a ruinas, y las tribus de la región aprovechaban la oportunidad para apoderarse del desfiladero y obligar a las caravanas a pagar peaje.

Tras dejar atrás el paso Jáiber, que podía recorrerse en poco más de una jornada, el viajero volvía a encontrarse con el curso del río Kabul, que atravesaba, de oeste a este, el corazón de la paradisíaca región de Gandhara (actual valle de Peshawar, en el extremo noroccidental de Pakistán). El valle de Gandhara era una gran extensión de tierra que parecía acurrucarse a los pies del Himalaya. Al norte, al oeste y al sur, estaba rodeado de altas montañas. Pero si se caminaba hacia el este, siguiendo la corriente, cada vez más caudalosa, del Kabul, la llanura se prolongaba hasta el punto en el que sus turbias aguas se mezclaban con las del Indo, que, al encontrarse todavía en su curso alto, presentaban una hermosa tonalidad turquesa. El exuberante Indo, uno de los grandes cursos fluviales de la Tierra, cruzaba el extremo oriental del valle de Gandhara de norte a sur, de modo que los dos ríos, el Kabul y el Indo, dibujaban una especie de enorme cruz de agua dulce sobre la llanura.

Gandhara era un regalo de los dioses, que parecían haber querido favorecerla con todos sus dones. La tierra era fértil. El agua, abundante. El clima, cálido, pero atemperado por la brisa fresca de las montañas. En un lugar así, la agricultura y el comercio se habrían bastado para hacer ricos a sus habitantes, pero es que, en Gandhara, además, abundaba el oro. Los arroyos que bajaban de las cumbres del Himalaya lo hacían cargados de tal cantidad de polvo y pepitas de oro

que la región era célebre, incluso entre los romanos, por la abundancia de este metal precioso. Adornada con tantos regalos de la naturaleza, no es de extrañar que Gandhara acabara convertida en una de las regiones más fascinantes de la Ruta de la Seda, y de ella se volverá a hablar, con cierto detalle, más adelante. Por el momento nos basta con saber que, mientras se recorría la llanura hacia el sureste, las ásperas tierras de Asia Central y de Afganistán iban quedando definitivamente atrás. Poco a poco, ante los ojos del viajero comenzaba a abrirse un mundo nuevo. El terreno se volvía llano, el paisaje se teñía de todas las tonalidades del verde, y el aire se sentía caliente y húmedo. A lo lejos, ríos enormes atravesaban un llano interminable que adoptaba la forma de un gigantesco abanico esmeralda y azul. Aquellos eran los confines del Punjab, la opulenta «Tierra de los Cinco Ríos»; el viajero había llegado, al fin, a la India.

El valle de Gandhara terminaba más allá del curso del Indo, en el corazón del Punjab. Aquí, en el extremo suroriental de Gandhara, se encontraba su ciudad más importante, la metrópoli de Taxila —cerca de la actual Islamabad, en el norte de Pakistán—, la segunda gran parada en el recorrido después de Bagram. Como no podía ser de otra manera, Taxila ocupaba un emplazamiento privilegiado, una auténtica encrucijada geográfica. Al norte, en las estribaciones más occidentales del Himalaya, se encontraba en el lugar en el que desembocaba la ruta de Gilgit, el recorrido de alta montaña que, a través del Karakórum, conectaba la cuenca del Tarim con la India. De oeste a este, Taxila estaba a medio camino entre los dos ríos más occidentales del Punjab, pues el Indo quedaba al oeste de la población, y el Hidaspes (actual Jhelum), afluente suyo, se encontraba al este. Y, por último, hacia el sur, desde la pequeña región amesetada en la que se encontraba la localidad, se dominaba buena parte de la llanura del Punjab, que se extendía a sus pies.

Taxila ya era importante a finales del siglo IV a. C., y jugó un cierto papel en la exótica campaña de Alejandro en la India. El rey de la ciudad, revelando una notable intuición política, fue uno de los primeros en ofrecer su alianza al macedonio. Alejandro, complacido, visitó Taxila, que se convirtió en su centro de operaciones a lo largo de la campaña del 326 a. C. Parece que fue aquí donde empezó a descubrir los fascinantes secretos de la India. Le contaron que en el subcontinente había sabios dotados de poderes sobrehumanos y conocimientos ocultos, y el rey heleno ordenó a Onesícrito, uno de sus colaboradores, aficionado a la filosofía, que se adentrara en el Punjab para investigar el asunto. Sin embargo, la mayor parte de las informaciones que le llegaban eran bastante más prosaicas. Mientras estaba en Taxila supo, por ejemplo, que el rey Poro, dueño de un gran reino vecino que se extendía desde el Hidaspes hasta el Chenab —el

tercero de los grandes ríos del Punjab—, se negaba a prestarle vasallaje. El macedonio decidió someterlo por la fuerza y condujo a su ejército desde Taxila hasta las orillas del Hidaspes, donde tuvo lugar la célebre batalla que ha tomado el nombre del río. Aquí no solo combatieron tropas llegadas de más allá del Hindú Kush; el rey de Taxila colaboró con Alejandro cediéndole no menos de cinco mil hombres. Muchos no volvieron, porque esta contienda fue una de las más sangrientas de toda la empresa alejandrina. Los macedonios y sus aliados eran superiores en número, pero Poro contaba con doscientos elefantes de guerra bien entrenados que aterrorizaron a la caballería helena. Al final, Alejandro consiguió una victoria pírrica, pero a costa de un gran número de muertos y heridos. Incluso Bucéfalo, su fiel caballo, murió de agotamiento después del combate, y los propios soldados helenos, exhaustos, se negaron a proseguir con las conquistas y exigieron a Alejandro que regresara a casa.

Resignado, antes de volver el rey macedonio fundó dos colonias en las orillas del Hidaspes, Alejandría Nicea y Alejandría Bucéfala, en honor de su caballo, y fue así como aquellos territorios comenzaron a experimentar una cierta influencia helena. Tras la muerte de Alejandro, el Imperio seléucida no fue capaz de mantener el control de las tierras situadas al este del paso Jáiber, pero los hábiles soberanos del reino grecobactriano sí que consiguieron extender sus dominios hasta el valle de Gandhara, y fundaron otra colonia en su extremo oriental, junto a Taxila. Por último, coincidiendo con el nacimiento de la Ruta de la Seda, esta región entró a formar parte del Imperio kushán, y Taxila se convirtió en la capital del reino, aunque durante los meses de verano los reyes evitaban el calor y la humedad del Punjab trasladando su residencia a Bagram, en el valle de Kabul.

Tenemos una descripción del aspecto que debía de presentar Taxila por aquel entonces, en tiempos del apogeo del Imperio kushán. Apolonio de Tiana, un filósofo que vivió en el siglo I d. C., abandonó una vida regalada en Anatolia y se dedicó a viajar por el mundo tratando de saciar su enorme ansia de conocimiento. Ya en su madurez, decidió partir a Oriente, a la India, en busca de los sabios que tanto habían impresionado a Alejandro. Conocemos los detalles de su periplo porque Apolonio, del que se decía que obraba milagros y al que los emperadores buscaban para obtener sus consejos, dejó también numerosos discípulos y admiradores. Uno de ellos, llamado Filóstrato, escribió una biografía del filósofo en el siglo III d. C. En este relato —casi una hagiografía en la que se mezclaban de forma bastante despreocupada fantasía y realidad— se contaba que, al final de su viaje, Apolonio llegó a la región de Gandhara, cruzó el Indo y recaló en la ciudad de Taxila.[96] La localidad estaba fortificada a la manera de las ciudades griegas, pero sus calles tenían un trazado

desordenado y sus casas estaban diseñadas para soportar los rigores del clima de la región. De cara al exterior parecía que tenían una sola planta, pero en su interior contaban con patios y pisos subterráneos, donde siempre había sombra y el ambiente era fresco. Aun así, aquellas gentes todavía tenían el ánimo de adorar al sol, al que estaba consagrado el principal templo de la ciudad. Este edificio había sido construido con piedra roja y estaba adornado con una gran estatua de oro, levantada en honor de Alejandro. Estos monumentos eran los más opulentos de la localidad, que, por otro lado, ofrecía un aspecto sorprendentemente sobrio para una capital imperial. Por lo visto, todo estaba en consonancia con el soberano que la gobernaba, un tal Fraortes, que era un auténtico dechado de virtudes. Solo tenía veintisiete años, pero ya conocía los principios de la filosofía y había oído hablar de Apolonio de Tiana, al que —siempre según Filóstrato— admiraba profundamente. No tenía ningún interés por las riquezas, que repartía incluso entre sus enemigos, y valoraba, por encima de todo, la paz. Era abstemio y vegetariano, mantenía su forma física ejercitándose a la manera helena, con la jabalina y el disco, y dominaba el griego, idioma en el que era capaz de debatir cuestiones filosóficas con el propio Apolonio.

No sabemos si el rey kushán llevaba realmente la vida de un asceta, y ni siquiera estamos seguros de que el viaje de Apolonio de Tiana a la India fuera real. Pero el redactor de su biografía, Filóstrato, también se tomó la molestia de consultar escritos sobre Oriente, y sus afirmaciones sobre la presencia de la cultura helena en la corte de Taxila no tenían por qué ser una exageración. Sabemos que los reyes kushán conocían el griego, que los escultores del valle de Gandhara realizaban relieves con escenas de la guerra de Troya y adornaban estatuas con hojas de acanto, y algunos autores llegaron a asegurar que en la India conocían a Homero, pues sus poemas se habían trasladado a la lengua local para poder recitarlos.[97] La influencia helena debió de penetrar en la región, naturalmente, con las colonias alejandrinas, y pudo consolidarse en tiempos del reino grecobactriano, pero es posible que el gusto por las formas occidentales también llegara a través de los intercambios comerciales.

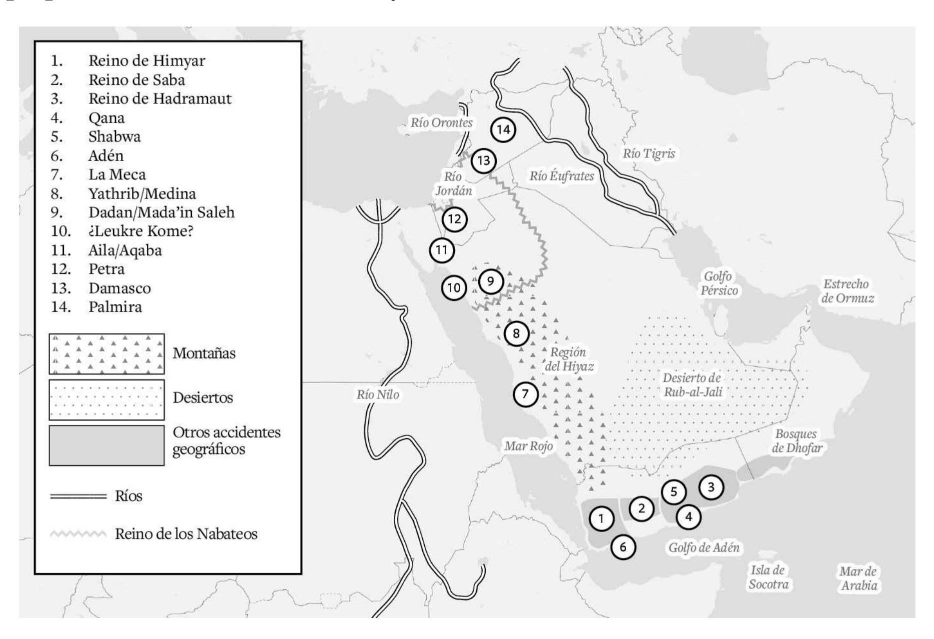
Ya hemos visto cómo, al igual que tantas ciudades importantes de la Ruta de la Seda, Taxila ocupaba una encrucijada de caminos. Hasta aquí llegaban las rutas que partían del Tarim o de Asia Central. Desde la ciudad, el valle del Punjab y la corriente del Indo ofrecían un recorrido cómodo hacia la zona de la desembocadura del río, donde se encontraba Barbaricum, uno de los enclaves importantes del recorrido marítimo de la Ruta de la Seda. Es probable que este fuera el trayecto que siguieron los vasos de Alejandría y los bronces romanos que los arqueólogos encontraron en el Tesoro de Bagram. Pero desde Taxila

también era posible atravesar el Punjab hacia el sureste. El camino era largo, pero a poco más de 700 kilómetros al este de Taxila, el Ganges emergía, majestuoso, de las montañas del Himalaya y comenzaba su recorrido de más de 2.000 kilómetros hasta el golfo de Bengala. Al igual que el Indo, el Ganges era otra de las grandes arterias comerciales del subcontinente y los puertos de su desembocadura eran frecuentados por los mercaderes del sudeste asiático. Desde su privilegiada ubicación, Taxila, como la propia India, ocupaba el centro de una red de ríos, mares, caminos y pasos de montaña capaces de conectar medio mundo.

A pesar de su cercanía a las aguas del Mediterráneo, Arabia estaba rodeada en la Antigüedad de un halo de misterio. Al contemplar la península, las gentes del litoral solo veían una sucesión de montañas y desiertos, apenas transitados por un puñado de nómadas que se atrevían a desafiar su climatología extrema. Sin embargo, sabían que, más allá de aquellas soledades, en valles ocultos y costas remotas, se escondían reinos riquísimos, dueños de mercancías tan valiosas como el oro. Los hebreos fantaseaban con la legendaria reina de Saba, que había viajado hasta Israel, cargada de exóticos regalos, para mantener amoríos con el sabio Salomón. Los griegos, por su parte, creían que Arabia era la tierra de los perfumes. Estaban convencidos de que toda la península desprendía un agradable aroma y que, para los navegantes, la confirmación de que se aproximaban a sus costas llegaba cuando comenzaban a aspirar su inconfundible fragancia. No eran los únicos que lo pensaban. Cuando los persas se apoderaron del norte de la península, exigieron a sus habitantes que pagaran tributo, y estos comenzaron a enviar, todos los años, mil talentos de incienso al Gran Rey. Los coquetos soberanos aqueménidas viajaban siempre acompañados de peluqueros y perfumistas que llevaban consigo un cofre bien surtido de los aromas de Arabia. Se contaba que Alejandro pudo hacerse con uno de estos baúles durante su campaña contra los persas, y que fue así como el rey macedonio (¡cómo no!) se convirtió, también, en el primero entre los griegos en usar perfume.[98] Los romanos, por último, se referían al sur de Arabia como «Arabia Felix», un apelativo que no hacía referencia estrictamente a la alegría de sus habitantes, sino que estaba acompañado de connotaciones de abundancia y prosperidad generalizadas.

Tal y como sospechaban las gentes de la Antigüedad, Arabia era rica en *aromata*, «perfumes», y estos se concentraban en el extremo meridional de la península. El corazón del territorio y gran parte de su mitad oriental eran un inmenso desierto de dunas de arena (Rub al-Jali), vacío e intransitable. Al oeste, estaba la región del Hiyaz, formada por una larga sucesión de volcanes extintos, algo más tolerable gracias al frescor que aportaban sus pequeñas cumbres, pero que carecía de recursos o atractivos propios. Pero en el sur, junto al mar, había pequeños valles entre las montañas, donde la tierra era más fértil, las lluvias más frecuentes y los cursos de agua más caudalosos. Sus habitantes eran más civilizados y sus pequeños reinos de nombres exóticos —Hadramaut, Saba, Himyar…—, más ricos y

populosos. En las costas se podían capturar perlas, más brillantes que las del océano Índico; en los valles se encontraban pepitas de oro puro; abundaban las palmeras datileras, cuyo fruto era dulce como la miel, y era allí, en las zonas rocosas del interior, donde crecían los pequeños árboles de la mirra y el incienso.



El incienso, al quemarse, producía un aroma embriagador, tan intenso que podía llegar a aturdir los sentidos. Desde hacía cientos de años, las gentes de la región lo habían utilizado para honrar a sus dioses, hasta el punto de que bastaba aspirar su fuerte perfume para intuir la cercanía de un lugar sagrado. Con el tiempo, algunos monarcas, como los reyes persas, lo emplearon para imbuir su presencia de un carácter sobrehumano, cercano a la divinidad. Y, al final, empezó a usarse en las residencias de los poderosos como un signo evidente de riqueza y sofisticación. Para entonces, el incienso había comenzado ya a utilizarse para elaborar perfumes y emplastos que servían para cortar hemorragias, limpiar heridas y curar algunos envenenamientos, como el producido por la cicuta. También era útil para el alivio de las úlceras, los abscesos y las hemorroides. Los egipcios lo usaban, junto con la mirra, en el proceso de embalsamar a sus muertos, y los romanos lo quemaban durante la incineración de los cadáveres para camuflar el perturbador olor que desprendía la carne humana al ser consumida por el fuego.

Por lo que respecta a la mirra, también podía calentarse para disfrutar de su delicado aroma, aunque se usaba principalmente en la elaboración de perfumes y medicinas. Los hebreos empleaban mirra y canela para hacer su aceite sagrado, y proporcionar buen olor a las

estancias y los ropajes. Los persas la utilizaban por sus propiedades cosméticas, y las mujeres griegas la apreciaban especialmente como perfume, porque su aroma era el que permanecía más tiempo sobre la piel. En cuanto a sus usos medicinales, la mirra servía como cataplasma por sus propiedades calmantes y antiinflamatorias, y podía indicarse también para tratar afecciones en los ojos y los oídos. Durante la crucifixión, se ofreció a Jesús vino mezclado con mirra, probablemente como analgésico; asimismo, entre los griegos y los romanos estaba extendida la costumbre de tomar el vino con mirra o canela.

En la Antigüedad existía el convencimiento de que sustancias dotadas de cualidades tan extraordinarias debían de ser, por fuerza, difíciles de obtener. Los griegos creían que los árboles del incienso estaban custodiados por pequeñas serpientes aladas, a las que solo se podía ahuyentar con el humo producido al quemar ciertos arbustos.[99] Y que para extraer el ládano, otro tipo de resina que también se empleaba para elaborar perfumes y medicinas, había que peinar las barbas de los machos cabríos, donde crecía de un modo similar al moho de la corteza de los árboles, de tal manera que el más delicioso de los aromas se encontraba en el más hediondo de los lugares.

En realidad, el incienso de mayor calidad provenía de un pequeño árbol del género *boswellia*, conocido popularmente por el nombre, no muy imaginativo, de árbol del incienso. Estos arbolitos se habían adaptado muy bien a las condiciones del sur de Arabia, donde las nieblas monzónicas atenuaban la sequedad del ambiente y los suelos eran calcáreos y rocosos. Abundaban en Dhofar (actual Omán), en la isla de Socotra y en el norte de Somalia, en torno al golfo de Adén, pero apenas podían verse fuera de estos lugares, lo que proporcionaba a sus habitantes prácticamente el monopolio de la obtención de estas sustancias. Se contaba que solo tres mil familias disfrutaban del privilegio de recolectar y comerciar con el incienso, y que para ellos se trataba de una actividad tan sagrada que cuando realizaban la tarea se abstenían de tener contacto con mujeres o de participar en funerales. La ubicación y el aspecto de los árboles se ocultaba a los extranjeros, y a mediados del siglo I d. C., Plinio el Viejo confesaba que no podía reseñar la apariencia de estas plantas, pues no había encontrado una sola descripción en los autores romanos, y las realizadas por los griegos le inspiraban poca confianza.

La obtención del incienso y la mirra se realizaba de la siguiente manera. Primero se practicaba una pequeña incisión en el tronco o se retiraba parte de la corteza. El arbolito comenzaba entonces a segregar una resina de color amarillo claro que se coagulaba al entrar en contacto con el aire, por lo que podía ser recogida con facilidad al cabo de unas semanas. Normalmente, los cortes se realizaban al final

de la primavera o a comienzos del verano, y las lágrimas de resina olorosa se recolectaban en otoño para que las caravanas, aprovechando el frescor de la estación, pudieran distribuirlas en invierno. Pero, con el tiempo, la presión de la demanda obligó a realizar una segunda recolección: los troncos volvían a cortarse en invierno y la resina se arrancaba del árbol con los primeros calores de la primavera, aunque la sustancia que se obtenía entonces se consideraba de peor calidad.

Los pedazos de incienso, recién tomados del árbol, eran de un color amarillo tan claro que parecían traslúcidos, pero se volvían opacos con el tiempo, y al rozarse unos con otros durante el transporte desprendían un finísimo polvo blanco, muy característico, que cubría la superficie de los bloques. Estos trozos eran fácilmente inflamables, pero, mientras ardían, el humo negro que provocaban tenía un aroma muy leve. Solo cuando se extinguía la llama, el pedazo de incienso, que permanecía caliente durante largo tiempo, exhalaba un humo blanco cargado de perfume. En cuanto a la mirra, provenía de unos arbustos similares, de la especie *commiphora myrrha*, y su resina, más oscura, de color marrón rojizo, se obtenía de un modo muy parecido, realizando pequeños cortes en el tronco. También podía quemarse para aspirar su aroma, aunque su fragancia no era tan fuerte como la del incienso.[100]

Sabemos que los egipcios y las gentes de Mesopotamia tuvieron acceso a estas sustancias desde, al menos, la Edad de Bronce. Todo parece indicar que las obtenían por vía marítima. Las resinas se despachaban desde las regiones del interior de Arabia, atravesaban las pequeñas cordilleras montañosas hasta los puertos del golfo de Adén o del mar de Arabia, y se embarcaban para cruzar el mar Rojo o el golfo pérsico rumbo a Egipto, Persia o Mesopotamia. Parece que la célebre expedición naval que la faraona Hatsepsut envió en el siglo XV a. C. al país de Punt (tal vez en las costas de Somalia) regresó a Egipto cargada, entre otras muchas cosas, con árboles de incienso. Sin embargo, a partir del siglo VII a. C., se observa una mayor presencia de mirra e incienso en otras regiones del Mediterráneo. Las gentes del Levante mediterráneo, por ejemplo, que hasta ese momento apenas habían conseguido acceder a estas resinas, comenzaron a usarlas con cierta profusión, y entre los griegos, el incienso y la mirra, que habían estado ausentes de los solemnes poemas homéricos, aparecían ya en los versos de Safo (*ca.* 650-580 a. C.). La poetisa describía jardines en los que podían verse altares humeantes de incienso en honor de Afrodita, la diosa del amor, y contaba cómo, en la boda del príncipe troyano Héctor con Andrómaca, las copas rebosaban mirra y canela.

La causa de este cambio se encontraba, al parecer, en un animal, no particularmente exótico y desde luego poco fragante, pero

extremadamente útil: el dromedario.[101] Como vimos al hablar de esa parte de la ruta, los camellos de dos jorobas o camellos bactrianos (*Camelus bactrianus*) fueron los protagonistas del tráfico de mercancías en la cuenca del Tarim y Asia Central. Su hermano pequeño, el dromedario o camello de una joroba (*Camelus dromedarius*), resultó clave para el establecimiento de rutas comerciales a través de los desiertos de Siria y Arabia. Estos animales eran cazados para obtener su carne —sorprendentemente tierna y sabrosa— desde la Edad de Bronce, y es posible que ya en el segundo milenio a. C. se comenzaran a criar en pequeños rebaños para aprovechar también su leche, su pelo, que se utilizaba en la confección de tiendas, y sus excrementos, que eran tan secos y compactos que servían como combustible. Pero el pastoreo de estos animales no debía de resultar una tarea muy atractiva. Los camellos eran animales complicados, con una envergadura que dificultaba su control y un carácter arisco e independiente. Las manadas necesitaban recorrer grandes extensiones de terreno para alimentarse, y la cría era muy laboriosa, porque los pequeños dependían de la madre durante largo tiempo y la temporada de apareamiento era muy corta.

Sin embargo, de algún modo, a comienzos del primer milenio a. C., siglos después de que empezara su pastoreo, el ser humano consiguió domesticarlos por completo y comenzó a utilizarlos como montura y bestia de carga. Para Oriente Medio, esto supuso una pequeña revolución. El dromedario era algo más pequeño y menos corpulento que el camello bactriano, pero, aun así, seguía siendo un animal formidable. Podía estar una semana sin beber agua, era capaz de cargar hasta 180 kilos de peso y cubría unos 32 kilómetros al día de forma sostenida. Esto significaba que podía recorrer más de 200 kilómetros en siete días sin necesidad de procurarle agua o comida. Estas características permitieron que caravanas de dromedarios comenzaran a atravesar los desiertos de Arabia, conectando el extremo meridional de la península con el valle del Jordán y el Mediterráneo. Fue en este momento, en torno al siglo VIII a. C., cuando surgió la Ruta del Incienso.

El recorrido nacía en los grandes bosques de incienso de Dhofar, en el extremo meridional de Arabia. Aquellas llanuras escondidas pertenecían al reino de Hadramaut, probablemente el más grande y poderoso de todo el sur de la península. Sus soberanos enviaban la mayor parte de la producción al puerto de Qana, desde donde se monopolizaba la distribución marítima de la resina. Pero otra parte de la cosecha podía enviarse a la capital, Shabwa, en el corazón del actual Yemen. En esa región se apelotonaban varios reinos, muy pequeños, pero extremadamente ricos gracias a su dominio sobre las exportaciones de resinas aromáticas. Hadramaut controlaba la

producción de incienso, y el resto de reinos se había especializado en la recolección de la mirra. Ignoramos qué tipo de acuerdos sellaron entre ellos, pero compartían las infraestructuras de producción, transporte y almacenamiento, y parece que ofrecían un frente común en todo lo que se refería al comercio de larga distancia. Los mercaderes podían adquirir estos productos en Shabwa, pero también en Timna, la metrópoli del vecino Qatabán, o en Ma'in, la localidad más importante de los mineos. Finalmente, ya en el extremo occidental del actual Yemen, los mercaderes ponían rumbo norte y comenzaban a recorrer el Hiyaz, aprovechando la precaria protección que ofrecían las montañas. El recorrido cambiaba con la época o la estación, pero casi todos hacían un alto en Yatrib (Medina), la gran ciudad caravanera del corazón del Hiyaz. En esta parada, y en otras que se hacían a lo largo del camino, las caravanas debían pagar peajes a las tribus nómadas, a los que se sumaba el pago por el agua, el forraje o los gastos de alojamiento, multiplicando el precio de las resinas que transportaban.

Desde Yemen hasta el extremo noroccidental de la península arábiga, la Ruta del Incienso completaba un recorrido de unos 2.800 kilómetros, que se realizaba en algo más de setenta días y terminaba en el golfo de Aqaba o en Petra, la gran ciudad de los nabateos.[102] Desde aquí, las caravanas podían continuar su periplo en varias direcciones: los caminos del oeste conducían hasta el delta del Nilo, y los del noroeste, hasta el puerto de Gaza, uno de los grandes enclaves comerciales de la región. Sin embargo, probablemente, la ruta más utilizada era la que continuaba rumbo norte, en dirección a Damasco, a través del Camino del Rey. Los mercaderes, que habían salido del sur de Arabia poco más de dos meses atrás, podían llegar en unos días a la ciudad caravanera de Damasco y, desde aquí, alcanzar con facilidad el oasis de Palmira, donde sus mercancías se distribuían por las tierras altas de Siria o se enviaban a Mesopotamia.

LOS SEÑORES DEL DESIERTO

A finales del primer milenio a. C., el comercio de los *aromata* en el extremo septentrional de la Ruta del Incienso y el Camino del Rey estaba en manos de unos antiguos pastores nómadas que, no se sabe muy bien cómo, habían acabado siendo dueños de un espectacular imperio comercial: los nabateos.

Su origen es bastante misterioso. Debían de provenir de algún lugar de la península arábiga, pero no comenzamos a ubicarlos con cierta seguridad hasta mediados del primer milenio a. C. Por aquel entonces, los asirios y los babilonios habían conquistado los reinos de Israel y de Judá, deportando a parte de las tribus hebreas —es la época del célebre Cautiverio en Babilonia—. Estos desplazamientos forzosos de

población provocaron un pequeño terremoto demográfico en la zona: pueblos enteros comenzaron a moverse para ocupar los espacios vacíos, y los nabateos acabaron estableciéndose en las orillas meridionales del mar Muerto. Desde aquí, poco a poco, fueron haciéndose con el control de los oasis y las rutas que conectaban la región del Sinaí, el desierto del Negev y el norte de Arabia. Diodoro Sículo, historiador romano del siglo I a. C., aseguraba que los nabateos cimentaron su dominio de aquellas vías de comercio gracias a su conocimiento de los caminos, de los oasis y de las cisternas de agua de lluvia que cavaban por toda la zona y que eran el único medio para atravesar el desierto. Mantenían estas informaciones clave en secreto, así como el origen de los productos con los que mercadeaban: mirra e incienso de Arabia, pimienta y canela de la India, perlas del mar Rojo, oro y manufacturas de lujo de Egipto, bitumen del mar Muerto… Casi todos estos productos se obtenían en los valles escondidos del sur de la península o arribaban a los puertos de Arabia. Los nabateos los compraban a los pequeños reinos que dominaban aquellas regiones y los trasladaban a través de la Ruta del Incienso, transportándolos ellos mismos o cobrando un peaje a aquellos que deseaban emplear sus propias caravanas. Además, también criaban con éxito caballos, camellos y ovejas, y contaban con importantes minas de cobre.

Para finales del siglo IV a. C., los nabateos ya debían de poseer un territorio considerable, pero encajonado entre dos gigantes: el Egipto ptolemaico y el Imperio seléucida, por lo que se mantuvieron en un discreto segundo plano. Solo a partir del siglo II a. C., cuando las crisis internas y los ataques externos sumieron a estos reinos helenísticos en una profunda decadencia, los reyes nabateos aprovecharon la oportunidad para expandirse, incorporando, sometiendo o desplazando a otras tribus árabes hasta que se hicieron con el control de gran parte del tráfico mercantil entre el noroeste de la península arábiga y la Transjordania, tanto por tierra como por mar.

Por tierra, los señores del desierto controlaban la Ruta del Incienso y el Camino del Rey desde el oasis de Dadan (en el Hiyaz, a unos 350 kilómetros al norte de Yathrib, donde se encuentra hoy la necrópolis nabatea de Mada'in Saleh) hasta Damasco, donde los reyes nabateos llegaron a acuñar moneda. Pero los nabateos también contaban con puertos: Aila (Aqaba), en el extremo septentrional del golfo de este nombre, y Leuke Kome (la Aldea Blanca), situado en algún punto por determinar al sur de Aqaba, en la costa del mar Rojo. Aunque son conocidos sobre todo por su dominio del desierto, muchos mercaderes nabateos se dedicaban al comercio marítimo entre el golfo de Aqaba, los puertos egipcios del mar Rojo y el golfo de Adén. Un barco podía recorrer en dos meses días la distancia entre Qana y Leuke Kome, y desde aquí había apenas 100 kilómetros de distancia hasta Petra. Las

caravanas que conectaban la ciudad y el puerto debían de ser tan grandes y numerosas que los autores antiguos aseguraban que al contemplarlas desde lejos a uno le parecía estar viendo un ejército.

Sin embargo, justo en el momento de mayor esplendor del reino nabateo, cuando se construyeron las tumbas más hermosas de Petra y la capital se llenó de templos, fuentes y jardines, la suerte de los señores del desierto comenzó a cambiar. A mediados del siglo I a. C., el incienso y la mirra debían de llegar al Mediterráneo en enormes cantidades y la República de Roma era su principal consumidor. Sabemos que un siglo más tarde, se gastaban 50 millones de sestercios, todos los años, solo en comprar productos de Arabia. Los romanos quemaban incienso prácticamente en cualquier ocasión: durante las celebraciones oficiales, los sacrificios públicos y privados, y para celebrar bodas, cumpleaños, nacimientos y funerales. El incienso y la mirra se echaban a la bebida y a la comida, se fundían en emplastos medicinales y se mezclaban con aceites para elaborar perfumes. Estas resinas abundaban en las mansiones de los ricos, pero su aroma también podía aspirarse en las casas de los pobres; muy miserable tenía que ser aquel que no podía apartar unos denarios para quemar un poco de incienso de la peor calidad, confiando en ganar el favor de los dioses y cambiar su fortuna. El negocio era enorme y, a medida que crecía, lo hacían también las ambiciones de los hombres. En Alejandría, donde había grandes almacenes de incienso y la resina se procesaba para su venta, toda precaución era poca para evitar los robos. Se sellaban los delantales de los trabajadores, se les obligaba a cubrir su rostro con una máscara y, cuando los operarios abandonaban el recinto, se les desnudaba por completo para que un minucioso examen confirmara que no se llevaban consigo ni el más pequeño pedazo de resina dorada.[103]

Los romanos estaban convencidos de que el exceso de riquezas abotargaba el espíritu, lo que proporcionaba un cierto consuelo a quienes carecían de ellas. Era bien sabido, por ejemplo, que aquellos que transportaban *aromata* se contaban entre los más descuidados de los mercaderes, porque aspirar constantemente perfumes tan intensos los dejaba aturdidos y somnolientos. Los jefes de las caravanas se veían obligados a llevar siempre consigo un poco de bitumen, cuyo repugnante humo, al quemarse, espabilaba de golpe al trabajador más amodorrado. Sabedores del valor de las mercancías que producían, los romanos pensaban también que los reinos del sur de la península debían de ser los más ricos entre los árabes; imaginaban que sus almacenes rebosaban de objetos valiosos, que sus casas eran como palacios y que estaban adornadas con marfil, plata, oro y piedras preciosas. En medio de tanta abundancia, sus reyes —cavilaban al fin los romanos— seguramente habían perdido el gusto por el gobierno y

pasarían los días entregados a todo tipo de deleites, consumidos por una femenina voluptuosidad. Gentes así eran una presa fácil para cualquier imperio, y lo más conveniente para todos era que cayeran, cuanto antes, en manos de Roma.

El primero en interesarse por Arabia fue Pompeyo, que, a mediados de la década de los sesenta del siglo I a. C., recorrió el Mediterráneo oriental limpiando la región de piratas y reorganizando los dominios de la República en la zona. Tras su regreso a Roma, el triunviro dejó en Oriente a un hombre de confianza, Marco Emilio Escauro, y este decidió en el año 62 a. C. apoderarse de la ciudad de Petra, probablemente con la idea de hacerse con todo el reino de los nabateos. Las tropas de Escauro se adentraron sin problemas en aquel territorio, incluso pusieron la ciudad bajo asedio, pero Petra ocupaba un enclave casi inexpugnable y el ejército romano se quedó sin suministros antes de conseguir superar sus defensas. Al final, las dos partes llegaron a un acuerdo: Escauro levantó el cerco a cambio de que los nabateos accedieran a convertirse en aliados/vasallos de la República. Pudo ser en este contexto cuando las autoridades romanas establecieron un punto de control aduanero en Leuke Kome, y quizás también enviaron una guarnición a la ciudad. Pero los nabateos, antiguos nómadas del desierto, orgullosos de su libertad, debieron de asistir a esta pérdida de independencia con disgusto, y es posible que aprovecharan cualquier oportunidad para sacudirse el dominio romano, o, al menos, aliviar su yugo.

Tres décadas después, en el año 30 a. C., Octaviano se apoderó de Egipto y empezó a interesarse por el comercio entre el mar Rojo y el mar de Arabia. Apenas seis años más tarde, en el 24 a. C., Octaviano, convertido en el emperador Augusto, ordenó al prefecto de Egipto, Elio Galo, que emprendiera una expedición hasta las costas de Etiopía y el extremo meridional de Arabia, la región a la que los romanos llamaban Arabia Felix. La campaña debía proporcionar conocimientos veraces acerca de aquellas tierras tan aisladas y remotas, y, de paso, tantear la posible incorporación de sus reinos, especialmente el de los sabeos, al que se tenía por el más rico de todos.[104] Los preparativos de la empresa fueron espectaculares: se construyeron ochenta barcos de guerra y ciento treinta de transporte, y se reunieron unos diez mil soldados. Entre ellos había un millar de nabateos, enviados por el rey Obodas II (30-9 a. C.). Al parecer, los nabateos estaban muy implicados en la expedición y habían animado a Augusto a emprenderla, asegurándole que le ayudarían en todo. Buena prueba de este compromiso era que las tropas de los señores del desierto estaban comandadas por cierto Sileo, uno de los hombres de confianza de Obodas II. Nadie sospechaba entonces que los motivos de los nabateos eran espurios y que este estaba destinado a convertirse en el gran

villano de la campaña.

La expedición partió el 26 o el 25 a. C. del puerto de Cleopatris, situado en el extremo noroccidental del mar Rojo, entre Egipto y la península del Sinaí. Las tropas embarcaron en los navíos de transporte y la flota puso rumbo al sureste, hacia el enclave nabateo de Leuke Kome. La victoria se tenía por segura y los poetas habían comenzado ya a cantar las hazañas de los héroes de la conquista de Arabia.[105] Sin embargo, la flota romana se veía retrasada constantemente por los bancos de arena, los arrecifes y lo accidentado de la costa, y el avance era lento y penoso. Se perdieron algunos barcos, muchos soldados cayeron enfermos y se tardó más de dos semanas solo en alcanzar el puerto de Leuke Kome, en la orilla oriental del mar Rojo. Al contemplar a su ejército, extenuado tras quince días de campaña sin haber librado ninguna batalla, Elio Galo decidió que descansarían durante todo el verano y que la expedición continuaría en invierno, una vez pasados los calores de la estación. Debió de ser entonces, mientras estaban alojados en el enorme puerto nabateo, cuando los romanos comenzaron a sospechar. Sileo, el ministro de Obodas II, les había asegurado que no había manera de llegar a Leuke Kome por tierra y, sin embargo, el lugar estaba atestado de caravanas de mercaderes, grandes como ejércitos, que partían o regresaban de Petra cargadas de todo tipo de productos.

Tras pasar varios meses allí, el ejército romano se puso de nuevo en marcha. El plan de Elio Galo era atravesar la península, siguiendo la Ruta del Incienso, hasta su extremo meridional. A pesar de que el personaje provocaba una creciente desconfianza, se decidió seguir los consejos del nabateo Sileo sobre el camino a tomar. Se cargó agua en camellos y comenzó el avance hacia el sur, que transcurría con una lentitud desesperante. Las tropas caminaron durante semanas por parajes desérticos, sin encontrar caminos ni provisiones, algo extraño en una ruta frecuentada por mercaderes. A medida que se internaban en la península arábiga, ya lejos de los dominios de los nabateos, comenzaron a encontrar una cierta oposición y realizaron sus primeras conquistas. Aquellos árabes, tal y como sospechaban los romanos, eran inexpertos con las armas y las legiones los derrotaban con facilidad. La mayor parte de los reyezuelos de la zona abandonaban sus ciudades al saber de la llegada de las tropas, y fue así como Elio Galo debió de conquistar la capital de los Negrani, que tal vez se pueda identificar con la moderna Meca.

Finalmente, tras seis meses de marcha a través del desierto, la expedición llegó a dos días de distancia de Arabia Felix, la tierra del incienso. Los soldados estaban exhaustos, pero la perspectiva de completar la campaña debió de animarlos; sacando fuerzas de flaqueza, se lanzaron contra aquellos reinos, alentados por la

expectativa de una victoria fácil. Sin embargo, fue entonces cuando la resistencia se hizo más fuerte. Las ciudades del sur contaban con grandes murallas y estaban atestadas de soldados, y sus reyes, a los que se creía cobardes y perezosos, parecían decididos a presentar batalla. Las provisiones escaseaban, los asedios no podían concluirse por falta de agua, y al hambre y la sed se sumaban la ferocidad de los enemigos y las enfermedades desconocidas, que debilitaban a los hombres hasta el extremo de impedirles caminar.

La campaña terminó de forma desastrosa. Incapaz de conquistar aquellas regiones, Elio Galo se vio obligado a reconocer su fracaso y emprender el regreso. Escarmentado, desoyó las indicaciones del nabateo Sileo y tomó rutas distintas a las que este les había recomendado. Descubrió entonces, con estupor, que la marcha que habían realizado en seis meses de norte a sur pudo completarse en apenas sesenta días de sur a norte. Cuando, por fin, la expedición llegó a Alejandría, se comprobó la magnitud de la derrota. Gran parte del ejército había perecido no por los combates, sino a causa de las privaciones y la dureza de la ruta. Había sido imposible penetrar en la tierra del incienso, y el conocimiento que se había obtenido de aquellas regiones era escaso. Pareciera que los únicos beneficiados de aquella costosísima campaña hubieran sido los nabateos. Sileo había utilizado a los romanos para destruir a algunos rivales incómodos del corazón de Arabia y debilitar a los reinos del sur, con la esperanza de que las tropas romanas perecieran por la sed y la enfermedad, y él pudiera enseñorearse de los restos. Si el ministro actuaba por cuenta propia o siguiendo instrucciones del rey, es algo que no pudo comprobarse, porque el monarca nabateo, el indolente Obodas II, se desentendió de cualquier implicación en el asunto. Así que no se buscaron mayores responsabilidades por no añadir un incidente diplomático al fracaso de la campaña militar.[106]

Es posible que, tras el desastre de la campaña de Elio Galo, los nabateos suspiraran aliviados, confiando en que su dominio sobre la Ruta del Incienso y sus inmensos beneficios permanecían a salvo. Se restablecieron relaciones cordiales entre unos y otros, e incluso los pequeños reinos de Arabia Felix, una vez pasado el susto, comenzaron a enviar a Roma embajadas cargadas de regalos para atraerse la benevolencia de los emperadores. Pero lo cierto es que la conquista romana de Egipto había puesto en marcha una serie de cambios profundos que, a la larga, fueron tan devastadores como una derrota militar. Los puertos egipcios del mar Rojo y el recorrido marítimo de la Ruta de la Seda no solo proporcionaban al Imperio romano acceso a los cada vez más ansiados productos de Oriente. También eran una vía para evitar los aranceles y la injerencia de los partos, el gran enemigo de Roma. Las autoridades romanas, conscientes de ello, realizaron

grandes inversiones en las infraestructuras de la región, favoreciendo, por todos los medios, el tránsito marítimo entre las costas de Egipto y de la India. Los efectos debieron de comenzar a percibirse casi de inmediato. Estrabón comentaba que, en el pasado, los nabateos habían distribuido los *aromata* al Mediterráneo desde el puerto de Leuke Kome y el enclave de Petra. Sin embargo, las cosas habían cambiado a partir del reinado de Augusto, y esas mercancías, junto con los productos de la India, arribaban en grandes cantidades al puerto egipcio de Myos Hormos, en el mar Rojo, y, desde aquí se trasladaban al valle del Nilo para enviarlas a los grandes almacenes de Alejandría. En comparación, el recorrido terrestre a través de la Ruta del Incienso, controlado por los nabateos y plagado de intermediarios, debía de resultar más largo y costoso, y es de suponer que el volumen de mercancías que se transportaban por esta vía debió de menguar a lo largo del siglo I d. C.

A finales de la centuria, en el 98 d. C., llegó al trono un nuevo emperador, Trajano (98-117 d. C.). El monarca, que ya había destacado por sus dotes para la milicia durante su carrera como senador, comenzó su reinado con una espectacular campaña militar que lo llevó a apoderarse de la mayor parte del territorio de los dacios, en la actual Rumanía. Sin embargo, la conquista de la Dacia solo era un prólogo, un paso previo deseable que proporcionó al imperio riquezas con las que financiar una empresa mucho más ambiciosa: la derrota del Imperio parto. El sueño de vencer al temido enemigo había sido acariciado por algunos de los hombres más grandes de Roma: Licinio Craso, Julio César, Marco Antonio… Pero todos habían fracasado, y durante un siglo, los dos imperios, el parto y el romano, habían aceptado una paz precaria, temerosos de las consecuencias de una guerra total entre los dos colosos. Sin embargo, la posibilidad de enfrentarse al único estado capaz de medirse con Roma, de emular a Alejandro y marchar hacia Oriente, sedujo a Trajano, convencido de que él, un provincial, podía triunfar donde incluso los descendientes de los dioses habían fracasado.

La campaña contra los partos, la más ambiciosa emprendida desde la fundación del imperio, se planeó con cuidado. Era importante no solo disponer de tropas y pertrechos, sino garantizar las líneas de suministros para un inmenso ejército que iba a adentrarse en un territorio enemigo lejano y rodeado de desiertos. En este contexto, el reino nabateo, dueño de los viejos caminos que conectaban Arabia, Siria y Mesopotamia, era una pieza importante. Una traición, como la que habían sufrido las tropas romanas de Elio Galo en su intento de conquista de Arabia Felix, podía comprometer toda la campaña y hacer que la guerra contra los partos terminara en un desastre. Por fortuna para Roma, los señores del desierto ya no eran sino una

sombra de lo que habían sido. El auge del recorrido marítimo de la Ruta de la Seda había menguado sus arcas y el largo vasallaje había apaciguado sus ansias de independencia. A comienzos del año 106 d. C. el anciano rey nabateo Rabel II falleció. Su hijo y sucesor no se atrevió a subir al trono de forma inmediata. Tal y como dictaban los acuerdos que los nabateos habían suscrito con Roma, esperó pacientemente el permiso del emperador Trajano para convertirse en rey de su propio reino. Sin embargo, este permiso nunca llegó. Trajano consideró que era más conveniente incorporar el territorio a los dominios de Roma para garantizar el control directo de las rutas nabateas, y la anexión se produjo de forma casi imperceptible. El emperador había tenido la precaución de enviar dos legiones, por rutas distintas, preparadas para sofocar cualquier alzamiento, pero parece que apenas hubo algunos combates que se resolvieron rápidamente con victorias romanas. Para la primavera del 106 d. C. el reino nabateo había dejado de existir y, en su lugar, nació una nueva provincia llamada Arabia Pétrea en honor de la vieja ciudad escondida de los señores del desierto.

La conquista romana no supuso el fin de la Ruta del Incienso. Al contrario. Una vez concluidas las operaciones de anexión, la maquinaria romana centró su atención en las infraestructuras de la zona, que había sido incorporada precisamente por sus posibilidades de comunicación. Entre los años 111 y 114 d. C., legionarios acantonados en Petra transformaron el viejo Camino del Rey en una calzada: la *Via Traiana Nova.* Era magnífica: tenía más de 500 kilómetros de largo, unos 6 metros de ancho y unía Damasco con el puerto de Aqaba, en el mar Rojo. El recorrido contaba con mansiones, paradas de posta para el correo imperial y los viajeros, y también, probablemente, con torres para la transmisión de mensajes mediante señales luminosas. Otro tanto ocurrió con el recorrido marítimo de la Ruta de la Seda. Se mejoraron las conexiones terrestres entre los puertos egipcios del mar Rojo y el valle del Nilo, excavando aljibes de agua junto a los caminos y levantando fortalezas en los tramos más peligrosos. E incluso se volvió a abrir, en la mitad oriental del delta del Nilo, un canal que conectaba el puerto de Cleopatris, en el mar Rojo, con la ciudad de Babilonia (hoy un barrio de El Cairo). Comenzaba el siglo II d. C. y, doscientos años después de su nacimiento, la Ruta de la Seda, terrestre y marítima, estaba en uno de sus momentos de mayor esplendor.

LA RUTA DE LAS ESTEPAS

A finales del siglo V a. C. un joven mercader navegaba en bote por un afluente del Dniéper, unos 300 kilómetros al norte de las costas del mar Negro, en el corazón de la actual Ucrania. Es posible que fuera griego, tal vez proveniente de alguna de las colonias que los helenos habían fundado en el Pontus Euxinus (mar Negro). En ese caso, había hecho un largo viaje, pues la ciudad griega más cercana estaba a más de 500 kilómetros de distancia. En su tosca embarcación, apenas una chalupa tallada en un único tronco de roble, llevaba una carga muy valiosa: quince recipientes de bronce chapados en oro, delicadamente elaborados por artesanos helenos. Los objetos, que incluían ánforas, platos e incluso un gran cuenco para mezclar vino, estaban probablemente destinados a satisfacer la demanda de bienes de lujo de los príncipes escitas que dominaban la región. Aquellas piezas de metal se adaptaban bien a las necesidades de los potenciales clientes del mercader, porque los contenedores de cerámica, aunque apreciados, eran demasiado frágiles para soportar la ajetreada vida de los nómadas de la estepa. Sin embargo, de improviso, algo sucedió: tal vez una tormenta, quizás la mala distribución de la pesada carga en una embarcación tan precaria… El bote zozobró y se hundió, los preciados recipientes se depositaron en el lecho del río y el mercader murió ahogado. Su cuerpo y sus calderos quedaron cubiertos por más de dos metros de turba, que se encargó de preservarlos, casi intactos, hasta nuestros días. Cuando se hallaron sus restos, en 1962, el desventurado joven se convirtió en uno de los comerciantes más antiguos documentados de una serie de caminos ancestrales, paralelos a los de la seda, a los que se ha dado el nombre de la Ruta de las Estepas.[107]

Las vastas llanuras que se extendían más allá de la costa septentrional del mar Negro, en la actual Ucrania, estaban repletas de oportunidades. Aquí, aseguraban los griegos, el agua era limpísima y fresca; la hierba, alta; los pastos, saludables para el ganado; la pesca, abundante y de gran calidad; la sal se obtenía fácilmente, acumulada en grandes costras a la orilla del mar, e incluso se podían hallar unos pescados que tenían la delicadeza de carecer de espinas, lo que los hacía especialmente adecuados para las salazones.[108] Los cereales, como el trigo y la cebada, crecían en abundancia, y en aquellos llanos también se criaban excelentes caballos, tal vez algo pequeños y rebeldes para el gusto de los helenos, pero más veloces que los equinos del sur. Los grandes ríos que recorrían la planicie hasta

desembocar en el mar —el Danubio, el Dniéster, el Dniéper o el Don— se internaban miles de kilómetros hacia el oeste, el norte y el este, y, a través de su corriente, proporcionaban acceso a los más remotos confines de Eurasia. Hasta las gentes que poblaban aquellas regiones a mediados del primer milenio a. C., los escitas, colaboraban de algún modo con los atractivos de la región. A pesar de su condición de bárbaros, tenían un considerable apetito por los productos del Mediterráneo y, lo que era más importante, poseían riquezas suficientes para comprarlos a buen precio.

Los escitas eran tribus de la estepa de origen indoiranio, al igual que los medos y los persas. Estos descendían de antiguos nómadas que habían abandonado las llanuras de Asia para establecerse en las tierras altas de Persia, habitar ciudades y fundar imperios. Los escitas, por su parte, pertenecerían a la estirpe de aquellos que se habían quedado en la estepa, manteniendo sus antiguas costumbres nómadas, sin llegar nunca a sedentarizarse. En cualquier caso, su entrada en la historia fue triunfal. A finales del siglo VII a. C., los escitas se unieron a los medos y los babilonios en una gigantesca alianza contra los asirios, que terminó con la caída de su imperio y la destrucción de su capital, Nínive, propiciando el nacimiento de los imperios neobabilonio y persa.

A partir de este momento, los escitas comenzaron a aparecer con frecuencia en el arte y la literatura de sus vecinos del sur. Cubrían sus rostros con una tupida barba, llevaban pantalones anchos y se defendían de los gélidos vientos de la estepa con un sombrero puntiagudo que les cubría la nuca y las orejas. Eran pastores nómadas, jinetes expertos, consumados arqueros, y no habitaban más ciudades que las que podían formar en unas horas agrupando los carros de madera que usaban en sus desplazamientos estacionales. Pasaban los inviernos junto al mar Negro, en las tierras de su orilla septentrional, pero con la llegada de la primavera trasladaban los carros al norte para que sus caballos y sus rebaños disfrutaran del pasto jugoso de la estepa. Sus costumbres, a ojos de griegos, romanos y gentes civilizadas en general, eran el colmo de la barbarie: sellaban sus pactos con cortes en los brazos, bebían la sangre de sus enemigos, decapitaban a sus adversarios caídos y usaban las cabezas para adornar sus monturas o fabricar copas, incluso si se trataba de la testa de un familiar o allegado con el que hubieran tenido alguna disputa. Una de las mayores muestras de hospitalidad que podían ofrecer a un invitado era presentarle una buena vajilla de cráneos humanos recubiertos de oro.

Los helenos, que podían pasar por alto estos pequeños detalles si se presentaba una oportunidad de enriquecimiento, se habían contado entre los primeros en explorar las posibilidades de las orillas del mar

Negro. Las leyendas aseguraban que la guerra de Troya había estallado a causa de las hermosas trenzas de Helena, hija de Zeus. Pero lo cierto es que el conflicto, que debió de tener lugar a finales del segundo milenio a. C., pudo responder, más bien, al deseo de controlar el Helesponto (estrecho de los Dardanelos) y el lucrativo tránsito comercial entre las costas del mar Negro y los reinos micénicos del mar Egeo. Las excavaciones en la ciudad, ubicada a orillas del estrecho del Helesponto, han revelado, de hecho, que Troya fue destruida y reedificada varias veces, buena prueba de que ocupaba un emplazamiento tan disputado como estratégico. A comienzos del primer milenio a. C., los griegos llevaron un paso más allá su interés por la zona y comenzaron su expansión por las costas del mar Negro, fundando allí sus primeras colonias. Estos nuevos asentamientos estaban destinados a aliviar la superpoblación de sus respectivas metrópolis, a ocupar territorios ricos desde el punto de vista agrícola y ganadero, a explotar los bosques y las minas de la región, y a controlar los espacios de mayor interés, como el mencionado Helesponto, la Propóntide (mar de Mármara) o el estrecho del Bósforo. Fue aquí, probablemente en el siglo VII a. C., donde los helenos fundaron Bizancio, una ciudad que estaba destinada a jugar un papel clave en los caminos de la seda.

Para mediados del siglo VI a. C. los griegos ya estaban lo bastante familiarizados con el Pontus Euxinus (mar Negro) como para aventurarse hasta su extremo septentrional y colonizar la península de Crimea, a la que daban el hermoso nombre de Quersoneso Táurico. Este territorio sumaba a los atractivos de aquellas costas las ventajas de disfrutar de un clima más templado, contar con numerosos puertos naturales y, sobre todo, ser fácil de defender. El istmo que unía la península al continente estaba horadado por una infinidad de lagos, golfos de mar y tierras pantanosas, y contaba con una única franja de tierra firme transitable en el extremo occidental de la península. Este corredor era tan estrecho que convertía Crimea casi en una isla, lo que proporcionaba una cierta distancia, muy deseable, con los bárbaros escitas. Estos, pastores nómadas, no valoraban la tierra y eran generosos con cualquiera que se ofreciera a cultivarla, pero a cambio exigían tributos y no dudaban en hacer la guerra a aquellos que se resistieran a entregarlos. En cualquier caso, las colonias helenas de Crimea se hicieron tan prósperas gracias a la agricultura, la pesca, la explotación de las salinas y el intercambio de mercancías con los escitas, que acabaron por fundar su propio estado independiente, conocido como el Reino del Bósforo.

Los griegos enviaban a las costas del mar Negro sus cerámicas, artesanías de bronce, aceite, vino y mercancías de lujo provenientes del Mediterráneo, y obtenían a cambio trigo y cebada, sal y salazones

del mar de Azov, caballos y pieles de animales exóticos que se cazaban en la profundidad de la estepa y se transportaban al mar Negro utilizando la corriente de los grandes ríos.[109] Los intensos intercambios comerciales comenzaron pronto a dejar su huella en la región. Los objetos escitas empezaron a adoptar formas tomadas del arte griego, y las mercancías de lujo helenas, como los recipientes de bronce que transportaba el mercader del comienzo del capítulo, comenzaron a aparecer en los kurganes, los túmulos donde se enterraba a los jefes escitas. Aseguraba Heródoto que los cadáveres de los señores de la estepa se destripaban y se embalsamaban con incienso de Arabia antes de ser depositados en la fosa, y que las mujeres escitas también usaban como cosmético un ungüento hecho con esta resina. Lo extendían por sus cuerpos por la noche y proporcionaba a su piel un olor dulce y un aspecto limpio y brillante.[110]

Pero en las estepas nadie permanecía demasiado tiempo en un mismo lugar. Los escitas dominaron las costas septentrionales del mar Negro y el Caspio durante cientos de años, hasta que, a finales del siglo III a. C., otra tribu nómada, los sármatas, se apoderó de aquellas regiones. Al parecer, los sármatas, que procedían de algún territorio situado al norte del mar de Aral, también eran de origen indoiranio, y los autores romanos los describieron en términos similares a los escitas. Al igual que estos, carecían de templos y de ciudades, y para rendir culto a su dios de la guerra les bastaba con clavar una espada en el suelo. Se cubrían el cuerpo con tatuajes, preferían las lanzas pesadas y las espadas largas a los arcos, y vestían unas cotas de escamas tan bien trabadas que eran capaces de resistir los flechazos. Los sármatas eran guerreros formidables, y los autores antiguos comentaban que no había una formación capaz de resistir un ataque cerrado de su caballería al galope. Cuando acudían a la batalla tenían la curiosa costumbre de desplegar unos estandartes que tenían la forma de cabezas de animales (sobre todo lobos) hechas de metal, y que estaban adornados con una larga banda de seda adosada a la pieza metálica, como si se tratara de una manga de viento. Las cabezas eran huecas, de modo que el aire penetraba por las fauces abiertas del animal, emitiendo un sonido inquietante y haciendo ondear la seda de colores, como si la bestia galopara, ululando, sobre los jinetes de la estepa. Los romanos, que tomaron el Reino del Bósforo bajo su protección y tuvieron a los sármatas como vecinos incómodos, quedaron tan impresionados por estos estandartes, a los que llamaban *draco*, que en época bajoimperial acabaron incorporándolos a las enseñas de sus propias legiones junto a parte del armamento sármata.[111]

La seda de los *draco* no era la única mercancía de origen oriental

que podía encontrarse en los campamentos de estas tribus nómadas. En las tumbas de los nobles sármatas, los arqueólogos también han hallado espejos y exquisitas cajas lacadas de fabricación china. De igual modo, en las regiones de Altái y Mongolia han aparecido mercancías de origen occidental, como vasos y figuras de vidrio elaboradas en talleres romanos, fayenza egipcia o collares que podrían haber sido confeccionados a orillas del mar Negro empleando ámbar del Báltico. Al parecer, en torno al cambio de era, se estaba produciendo un creciente intercambio de mercancías entre las costas septentrionales del mar Negro, Asia Central y las grandes llanuras de Oriente.

Estos objetos pudieron viajar entre Oriente y Occidente a través de la estepa, atravesando de este a oeste las regiones que rodeaban los confines septentrionales de los mares Negro, Caspio y Aral. Y en ese tráfico pudieron jugar un cierto papel los xiongnu, aquellos jinetes nómadas que se habían convertido en una pesadilla para los chinos. Durante siglos, los emperadores trataron de apaciguar a los xiongnu entregándoles seda y otros productos de lujo como tributo. Estos llevaban las mercancías a la profundidad de las llanuras de Asia y, a través del trueque, del intercambio diplomático, del botín de guerra o del puro robo, los objetos iban pasando de mano en mano hasta los lugares más remotos de Siberia y Europa del Este.[112] Pero algunos indicios llevan a pensar en la existencia contemporánea de otras rutas y de otros intermediarios. En torno al cambio de era, Estrabón mencionaba, por ejemplo, a los aorsos, una tribu de los sármatas que vivía en las costas noroccidentales del mar Caspio. Periódicamente, sus caravanas viajaban hacia el sur, atravesaban la cordillera del Cáucaso y acudían al territorio de los medos y los armenios para adquirir las mercancías de los indios y los babilonios. El tráfico mercantil debía de ser boyante, porque había hecho a los aorsos tan ricos en oro que usaban este metal precioso para adornar sus vestidos.[113]

Las costas del Caspio ofrecían un entorno muy adecuado para los intercambios mercantiles en los confines de la Ruta de la Seda. A pesar de sus imponentes dimensiones —más de 1.200 kilómetros de norte a sur y unos 400 de este a oeste, con profundidades que podían alcanzar el kilómetro—, el Caspio era solo un pequeño vestigio de otro mar, mucho más grande, tan gigantesco que llegó a cubrir gran parte de Asia Central, y al que se ha dado el nombre de mar de Turán. A causa de las condiciones climáticas de la zona, esta masa de agua se secó hace miles de años. La mayor parte de la cuenca se convirtió en la depresión de Turán, una enorme extensión de tierra desértica situada en gran parte bajo el nivel del mar. Solo las zonas más profundas permanecieron cubiertas de agua, y estos remanentes

adoptaron la forma del mar Caspio, el mar de Aral o el lago Sariqamish (entre el Aral y el Caspio, hoy repartido entre Uzbekistán y Turkmenistán). En la Antigüedad, hace 2.000 años, estas tres masas líquidas no solo eran mucho más grandes de lo que son hoy, sino que, además, estaban conectadas por un río, el Uzboy. Este curso fluvial discurría de este a oeste: nacía en la cuenca baja del Oxus, en las inmediaciones del mar de Aral, alimentaba el lago Sariqamish y proseguía su curso hacia el oeste hasta llegar al Caspio, proporcionando agua dulce y un camino cómodo a los viajeros.[114] Los mercaderes de la Transoxiana, especialmente los dinámicos sogdianos, conocían este recorrido y usaban la cuenca del Uzboy para atravesar la inhóspita depresión de Turán, ganar las costas del Caspio y vender allí sus mercancías.

En aquellas orillas era fácil encontrar tribus de la estepa, como los mencionados aorsos, dispuestos a cambiar los productos de lujo que corrían por los caminos de la seda por miel, cera de abejas y, sobre todo, pieles. Las pieles de los mustélidos, especialmente las de marta o de visón, eran muy apreciadas en China, Asia Central y Oriente Medio por su exotismo y su calidad. Los jinetes nómadas cazaban los animales en las profundidades de la estepa rusa y transportaban sus pieles hasta el mar Negro o el Caspio, utilizando las cuencas de ríos como el Volga, que, con su curso de más de 3.600 kilómetros, ofrecía un paso navegable hacia el norte. Así pues, a mediados del siglo I a. C., las orillas del Caspio debían de abundar en mercaderes, tanto sogdianos como bárbaros, y tal vez en comerciantes llegados de más allá, de la región de Bactria o, incluso, de los lejanos confines de la India.

IV

LA HISTORIA

Precisar la extensión temporal de la Ruta de la Seda es tan complicado como describir sus coordenadas geográficas. ¿Cómo acotar con exactitud intercambios que son tan antiguos como la propia civilización y que se produjeron durante cientos de años a lo largo de miles de kilómetros? Si queremos ser honestos, debemos reconocer que es imposible dibujar un retrato preciso, y que lo que se va a presentar a continuación es un intento, necesariamente parcial y limitado, de ordenar la historia de las relaciones entre Oriente y Occidente.

Dicho esto, el arranque del proceso, a grandes rasgos, podría describirse de la siguiente manera. Los intercambios de productos entre China y el Mediterráneo pudieron haberse producido, ya con cierta intensidad, a mediados del primer milenio a. C. No hablamos todavía de un comercio organizado o de unas relaciones conscientes. Se trataba de un tráfico esporádico de productos que corrían de mano en mano, sin que muchas veces se sospechara su origen o se conociera su valor. En este contexto, a finales del siglo IV a. C., se produjo la expedición de Alejandro, que condujo a los helenos hasta el valle del Indo. La empresa alejandrina fue uno de esos pocos acontecimientos capaces de cambiar el mundo. Descubrió a las gentes del Mediterráneo las tierras que se encontraban más allá de los Zagros, multiplicando la curiosidad y la fascinación por aquellas regiones lejanas. Propició el nacimiento de nuevas construcciones políticas, como el Imperio seléucida o el Egipto ptolemaico, que fueron claves para el aumento de las relaciones entre Oriente y Occidente. E inició una etapa nueva, el helenismo, un período brillante y hermoso caracterizado por el mestizaje cultural, el surgimiento de nuevas corrientes artísticas y el intercambio de conocimiento.

Doscientos años después de la expedición de Alejandro, tuvo lugar un viaje mucho menos ambicioso: la embajada de Zhang Qian a Occidente en busca de aliados para luchar contra los xiongnu. Como vimos al hablar del nacimiento de la Ruta de la Seda, la misión diplomática no cosechó el éxito deseado. Sin embargo, sí que sirvió para descubrir a las autoridades chinas los atractivos de Asia Central. Cuando el emperador Wu de los Han ordenó la gran expansión hacia Occidente y el Imperio chino se apoderó de la cuenca del Tarim, los dos mundos entraron, por primera vez, en contacto directo. Los embajadores, los soldados y los mercaderes chinos comenzaron a recorrer las tierras de Asia Central, donde ya habían dejado sentir su influencia el Imperio persa aqueménida y los reinos helenísticos. Fue allí, en aquellas regiones remotas de la Transoxiana, donde los imperios orientales y occidentales intercambiaron mercancías, supieron los unos de los otros, sintieron curiosidad por sus respectivos habitantes y costumbres, e hicieron esfuerzos por conocerse y,

finalmente, encontrarse.

Es en ese momento, a finales del siglo II a. C., cuando se suele situar el nacimiento de la Ruta de la Seda. La fecha es, naturalmente, una convención; sin embargo, coincide con una etapa de profundos cambios que se produjeron desde Asia al Mediterráneo, y que resultaron claves para el establecimiento de relaciones comerciales fluidas entre Oriente y Occidente. El transporte de mercancías valiosas ya se enfrentaba a suficientes enemigos: la distancia, los caminos, las condiciones meteorológicas, los bandidos, la pura casualidad… Para florecer, los intercambios necesitaban de un entorno político mínimamente seguro y estable. En torno a las fechas del nacimiento de la Ruta de la Seda, los Han se consolidaron como la segunda dinastía imperial china, los arsácidas se apoderaron de Persia y Mesopotamia fundando el Imperio parto, y, en el Mediterráneo, Roma incorporó las regiones que iban desde la península ibérica hasta Siria. En el territorio de estos tres colosos los caminos eran seguros, estaban dotados de posadas, establecimientos aduaneros y puestos de guardia, había una moneda común, más o menos estable, que garantizaba las transacciones comerciales, y existían unas elites adineradas, hambrientas de mercancías exóticas, con poder adquisitivo suficiente como para demandar su importación y comprarlas a buen precio. La existencia de estas tres gigantescas construcciones políticas ofreció un entorno óptimo para el desarrollo de los intercambios mercantiles, y por eso, a la primera etapa de la Ruta de la Seda, que se extendió desde el siglo I a. C. hasta las invasiones musulmanas en el siglo VII d. C., se le suele dar el nombre de la Era de los Tres Imperios.

1

LA ERA DE LOS TRES IMPERIOS (SIGLOS I A. C.-VII D. C.)

Esta historia comienza muy lejos, en China, y hace mucho tiempo, cierto día en el que la emperatriz Leizu preparaba té en un delicioso jardín arbolado. Ella no era una persona corriente. Leizu era la esposa principal del Emperador Amarillo, un ser excepcional, semidivino, que gobernó China en tiempos remotos. Fue él quien enseñó a los hombres a levantar casas, a cultivar los campos, a vestirse y a construir barcos. Desentrañó las normas que regían el movimiento de los astros y creó el calendario, promulgó los principios de la medicina y realizó la primera clasificación de las plantas, los animales e incluso de los dioses que habitaban en las altas montañas y en los lugares remotos del orbe. Todo lo que existía bajo el cielo se sometió al soberano y le reveló su verdadera naturaleza. Salvo una criatura. Solo el más humilde de los animales, el pequeño gusano, fue capaz de mantener su secreto, al menos hasta el día en el que la esposa del Emperador Amarillo decidió preparar té en su jardín. Mientras Leizu saboreaba la bebida, disfrutando de la sombra de los árboles, un extraño objeto cayó dentro de la taza. Al bajar la vista para contemplar la causa del chapoteo, la emperatriz observó, maravillada, que se trataba de un capullo blanco que, a causa del calor de la infusión, había comenzado ya a deshacerse en un hilo fino y brillante. Leizu se había sentado a tomar su té debajo de un árbol de morera y acababa de descubrir, por casualidad, el secreto de la sericultura: el arte de obtener, de los capullos del gusano de seda, el hilo más hermoso de la creación.

La seda era un tejido extraordinario y todo lo que rodeaba su elaboración estaba envuelto en un halo de fascinación. Bastaba un único capullo para extraer unos 800 metros de hilo. La tela que se obtenía al tejer con una hebra así, tan larga y uniforme, era inigualable por sus propiedades: suave, brillante y tan ligera como flexible. Se comprimía con facilidad al aplicar presión, pero al liberarse se presentaba de nuevo sin arruga o huella alguna de pliegue. A pesar de su liviandad y de su delicada apariencia, si se trabajaban de la manera adecuada sus tejidos ofrecían una protección excelente frente a los elementos y eran extremadamente resistentes. Una prenda hecha de este material podía utilizarse durante las labores cotidianas y, por su durabilidad, no era raro que estos ropajes se heredaran de padres a hijos. Las ventajas no acababan aquí. Sus cualidades únicas hicieron de la seda una mercancía valiosa y,

además, perfecta para el transporte. Los rollos no pesaban demasiado, no eran perecederos, resultaban cómodos de almacenar y, a diferencia del vidrio o los objetos de cerámica, era difícil que se rompieran. Era posible, incluso, utilizar la seda para envolver otros artículos, ahorrando espacio y proporcionando protección a mercancías más delicadas.

El uso de este tejido prodigioso es tan antiguo en China que resulta uno de los pocos casos en los que hasta las leyendas se quedan cortas. A pesar de sus componentes fantasiosos, el reinado del Emperador Amarillo y de la emperatriz Leizu se ha situado en la primera mitad del tercer milenio a. C. Sorprendentemente, hay indicios que podrían remontar la práctica de la sericultura dos mil años antes, hasta el quinto milenio a. C. El fragmento de seda más antiguo documentado en China, que se halló alrededor del cuerpo de un niño, está datado alrededor del 3630 a. C. (yacimiento neolítico de Qingtaicun en Henan, al sur del río Amarillo). A partir de este momento, la producción de seda está acreditada a lo largo de toda la Edad de Bronce, pero, como con tantas cosas en China, la instauración del imperio, a finales del siglo III a. C., supuso un salto cuantitativo y cualitativo. Parece que fue el Primer Emperador de los Qin quien ordenó la construcción de talleres públicos, donde las telas se producían de forma estandarizada y el conocimiento se transmitía de maestro a aprendiz siguiendo normas estrictas. Los emperadores de la segunda dinastía, los Han, perfeccionaron el sistema y, en tiempos del emperador Wu (141-87 a. C.), los talleres imperiales empleaban a miles de personas. Sin embargo, a diferencia de la sal o el acero, la seda no era un monopolio imperial y su uso tampoco estaba reservado a la corte o a los aristócratas. Junto a las grandes factorías, muchos hogares campesinos contaban con pequeños espacios dedicados a la sericultura que servían para apuntalar la siempre precaria economía familiar.[115]

La elaboración de la seda era una actividad femenina. Las familias reservaban cada año una pequeña cantidad de crisálidas y permitían que su polilla naciera. Estos animales vivían muy poco tiempo, pero eran capaces de poner hasta 400 huevos, diminutos como cabezas de alfiler. Las mujeres recogían los huevos y suspendían su ciclo vital, manteniéndolos en una habitación fría y húmeda. Tenían que ser muy cuidadosas, porque en este estado, cercano a la hibernación, cualquier pequeña variación de temperatura podía matar a la criatura. Cuando llegaba la primavera, la emperatriz reinante abandonaba su palacio en Chang’an y, en compañía de las damas de la corte, se trasladaba al oeste de la capital, hasta un enorme parque fundado por el Primer Emperador. Aquí realizaba los rituales destinados a volver propicia a la diosa de la seda, en la única ceremonia religiosa presidida por la

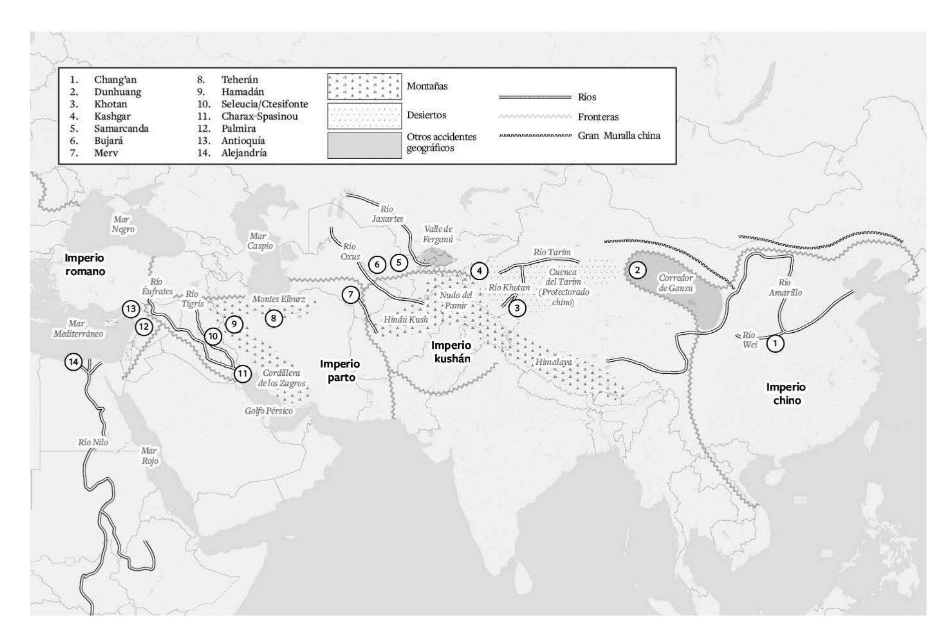
emperatriz y no por el soberano. La temporada de cría estaba a punto de empezar. Los huevos se sacaban de la habitación fría en la que se les había mantenido todo el invierno y los primeros calores de la primavera provocaban el nacimiento de los gusanos de seda. Eran criaturas diminutas, de color oscuro, que solo se desarrollaban en un entorno cálido y seco. Las campesinas solían colocarlos en cestas, pero en las factorías imperiales se utilizaban hileras de bandejas que facilitaban la vigilancia de los animales y su alimentación. A pesar de su pequeño tamaño, los gusanos eran capaces de comer cada día su peso en hojas de morera. La mayor parte de las granjas contaba con sus propios árboles, pero estos podían encontrarse también en los jardines públicos. Los edictos imperiales incluían medidas destinadas a promover su plantación, y la tala de las moreras estaba prohibida durante toda la primavera. Los árboles podían crecer hasta una altura considerable, pero tanto los aldeanos como los trabajadores de las factorías imperiales los podaban para darles la forma de grandes arbustos, con el propósito de que las hojas fueran más gruesas y fáciles de recolectar.

En apenas mes y medio, los voraces gusanos habían multiplicado varias veces su tamaño, alcanzando una longitud de varios centímetros, y su piel se había vuelto blanca. Ya estaban listos para iniciar su metamorfosis. Sus glándulas salivares comenzaban entonces a segregar el hilo de seda, que, lentamente, iba envolviendo al animal. Antes de que concluyera el proceso, se colocaba delicadamente el gusano en unos largos emparrados, similares a las ramas de un árbol, para que el capullo adoptara la forma de un cilindro uniforme. A continuación, se separaban las crisálidas destinadas a la cría y se desechaban los capullos demasiado pequeños o defectuosos, o aquellos en los que la pupa estuviera muerta. También se retiraba la fina pelusilla que les rodeaba y que servía para mantenerlos adheridos a la rama. Los hilos que se obtenían de todos estos descartes, carentes de fuerza tensora, no eran adecuados para la elaboración de telas, pero resultaban un excelente relleno para las prendas de abrigo. El resto de los capullos —hacían falta unos dos mil para obtener medio kilo de seda— se sumergían en grandes recipientes de agua salada y caliente, y se los mantenía allí durante cierto tiempo, removiéndolos constantemente. El proceso mataba la crisálida y eliminaba la sericina, la goma gelatinosa segregada por el gusano que mantenía unidos los hilos. Este desgomado era imprescindible para garantizar el brillo del material. Por último, se utilizaba una devanadera para recoger las hebras limpias e ir dando forma a la madeja. El trabajo era lento y laborioso; se reservaban las hebras de un solo hilo para tejer prendas livianas, pero si se quería confeccionar ropas de abrigo o de trabajo, había que entrelazar varios hilos con el fin de obtener una urdimbre

más gruesa y resistente.

Los campesinos empleaban la seda para elaborar sus vestidos, pero también podían venderla: un rollo de seda corriente valía 60 kilos de arroz, y la de más calidad podía intercambiarse por más de 100. A partir del siglo I d. C., la producción de tela se estandarizó lo suficiente como para utilizarla como moneda. En un manuscrito hallado en Dunhuang, datado a mediados del siglo VIII d. C., se atestiguaba la compra de un esclavo, un niño de trece años, por veintiún rollos de seda cruda. Y desde el siglo III d. C. los rollos podían utilizarse también para pagar impuestos o abonar multas.

El Imperio chino llegó a acumular cantidades ingentes de tela, que enviaba como tributo a los bárbaros o como regalo a los reinos extranjeros, y que se empleaba también para satisfacer las necesidades de los propios poderes públicos. A comienzos de la Edad Media, la administración de la dinastía Tang envió a Dunhuang quince mil rollos de seda en un convoy militar a través del corredor de Gansu. Las piezas, de seis tipos diferentes, según su calidad y tratamiento del tejido, debían utilizarse, presumiblemente, para pagar los costes de la guarnición militar del oasis. Los oficiales las entregaban a los mercaderes locales a cambio de alimentos y pertrechos para los soldados, y los comerciantes encontraban rápidamente compradores, provenientes de Asia Central o de regiones más lejanas, para la mercancía que acababan de adquirir.116 A través de estas vías, una cantidad considerable de seda china llegaba hasta las estepas y Asia Central, desde donde, en un número cada vez más pequeño, los rollos se redistribuían hacia Persia, la India y, por último, Europa y el Mediterráneo.



Se ha encontrado seda, presumiblemente de origen chino, en una tumba celta de Hochdorf (sur de Alemania), datada en el siglo VI a. C. Y en otro enterramiento de finales del siglo V a. C., ubicado en el cementerio del Cerámico, en Atenas, han aparecido fragmentos que pudieron haber pertenecido hasta a seis prendas diferentes.[117] En los dos casos se trataba de telas importadas, que quizás llegaron a Europa a través de la Ruta de las Estepas. Sin embargo, para encontrar referencias a la producción de seda local en el Mediterráneo debemos esperar hasta el siglo IV a. C. Contaba Aristóteles que cierta mujer llamada Pánfila había sido la primera en elaborar telas de seda en la isla griega de Cos, frente a las costas de Halicarnaso.[118] Según el filósofo, el hilo se obtenía de un tipo de gusano, bastante grande, que tardaba hasta seis meses en transformarse en mariposa. Aristóteles daba a entender que estos animales eran originarios de la isla, pero no se descarta la posibilidad de que el tejido proviniera del continente —hay autores que hablaban de «seda asiria»— y que, simplemente, fuera reelaborado por los artesanos de Cos. En cualquier caso, el invento de la tal Pánfila pudo ser el primer tipo de seda conocido por los romanos, que se referían a ella como «telas de Cos» (*Coa vestis*). A finales de la época republicana, las telas de esta isla eran sinónimo de lujo y sofisticación, y las prendas elaboradas con este material, extremadamente costosas, estaban reservadas a las mujeres de la aristocracia. A los romanos les fascinaba su ligereza, y los artesanos de Cos eran realmente habilidosos a la hora de adornar sus telas, que teñían de púrpura o entretejían con hilos de oro para hacerlas aún más espléndidas.

Sin embargo, esta seda del Mediterráneo debía de ser muy distinta de las delicadas producciones orientales. Las telas de Cos estaban hechas con lo que hoy llamamos seda salvaje, que se obtenía de los hilos de los capullos que las mariposas dejaban atrás después de haber completado su transformación. Plinio contaba que los habitantes de la isla buscaban las bolitas de hilo entre la maleza y las guardaban en recipientes de cerámica hasta que nacía la polilla. Después, recogían los pedazos de la envoltura y entresacaban los hilos, que tenían una textura que recordaba a la de las telarañas.[119] Las telas elaboradas con estas hebras rotas tenían un aspecto poco uniforme y vagamente rugoso. Carecían del brillo y la suavidad de las producciones chinas, no eran tan elásticas como las orientales y se desgastaban y perdían su forma original con facilidad. En cambio, la seda china o seda natural se obtenía matando a la crisálida antes de que abandonara el capullo, lo que permitía desenredar toda la extensión del hilo intacta. Y la integridad de la hebra no era la única diferencia. Después de seleccionar cuidadosamente sus ejemplares durante miles de años, los chinos habían conseguido una especie particular de oruga doméstica

(*Bombyx mori*) cuya polilla había perdido la habilidad para volar y sus gusanos producían hasta diez veces más filamentos que la especie salvaje, llegando algunos a la increíble cifra de 2 kilómetros por capullo. Estos animales se alimentaban con una especie particular de árbol de morera, la morera blanca (*Morus alba*), cultivado con este propósito, y sus capullos tenían un color blanco puro que, además, podía teñirse fácilmente y conservaba el color a pesar del uso y del paso del tiempo. En cambio, las crisálidas salvajes presentaban un aspecto amarillento, parduzco o incluso verdoso, dependiendo del tipo de hoja que hubiera comido el gusano: estos hilos eran más difíciles de teñir y perdían el color con mayor facilidad.

En el 53 a. C., en el momento culminante de la batalla de Carras, justo antes de la carga final de su caballería que acabaría con el ejército romano, los partos desplegaron sus estandartes. Por un instante, la tensión del combate desapareció. Los legionarios fijaron su mirada, estupefactos, en aquellas grandes enseñas de seda y oro que ondeaban sobre las cabezas de los soldados enemigos. Nunca habían contemplado algo así. La tela era tan flexible que parecía líquida, y tan brillante que se diría que estaba hecha de metal. Aquello que tenían ante sus ojos era seda natural obtenida de capullos enteros y desgomada, que los partos debían de adquirir en algún lugar de Asia Central.[120]

El descubrimiento de la seda china fascinó a los romanos. Pronto olvidaron los vestidos de Cos y, a finales del siglo I a. C., las fuentes comenzaron a hablar casi exclusivamente de *sericum*, seda. Las circunstancias de la política internacional facilitaron la sustitución, propiciando la llegada de seda china a los confines del Mediterráneo. Por un lado, la conquista de Egipto, el 30 a. C., multiplicó los intercambios comerciales con la India, y es posible que una parte importante del tejido llegara a Roma a través del recorrido marítimo de la Ruta de la Seda.[121] Por otro, tras el desastre de Carras y el fracaso de la campaña de Marco Antonio contra los partos, Augusto (27 a. C.-14 d. C.) decidió firmar la paz con el imperio vecino. El fin de las hostilidades favoreció el desarrollo del comercio y las mercancías de Oriente comenzaron a llegar en grandes cantidades al Imperio romano a través del recorrido terrestre de la Ruta de la Seda. Por último, parece que a lo largo del siglo I d. C., los reinos del Tarim descubrieron el secreto de la sericultura y esta actividad dejó de ser un monopolio chino.

La conquista de Egipto, la paz con los partos y el aumento de la producción debieron de incrementar considerablemente la llegada de seda oriental a Roma y, con ello, su disponibilidad. Si en el pasado la seda de Cos se había reservado a las mujeres, a partir de la época imperial toda la aristocracia se lanzó a vestir prendas hechas con

aquel tejido maravilloso, tan distinto de la tosca lana de las togas romanas, y que resultaba muy adecuado para los calores del verano. La seda oriental llegó a hacerse tan popular que los avispados tejedores se las ingeniaron para crear imitaciones más baratas, elaboradas con una mezcla de seda y lana, que recibían el nombre de *subserica*, y ponían al alcance de casi todos los bolsillos prendas que todavía conservaban el deseado brillo del hilo del gusano.

Los más conservadores consideraban el consumo de estos productos de lujo, especialmente de aquellos que provenían de Oriente, algo tolerable en las mujeres, pero un peligro para los hombres. El abandono de las frugales costumbres de los antepasados, el consumo generalizado de perfumes, de telas suaves y de alimentos cocinados con ingredientes exóticos, como la pimienta, no podían sino debilitar a los varones, convirtiéndolos en seres indolentes, y conducir a la decadencia del Estado. En Roma, las sedas de Oriente se vendían en el *Vicus Tuscus*, una de las calles principales del centro, que conectaba el foro con el Circo Máximo. Parece que toda la vía estaba dedicada a la venta de productos de lujo: incienso, perfumes, libros, seda…, y, tal vez por este motivo, el lugar tenía un cierto aire decadente y libertino, adecuado para las aventuras galantes y los encuentros inapropiados.[122] Ya a comienzos del siglo I d. C., durante el reinado de Tiberio (14-37 d. C.), algunos senadores promovieron una ley que prohibiera a los hombres llevar prendas de seda, en un desesperado intento por impedir que aquellas delicias orientales continuaran degradando a los romanos.[123] La medida no llegó a aprobarse y el sucesor de Tiberio, Calígula (37-41 d. C.), tan aficionado al escándalo como enamorado de Oriente, disfrutaba exhibiéndose envuelto en exquisitos ropajes de seda.[124]

Por esas mismas fechas, Séneca trató de elevar la discusión planteándose la cuestión como si se tratara, al mismo tiempo, de un problema filosófico y de un debate moral: ¿se podía llamar vestidos a prendas que no conseguían ocultar el cuerpo, y mucho menos la decencia, de las mujeres que los llevaban? ¿Era tolerable para la moral pública que cualquier desconocido, al distinguir claramente sus formas bajo las prendas de seda, pudiera tener tanto conocimiento de la anatomía de una mujer como su propio marido?[125] No es de extrañar que, a partir del último cuarto del siglo II d. C., cuando comenzaron los problemas para el Imperio romano, los emperadores trataran de dar ejemplo limitando la presencia en su guardarropa de prendas de seda. En el año 176, Marco Aurelio (161-180 d. C.) decidió aliviar la penosa situación de las arcas del Estado subastando públicamente el contenido del armario de su esposa, donde abundaban los chales y las bufandas de seda, muchas veces tejidas con hilos de oro. Y durante la crisis del siglo III d. C., Aureliano (270-275 d. C.), el monarca que

derrotó a Zenobia de Palmira, se desprendió de todos sus vestidos de seda y prohibió el uso de la tela a otros.[126]

Y es que el gusto por las mercancías orientales planteaba también otros problemas, tal vez más preocupantes que la degradación de las costumbres. A través de las rutas comerciales, terrestres y marítimas, los romanos compraban seda, incienso, mirra, perlas, piedras semipreciosas, especias, pieles y hierro de gran calidad. A cambio, exportaban aceite, aceitunas, vino, grano, vidrio o textiles. Los productos de Oriente tenían que traerse desde muy lejos, eran extremadamente costosos y se intercambiaban por mercancías romanas de menor valor, con el consiguiente menoscabo de la balanza de pagos. Cuando cambiaban vino o aceite por seda o especias, los comerciantes romanos debían ir siempre provistos de una buena bolsa de monedas para compensar la diferencia de precio. El mismo emperador Tiberio, partidario de limitar la ostentación de riqueza entre los senadores, se lamentaba de las ingentes cantidades de dinero que se enviaban al extranjero para proporcionar objetos de lujo a las mujeres romanas. Unas décadas más tarde, a mediados del siglo I d. C., Plinio el Viejo aseguraba que cada año salían del imperio 50 millones de sestercios para contribuir a costear la compra de mercancías de la India, y 100 millones para sostener el comercio con los indios, los árabes y los chinos. Se calcula que el Imperio romano acuñaba cada año entre 170 y 200 millones de sestercios, y que su presupuesto anual rondaba los 800 millones, así que el coste de las mercancías de Oriente representaba casi la mitad de la moneda acuñada cada año, y más del 10 por ciento del presupuesto anual.[127]

Teniendo en cuenta todo esto, resulta sorprendente que, a pesar de la popularidad de la seda, los romanos lo desconocieran casi todo acerca del origen de este hilo prodigioso. Las diferencias entre la seda salvaje y la seda natural debieron de resultarles tan grandes que parece que llegaron a considerarlas dos materiales diferentes. En el siglo IV a. C., Aristóteles había descrito de forma más o menos correcta el proceso de obtención al hablar de las telas de Cos, y sabía que el tejido provenía de un gusano. Trescientos años después, Virgilio (70-19 a. C.) creía que la seda natural se obtenía de las hojas de los árboles. Es cierto que Virgilio era un poeta. Sin embargo, su contemporáneo, el geógrafo Estrabón (*ca.* 64 a. C.-24 d. C.), un hombre mucho mejor informado, también estaba convencido de que la seda se obtenía de la corteza de alguna planta. La popularización del tejido a lo largo del siglo I d. C. tampoco mejoró el conocimiento que se tenía sobre él. A mediados de esta centuria, Plinio el Viejo seguía pensando que el hilo de seda adoptaba la forma de una especie de lana blanca que quedaba adherida a las hojas y que se extraía peinándolas después de haberlas sumergido en agua. Hubo que

esperar hasta el siglo II d. C. para que Pausanias (*ca.* 110-180 d. C.), el «inventor» de las guías de viaje, relacionara la producción de seda con un insecto. Sin embargo, él creía que el material se encontraba en el interior del animal: el bicho, decía, vivía cinco años hasta que sus criadores lo sobrealimentaban para hacerlo estallar y obtener la seda de sus entrañas.[128]

Este desconocimiento no solo se aplicaba a la tela, sino también a sus productores. Los romanos consideraban que la seda de mayor calidad, a la que se referían como *sericum*, era elaborada por unas gentes a las que, por asociación, daban el nombre de *seres*. La palabra tenía, casi con seguridad, un origen oriental. En China, donde se descubrió la sericultura, llamaban a la seda *se/sei*. Desde allí, tanto el material como el término debieron de pasar a las tribus de la estepa, y es posible que estos pueblos nómadas, que vivían en las costas septentrionales del Caspio y el mar Negro, fueran los primeros en llevar la seda china a Europa y el Mediterráneo a través de la Ruta de las Estepas; junto con la tela, debieron de transmitir la palabra empleada para designarla. Mercaderes de origen griego, que fueron probablemente los primeros en comercializar esta nueva mercancía en el Mediterráneo, incorporaron el término a su propio idioma y desde ahí pasó al latín y a las lenguas occidentales.

Por lo que se refiere al etnónimo *seres*, por comodidad intelectual, dado que sabemos que eran ellos sus principales productores, se suele traducir por «chinos». Sin embargo, esto supone conceder al término una precisión de la que carecía. Cuando la seda natural comenzó a popularizarse en Roma, a partir del siglo I a. C., llegaba al imperio a través de múltiples intermediarios —los partos, los sogdianos de Asia Central, los indios…— y los romanos lo ignoraban todo acerca del origen último de la mercancía. No sabían quién o cómo la producía, dónde se encontraba su país y las vías por las que llegaba a Oriente Medio o al subcontinente indio. También desconocían el nombre que se daban a sí mismos sus habitantes. Lo único que podían aventurar es que se trataba de un lugar muy lejano y que estaba situado al este. En consecuencia, la traducción más correcta para el etnónimo *seres* sería «las gentes de la seda», pues la relación de estos con aquel hilo fascinante era lo único sobre lo que los romanos tenían alguna certeza. Sin embargo, eso estaba a punto de cambiar.

La fascinación por la seda, la pimienta, el incienso, la mirra o el lapislázuli no solo hizo surgir en los romanos el deseo de poseer esos hermosos objetos. También despertó la curiosidad por conocer las tierras, por fuerza lejanas y exóticas, de las que provenían tantas maravillas. ¿Por qué caminos se llegaría hasta ellas? ¿Cómo serían las gentes que vivían en aquellos lugares? ¿Cuáles serían sus costumbres? ¿Se trataba de hombres vulgares y corrientes, o de criaturas

extraordinarias, cercanas a los dioses, como las que solían habitar los confines del mundo? El nacimiento de la Ruta de la Seda y la llegada a Oriente y Occidente de objetos hasta entonces desconocidos fueron claves para el desarrollo de uno de los instintos más hermosos del ser humano: el deseo de conocer al otro.

La primera gran exploración de Oriente Medio y Asia Central se llevó a cabo en el contexto de la conquista alejandrina del Imperio persa, entre el 334 y el 323 a. C. Alejandro recorrió las regiones septentrionales de Persia y se adentró en las tierras de la Transoxiana antes de dirigirse al valle del Indo, aprovechando la existencia de caminos que conectaban Asia Central con el subcontinente. Durante esta titánica empresa, el macedonio, célebre por su curiosidad y su capacidad para maravillarse ante lo desconocido, ordenó que se llevaran a cabo varias expediciones que buscaban mejorar el precario conocimiento que se tenía de aquellas regiones, como la emprendida por su almirante, Nearco, o por uno de sus sabios, el historiador Onesícrito. Tras la muerte de Alejandro, ya en el siglo III a. C., el fundador del Imperio seleúcida, Seleuco I Nicátor (*ca.* 305-281 a. C.), envió a un griego de Asia Menor llamado Megástenes como embajador a la India. Y apenas unas décadas después debió de visitar el subcontinente cierto Dionisio, enviado por el rey egipcio Ptolomeo II Filadelfo (285-247 a. C.). El embajador ptolemaico pudo entrevistarse con el célebre Ashoka (269-232 a. C.), el más grande de los soberanos de la dinastía Maurya, y es posible que, a partir de ese momento, hubiera relaciones diplomáticas entre la India y Egipto. Sabemos también que en un desfile triunfal del faraón Ptolomeo II Filadelfo, el monarca agasajó a los espectadores con un despliegue de criaturas y gentes exóticas, entre los que se contaban tanto muchachas como perros de la India, o lo que considerara un egipcio del siglo III a. C. que era un «perro indio». En ese contexto, Eratóstenes de Cirene (276-194 a. C.), un sabio al servicio de la Biblioteca de Alejandría, elaboró un mapa del mundo que incorporaba las informaciones de carácter geográfico que se habían obtenido gracias a la expedición de Alejandro y los intercambios posteriores. En él aparecían ya identificados, de forma bastante correcta, tanto el Indo como el Ganges.[129]

Sin embargo, las cosas eran muy diferentes en lo que se refería a las inmensas estepas de Asia, más allá del Jaxartes, o a los territorios que pudieran encontrarse al este de las cumbres del Pamir, que se presentaban como un espacio vacío, habitado solo por los salvajes escitas. Aquellos lugares no solo parecían mucho menos atractivos que la opulenta India, sino que generaban una profunda desconfianza. A fin de cuentas, Ciro el Grande, el fundador del Imperio persa aqueménida, había muerto de forma miserable luchando contra los

masagetas y su reina, Tomiris. Y el propio Alejandro, que tardó dos años en someter la Transoxiana, había decidido, prudentemente, que era más sensato dirigirse al sureste y conquistar el valle del Indo, que se antojaba más civilizado y acogedor en comparación. Las estepas de Asia y lo que quiera que hubiese más allá del Pamir quedaron en la mente de las gentes del Mediterráneo como lugares desconocidos y, por tanto, aterradores, y esa suposición venía confirmada por el hecho de que, periódicamente, fueran también el origen de desagradables invasiones.

EMBAJADAS CHINAS

Al este del Pamir, en cambio, el mundo se veía de otra manera. Para los chinos, el extremo Occidente se intuía como un territorio mágico que servía de residencia a los dioses y estaba cubierto por altas montañas y sembrado de valiosos metales. Tras la embajada de Zhang Qian, que había puesto en contacto a los chinos con las gentes de Asia Central y el norte de la India, los emperadores Han se apresuraron a establecer relaciones con los partos, y las autoridades del Imperio arsácida se mostraron encantadas con estos nuevos contactos. La primera embajada china, probablemente cargada de cientos de rollos de seda, debió de llegar al Imperio parto en torno al año 109 a. C. Los emisarios fueron recibidos en el oasis de Merv, frontera del imperio, por una impresionante escolta de 2.000 jinetes que, caballerosamente, condujeron a los embajadores hasta la ciudad de Hecatompylos, en las inmediaciones del Caspio. Una vez completadas las formalidades, se pidió permiso para que una misión diplomática parta acompañara a los embajadores orientales de vuelta a su patria. Sin duda, los arsácidas querían asegurarse de entablar buenas relaciones con los chinos, pero es probable que también contaran con descubrir algo más acerca de su territorio y sus vías de comunicación. A partir de este momento, parece que los dos imperios mantuvieron relaciones comerciales y diplomáticas regulares.

Sin embargo, estas misiones chinas no se aventuraron más allá de los Zagros, y su conocimiento geográfico sobre Occidente terminaba en las mesetas iranias. Aquella primera embajada parta entregó a los chinos, entre otros regalos pintorescos, como huevos de avestruz o pájaros exóticos, algunos malabaristas y bailarines, hombres y mujeres, provenientes de Alejandría. Estos esclavos eran famosos por su habilidad y desde el valle del Nilo se exportaban tanto a Roma como al Imperio parto. Es posible que estos bailarines fueran las primeras gentes del Mediterráneo con las que tuvieron contacto los chinos, y estos debieron de llevarse la impresión —no precisamente equivocada— de que Alejandría era la ciudad principal de aquellas regiones, que estaban además dominadas por reinos helenísticos. Por

eso, parece que el primer topónimo que utilizaron en el imperio oriental para referirse a las gentes que había más allá de los partos era *Li-Jien*, que podría tratarse, tal vez, de una corrupción de la palabra Alejandría.

Es cierto que las propias características de los intercambios a lo largo de la Ruta de la Seda, donde las mercancías pasaban muchas veces de una mano a otra y gran parte del comercio tenía una escala local o como mucho regional, favorecían este aislamiento. Sin embargo, en este caso también se puede decir que la ignorancia mutua entre chinos y romanos no fue del todo espontánea, sino promovida por un tercer interesado con una finalidad política y económica. El Imperio parto, dueño de Persia y Mesopotamia, era uno de los principales beneficiarios de la Ruta de la Seda terrestre. Importaban seda, esclavos y el extraordinario acero chino, y exportaban, entre otras cosas, caballos neseos del corazón de los Zagros; pero, sobre todo, actuaban como intermediarios. Sus gobernantes engrosaban sus arcas con los aranceles que imponían a los productos de lujo que recorrían los caminos entre China y Roma, y no tenían ningún interés en que sus dos vecinos se conocieran, con el temor de que, en el caso de que esto sucediera, pudieran encontrar alguna vía para esquivar sus tasas aduaneras.

El hecho de que el Imperio parto y Roma fueran también fieros enemigos tampoco ayudaba a que los arsácidas facilitaran las cosas. En el *Hou Hanshu* o *Libro de Han Posterior*, unos anales de la dinastía Han compilados en el siglo V d. C., se señalaba lo siguiente: «Los reyes del Imperio romano siempre desearon enviar embajadas a China, pero los partos querían controlar el comercio de seda china con el Imperio romano y, por lo tanto, interrumpieron toda comunicación».[130] Sobre este particular, el Imperio chino estaba bien informado. Los arsácidas intentaban que los mercaderes provenientes del Mediterráneo no fueran más allá de Mesopotamia, e interrogaban exhaustivamente a cualquier viajero que, por el motivo que fuera, pretendiera superar la cordillera de los Zagros. Y otro tanto ocurría en el otro extremo de su imperio. Los mercaderes sogdianos que llegaban hasta Merv, el gran oasis de la frontera parta, eran invitados a vender allí sus mercancías y regresar a su hogar en Asia Central.

En el afán de mantener a chinos y a romanos en la oscuridad de sus respectivas ubicaciones, las autoridades partas utilizaron todo tipo de recursos, incluida la más flagrante desinformación. A comienzos del siglo I d. C., el Imperio chino vivió un breve período de crisis cuando un alto funcionario arrebató el trono a los emperadores Han. En el transcurso de los enfrentamientos, Chang'an, la capital, fue destruida y los Han se vieron obligados a fundar una nueva, Luoyang, situada al este, en el valle del río Amarillo. Por ese motivo, a este período se le

suele dar el nombre de «Era de la dinastía Han Oriental». En medio de la confusión, los reinos-oasis de la cuenca del Tarim aprovecharon la oportunidad para sacudirse el vasallaje imperial. Inmediatamente fueron tanteados por vecinos solícitos: los xiongnu consiguieron convertir a algunos de estos pequeños reinos en sus vasallos, y el Imperio kushán consideró la posibilidad de expandirse por los confines del Taklamakán. Pero, mientras esto sucedía, los Han derrotaron al funcionario rebelde y recuperaron el control de China.

Una vez reinstaurado el orden, la recuperación del control del Tarim se convirtió en una prioridad, y a finales del siglo I d. C. el emperador Han envió una enorme expedición militar. A pesar de las dificultades, la campaña, comandada por uno de los grandes generales de la historia china, Ban Chao (32-102 d. C.), fue un completo éxito. Garantizó al imperio el control de la región, expulsó a los xiongnu y se aseguró de que los kushán no volvieran a poner un pie en la zona. En el 87 d. C., en cuanto se restablecieron las relaciones entre China y Asia Central, Pacoro II (*ca.* 78-105 d. C.), el rey de los partos —siempre tan atentos—, envió una embajada a la corte imperial cargada de leones y gacelas persas que, en opinión de los chinos, tenían el mismo aspecto que las unicornias, pero sin cuerno.

Tras la conclusión de la campaña militar, en torno al año 97 d. C., Ban Chao decidió culminar su labor enviando una embajada al Imperio romano con la finalidad de establecer relaciones diplomáticas y sellar acuerdos comerciales. La misión se encomendó a un personaje llamado Gan Ying, que, como se verá más adelante, quizás no fuera la elección más adecuada. Los partos, muy solícitos, permitieron que la legación diplomática atravesara su territorio. Probablemente se ofreció a los delegados todo tipo de facilidades, y es posible, incluso, que se les pusiera en contacto con mercaderes dispuestos a responder a las numerosas preguntas que los chinos tenían sobre las regiones del Extremo Occidente. Tal vez, demasiado solícitos. Gan Ying recorrió con comodidad el territorio parto hasta un lugar llamado Tiaozhi, que se encontraba a orillas del «Gran Mar» —los investigadores no han conseguido ponerse de acuerdo sobre la ubicación de Tiaozhi; algunos lo identifican con Mesene, en la costa meridional de Persia, cerca del estrecho de Ormuz—. Y el embajador Gan Ying estaba ya a punto de hacerse a la mar para tratar de ganar una costa donde hubiera romanos, cuando los marineros que navegaban sin problemas por aquellas regiones —la India, Arabia y las costas del Egipto romano—, le advirtieron de que el mar era enorme y que el viaje hasta las tierras romanas podía durar hasta dos años. Que, por este motivo, todos los barcos que se hacían a la mar llevaban, por si acaso, provisiones para tres años, pero, aun así, eran muchos los que enfermaban y algunos perdían incluso la vida. Por algún motivo, los marineros olvidaron

mencionar que, en apenas unas jornadas de viaje a través del valle del Éufrates, la embajada podía llegar por tierra hasta Zeugma y penetrar en la provincia romana de Siria. La omisión de información era tan evidente que entra dentro de lo posible que los «marineros» con los que interactuó la embajada china no fueran tales, sino agentes del gobierno parto, hombres instruidos para proporcionar un mensaje concreto. En cualquier caso, Gan Ying se sintió tan amedrentado por las complicaciones del viaje que decidió poner fin a su misión diplomática y regresar a casa cuando se encontraba muy, muy cerca de regiones con presencia romana. Poco después, en el 101 d. C., el rey parto Pacoro II volvió a enviar otra embajada a la corte Han. Los delegados arsácidas iban cargados de regalos que incluían leones y pájaros del sur de Persia, y se aseguraron el mantenimiento de jugosos y exclusivos acuerdos mercantiles entre los dos Estados.[131]

Aunque se rindió antes de completar su misión, al menos el embajador Gan Ying debió de recopilar algo de información sobre las gentes del Mediterráneo. En el año 125 d. C. el hijo del general Ban Chao, Ban Yong, relató al emperador los pormenores de la misión y transmitió los datos que se habían recogido, y este informe se convirtió en una de las principales fuentes de información chinas sobre Roma. Desde el siglo I d. C., en la corte Han se imaginaban al Imperio romano como una especie de Estado especular, situado simétricamente en el otro extremo del mundo. Por ese motivo habían comenzado a referirse a él como Da Qin, esto es, «la Gran China», y lo describían en términos muy positivos.[132] El territorio de Da Qin, creían, estaba situado al oeste, al otro lado del Imperio parto y del mar que se extendía más allá. Contaba con una capital que había sido fundada junto a un río, y que tenía un tamaño tan grande, que había sido dividida en cinco ciudades más pequeñas. Su rey era electivo y se seleccionaba acorde a sus méritos, y si tenía lugar alguna catástrofe natural, era rápidamente reemplazado por otro al que los dioses fueran más propicios. El soberano vivía en el corazón de la urbe, pero tenía un palacio en cada una de las ciudades, y en cada una de estas residencias contaba con treinta y seis generales con los que discutía los asuntos del imperio; permanecía un día en cada una de estas mansiones y, por el camino, sus súbditos podían presentarle demandas, pues viajaba en un carruaje seguido de un hombre que llevaba una bolsa donde guardaba las peticiones. El resto de las ciudades de Da Qin estaban amuralladas y comunicadas gracias a un sistema de paradas de posta y correo imperial. Los romanos viajaban entre ellas en carros cubiertos, acompañados de tambores y banderas, y las rutas estaban libres de bandidos, aunque había unos tigres y leones muy feroces que a veces amenazaban la integridad de los viajeros. En general, la gente que vivía en el Imperio romano era, al

igual que los propios chinos, alta y virtuosa, vestía bien, cultivaba la tierra y criaba animales. Además, el territorio romano abundaba en oro, plata, marfil, incienso, coral y perlas, y sus artesanos eran capaces de realizar vidrio de gran calidad. Los chinos también sabían que los romanos producían seda salvaje, así como un tejido, muy apreciado, que procedía de una misteriosa «oveja acuática», y que tal vez podría identificarse con el biso, una costosísima tela dorada que se elaboraba con los filamentos que ciertos moluscos empleaban para adherirse a las rocas.

Los historiadores se han devanado los sesos tratando de cuadrar los datos de las fuentes chinas con la realidad del Imperio romano, y no está claro qué parte de la información era más o menos real, qué parte, una proyección china sobre su «imperio gemelo» y cuál, simplemente, fruto de la fabulación sobre aquellas tierras lejanas. Tras el fracaso de la embajada de Gan Ying, no hay noticias de que se enviaran nuevas misiones de ese tipo a Occidente, y la caída de la dinastía Han, a comienzos del siglo III d. C., complicó todavía más las cosas. Sin embargo, en una de esas casualidades que se dan a veces en la historia, mientras las misiones oficiales chinas no conseguían obtener información segura sobre el Imperio romano, en Occidente fue la iniciativa privada, movida por los más vulgares intereses económicos, la que ensanchó el tamaño del orbe y descubrió a sus contemporáneos la existencia de nuevos horizontes.

MERCADERES ROMANOS

La primera aparición del topónimo «China» en las fuentes occidentales podría situarse a mediados del siglo I d. C. El dato se obtuvo a través de un camino que escapaba al control de los partos: el recorrido marítimo de la Ruta de la Seda. En el *Periplo del mar Eritreo* se mencionaba una ciudad, Sinae, que podría identificarse con China. El autor del *Periplo* no tenía demasiados datos al respecto, pero sabía que estaba ubicada en el interior del continente y que desde allí se exportaban tanto hilo de seda como rollos y vestidos confeccionados con ese material. Estas mercancías se enviaban por tierra, a través de la región de Bactria, y terminaban en el puerto de Barigaza, en la costa noroccidental de la India, pero también en Damirica, en las inmediaciones del Ganges. Los datos eran correctos y permitían intuir la ubicación real del Imperio chino. No mucho tiempo después debió de partir de Siria la célebre caravana de Maes Titianus, de la que ya se ha hablado en el apartado dedicado a la misteriosa Torre de Piedra.

Maes Titianus era un rico mercader de origen macedonio que trabajaba en Siria. Descendía de una familia de comerciantes y se ganaba la vida intercambiando mercancías con Oriente, una actividad para la que Siria estaba muy bien ubicada. En algún momento durante

el siglo I d. C., Maes envió la que debió de ser su caravana más ambiciosa, pues parece que su propósito era llegar hasta la Torre de Piedra, en el Pamir, para intercambiar allí sus mercancías por valiosos productos orientales. Se desconocen los motivos por los que los partos, que procuraban que los occidentales no fueran más allá de Mesopotamia, permitieron a sus comerciantes atravesar su imperio. En cualquier caso, la comitiva fue capaz de llegar a la ciudad de Merv en unos dos meses. Desde aquí, la caravana remontó el curso del río Murgab y giró al este en dirección a Bactria, en el curso alto del Oxus. Estas regiones pertenecían al próspero Imperio kushán, el gran dominador, por esas fechas, del ramal indio de la Ruta de la Seda. Una vez en Bactria, ascendió las cumbres del Pamir hasta alcanzar la Torre de Piedra. Al parecer, ese lugar, situado en un valle rodeado de montañas, era un punto habitual de encuentro con mercaderes provenientes de China y de la cuenca del Tarim, hasta donde muchos acudían a comprar y vender sus mercancías.

La Torre de Piedra estaba en un territorio frecuentado por las autoridades chinas y la presencia de aquellos comerciantes extranjeros les llamó la atención. Es posible, incluso, que la llegada de la caravana coincidiera con la campaña en la zona de Ban Chao, y sabemos que el general deseaba obtener información sobre las gentes del Extremo Occidente. Los mercaderes fueron puestos bajo la custodia de funcionarios imperiales, que los condujeron a través de la cuenca del Tarim y del corredor de Gansu hasta el corazón del Imperio Han. En el momento en el que abandonaron la Torre de Piedra hacia el este, aquellos hombres se adentraron en territorio desconocido. Pero, a pesar de ser, probablemente, los primeros occidentales que contemplaban aquellos lugares, los empleados de Maes Titianus apenas aportaron detalles sobre esta parte del viaje, y los pocos datos que proporcionaron no parecen cuadrar con la realidad. Comentaron, por ejemplo, que este recorrido les llevó siete meses, una duración exagerada para un trayecto de unos 3.300 kilómetros, que se realizaba normalmente en menos de cuatro. Algunos de sus contemporáneos achacaron esta ausencia de informaciones a la negligencia de los mercaderes, incapaces de apreciar la magnitud de los descubrimientos que estaban realizando. Sin embargo, es posible que las autoridades chinas, que desconfiaban de los extranjeros, ejercieran una estrecha vigilancia sobre la caravana, y hay quien considera la posibilidad de que se les impidiera tomar notas o incluso que se requisaran sus anotaciones. Finalmente, la caravana de occidentales fue conducida a un lugar llamado Sera Metrópolis, presumiblemente Luoyang, la capital de la dinastía Han Oriental. Desde aquí, se les permitió regresar y, de vuelta en Siria, narraron su aventura a su jefe. Habían recorrido unos 10.000 kilómetros en apenas dos años, y el hecho de

que completaran el camino casi sin incidentes revela el excelente funcionamiento de la ruta durante la Era de los Tres Imperios.

Maes Titianus debió de quedar tan impresionado por las noticias que le dieron sus hombres que escribió un informe completo sobre el periplo, probablemente con la esperanza de que resultara de utilidad para otros comerciantes. Ese documento, que debió de alcanzar una cierta difusión, se ha perdido, pero al menos los detalles más jugosos fueron recogidos por un estudioso llamado Marino de Tiro, que vivió a caballo entre el siglo I y el siglo II d. C. Marino dedicó su vida a componer tratados de geografía, y sorprendió a sus contemporáneos no solo por su rigor, sino también por los datos novedosos que aportaba en sus investigaciones. Es posible que fuera el primero en publicar informaciones ciertas, recogidas de primera mano por los mercaderes de Maes, sobre las remotas regiones de Asia Central y China. Desafortunadamente, los escritos de Marino de Tiro, al igual que el «manual» de Maes Titianus, tampoco han llegado hasta nosotros. Como sucede tantas veces con las grandes hazañas de la Antigüedad, solo conocemos la empresa por un relato de tercera mano. Claudio Ptolomeo (*ca.* 100-170 d. C.), uno de los eruditos más importantes del Imperio romano, leyó la obra de Marino de Tiro y la utilizó profusamente en su propio tratado de geografía, que llevaba el predecible título de *Geografía*.[133] Este texto, que sí se conserva, no solo contiene la única descripción que tenemos del recorrido de la Ruta de la Seda terrestre realizada durante la Antigüedad Clásica, también fue uno de los primeros tratados difundidos por el Mediterráneo en el que se describían las regiones que había al otro lado del Pamir, permitiendo imaginar un nuevo mapa del mundo. Ptolomeo distinguía entre la Sinae mencionada por el *Periplo del mar Eritreo* y el viejo país de los *seres*, «las gentes de la seda», como si se tratara de dos lugares diferentes, pero fue capaz de situarlos en regiones muy similares a las que ocupaban en realidad, especificando que se trataba de las naciones conocidas más orientales de Asia. Aquella intrépida caravana de comerciantes no solo había sido la primera en recorrer, en su totalidad, los caminos de la seda, sino que había propiciado la segunda gran revolución del conocimiento geográfico occidental después de Alejandro. No fue la última vez en la que un puñado de mercaderes con iniciativa cambió nuestro conocimiento del mundo.[134]

Unas décadas más tarde, en el año 166 d. C., el *Hou Hanshu* recogía la llegada de la que se suele considerar la primera embajada romana en visitar China. Al parecer, varios hombres se presentaron en las costas de Vietnam, que en ese momento pertenecían al Imperio Han, asegurando que formaban parte de una misión diplomática enviada por el emperador romano Andun, seguramente Marco Aurelio. Al ser

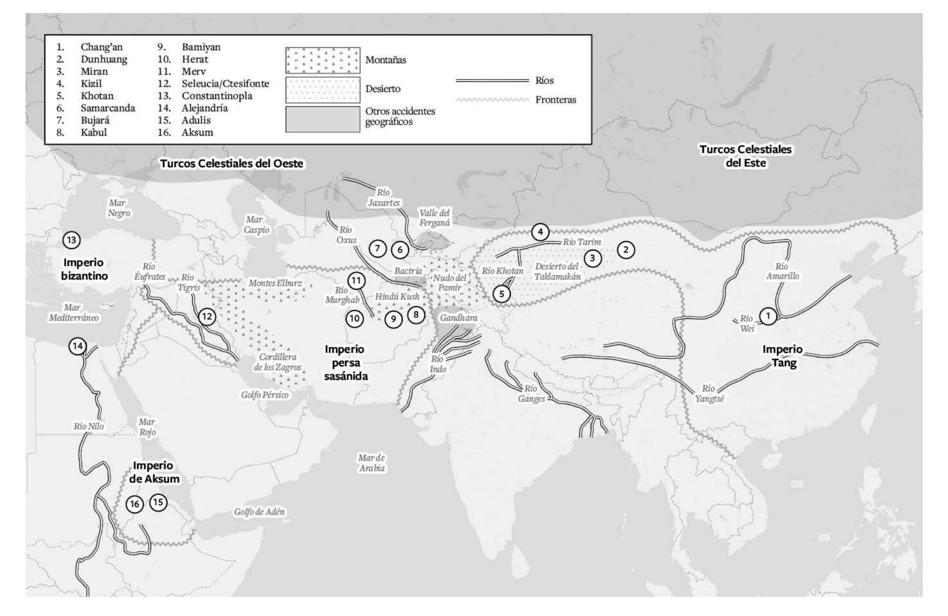
interrogados por las autoridades, describieron el Imperio romano como una tierra de increíbles riquezas y, para probarlo, entregaron los regalos diplomáticos que llevaban consigo: cuernos de elefante, colmillos de rinoceronte y conchas de tortuga.[135] Tanto los regalos, provenientes de África y de las costas del sudeste asiático, como el punto de entrada en el Imperio chino de los supuestos embajadores revelan que, probablemente, llegaron al territorio Han por vía marítima. El recorrido desde las costas egipcias hasta la India era sencillo para los romanos, y es posible que mercaderes del Mediterráneo llegaran a alcanzar los puertos de las actuales Birmania, Camboya y Vietnam. El viaje se realizaba además por lugares fuera del alcance y de las injerencias partas.

El *Hou Hanshu* reconocía que esa era la primera vez que se establecían relaciones directas entre los dos imperios, pero, aun así, los embajadores fueron recibidos con cierto escepticismo. Sus regalos se consideraron sospechosamente vulgares para una misión diplomática y los propios emisarios tampoco debieron de inspirar mucha confianza. El acceso al territorio chino estaba tan restringido, había tantas limitaciones para los mercaderes extranjeros, que las autoridades Han estaban acostumbradas a que personajes de lo más variopinto se presentaran en los confines del imperio pretendiendo ser embajadores, con el único propósito de obtener un tratamiento mejor por parte de los guardias fronterizos. Puede que este fuera el caso de la famosa embajada del 166 d. C.; a fin de cuentas, hay noticias de la llegada a China de otros romanos, en este caso mercaderes «declarados», que se presentaron en sus costas en el 226 y el 281-85 d. C. También se ha considerado la posibilidad de que los gobernantes romanos reclutaran comerciantes acostumbrados a viajar por aquellas regiones para encabezar una delegación diplomática, pero en ese caso extraña que el asunto no mereciera atención por parte de las fuentes del imperio mediterráneo, en las que no hay referencias al asunto.

Lo cierto es que al margen de las informaciones aportadas por el *Periplo del mar Eritreo* o la caravana de Maes Titianus, los romanos no llegaron a saber mucho más acerca de China y el Extremo Oriente. Todavía a finales del siglo IV d. C., doscientos años después de la redacción de la *Geografía* de Ptolomeo, Amiano Marcelino repetía informaciones similares sobre los chinos y el origen de la seda.[136] Los dos mundos tardarían todavía siglos en encontrarse y conocerse de veras, en un largo proceso que podemos decir que no ha concluido aún.

El siglo III fue uno de esos momentos clave en la historia de la humanidad. Una centuria extraña en la que el mundo conocido pareció olvidar súbitamente su antiguo esplendor para sumirse en una espiral de desorden y confusión. Imperios separados por miles de kilómetros se desmoronaron casi de forma simultánea. La estepa despertó y arrojó tribus enteras sobre las desprevenidas regiones agrícolas de Asia y Europa. Sistemas de gobierno que habían alumbrado siglos de paz y prosperidad se hundieron en la inoperancia y la corrupción, arrastrando a sus pueblos a sangrientos enfrentamientos civiles. Una de las más brillantes eras de la Antigüedad desaparecía lentamente acompañada de tremendas convulsiones. Su fin alumbró un mundo nuevo: la última de las grandes iteraciones de la Edad Antigua, la más denostada y la menos conocida, un período crepuscular y absolutamente fascinante: la Tardoantigüedad.

El Imperio chino fue el primero en caer. En el 220, la dinastía Han, que había gobernado China durante cuatrocientos años, se extinguió tras la abdicación de su último representante. Se trataba de un desenlace anunciado. Quiso la casualidad que los últimos emperadores Han llegaran el trono siendo niños y la juventud de los monarcas los convirtió en presa fácil para los ambiciosos eunucos de la corte. Los altos funcionarios se aseguraron de que los soberanos permanecieran encerrados en mansiones repletas de diversiones, mientras ellos manejaban el Estado a su antojo. Pronto, el país comenzó a sufrir los estragos de las luchas palaciegas, la inoperancia administrativa y la corrupción. Y cuando el desgobierno era ya palpable, llegaron las catástrofes naturales. Gigantescas inundaciones anegaron los campos y plagas de langosta devoraron las cosechas provocando hambrunas y epidemias generalizadas. El desorden abrumaba a la población. La mentalidad china, forjada durante milenios en el seno de una civilización agrícola sometida a los ritmos inalterables de la naturaleza, sentía un temor ancestral por el caos y juzgaba la valía de los gobernantes precisamente por su capacidad para mantener el orden. El gusto por los rituales cotidianos y el ceremonial cortesano, la precisión de la organización burocrática, la prevención ante todo lo extranjero o novedoso no eran sino manifestaciones del desasosiego que provocaba cualquier atisbo de anarquía.



Las grandes escuelas de pensamiento chinas, el taoísmo y el confucianismo, emanaban de esta mentalidad. El taoísmo (tao podría traducirse como «camino») defendía la existencia de un orden universal, inmutable y eterno, que regía sobre todas las cosas. La felicidad de los hombres dependía de su capacidad para alcanzar la armonía con ese orden, renunciando a su orgullo y abandonándose con humildad a la sabiduría de los principios de la naturaleza. En las creencias taoístas abundaban la magia, las criaturas mitológicas y los elixires milagrosos, pero su actitud relajada ante los imprevistos de la existencia ofrecería un punto de partida clave para la expansión del budismo por China. Por lo que respecta al confucianismo, sus enseñanzas se basaban en el orden y la jerarquía. Todo debía someterse a la voluntad del Cielo, identificable mediante rituales y ceremonias que ayudaban a los hombres a armonizarse con ella. En este último afán, el ser humano formaba una unidad indivisible con su familia y con el Estado, que eran los responsables de proporcionarle una educación adecuada para que supiera obrar correctamente. La buena marcha de la sociedad dependía de la capacidad del individuo para renunciar a sus placeres egoístas, centrándose en respetar las tradiciones, honrar a los antepasados, desempeñar su labor y ocupar el lugar que le correspondía según el mandato del Cielo. Estas enseñanzas, muy populares en China, tuvieron una enorme influencia sobre los emperadores de la dinastía Han, que convirtieron los principios confucianos en la base de los valores políticos, morales y educativos del imperio.137

Para la mentalidad confuciana, los gobernantes debían regir a sus subordinados a través del ejemplo, algo notoriamente ausente en la

corte de los últimos Han: «El pueblo es como la hierba, el gobernante es como el viento; cuando el viento sopla, la hierba se inclina. Es la conducta correcta la que da al gobernante su poder. Si la conducta personal del príncipe es correcta, su gobierno es efectivo sin la necesidad de dar órdenes. Pero si su conducta personal no es correcta, podrá dar órdenes, pero no serán obedecidas».138 No es de extrañar, por tanto, que los seguidores de las doctrinas taoísta y confuciana se contaran entre los principales opositores a la inoperante monarquía corrupta en la que se había transformado la dinastía Han. A lo largo de la segunda mitad del siglo II, multitudinarios alzamientos, como la Rebelión de los Turbantes Amarillos, aglutinaron revueltas campesinas y protestas estudiantiles, mientras los gobernadores locales aprovechaban la confusión para incrementar su poder. Finalmente, en el 220, un señor de la guerra obligó a abdicar al último de los emperadores Han. Con la caída de la dinastía, China se dividió en pedazos gobernados por reyes constantemente enfrentados entre sí. A una primera etapa, todavía manejable, de Tres Reinos, le siguió una segunda, aún más convulsa, de Dieciséis Reinos. Por este motivo, ante la dificultad de navegar entre dinastías efímeras y fronteras cambiantes, a este período, que duró cuatrocientos años y se extendió hasta el siglo VII d. C., también se le conoce por el simplificador apelativo de la Era de la Desunión.

La fragmentación de China dio alas a sus enemigos y permitió a los antiguos vasallos sacudirse la tutela imperial. Los bárbaros de la estepa fueron capaces de saquear las viejas capitales imperiales de Chang'an y Luoyang, y de disputar a los chinos el control del extremo septentrional del país. En la cuenca del Tarim, las autoridades fueron incapaces de mantener las ciudades de los oasis bajo su control y estas recuperaron su independencia. Pero, privadas del manto protector del imperio, estas regiones fueron pasto fácil de nuevas oleadas bárbaras llegadas de las estepas, entre las que destacaban los heftalitas o hunos blancos, un pueblo de ascendencia túrquica, tal vez emparentados con los xiongnu, que se apoderaron de Asia Central y de parte del Tarim en el siglo V d. C.

La invasión de los heftalitas tuvo consecuencias importantes para la Ruta de la Seda. Durante los primeros siglos de nuestra era, gran parte de las mercancías que viajaban entre Oriente y Occidente lo hacían a través del llamado ramal indio y su conexión con el recorrido marítimo de la ruta. Los productos abandonaban China por la cuenca del Tarim, recorrían Bactria y el Punjab, y llegaban hasta los centros de intercambio de la costa occidental de la India, donde eran adquiridos por mercaderes romanos que los transportaban hasta Alejandría y el Mediterráneo. Pero, a partir del siglo IV d. C., esta red entró en crisis. Cuando los hunos blancos conquistaron Asia Central,

su dominio fue aceptado rápidamente por los sogdianos. Estas gentes, ubicadas a caballo entre las estepas y los grandes imperios agrícolas, estaban acostumbradas a convivir con unos y con otros. Las ciudades de la Transoxiana, como Samarcanda o Bujará, albergaban población sedentaria, pero los confines de los oasis estaban en manos de nómadas que vagaban por la región con sus yurtas y sus rebaños, mezclándose, sin mayores problemas, con las caravanas de mercaderes y las misiones diplomáticas. Sin embargo, las cosas fueron muy distintas en la región de Bactria y los territorios del Imperio kushán, donde la invasión de los heftalitas fue una catástrofe. Estas tierras no estaban acostumbradas a las gentes de la estepa, se resistieron fieramente a la conquista, y fueron arrasadas por los bárbaros. La densidad de población cayó, los caminos quedaron abandonados y el tráfico de mercancías entre Asia Central y la India se redujo. Fue precisamente en este momento cuando los comerciantes romanos dejaron también de visitar las costas de la India. Los mercaderes sogdianos, que siguieron comprando sus manufacturas de lujo a los chinos durante la Era de la Desunión, prefirieron llevar sus mercancías a Occidente a través de las tierras altas de Persia, donde los nuevos dueños del territorio se mostraban especialmente amistosos con los caravaneros.[139]

Apenas había transcurrido un lustro desde la abdicación del último emperador, cuando el Imperio parto, su solícito vecino, acompañó a la China Han al oscuro rincón de los Estados desaparecidos. A comienzos del siglo III d. C., las gentes de Persia y Mesopotamia llevaban quinientos años bajo el dominio de gobernantes extranjeros. Primero habían caído en manos de Alejandro, cuyos herederos fundaron el Imperio seléucida, y después habían sido conquistados por los partos, jinetes llegados de las estepas. Los partos no debían de ser muy numerosos; tras apoderarse del Imperio seléucida, crearon una especie de aristocracia feudal, muy descentralizada, que gobernaba un enorme territorio en el que convivían descendientes de babilonios, medos, persas y griegos. Durante la etapa de esplendor de la dinastía parta de los arsácidas, entre los siglos I a. C. y I d. C., el sistema funcionó. Pero a comienzos del siglo II d. C. los partos sufrieron la peor derrota de su historia. En el año 116 d. C., en una campaña fulminante, el emperador Trajano (98-117 d. C.) los venció en el campo de batalla, conquistó su capital, Ctesifonte, y convirtió Mesopotamia en una provincia romana. La muerte del monarca, un año después, salvó a los partos de males mayores, y el heredero de Trajano, Adriano (117-138 d. C.), prefirió renunciar al valle del Tigris y el Éufrates, considerando que su mantenimiento sería demasiado costoso para las armas romanas. Pero el Imperio parto estaba ya herido de muerte. Nuevas expediciones romanas, completadas durante los reinados de Marco

Aurelio (161-180 d. C.) y Septimio Severo (193-211 d. C.), volvieron a penetrar en el territorio de los arsácidas llegando incluso a saquear, en dos ocasiones más, su maltrecha capital.

Como suele suceder, esta debilidad exterior coincidió con un aumento de los problemas en el interior. Al contemplar la lamentable decadencia de los jinetes de la estepa, los pueblos que habían tolerado durante siglos la dominación parta se mostraron cada vez más levantiscos. Entre los más activos se contaban los persas, que todavía recordaban los tiempos de gloria de los aqueménidas y creían que, si derrocaban a la mortecina dinastía arsácida, tal vez serían capaces de reeditar las hazañas de Ciro y Darío I. La oposición persa contra los partos estaba liderada por un personaje llamado Ardashir, que ha pasado a la historia envuelto en un cierto halo de misterio. La mayor parte de las fuentes le atribuían una ascendencia noble, pero otros, tal vez maledicentes, aseguraban que en realidad era el hijo de un zapatero. En cualquier caso, el caudillo rebelde conocía el valor que el recuerdo de un pasado glorioso podía infundir en el alma de un pueblo. Él mismo provenía de la región de Fars, al sur del actual Irán, donde todavía podían contemplarse las altas columnas de las apadanas aqueménidas de Pasargada y Persépolis, y aseguraba que su linaje descendía de cierto Sasán, quien, a su vez, llevaba en sus venas la sangre de los antiguos reyes. Tan importante era este prestigioso antepasado que lo vinculaba con los aqueménidas, que los descendientes de Ardashir serían conocidos como los «persas sasánidas». En el 224, Ardashir derrotó al último rey parto, Artabano IV (213-224), que murió en la batalla, y, tras la victoria, se apoderó del resto del imperio. Muchos de los gobernadores, incluida una parte de la aristocracia parta, cambiaron de bando y para el 228 los sublevados ya eran dueños de todo el territorio. Acababa de nacer el Imperio persa sasánida.

Tal y como había prometido Ardashir I (224-242), los sasánidas insuflaron nueva vida a aquellas regiones. Se apresuraron a tallar retratos de sus reyes sobre las paredes de los viejos monumentos aqueménidas, alimentando la idea de que estos se contaban entre sus antepasados y de que las etapas seléucida y parta solo habían sido una molesta interrupción en la gloriosa historia del Imperio persa. Construyeron magníficos palacios y colocaron sus tronos bajo arcos altísimos y cúpulas inmensas, que concedieron a la nueva dinastía un aura de poder y elegancia. Desarrollaron la agricultura excavando gigantescos canales en el valle de Mesopotamia. Fundaron talleres imperiales de producción de manufacturas de lujo, y fueron los principales beneficiados del auge en los caminos terrestres de la seda provocado por la invasión de los heftalitas. A pesar de la caída de la dinastía Han, el intercambio de embajadas, cargadas de regalos y

mercancías, entre China y los sasánidas fue tan fluido y satisfactorio como en época parta; tal vez incluso más. Las prendas de estilo persa, con sus representaciones de pavos reales o de extraños leones alados, se hicieron muy populares en China, y se han encontrado monedas sasánidas en yacimientos desperdigados desde las orillas del Volga hasta la cuenca del Tarim. Además, a diferencia de los partos, los sasánidas sí que mostraron interés por el recorrido marítimo de la Ruta de la Seda, aunque este hubiera perdido el esplendor de los siglos pasados. Se expandieron por el golfo Pérsico hasta las regiones de Baréin y Omán, e incluso consiguieron someter temporalmente a alguno de los pequeños reinos que controlaban el tráfico de resinas olorosas en el sur de Arabia.

HEREJES Y PROFETAS

Las creencias jugaron un papel importante en este «renacimiento sasánida». Los antiguos reyes aqueménidas habían adoptado la religión zoroástrica a finales del siglo VI a. C., y desde entonces este había sido el credo principal en Mesopotamia y las mesetas iranias. Sin embargo, durante cientos de años, el zoroastrismo convivió con otras creencias, y las distintas dinastías de reyes —aqueménidas, seléucidas, partos…— lo trataron con deferencia, pero sin concederle un papel exclusivo. Los sasánidas, en cambio, veían las cosas de forma diferente. Convirtieron el zoroastrismo en la religión oficial de su imperio, promovieron la compilación de los textos sagrados en el Avesta, el nacimiento de un culto unificado y la formación de una jerarquía sacerdotal. Incluso enviaron predicadores a otras regiones para facilitar la difusión de las enseñanzas de Zoroastro, aunque es posible que los principios de esta fe fueran transmitidos con tanta o más eficacia por los mercaderes que recorrían los caminos de la seda. Se ha documentado la presencia de devotos zoroástricos en la Transoxiana, en la cuenca del Tarim, en el norte de la India e incluso en los territorios del Imperio del Centro, casi siempre en relación con actividades comerciales.[140] Sin embargo, el compromiso de los persas con la prédica de Zoroastro puso fin a la tolerancia religiosa que había caracterizado las épocas seléucida y parta. La nueva jerarquía sacerdotal vigilaba la pureza de la fe y estaba dispuesta a perseguir los atentados más graves contra la doctrina. No hizo falta esperar mucho para que estos vínculos entre el clero zoroástrico y el poder se pusieran a prueba. Poco después de la fundación del Imperio sasánida, un misterioso predicador de nombre Mani (*ca.* 216-274/7) comenzó a difundir una nueva religión universal llamada a reemplazar a todas las ya existentes: el maniqueísmo.

Contaban los cristianos —quienes, todo hay que decirlo, contemplaban a los maniqueos con particular inquina— que el asunto

de Mani había empezado de la siguiente manera. A mediados del siglo I d. C. había un mercader llamado Escitianos que se ganaba la vida comerciando entre Egipto y la India. Como tantos antes y después de él, tras varios viajes al subcontinente, Escitianos se sintió transformado por la espiritualidad oriental y comenzó a predicar una nueva fe dualista basada en la existencia de dos grandes principios opuestos: el bien y el mal. No tuvo mucho éxito. Frustrado por la indiferencia del auditorio, pensó que le vendría bien un golpe de efecto: subió a lo alto de una casa con la esperanza de que, al verle levitar, el público se convenciera del carácter sobrenatural de sus revelaciones. Murió estampado contra el suelo, pero no sin antes haber ganado al menos un adepto, un hombre llamado Terebinto, del que se decía que había nacido de una mujer virgen. Terebinto, al igual que su maestro, consagró su vida a la difusión de esa nueva fe. Sin embargo, cierto día, al amanecer, se encaramó al tejado para realizar rituales mágicos ante sus seguidores y… cayó al suelo, muriendo de forma muy parecida a su maestro Escitianos. Para entonces, Mani ya se había convertido en discípulo de Terebinto, y comenzó, él también, a predicar estas nuevas enseñanzas, aunque parece que fue algo más prudente y se cuidó de acercarse a las alturas.[141]

Mani había venido al mundo a orillas del Tigris, en las inmediaciones de Ctesifonte, en el 216. Corrían los últimos años del Imperio parto y la región en torno a Babilonia-Seleucia-Ctesifonte era un hervidero de gentes y de religiones llegadas del Mediterráneo, Asia Central y el subcontinente indio. Allí se arremolinaban zoroástricos, judíos, cristianos, budistas, paganos… y un sinfín de sectas y de movimientos religiosos, como los gnósticos, en un ambiente de extraordinaria efervescencia espiritual. El maniqueísmo, una religión que era esencialmente una mezcla de otras, solo fue posible en este contexto de mestizaje religioso, tan característico de las regiones que rodeaban la Ruta de la Seda. De hecho, el padre de Mani procedía de Ecbatana, en los Zagros, y la familia era de ascendencia persa, pero había abandonado las creencias zoroástricas para entrar a formar parte de una secta, los elcasaítas, de origen judeocristiano. Fue en esta comunidad elcasaíta donde el joven Mani pudo familiarizarse con la Biblia y la figura de Jesús, que estaba llamada a tener un papel protagonista en el maniqueísmo.

Cuando cumplió los veinticinco años, Mani comenzó a predicar su nueva fe. Proclamó que él era el último de los profetas y que su nueva religión, de carácter sincrético, recogía elementos de todas las demás y estaba llamada a reemplazarlas. El principio fundamental del maniqueísmo era su carácter dual, algo que había tomado, probablemente, del zoroastrismo. Decía que desde antes de que comenzaran los tiempos habían existido dos principios, uno del bien,

simbolizado por la luz, y otro del mal, encarnado en la oscuridad. Aunque el principio de la luz era superior al de la oscuridad, se desató entre ellos una lucha cósmica, y fue este enfrentamiento lo que dio origen al universo. La Tierra y el Cielo, los animales y las plantas fueron creados a partir de materia oscura para que atraparan las partículas de luz en su interior, impidiendo su reunión con el dios supremo del bien. Las fuerzas del mal dieron forma incluso a Adán y Eva, padres del género humano, con el propósito de que su carne y su forma mortal absorbieran la luz eterna del mundo. Las almas de los descendientes de la pareja, los hombres, eran oscuras, llenas de egoísmo y avaricia, hasta que Jesús, enviado por el Dios de la Luz, les enseñó a distinguir entre el bien y el mal, y a liberar la luz apresada en la materia en lugar de aprisionarla. Es en ese punto donde hacía su aparición Mani, el último de los mensajeros del Dios de la Luz. Mani continuó las enseñanzas de Jesús y reveló a los hombres nuevos medios para rescatar las partículas de luz atrapadas en el mundo corpóreo. Algún día, cuando esa separación se completase, el espíritu se desprendería definitivamente de la carne y se elevaría hasta los cielos, y Jesús, en su segunda venida, apartaría a los pecadores de los justos.[142]

Mani predicó su religión por los territorios del Imperio sasánida e incluso viajó a la India, donde se dice que fue saludado como un Buda, un «iluminado» capaz de alcanzar el nirvana. Al principio, los soberanos persas se mostraron tolerantes con la nueva fe, y el profeta llegó a presentar al rey Sapor I (240-270) una de sus obras, el *Shabuhragan*, en la que ofrecía al soberano un resumen de su doctrina religiosa. Sapor I, uno de los más grandes gobernantes sasánidas, era un piadoso zoroástrico, y no hay constancia de que llegara a adoptar creencias maniqueas, pero sí parece que debió de ofrecer cierta protección al religioso. Sin embargo, tras la muerte del rey, esta deferencia desapareció. La recién creada elite sacerdotal zoroástrica rechazaba la prédica de Mani, a la que consideraba una desviación aberrante del zoroastrismo, y Bahram I (271-274), uno de los sucesores de Sapor I, ordenó que Mani fuera hecho prisionero y torturado hasta la muerte. Sus enseñanzas se prohibieron y el maniqueísmo fue proscrito del Imperio persa sasánida, donde solo permanecieron activas algunas pequeñas comunidades. Sin embargo, sus enseñanzas ya habían comenzado a recorrer los caminos de la seda. El carácter sincrético de las creencias maniqueas facilitó su difusión: para comienzos del siglo IV ya se documenta la presencia de maniqueos en Asia Central, la India y las costas del Mediterráneo, y a finales del siglo VII hay constancia de la llegada de esta fe a China. Desperdigado por los confines de Asia, el maniqueísmo disfrutó de una existencia residual, pero prolongada, hasta el siglo XVI.[143] Sin

embargo, las cosas fueron muy diferentes en los territorios del Imperio romano. El maniqueísmo fue rechazado por los cristianos, que consideraban una abominación el uso que Mani había hecho de algunas figuras de su fe. Pero estas nuevas creencias fueron además perseguidas por las autoridades romanas por un motivo mucho más pragmático: el maniqueísmo y el zoroastrismo eran las religiones de los persas, el gran adversario, y Mani, el profeta de la nueva fe, había pertenecido al círculo del rey Sapor I, verdugo de emperadores romanos y archienemigo del imperio.[144]

Y es que, entusiasmados con sus logros, los sasánidas habían soñado incluso con restaurar la vieja extensión del imperio de Darío I, desde las costas del Egeo hasta Asia Central, emprendiendo una serie de ambiciosas campañas de conquista. Hacia el noreste, llevaron sus dominios más allá de Merv, se apoderaron del valle del Oxus y consiguieron alcanzar las riberas del Jaxartes, recuperando tierras que habían pertenecido a los aqueménidas. Hacia el este, arrebataron regiones enteras al Imperio kushán, precipitando su caída y extendiendo la soberanía persa hasta el límite del Punjab. Sin embargo, los éxitos más espectaculares se produjeron en Occidente. Los primeros gobernantes del Imperio persa sasánida tuvieron la fortuna de que el nacimiento de su reino coincidió con la crisis del siglo III en el Imperio romano, y aprovecharon la coyuntura para atacar al viejo enemigo. Entre todos, el más agresivo fue precisamente Sapor I (240-270), el protector de Mani, que invadió Siria, saqueó Antioquía y derrotó, uno tras otro, a los emperadores Gordiano III, Filipo el Árabe y Valeriano, desquitándose de las humillantes derrotas que los partos habían sufrido a manos de los romanos en la centuria precedente. Valeriano (253-260) acabó sus días como prisionero del soberano persa, y algunos decían que el odiado Sapor I utilizaba al desventurado emperador romano como escabel. No es de extrañar que, junto con el título de «rey de reyes», los monarcas persas también comenzaran a ostentar orgullosamente el de «vencedor en batallas».

Por un momento, pareció que los anuncios eran ciertos, y que bajo la égida de los sasánidas el mundo entero ardería con el fuego persa. Sin embargo, esta fulminante expansión se vio frenada, bruscamente, a partir del siglo IV. En Oriente, la irrupción en Asia Central de los heftalitas o hunos blancos fue una pesadilla para los sasánidas, que, además de perder el control de aquellas regiones, se vieron en la humillante necesidad de pagar tributo a los bárbaros. En Occidente, la llegada al trono de Diocleciano y el final de la crisis del siglo III devolvieron, al fin, la estabilidad al Imperio romano.

El tercero de los tres grandes Estados que asistieron al nacimiento de la Ruta de la Seda fue el último en entrar en crisis, y el único que consiguió superar las turbulencias del siglo III. Tras el asesinato del

emperador Alejandro Severo, en el 235, el Imperio romano se enfrentó a cinco décadas de guerras civiles, invasiones bárbaras, asesinatos de emperadores y revueltas provinciales, pero sus fundamentos eran tan sólidos que, de alguna manera, se las ingenió para sobrevivir. A cambio, fue imprescindible llevar a cabo cambios muy profundos que transformaron la esencia misma del imperio. Roma estaba a punto de descubrir que, para perdurar, debía estar dispuesta a renunciar a sí misma.

Diocleciano (284-305 d. C.), el emperador que puso fin a la crisis, trató de asegurar la estabilidad del gobierno mediante un aparatoso sistema llamado tetrarquía. En lo sucesivo, dos emperadores y dos viceemperadores se repartirían el poder. La existencia de cuatro gobernantes, pensaba Diocleciano, multiplicaría su eficacia a la hora de desempeñar su cometido y desanimaría a aquellos tentados de asaltar violentamente el trono imperial. Si antes bastaba con asesinar a un monarca, tras la instauración de la tetrarquía sería necesario quitar de en medio a cuatro. Mientras su fundador estuvo al frente de la tetrarquía, se puede decir que el sistema, más o menos, funcionó. Pero en el momento en el que se retiró a cultivar lechugas a su hermoso palacio de Spalato (Split), en el 305, sus sucesores se apresuraron a matarse entre ellos para ocupar el poder en solitario. Diocleciano había protegido al imperio de los ataques llegados de fuera, pero se equivocó al confiar en que la honradez de sus gobernantes pesaría más que su ambición. El vencedor de la contienda fue Constantino I (306-337), que, durante su reinado, tomó dos decisiones que resultarían claves para la historia del Imperio romano y de la Ruta de la Seda: contribuyó a poner fin a las persecuciones contra los cristianos y levantó una nueva capital imperial, Constantinopla. Las dos merecen un análisis detallado; comencemos por la primera.

En el 311, el emperador Galerio promulgó en Nicomedia (junto a las costas del Bósforo) el Edicto de tolerancia, en virtud del cual se ponía fin a las persecuciones contra los seguidores de Cristo. Apenas dos años después, en el 313, Constantino I y Licinio, que por aquel entonces se dividían el imperio, firmaron el Edicto de Milán, por el que se promulgaba la libertad de culto y se reconocía a la religión cristiana como uno de los credos lícitos del Imperio romano. Los cristianos dejaron de ser considerados enemigos del Estado y se incorporaron sin trabas a las estructuras administrativas y militares. Comenzó entonces un proceso de acercamiento entre el poder imperial y la Iglesia que culminó durante el reinado de Teodosio I (379-395), cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial de Roma.

El final de las persecuciones contribuyó, desde luego, a la estabilidad interna del Imperio romano, pero los estrechos lazos entre

el poder y la Iglesia trajeron consigo problemas inesperados, porque, tras el Edicto de Milán, los cristianos empezaron a depositar en los emperadores la esperanza de que usaran su autoridad para poner orden en sus disputas doctrinales. Y es que cuantos más adeptos ganaba el cristianismo, más proliferaban las sectas y los grupúsculos enfrentados en debates interminables sobre la definición de aspectos básicos de la fe. La teología cristiana era extremadamente complicada, confusa para muchos, y había un elemento en particular que provocaba la mayoría de las controversias: la dificultad para definir la naturaleza de Cristo. ¿Era un dios? ¿Era un hombre? ¿Cómo podía ser las dos cosas a la vez? Estas preguntas atormentaban a los teólogos y suscitaban agrias polémicas en las que participaba una parte importante de la población. Los fieles estaban al tanto de las disputas, y las calles de las grandes ciudades se agitaban con cada nuevo giro de la discusión.

A comienzos del siglo V el debate cristológico estaba en plena efervescencia y se había condensado en una pregunta cuya respuesta dividía a las autoridades eclesiásticas: ¿podía darse a la Virgen María el apelativo de «madre de Dios»? Nestorio, el joven y carismático patriarca de Constantinopla, defendía que no. Él consideraba que había que separar el cuerpo de Jesús, que era un cuerpo de hombre, de la divinidad que había descendido para habitar ese receptáculo carnal, por lo que María solo podía considerarse madre del cuerpo, no del Verbo divino. La opinión de Nestorio generó un fuerte rechazo entre la mayoría de los cristianos, que sentía una enorme devoción por la Virgen, y creía que la doctrina nestoriana le arrebataba parte de su dignidad. Cirilo, el agresivo patriarca de Alejandría, encabezó la oposición, tachando al patriarca de Constantinopla de hereje. Para solventar el problema, en el año 431 se convocó un concilio en Éfeso. Tras sesudas deliberaciones, se determinó que las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana, se unían de forma indisoluble —hipostática, rezaba el dogma— en una única persona, la de Jesús. Esta unión se había producido ya en el vientre materno, así que la Virgen era la madre de la persona de Jesús y, por tanto, de sus dos naturalezas, la humana y la divina. La decisión fue saludada con júbilo por la población, que se lanzó a las calles a proclamar a María *Theotokos*, esto es, «madre de Dios». En el Concilio de Éfeso también se acordó deponer a Nestorio de su puesto de patriarca y excomulgarlo. En lo sucesivo, él y sus seguidores, los nestorianos, serían considerados herejes y sus doctrinas perseguidas en los dominios del imperio.

Sin embargo, el debate cristológico distaba mucho de estar cerrado, sobre todo en la convulsa sede de Alejandría, donde los ánimos se encontraban siempre enervados y los enfrentamientos violentos

estaban a la orden del día. Allí eran muchos los que pensaban que, después de la encarnación, la naturaleza humana de Cristo había quedado absorbida por la naturaleza divina y que, por tanto, solo podía hablarse de una naturaleza, la divina, y no de dos, como se había pretendido en el Concilio de Éfeso. Este es el motivo de que a los seguidores de esta doctrina se les diera el nombre de «monofisitas», esto es, los defensores de la existencia en Cristo de «una sola naturaleza», la naturaleza divina. Las posturas estaban tan enconadas que en el año 451 fue necesario convocar un nuevo concilio, esta vez en Calcedonia, en el mar de Mármara, para aclarar el asunto. Sus conclusiones fueron similares a las del Concilio de Éfeso: «Profesamos un solo y único Cristo Jesús, Hijo Único, a quien reconocemos en dos naturalezas, sin que haya conclusión ni división ni separación entre ellas. (…) Los atributos de cada naturaleza son salvaguardados y subsisten en una sola persona». Aquellos que siguieran defendiendo las doctrinas monofisitas, como había ocurrido con los nestorianos, fueron declarados herejes. Sin embargo, el monofisismo había arraigado con fuerza en el valle del Nilo y en otros lugares del Levante mediterráneo.[145]

Sorprendentemente, la eclosión del nestorianismo y el monofisismo en la mitad oriental del Imperio romano tuvo consecuencias inesperadas para el cristianismo, pero no en la cuenca del Mediterráneo, sino en los vastos confines de Asia. Todo estaba relacionado con los cambiantes intereses de la política y el enfrentamiento entre los romanos y los persas. Hasta la caída del Imperio arsácida, los partos habían sido tan tolerantes con los cristianos como con el resto de las religiones; habían permitido que el cristianismo se expandiera sin oposición por sus dominios, e incluso habían acogido a los fieles que huían de las persecuciones del Imperio romano. A comienzos del siglo III, cuando el Imperio parto fue reemplazado por el nuevo Imperio sasánida, había nutridas comunidades cristianas en Persia y Mesopotamia, y se documenta la presencia de un obispado cristiano en un lugar tan remoto como las orillas del Caspio. Al principio, los sasánidas permitieron a los cristianos profesar su fe sin restricciones. Sin embargo, tras el Edicto de Milán, cuando cesaron las persecuciones en el Imperio romano e incluso los emperadores comenzaron a abrazar la nueva fe, los reyes persas empezaron a desconfiar de los cristianos, a los que contemplaban como potenciales agentes enemigos, del mismo modo que los romanos veían a los zoroástricos o a los maniqueos como posibles quintacolumnistas.

Fue así como, paradójicamente, el final de las persecuciones en el Imperio romano propició el comienzo de las persecuciones en el Imperio sasánida. Estos ataques a los cristianos en Persia y

Mesopotamia se iniciaron en las primeras décadas del siglo IV, durante el reinado de Sapor II el Grande (309-379). Sapor II fue uno de los soberanos con el reinado más largo de la historia. Se mantuvo en el trono durante setenta años, los mismos que Isabel II del Reino Unido, aunque él tuvo la suerte de ser coronado mientras se encontraba en el vientre de su madre, lo que le dio unos valiosos meses de ventaja. Durante su reinado, el Imperio persa sasánida alcanzó su cénit y atravesó su mayor período de esplendor militar, económico y cultural. Pero la época de Sapor II también se distinguió por su intolerancia religiosa. Fue entonces cuando se completó la recopilación del Avesta, los textos sagrados del zoroastrismo, y cuando se recrudeció la persecución a las minorías, como los maniqueos o los cristianos, especialmente después de la conversión de Constantino I (306-337).

Los ataques a la comunidad cristiana continuaron durante gran parte del siglo IV, hasta el reinado de Yezdegard I (399-421), al que los persas apodaban, dejando clara la opinión que tenían de él, «el Pecador». Este monarca consideró que el clero zoroástrico había acumulado demasiada influencia, y le pareció que podría compensarla mejorando su relación con las minorías religiosas, como los judíos y, sobre todo, los cristianos. Yezdegard I concedió a la Iglesia cristiana un estatus oficial en el Imperio persa, la dotó de un único líder, el patriarca de Seleucia-Ctesifonte, utilizó a sus obispos como embajadores ante el Imperio romano, e incluso otorgó a la jerarquía eclesiástica algunas atribuciones administrativas en las zonas con mayor densidad de población cristiana. Fue así como surgió la Iglesia de Oriente, más tarde conocida como la Iglesia siria de Oriente o incluso la Iglesia asiria de Oriente, términos empleados para referirse a la Iglesia cristiana en el territorio del Imperio persa sasánida, en contraposición a la Iglesia de Occidente, esto es, la del Imperio romano.

La decisión del rey persa llegó justo a tiempo. Cuando estallaron los debates cristológicos, a mediados del siglo V, los representantes de la Iglesia de Oriente no fueron invitados a los concilios de Éfeso o Calcedonia. Irritados con el desdén que les mostraban sus homólogos en el Mediterráneo, los clérigos de la Iglesia de Oriente mantuvieron ideas propias y defendieron, por ejemplo, la posibilidad de que los miembros de la jerarquía eclesiástica contrajeran matrimonio. Además, se apresuraron a acoger a los nestorianos y monofisitas expulsados del Imperio romano. Las autoridades sasánidas veían con especial agrado a este nuevo tipo de cristianos exiliados, de los que nunca tendrían que temer una traición para favorecer a un emperador romano, y con el tiempo ocuparían posiciones importantes en el seno de la Iglesia de Oriente.[146]

Esta, revitalizada gracias a esos acuerdos con las autoridades persas

y la llegada de devotos nestorianos y monofisitas, emprendió un ambicioso programa evangelizador que aprovechó el auge sin precedentes del recorrido terrestre de la Ruta de la Seda. Predicadores de la Iglesia de Oriente, enviados por el patriarca desde el nudo comercial de Seleucia-Ctesifonte, recorrieron los caminos del comercio y cosecharon un enorme éxito en su difusión de la fe. Para mediados del siglo VI se habían establecido comunidades cristianas a lo largo de toda la Ruta de la Seda: desde Merv hasta Kashgar, en la cuenca del Tarim, pasando por Herat, Samarcanda, Bujará e, incluso, Socotra, las Maldivas y Sri Lanka, en las costas orientales de la India.[147] Había obispados, monasterios, hospitales y escuelas en casi todas las ciudades importantes; la mayoría pertenecía a la Iglesia de Oriente, pero algunos tenían creencias monofisitas o nestorianas, porque en aquellas tierras remotas, la ausencia de una autoridad centralizada favorecía la proliferación de todo tipo de corrientes espirituales. La Tardoantigüedad fue la edad dorada del cristianismo en Asia, y nunca volvió a tener esta religión tantos fieles en aquel continente.[148]

LA NUEVA ROMA

La segunda de aquellas grandes decisiones de Constantino I, determinantes para la historia del Mediterráneo y de la Ruta de la Seda, fue la fundación de una nueva capital imperial: Constantinopla.

Como ya se señaló al hablar de la Ruta de las Estepas, Bizancio había sido fundada por colonos helenos a mediados del siglo VII a. C. Los griegos escogieron su emplazamiento con verdadera sagacidad: la colonia se levantaba en el extremo de una península triangular formada por el mar de Mármara, el estrecho del Bósforo y el Cuerno de Oro, que además contaba con abastecimiento de agua dulce gracias al río Lico. Desde esa especie de espolón, Bizancio dominaba los estrechos que comunican el mar Negro con el Egeo, y se encontraba en una encrucijada de caminos que iba de norte a sur entre las estepas y el Mediterráneo, pero también de oeste a este entre Europa y Asia. Mil años después, a comienzos del siglo III, esta posición privilegiada había convertido a Bizancio en una urbe llena de vida, atestada de comerciantes y de gentes llegadas de todas partes. Es posible que fuera este carácter cosmopolita lo que atrajo la atención de Constantino I.

En el 324, el emperador acababa de derrotar a todos sus rivales y estaba buscando el lugar adecuado para fundar una gran ciudad que impulsara la región de los Balcanes y se convirtiera en el nuevo centro político del Mediterráneo oriental. En este afán, como en otras decisiones clave de su reinado, Constantino I demostró una considerable intuición para anticipar los rumbos de la historia. Las provincias orientales, las menos castigadas por las invasiones bárbaras y la crisis económica, estaban adquiriendo un protagonismo creciente,

y el Imperio romano había comenzado ya a bascular hacia el este. Se barajaron varias opciones, desde Troya hasta Tesalónica, pero, al final, la elegida fue Bizancio. La decisión fue tan acertada que los autores cristianos la atribuyeron a una inspiración divina. Las obras debieron de comenzar inmediatamente, tal vez en ese mismo 324, pero la tradición recoge la fecha del 330 como el año de fundación oficial de la ciudad, que recibió el nombre del soberano y pasó a llamarse Constantinopolis, «la Ciudad de Constantino».

Los trabajos adquirieron una dimensión gigantesca, incluso para los estándares del Imperio romano. La ciudad se diseñó para extenderse sobre siete colinas y se dividió en catorce regiones, al igual que Roma, porque la vieja capital imperial era un espejo en el que la nueva jamás dejaría de mirarse. Se rodeó de murallas y albergó en su corazón un foro rodeado de arcos triunfales y presidido por una enorme columna adornada con una estatua de Constantino, que recordaba vagamente a las que Trajano o Marco Aurelio habían levantado en la Ciudad Eterna. Los habitantes de la nueva urbe tendrían pan gratuito o a bajo precio, como los romanos, y podrían divertirse en un enorme hipódromo, cuyas dimensiones eran similares a las del Circo Máximo. No había un detalle en el que la nueva Roma no se pareciera a la antigua. Augusto había hecho erigir en la capital italiana el *Miliarium Aureum*, un miliario que servía de punto de partida a las calzadas del imperio. En Constantinopla, Constantino asignó ese papel al *Milion*, un arco que se encontraba en un cruce de calles, no muy lejos del extremo septentrional del hipódromo. Preciadas reliquias y obras de arte se trajeron para adornar la pista de carreras: cuatro grandes caballos de bronce dorado que se atribuían a Lisipo (siglo IV a. C.), el gran escultor griego; un obelisco del faraón Tutmosis III (siglo XV a. C.), o la serpiente de bronce dedicada por los griegos al dios Apolo, en Delfos, para agradecerle la victoria de Platea en la Segunda Guerra Médica (479 a. C.). La elección de un objeto que recordaba el triunfo de los griegos sobre el Imperio persa aqueménida enviaba también un poderoso mensaje a los nuevos vecinos, los persas sasánidas, tan empeñados en reeditar las conquistas militares de sus supuestos antepasados. En esta era crepuscular de la Antigüedad, los nuevos protagonistas sentían una profunda nostalgia por los tiempos pasados, cuando los hombres eran héroes y el porvenir siempre se antojaba brillante.

A pesar del evidente juego de espejos entre Roma y la ciudad de Constantino, el papel jurídico de Constantinopla era ambiguo. El emperador nunca ocultó su preferencia por la nueva capital. Se hizo construir un complejo palacial en el extremo suroriental de la península y escogió la ciudad como lugar de enterramiento. Si en Roma Constantino I había impulsado la construcción de la basílica de

San Pedro sobre la tumba del más señalado de los discípulos de Cristo, en Constantinopla ordenó levantar la iglesia de los Santos Apóstoles, para que albergara, no solo las reliquias del resto de los compañeros del Salvador, sino también su propia tumba. Pero las fuentes del período seguían refiriéndose a Constantinopla como «la segunda ciudad después de Roma» o «la más grande de las ciudades de Oriente», otorgándole un papel secundario respecto a la Ciudad Eterna.

Hicieron falta décadas para que, poco a poco, a lo largo del siglo IV, Constantinopla fuera desplazando a Roma como el centro del imperio. La vieja urbe, asediada por los bárbaros y ubicada en el corazón de una Italia cada vez más empobrecida, había perdido su antiguo esplendor. La nueva ciudad, en cambio, disfrutaba de una posición más resguardada y de mejores comunicaciones tanto por tierra como por mar. Cuando el emperador Teodosio I (379-395) decidió que, a su muerte, el Imperio romano debía dividirse en dos mitades, nadie tuvo ninguna duda de que la mitad oriental, la más rica y poblada, la que dejó en herencia a su hijo mayor, Arcadio, tendría como capital Constantinopla. La nueva construcción política nacida en el 395 recibió el nombre de Imperio romano de Oriente para diferenciarla de su hermana gemela, el Imperio romano de Occidente, y ese fue el apelativo que el imperio oriental quiso mantener durante toda su existencia. Fuimos los europeos occidentales los que, para denostarlo y atribuirle una ascendencia más griega que romana, nos empeñamos en darle el título de Imperio bizantino. Aun así, el término ha cosechado tanta popularidad que, por comodidad, será el que utilicemos de ahora en adelante.

El Imperio romano de Occidente cayó pronto, devorado por los bárbaros. En cambio, el de Oriente o Imperio bizantino sobrevivió para convertirse en el Estado más poderoso del Mediterráneo oriental. El peso de esta construcción política y de su capital jugaron un papel clave en los cambios que la Ruta de la Seda experimentó durante la Tardoantigüedad. Constantinopla, ubicada a medio camino entre la Ruta de las Estepas y los caminos de la seda, pasó a ser el nuevo gran puerto terminal del recorrido, desplazando a Antioquía, demasiado expuesta por su cercanía a la frontera con los sasánidas, y sobre todo a Alejandría. La ciudad egipcia había sufrido las consecuencias de la irrupción persa en el mar de Arabia, y sabemos que la presencia romana en aquellas costas comenzó a contraerse a partir del siglo III.

Pero, aunque el comercio en el mar Rojo había perdido algo de su atractivo, el lugar dejado por los romanos en la región fue rápidamente ocupado por otros actores. A fin de cuentas, por más que se tratara de un pastel más pequeño, todavía seguía siendo dulce. En los albores de la ruta, la ciudad etíope de Aksum había sido un centro

de distribución de marfil africano. Todos los años, rinocerontes y elefantes eran sacrificados en Aksum para abastecer la fuerte demanda de marfil, que, desde allí, era enviado al puerto de Adulis, en la costa del mar Rojo, a ocho jornadas de viaje hacia el este. Poco a poco, a lo largo de los primeros siglos de nuestra era, gracias al flujo de mercancías, las dos ciudades etíopes fueron creciendo en importancia. Para el siglo III, Aksum se había convertido en la capital de un próspero reino comercial, capaz de emitir su propia moneda y de levantar espectaculares obeliscos, algunos de los cuales se cuentan entre los más altos esculpidos por el hombre. El esplendor económico vino acompañado de una inteligente política diplomática y de una audaz expansión territorial.[149] Las dos orillas del mar Rojo habían mantenido estrechos lazos desde al menos el primer milenio a. C., pero hasta ese momento había sido la costa de Arabia la que había ejercido su influencia, cultural y política, sobre la de Etiopía. Sin embargo, en el siglo III, fue el *negus* (rey) de Aksum quien expandió su territorio al otro lado de mar, apoderándose de parte de la región de Yemen y extendiendo su control al estratégico estrecho de Bab el-Mandeb.

El proceso coincidió con cambios todavía más profundos: a comienzos del siglo IV, los reyes de Aksum adoptaron el cristianismo como religión oficial, desplazando tanto a las creencias paganas como al judaísmo, que contaba con bastantes fieles en la región.[150] La llegada de la nueva fe tuvo que ver, como no podía ser de otra manera, con las rutas comerciales. Todo comenzó con dos monjes cristianos de Tiro llamados Frumencio y Edesio, que trataron de cruzar el mar Rojo en un navío mercante. Las legiones de Roma ya no vigilaban la región y el barco fue atacado por los piratas. El abordaje derivó en una carnicería y los dos monjes fueron los únicos supervivientes del incidente. Los piratas, que no les vieron demasiada utilidad, se apresuraron a venderlos como esclavos en las cercanas costas de Etiopía, y quiso la fortuna que acabaran en manos del rey de Aksum, Ezana (*ca.* 320-360). A diferencia de los piratas, el monarca se dio cuenta de la valía de Frumencio y Edesio, hombres cultivados y honestos, y los dos monjes fueron ascendiendo al servicio del *negus* hasta convertirse en su tesorero y su copero. La cercanía al soberano ofrecía a los frailes una oportunidad de oro y, mientras desempeñaban sus funciones, aprovecharon para instruir al rey en los principios de la fe cristiana. La prédica fue todo un éxito. La historia terminó con Frumencio investido primer obispo de Etiopía y con el reino de Aksum convirtiéndose, junto con el de Armenia, en uno de los primeros Estados cristianos de la Tierra.

Pero Frumencio y Edesio no fueron los únicos monjes relacionados con el reino de Aksum. Esta región de Etiopía también acogió a de uno

de los hombres más singulares de su tiempo, un personaje llamado Cosmas *Indicopleustes*, sobrenombre que podría traducirse como «el navegante del Índico». Cosmas era de origen egipcio, trabajaba como mercader y ganó una pequeña fortuna dedicándose al comercio de especias. Su ocupación le permitió recorrer las costas del Índico y el mar Rojo, incluido el reino de Aksum, que visitó a comienzos del siglo VI y donde fue testigo de los preparativos militares de una expedición del rey aksumita contra los territorios del sur de Arabia. Sin embargo, esta vida ajetreada terminó por cansar a Cosmas, que decidió abandonarlo todo, retirarse a un monasterio del Sinaí y consagrar su vida a la redacción de tratados. Fue en este retiro en el desierto donde, entre los años 547 y 550, escribió una obra, originalísima e inclasificable, titulada *Topografía cristiana* o *La opinión de los cristianos sobre el mundo*.

En ella, *Indicopleustes* trataba de refutar la visión errónea que tenían los paganos —y muchos cristianos— sobre el universo, reemplazándola por la verdadera, derivada de su particular interpretación de las sagradas escrituras. Por lo visto, los paganos estaban convencidos de que la Tierra era redonda, de que ocupaba el centro del universo y de que los planetas giraban a su alrededor. Todo esto, pensaba Cosmas, era un absoluto disparate. La Tierra era plana, en concreto de forma rectangular, el doble de larga que ancha, y sus dimensiones habían sido reveladas a los hombres a través del tabernáculo o santuario portátil que Yahvé había ordenado construir a Moisés durante el Éxodo. Bastaba con estudiar atentamente esta pequeña construcción para hacerse una idea de la forma real del universo, que él reflejaba además en las ilustraciones, repletas de fantasía, que acompañaban al texto. Junto a estas curiosas reflexiones, en el undécimo libro de su *Topografía cristiana*, incluía además una detallada descripción de la isla de Sri Lanka, que él habría tenido ocasión de visitar en el transcurso de su vida como mercader, así como algunas observaciones sobre el comercio entre Persia, China y la India. Si las ideas de Cosmas sobre el universo estaban «ligeramente» apartadas de la realidad, sus anotaciones sobre las costas del Índico, en cambio, reflejaban un conocimiento profundo de la región, y son muy valiosas para conocer la evolución de esas zonas durante la Tardoantigüedad. Mencionaba, por ejemplo, que había muchas iglesias cristianas entre Bactria y la India, y sabemos que, por esas fechas, el rey de los heftalitas había solicitado a la Iglesia de Oriente que le enviara un obispo para atender las necesidades de los cristianos que vivían en sus territorios. El antiguo mercader también se había dado cuenta de que la seda china viajaba preferentemente por vía terrestre hacia Occidente, atravesando los dominios del Imperio persa sasánida. Reconoció además que, en comparación, el recorrido

marítimo había perdido parte de su atractivo, y que la ruta que atravesaba Bactria y el norte de la India había entrado en clara decadencia.[151]

Sin embargo, a mediados del siglo VI, en el momento en el que Cosmas *Indicopleustes* escribía sus inimitables tratados de geografía universal, el mundo del comercio de la seda estaba a punto de experimentar una auténtica revolución. Al parecer, los persas sasánidas habían aprovechado la bonanza del comercio de mercancías de lujo a través de su territorio para cobrar jugosos aranceles, y esto había elevado el coste de algunos productos, como la seda. Para atajar la escalada de precios, el emperador Justiniano I (527-565) trató de fijar un importe máximo para los rollos de tela. Pero la medida, lejos de solucionar el problema, lo agravó. Los mercaderes, que no podían vender por debajo del precio de coste, retiraron la seda del mercado para ofrecerla de forma clandestina al puñado de notables que podían permitirse pagarla, provocando desabastecimiento en el mercado bizantino. La tela, que se había convertido en una mercancía cara, pero relativamente común en el Imperio romano, quedó reducida a un producto de lujo que llegaba a través del contrabando y al que solo los más ricos podían acceder. El problema era grave, y Justiniano intentó solventarlo por la vía diplomática. Usó la Ruta de las Estepas para tratar de enviar una embajada a los chinos y buscar un recorrido comercial alternativo que pudiera esquivar los aranceles persas. Incluso trató de llegar a acuerdos con el reino de Aksum para comprarles la seda que los etíopes adquirían de los indios. Pero las gentes de la estepa tardarían todavía unos años en estar listas para una alianza con los bizantinos, y el reino de Aksum, siempre solícito con las peticiones de Constantinopla, no manejaba un volumen de tela suficiente para cubrir la demanda de seda imperial. Cuando no parecía haber otra solución que plegarse a las desorbitadas exigencias económicas sasánidas, fue la casualidad la que vino en auxilio del emperador.

Cierto día, unos monjes llegados de la India se presentaron en Constantinopla. Probablemente se trataba de miembros de la Iglesia de Oriente, o tal vez de nestorianos o monofisitas provenientes de alguna de las florecientes comunidades cristianas de Asia. Tras obtener audiencia en palacio, los religiosos hablaron al emperador Justiniano de un lugar llamado Serinda (¿Asia Central? ¿China?), donde habían conseguido descubrir el secreto de la seda. Este hilo maravilloso, explicaron a un ansioso Justiniano, era elaborado por un tipo de gusano al que la naturaleza obligaba a estar siempre trabajando. La distancia y las complicaciones del camino impedían que los monjes pudieran traer esos insectos vivos desde la lejana Serinda, pero, en cambio, sería muy sencillo transportar sus huevos,

siempre que estos se mantuvieran en un lugar cálido y cubiertos de estiércol. Justiniano, entre incrédulo y esperanzado, les aseguró que, si eran capaces de llevar a cabo esa misión, se les entregarían las mayores recompensas. No fue necesario más; los monjes regresaron a Oriente y, al cabo de un tiempo, tal y como habían prometido, volvieron a Constantinopla trayendo consigo huevos de gusano de seda que usaron para enseñar a los bizantinos el arte de la sericultura. Gracias a aquellos cristianos del corazón de Asia, el viejo secreto del hilo prodigioso había llegado, por fin, al Mediterráneo.[152]

A partir de este momento, y durante más de trescientos años, la seda se convirtió en un monopolio bizantino dirigido por un puñado de funcionarios públicos, los *kommerkiarioi*. Estos supervisaban la importación de tela, que nunca se detuvo, pues era imprescindible para hacer frente a la enorme demanda, y procuraban pagar un precio justo por ella. Cualquier ciudadano privado que se atreviera a comprar seda por su cuenta a los sasánidas o a los musulmanes que les sucedieron, era enviado al exilio tras la confiscación de sus bienes. En cuanto a la producción local, que acabó siendo uno de los pilares de la economía estatal, estaba también intervenida por los poderes públicos. Los *kommerkiarioi* supervisaban la elaboración y la distribución de los tejidos, y garantizaban la calidad de los rollos de seda: la mercancía que estaba autorizada para la venta se marcaba con un sello especial que llevaba la efigie del emperador. Por último, estos funcionarios se aseguraban de que una parte importante de la producción anual se enviara a Constantinopla, donde se encontraba el *ergasterion* imperial, el taller de elaboración de los tejidos de mayor calidad. Aquí la tela se teñía de púrpura y se tejía con hilos de oro para producir túnicas de extraordinaria belleza, cuyo uso se reservaba a la corte imperial y a la jerarquía eclesiástica.[153]

Las producciones constantinopolitanas tenían una calidad tan excepcional, que la seda acabó convirtiéndose en uno de los símbolos más reconocibles del Imperio bizantino. Como los partos en Carras, las tropas bizantinas acudían a la batalla precedidas de ondeantes estandartes de seda. Y cuando los soberanos triunfantes entraban en la ciudad, las calles se cubrían de flores y se adornaban con pendones de ese tejido. En este escenario magnífico, los generales victoriosos eran recompensados por el emperador con túnicas especiales decoradas con bordados en forma de águila y hechas, cómo no, de delicado hilo de seda. Este despliegue de riqueza causaba un efecto especial en las gentes de Europa Occidental.

El Imperio oriental no solo fue capaz de mantener el monopolio de la producción en el continente hasta la invasión musulmana, también fue su principal vía de entrada a Europa durante buena parte de la Edad Media. Cada vez que veían aparecer a un bizantino envuelto en

una nube de túnicas y mantos de seda, los hombres de Europa Occidental no podían sino contemplar sus humildes vestidos de lana y reconocer en aquellos orientales a los auténticos herederos del Imperio romano. Esta admiración también se aprovechaba para obtener réditos políticos. A las embajadas bizantinas les bastaba con distribuir unos cuantos rollos de tela púrpura de la mejor calidad para atraerse la buena disposición de reyes y papas, y los regalos de seda fueron tan importantes para la diplomacia europea durante la Alta Edad Media como lo habían sido en Asia durante la época de la dinastía Han. Casi mil años después, aquel hilo prodigioso no había perdido un ápice de su capacidad para fascinar a los hombres.[154]

En el año 268 a. C., un nuevo soberano subió al trono del inmenso Imperio maurya. A lo largo de su larga vida, este monarca sería conocido por muchos nombres. Algunos se refirieron a él como Devanampiya, «el amado de los dioses». Otros le dieron el título de Priyadasi, «el que contempla a los demás con amabilidad». Pero, con el tiempo, él preferiría que lo llamaran Ashoka (268-232 a. C.), que podría traducirse como «el que aumenta el alivio de la aflicción» o, directamente, «sin dolor».[155] Cuando tomó las riendas de un Estado que había sido fundado por su abuelo, el astuto Chandragupta, Ashoka podía sentirse orgulloso. En aquel momento, no había sobre la Tierra un gobernante que pudiera compararse, pues los dominios de su dinastía, los Maurya, se extendían desde el oeste del Punjab hasta la desembocadura del Ganges, y abarcaban la mayor parte del subcontinente indio. Sin embargo, al ambicioso Ashoka no le parecían suficientes. Todavía había regiones, como Kalinga, en la costa oriental de la India, que se resistían a su poder. Los señores de Kalinga habían establecido fructíferas relaciones mercantiles con la isla de Sri Lanka y los pequeños reinos que bordeaban el estrecho de Malaca, y la prosperidad creciente de la región les alejaba de la órbita del Imperio maurya. Antes de que la riqueza de Kalinga se convirtiera en una amenaza grave, en el octavo año de su reinado, Ashoka marchó al frente de sus ejércitos para someterla.

Por aquel entonces, el rey era un hombre cruel. Para llegar al trono había asesinado a sus hermanastros y torturado a sus seguidores. Mandó quemar vivas a las quinientas mujeres de su harén porque se habían atrevido a hacer comentarios despectivos sobre su aspecto físico, y se decía que, en el culmen de su depravación, disfrutaba atrayendo incautos a un jardín amurallado, donde los curiosos eran torturados para deleite del soberano. Cuando los habitantes de Kalinga plantaron cara a sus ejércitos, el despiadado Ashoka ordenó que cualquier resistencia fuera aniquilada sin miramientos. Más de cien mil hombres fueron degollados y ciento cincuenta mil convertidos en esclavos. Del número de caídos en batalla ni siquiera se pudo llevar registro. Pero se cuenta que, al término de la campaña, mientras contemplaba la brutal carnicería, Ashoka sintió temor por primera vez. No de que otro, más fuerte que él, pudiera llegar a derrotarle, sino de sí mismo y de las atrocidades que había sido capaz de cometer.

A pesar de su poder, los reyes maurya se habían ganado cierta fama

de hombres piadosos. El fundador de la dinastía, Chandragupta, un gobernante codicioso que había dedicado su vida a acrecentar sus dominios, quedó tan impresionado con la prédica de unos monjes jainistas, que abdicó en favor de su hijo y se retiró a un monasterio, donde pasó el resto de sus días consagrado al ayuno y a las prácticas ascéticas. Ashoka, conmovido por las matanzas que había cometido en Kalinga, siguió el ejemplo de su abuelo y buscó consuelo en la sabiduría de antiguos maestros. Fue entonces cuando se topó con las enseñanzas del príncipe Siddhartha. Es posible que Ashoka se sintiera atraído por esta figura en particular porque encontró un cierto paralelismo entre sus biografías. A fin de cuentas, ambos habían iniciado un largo camino de descubrimiento después de enfrentarse al dolor y la muerte.

El príncipe Siddhartha Gautama, conocido después como «el Buda», nació en la cuenca alta del Ganges y vivió entre los siglos VI y V a. C. Fue contemporáneo de Confucio y de la expansión de la religión zoroástrica, como si la mano del destino hubiera querido revolucionar las convicciones de toda Asia al mismo tiempo. Al parecer, durante su juventud, Siddhartha había llevado una vida regalada, hasta que el contacto con la enfermedad, la vejez y la muerte lo sumieron en un profundo desasosiego. En su búsqueda de un camino para hacer frente al dolor que trae consigo la existencia, había probado primero la vía del ascetismo extremo, sometiendo su cuerpo a interminables ayunos. Pero, a pesar de su dedicación, las privaciones no le proporcionaban consuelo, y el príncipe abandonó la ascesis en beneficio de la moderación de las costumbres y la meditación, lo que sería conocido como el «camino del centro». Fue así como logró «despertar» y acceder al conocimiento de las verdades ocultas del mundo. El dolor, descubrió Siddhartha, nacía del deseo, y la única forma de ponerle fin consistía en dominar ese deseo mediante ocho normas morales conocidas como el «noble camino». Si se perseveraba en esta senda, se alcanzaba un estado de paz absoluta, ausente de dolor o de miedo, conocido como «nirvana». Este estado perfecto no estaba reservado a una sola persona o a un solo pueblo; era alcanzable por todos los seres humanos, y por eso el príncipe, convertido ya en el Buda («el Iluminado» o «el Despierto»), comenzó a predicar sus enseñanzas para ayudar a otros a desprenderse de las limitaciones que les impedían llevar una existencia plena. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de su fundador, las creencias budistas se expandieron muy lentamente por la India y, trescientos años después, en época de la dinastía maurya, distaban mucho de ser mayoritarias.

Las revelaciones del budismo transformaron a Ashoka. El orgulloso soberano mutó en un hombre humildísimo, que cada vez que veía a un asceta budista se arrojaba al suelo para tocar los sucios pies del

monje con la cabeza. El ardor guerrero y las diversiones crueles quedaron atrás. En lo sucesivo, el Imperio maurya se regiría por el *dharma*, «el camino» o «ley sagrada», basado en las enseñanzas del Buda y sus seguidores, que propugnaba el rechazo a la violencia, la compasión y el respeto por la diversidad. Los cuarteles fueron reemplazados por hospitales, las ejecuciones de los presos quedaron suspendidas, e incluso se prohibió cazar los animales salvajes. A veces, los propósitos espirituales, incluso los más puros y elevados, son compatibles con los pragmáticos objetivos de la política. El budismo, que hasta ese momento había sido una más de las múltiples corrientes de pensamiento que circulaban por la India, se convirtió en el pilar del Estado y en la base de un nuevo sistema de valores, lo bastante flexible y tolerante como para unificar a los heterogéneos territorios dominados por los soberanos Maurya. Del mismo modo que los emperadores Han cohesionarían China en torno a los principios de la ética confuciana, Ashoka articuló moralmente el primer gran imperio indio sobre las enseñanzas del Buda.

Para facilitar la difusión del *dharma*, el rey mandó cubrir el país de inscripciones talladas sobre las rocas de las montañas o esculpidas en altos pilares, erigidos por todo el imperio. Los epígrafes se cuentan entre los textos escritos más antiguos conservados en la India. En las regiones del noroeste, donde la influencia extranjera era mayor, Ashoka ordenó que los preceptos se tradujeran a otros idiomas, como el griego o el arameo, que había sido utilizado por los persas aqueménidas como una de sus lenguas francas. Era evidente que el soberano deseaba llevar el consuelo de la sabiduría del príncipe Siddhartha al mayor número posible de personas. En uno de estos epígrafes, realizado en el norte de la India (edicto XIII), Ashoka se vanagloriaba de haber difundido las enseñanzas budistas a miles de kilómetros de distancia, no solo en los territorios dominados por Antíoco II (261-246 a. C.), el soberano del Imperio seléucida, que compartía frontera con la India, sino en los reinos de otros cuatro monarcas: Ptolomeo II Filadelfo (284-246 a. C.), faraón de Egipto, con el que sabemos que Ashoka debió de intercambiar embajadores; Antígono II (277/272-239 a. C.), rey de Macedonia; Magas (276-250 a. C.), que acababa de fundar su propio reino independiente de los Ptolomeos en Cirene, en el norte de África; y Alejandro II de Epiro (272-242 a. C.), que gobernaba un territorio tan alejado de la India como la costa oriental del Adriático.[156]

Pero, a pesar del tono triunfante de la inscripción de Ashoka, no hay constancia de que el budismo llegara a expandirse de forma significativa por el Mediterráneo oriental. Sus esfuerzos tampoco tuvieron continuación entre sus sucesores, y el final de su reinado fue amargo. Es posible que abdicara, al igual que su abuelo, para

entregarse a la vida contemplativa, pero otros creen que fue apartado del trono por uno de sus propios nietos. En cualquier caso, tras su muerte, el inmenso imperio que tantos sacrificios había costado construir se fragmentó en múltiples Estados, y el sueño de un reino pacífico y compasivo, basado en el respeto y la tolerancia, se sumió rápidamente en el olvido.

Sin embargo, para entonces, la semilla del budismo estaba ya plantada en la India, y encontró las condiciones adecuadas para germinar en otras regiones de Asia. Algunas, por su naturaleza mestiza, se mostraron especialmente receptivas a las enseñanzas llegadas de fuera. El Punjab, Bactria, la Transoxiana… habían sido recorridas por Alejandro (336-323 a. C.) poco antes del reinado de Chandragupta (324-293 a. C.), el abuelo de Ashoka. A finales del siglo III a. C. todavía quedaban, en aquellas tierras remotas, descendientes de los colonos asentados por orden del rey macedonio, y tras la caída del Imperio maurya, aquellos confines quedaron en manos de dos Estados híbridos por excelencia, el reino greco-bactriano y su heredero, el reino indogriego (*ca.* 250-10 a. C.), con sus dinastías de soberanos griegos que gobernaron Asia Central y el norte de la India.[157]

La biografía de Menandro I (*ca.* 165/155-130 a. C.), el más importante de los reyes indogriegos, presentaba curiosas similitudes con la de Ashoka. Los dos accedieron al trono de Estados que ya eran poderosos y los llevaron a su máxima extensión mediante ambiciosas campañas militares. Y ambos experimentaron, cuando se encontraban en el cénit de su poder, una profunda crisis que los llevó a protagonizar una búsqueda espiritual. En el caso de Menandro I, parece que se hacía preguntas a las que nadie sabía dar respuesta. Desesperado, el rey mandó llamar a su corte a los sabios de la India y los interrogó uno tras otro, sin encontrar el conocimiento que anhelaba, hasta que llegó el turno de un monje budista llamado Nagasena. El asceta fue capaz de responder a sus preguntas de forma prudente y sagaz, y le planteó enigmas más profundos que abrieron la mente del rey a las complejidades de la existencia. Menandro I quedó tan impresionado que, en lo sucesivo, se rodeó de consejeros budistas y se afanó por propagar las enseñanzas del príncipe Siddhartha. Los primeros testimonios de presencia del budismo en los actuales Pakistán y Afganistán se remontan, precisamente, al siglo II a. C.[158].

Al igual que había ocurrido con el Imperio maurya tras la muerte de Ashoka, el reino indogriego apenas sobrevivió a Menandro I. Su territorio fue invadido a finales del siglo II a. C. por aquellos nómadas yuezhi, de los que tanto se habló en los capítulos anteriores, fundadores del Imperio kushán. Pero los reyes kushán se hicieron célebres, sobre todo, por su tolerancia religiosa y su permeabilidad a

las influencias extranjeras. Sus soberanos abrazaron sin miramientos las creencias griegas, zoroástricas o hindúes, y también se mostraron receptivos a las enseñanzas budistas. Además, el nacimiento de la Ruta de la Seda favoreció los intercambios mercantiles, y estos territorios, ya helenizados, experimentaron una nueva oleada de influencia de las formas grecorromanas a través de los objetos que llegaban procedentes de Alejandría o de la mitad oriental del Mediterráneo, como los que se encontraron en el Tesoro de Bagram.

Fue en estas tierras del Imperio kushán, a partir del siglo I d. C., donde las creencias budistas se fusionaron con las peculiares formas que había adoptado allí el arte helenístico, y ambas experimentaron una profunda transformación. Hasta ese momento, el budismo se había transmitido, sobre todo, mediante el uso de la palabra, repitiendo las enseñanzas del Buda y evitando las representaciones antropomórficas del príncipe Siddhartha, de los episodios más célebres de su vida o de sus discípulos. Si era necesario, la figura del príncipe podía insinuarse mediante algún elemento simbólico, como un paraguas o la huella de unos pies. Sin embargo, la cultura helenística era profundamente visual y concebía las imágenes como un medio imprescindible para comunicar ideas o valores. Al igual que sus homólogos cristianos en el Imperio romano, los predicadores budistas descubrieron que, si querían llegar hasta el corazón de una audiencia helenizada, debían hacerlo mediante el uso de imágenes. En consecuencia, fue en el Imperio kushán donde se tallaron las primeras representaciones del Buda, que imitaban las formas de los dioses y los reyes grecorromanos, y empleaban el mismo realismo idealizado, el uso de drapeados, la técnica del *contraposto* y el énfasis en la expresión facial que caracterizaban al arte helenístico. Incluso el lenguaje utilizado para narrar los principales episodios de la mitología grecorromana sirvió para contar las escenas de la vida del príncipe, de otros «Budas» que también habían alcanzado el nirvana, o de los *bodhisattva*, los devotos que ya se encontraban cerca de la iluminación, pero que retrasaban su nirvana para permanecer un poco más en el mundo y ayudar a otros en su viaje espiritual. Heracles, vestido con su piel de león de Nemea, sirvió de modelo para las representaciones de Vajrapani, el protector del Buda, y el rapto de Ganímedes ofreció una iconografía adecuada para contar la historia de Sussandi, un *bodhisattva* que estaba enamorado de una mujer casada y adoptó la forma de un ave para secuestrar a su amada. Acababa de nacer un nuevo estilo artístico en la que las ideas orientales y las formas occidentales se fusionaron de una manera tan hermosa, armónica y reconocible que se cuentan todavía entre las más fascinantes creaciones del arte universal. No existe una metáfora mejor que explique el verdadero y profundo significado de la Ruta de la Seda.

Esta nueva expresión artística, que algunos consideran la última de las iteraciones del arte helenístico, y a la que otros dan el nombre de «helenismo oriental», vivió su gran momento de esplendor durante los primeros siglos de nuestra era en la paradisíaca región de Gandhara (valle de Peshawar, Pakistán), al noroeste del Punjab. Por este motivo, a este tipo de manifestaciones del arte budista también se le llama «estilo de Gandhara». Esta había sido una región muy querida por Ashoka, quien, siendo príncipe, había gobernado la ciudad de Taxila, en su extremo oriental, y, a comienzos de nuestra era, el valle se había convertido en el corazón del próspero Imperio kushán. Tras la expansión del budismo por la zona, entre los siglos II y V d. C., Gandhara se cubrió de monasterios y estupas, macizas construcciones de ladrillo o de piedra que, se decía, albergaban en su interior una valiosa reliquia del Buda.[159] Los escultores del valle decoraron las estupas con relieves relatando todo tipo de episodios de la vida del príncipe Siddhartha, y adornaron los monasterios con maravillosas estatuas del Buda realizadas en el inconfundible esquisto local de color negro, para las que usaron como modelo estatuas de dioses griegos y de emperadores romanos.



Buda de Gandhara. Periodo kushán, siglos I-II d. C. Museo Nacional de Tokio.

El budismo y el elegante estilo de Gandhara se difundieron juntos por el ramal indio de la Ruta de la Seda. El camino abandonaba Gandhara por el noroeste, alcanzaba el valle de Kabul y desde aquí continuaba hacia el norte, hasta la cuenca alta del Oxus y la región de Bactria. Sin embargo, desde el valle de Kabul también era posible tomar otra ruta que giraba hacia el oeste y corría paralela al Hindú

Kush, en dirección a las tierras altas de Persia. Este recorrido tuvo un carácter secundario durante gran parte de la Edad Antigua, pero en el siglo V, tras la invasión de los heftalitas, las regiones de Bactria y Gandhara entraron en decadencia, y las caravanas comenzaron a transitar por rutas alternativas. Fue así como el valle de Bamiyán, a unos 230 kilómetros al oeste de Kabul, en el itinerario que comunicaba esta ciudad con Herat, se convirtió en una parada importante en el camino que conectaba el norte de la India con los confines orientales del Imperio persa sasánida.

Al contemplar este rincón escondido entre las montañas, a más de 2.500 metros de altura, uno puede imaginarse fácilmente por qué Bamiyán agradaba a los viajeros. La hondonada, bastante amplia, estaba atravesada de este a oeste por el río del mismo nombre, y el frescor de sus aguas había permitido que en el llano proliferaran pequeños bosquecitos y tierras de labor. Hacia el sur, la planicie ofrecía una cierta sensación de apertura gracias a dos pequeños valles formados por sendos afluentes del río Bamiyán, que descendían alegremente hacia el llano. Sin embargo, al norte, cerraba la cuenca un gigantesco muro de piedra arenosa de color amarillento. Durante los primeros siglos de nuestra era, cuando la región solo recibía a un puñado de viajeros, algunos monjes budistas habían excavado cuevas en el barranco para utilizarlas como lugar de retiro. Tras la invasión de los heftalitas, cuando aumentó el flujo de mercaderes que recorrían la zona, los viejos monasterios fueron ampliados, se construyeron otros nuevos y el esplendor económico de la región animó a los comitentes, entre los que pudieron contarse los propios heftalitas, a emprender proyectos realmente ambiciosos.

En algún momento en torno a los siglos VI o VII se excavaron dos gigantescas hornacinas en la pared de roca, y se esculpieron en su interior sendas estatuas del Buda. Las imágenes, de 55 y 38 metros de altura, fueron las esculturas más altas jamás realizadas en las que se representaba, de pie, al príncipe Siddhartha. Se tallaron en el familiar estilo de Gandhara, utilizando los pliegues de las túnicas para marcar la anatomía de las figuras, y se recubrieron de partes pintadas de barro y estuco para aumentar la sensación de realismo. Un viajero llamado Xuanzang, que recorrió el valle a comienzos del siglo VII, aseguró con admiración que las estatuas estaban, además, decoradas con láminas de oro y piedras preciosas. Cada una de las figuras se encontraba en uno de los extremos del valle: la más pequeña, en el oriental, y la más grande, en el occidental. Y entre las dos había otras hornacinas con imágenes de menor tamaño, así como cientos de pequeñas cuevas que horadaban por completo la pared de roca, formando un laberinto imposible de celdas, santuarios y reducidos almacenes decorados con espléndidas pinturas. Al llegar a Bamiyán los

comerciantes contemplaban, admirados, la primera estatua y caminaban bajo el inmenso muro de roca, fascinados por el incesante hormigueo de miles de monjes, devotos y peregrinos. El misticismo del lugar provocaba extraños pensamientos en los mercaderes, y se decía que al atravesar la depresión muchos tenían visiones de las divinidades celestiales, que para algunos portaban buenos augurios, pero que para otros anunciaban un inminente desastre. Por eso, cuando llegaban al final del valle y dirigían su última mirada a la segunda escultura, todos murmuraban una oración para pedir un viaje tranquilo y un seguro retorno a casa.[160]

Tras abandonar los confines del Imperio kushán, el budismo se extendió por la Transoxiana y la cuenca del Tarim. Las palabras del príncipe Siddhartha recorrieron aquellos caminos de Asia Central junto a las largas caravanas de los mercaderes, y se puede afirmar que la Ruta de la Seda fue clave para su expansión. Aunque la vigilancia de los imperios solía garantizar la seguridad de las rutas, las tierras de la Transoxiana y de la cuenca del Tarim eran regiones de frontera, donde era posible toparse con bandidos o grupos de jinetes errantes de la estepa. Además, en aquellos lugares extremos el viaje era siempre peligroso, porque los comerciantes debían superar elevados pasos de montaña y atravesar desiertos inclementes, donde un paso en falso podía conducirlos a la muerte. Por eso muchos preferían transitar estos confines en caravanas, en las que podían brindarse protección y asistencia en caso de accidente. Las largas jornadas de marcha por parajes desolados, las noches frías en torno a una hoguera y las paradas de abastecimiento en pequeños caravasares facilitaban la camaradería entre los viajeros, proporcionando a los devotos budistas numerosas oportunidades para compartir con sus compañeros las enseñanzas del príncipe Siddhartha. En aquellas soledades, el temor a los peligros del camino, el deseo de regresar al hogar y el ansia de volver a contemplar a los seres queridos hacían que los hombres estuvieran especialmente receptivos a los sentimientos piadosos y, en momentos de necesidad, no importaba tanto el rostro del dios como el consuelo que proporcionara su presencia.

El budismo llegó a la cuenca del Tarim en torno a los siglos II-III d. C., y pudo alcanzar la región desde la Transoxiana, junto a las caravanas de mercaderes sogdianos, o desde el norte de la India. De hecho, algunos de los testimonios más antiguos de presencia del budismo en el Taklamakán provienen del oasis de Khotan, que estaba conectado con el subcontinente a través de los caminos de montaña que atravesaban el Karakórum. Los lugareños estaban orgullosos de esos vínculos; atribuían la fundación del reino a un hijo desterrado de Ashoka y aseguraban que el monasterio más importante del oasis había sido fundado por una princesa budista.[161] Los peregrinos que

visitaban este establecimiento religioso podían disfrutar de la agradable sombra de un bosquecito de árboles de morera, pero la seda que se obtenía de los gusanos que se alimentaban con sus hojas solo podía tomarse de los capullos vacíos y rotos, una vez abandonados por la mariposa. El origen de esa curiosa costumbre era el siguiente: al parecer, el rey del oasis de Khotan había mandado una embajada al emperador chino solicitando que se le enviaran árboles de morera y gusanos de seda. El monarca del Imperio del Centro, decidido a mantener su monopolio en el arte de la sericultura, no solo se negó a acceder a la petición, sino que dio instrucciones estrictas a los guardias de la frontera de que impidieran cualquier contrabando, fuera del imperio, de las especies relacionadas con la producción de seda. Pero el rey de Khotan no se rendía fácilmente. Se dirigió de nuevo al emperador reclamando, esta vez, una alianza matrimonial entre los dos países. El soberano chino, que deseaba extender su influencia por el Taklamakán, aceptó la propuesta. Cuando el emisario enviado por el rey de Khotan para recoger a la novia llegó a la corte imperial, solicitó una entrevista con la princesa y le contó que en su reino del desierto no tenían árboles de morera ni gusanos de seda. Si la joven deseaba seguir vistiendo prendas de ese material, debía llevar algunos consigo. Los argumentos convencieron a la muchacha, que consiguió algunas semillas de morera y unos pocos gusanos de seda, y los ocultó en su sombrero. Al llegar a la frontera, los guardias registraron todas las posesiones de la muchacha, pero, tratándose de una princesa, no se atrevieron a tocarla o a inspeccionar sus ropajes. Fue así como la morera y los gusanos abandonaron el Imperio chino y en el reino de Khotan comenzó a practicarse la sericultura. Sin embargo, la joven puso una condición a cambio de no revelar su secreto: aquel hilo prodigioso no debía obtenerse a costa de la vida de su pequeño creador. La princesa y los habitantes del reino se habían convertido al budismo, y sus creencias les prohibían dañar incluso a un animal tan insignificante como el gusano de seda.[162]

A diferencia de otras creencias, el budismo no se mostraba especialmente crítico con los ricos y los poderosos. Al contrario, reconocía la nobleza del esfuerzo y la justicia de ser recompensado por un trabajo bien hecho; incluso se decía que los primeros seguidores del Buda habían sido dos prósperos comerciantes de Bactria que llevaron consigo los principios del noble camino cuando regresaron a su patria. Sin embargo, la forma más sencilla de seguir el *dharma* hasta alcanzar el nirvana era convertirse en monje y llevar una existencia apartada, lejos de las tentaciones del mundo. Aquellos que se dedicaban al comercio o la artesanía tenían muy pocas esperanzas de alcanzar el nirvana en esta vida, por lo que su única esperanza era la reencarnación. Tal vez, pensaban, si realizaban suficientes méritos,

si acumulaban suficiente karma, su siguiente renacimiento sería mejor y les acercaría un poco más al ansiado despertar. Este era uno de los principales propósitos de las obras pías.

Los territorios que rodeaban los caminos de la seda eran ricos gracias a los intercambios mercantiles, y los comerciantes realizaban generosas donaciones para construir monasterios, levantar estupas o decorar con frescos las paredes de una capilla con la esperanza de que este acto de devoción les asegurara una reencarnación favorable. Tras la llegada del budismo a la cuenca del Tarim, los reinos-oasis de las orillas del desierto se cubrieron de cientos de estas construcciones. Muchos de los comitentes provenían de las ciudades caravaneras del Taklamakán, pero otros eran mercaderes que estaban de paso y se sentían conmovidos al llegar a alguno de sus lugares sagrados. En la cara norte del desierto de Taklamakán se encontraba, por ejemplo, la localidad de Kizil. El acceso al lugar era sencillo, porque estaba a orillas de uno de los afluentes del Tarim, que descendía de las montañas cargado del agua del deshielo. De hecho, la mayor parte de los peregrinos acudían a Kizil en barca, lo que les permitía disfrutar de la impresionante vista de una llanura llena de árboles y cerrada por una pared de roca amarillenta. El ingenio humano se afanó por completar la obra de la naturaleza. La roca estaba horadada por una enorme cantidad de cuevas, más de trescientas, se decía, que albergaban una miríada de monjes, estudiosos y peregrinos. Y estas eran solo las más humildes de las maravillas del lugar. Al penetrar en ellas, el visitante descubría un inesperado paraíso de formas y colores: las paredes estaban completamente cubiertas de pinturas realizadas con el más costoso azul de lapislázuli y el más brillante verde de malaquita, materiales que debieron de costar una pequeña fortuna. En una de las cuevas, los treinta y ocho dioses indios del sol, la luna y el viento presidían una escena en la que podía verse a un enorme Buda recostado ante el que se postraban reyes del mundo entero, llegados a este remoto lugar para mostrar sus respetos al Iluminado. Las pinturas, delicadísimas, habían sido realizadas por artesanos llegados de la India, traídos probablemente por deseo de algún rico mecenas.

Aunque la influencia de la India en la zona es evidente, hay lugares del Tarim donde se pueden rastrear vínculos con regiones diferentes. En el extremo oriental del Taklamakán se encontraba el diminuto asentamiento de Miran. El oasis de Miran era tan pequeño que los monasterios que se construyeron allí solo estaban habitados estacionalmente. Esta circunstancia debió de facilitar el abandono del lugar, que quedó enterrado en el siglo IX. Miran se convirtió entonces en una especie de cápsula del tiempo que fue hallada, casi intacta, por los aventureros que recorrieron la región a comienzos del siglo XX. Uno de ellos, Aurel Stein, quedó sobrecogido al penetrar en las ruinas de

una estupa (M3) que estuvo en uso en torno a los siglos III-V. Sobre las paredes de los pasillos del edificio se habían pintado veinticuatro angelotes, de aspecto claramente occidental, vestidos con una túnica roja y con un mechón de pelo negro sobre la cabeza. Muy cerca, a unos 60 metros de esta primera construcción, el arqueólogo se topó con una segunda estupa (M5) cuyas pinturas tenían una apariencia tan romana que comentó que, al contemplarlas, se había sentido como si se encontrara en medio de las ruinas de una villa. Los motivos del arte grecorromano ya habían penetrado en la región durante la época helenística, y las monedas y los objetos de diseño europeo abundaban entre las mercancías de lujo que llevaban los mercaderes.[163]

Desde los confines del Taklamakán, el budismo llegó, finalmente, hasta China. Cuenta una leyenda recogida en el *Hou Han Shou*, el *Libro de Han Posterior*, que cierta noche, en sueños, el emperador Ming de los Han (57-75 d. C.) vio una figura muy alta cuya cabeza estaba envuelta en un halo brillante. Al despertar, preguntó a sus consejeros por esa extraña visión. Uno de ellos le contó que en el oeste adoraban a un dios al que llamaban Buda, cuyo cuerpo era muy grande y del color del oro. Intrigado, el monarca ordenó enviar mensajeros al norte de la India para preguntar por las enseñanzas de ese tal Buda. El relato del *Hou Han Shou* terminaba en este punto, pero leyendas posteriores aseguraban que dos monjes budistas respondieron a su llamada y llegaron a China montados en hermosos caballos blancos. Para conmemorar el evento, el emperador Ming habría mandado levantar, en las inmediaciones de Luoyang, la segunda capital Han, el primer templo budista de China, que en recuerdo de las monturas de los monjes llevaba el poético nombre de Templo del Caballo Blanco.



El Buda acompañado de sus discípulos. Miran, ca. ss. III-V d. C. (Museo Nacional de Nueva Delhi).

Como tantos relatos fundacionales, la historia del nacimiento del Templo del Caballo Blanco no es más que una hermosa leyenda. No hay testimonios de la existencia del edificio anteriores al siglo III d. C., y no parece que el emperador Ming de los Han, un monarca por otro lado excelente, tuviera un interés particular en las enseñanzas del príncipe Siddhartha. Para encontrar el primer indicio seguro de un gobernante chino relacionado con el budismo debemos esperar una centuria, a mediados del siglo II d. C., al reinado del emperador Huan (147-167 d. C.), del que se sabe que realizó ofrendas al Buda y a otros sabios de la antigua China, como Lao Tsé. En cualquier caso, parece que las nuevas creencias penetraron en el Imperio del Centro a través de las vías comerciales, y eso explicaría por qué fue la elite la primera en dejarse seducir por las enseñanzas budistas. La aristocracia y la familia imperial eran la principal clientela para los productos de lujo que llegaban desde el Extremo Occidente, y pudieron ser los primeros en tener contacto con los mercaderes que los transportaban. Aquellas personas que venían de lugares lejanos y traían consigo mercancías exóticas despertaban curiosidad y fascinación, y las cosas que tenían que contar, ya fuera sobre sus remotos países o acerca de sus extrañas creencias, parecían dignas de ser escuchadas. La vía principal de entrada fueron los caminos que provenían del Tarim, donde, como hemos visto, el budismo se había difundido con éxito durante los primeros siglos de nuestra era. Sin embargo, de forma paralela, es posible que las enseñanzas del príncipe Siddhartha llegaran también a los puertos chinos del sudeste, que disfrutaban de una conexión marítima con las costas orientales del subcontinente indio.[164]

Tras la caída de la dinastía Han, a comienzos del siglo III d. C., las noticias sobre la presencia del budismo en China se multiplicaron. A pesar de la confusión política y militar, la Era de los Tres Reinos y la Era de los Dieciséis Reinos propiciaron un considerable desarrollo cultural y artístico, y la descentralización propia del período facilitó la transmisión de las influencias extranjeras. Entre todas ellas, la más exitosa fue el budismo, cuya difusión fue muy superior a lo que los chinos llamaban *san yi jiao*, esto es, «las tres religiones extranjeras»: zoroastrismo, maniqueísmo y cristianismo.

De todos los lugares del Imperio chino, había pocos más expuestos a la influencia extranjera que Dunhuang, el gran oasis al final del corredor de Gansu, que era, a un tiempo, una guarnición del ejército, un gran centro de intercambio comercial y un lugar de peregrinación. Aquí se encontraba el punto donde las caravanas abandonaban la seguridad del corredor de Gansu y, antes de enfrentarse al Tarim, a sus tormentas de arena, sus bandidos y sus demonios, muchos acudían a suplicar protección a un gigantesco santuario situado a unos 20 kilómetros al suroeste, al que daban el nombre, bastante descriptivo a

pesar de su carácter hiperbólico, de «Las Cuevas de los Mil Budas».

Se cuenta que, en el año 366, un monje llamado Lo-tsun se encontraba en las inmediaciones del oasis de Dunhuang, en un lugar llamado Mogao. Sus pasos errantes lo habían llevado hasta un pequeño valle cubierto de vegetación y rodeado de gigantescas dunas de arena. De repente, al levantar la vista hacia el acantilado que cerraba la depresión, tuvo una visión. Sobre la pared de roca vio mil imágenes centelleantes del Buda envueltas en un hermoso brillo dorado. Aquel risco, marcado de esa manera por el Iluminado, era sin duda sagrado, y el monje se apresuró a acondicionar una pequeña cueva para convertirla en su lugar de retiro, convencido de que en un refugio así pronto alcanzaría el nirvana. El ejemplo de Lo-tsun llamó la atención de otros ascetas, y a un rico peregrino le pareció buena idea decorar una de las cuevas con pinturas, transformándola en un santuario donde poder dar las gracias al Buda si conseguía regresar de su viaje. Pronto, los mercaderes, diplomáticos, soldados y viajeros de todo tipo que visitaban el oasis del Dunhuang comenzaron a adoptar la costumbre de desviar unos kilómetros su camino para llegarse hasta la pared de roca, con la esperanza de que este acto de piedad les proporcionaría alguna protección a lo largo de su periplo. En los accesos al valle se construyeron altares y pequeños templos en honor de múltiples dioses, y la llanura se cubrió de monasterios cuyos pardos muros de adobe contrastaban con el verdor de los bosquecitos.

Durante un milenio, entre los siglos V y XIV, se excavaron y se decoraron en Mogao casi mil cuevas, que llegaron a cubrir kilómetro y medio de pared rocosa. Muchas estaban conectadas entre sí por galerías, formando un laberinto gigantesco en el que residían cientos de monjes y que frecuentaban miles de peregrinos. Mercaderes llegados de medio mundo comisionaron la realización de estatuas y pinturas, y en el lugar están resumidos más de mil años de arte chino. Muchas representaciones mostraban la influencia del estilo de Gandhara, otras habían sido realizadas por los más delicados artesanos imperiales, y en algunas podían apreciarse las formas del arte tibetano o intuirse el gusto de los pueblos de la estepa. Había estatuas del Buda de más de 30 metros de altura, y otras, tan pequeñas que cabían en una diminuta hornacina. Sobre las paredes de las cuevas, cubiertas de frescos, se realizaron representaciones del Iluminado, de sus discípulos o de los *bodhisattva*, pero, en un lugar recorrido por comerciantes, también había pinturas que mostraban ataques de bandidos, o que contaban la historia de la embajada de Zhang Qian, que puso en marcha la Ruta de la Seda y trajo la prosperidad a estas regiones. Algunas de estas escenas estaban cubiertas de oro, y otras se realizaron sobre largas hojas de papel o bellísimas telas de seda.

A diferencia de otros santuarios de la Ruta de la Seda, las Cuevas de

los Mil Budas eran un lugar tan importante que jamás cayó en el olvido. A comienzos del siglo XX, aunque el complejo estaba en ruinas y solo quedaban en pie medio millar de habitaciones, todavía acudían a visitarlo, cada primavera, cientos de aldeanos de los oasis cercanos. Guardaba el santuario un monje solitario, un antiguo soldado chino llamado Wang que, cansado de la guerra, se había convertido al taoísmo. El eremita hacía lo posible por mantener alejados a los bandidos, y usaba las limosnas de los campesinos para llevar a cabo labores de reparación, pues aquel hombrecillo devoto soñaba con devolver a las cuevas su antiguo esplendor. Pero en 1907 el santuario recibió un visitante inesperado. Aurel Stein, el omnipresente explorador de la Ruta de la Seda, se acercó a la zona con el propósito de echar un vistazo rápido al lugar antes de proseguir su camino hasta las ruinas de Miran; pero una historia increíble, que oyó de labios de un mercader musulmán, le hizo cambiar de idea. Al parecer, en un rincón de las cuevas de Mogao, tras una pared hueca, había una habitación secreta, y allí se guardaba algo más valioso que el oro o las piedras preciosas: una biblioteca de miles de antiguos manuscritos que los monjes habían recopilado durante cientos de años. Inmediatamente, Aurel Stein y su secretario chino, que le servía de intérprete, buscaron al guardián del complejo con el propósito de que les franqueara el acceso a esa misteriosa estancia. Pero el pequeño monje desconfiaba —y no le faltaba razón— de las intenciones del extranjero. Stein tuvo que emplearse a fondo y usó toda su astucia y su don de gentes para vencer las reticencias del piadoso Wang.

A lo largo de las negociaciones, que duraron semanas, aseguró al monje que compartía su devoción por las enseñanzas budistas y que su interés por los manuscritos era similar al de los antiguos devotos chinos que habían recorrido Asia en busca de textos sagrados. Las referencias a aquellos míticos viajeros y la promesa de un generoso pago, que podría emplear para arreglar el monasterio, suavizaron los recelos del eremita que, por fin, les abrió la pared que conducía a la habitación oculta. Cuando contempló su interior, el británico observó sobrecogido una pequeña cámara de planta cuadrada cubierta por hileras interminables de manuscritos que se acumulaban hasta alcanzar casi tres metros de altura. La aridez del desierto había permitido que se conservaran prácticamente intactos. Aquella estancia maravillosa (Cueva 17) se había sellado en torno al año 1000, y Stein y su secretario eran, junto al pequeño monje, los primeros en contemplarla de nuevo.[165]

Aurel Stein compró a Wang manuscritos y otros objetos hasta llenar veinticuatro cajas de documentos y cinco de pinturas, bordados y estatuas. Los materiales se utilizaron para nutrir las colecciones del Museo Británico y por ellos se pagaron 130 libras esterlinas.[166] Pronto

se corrió la voz del descubrimiento y, a lo largo de los años siguientes, otros estudiosos y el propio gobierno chino extrajeron miles y miles de manuscritos de aquella biblioteca interminable. Los esfuerzos para estudiarlos han llevado décadas. Algunos, enrollados durante siglos, habían quedado tan compactados que solo han podido ser desdoblados por expertos restauradores después de años de cuidadosos tratamientos. Otros, realizados sobre papel o sobre seda, eran tan grandes que debía tratarse de estandartes, destinados a colgar sobre las paredes del acantilado. Solo recientemente los investigadores han podido concluir que en Dunhuang había unas siete mil obras completas y unos tres mil fragmentos, divididos en decenas de miles de rollos. El más antiguo está datado en el siglo V, y el más reciente, en el año 1002.



El investigador francés Paul Pelliot en la cueva 17 de Mogao en 1908.

En algunos casos se trataba de textos conocidos, pero otros eran

completamente inéditos, obras de cuya existencia ni siquiera teníamos noticia.[167] Había documentos en chino, en sánscrito, en sogdiano, en túrquico y en uigur. La mayor parte de los volúmenes contenían enseñanzas del Buda copiadas por monjes aprendices, pero también había fragmentos de los *Avesta*, el libro sagrado de los zoroástricos, textos maniqueos en honor del Mundo de la Luz, oraciones judías o himnos cristianos de la Iglesia de Oriente. Algunos escritos pudieron pertenecer a un viajero solitario, otros permiten intuir la existencia de una próspera comunidad religiosa. La Biblioteca Políglota de Dunhuang, como la llamó Stein, albergaba los restos fosilizados de un riquísimo mundo espiritual, tan variado y heterogéneo que su existencia solo fue posible a orillas de los caminos de la seda.

El ambiente cosmopolita de Dunhuang, además de favorecer el diálogo entre religiones, también propiciaba la adopción de todo tipo de costumbres foráneas. Uno de los textos más curiosos de la «biblioteca» de las Cuevas de los Mil Budas era un formato estándar de carta de disculpa para aquellos que, tras beber demasiado durante una cena, hubieran pronunciado palabras insultantes hacia su anfitrión. El texto, muy completo, incluía también una nota tipo de respuesta para el ofendido, en la que, después de dejar patente su disgusto, aceptaba las excusas del borrachín. El documento no solo resulta sorprendente por su contenido, también llama la atención por el lugar en el que se encontró. La regla monástica budista, que recibía el nombre de *vinaya*, prohibía a los monjes el consumo de cualquier bebida espirituosa. Y, sin embargo, a pesar de este veto, los monjes (y las monjas) de Dunhuang eran célebres precisamente por su afición al alcohol. En el oasis circulaban con tanta alegría este tipo de bebidas que los monasterios contaban con sus propias destilerías, destinadas a garantizar un suministro constante y de calidad. Y, con el tiempo, fue tanto el alcohol que se producía en los cenobios que los monjes comenzaron a hacer negocio vendiéndolo. Al parecer, el contacto con los practicantes del budismo provenientes del Tíbet y de Asia Central, muy aficionados a los licores, había corrompido la sobriedad originaria de los monjes chinos, arrastrándolos por las dulces pendientes de la intoxicación etílica.[168]

El consumo de alcohol no era la única infracción de la regla que se producía en los monasterios de Dunhuang. La lista de incumplimientos es tan larga que tal vez sería más práctico preguntarse por los preceptos del *vinaya* que sí se respetaban. En teoría, los monjes debían residir en el cenobio y participar en los rituales de la comunidad. Sin embargo, en el oasis, la mayoría prefería permanecer en sus casas, con su familia, y no eran pocos los que contraían matrimonio, acudiendo al monasterio solo para tomar parte en las ceremonias más solemnes. Por otro lado, aquellos que vivían en el cenobio debían renunciar a todas sus posesiones y solo podían mantener en su poder los «seis objetos» mencionados en el *vinaya*: las tres prendas de vestir que constituían la indumentaria monástica, un cuenco para pedir limosna, una esterilla para dormir y un coladero para retirar los insectos del agua antes de beberla. El resto de los utensilios necesarios para el día a día debían ser comunitarios, al igual que la comida. Sin embargo, en Dunhuang los monjes contaban con sus propias habitaciones y

cocinas, y se comportaban como si se tratara de su casa particular. Por ejemplo, está registrado el caso de una monja que, después de desviar la corriente del agua común hasta su cocina individual, se negaba a compartir el líquido con sus compañeras, que se vieron obligadas a acudir a las autoridades para que arbitraran en el contencioso.[169]

El caso de los monasterios de Dunhuang es el más conocido gracias a los hallazgos de la Cueva 17, pero todo parece indicar que estas conductas relajadas también se producían en el resto de los cenobios de la región, incluso en aquellos que podían presumir de una conexión directa con la India. En un proceso que parecía inevitable, mientras recorrían los caminos de la seda, las religiones y las creencias se transformaban, se mezclaban unas con otras, adoptaban características propias de la mentalidad local y, a veces, perdían parte de su rigor originario. Esto fue lo que ocurrió con el budismo; cuanto más penetraba hacia el este, hasta el corazón de China, más se diluían las enseñanzas del Buda, confundidas con el sistema de valores confuciano o sacrificadas en aras de la comodidad de los devotos. La rápida expansión, la abundancia de donaciones, la proliferación de monasterios y la ausencia de una autoridad centralizada favorecían todo tipo de desviaciones, que a veces provocaban enfrentamientos en el seno de las comunidades monásticas. Con el tiempo, algunos devotos empezaron a albergar dudas acerca de sus creencias y a preguntarse si sus prácticas habían sido establecidas por el príncipe Siddhartha o eran fruto de adulteraciones producidas por el paso del tiempo y la distancia. Entre los más inquietos, nació el deseo de acercarse a las fuentes originales de los preceptos budistas en busca de certezas. En el 260 un traductor viajó desde China hasta Khotan, en el Tarim, solo para consultar el original, en sánscrito, de un importante texto budista. Apenas unas décadas después, a comienzos del siglo IV, varias reglas monásticas fueron traducidas al chino. Sin embargo, uno no siempre podía fiarse de las traducciones, y, como hemos visto, a pesar de su cercanía a la India, los oasis del desierto de Taklamakán no destacaban precisamente por el rigor y la disciplina de sus monjes. Algunas escuelas budistas chinas consideraron que la única manera de asegurarse era enviando monjes a la tierra del príncipe Siddhartha con el encargo de traer consigo documentos que permitieran obtener una versión más «pura» de sus enseñanzas. Fue así como comenzó la increíble aventura de Faxian, uno de los primeros grandes viajeros de la Ruta de la Seda.

Faxian (*ca.* 337-422) era un monje budista que vivía en un santuario de Chang'an, la vieja capital imperial Han. Su vocación había sido muy temprana. Siendo niño se puso enfermo y su padre, que había perdido ya a sus tres hijos mayores, lo envió a un monasterio con la esperanza de que allí supieran curarle. El pequeño

recuperó la salud, pero, una vez restablecido, se negó a regresar con sus padres y prefirió consagrarse a la vida monástica. Pronto comenzó a destacar entre sus compañeros. Siendo todavía novicio, unos ladrones hambrientos irrumpieron en su cenobio para robar comida. Faxian no solo permaneció impertérrito ante los bandidos; les describió de forma tan calmada y elocuente lo penoso de su condición de criminales que los pobres ladrones abandonaron el edificio sin atreverse a tocar un solo grano de arroz. Convertido ya en monje, Faxian se esforzaba por seguir la senda del Iluminado de forma rigurosa, pero no podía dejar de observar claras deficiencias en los textos de la regla monástica, y eso le producía una creciente desazón. Poco a poco, fue naciendo en él el ansia de viajar a la India para proveerse de *vinaya* originales, que recogieran con fidelidad los preceptos de tiempos del Buda. Su avanzada edad, pues había cumplido ya los sesenta años, desaconsejaba la realización de un viaje tan largo, pero el monje no recorrería los caminos solo. Varios de sus compañeros, tan deseosos como él de visitar los lugares en los que había vivido el príncipe Siddhartha, se ofrecieron a acompañarlo.

El grupo partió de Chang'an hacia el oeste, siguiendo la Ruta de la Seda, en el año 399. Recorrieron el corredor de Gansu, pasaron por Dunhuang, recalaron en el reino de Loulan y alcanzaron el oasis de Khotan, en los confines meridionales del desierto de Taklamakán. La devoción por el budismo de las gentes del Tarim fue una agradable sorpresa para Faxian y sus compañeros. Por todas partes encontraban santuarios, estupas y monasterios. El número de monjes se contaba por miles, e incluso los gobernantes eran sensibles a las enseñanzas del príncipe Siddhartha. En Khotan, el grupo de monjes pudo contemplar una procesión en honor del Buda presidida por los reyes, que habían engalanado la ciudad con grandes estandartes de seda y cubierto el suelo con tal cantidad de flores, que hasta el más oscuro callejón desprendía una agradable fragancia.

La hospitalidad de los reinos budistas del Tarim permitió a Faxian y sus compañeros completar el duro viaje a través de los bordes de la cuenca y llegar hasta el extremo occidental del Taklamakán. Aquí comenzaba el tramo más complicado del recorrido. Los monjes debían internarse en la cordillera que cerraba la depresión por el sur para tratar de alcanzar el norte de la India a través de angostos desfiladeros y abruptos pasos de montaña. Estas rutas eran utilizadas con frecuencia por las caravanas, pero esto no las convertía en menos peligrosas. Las cumbres estaban cubiertas de nieves perpetuas y se decía que habitaban en ellas dragones que, a la mínima provocación, escupían sobre los viajeros enormes tormentas. Nadie sobrevivía a uno de estos terroríficos encuentros, y a la natural prudencia que exigían el frío y la altura se sumaba el miedo a toparse con alguna de estas

criaturas sobrenaturales.

Tras un periplo extenuante, Faxian y sus compañeros descendieron de las montañas y alcanzaron la región de Gandhara. Los monjes estaban exultantes. Después de tantos peligros pisaban, al fin, los mismos caminos que había recorrido el Buda, y a medida que recorrían el país hacia el este, por todas partes se presentaban ante sus ojos rincones tocados por el Iluminado. Aquí, durante una de sus vidas pasadas, el Buda había cortado un trozo de su propia carne para distraer a un halcón que perseguía a una paloma. Allá había dado sus ojos a un hombre, había entregado su cabeza o, en un último sacrificio, había arrojado su propio cuerpo a una tigresa famélica para evitar que el animal muriera de hambre. En algunos lugares se conservaban reliquias que habían pertenecido al mismísimo Siddhartha: un hueso de su cabeza, un diente, la huella de uno de sus pies, su bastón de peltre, o el famoso cuenco del Buda, que el príncipe había utilizado para pedir limosna. Se contaba que un rey había querido llevárselo de la aldea donde lo había dejado el Iluminado, pero después de cargarlo en un elefante, por obra de alguna fuerza misteriosa, el paquidermo no se movió. El soberano ordenó entonces que se transportara la reliquia en un carro tirado por ocho elefantes, pero ni siquiera la fuerza descomunal de estos animales fue capaz de desplazar un palmo aquel objeto sagrado. El monarca, arrepentido, decidió dejar la escudilla en su sitio, y Faxian pudo contemplar cómo los monjes lo reverenciaban antes de su comida del mediodía, o cómo la gente común depositaba flores en su interior. Cuando los que hacían la ofrenda eran pobres, el cuenco se llenaba enseguida. Pero si eran ricos, por más flores que arrojaran, siempre aparecía medio vacío y aquellos hombres poderosos jamás conseguían colmarlo.[170] Sin embargo, entre todas estas maravillas, la más señalada era una cueva ubicada en la ladera de una montaña, donde se decía que el Buda había dejado su sombra. En el interior de aquella gruta, si uno miraba bien, desde la distancia adecuada y en la dirección precisa, podía distinguir perfectamente la forma del Iluminado, hasta el color de sus ropajes y la apariencia de su rostro. Pero, al acercarse, la ilusión se desvanecía y por más que la imagen lejana fuera perfectamente nítida y reconocible, ningún escultor había sido capaz de reproducirla y ningún pintor de dibujar su retrato.[171]

El recorrido por los lugares donde había transcurrido la vida del Buda terminó en Kushinagar, en la cuenca del Ganges (hoy estado de Uttar Pradesh, norte de la India). Aquí, a la orilla de un río, sentado entre dos árboles y con la cabeza girada hacia el norte, el Buda había alcanzado el máximo nirvana justo antes de morir. Muy cerca, todavía podía contemplarse el magnífico palacio del rey Ashoka y la primera gran estupa que este había mandado construir para albergar las

reliquias del Iluminado. El anciano monje, que había salido de China en busca de conocimiento, había alcanzado el corazón mismo del budismo. Sin embargo, la visita de aquellos lugares sumió a Faxian en una profunda tristeza. La mayor parte de sus compañeros habían emprendido ya el camino de regreso y algunos habían muerto durante el viaje. Él, por su parte, era un hombre viejo y cansado que había nacido en un tiempo en el que nunca conocería al príncipe Siddhartha y que solo podía aspirar a contemplar sus reliquias o a recorrer las regiones en las que había vivido. Su periplo en busca de iluminación empezaba a dar sus frutos, pero las enseñanzas eran amargas: Faxian descubrió entonces que, tal y como había predicado el Buda, en esta vida nada era permanente. Esta constatación, lejos de aportarle paz, lo llenó de desasosiego.

Faxian buscó fuerzas para completar su misión. No había olvidado que el propósito de su periplo era recopilar textos originales de *vinaya* para llevarlos a su monasterio de Chang'an. La tarea, sin embargo, estaba resultando más difícil de lo esperado. Es cierto que, a lo largo del recorrido, habían encontrado a muchos sabios conocedores del *dharma*, la ley suprema. Pero estos maestros solo transmitían sus conocimientos de forma oral, y el monje chino no había sido capaz de conseguir ningún escrito que mereciera la pena copiar. Por fortuna, mientras recorría el valle del Ganges, Faxian se estaba acercando a los centros más importantes del saber budista. Y, finalmente, en la región de Pataliputra (actual Patna) encontró una copia de un *vinaya* que contenía normas que todavía se aplicaban cuando el Buda recorría el mundo. Tras este primer hallazgo, se topó con nuevos manuscritos y decidió permanecer tres años en la región aprendiendo sánscrito y copiando reglas monásticas.

Cuando quedó satisfecho del trabajo realizado, el monje emprendió el camino de vuelta a casa sin sospechar que el regreso iba a ser todavía más accidentado que la ida. Considerando las dificultades del recorrido a través del Karakórum y su cercanía a la desembocadura del Ganges, Faxian decidió viajar a China por vía marítima, tomando la misma ruta que utilizaban los comerciantes. Este trayecto no solo era más rápido, probablemente también resultara más barato, pues se completaba en grandes barcos mercantes capaces de llevar hasta doscientos pasajeros. En el primer tramo de su viaje de regreso, Faxian tomó un navío en un puerto de la costa oriental de la India y navegó hasta la isla de Sri Lanka. Aquí tuvo ocasión de contemplar nuevas maravillas, como un diente del Buda o una estatua del Iluminado hecha enteramente de jade, que sostenía una enorme perla en su mano derecha con tanta dignidad y elegancia que las palabras no alcanzaban a describirla. Parece que, absorto en la contemplación de la estatua, Faxian reparó de pronto en un mercader que depositaba frente a la

figura una ofrenda de seda. Es posible que el comerciante fuera chino y, al reconocer a uno de sus compatriotas, quedó tan abrumado por la nostalgia que no pudo contener las lágrimas. Hacía más de una década que había abandonado China y llevaba años viajando en solitario, pero el recuerdo de su patria nunca lo había abandonado. Sintió que deseaba posar sus ojos sobre un paisaje que le resultara familiar y encontrarse con alguien que no fuera un extraño. En lo sucesivo, su corazón no albergaría otro deseo que el de regresar a su hogar, y para cumplirlo tomó un barco hacia la isla de Sumatra.

En mitad de la travesía, la embarcación se enfrentó a un enorme tifón que amenazaba con hacerla zozobrar. Los mercaderes, aterrorizados, se apresuraron a arrojar su carga al agua para aligerar el navío y pidieron a Faxian que hiciera lo mismo con sus manuscritos. Pero el anciano se negó a renunciar a aquellos preciados escritos que tanto le había costado reunir, y se encomendó a Guanyin, la diosa de la compasión, protectora de los viajeros. Debía de resultar difícil desoír las plegarias de un hombre tan piadoso. La tormenta cesó y el barco pudo alcanzar la isla de Sumatra, donde el monje tuvo que permanecer todavía varios meses a la espera del comienzo de la estación adecuada para la navegación. En aquellos mares de la China meridional, al igual que ocurría en el océano Índico, los marineros debían someterse a los ritmos de los monzones. Tal vez la impaciencia llevó a Faxian a buscar pasaje en uno de los primeros navíos que abandonaron Sumatra cuando se restablecieron las comunicaciones. Es posible que fuera demasiado pronto y, de nuevo, el barco del monje se vio sorprendido por una tempestad. Rodeados de una espesa capa de nubes, los navegantes no pudieron orientarse, la embarcación quedó a la deriva y fue necesario racionar las provisiones. Llenos de temor, los supersticiosos marineros estuvieron a punto de desembarcar a Faxian, convencidos de que aquel extraño monje chino portaba consigo la mala fortuna. Por suerte, después de una penosa travesía, arribaron al fin a unas costas desconocidas y los tripulantes, considerando que tal vez se tratara de algún lugar de China, enviaron a Faxian a investigar. El monje descubrió que, efectivamente, habían llegado a su país, pero que la tormenta los había arrastrado 1.600 kilómetros al norte de su destino original, hasta las costas del mar Amarillo, no muy lejos de la desembocadura del río del mismo nombre. Corría el año 414 y Faxian había llegado, por fin, a casa.

Hacía quince años que el anciano monje había abandonado su monasterio en busca de textos originales de la regla monástica. Regresaba después de haber cumplido su misión con creces, cargado de *sutras* y *vinaya* que fueron recibidos con admiración en China. Pero, durante aquel largo y azaroso viaje, Faxian también había experimentado una intensa transformación personal. Los peligros que

había afrontado, las maravillas que había contemplado y las gentes que había conocido habían dejado en él una huella profunda, y quiso hacer constar todo ello en un hermoso relato que tituló *Registro de los reinos budistas*. La obra, que combinaba la narración de aventuras con reflexiones religiosas y confesiones personales, concluía con unas hermosas palabras que resumían bien la tenacidad de aquel monje chino y la generosidad de los que le habían ayudado en su camino: «Ahora sé que la sinceridad no encuentra obstáculo que no sea capaz de vencer, y que la fuerza de voluntad puede cumplir cualquier servicio que emprenda».[172]

El relato del periplo de Faxian tuvo casi tanta influencia como los textos que llevó consigo. Inspirados por su ejemplo, muchos cenobios chinos tomaron la costumbre de enviar a sus alumnos más prometedores a la India, no solo para copiar manuscritos, sino también para formarse en los grandes centros del budismo del subcontinente. A pesar de la lejanía del destino y de los peligros de la travesía, no faltaban voluntarios, y muchos contemplaban el viaje como una oportunidad fascinante. La India era un lugar rodeado de un aura de misticismo y espiritualidad, que imaginaban gobernado por hombres virtuosos y habitado por gentes devotas, y los monjes chinos viajaban al subcontinente con las mismas ansias de crecimiento personal y de descubrimiento de las verdades ocultas de la existencia que habían animado en el pasado a los viajeros griegos y romanos. A veces, los más afortunados podían regresar a casa con una reliquia del Buda, cuya demanda también había aumentado tras el viaje de Faxian. La tristeza por no haber nacido en la tierra del príncipe Siddhartha podía compensarse, en parte, con la cercanía a alguno de esos restos físicos de su existencia, cuya energía sobrenatural se transmitía a los devotos que realizaran los rituales adecuados.

El recorrido de la Ruta de la Seda, poblado ya de santuarios budistas, ofrecía un alojamiento cómodo y económico a los monjes que viajaban hasta la India, y muchos monasterios adoptaron la costumbre de reservar parte de sus habitaciones a los peregrinos. A veces, estas estancias se ofrecían también a mercaderes, que solían ser generosos a la hora de hacer donaciones que contribuyeran al sostenimiento de la institución. A fin de cuentas, el incremento en el número de viajeros que recorrían los caminos entre China y la India beneficiaba también a los comerciantes: permitía que las rutas estuvieran más transitadas y que gozaran de mejores infraestructuras, e incluso pudo aumentar la demanda de algunos artículos de lujo. La seda y el incienso jugaban un papel importante en el ceremonial budista, y se ha considerado la posibilidad de que el arte de la sericultura penetrara en la India a partir del siglo IV, desplazando al uso de seda salvaje, precisamente gracias a los monjes que visitaban el

subcontinente. Para comienzos del siglo VII, esta ruta espiritual y mercantil entre China y la India era tan próspera y estaba tan frecuentada que ni siquiera el inminente choque entre dos nuevos colosos llamados a disputarse las tierras de Asia fue capaz de ponerle fin.

LA ESTIRPE DE LA LOBA

Cuenta la leyenda que, hace mucho, mucho tiempo, dos tribus de las estepas de Asia entraron en guerra. Una de ellas sufrió una derrota tan grande que todos sus miembros fueron asesinados; solo se salvó uno, un niño de diez años. Los guerreros enemigos, al ver que se trataba de un chiquillo, no tuvieron valor para matarlo y, en lugar de eso, decidieron cortarle los pies y arrojarlo a un pantano cubierto de hierba —la leyenda no especifica cómo esto pudo parecerles un acto de clemencia—. El pequeño se encontraba en una situación complicada, pero una loba que merodeaba por los alrededores sintió compasión de él y lo recogió. Durante años, el animal lo alimentó y lo cuidó, hasta que el muchacho llegó a la edad adulta. Cuando el niño se convirtió en hombre, tomó a la loba como su amante y la dejó embarazada. Fue entonces cuando el rey de la tribu que había derrotado a sus parientes supo que todavía seguía con vida, y ordenó que lo mataran a él y a su compañera. Del joven nada más se sabe. Es probable que fuera capturado, y el hecho de tener los pies cortados debió de jugar un papel clave en este desenlace. En cambio, la loba aprovechó su velocidad y huyó.

Se refugió en un valle escondido, sembrado de hierba ondulante y rodeado de montañas, y estableció su madriguera en una cueva. Cuando llegó el momento, dio a luz a la progenie del muchacho: diez niños, todos varones. El animal los crio como había hecho con el chico y, con el tiempo, se convirtieron en jóvenes fuertes y sanos que sintieron la necesidad de buscar una esposa y formar su propia familia. Abandonaron la cueva, recorrieron los alrededores y encontraron a diez muchachas dispuestas a casarse con ellos. Los hijos de la loba tuvieron con ellas muchos hijos, y estos, a su vez, también engendraron amplia descendencia, hasta que su número se contó por cientos y formaron sus propios clanes. Las familias de estos descastados, descendientes de un desterrado y de un animal, carecían de nombre, y cuando llegó el momento de darse uno, el grupo más fuerte eligió el de Ashina. El clan Ashina, valiente y poderoso, se convirtió en el líder de todos los demás, hasta que juntos formaron una tribu tan numerosa que pudo reclamar su lugar en el corazón de la estepa. Se establecieron en torno al macizo de Altái (en el extremo occidental de Mongolia, entre este país, Rusia, China y Kazajistán), donde ganaron fama de excelentes herreros, pero nunca olvidaron a

aquella loba que había sido la madre de todos ellos y se decía que, por eso, en lo alto de sus estandartes colocaban una cabeza de lobo hecha de oro.

Esta curiosa leyenda, transmitida por cronistas chinos, relataba el origen de las tribus turcas que, a mediados del siglo VI, estaban a punto de irrumpir en la gran historia del mundo. El motivo dominante de la narración, la presencia del lobo como protector y antepasado, era muy antiguo. Los turcos lo compartían con pueblos tan dispares como los romanos o los escitas, y parece tratarse de una herencia del horizonte cultural indoeuropeo. Pero el animal también desempeñaba una función totémica, lo que revelaría la presencia de rasgos chamánicos propios de los pueblos siberianos situados más allá del extremo septentrional de la estepa. De hecho, las particularidades de los cultos chamánicos se intuyen en otros aspectos del relato, como la cueva, un lugar mágico a salvo de los peligros terrenales, en el que se diluían las frágiles fronteras entre el mundo real y el de los espíritus. Esta mezcolanza entre las religiones indoeuropeas y el chamanismo era coherente con las características de las tribus turcas, que parecían estar integradas por una amalgama de gentes, de lenguas y culturas diversas, unidas por la fuerza de un liderazgo común.[173]

Este liderazgo correspondería, naturalmente, al clan de los Ashina, que, en torno al año 552, fue capaz de forjar a su alrededor una alianza de treinta tribus para fundar su propio reino en el corazón de Mongolia. A este nuevo Estado, destinado a gobernar enormes extensiones de Asia durante doscientos años, se le conoce como el Imperio de los turcos celestiales, el Primer Imperio turco o el Kanato Göktürk. El primer apelativo, uno de los más populares y el que emplearemos de ahora en adelante, guardaba relación con las particulares creencias de estas tribus y contribuía a explicar el ansia de dominio y conquista que poseían muchas de las tribus de la estepa.

Los turcos celestiales habitaban llanuras interminables a los pies de montañas gigantescas. Sus creencias se basaban en el poder de las fuerzas de la naturaleza, y sus mitos de creación aseguraban que, en un principio, habían surgido el cielo azul y la tierra parda, y que, en medio de ambos, habían sido creados los hijos de los hombres. La tierra pertenecía a una divinidad femenina, relacionada con la fertilidad, mientras que la bóveda celeste era la morada de una deidad masculina, relacionada con el sol, la luz, la cima de las montañas y, sobre todo, el inmenso cielo azul. Este dios, superior a todos las demás, recibía el nombre de Tengri, el «Cielo» o el «Único». Por este motivo, a estas tribus turcas se les daba el apelativo de turcos celestiales y a sus creencias, compartidas con otros pueblos de la estepa, como los mongoles, se les llamaba tengrianismo.

Tengri era el señor supremo de todo lo creado. Los árboles más altos

le estaban consagrados y los caballos más hermosos se sacrificaban en su honor. No era necesario levantarle santuarios, pues el universo entero era su morada y todo debía someterse a su poder. En la mentalidad de estas gentes, este orden divino, de carácter absoluto, debía tener su reflejo en el orden del mundo: si había un señor en el cielo, también habría un solo señor en la tierra. Y el papel tenía que corresponder, naturalmente, al líder de los turcos celestiales, al que se consideraba la manifestación terrena del Uno celestial. Sus dominios estaban situados en el centro del orbe. La puerta de su tienda miraba siempre hacia el este, hacia el sol naciente. Y había sido ungido por Tengri para instaurar su orden en la tierra. En consecuencia, los señores del clan Ashina habían nacido para gobernar no solo a los turcos o a las tribus de la estepa, sino a todas las gentes, hasta que hubiera un único soberano bajo la inmensidad del cielo.

Los turcos celestiales se afanaron en el cumplimiento de este mandato divino. Primero se expandieron de forma arrolladora por las llanuras de Asia. Después, en torno al 557, se aliaron con los persas sasánidas para derrotar a sus principales rivales esteparios, los heftalitas o hunos blancos. El pacto con los persas, que por aquel entonces se tenía por duradero, se confirmó con una boda: una princesa turca se casó con el rey sasánida. No sería la única alianza familiar de importancia sellada por los turcos, que también fueron capaces de emparentar con la aristocracia china. Para entonces, los descendientes de la loba controlaban un inmenso territorio que iba desde Mongolia hasta las orillas del mar Negro e incluía las tierras de la Transoxiana, el nudo central de la Ruta de la Seda, la patria de los emprendedores sogdianos. La fusión entre los señores de la estepa y los hábiles sogdianos propició el nacimiento de una especie de Estado mixto en el que los turcos aportaban su liderazgo militar y mantenían en el trono a los señores de los oasis de la Transoxiana, y los sogdianos ponían sus destrezas diplomáticas y comerciales al servicio de la causa turca. No es casual que las primeras inscripciones conocidas de los turcos celestiales se escribieran en sogdiano y que esta fuera la lengua que las tribus esteparias usaron en la administración y la diplomacia.[174]

El establecimiento de esta gigantesca construcción política propició una era de esplendor en la Ruta de las Estepas, y llevó a la red de mercaderes sogdianos a su máxima expansión. Gracias a estas conquistas, los turcos celestiales se convirtieron en el primer gran imperio de la estepa que tuvo frontera con los tres grandes reinos agrícolas de Eurasia: el Imperio bizantino, el Imperio persa sasánida y el Imperio chino. A pesar de su carácter seminómada, los turcos celestiales se dieron cuenta de las oportunidades económicas que ofrecía la vecindad con esos grandes Estados, y para el 563 ya habían

enviado una embajada a Constantinopla, donde debieron de ser recibidos con entusiasmo por Justiniano I (527-565). Aunque el emperador era ya un anciano enfermo y deprimido, no había dejado de buscar una solución a las injerencias mercantiles de los persas sasánidas, y los turcos celestiales se presentaron en su capital para ofrecerle exactamente lo que estaba buscando: una vía de comercio alternativa, a través de las estepas, para evitar los aranceles persas.

Buena prueba del éxito de este primer contacto es que cinco años después, en el 568, los turcos mandaron a Constantinopla una nueva misión diplomática para dejar claras sus ambiciones comerciales, encargando la dirección de la embajada a un sogdiano. Para entonces, Justiniano I había muerto. Su sucesor, su sobrino Justino II (565-578), era un hombre desbordado por la tarea imposible de conservar la herencia de su tío, y acabó convertido en un demente que mordía a los visitantes y trataba de arrojarse por las ventanas del palacio imperial. Pero Justino II tuvo la suficiente visión estratégica como para mantener a los turcos celestiales como interlocutores comerciales y, al mismo tiempo, buscar un pacto militar contra su archienemigo: el Imperio persa sasánida. Para ello envió a la corte turca a su propio emisario, llamado Zemarchus, que se convirtió en uno de los primeros europeos en descubrir, de primera mano, las particulares costumbres de las gentes de la estepa.

El embajador bizantino acudió hasta la corte de Sizabul, el líder turco, en las laderas del macizo del Altái, pero no pudo entrevistarse con el caudillo de forma inmediata. Durante varios días, Zemarchus fue trasladado de tienda en tienda, a lo largo de todo el campamento, acercándolo poco a poco al lugar donde se encontraba la residencia del monarca. Solo después de esta extraña migración inmobiliaria accedió a la tienda real, que estaba rodeada de carros con las riquezas del turco ostensiblemente expuestas y donde Sizabul lo recibió recostado en un lecho de oro. A pesar de este comienzo tan atrabiliario, el encuentro entre el bizantino y el señor de los turcos celestiales fue bastante bien.[175] Los persas y los turcos, antiguos aliados, habían comenzado a verse como rivales por el control de las ciudades caravaneras de la Transoxiana, y las relaciones entre ambos pueblos se habían envenenado en el sentido más literal de la palabra: los sasánidas habían asesinado a una embajada turcosogdiana obligándolos a ingerir algún tipo de bebedizo mortal. Así que, tras la visita de Zemarchus, los turcos se convirtieron en socios fieles de los bizantinos. Gracias a esta y a otras alianzas que le seguirían, el Imperio bizantino disfrutaría de una considerable influencia sobre las tierras de la estepa occidental.

Para entonces, los turcos celestiales ya habían tenido ocasión de darse cuenta de lo difícil que resultaba mantener unido un imperio tan

extenso y de que el cumplimiento del mandato de Tengri iba a ser un poco más difícil de lo esperado. Apenas una generación después de su nacimiento, en torno al año 583, los inmensos dominios de los turcos celestiales se dividieron en dos. El Imperio oriental quedó en manos de los Ashina, dueños de la patria originaria de los clanes fundadores, en torno al macizo del Altái. El Imperio occidental, en cambio, controlaba las regiones de la Transoxiana y las costas de los mares Aral y Caspio. Fue esta última construcción política la que heredó las alianzas con los bizantinos y trató de sacar el máximo partido posible de su control de territorios clave para las rutas mercantiles. Sin embargo, en este afán, los turcos celestiales estaban a punto de encontrarse con un adversario formidable, decidido a recuperar su antiguo lugar en Asia Central: el Imperio chino.

EL ASCENSO DE LOS TANG

A finales del siglo VI, coincidiendo con el apogeo de los turcos celestiales, China había abandonado su larga Era de la Confusión. Después de derrotar a todos sus rivales, una única dinastía, la Sui (581-618), se había hecho con el poder. Sus emperadores se entregaron al gobierno de esta nueva China unificada con la urgencia y la ambición de los recién llegados. Volvieron a situar la capital en Chang'an. Derrotaron al Imperio oriental de los turcos celestiales y devolvieron las fronteras a los límites impuestos por la Gran Muralla, a la que años de abandono y desatención habían dejado en ruinas. Los emperadores Sui ordenaron que los muros se repararan y que las torres volvieran a levantarse, empleando a decenas de miles de obreros en la tarea. De hecho, las grandes obras de infraestructura fueron una de las señas de identidad de la dinastía. En tiempos de los Han, el valle del río Amarillo, en el norte de China, había ocupado el corazón del imperio. Pero durante la Era de la Confusión habían surgido nuevos centros de poder, y las grandes regiones agrícolas del centro del país, en torno al río Yangtsé, tenían ya tanto peso como las llanuras del norte. Para unir los dos mundos, los emperadores Sui comenzaron la construcción del Gran Canal, el más grande del mundo, una obra de ingeniería de proporciones gigantescas —hasta para los estándares chinos — que debía conectar la corriente del río Amarillo con la del Yangtsé y facilitar, de paso, el acceso a los puertos de su desembocadura, como el de Hangzhou, uno de los principales centros de comercio de la costa china.

Sin embargo, todos estos proyectos tenían un coste equivalente a sus dimensiones, y solo podían sostenerse gracias a una enorme presión fiscal, cada vez más impopular entre la población china. En el año 604 murió el primer emperador de la dinastía y subió al trono su hijo, Yang de los Sui (604-617). El comienzo del nuevo reinado estuvo

envuelto en la polémica. Se decía que el príncipe había conspirado contra su hermano mayor para ocupar su lugar en la línea sucesoria, y que la muerte de su padre, prematura, se había producido en circunstancias muy sospechosas. Pero, una vez convertido en emperador, Yang estaba convencido de que podría acallar los rumores con el brillo de sus construcciones y de sus conquistas militares. Ordenó acelerar los trabajos en la Gran Muralla y en el Gran Canal, se apoderó de las costas del actual Vietnam y se lanzó contra los señores de Corea, no tanto para tratar de conquistar la península como para castigar a sus dueños, que se habían aliado con los turcos celestiales. Las obras de ingeniería se cobraron la vida de miles de trabajadores, la malaria convirtió la campaña de Vietnam en una carnicería y la invasión de Corea terminó en derrota. Las malas noticias llegaban a una población exasperada por la presión impositiva, hasta que la situación se volvió insostenible y por todas partes comenzaron a estallar rebeliones contra del gobierno de los Sui.

Por aquel entonces gobernaba la provincia de Shanxi, en el valle del río Amarillo, un aristócrata llamado Li Yuan, que podía presumir de una ascendencia tan ilustre como variada. Estaba emparentado con los Sui, pero entre sus antepasados también había turcos celestiales, una buena prueba de la enorme influencia que las gentes de la estepa habían ejercido en el norte de China. En medio de la confusión provocada por la derrota del emperador Yang en Corea, Li Yuan se alzó en armas, consiguió imponerse sobre el resto de los rebeldes, se hizo con el poder y en el año 618 instauró una nueva dinastía al frente de los destinos de China: la dinastía Tang, que gobernaría el país durante trescientos años.

La brevedad del reinado de los Sui, la huella que, a pesar de todo, dejaron sus ambiciosos proyectos y el modo en el que los Tang supieron recoger su legado se han comparado con la caída de la dinastía Qin y el ascenso de los Han, ocho siglos antes. Al igual que los monarcas Sui, los soberanos de los Qin, con el Primer Emperador a la cabeza, fueron capaces de unificar el país y marcaron su destino con construcciones gigantescas, que se empeñaron en completar a pesar del sacrificio que exigían a la población. En cambio, los emperadores de la nueva dinastía Tang, como habían hecho los Han, fueron capaces de adaptar sus ambiciones a las capacidades reales de la China del momento y, con un estilo de gobierno más práctico y moderado, inauguraron una larga etapa de esplendor, considerada una de las más brillantes de la historia imperial.

En este juego de espejos entre las dinastías chinas, el reinado de los dos primeros emperadores Tang replicó algunos de los aspectos más turbios del de sus dos predecesores Sui. Li Yuan (618-626), el fundador de la dinastía, tenía varios hijos varones, pero no se puede

decir que el amor reinara entre sus vástagos. Uno de ellos, Taizong, descubrió que su hermano mayor lo estaba envenenando cuando comenzó a escupir sangre en un banquete. Él, por su parte, era un hombre de carácter más expeditivo: asesinó con sus propias manos a su hermano mayor e hizo que un hombre de confianza matara a otro en las puertas de Chang'an. Es posible que su padre, el emperador Li Yuan, contemplara la muerte violenta de su progenie con espanto, pero no fue capaz de castigar a su hijo. A pesar de su juventud, Taizong había jugado un papel clave en la rebelión contra los Sui y era ya admirado por su talento como soldado.

Poco después, en el 626, Li Yuan fue recluido en el palacio imperial y se vio obligado a abdicar en favor de Taizong, que se convirtió así en el segundo emperador de los Tang. La sucesión de acontecimientos no solo era escandalosa. También guardaba incómodas similitudes con el acceso al poder del último monarca de los Sui, aquel tirano abominable que había sido derrocado por sus propios nobles. El prestigio de la nueva dinastía exigía que un crimen así no quedara sin castigo, y una leyenda budista asegura que el comportamiento indigno de Taizong llamó la atención de instancias superiores, a las que ni siquiera el señor del Imperio del Centro podía desobedecer. Al parecer, sus dos hermanos asesinados le habían denunciado a Yama, el dios budista del Inframundo, y este convocó a Taizong para que respondiera por sus crímenes. El emperador, un fervoroso budista, se presentó, aterrorizado, ante la corte de justicia de los muertos. Yama le comunicó que solo podría volver al mundo de los vivos si era capaz de refutar las acusaciones de forma satisfactoria; en caso contrario, permanecería en el Inframundo para siempre. Después de tragar saliva, Taizong expuso su línea de defensa: un hombre sabio debía estar dispuesto a destruir a su familia con tal de salvar el reino. En su opinión, probablemente no compartida por sus hermanos muertos, su cruel asalto al poder había sido en realidad un ejercicio de sacrificio personal en aras del bien común, pues había librado al Estado de gobernantes que se habrían revelado indignos de su posición. Tras una breve deliberación, Yama, juez de los muertos, consideró satisfactoria esta respuesta y Taizong regresó al mundo de los vivos para dirigir los destinos de China durante veinte años más.[176]

El tiempo demostró que, a pesar de estos comienzos fratricidas, Taizong de los Tang (626-649) sí que fue un buen emperador. Uno de los más grandes de la historia de China. Se rodeó de ministros capaces, saneó la administración, atajó la corrupción y emprendió una serie de ambiciosas campañas militares destinadas a devolver al Imperio chino su influencia sobre Asia Central. Derrotó a los turcos celestiales del este, que todavía permanecían en manos del clan Ashina, y los convirtió en sus vasallos. Frustró un intento de invasión

del Imperio tibetano. Y, por último, en torno al año 630, envió a sus tropas a recuperar el control sobre los reinos-oasis de la cuenca del Tarim, que habían aprovechado la caída de la dinastía Han para sacudirse el dominio imperial cuatrocientos años atrás. La empresa era todo un desafío, no solo por la complicada orografía o por la resistencia de los reinos de la zona, sino porque los turcos celestiales del oeste, muy interesados en las rutas mercantiles, también habían extendido su influencia por la región. Durante dos décadas, la cuenca del Tarim se convirtió en un campo de batalla y, para mayor seguridad, el emperador Taizong ordenó cerrar las fronteras noroccidentales del país. La prohibición imperial no solo afectó a las caravanas de mercaderes. Las rutas de peregrinación que conectaban China con el norte de la India también quedaron bloqueadas, impidiendo a los devotos budistas viajar hasta las tierras del príncipe Siddhartha. Los grandes monasterios obedecieron las órdenes del monarca, pero un simple monje se negó a que las banales incomodidades de una guerra interrumpieran su búsqueda de conocimiento. A fin de cuentas, se proponía emprender el viaje más famoso de la historia de China.

EL GRAN VIAJE AL OESTE

Xuanzang (*ca.* 602-664) había nacido en el seno de una estirpe de altos funcionarios imperiales, aunque su padre se apartó de la tradición familiar para consagrarse por entero al estudio de las doctrinas confucianas. Como veremos, esta doble herencia, política e intelectual, proporcionó a nuestro personaje unas habilidades que resultaron decisivas durante su periplo. Siendo todavía un niño, Xuanzang solicitó el ingreso en un monasterio budista y, con apenas veinte años, fue ordenado monje. Por aquel entonces, a comienzos del siglo VII, el budismo chino atravesaba una etapa brillante; el imperio contaba con sus propios centros de saber, e incluso era capaz de enviar predicadores a países cercanos, como Japón o Corea. Pero este apogeo también había propiciado la difusión por el país de múltiples escuelas de pensamiento budista, que ofrecían vías distintas para acceder al nirvana, muchas veces incompatibles entre sí.

En este ambiente de efervescencia doctrinal, Xuanzang se consagró al estudio de las enseñanzas del Buda con el entusiasmo de la juventud. Escuchó con atención a los maestros del *dharma* y leyó con devoción las *sutras*, los escritos sagrados, hasta convertirse en un auténtico erudito, experto en todas las corrientes en las que se había fragmentado el budismo. Pero cuanto más aprendía, más perplejo estaba, y llegado el momento de decidirse por una de las escuelas, no supo elegir cuál. ¿Debía decantarse por el Hinayana, el Pequeño Vehículo, que defendía que el nirvana solo podía alcanzarse tras una

vida de ascesis personal en un monasterio? ¿Era preferible optar por el Mahayana, el Gran Vehículo, que ofrecía una versión más abierta y aseguraba que la salvación de la eterna rueda de la reencarnación estaba al alcance no solo de los monjes, sino también de los laicos? ¿O sería mejor apostar por una escuela más radical como la del Yogacara, que propugnaba la inexistencia del mundo exterior y sostenía que todo lo que contemplaban nuestros sentidos era fruto exclusivamente de nuestra actividad mental? Atormentado por las dudas, Xuanzang decidió viajar hasta la India en busca de textos originales del budismo que todavía no se habían traducido al chino y en los que esperaba encontrar respuesta a sus interrogantes.

El joven monje no pudo elegir un momento peor para emprender su tarea. Recordemos que, a causa de la guerra con los turcos celestiales, el emperador Taizong había ordenado cerrar las fronteras y no se podía abandonar China sin el permiso del gobierno. Xuanzang decidió hacer caso omiso de la prohibición y en el año 629, con veintisiete años, abandonó Chang'an, completamente solo, rumbo a los Países del Oeste. Apenas había traspasado el corredor de Gansu cuando supo que se había emitido orden para su arresto, así que se vio obligado a atravesar el desierto de Gobi como un fugitivo, esquivando las flechas de los soldados que vigilaban los pasos occidentales, y acudiendo de noche, al abrigo de la oscuridad, a coger un poco de agua de los pozos de las guarniciones. Perdido en el desierto, extenuado por la sed y el calor, comenzó a ver terroríficos espejismos en los que se presentaban ante sus ojos miles de jinetes bárbaros al galope. Lo único que le sostuvo en estos momentos de angustia fue una voz, llegada del cielo, que no cesaba de repetir: «Todo saldrá bien».

La voz misteriosa tenía razón. La guerra había asolado los oasis del sur del Taklamakán y en aquellos tiempos se prefería la ruta septentrional, que bordeaba la cuenca del Tarim por el norte. Siguiendo este camino, Xuanzang consiguió llegar al reino más importante de la región, Turfán. Aunque caería en manos chinas poco después, por aquel entonces Turfán todavía era leal a los turcos celestiales del oeste y en aquellos territorios el monje fugitivo ya podía moverse con libertad. Fue recibido personalmente por el rey del oasis, que se mostró encantado con la visita. A diferencia de Faxian, el viajero que le había precedido doscientos años antes, Xuanzang no era un hombre que pasara desapercibido. El monje era joven y muy guapo, no tanto como su hermano mayor, que hacía que los carruajes se pararan en medio de la calle para que sus ocupantes se detuvieran a contemplarlo, pero sí lo bastante como para llamar la atención de los extraños por la armonía de sus rasgos. Además, provenía de una distinguida familia china y acompañaba sus exquisitos modales con un conocimiento inigualado de las enseñanzas budistas. Humildes y

poderosos quedaban fascinados por su porte y su inteligencia, y uno de los mayores problemas del monje a lo largo de su periplo fue que nadie quería dejarlo marchar. En Turfán se vio obligado a ponerse en huelga de hambre para que el rey autorizara su partida, y solo después de prometerle volver. A cambio, el soberano le entregó grandes cantidades de oro y de plata, quinientos rollos de seda, caballos y una escolta de treinta hombres para defenderlo de los bandidos. Gracias a su erudición y a sus habilidades diplomáticas, Xuanzang realizó su recorrido hasta la India con las comodidades propias de un rey.

Entre los presentes que el gobernante de Turfán entregó a Xuanzang había también cartas para su señor, el líder de los turcos celestiales del oeste. El monje acudió a entrevistarse con él a orillas del hermoso lago Issyk-Kul —al que llamaban el «mar caliente» por sus fuentes termales—, hoy en Kirguistán, y quedó impresionado por la magnificencia de su corte y la riqueza de sus exquisitos ropajes de seda. La mayoría de los turcos celestiales practicaban el tengrianismo, y algunos habían adoptado la religión zoroástrica, pero el budismo no se había extendido por sus territorios. Aun así, con la tolerancia propia de los pueblos de la estepa, el señor turco pidió a Xuanzang que lo ilustrara sobre las bondades de sus creencias. Quedó tan encantado que solicitó al monje que se quedara a vivir en sus dominios, y cuando este declinó su oferta, le suplicó que, al menos, no viajara a la India, un sitio donde, en su opinión, hacía mucho calor y las gentes carecían de buenos modales.

Desde las montañas Tian Shian, el grupo de Xuanzang recorrió los caminos de la seda hacia el sur. Recalaron en la hermosa ciudad de Samarcanda, gobernada por un vasallo sogdiano de los turcos celestiales. Cruzaron las Puertas de Hierro, en el corazón de las montañas que separaban Sogdiana de Bactria. Visitaron la gran ciudad de Balj, en el norte de Afganistán, y prosiguieron su periplo hacia el sur a través del Hindú Kush hasta llegar a la encrucijada de caminos del valle de Bamiyán. Durante este recorrido, Xuanzang había encontrado muchos sabios budistas que alardeaban de sus conocimientos, pero cuando el joven ponía a prueba su erudición, descubría que no habían comprendido en profundidad las enseñanzas del Buda. Solo cuando llegaron al bellísimo valle de Bamiyán, encontró por fin monjes realmente formados, que le tranquilizaron sobre los centros de saber que podría hallar a medida que continuara su viaje hacia el este.

Xuanzang llegó al norte de la India en torno al 637/638, siete años después de haber abandonado Chang'an. Mientras atravesaba las tierras del Buda, sintió la misma profunda emoción que habían experimentado Faxian y sus compañeros doscientos años atrás.[177] Todo el país rebosaba espiritualidad y misterio, y el Ganges le causó

una excelente impresión. Le pareció que estaba repleto de criaturas maravillosas, que el sabor de sus aguas resultaba delicado y dulce, y que la arena que arrastraba era sorprendentemente fina. Allá donde la corriente lo permitía, las aguas del río eran navegables, y Xuanzang sintió un placer especial al recorrer en barco aquellas regiones hasta alcanzar el extremo oriental del valle. Aquí, no muy lejos de Pataliputra, se encontraba el monasterio de Nalanda, el centro budista más importante del mundo, donde acudían a estudiar sabios de todas las naciones. Aun así, Xuanzang se había convertido ya en un hombre tan famoso que sus monjes salieron a su encuentro arrojando flores y ondeando estandartes, y le condujeron en volandas hasta el corazón del recinto, donde le esperaba el maestro del cenobio. Era este un hombre muy anciano, tan venerable que había que dirigirse a él llamándole «Tesoro de la Ley Correcta». Al llegar a su presencia, Xuanzang se postró en tierra, besó los pies del maestro y tocó el suelo con la frente. El Tesoro de la Ley Correcta, con un hilo de voz, le preguntó entonces de dónde era y qué hacía allí, y él le contestó que venía de China y que deseaba estudiar la senda del budismo a su lado. Al oír estas palabras, el anciano rompió a llorar. Padecía, desde hacía años, una enfermedad tan dolorosa que había decidido dejarse morir para acabar con su sufrimiento. Sin embargo, una noche, cuando ya se encontraba cerca de la muerte, tuvo un extraño sueño. Por lo visto, aquel monje virtuoso era la reencarnación de un príncipe malvado y estaba pagando con sus padecimientos el dolor que su yo del pasado había causado a su pueblo. Sin embargo, algún día —se le anunció — llegaría ante él un alumno chino en busca de sabiduría, y el anciano obtendría el perdón si lo esperaba para transmitirle sus conocimientos. La llegada de Xuanzang significaba que la profecía se había cumplido: el venerable maestro y el inteligente discípulo se habían encontrado al fin.

Xuanzang permaneció varios años en la India, repartidos entre el monasterio de Nalanda y otros cenobios. Escuchó las lecciones del maestro y estudió gramática, lógica y sánscrito hasta dominar a la perfección esta lengua. Escribió varios tratados y recopiló más de 650 libros, cuyos rollos iban cargados en una larga caravana de veinte caballos. Finalmente, en el año 642 decidió que había llegado el momento de regresar a casa. La cuestión era delicada, no solo por las dificultades del viaje. Xuanzang había abandonado China como un fugitivo y recibido ayuda de los turcos celestiales, los enemigos del emperador. Por fortuna para el monje, su fama intelectual y sus habilidades diplomáticas fueron suficientes para allanarle el camino. Por aquel entonces, las tierras del norte de la India estaban bajo la soberanía de un rey llamado Harsha (607-647). Gracias al prestigio que había acumulado durante su estancia en el subcontinente,

Xuanzang pudo obtener una audiencia con el monarca y dedicó gran parte del encuentro a cantar las alabanzas del emperador Taizong. La audiencia terminó de forma satisfactoria, y parece que el monje se convirtió en un elemento clave para el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la China Tang y el reino de Harsha. Un logro así bien valía el perdón del emperador.

Cargado con sus manuscritos, montado en un elefante y acompañado de un numeroso séquito de sirvientes y soldados, Xuanzang realizó el camino de vuelta desandando sus pasos a través de Afganistán y Bactria. Penetró en el Tarim a través del nudo del Pamir, se aprovisionó en la ciudad caravanera de Kashgar y bordeó el Taklamakán por el sur. En el año 645, cuando llegó al reino de Khotan y se acercaba ya a las fronteras de China, quiso saber cómo estaban las cosas en la corte y mandó noticia de su llegada al emperador Taizong a través de unos mercaderes. La respuesta del soberano debió de hacerle suspirar de alivio. El monarca no le guardaba rencor por haber desobedecido su prohibición. Al contrario, su fama había alcanzado los confines de China y deseaba que regresara cuanto antes para poder escuchar el relato de sus viajes y la descripción de todas las maravillas que había contemplado en la India.

De vuelta en Chang'an, Xuanzang fue recibido como un héroe. El emperador le regaló una sotana dorada, realizada por las damas del palacio, tan hermosa que el monje pidió ser enterrado con ella. Se construyó un monasterio para que le sirviera de alojamiento y una pagoda, la Gran Pagoda del Ganso Salvaje, para albergar los libros que había traído consigo. Se estableció allí un equipo de sabios, supervisados por el propio Xuanzang, que se consagró por entero a la redacción y traducción de escritos budistas. El emperador Taizong, el hombre que había matado a dos de sus hermanos para llegar al trono, pasó sus últimos años disfrutando de las enseñanzas del monje, y cuando se sintió morir no pidió más compañía que la de aquel hombre sabio. Durante las horas finales de la vida del monarca, Xuanzang tradujo para él la *Sutra del Corazón*, uno de los más hermosos textos del budismo Mahayana, que todavía hoy se recita en muchas escuelas de budismo en Asia. Gracias a este monje intrépido, la época de los primeros Tang se considera la Era del Budismo Chino, y Xuanzang se convirtió en un personaje tan reverenciado por los budistas que, todavía a comienzos del siglo XX, cuando Aurel Stein quiso vencer las reticencias del guardián del monasterio de las cuevas de Mogao, le habló del monje chino y de su viaje a la India en busca de manuscritos, asegurando al desconfiado custodio que él admiraba profundamente a Xuanzang, que aspiraba a seguir sus pasos y que había llegado hasta allí en busca de sabiduría, impulsado, únicamente, por los más elevados principios morales.

Poco después de su regreso de la India, el emperador Taizong pidió al sabio que pusiera por escrito sus aventuras. En apenas un año, Xuanzang tenía listo el relato que, por su carácter oficial, se tituló: *Registro de las Regiones del Oeste durante la Gran Dinastía Tang*, aunque es conocido por lo general como *Viaje al Oeste durante la Gran Dinastía Tang*. La narración era una extraordinaria descripción de los oasis del Tarim, de la Transoxiana, del norte de Afganistán y de la India, e incluía todo tipo de datos de interés sobre la geografía, la economía, la política y la religión de aquellos lugares. Xuanzang salpimentó además el relato con anécdotas, leyendas y reflexiones personales, componiendo una obra fascinante que se convirtió en un texto muy popular de la literatura china.[178]

Casi mil años después, a finales del siglo XVI, un escritor chino llamado Wu Cheng'en tomó el texto de Xuanzang y lo reescribió como si se tratara de una novela de aventuras, con el sencillo título de *Viaje al Oeste* (1590). En la adaptación, el escritor se tomó algunas licencias con la trama y los personajes. Xuanzang, el monje de mente prodigiosa, se transformó en un peregrino ingenuo y santurrón. Su escolta de criados fue reemplazada por la compañía de tres seres mágicos: un ogro tranquilo y leal; una especie de hombre-cerdo tan hábil para el combate como obsesionado con la comida y las mujeres, y el orgulloso rey mono, irascible y extremadamente inteligente, que había sido desterrado por el Buda después de atreverse a desafiar los cielos. Estas tres criaturas sobrenaturales trataban de ganar su redención acompañando al monje hasta la India y protegiéndolo de todo tipo de peligros, que en la novela del siglo XVI adoptaron la forma de monstruos y mujeres voluptuosas. El resultado fue una obra maravillosa, rebosante de humor y aventuras, y poblada de personajes carismáticos. *Viaje al Oeste* se considera una de las cimas de la literatura china, el equivalente oriental del *Quijote* o las obras de Shakespeare, y el Rey Mono, Sun Wukong, irreverente y astuto, propenso a los arranques de cólera, pero delicadamente consagrado a la protección del ingenuo monje peregrino, es todavía hoy una de las figuras más populares de Asia.[179]

Mientras Xuanzang recorría el mundo, el emperador Taizong (626-649) había completado el sometimiento de los oasis del Tarim. El Imperio chino recuperó el control de las orillas del desierto de Taklamakán y estableció guarniciones en las ciudades más importantes. Una década más tarde, su hijo y heredero, Gaozong (649-683), derrotó también a los turcos celestiales del oeste, que se convirtieron en vasallos del Imperio chino en el año 658. Estas victorias extendieron la influencia china hasta la Transoxiana y los confines de Persia. Las cosas se tranquilizaron a ambos lados del nudo del Pamir, las fronteras se abrieron, los intercambios entre los turcos

celestiales y el Imperio chino, gestionados por los hábiles mercaderes sogdianos, hicieron florecer de nuevo el comercio y la paz con los turcos celestiales de oriente y de occidente llevó a un mayor entendimiento entre los pueblos. En el valle del río Amarillo abundaban las colonias de sogdianos y de turcos, y muchos hombres de la estepa entraron a formar parte de la administración imperial. Algunos chinos se animaron a aprender la lengua de los jinetes y entre la aristocracia se puso de moda adoptar costumbres nómadas. Las mujeres de la nobleza cabalgaban por las calles de Chang'an llevando trajes masculinos y botas de montar, con las cabezas cubiertas por un pequeño sombrero turco, y no faltaban los entusiastas que estaban dispuestos a soportar los rigores de vivir en una tienda con tal de imitar el particular modo de vida de los jinetes de la estepa.[180]

Nunca se había mostrado China tan receptiva a la influencia extranjera. El sometimiento del temible bárbaro estepario convirtió las costumbres y los productos foráneos en algo exótico e inofensivo, y por primera vez, durante los años dorados de la dinastía Tang, el gusto por lo extranjero abandonó la corte y se trasladó a todos los sectores de la sociedad. El polo, llegado de Persia, se convirtió en un deporte popular. En las artes y la literatura abundaban las descripciones de tierras lejanas, y los chinos se atrevieron incluso a permitir novedades en un ámbito tan refractario al cambio como el de la alimentación. Fue durante este período, por ejemplo, cuando en China comenzaron a producirse vinos de calidad. Las primeras cepas habían llegado al país en época de la dinastía Han, pero el complicado arte de elaborar caldos no llegó a dominarse hasta el siglo VII, probablemente gracias a la influencia sogdiana. Junto al vino se popularizaron las espinacas, que se complementaban bien con el alcohol, pues se decía que curaban la resaca, o los pistachos, que eran muy apreciados porque aumentaban el vigor sexual. En aquella época, tanto en Oriente como en Occidente, los alimentos exóticos eran inseparables de las medicinas, ya que se entendía que su origen lejano les añadía propiedades curativas. Los dátiles, que se importaban de Persia, fortalecían la constitución; la pimienta, que se traía de la India, ayudaba en la digestión; los melocotones de Samarcanda aumentaban la fertilidad, y los delicados estigmas del azafrán curaban el envenenamiento. Los monarcas exigían a sus vasallos el envío de árboles y bulbos de estas exóticas especies, que se plantaban con mimo en los jardines imperiales, para que a los beneficios medicinales de sus frutos se sumara el deleite de la contemplación de aquellas extrañas variedades vegetales.

Por una de esas casualidades que a veces se dan en la historia, podemos contemplar con nuestros propios ojos un atisbo de este período dorado. La Samarcanda que recorre hoy el viajero,

maravillado por las dimensiones de la plaza del Registán o la delicadeza del mausoleo de Tamerlán, fue levantada a finales de la Edad Media. La ciudad antigua, la Maracanda que visitó Alejandro, se encontraba en una colina llamada Afrasiab, situada al norte de la ciudad actual, y fue arrasada por los mongoles en el siglo XIII. Tras esa destrucción, la nueva urbe timúrida se levantó en el llano y la vieja Afrasiab quedó semiabandonada. Fueron los arqueólogos soviéticos los primeros que volvieron a interesarse por el lugar, donde desenterraron una extraordinaria sucesión de restos que iba desde el siglo VII a. C. hasta el XII d. C. Sin embargo, el hallazgo más espectacular se produjo por casualidad, en 1965, cuando se construyó una carretera para atravesar la colina. En el transcurso de los trabajos, las palas excavadoras se toparon con una residencia nobiliaria perteneciente, tal vez, a un notable turcosogdiano. Esta mansión aristocrática, que tenía unas dimensiones considerables, estaba provista de una especie de sala de audiencias cuyo techo, al derrumbarse, permitió la conservación de las pinturas que decoraban las paredes. Los frescos de esta habitación, conocida como el Salón de los Embajadores, se han datado en torno al año 660 y constituyen un buen ejemplo del mundo cosmopolita de la Samarcanda de mediados del siglo VII.

A la manera de las tiendas turcas, la única puerta de la sala se encontraba en la pared este, y por este motivo el lado más importante de la estancia debía de ser el oeste, que quedaba justo delante del visitante al penetrar en la habitación. En esta pared se representó un encuentro diplomático del más alto nivel. Presidía la escena, probablemente, el señor de los turcos celestiales del oeste. Aunque por aquel entonces el turco ya era vasallo del Imperio chino, todavía conservaba su influencia en Asia Central, y el rey del oasis de Samarcanda le debía su posición. Bajo el señor turco se encontraba Varkhuman, el rey de Samarcanda, y a su alrededor, colocados en varias filas, podía verse a embajadores llegados de países lejanos. Había emisarios coreanos, delegados chinos portando grandes rollos de seda y diplomáticos sasánidas vestidos con exquisitos ropajes adornados con representaciones del león alado sirmug, una de las figuras más populares de la mitología persa. Entre los embajadores, dispuestos en animados grupos o conduciendo a los emisarios a la presencia del monarca, había varios grupos de turcos de largas trenzas.

Las escenas que decoraban el resto de las paredes de la habitación también tenían un marcado carácter internacional, pues hacían referencia, probablemente, a distintas festividades que se celebraban en los grandes países de Asia. El muro de la izquierda mostraba una escena del Nowruz, la fiesta del Año Nuevo para los pueblos de Asia Central y los persas, que se celebraba en primavera. En lo que debía

de ser uno de los episodios más solemnes de esta festividad, Varkhuman, montado en un espléndido corcel, se disponía a honrar a un soberano difunto. En el muro de la derecha podía verse un episodio ambientado en China, probablemente durante la celebración del festival del Barco del Dragón, en el que solían realizarse carreras de barcas. Por último, el muro de entrada, aquel en el que se encontraba la puerta, era el peor conservado. La mayoría de los autores consideran que la pared debía de estar dedicada a la India, quizás a alguna anécdota de la vida de Krishna. Sin embargo, hay quien piensa que allí se había representado la famosa leyenda de la loba, que contaba los orígenes de las tribus turcas. El conjunto de los murales y su disposición transmitían un mensaje político muy concreto y familiar. Las cuatro paredes simbolizaban las cuatro partes del mundo, y la principal, la del fondo, pertenecía al señor de los turcos celestiales, que se encontraba así, como quien dice, en el centro de la Tierra, sentado delante de una tienda que miraba hacia el este, al sol naciente. Ante él y su vasallo, el rey de Samarcanda, se presentaban emisarios de todas las naciones portando tributos, y aunque fuera solo en la realidad inventada de las pinturas, podía decirse que la voluntad de Tengri se había cumplido al fin, pues en aquella habitación uno podía contemplar el orbe y a su soberano.[181]

Sin embargo, en el momento mismo en el que se pintaron estos murales, todo este hermoso mundo estaba ya en trance de desaparecer. Tambores de guerra sonaban por toda la extensión de los caminos de la seda, y esta vez el estruendo no venía del norte, de la estepa, sino del sur, de los insondables desiertos de Arabia.



Mural de los Embajadores, siglo VII. Museo de Afrasiab, Samarcanda.

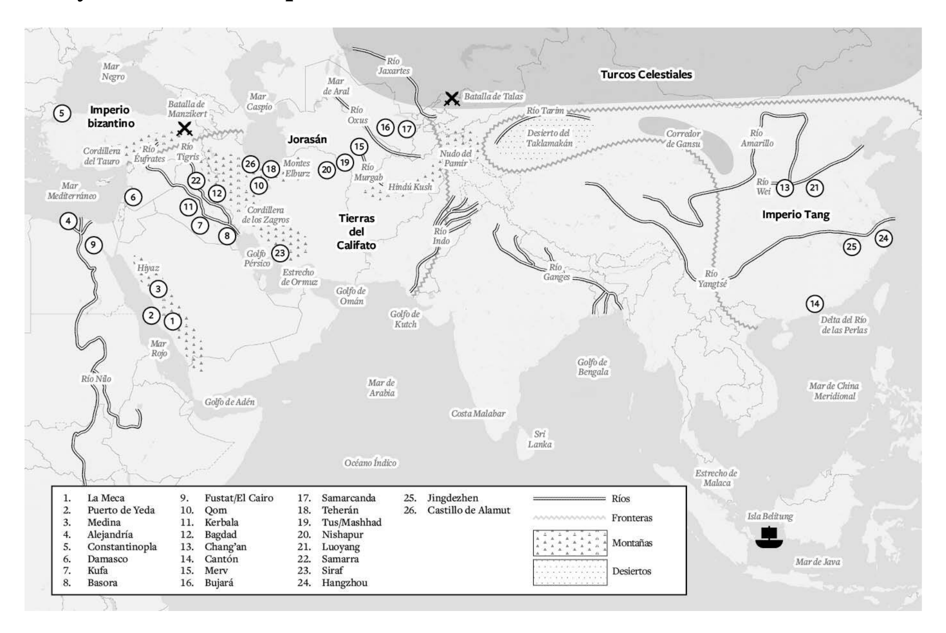
2

LA ERA DE LOS CALIFATOS (SIGLOS VII-XII)

En el año 629, el mismo en el que Xuanzang inició su viaje a la India, hubo terribles inundaciones en Mesopotamia. El Tigris y el Éufrates se desbordaron, llevándose por delante los diques y los reservorios, y anegando los campos. Por desgracia, la catástrofe era previsible, ya que las autoridades persas estaban enfrascadas en una guerra interminable contra los bizantinos; el conflicto duraba ya décadas y los delicados canales del valle llevaban años desatendidos. A la desastrosa inundación del 629 le siguió otra, casi igual de destructiva, en el 630. Incapaz de ofrecer otras soluciones, el rey Peroz II, que ocupó fugazmente el trono de Persia durante ese año, calmó la indignación popular mandando crucificar, en un solo día, a cuarenta trabajadores de los canales, a cuya inoperancia se culpaba del desastre. Sorprendentemente, el gesto no puso fin a las riadas. Los problemas continuaron durante los años siguientes, y la mayor parte de los destrozos nunca llegaron a repararse.

En medio de la confusión, ni los persas ni los bizantinos prestaron demasiada atención a otro de esos profetas reformadores, tan abundantes en Oriente Medio. Este se llamaba Mahoma (570-632) y había comenzado a predicar en Arabia en el año 610. Las circunstancias del momento propiciaron que su mensaje calara profundamente entre los árabes. Hacía mucho que los tiempos de gloria de los nabateos habían quedado atrás. El comercio marítimo en el mar Rojo estaba en manos del reino etíope de Axum, los sasánidas se habían apoderado de gran parte de la costa suroriental de Arabia, y la guerra entre los persas y los bizantinos, desastrosa para los intercambios mercantiles, había terminado de arrastrar a las ciudades caravaneras de Arabia a la depresión económica. La crisis agudizó los problemas internos. Las razias, campañas de saqueo contra rebaños y caravanas de las tribus o clanes rivales, eran parte integrante de la economía beduina, pero a causa de la recesión su frecuencia e intensidad se incrementaron. Los enfrentamientos se volvieron constantes y toda la región del Hiyaz se convirtió en el escenario de sangrientas contiendas que parecían no tener fin. Solo el islam trajo paz a este mundo convulso. La nueva religión rompió los viejos lazos tribales y predicó la igualdad entre los creyentes, definiendo con precisión los ritmos de un nuevo tipo de vida que nada tenía que ver con la existencia beduina. En lo sucesivo solo habría una comunidad:

la umma, el «pueblo de Alá», unido bajo una misma fe, temeroso de Dios y anhelante del paraíso.



En realidad, el mensaje de Mahoma no era particularmente innovador. Tomaba elementos del zoroastrismo, del cristianismo y del judaísmo, al igual que había hecho Mani cuatro siglos atrás. Sin embargo, por más que los contenidos teológicos no resultaran novedosos, sí que lo era su defensa de la yihad, el uso de la guerra santa para llevar su fe, única y revelada, a todos los rincones de la Tierra. Por primera vez, la difusión de una nueva religión no se confiaría a misioneros errantes: se garantizaría mediante la conquista de los territorios de los infieles. La actividad no ofrecía únicamente atractivos espirituales, porque la comunidad de los creyentes también se enriquecía gracias al botín de los pueblos conquistados, que se distribuía de forma sorprendentemente equitativa entre los devotos. De este modo magistral, las razias que habían desangrado a las tribus beduinas se transformaron en una guerra santa que las mantenía unidas al servicio de un objetivo noble y en contra de un adversario común.

El Profeta murió en el año 632. Dejaba una comunidad unida bajo la nueva fe y dueña de la mayor parte del territorio de la península arábiga, desde las viejas bases nabateas hasta los escondidos reinos del incienso. El liderazgo sobre la umma, que no sería solo espiritual, sino también político y militar, correspondió entonces a uno de sus suegros, Abu Bakr (632-634), padre de Aisha, la esposa predilecta de Mahoma. Abu Bakr se convirtió así en el primer califa o «sucesor del mensajero de Dios». Nadie podía dudar de su compromiso, pues había

sido uno de los primeros en creer la palabra del Profeta y en abrazar la nueva religión, pero el proceso mismo de la elección de un califa generó unas tensiones que, tiempo después, conducirían a la primera gran fractura del mundo musulmán. Aunque el islam prometía la igualdad entre los creyentes, el primer califa era un hombre importante, miembro de la tribu Quraysh, la misma del Profeta. La herencia de los viejos lazos tribales era todavía demasiado fuerte y las voces que se alzaron en contra fueron rápidamente silenciadas.[182]

Ese mismo año (632) subió al trono persa el nuevo soberano sasánida, Yazdgerd III (632-651). Tras la interminable guerra contra Bizancio, reinaba en las fronteras entre los dos imperios una calma tensa. Las tropas estaban exhaustas, las reservas de soldados agotadas, las arcas vacías, y el monarca era un niño de ocho años. Fue entonces cuando cayeron sobre ellos los ejércitos musulmanes. La primera oleada atacó en el año 633, enviada por Abu Bakr. La segunda, por su sucesor, Umar (634-644), el segundo califa. Umar también era suegro de Mahoma y se contaba entre los notables de la tribu Quraysh. Su acceso al califato, sin embargo, había sido más polémico que el de su predecesor. Cuando su yerno comenzó a predicar el islam, Umar se había contado entre sus perseguidores, y tardó años en abrazar la nueva fe. Aunque, tras su conversión, se había transformado en un valioso colaborador de Mahoma, su principal argumento para acceder al califato fue que Abu Bakr lo había designado heredero. En cualquier caso, una vez al frente de los destinos de la umma, Umar desplegó extraordinarias capacidades de organización. Fue él quien implantó una nueva era islámica, que comenzaba con la huida del Profeta a Medina en el 622 (la hégira), y a él se deben las grandes conquistas que pusieron los cimientos del Estado musulmán. A sus órdenes, los árabes derrotaron a los persas en la batalla de Qadisiyah (*ca.* 636). Tras superar la primera línea de defensa sasánida, la caballería musulmana comprobó estupefacta que en el interior del país apenas había tropas concentradas y que las ciudades caían ante ellos como fruta madura. Pronto sitiaron y ocuparon Ctesifonte, la capital imperial en el corazón de Mesopotamia. El gigantesco *iwan* del palacio real se convirtió en la primera mezquita de la ciudad, y el joven rey Yazdgerd III prefirió retirarse al este de los Zagros, confiando en poder reunir un nuevo ejército en las tierras altas de Persia.

La situación en las fronteras del Imperio de Bizancio no era más halagüeña. El mismo año 636 los musulmanes derrotaron a las tropas bizantinas junto al río Yarmuk, cerca del lago Tiberíades. Al igual que había ocurrido con el Imperio persa sasánida, una vez desarboladas las primeras defensas fronterizas, el avance de las tropas musulmanas fue rapidísimo. Los árabes combinaban de forma muy efectiva el uso de una fuerza arrolladora con una astuta diplomacia. A aquellos que se

rendían se les permitía conservar sus posesiones a cambio del pago de un tributo y de aceptar el gobierno de unas gentes cuya fe, a fin de cuentas, no parecía tan distinta de la de los judíos y los cristianos. Pronto se apoderaron de las plazas clave de la región: Alepo, Jerusalén, Antioquía y, sobre todo, Damasco, la gran ciudad caravanera entre Siria y Arabia. Se cuenta que el emperador bizantino Heraclio (610-641) enloqueció al oír estas noticias. Moriría poco después, y su fallecimiento le libró de enfrentarse a la verdadera magnitud del desastre. Tras partir en dos los dominios bizantinos en el Mediterráneo oriental, los árabes pudieron penetrar a placer en un Egipto desguarnecido. Alejandría cayó en el año 642, y con ella el valle del Nilo y la costa de Libia. Al igual que a los persas sasánidas, a los bizantinos ya solo les quedaba la protección de los accidentes geográficos. Se parapetaron tras las alturas del Tauro, que separaban Anatolia de Siria y Mesopotamia. Durante siglos, esa sería la frontera entre la cristiandad y el islam.

Desbordados por los acontecimientos, los romanos de Oriente miraron a su alrededor buscando aliados, y en el año 643 enviaron una delegación a la China de los emperadores Tang. A diferencia de los «mercaderes-embajadores» del pasado, que habían utilizado seguramente la vía marítima, es posible que estos delegados llegaran a China gracias a la intermediación de los jinetes de la estepa, con los que, recordemos, Bizancio tenía una excelente relación. El auge de la Ruta de las Estepas, dominada por los turcos celestiales y los sogdianos, había facilitado de tal manera el acercamiento entre Asia y Europa que los dos grandes imperios habían llegado, al fin, a conocerse y a establecer esporádicas relaciones diplomáticas. Las circunstancias, sin embargo, no eran las mejores. Es posible que la embajada bizantina intentara solicitar algún tipo de ayuda tras la caída de Jerusalén, Damasco y Alejandría en manos musulmanas, pero al emperador chino, el célebre Taizong (626-649), que se encontraba inmerso en la tarea de completar el sometimiento de la cuenca del Tarim, aquel conflicto librado a orillas del Mediterráneo debió de parecerle tan ajeno como lejano. Las demandas de los embajadores fueron cortésmente desoídas y se les despachó de vuelta a su patria con un generoso cargamento de seda china.[183]

Menos de un lustro después, en el 647/648, llegó a la corte de Chang'an una nueva delegación, enviada esta vez por Yazdgerd III, el joven rey sasánida. El gran ejército que había reunido en Persia había sido derrotado. Los musulmanes habían atravesado la barrera de los Zagros, capturado Ecbatana (Hamadán) y penetrado en las mesetas iranias. El Imperio persa se desmoronaba y depositaba sus últimas esperanzas en China, con la que siempre había mantenido excelentes relaciones. Sin embargo, por más que la guerra comenzara a acercarse

lentamente a sus fronteras, las demandas del rey no fueron recibidas con mucho entusiasmo en la corte imperial. El emperador Taizong estaba mortalmente enfermo, solo encontraba consuelo en las palabras de Xuanzang, el sabio que había recorrido la India, y no deseaba hacer nuevos enemigos. Además, es posible que los árabes pusieran de su parte para propiciar la neutralidad del Imperio del Centro, cuya cancillería debía de estar asombrada por este continuo ir y venir de delegaciones.

Apenas un par de años después de la muerte de Taizong, en el 651, parece que llegó a Chang'an la primera embajada musulmana, deseosa de presentar sus respetos al nuevo monarca: su hijo Gaozong (649-683). La misión diplomática había sido enviada por el tercero de los califas del islam, un hombre llamado Utmán (644-656), que había accedido al puesto tras la muerte violenta de su predecesor, Umar. Después de algunas victorias iniciales, los musulmanes habían encontrado más resistencia de la esperada en las mesetas iranias. Los persas eran un pueblo orgulloso que jamás olvidaría las glorias de los aqueménidas y de los sasánidas; aquellos hombres que habían fundado imperios y dominado naciones, que se habían enfrentado a reyes griegos y emperadores romanos, ¿debían dejarse avasallar por estas tribus de Arabia, bárbaros que se ganaban la vida con el tráfico de mercancías y los saqueos? En el año 644 un siervo persa, ofendido porque el califa Umar no había atendido sus demandas, lo asesinó en la mezquita de Medina, provocando, por tercera vez en doce años, la necesidad de elegir un sucesor.

Como sus dos predecesores, Utmán, también pertenecía a la tribu de Mahoma y también estaba emparentado con el Profeta. En este caso se trataba de uno de sus yernos. Sin embargo, el nuevo califa añadía a estas características una interesante particularidad: pertenecía al ambicioso clan de los omeyas. Curiosamente, estos habían sido enemigos acérrimos de Mahoma, y su líder solo había accedido a convertirse al islam después del regreso del Profeta a La Meca, poco antes de su muerte. Sin embargo, los omeyas eran también muy poderosos, y los dos primeros califas se habían garantizado su adhesión a cambio de riquezas e influencia; uno de sus miembros más prominentes, llamado Muawiya, ya gobernaba en Siria. Esta circunstancia debió de ser decisiva para la elección de Utmán, pero su acceso al poder volvió a levantar voces contrarias, cada vez más numerosas.

Muchos desconfiaban de los omeyas y temían que Utmán usara el califato para satisfacer las ambiciones de su familia. Otros protestaron por el reparto de un cargo tan delicado entre estos aristócratas árabes. ¿No había predicado el Profeta que todos los hombres eran iguales? ¿Por qué entonces el más digno para sucederle era siempre un

miembro prominente de su propia tribu? Por último, no faltaban los que reclamaban el puesto para otro aspirante: Alí (*ca.* 600-661), primo de Mahoma y casado con Fátima, hija del Profeta. En realidad, su candidatura se había planteado desde el principio. Había crecido en la casa de Mahoma; siendo todavía un niño, había sido uno de los primeros en convertirse al islam, era un excelente orador y había demostrado sobradas dotes como soldado. Pero en el año 632 y, de nuevo, en el 634, se le había rechazado argumentando que, con apenas treinta años, era demasiado joven e inexperto. Puede que la edad no fuera el único problema. Alí era un hombre orgulloso que podía mostrarse susceptible y tenía cierta tendencia al dogmatismo; existía el temor de que careciera de la mano izquierda necesaria para gobernar un imperio tan inmenso como el que estaban acumulando los musulmanes. Sea como fuere, tras el asesinato de Umar, su candidatura había cobrado más fuerza y esa vez el rechazo fue especialmente doloroso. Después de la proclamación de Utmán, Alí no ocultó su descontento y otro tanto hicieron sus adeptos, conocidos como los *Shia i-Ali*, esto es, los «partidarios de Alí». Con el tiempo, estos seguidores acabarían formando el núcleo del chiismo.

En cualquier caso, Utmán (644-656), el tercer califa, fue un gobernante tan importante como sus predecesores, y sus esfuerzos por fijar los principios del islam se han comparado con el papel que jugó san Pablo en el cristianismo. Ya en tiempos de Mahoma se había instaurado la costumbre de poner por escrito los versos del Corán a medida que el Profeta recibía nuevas revelaciones. El texto se anotaba en soportes precarios, como huesos de camello, pedazos de cuero o cortezas de palma, y, a causa de las limitaciones del sistema de escritura árabe, su lectura estaba sometida a interpretaciones. Por eso se instruyó también a personas para que memorizaran la totalidad de los versículos y despejaran las dudas de lectura. Además, dada la dificultad de manejar los variopintos soportes materiales en los que se había anotado el texto, eran estos «recitadores» los que se enviaban a transmitir el contenido del libro sagrado.

Tras la muerte del Profeta, los califas ordenaron recopilar los textos de su archivo para realizar una nueva copia del Corán en un formato más manejable y uniforme. Mientras tanto, otros habían hecho poner por escrito los versículos de algunos «recitadores». Por más que estos fueran hombres de memoria prodigiosa, no debe extrañar que estas versiones del libro sagrado, creadas a partir de un testimonio oral, presentaran diferencias importantes unas con otras. Cuando Utmán ocupó el puesto de califa, esas discrepancias habían empezado ya a ser preocupantes y este estipuló que se aceptara como canónica una única redacción del Corán, aquella copia que habían mandado realizar sus predecesores. El resto de las versiones se consideraron espurias y, para

mayor seguridad, Utmán ordenó incluso destruir los versos escritos en pequeños soportes en vida del Profeta. El texto fijado por el tercer califa es, todavía hoy, el Corán que leen los musulmanes. Sin embargo, su implantación fue extremadamente polémica. Tanto los «recitadores» como los que habían hecho redactar sus propias versiones no aceptaban la primacía del texto de Utmán y temían que, de algún modo, todo este proceso escondiera una dolorosa adulteración de la revelación sagrada.

Al descontento relacionado con la fe se sumaron otros de carácter más prosaico. Tal y como habían temido algunos, Utmán no había resistido la tentación de favorecer a su clan, los omeyas, que acumulaban puestos de poder para indignación de los que recordaban cómo sus antepasados habían perseguido al Profeta, y sobre todo de aquellos que se sentían relegados en el reparto de beneficios. Como ya se ha señalado, la fulminante expansión del Imperio musulmán había sido directamente proporcional a la consideración con la que los árabes habían tratado a los conquistados. A los que mantenían una fe distinta se les permitía seguir practicándola siempre que pagaran un impuesto personal. Oriente Medio continuó habitado mayoritariamente por cristianos, judíos y zoroástricos, y no eran pocos los árabes que pensaban que la revelación de Mahoma estaba dirigida exclusivamente a ellos. Las ciudades y las tierras de cultivo continuaron en manos de sus viejos habitantes, y los conquistadores fundaron sus propias plazas para garantizarse el control de algunos lugares estratégicos: Kufa y Basora en el actual Irak, Qom en Irán o Fustat en Egipto, cerca de la moderna El Cairo.

Sin embargo, no todos aprobaban este comportamiento tan considerado y muchos miembros de la elite árabe no entendían por qué no se les permitía apoderarse de las ricas tierras de los pueblos conquistados. En un contexto de creciente crispación, los comandantes de los ejércitos provinciales comenzaron a rebelarse y en el año 656 un grupo de soldados descontentos de Fustat se presentó en la casa de Utmán en Medina. Exigieron al califa que accediera a sus peticiones, y cuando este se negó, forzaron la entrada y lo asesinaron. Sus partidarios aprovecharon el desconcierto que siguió al magnicidio para enterrarlo a escondidas cerca de la tumba de Mahoma y para enviar su Corán, manchado de sangre, a Muawiya, el líder del clan omeya, que lo recibió en Damasco lleno de cólera y de ansias de venganza.

Había llegado el momento de Alí (656-661), que maniobró con rapidez en medio de la confusión. Al día siguiente del asesinato de Utmán fue elegido califa entre los vítores de la multitud de Medina. Para sus seguidores se había hecho justicia, y el más digno heredaba, al fin, el caudillaje del Profeta. Pero aquellos que no aprobaron el

nombramiento se apresuraron a huir de la ciudad. En los dominios del islam Alí tenía tantos opositores como partidarios, y las tensiones acumuladas en las dos décadas transcurridas desde la muerte de Mahoma estaban a punto de desembocar en la primera *fitna*, o «guerra civil» del califato.

Todo empezó con la llegada de mensajeros de Muawiya, que, como cabeza del clan del fallecido Utmán, exigía la entrega de sus asesinos. No parece que Alí hubiera tenido nada que ver con el magnicidio, pero se negó a castigar a los homicidas porque consideraba que su predecesor había sido un mal califa y que su muerte había sido justa consecuencia de sus acciones. Esto convirtió a Muawiya, que no había aceptado a Alí como dirigente de la umma en su enemigo declarado. No era el único. Aisha, la esposa predilecta de Mahoma, también guardaba un viejo rencor por el nuevo califa. Al parecer, tiempo atrás, todavía en vida del Profeta, esta había acompañado en un viaje a su marido. Durante el trayecto, la joven tuvo que bajarse de su carruaje y retirarse del camino para satisfacer una inaplazable necesidad física, y al regresar al lugar donde se había detenido la caravana, comprobó disgustada que había continuado sin ella. Resignada, Aisha se dispuso a alcanzar su destino a pie, pero tuvo la fortuna de toparse con un buen musulmán que le cedió su camello y le brindó su protección para que la muchacha pudiera alcanzar el campamento de su esposo. Sin embargo, al verla llegar acompañada de un hombre, comenzaron los rumores, y Alí recomendó a Mahoma que la repudiara por adúltera. Al final, el Profeta zanjó el asunto en beneficio de su esposa, pero ella nunca perdonó a Alí que hubiera alimentado las sospechas contra ella.

Al ver que la posición del nuevo califa era débil, Aisha encabezó un grupo de descontentos que se atrevieron a alzarse en armas para deponerlo. Los dos bandos, el de Aisha y el de Alí, se enfrentaron en Basora, en Irak, en una batalla conocida como la Batalla del Camello, porque la viuda de Mahoma contempló el enfrentamiento montada a lomos de uno de estos animales y protegida por unas celosías de madera. La contienda terminó con la derrota de su bando, y se dice que, al final del enfrentamiento, la pequeña litera de la mujer parecía un erizo, tal era la cantidad de lanzas y flechas que le habían arrojado los partidarios de Alí. El temperamental califa, inflamado todavía por la furia del combate, se descargó golpeando con su sable la celosía de madera que protegía a la mujer, mientras la acusaba de querer asesinarlo y la insultaba llamándola rubia, un improperio terrible, pues se trataba de un color de pelo que, en opinión de los árabes, era propio de las peores mujeres. Al final, sin atreverse a causar daño a una esposa del Profeta, ordenó que se reuniera en Medina con el resto de sus viudas, sometida a una estricta vigilancia.

Mientras tanto, Muawiya había aprovechado para reforzar sus

posiciones, y cuando Alí todavía no se había repuesto de la conmoción de la Batalla del Camello, el líder omeya marchó contra él con su propio ejército. Los dos se enfrentaron en los llanos de Siffín, en Siria, a mediados del 656. Muawiya había reunido una hueste experimentada y disciplinada, pero Alí era un buen soldado y un líder carismático, y sus hombres, más motivados que los del oponente, los derrotaron. Ante este desenlace inesperado, el líder omeya ordenó a sus guerreros que ataran un Corán a la punta de sus lanzas. Al ver el libro sagrado, los soldados del califa detuvieron su ataque y los dos bandos se avinieron a un arbitraje. Sin embargo, algunos de los partidarios más radicales de Alí se negaron a aceptar siquiera la posibilidad de un acuerdo. Estos consideraban que el asesinato de Utmán había sido justo, que Alí no debía perseguir a los homicidas y que Muawiya era un hombre dominado por su ambición, indigno del califato. Si Alí aceptaba las negociaciones, estaría traicionando a la fe islámica y convirtiéndose él mismo en un apóstata. En el fondo, estos hombres despreciaban las luchas por el poder, y entre ellos se contaban muchos de los que ya antes habían protestado contra el reparto del califato entre los miembros de la aristocracia mequí. Alí, dolido por estos reproches, en los que debía de encontrar un fondo de verdad, cometió el error de reprimir con más dureza la insurrección entre los suyos que la rebeldía abierta de Muawiya. Este grupo minoritario, al que se dio el nombre de jariyíes, eso es, «separados», porque después de huir de la persecución de Alí se establecieron por su cuenta y se mantuvieron al margen de las negociaciones, estaba destinado a jugar un papel clave en el futuro del islam.

Como era previsible, los intentos de arbitraje entre Alí y Muawiya fracasaron, y la situación se enquistó. El líder de los omeyas era dueño de Siria y Egipto, y sus soldados habían empezado ya a darle el título de califa. Alí, por su parte, se había retirado a la ciudad fortificada de Kufa, pues su causa contaba con muchos partidarios en Mesopotamia. Se cuenta que, mientras tanto, aquellos «separados», los jariyíes, decidieron enviar asesinos para matar a los dos contendientes. Su desaparición debía poner fin a la *fitna* del califato y propiciar la elección de un líder justo seleccionado entre los más piadosos, sin importar su origen o condición. El asesino enviado para acabar con Muawiya fracasó: solo consiguió herirlo en el muslo. Pero el que tenía que encargarse de Alí fue capaz de sorprenderlo mientras rezaba en la mezquita de Kufa en enero del año 661. Le partió la cabeza con su sable, y aunque el yerno de Mahoma sobrevivió a este golpe brutal, falleció poco después. Era el tercer califa consecutivo que moría de forma violenta en menos de veinte años.

Tras la muerte de Alí, Muawiya (661-680), el astuto líder de los omeyas, se apresuró a proclamarse califa y trató de acabar, de una vez

por todas, con la guerra civil haciendo las paces con sus adversarios. Alí había tenido dos hijos con Fátima, la hija de Mahoma: Hasán y Husayn. Los dos jóvenes no solo eran hijos de un califa, sino, sobre todo, nietos del Profeta. Todos reconocían esa aureola de respetabilidad y algunos, sobre todo los seguidores de su padre, los *Shia i-Ali*, los chiitas, habían empezado a pensar que esta prestigiosa ascendencia les otorgaba una autoridad especial en asuntos de fe. Hasán, el mayor, tenía unos treinta años en el momento del asesinato de su padre, y hubo algunos que le aclamaron como califa. Pero el primogénito era un hombre pacífico y enemigo de los enfrentamientos; llegó rápidamente a un acuerdo con Muawiya y, a cambio de una compensación económica, se retiró a su casa de Medina, donde pasó el resto de su vida apartado de la política. No ocurrió lo mismo con su hermano pequeño, Husayn, más joven e idealista, que no estaba dispuesto a dejarse arrinconar de esa manera.

Con Muawiya (661-680) se inició una nueva dinastía, la de los omeyas, que gobernaría los destinos de los musulmanes durante casi un siglo. Sus cuatro predecesores, Abu Bakr, Umar, Utmán y Alí, comenzaron a ser conocidos como los Califas Perfectos; hombres devotos que habían conocido al Profeta y actuaban guiados por sus enseñanzas, por lo que a sus cuarenta años de califato se les daría el apelativo del Califato *Rashidun* o «Bien Guiado». A pesar de las disputas y los asesinatos, muchos contemplarían esta época con nostalgia. Con los omeyas llegaba un nuevo estilo de gobierno, más práctico y efectivo, pero menos comprometido con los principios de la fe. La capital omeya se trasladó de Medina, la ciudad de la hégira, sede de los Califas Perfectos, a Damasco, más central y accesible, y una parte importante de la administración se encomendó a funcionarios persas y bizantinos. Con los burócratas llegaron también sus costumbres: en la corte omeya abundaban el vino y las diversiones, las mujeres salían por la noche y sin velo, y los miembros de la dinastía no ocultaban su fascinación por los productos de lujo bizantinos y el ceremonial persa. Sin embargo, la gran aportación de los omeyas fue la de atreverse a convertir el califato en una verdadera monarquía. En opinión de Muawiya, la existencia de múltiples candidatos y las distintas opiniones sobre las cualidades que debía reunir el elegido eran una fuente constante de confusión y de divisiones. Él dejó claro que, en lo sucesivo, el califato pertenecería a su familia y proclamó que su hijo le revelaría al frente de los destinos de la umma. Así sucedió. A su muerte, en el 680, ocupó su puesto su hijo Yazid I (680-683).

El paso era audaz. El recuerdo de los desórdenes de la *fitna* hizo que la mayoría lo aceptara para evitar una nueva guerra civil, pero también hubo descontentos, que no tardaron en encontrar un líder.

Los árabes de Kufa, que siempre habían sido leales a la casa de Alí, se pusieron en contacto con Husayn, su hijo pequeño, y se ofrecieron a luchar a su lado para hacerse con el califato. Animado por este ofrecimiento, en octubre del año 680, el joven Husayn, soñador e impetuoso, viajó junto a sus mujeres, sus hijos y un puñado de seguidores hasta el corazón de Mesopotamia. Sin embargo, al llegar a Kufa se encontró con que sus partidarios en la ciudad le habían retirado su apoyo después de recibir amenazas de los omeyas. Aun así, se negó a rendirse y estableció su campamento en un lugar llamado Kerbala, a orillas del Éufrates, en las inmediaciones de Kufa. El nieto del Profeta pensaba que su gesto movería las conciencias de los musulmanes de bien, que se alzarían en contra de la apropiación del califato por parte de los omeyas. Se equivocaba. Aquel día, en los llanos de Kerbala, el pragmatismo de la política se impuso brutalmente sobre los ideales de la fe. El campamento fue rodeado por tropas enviadas por Yazid I, el califa omeya, y Husayn y sus partidarios murieron masacrados por los soldados. Solo sobrevivió un niño, uno de los hijos de Husayn, que, por encontrarse enfermo, había permanecido a salvo en una de las tiendas.[184]

Los sucesos que tuvieron lugar en aquella llanura en el año 680 abrieron una profunda fractura en el islam. La mayoría de los creyentes, los que prefirieron el orden y la prosperidad proporcionados por los omeyas, recibieron el apelativo de sunnitas. El hijo superviviente de Husayn y sus descendientes, por su parte, se convirtieron en los líderes de los chiitas. Este caudillaje no podía ser político; la masacre de Kerbala no dejaba lugar a dudas sobre cuál sería la reacción omeya ante cualquiera que se atreviera a disputarles el califato. Pero sí que podía permanecer en el ámbito de la religión. Los descendientes de Husayn llevaban en sus venas la sangre de Alí, de Fátima y del propio Mahoma, y a ojos de los chiitas eso les proporcionaba una aureola especial, un entendimiento particular de la verdad revelada, una capacidad única para conducir a los hombres por el camino de la fe. Sus seguidores, los chiitas, no eran muchos, pero eran devotos y determinados. Los califas nunca dejaron de verlos como una amenaza.

Mientras los musulmanes dirimían sus diferencias por ver quién heredaba el caudillaje del Profeta, su imperio continuaba expandiéndose. Al oeste, las aguas del Mediterráneo, las defensas bizantinas en la cordillera del Tauro y la feroz resistencia de los bereberes norteafricanos ralentizaron los avances. Al norte, los jinetes de la estepa, turcos y jázaros —otro pueblo de origen túrquico—, frenaron en seco a los ejércitos del islam, a los que les resultó imposible desparramarse, como pretendían, por las orillas del Caspio. Pero al este, el Imperio persa sasánida se mostró incapaz de contener la invasión, que discurría por los mismos caminos que el comercio. Yazdgerd III, aquel que había accedido al trono siendo niño, cedió más y más terreno a los musulmanes, y estos devoraron sus dominios con pavorosa rapidez. En una retirada que se había transformado en huida, el soberano tomó la ruta de Oriente, refugiándose en Merv, en el último confín de su imperio. Para entonces, el persa, que apenas dos décadas atrás se había contado entre los grandes gobernantes de la Tierra, había quedado reducido a una situación lamentable. Una tradición tardía asegura que murió en el 651, asesinado por un molinero con el único fin de arrebatarle sus escasas posesiones.[185]

El hijo y heredero de Yazdgerd III, Peroz III (651-679), el último rey persa sasánida, se dirigió de nuevo a los chinos en algún momento a partir del 671. Ya no pedía ayuda en el marco de una alianza militar, solo suplicaba refugio. Esta vez demandaba algo que el imperio podía conceder fácilmente y el emperador Tang, Gaozong (649-683), ofreció a Peroz III la posibilidad de retirarse a sus dominios. El soberano sasánida no llegaba solo, sino acompañado de miles de persas que huían de la conquista musulmana. Una parte siguió a sus gobernantes a China, aceptando la oferta de asilo de los Tang. Otros prefirieron atravesar las montañas de Afganistán y buscar acomodo en el subcontinente indio. Todos llevaban con ellos sus costumbres: fue en esta época cuando se establecieron en la India los parsis, gentes de religión zoroástrica que recibieron este apelativo a causa de su origen persa. La expansión musulmana estaba cambiando el mundo y las transformaciones llegaban incluso a los confines más remotos del orbe.

La luminosa China de los emperadores Tang, fascinada con todo lo exótico y novedoso, acogió a los recién llegados con los brazos abiertos. Chang'an, la capital, tenía ya un millón de habitantes, entre los que se contaba un número no desdeñable de extranjeros. Estos se

concentraban alrededor del mercado occidental, aquel en el que se vendían las mercancías que llegaban a la ciudad a través de la Ruta de la Seda, y donde abundaban las posadas y los prostíbulos, las casas de cambio y los almacenes. Aquí vivían soldados turcos, mercaderes sogdianos y rehenes destinados a garantizar la lealtad de los reinos oasis de la cuenca del Tarim, y aquí se buscó acomodo a los refugiados persas.[186] Estos últimos estaban liderados por sus reyes, a los que los chinos honraron como auténticos soberanos, aunque su imperio hubiera desaparecido ya. También se les permitió mantener sus creencias. Parece que en época Tang llegó a haber en Chang'an hasta seis templos de fuego zoroástricos, una cantidad no especificada de lugares de culto maniqueos e incluso una iglesia cristiana perteneciente a la Iglesia de Oriente.

El cristianismo debió de penetrar en el Imperio del Centro del mismo modo que en Asia Central, siguiendo los caminos de la seda y gracias a misioneros enviados por el patriarca de Seleucia-Ctesifonte, esto es, por la jerarquía eclesiástica del Imperio persa sasánida. En el año 635, durante el reinado del célebre emperador Taizong (625-649), llegó a China el primer predicador cristiano, un hombre llamado Aluoben, probablemente una corrupción de Artaban, un antropónimo de origen persa. El monje pretendía difundir su fe en las tierras del Imperio Tang, y para ello llevaba consigo textos religiosos que fueron traducidos para que el monarca pudiera examinar personalmente en qué consistían estas extrañas creencias. Al parecer, Taizong quedó complacido y autorizó la construcción de iglesias y la prédica del cristianismo, al que los chinos se referían como Jingjiao, la «Religión de la Luz».

La tarea no debía de ser nada fácil: a las barreras idiomáticas y culturales se sumaban las particularidades teológicas del cristianismo, ajenas a muchos de los sistemas de creencias orientales. Sabemos que los primeros predicadores cristianos —como hicieron también los jesuitas en el siglo XVI— trataron de utilizar conceptos taoístas y budistas para facilitar al público oriental la comprensión de la nueva fe, pero parece que no tuvieron demasiado éxito. La mayor parte de los devotos probablemente eran extranjeros, mercaderes al principio y refugiados del Imperio persa sasánida después. De hecho, el cristianismo formaba parte, junto con el zoroastrismo y el maniqueísmo, de lo que los chinos llamaban las Tres Enseñanzas Extranjeras, que ellos asociaban con el Imperio sasánida y que nunca disfrutaron de una difusión comparable a la del budismo.[187] Aun así, sabemos que llegó a haber templos de la Iglesia de Oriente en Chang'an, Luoyang y Guangzhou (Cantón), tres importantes centros comerciales, y es posible que la noticia de la existencia de cristianos en el Imperio del Centro no pasara desapercibida. En el año 719, los

bizantinos enviaron una embajada a Chang'an en la que participaron varios sacerdotes, tal vez con el propósito de aprovechar la misión diplomática para contribuir a extender el cristianismo.

Para entonces, los chinos habían dejado de considerar el califato musulmán como una desgracia ajena y habían empezado a verlo como un problema propio. Los árabes habían conquistado el Imperio persa sasánida en menos de cincuenta años. La caída de un viejo aliado generó cierta intranquilidad entre los soberanos Tang, y un cambio tan súbito en el escenario político internacional sin duda desagradó a los funcionarios chinos, tan amantes de la estabilidad y el orden. A este vago desasosiego se sumaron pronto preocupaciones más concretas. Los musulmanes se acercaban a las tierras de la Transoxiana, sometidas al vasallaje chino desde que el emperador Gaozong derrotara a los turcos celestiales del oeste. Los primeros soldados islámicos debieron de dejarse ver al norte del Oxus en la década de los sesenta, poco después del acceso al poder de Muawiya (661-680), el primer califa omeya. Se trataba, seguramente, de incursiones de tanteo, pero, aprovechando la confusión, los turcos celestiales del oeste se atrevieron a sacudirse el vasallaje imperial y atacaron los reinos-oasis del desierto de Taklamakán. Esto era más de lo que las autoridades chinas estaban dispuestas a tolerar.

En torno al año 679, un ejército imperial acompañó a Narsés, el valiente hijo del último rey persa, a las tierras del oeste para recuperar el trono del Imperio sasánida. La expedición, sin embargo, no pasó de la Transoxiana. Narsés y el ejército chino colaboraron eficazmente para reinstaurar la autoridad imperial en Bactria, al otro lado del Pamir, y obligar a los señores turcos a jurar lealtad de nuevo a los emperadores Tang. Después, los chinos perdieron el interés y se retiraron. Narsés continuó luchando arrojadamente contra los árabes durante veinte años, hasta que, en el 707, cansado y desengañado, regresó a Chang'an para vivir sus últimos años lejos de la guerra, en el dorado refugio de la capital imperial china.

El limitado interés chino por el avance musulmán en la Transoxiana, un territorio sobre el que el imperio siempre había deseado proyectar su poder, ha causado cierta perplejidad entre los investigadores. La mayoría lo atribuyen al gigantesco esfuerzo que los Tang habían realizado ya en materia militar: en apenas medio siglo convirtieron en vasallos a los turcos celestiales, recuperaron el control de la cuenca del Tarim, derrotaron a los coreanos y a los tibetanos… Los gastos militares se habían convertido en una pesada carga y el país estaba agotado por este interminable estado de guerra. Otros apuntan que, tal vez, esta desatención podría guardar relación con la particular situación que por aquel entonces atravesaba la corte imperial. El emperador Gaozong (649-683) sufría una extraña enfermedad que le

provocaba dolores de cabeza, mareos y visión borrosa, obligándolo a guardar convalecencias cada vez más largas. Durante estos episodios, el imperio no quedaba desatendido: su esposa, Wu Zetian, estaba más que dispuesta a sacrificarse y ejercer el gobierno en su lugar durante el tiempo que fuera necesario.

Wu Zetian era hija de un funcionario de la corte imperial y de una mujer de la nobleza emparentada con la fugaz dinastía Sui. Es posible que fuera educada en el budismo, del que su madre era una seguidora fervorosa; desde luego, estas creencias jugaron un papel clave en su fulgurante carrera. Cuando tenía unos catorce años, fue conducida a palacio para convertirse en una de las concubinas del gran emperador Taizong. Asegura la tradición que la joven accedió a la corte después de llamar la atención por su belleza y educación, pero lo cierto es que el concubinato imperial era un destino relativamente común entre las muchachas de su posición. No llegó a engendrar ningún hijo con el monarca —que ya tenía quince—, y tras la muerte de este, en el 649, se esperaba de Wu Zetian que se rapara el pelo e ingresara en un monasterio budista con el resto de las mujeres del harén que no habían sido madres. Sin embargo, en lugar de pasar sus días en un cenobio, regresó a la corte como concubina del nuevo emperador, el joven Gaozong. La explicación de este inesperado retorno varía según los historiadores. Algunos apuntan a que fue requerida por la esposa principal del emperador, quien, ingenuamente, quería usarla para apartar a su marido de otra concubina cuyos favores le preocupaban más; pero otros creen que Wu Zetian pudo habérselas arreglado para entablar relaciones con el hijo mientras formaba parte del harén del padre.

Sea como fuere, es evidente que la nueva cortesana contaba con la atención de Gaozong, pues al poco de llegar a palacio tuvo un hijo con el monarca, y a este primer vástago pronto le siguieron otros. Sintiéndose respaldada por esta contundente demostración de fertilidad, la joven maniobró de forma expeditiva: para el 655 ya había usurpado el lugar de la esposa principal, que fue acusada de ser incapaz de engendrar descendencia, de brujería e incluso de haber asesinado a una hija de Wu Zetian. El castigo fue terrible. Wu Zetian hizo cortar los brazos y las piernas de su rival y de otra concubina, y arrojó sus cuerpos a una cuba de vino. Esta forma de inaugurar su posición como emperatriz era, desde luego, una declaración de intenciones. Poco después, en el año 660, el emperador Gaozong sufrió el primero de sus extraños ataques paralizantes, y su nueva esposa principal se hizo cargo del gobierno. Durante veinte años, mientras el monarca se consumía, ella acumuló más y más poder, hasta que en el 683, después de que los médicos extranjeros y los remedios exóticos se hubieran mostrado ineficaces, el emperador

Gaozong murió. Durante los preparativos de la sucesión, que debía recaer en uno de sus hijos, Wu Zetian allanó el camino para preservar su poder haciendo matar a varios centenares de nobles y funcionarios reacios, y trasladando la corte a Luoyang, al este, en el valle del río Amarillo.

Luoyang ya había sido la sede del poder durante la segunda etapa de la dinastía Han y ofrecía cierta independencia, lejos de las grandes familias que dominaban Chang'an. En la nueva capital podía actuar con libertad un cuerpo de espías, leal solo a la soberana, que se aseguraba de que cualquier disidencia fuera castigada con la brutalidad ejemplarizante que complacía a la emperatriz. Concluidos los preparativos, en el 684 subió al trono el nuevo emperador: Zhongzong. El joven era un hombre tímido, de carácter abúlico y constitución débil, y sorprendió a todos cuando reunió arrestos suficientes para tratar de sacudirse la tutela de su madre. No tuvo demasiado éxito. La emperatriz lo apartó del trono y lo desterró a una provincia remota. Su lugar fue ocupado por uno de sus hermanos pequeños, Ruizong (684-690), pero, escarmentada, Wu Zetian se aseguró de que el nuevo monarca permaneciera alejado de cualquier tentación de actuar de forma autónoma: no se le permitía moverse libremente y tampoco podía tratar por su cuenta asuntos de gobierno.

Hay pocas actividades más solitarias que el ejercicio del poder, y las fuentes —probablemente tendenciosas— describen a Wu Zetian como una mujer que disfrutaba particularmente de la vigorosa intimidad de la compañía masculina, sobre todo si esta era de origen humilde.[188] Tras la muerte de su esposo, a finales de la década de los ochenta, la soberana conoció a un vendedor de pociones llamado Huaiyi, que se acercó a la emperatriz aprovechando su carácter supersticioso y su afición a los afeites. Para garantizar el acceso a la corte de su nuevo protegido, Wu Zetian hizo que uno de sus yernos lo adoptara y, una vez ennoblecido, lo convirtió en el abad del monasterio del Caballo Blanco, el cenobio budista más antiguo del país. A partir de este momento, Huaiyi pudo colaborar con la emperatriz en una nueva empresa, tan atrevida que hacía palidecer todos sus logros anteriores: acabar con la ficción de la regencia sobre su hijo para convertirse en monarca de pleno derecho.

Según las creencias budistas que habían sido difundidas por el monje viajero Faxian, en un futuro lejano llegaría al mundo un nuevo Buda. Este Iluminado del futuro, que recibía el nombre de Buda Maitreya, predicaría el *dharma* más puro y gobernaría toda la Tierra, convertida ya en un paraíso, carente de cualquier dolor o padecimiento. Esta condición de gobernante universal del Buda Maitreya ya había llamado la atención de soberanos anteriores, y no pasó desapercibida para Wu Zetian, que se había criado con una

madre devota. En el año 690 la emperatriz encargó a su favorito, Huaiyi, la redacción de un documento titulado *Comentario a la Sutra de la Gran Nube*, en el que se presentaba a la soberana como una encarnación del Buda Maitreya y, por tanto, no solo como alguien de espiritualidad sin tacha, sino como un soberano con aspiraciones universales. Esta —cuando menos singular— justificación ideológica se completó con un programa iconográfico: la emperatriz ordenó tallar imágenes del Buda Maitreya en las impresionantes cuevas budistas de Longmen, en las inmediaciones de la capital imperial.[189] Una vez establecidos los fundamentos teóricos, se podía dar el siguiente paso. Wu Zetian apartó del trono a su inoperante hijo Ruizong y, por primera y última vez en la historia de China, se hizo proclamar emperatriz en solitario, iniciando su propia dinastía imperial, los Zhou, de la que ella fue única representante.

Este movimiento habría sido impensable en otra época. Pero durante los reinados de los primeros Tang, la expansión del budismo, el gusto por la novedad y la relajación de las costumbres permitieron a las mujeres una presencia inédita en la vida pública, que Wu Zetian supo aprovechar. Durante su reinado (690-705), la emperatriz se esforzó por dejar huella en el país: inventó diecinueve caracteres nuevos de escritura, cambió los nombres de varios lugares e introdujo reformas en la administración. Pero el tiempo es un enemigo al que no se puede derrotar, y esta certeza suele resultar especialmente dolorosa para los poderosos, incapaces de aceptar la existencia de un rival invencible. Después de su proclamación como emperatriz, en su momento de triunfo, la salud de Wu Zetian, que ya había cumplido los setenta, comenzó a resentirse, física y mentalmente. Su amante, Huaiyi, trató de aprovechar esta debilidad para aumentar su poder, y la emperatriz lo mandó asesinar, pero la caída del curandero no propició el ascenso de otros mejores. Obcecada en la búsqueda de una cura para sus dolencias, la soberana fue presa fácil de charlatanes, y la corte se pobló de personajes variopintos, como un monje budista que aseguraba tener quinientos años o una monja que decía que predecía el futuro. Consiguieron convencerla de que en el norte de Vietnam crecían los ingredientes mágicos que permitían fabricar una píldora de la inmortalidad, y Wu Zetian se obsesionó con conseguirlos, mientras se desentendía cada vez más de los asuntos de gobierno. La debilidad de la soberana, que hasta ese momento había mandado con mano de hierro, se tradujo en un aumento de la corrupción, cuyos efectos se dejaron sentir especialmente en un país castigado por una asfixiante presión impositiva, un problema que se arrastraba de reinados anteriores.

En el año 705, aprovechando que la temible emperatriz estaba postrada por la enfermedad, su hijo mayor, el antiguo emperador

Zhongzong (705-710), se atrevió a hacerse de nuevo con el poder. Wu Zetian fue confinada en sus aposentos y murió poco después. La enterraron junto a su marido, el emperador Gaozong, en el impresionante mausoleo de Qianling, a unos 80 kilómetros de Chang'an.[190] Pero el fallecimiento de la emperatriz no solucionó los problemas de China. Tras años de arresto domiciliario, Zhongzong había sumado una profunda depresión a sus problemas de carácter, y este hombre triste era una marioneta en manos de su esposa y de su propia hermana. Buena prueba de que las mujeres seguían mandando en la corte es que parece que Zhongzong fue asesinado por su consorte, que tal vez planeaba tomar el poder siguiendo el ejemplo de su suegra. Finalmente, un nieto de Wu Zetian, Xuanzong (712-756), demostró que el carácter de su abuela se había saltado una generación, pero permanecía en la familia. Apartó de la corte a sus tías políticas y carnales, se hizo con el poder y se convirtió en otro de los grandes soberanos de la dinastía, hasta el punto de que sería conocido como el Brillante Emperador de los Tang por los logros de su reinado.[191]

Mientras el peculiar reinado de Wu Zetian mantenía a los chinos encerrados dentro de sus propias fronteras, los turcos y los árabes seguían tratando de apoderarse de la Transoxiana, donde la situación era tan volátil que ninguna victoria proporcionaba conquistas permanentes. El primer «tanto» se lo anotaron los musulmanes. En el año 705, el mismo en el que murió la emperatriz, los omeyas nombraron un nuevo gobernador en Merv, el gran bastión oriental del califato. El recién llegado, llamado Qutayba, era un excelente soldado y un creyente fervoroso, pero esas cualidades abundaban entre las élites árabes. Lo que distinguía a Qutayba de los demás era su hambre de poder y de prestigio. El gobernador provenía de una tribu insignificante, y para medrar en la aristocrática política omeya debía ofrecer a sus amos más riquezas y victorias que el resto. Anunció a sus hombres que estaban allí para llevar la yihad a esa tierra de infieles y que aquellos que perecieran en la empresa ganarían el paraíso. A continuación, se dedicó a atacar sin descanso las grandes plazas de la Transoxiana, desde Bujará hasta la apartada región de Jorasmia, a orillas del mar de Aral.

Qutayba no era solo un militar dedicado, también sabía combinar con maestría el terror y la diplomacia. A aquellos gobernantes que se rendían y accedían a entregar tropas a la causa, se les permitía mantener su posición. Los que se negaban eran derrotados y sometidos a castigos terribles que, a veces, se trasladaban a la población. Samarcanda fue asediada durante cuatro años y cuando cayó en manos musulmanas, Qutayba ordenó que la mayor parte de sus habitantes fueran convertidos en esclavos. Otros no tuvieron tanta suerte: poblaciones enteras fueron exterminadas por el concienzudo conquistador. Pero, con el tiempo, los éxitos militares nublaron la mente del gobernador árabe. Dueño de regiones prósperas a miles de kilómetros de Damasco, la capital omeya, se atrevió a soñar con establecer un reino independiente, donde ya no tendría que soportar la soberbia de aristócratas mediocres. Le pareció que sus soldados, hombres de origen humilde como él, querrían participar de esta nueva construcción política, que tendría a Merv como capital y sería rica gracias a la fertilidad de los oasis y a los beneficios de los caminos de la seda. Sin embargo, cuando anunció sus planes a las tropas, en el año 715, la propuesta fue recibida con un silencio sepulcral. Qutayba sabía lo que significaba aquel enmudecimiento; enloqueció de rabia mientras era reducido por los soldados, que pronto dieron muerte al

traidor.[192]

Su caída dio un respiro a los turcos y a sus aliados, los señores de las ciudades de la Transoxiana, que, astutamente, habían fingido agachar la cabeza a la espera de un momento de debilidad de su adversario.[193] Gracias a las victorias del fiero gobernador, los ejércitos islámicos se habían apoderado de los oasis, pero los jinetes de la estepa eran invencibles en los desiertos que se extendían a su alrededor. Los turcos contaron incluso con la inesperada ayuda de un príncipe persa llamado Cosroes, que renunció a un exilio dorado en China para luchar contra los musulmanes. En el año 720 consiguieron que muchas de las ciudades se alzaran contra sus amos árabes, y en el 730, los turcos se anotaban su mayor triunfo recuperando Samarcanda. Las posiciones musulmanas en la Transoxiana volvieron así a la casilla de salida.

Sin embargo, algo tenían aquellas regiones, ricas y apartadas, que hacían surgir en los hombres ambiciones desmedidas. Las victorias volvieron imprudente al señor de los turcos, llamado Sulu, que contaba entre sus mujeres con una princesa Tang y presumía —para incredulidad de la mayoría— de que el Brillante Emperador le había encomendado a él la gestión de los asuntos chinos al oeste del Pamir. Seguro de su posición en la Transoxiana, se atrevió a realizar incursiones en la cuenca del Tarim. Esa era una línea roja para los chinos, que no dudaron en servirse de otro caudillo turco para asesinar al levantisco Sulu. La muerte del líder debilitó a los jinetes de la estepa y para el 740, los árabes, que habían adoptado una actitud bastante más conciliadora desde la muerte de Qutayba, ya habían recuperado parte del terreno perdido. Aun así, casi un siglo después de la llegada de los primeros musulmanes a la región, las espadas seguían en alto. La complicada orografía y la habilidad de las gentes de la Transoxiana para la negociación y el engaño habían conseguido mantener en jaque a algunos de los imperios más poderosos de la Tierra, y todo parecía indicar que seguirían haciéndolo.[194]

En cualquier caso, la corte omeya de Damasco empezaba a tener problemas mucho más graves que la exasperante conquista de Asia Central. Bajo la eficaz dirección de los omeyas, el califato había alcanzado su máxima extensión, convirtiéndose en un descomunal imperio cuyos dominios abrazaban tres continentes, desde el sur de Francia hasta las orillas del Oxus y del Indo. Pero esta increíble construcción política, levantada en apenas un siglo, empezaba a mostrar signos de debilidad, y las derrotas militares se sucedían. En Oriente, el territorio ganado a sangre y fuego en la Transoxiana estaba sumido en el caos. En Occidente, los ejércitos omeyas habían sido derrotados en Poitiers por Carlos Martel, el líder de los francos, y el caudillo Pelayo y sus sucesores se habían hecho fuertes en la cornisa

cantábrica de la península ibérica, donde, para colmo de males, los bereberes habían protagonizado una revuelta masiva en el 740. Estas gentes, pertenecientes a tribus seminómadas del norte de África, habían presentado una fiera oposición a los ejércitos califales, y solo después de convertirse al islam habían accedido a incorporarse a las tropas omeyas. Los soldados bereberes habían sido decisivos en la conquista de la península ibérica, pero, una vez dueños del territorio, los árabes los trataron con desprecio, forzándolos a ocupar los puestos más peligrosos en las batallas y olvidándose de ellos en los repartos de botín. En realidad, este era un problema generalizado en toda la umma. Muchos entre los pueblos conquistados se habían convertido al islam para dejar de pagar el impuesto personal que debían abonar los no musulmanes, la *jizya*, y tal vez por este motivo, los conversos eran considerados fieles de segunda, indignos de codearse con los orgullosos señores de Arabia.

La muerte de Hisham (724-743), el último gran califa omeya, añadió nuevas tribulaciones. Hisham había ocupado el trono por decisión de su hermano, que prefirió cederle el califato a él antes que a su propio hijo, Walid, porque este era demasiado joven. Apartado con quince años de un trono que creía que le pertenecía, el muchacho se había entregado a una vida de placeres y diversiones, refugiado en los discretos castillos que los omeyas se habían hecho construir entre Ammán y Damasco.[195] A Hisham le preocupaba el comportamiento de su sobrino y heredero, que pasaba las tardes bebiendo y componiendo poemas, así que le encomendó el puesto de emir del Hajj, esto es, el encargado de supervisar la peregrinación a La Meca. Walid partió hacia la ciudad santa con un buen cargamento de vino, mantuvo una actitud completamente inapropiada durante el viaje, e incluso arrastró a sus francachelas al hijo de Hisham. Cuando, finalmente, Walid II (743-744) se convirtió en califa, tras la muerte de su tío, su comportamiento fue algo más piadoso, pero igual de arrogante. Tenía la costumbre de castigar a sus opositores de forma despiadada, exponiendo sus cuerpos desnudos y quemando los cadáveres para espanto de los familiares de los difuntos. Pronto comenzaron las conjuras: Walid II acabó asediado en su castillo de Damasco y encontró la muerte en la primavera del 744, tras haber ocupado el trono poco más de un año.

Le sucedió su primo, Yazid III, instigador de su caída. Walid II había sido un libertino, pero Yazid III era un inconsciente. La naturaleza le había regalado un cuerpo hermoso y una ascendencia privilegiada, pues su padre era un omeya y su madre una princesa sasánida, hija de Peroz III, el último rey de Persia. Pero estos dones, en los que su limitado talento personal no había tenido nada que ver, hicieron creer al esbelto califa que era descendiente de Julio César y de Cosroes, y

que le esperaba un destino glorioso. Sus sueños de grandeza lo mantuvieron en el trono apenas seis meses, hasta que fue reemplazado por uno de sus primos, Marwan II (744-750), el último califa de los omeyas.

Había transcurrido casi un siglo desde su asalto al poder, y a pesar de sus éxitos militares y administrativos, los omeyas no habían sido capaces de ganarse el amor de la comunidad de los creyentes. Pocos habían olvidado el modo en el que su antepasado, Muawiya, se había hecho con el califato, transformándolo en patrimonio de su familia. El comportamiento disoluto de alguno de sus miembros, el lujo de la corte de Damasco y las luchas intestinas venían a confirmar lo que muchos pensaban: que los omeyas, miembros de un clan dominado por la avaricia y la impiedad, eran indignos del puesto que ocupaban. La oposición a la dinastía era especialmente fuerte en las provincias orientales. Los chiitas, cuya enemistad con los omeyas era ya antigua, eran muy numerosos en Mesopotamia: aquí se encontraba la ciudad de Kufa, donde había sido asesinado Alí, y la cercana llanura de Kerbala, escenario de la masacre de su hijo, Husayn. Los jariyíes, aquellos «separados» que buscaban acabar con el carácter hereditario del califato y reinstaurar la igualdad entre los musulmanes, estaban desperdigados por los dominios de la umma, pero contaban con bastantes apoyos en Persia. En las mesetas iranias, la presencia árabe se concentraba en el extremo nororiental del territorio, en un rosario de ciudades y plazas fuertes que jalonaban el viejo trayecto mercantil entre Teherán y Merv. Aquella región, en el corazón de los caminos de la seda, era conocida entre los persas como el Jorasán, la Tierra del Sol Naciente, y el camino de comercio que la atravesaba ha merecido el apelativo de la Gran Ruta del Jorasán.

Esta región ha jugado un papel tan importante en la historia de la Ruta de la Seda y de Asia Central que merece un examen más detallado. Curiosamente, a pesar de que era considerado una de las cuatro partes del Imperio persa sasánida, se trataba de un territorio con límites difusos. Comenzaba en las costas surorientales del Caspio y se extendía hasta los confines de Afganistán y las tierras situadas al sur del Oxus, y tenía su centro en la metrópoli de Merv. La mayor parte del Jorasán estaba formada por áridas montañas y desiertos inclementes, pero aquellas inhóspitas soledades también albergaban un puñado de oasis que, como las perlas de un collar, propiciaban la existencia de un camino entre la Transoxiana y las mesetas iranias.

Sin embargo, el recorrido de la Ruta de la Seda nunca tuvo un trazado fijo; cambiaba según la época del año, la coyuntura geopolítica o el capricho de los gobernantes. En los siglos que presenciaron el paso de la Antigüedad a la Edad Media (siglos V-VII) la ruta entre Merv y las mesetas iranias, que discurría por la cara norte

de los montes Elburz, debió de desplazar su trazado a la vertiente meridional de esta cordillera. Si el cambio tuvo que ver con los ataques de los heftalitas, la construcción del Gran Muro de Gorgán y la creciente inestabilidad en las fronteras persas sasánidas, es algo que no puede afirmarse con seguridad. En cualquier caso, este cambio permitió que ciudades que hasta ese momento habían tenido un protagonismo secundario se convirtieran en paradas clave de la Ruta de la Seda.

La primera de ellas fue Tus (actual Mashhad), que contaba con la ventaja de encontrarse en una vieja encrucijada: ocupaba un lugar central en el recorrido entre Merv y Persia, pero también en la ruta que comunicaba con el valle del Indo a través de Afganistán. Si Tus era conocida por encontrarse en un cruce de caminos, Nishapur, el siguiente oasis hacia el oeste, en la ruta que conducía hasta Teherán, era célebre, sobre todo, por sus turquesas. A unas decenas de kilómetros al norte de la ciudad, desperdigadas por la ladera de las montañas, se encontraban las minas de turquesa más grandes del mundo. Esta es una piedra semipreciosa, de color verde azulado, que se encuentra preferentemente en áreas desérticas, muchas veces en las inmediaciones de minas de cobre. Los egipcios contaban con grandes depósitos en el Sinaí, y había otros yacimientos desperdigados por Eurasia, pero la turquesa de Nishapur tenía características únicas. Era más dura y resistente, y con el tiempo cambiaba de color. Cuando se extraían, las piedras tenían una coloración azul celeste, pero después de entrar en contacto con el aire y el sol adoptaban una característica tonalidad verdosa, muy valorada por los orfebres. Los antiguos persas ya atesoraban estas piedras semipreciosas, pues se decía que un jinete que llevara una pieza de este material jamás se caería de su caballo. Pero, tras la llegada del islam, las joyas adornadas con turquesas se hicieron todavía más populares, porque el verde era el color de la casa de Mahoma. La turquesa de las minas se llevaba a Nishapur y a la cercana Tus, donde decenas de orfebres se afanaban por cortar, pulir y engarzar las piezas en todo tipo de joyas y objetos. Desde allí, gracias a la Ruta de la Seda, las piedras semipreciosas se desperdigaban por Asia y llegaban hasta el Mediterráneo, donde las minas de Nishapur eran la principal fuente de este material. Al parecer, fueron los franceses, que desde el siglo XVI obtenían estas piedras a través de los turcos, los que comenzaron a darle el nombre de turquesa, aunque en realidad aquellos bellísimos pedazos de roca provinieran de la lejana Persia.[196]

Esta región del Jorasán, con sus valiosos recursos naturales y su arteria comercial, también albergaba un buen número de partidarios de los abasíes, el tercero —y el más importante— de los grupos de oposición a los omeyas. Pertenecían a la tribu Quraysh y también

estaban emparentados con Mahoma: su antepasado, Abbás, al que el clan debía su nombre, había sido el más joven de los tíos del Profeta. Confiados en esta noble ascendencia, los abasíes llevaban décadas preparando su asalto al poder, con una paciencia y una minuciosidad insólitas. A diferencia de los chiitas y los jariyíes, convencidos de la justicia de su causa y, por tanto, bastante escandalosos, ellos, que solo buscaban satisfacer sus ambiciones, habían adoptado las precauciones de una organización secreta. Muy pocos conocían la identidad del líder, que enviaba a sus agentes desde Kufa, en Mesopotamia, y aprovechaba las peregrinaciones a La Meca para entrevistarse con un puñado de colaboradores sin levantar sospechas.

El misterio que rodeaba al caudillo abasí ofrecía todo tipo de ventajas. Sin que se supiera muy bien cómo, se había difundido entre la umma la idea de que el fin de los tiempos estaba cerca y pronto llegaría un elegido, el *mahdi*, nacido en la familia de Mahoma, que traería paz y orden al mundo antes del último día. En realidad, estas profecías habían sido propagadas por agentes abasíes, que aseguraban que su misterioso líder era de la estirpe del Profeta —lo que era una verdad a medias— y sugerían que tal vez fuera el *mahdi*, el elegido —lo que era propaganda interesada—. En cualquier caso, este mensaje atrajo hacia ellos el apoyo de muchos musulmanes, entre los que se contaba un buen número de chiitas, a los que les dejaron creer, erróneamente, que el líder misterioso era uno de los descendientes de Alí.

En el año 745, los abasíes enviaron a uno de sus mejores agentes, Abu Muslim, a recabar apoyos en el Jorasán. El emisario, que resultó ser un hombre clave en toda esta historia, era un personaje tan enigmático como sus jefes. Se trataba, al parecer, de un converso al islam de origen persa, nacido según algunos en las inmediaciones de Merv, según otros en Isfahán. Había sido capturado y servía como esclavo, pero los abasíes, impresionados por su astucia, le habían concedido la libertad para que realizara otros servicios. Fue una decisión acertada. Poco después de llegar a Merv, Abu Muslim se deshizo del gobernador omeya, se ganó el apoyo de los árabes del Jorasán y llegó a acuerdos con la población persa, mayoritaria en la zona. Cuando todo estuvo preparado, en junio del 747, Abu Muslim dio comienzo a la rebelión abasí ondeando los estandartes negros del clan en las inmediaciones de Merv. Sus mensajeros recorrieron la región pidiendo a las gentes que se unieran a la causa para derrocar a los omeyas y entregar el poder a un miembro de la familia del Profeta, que devolvería la piedad al califato. Los chiitas, los jariyíes, los cristianos, los zoroástricos y los persas conversos al islam le apoyaron, y otro tanto hicieron muchos esclavos, a los que se prometió la libertad. Puede que sus líderes fueran árabes, pero la revolución abasí

fue un movimiento de base persa e integrado por gentes dispares.

El momento había sido elegido con astucia. El califa omeya, Marwan II, se había visto obligado ya a sofocar varias rebeliones; sus tropas estaban agotadas y su posición era débil. Trató de ofrecer resistencia, pero el avance de Abu Muslim era imparable. Siguiendo los caminos del comercio, el caudillo de los abasíes atravesó Persia, cruzó los Zagros y llegó a Mesopotamia derrotando a todos los ejércitos enemigos que salieron a su paso. En enero del 750, a orillas de un afluente del Tigris, fue el propio líder omeya, Marwan II, quien se enfrentó a las tropas abasíes. Esta fue la última de las grandes batallas libradas por el califato. El omeya fue derrotado, y aunque consiguió retirarse a Egipto, murió asesinado ese mismo verano. Los abasíes se aseguraron de que ningún pariente suyo volviera a alzar las enseñas blancas de los omeyas: todo el clan fue exterminado con tanta saña, que hasta los restos de sus antepasados se sacaron de sus tumbas.[197]

El acceso al poder hizo que se revelara la identidad del misterioso líder de la nueva dinastía abasí, convertido ya en su primer califa: Abu al-Abbas al-Saffaḥ (750-754). El descubrimiento fue un mazazo para los chiitas y los jariyíes, que descubrieron demasiado tarde hasta qué punto habían sido engañados. Las promesas de piedad y concordia se olvidaron rápidamente, y los abasíes fueron tan implacables con sus antiguos aliados como lo habían sido con los omeyas. Los alzamientos fueron sofocados con brutalidad y muchos descendientes de Alí pagaron con su vida la desconfianza que levantaban en la nueva dinastía. Fue así, envuelta en una espiral de guerra y sangre, como comenzó la era de los abasíes (750-1258), la última de las grandes dinastías califales, que gobernaría los destinos de una parte cada vez más pequeña de la umma durante quinientos años.

La melancólica sensación de que los mejores tiempos habían quedado atrás no era exclusiva del califato musulmán. El reinado de Xuanzong (712-756), el Brillante Emperador de los Tang, también había entrado en una etapa oscura. Algo extraño sucedía entre los hombres de esta familia y las concubinas de sus hijos. El ejemplar Xuanzong, que ya rondaba los sesenta, se había enamorado locamente de la bella esposa de uno de sus vástagos. Para complacer al monarca, la pareja se separó y la joven entró en el harén del Brillante Emperador, donde recibió el descriptivo título de Yang Guifei, esto es, Honorable Princesa Consorte Yang. La muchacha, que sentía un afecto por sus allegados tan grande como el que el soberano le dispensaba a ella, se preocupó por favorecer a sus amigos y parientes, otorgándoles puestos importantes en la administración. Uno de los más encumbrados fue un personaje peculiar, hijo de una hechicera turca y

de un sogdiano, llamado An Lushan (Rostro Luminoso), al que la joven valoraba tanto que terminó adoptándolo de forma honorífica para favorecer su meteórico ascenso en el gobierno.

Mientras la corrupción y el nepotismo se extendían por la corte imperial, las noticias del alzamiento abasí contra los omeyas debieron de llegar a China, y es posible que Xuanzong viera en estas disputas una última oportunidad para recuperar cierta influencia sobre la Transoxiana. Justo después, en el año 748, los chinos firmaron una alianza con los turcos y enviaron un ejército al oeste, al otro lado del nudo del Pamir. No se trataba de una invasión; ni siquiera era una operación a gran escala. A la vista de los fracasos turcos y musulmanes en la región, los chinos solo pretendían ganar para su causa a algunos señores locales. Pero el inesperado movimiento chino hizo sonar las alarmas en la nueva corte abasí. Los musulmanes llevaban un siglo tratando de apoderarse de la Transoxiana y de sus rutas comerciales, y temían que lo poco que habían conseguido se perdiera si el imperio oriental entraba en la zona. Abu Muslim, el hombre de confianza de los abasíes, fue enviado a toda prisa para bloquear cualquier avance chino. El experimentado comandante musulmán estableció su base en Samarcanda, y supo que las tropas chinas se encontraban al noreste, más allá del valle de Ferganá. Inmediatamente, mandó a uno de sus lugartenientes al frente de un ejército para interceptarlas. En realidad, los chinos habían emprendido ya el regreso a casa, pero cuando su general supo que había una fuerza musulmana en camino, decidió volver sobre sus pasos para hacerla frente. Este fue el motivo de que una de las batallas clave en la historia del mundo se librara por casualidad y se decidiera por una traición.

Los dos ejércitos, el chino y el califal, se vieron las caras en julio del 751 en el valle del río Talas, en lo que es hoy la frontera entre Kazajistán y Kirguistán. Las tropas chinas sumaban un total de treinta mil hombres, repartidos entre diez mil soldados imperiales, veinte mil aliados turcos y un puñado de hombres del valle de Ferganá. No hay muchos datos sobre los efectivos musulmanes, pero debían de rondar una cifra similar, integrada por reclutas de lo que se conocía como el «ejército del Jorasán», provenientes del noreste de Persia. Como la mayor parte de los soldados eran originarios de Asia Central, los dos contingentes tenían una táctica de combate similar. La infantería pesada, tanto china como musulmana, formó un muro de escudos detrás del que se parapetaron los arqueros. Cada cierto tiempo, estos hacían caer sobre el adversario una lluvia de flechas con la esperanza de abrir alguna brecha que pudiera ser aprovechada por la caballería para romper las líneas. Después de pasarse cinco días así, cuando el cansancio comenzaba a hacer mella en las tropas, tuvo lugar el suceso

que cambió el curso de la batalla. Los turcos aliados de los chinos, que constituían dos tercios del ejército, se pasaron al bando musulmán y cayeron sobre la retaguardia de las tropas imperiales. Por fortuna para los chinos, los soldados que se mantuvieron leales eran experimentados y disciplinados. Fueron capaces de formar una segunda línea de escudos y resistieron hasta la caída de la noche para huir hasta su campamento al abrigo de la oscuridad. Al día siguiente, con la primera luz del alba, las tropas chinas abandonaron el campo de batalla y cruzaron las montañas para regresar al refugio seguro del Tarim. Sin embargo, durante esta segunda retirada fueron traicionados de nuevo, esta vez por sus aliados del valle de Ferganá. El ataque les cogió desprevenidos, y el enfrentamiento terminó en una carnicería de la que solo escapó un puñado de oficiales.[198]

Tras esta victoria de Talas, libre de cualquier injerencia china y con los turcos como aliados, Abu Muslim empleó su considerable talento para garantizar el sometimiento de la región. En menos de un lustro se apoderó del territorio entre el Jorasán y el Jaxartes. Pero, como les había sucedido a otros en el pasado, el dominio sobre aquellos lugares remotos despertó nuevas ambiciones en el carismático gobernador, al tiempo que hacía nacer la desconfianza entre sus señores abasíes. En el 755, temerosos de que Abu Muslim pudiera orquestar alguna aventura independiente en Asia Central, lo hicieron llamar a la corte y lo asesinaron. El cuerpo del hombre que les había entregado el trono y que se había hecho merecedor del título de «guardián de la dinastía», fue cortado en pedazos y arrojado al Tigris por orden de Al-Mansur (754-775), el segundo califa de la casa de Abbas.[199]

Para entonces, el trabajo ya estaba hecho. La Transoxiana quedó definitivamente en manos musulmanas y la mayor parte de la Ruta de la Seda, desde el nudo del Pamir hasta los puertos del Levante mediterráneo, se convirtió en territorio del califato. El islam comenzó a expandirse por aquellas tierras remotas, y con la nueva religión llegó también el idioma en el que estaba escrito su libro sagrado. El árabe se convirtió en la lengua franca de los caminos de la seda, un idioma en el que podían entenderse un nativo de Samarcanda y un oriundo de Córdoba, y el nacimiento de esta gigantesca comunidad lingüística estaba destinado a provocar cambios profundos en el desarrollo cultural de Oriente y Occidente.

EX ORIENTE LUX

Asegura la tradición que, en el 751, cuando los musulmanes derrotaron a los chinos en la batalla de Talas, capturaron también a algunos artesanos que conocían el arte de la fabricación del papel. El comandante del ejército envió a los prisioneros a su señor, el célebre Abu Muslim, que había establecido su base en Samarcanda. Las

versiones de la leyenda varían a la hora de detallar la resistencia que opusieron los artesanos, pero todas coinciden en que, al final, con más o menos magulladuras, terminaron por revelar sus secretos. Siguiendo sus instrucciones, el agua del río Zeravshan habría sido utilizada para establecer la primera factoría de papel de Asia Central, una actividad por la que todavía hoy es conocida la ciudad de Samarcanda.

Los chinos habían inventado el nuevo soporte de escritura casi mil años antes, en torno al siglo II a. C. Alguien, tal vez en las regiones cálidas del centro y del sur del país, descubrió el modo de fabricar hojas de papel vertiendo una pulpa hecha de trapos y restos textiles en unos moldes de tela y dejándola secar. Estos primeros pedazos de papel, sin embargo, no se utilizaban todavía para escribir, sino para cubrirse el rostro o envolver mercancías delicadas, como medicina en polvo o veneno. El motivo era que, si no se trata con algún tipo de recubrimiento gomoso, la superficie del papel absorbe demasiada tinta, convirtiendo el texto en un borrón. Parece que los chinos tardaron varias generaciones en solventar este problema, pero para comienzos del siglo I d. C. ya habían dado con la solución, y el papel comenzó a usarse como soporte de escritura. Tal vez coincidiendo con esta innovación, que debió de provocar un aumento de la demanda, se produjo un cambio importante en el proceso de fabricación. La práctica de usar trapos viejos era lenta y estaba sujeta a la disponibilidad de estos materiales de desecho, así que los artesanos chinos comenzaron a elaborar la pulpa con plantas de cáñamo, yuta, bambú o la corteza interior de algunos árboles. Para el siglo II d. C. ya se documenta el uso habitual de papel para escribir en todo el imperio, aunque no desplazó por completo a otros soportes, como la seda.[200]

Al igual que en tantas otras cosas, la época Tang (siglos VII-X) fue una etapa brillante para el papel en China. Los artesanos llegaron a dominar de tal manera su oficio que eran capaces de elaborarlo con acabados y colores diferentes, adaptados a todos los propósitos y bolsillos. Los más caros se hacían con pulpa de árbol de morera y agua pura para conseguir páginas de un blanco inmaculado, sobre las que se aplicaba una finísima capa de cera que proporcionaba una superficie suave y deslizante. El papel se utilizaba para escribir, naturalmente, pero también para elaborar algunas prendas de ropa o fabricar cometas. Estas comenzaron a emplearse en contextos bélicos, para enviar señales a los cuerpos del ejército, pero acabaron convertidas en una diversión de la alegre nobleza Tang, que las hacía volar de noche, acompañadas de pequeños farolillos. La abundancia de papel permitió incluso su uso en contextos menos elegantes, como los retretes: parece que los chinos reutilizaban las hojas viejas como papel higiénico al menos desde el siglo VI. La práctica provocó curiosas

comparaciones culturales. Un viajero árabe que visitó el país comentó con repugnancia que los chinos usaban papel para limpiarse después de ir al baño, en lugar de hacer como los musulmanes, mucho más aseados, que utilizaban las manos y un poco de agua.[201]

Al margen de estas consideraciones escatológicas, la abundancia de este material propició un auge extraordinario de la palabra escrita, y fue clave para el desarrollo cultural de la época Tang. La demanda de textos de todo tipo era tan alta que, buscando una forma rápida de producirlos, los chinos comenzaron a realizar los primeros documentos impresos. Los ejemplos más antiguos del uso de bloques tallados de piedra o madera para realizar copias de una página escrita se remontan al siglo VIII, y el libro «impreso» más antiguo conservado, la *Sutra del Diamante*, hallado en la biblioteca de Dunhuang, fue realizado en el siglo IX. Sin embargo, a pesar de estos prometedores inicios, los chinos no llegaron a dar el salto entre labrar un bloque para reproducir una página entera y usar una imprenta de tipos móviles, donde cada pieza contenía un único símbolo. A diferencia de los manejables alfabetos de los idiomas europeos, formados por una treintena de letras, el complejo sistema de escritura chino requería el uso de miles de caracteres diferentes. Sus imprentas habrían necesitado decenas de cajones y un procedimiento de clasificación extraordinario para poder manejar una cantidad así de tipos móviles. Esta simple diferencia en el método de escritura restringió el desarrollo de la imprenta a Occidente, donde, a partir del siglo XV, el nuevo sistema de copia de libros provocó la mayor revolución científica de la historia de la humanidad.

Por otro lado, no es casual que el documento «impreso» más antiguo conservado sea precisamente la *Sutra del Diamante*, un texto budista. La complejidad de las enseñanzas del Buda obligaba a los devotos a sumergirse durante años en la lectura de sesudos tratados, cuyas copias y traducciones circulaban entre la India y China gracias a la Ruta de la Seda y al empeño de monjes viajeros como Faxian y Xuanzang. El deseo de proveerse de textos budistas aumentó la demanda de papel en los lugares por los que se habían difundido las enseñanzas del Iluminado, y el nuevo soporte de escritura debió de convertirse en un producto habitual en las caravanas de los mercaderes chinos. Pronto, tal vez en torno a los siglos III y IV, los reinos-oasis de la cuenca del Tarim comenzaron tímidamente a producir papel, aunque este fue siempre un bien caro y muy apreciado en la región.

Desde las orillas del desierto de Taklamakán, los secretos de la elaboración del nuevo soporte atravesaron las cumbres del Pamir. Sabemos que, en el siglo VIII, antes de la batalla de Talas y de la leyenda de los artesanos cautivos, es posible que ya existieran centros

de fabricación de papel en la Transoxiana. Estos no habrían sido fundados con información arrancada a prisioneros de guerra, sino de forma bastante menos dramática, gracias a la iniciativa de monjes budistas o de mercaderes sogdianos. Sin embargo, la conquista abasí de la región sí trajo consigo cambios de carácter técnico. Recordemos que los artesanos chinos usaban una pulpa elaborada directamente con materia prima vegetal. Sin embargo, en la Transoxiana, donde no abundaban precisamente los bosques o los cañaverales de bambú, seguían empleándose trapos viejos para fabricar la pasta. Este procedimiento producía hojas bastas y rugosas, mucho menos refinadas que el exquisito papel de la época Tang. Por fortuna, los musulmanes trajeron consigo nuevos sistemas de abatanado que golpeaban los trapos de forma más eficaz, lo que permitía obtener una pulpa más uniforme y, con ello, un papel más suave.

La conquista árabe de la Transoxiana permitió que los secretos de su fabricación se extendieran por los dominios abasíes con extraordinaria rapidez, por lo que este soporte de escritura comenzó a reemplazar al papiro, que hasta entonces había sido empleado mayoritariamente por los musulmanes. El nuevo material llegó justo a tiempo para satisfacer las necesidades de la burocracia califal. El papel era más resistente que el papiro y podía coserse para elaborar códices, esto es, volúmenes similares a nuestros modernos libros, reemplazando a los aparatosos rollos que se habían usado en la Antigüedad. Además, a diferencia del papiro y el pergamino, donde el texto podía borrarse con facilidad raspando la superficie, en el caso del papel la tinta era absorbida por las capas más profundas de la hoja, haciéndolo mucho más resistente a las manipulaciones interesadas. Para finales del siglo VIII, la alta administración abasí ya trabajaba con libros de papel. Unas décadas más tarde, el nuevo soporte se fabricaba en ciudades como Damasco o Trípoli, y los egipcios abrieron sus primeras factorías en el siglo X. El papiro fue abandonado de forma inmediata, y los habitantes del valle del Nilo se desentendieron, sin muchas contemplaciones, del soporte de escritura que había sostenido su civilización durante cuatro mil años. Para entonces, el papel había llegado también a los territorios cristianos de Europa Occidental. Los documentos más antiguos provienen, no por casualidad, de la isla de Sicilia y de la península ibérica, regiones que pertenecían o habían pertenecido a los musulmanes.[202]

Sucede con frecuencia que hallazgos decisivos coinciden en el tiempo y se entremezclan unos con otros para elevar a la humanidad sobre sí misma. En el año 662, un obispo de Siria comentaba admirado que los indios habían desarrollado un nuevo sistema de cómputo que estaba basado únicamente en «nueve signos». Estos símbolos matemáticos, que nosotros conocemos como «números

arábigos», parece que se habían inventado en la India no mucho tiempo atrás, tal vez en el siglo V. El sistema se difundió con rapidez gracias a su carácter sencillo e inmediato, que resultaba especialmente práctico para los mercaderes. Quiso la casualidad que la circulación de los «números arábigos» por los territorios del califato coincidiera con la extensión del uso del papel, un soporte de escritura económico que facilitaba la realización de todo tipo de operaciones matemáticas. Dotados de estas nuevas herramientas, los sabios musulmanes se consagraron a la traducción de obras científicas grecorromanas y a la producción de nuevos tratados, propiciando un desarrollo extraordinario de las matemáticas y de todos los saberes relacionados con ellas. La geometría, el álgebra y la astronomía estaban a punto de entrar en una edad dorada. Los nuevos hallazgos recorrían con increíble rapidez los territorios de la umma porque, al emplear el árabe como lengua común, los estudiosos de Mesopotamia o de Asia Central compartían rápidamente sus descubrimientos con los sabios musulmanes del Extremo Occidente.

A finales del siglo X, coincidiendo con la llegada del papel, los números arábigos ya eran conocidos en la península ibérica, y para el siglo XIII los nuevos símbolos eran usados de forma habitual por los mercaderes italianos. Gracias a la facilidad con la que se transmitía la información en este nuevo mundo dominado por los califatos musulmanes, el papel y los números arábigos habían recorrido los 7.000 kilómetros que separaban la India y Asia Central de Europa Occidental. Su llegada al continente europeo, a comienzos de la Edad Media, fue una coincidencia feliz. El nuevo soporte de escritura era más económico y práctico que el papiro y el pergamino. Su popularización facilitó la alfabetización de las sociedades y la producción y difusión del conocimiento, y en el siglo XV, cuando los europeos inventaron la imprenta, ofreció un material óptimo para la elaboración de libros impresos.

Otro tanto puede decirse de los números arábigos, que revolucionaron todo lo relacionado con el cálculo y las matemáticas. El desarrollo tecnológico e intelectual de los últimos mil años no se explica sin la ayuda de esta ocurrencia india y de aquel humilde soporte de escritura chino, fabricado con trapos viejos y pulpa vegetal. Es posible que estos hallazgos no estimulen nuestra imaginación como la sensual caricia de una tela de seda, pero han sido dos de las creaciones más influyentes en la historia de la humanidad, y en su difusión fue clave la existencia de los caminos de la seda. Por ellos no solo circulaban mercancías o peregrinos, sino también ideas y conocimientos, y estos eran más valiosos que todas las riquezas del mundo.

Queda todavía un tercer «hallazgo» oriental que los musulmanes

llevaron consigo al Mediterráneo y que, a su manera, también ha influido en el devenir de nuestra civilización. Parece que la caña de azúcar, originaria tal vez del sudeste asiático, era ya conocida en la India a comienzos del primer milenio a. C. Desde allí, su cultivo fue expandiéndose lentamente hacia el oeste. En época de los persas sasánidas (siglos III-VII d. C.) ya había plantaciones de caña de azúcar en Mesopotamia, donde el clima era cálido y abundaba el agua dulce. Tras la conquista árabe, en el siglo VII, los musulmanes mantuvieron estos latifundios en las regiones cercanas al golfo Pérsico. Aquí, el trabajo era extenuante y se realizaba con mano de obra esclava, en su mayoría hombres capturados en las costas orientales de África. Las condiciones en las que se obligaba a trabajar a estos desventurados cautivos, conocidos como *zanj*, eran terribles, y las revueltas fueron frecuentes.[203] De hecho, las particularidades del cultivo de la caña de azúcar limitaron su expansión por Europa y el Mediterráneo durante la Edad Media. Además de la dureza del trabajo, la planta solo crecía en entornos muy cálidos y húmedos, y no era fácil encontrar en las costas mediterráneas grandes extensiones de terreno que cumplieran ambos requisitos. La miel, que podía obtenerse casi en cualquier parte, continuó siendo el principal endulzante durante las centurias medievales. Sin embargo, en el siglo XV, la expansión portuguesa por las costas africanas y el descubrimiento de América por parte de los españoles permitieron a los europeos acceder a regiones cuya climatología se adecuaba a la perfección a las necesidades de la caña de azúcar. Las costas de África proporcionaban abundante mano de obra esclava, que fue transportada al continente americano para trabajar en las plantaciones, en condiciones muy similares a las de los latifundios mesopotámicos. La mecanización del proceso de obtención del azúcar, que llegó en el siglo XIX, hizo el resto, y hoy consumimos dulces y alimentos elaborados con azúcar de forma masiva.

EL OCASO DE LOS TANG

Mientras el califato abasí, estimulado por estos hallazgos, atravesaba un período de esplendor cultural, los años que siguieron a la batalla de Talas resultaron amargos para Xuanzong (712-756), el Brillante Emperador de los Tang. Embelesado por su hermosa favorita, Yan Guifei, el monarca se había desentendido del gobierno, permitiendo que la corrupción y el nepotismo se extendieran hasta límites peligrosos. En el 755, apenas cuatro años después de la derrota de Talas, An Lushan, el protegido turcosogdiano de la concubina imperial, se alzó en armas contra el monarca y Xuanzong se vio obligado a huir de la capital, Chang'an. Lo acompañaban Yan Guifei y un puñado de hombres leales. Pero estos culpaban a la joven y a sus manejos de la desastrosa revuelta, y le obligaron a elegir entre ellos o

su concubina. Para conservar a sus últimos partidarios, el emperador no tuvo más remedio que mandar estrangular a la mujer que amaba. No sirvió de mucho. Poco después, Xuanzong se vio forzado a abdicar, y murió algunos meses más tarde, sumido en una profunda depresión.

El ocaso de su reinado fue también el de su dinastía. Después de concentrar sus fuerzas en sofocar la revuelta de An Lushan, el Imperio chino abandonó la vigilancia de las fronteras, oportunidad que fue aprovechada con rapidez por sus vecinos. En el 763 el país fue invadido por los tibetanos, que se apoderaron de Chang'an, la capital imperial, y de parte de la cuenca del Tarim. La pérdida de estos territorios se consideró un desastre, pero China carecía de soldados con los que revertir la catástrofe. Era imprescindible buscar aliados, gentes con habilidad militar dispuestas a luchar contra los tibetanos y los rebeldes. La llamada encontró respuesta y, en el corazón de la estepa, una tribu accedió a la propuesta imperial. Estas fueron las convulsas circunstancias en las que China y los uigures unieron sus destinos.

Los uigures eran una tribu de origen túrquico originaria de las llanuras que se extendían al sur del lago Baikal. Sus señores habían empezado a hacer fortuna, años atrás, vendiendo caballos al ejército chino, y los emperadores Tang los habían recompensado permitiendo que se elevaran por encima del resto de las gentes de la estepa. Para mediados del siglo VIII, el nuevo kanato (reino) uigur (744-840) ya controlaba un amplio territorio entre el desierto de Gobi y el lago Baikal, en el corazón de la actual Mongolia. Tras la rebelión de An Lushan y la invasión tibetana, las autoridades chinas llegaron a un acuerdo con ellos: los uigures enviarían tropas para colaborar en la pacificación del país y, a cambio, su señor contraería matrimonio con una princesa china, los nobles bárbaros recibirían títulos y reconocimientos oficiales por parte del imperio, y toda la tribu se beneficiaría de un jugoso tributo anual en forma de seda.

A partir de este momento los uigures se convirtieron en aliados de los chinos, pero se trató siempre de una relación incómoda. Los ejércitos uigures que se paseaban por el corazón de China normalmente lo hacían al servicio de los Tang; sin embargo, a veces, llegaron a colaborar con los rebeldes, y casi siempre se comportaron como un invitado violento e impredecible. En el año 762, por ejemplo, los jinetes de la estepa reconquistaron Luoyang, capital imperial en tiempos de la emperatriz Wu Zetian, que había caído en manos de los insurrectos. Como recompensa por la captura de un enclave tan importante se les permitió saquear la ciudad, pero los uigures no solo se apoderaron de sus riquezas, también masacraron a sus habitantes. La carnicería dejó una huella imborrable en los aterrorizados ciudadanos de Luoyang, que acabaron sumándose al bando de los

rebeldes, provocando una nueva —y sangrienta— intervención de los jinetes de la estepa. El complicado sometimiento de Luoyang obligó al señor uigur a permanecer largo tiempo en la ciudad y, en uno de esos giros sorprendentes que a veces tiene la historia, esta estancia trajo consigo consecuencias imprevistas de carácter religioso.

Los pueblos de la estepa solían ser muy receptivos a la influencia religiosa de los reinos agrícolas del sur. La flexibilidad de sus creencias chamánicas facilitaba la adopción de nuevos cultos, y es posible que la fascinación que sentían por todo lo relacionado con sus vecinos sedentarios se trasladase también al ámbito de la fe. Los ejemplos de conversiones a las grandes religiones por parte de los nómadas son numerosos y, en algunos casos, bastante exóticos. Los jázaros, otro pueblo de origen túrquico que se estableció entre los mares Negro y Caspio en el siglo VII, se convirtieron al judaísmo.[204] El señor de los uigures optó por abrazar el maniqueísmo —aquella extraña religión sincrética que había nacido en el corazón de Persia— después de tomar contacto con predicadores sogdianos maniqueos durante su estancia en Luoyang.[205] El kanato uigur se convirtió así en el primer —y único— Estado en adoptar el maniqueísmo como religión oficial, lo que permitió a esta peculiar doctrina vivir su momento de mayor esplendor en la segunda mitad del siglo VIII, quinientos años después de su fundación.

La Iglesia maniquea adquirió un peso considerable en el Estado uigur, y nuevos templos de esta religión comenzaron a levantarse en China, en Asia Central y en la cuenca del Tarim. En Samarcanda, a mediados del siglo IX, las autoridades del califato informaban de la presencia de no menos de quinientos devotos maniqueos, que disfrutaban de la protección personal del señor de los uigures. Si el gobernador abasí se atrevía a causarles algún mal, el caudillo uigur aseguraba que ejecutaría a todos los musulmanes de su territorio como represalia. Cerca del oasis de Turfan, al noreste del Tarim, los arqueólogos han encontrado frescos y libros maniqueos iluminados, en los que puede verse a sacerdotes de esta religión predicando las enseñanzas de Mani sentados sobre flores de loto y vestidos con túnicas de color blanco y grandes gorros cilíndricos. Estas pinturas son un buen ejemplo del refinamiento que llegó a alcanzar el kanato uigur, uno de los más avanzados entre los que hasta ese momento habían habitado la estepa. Los uigures no solo desarrollaron un arte particular, con influencias persas y chinas, sino una literatura propia, la primera de los pueblos túrquicos, adaptando para ello el popular alfabeto sogdiano.[206]

Sin embargo, en la estepa no todos eran igual de sensibles a estas delicadezas. Al dejarse seducir por los placeres de la civilización, los uigures también se hicieron más acomodaticios y empezaron a

administrar su imperio con cierta complacencia. A mediados del siglo IX comenzaron a ser objeto de los ataques de otros pueblos que habían conservado intactas sus implacables costumbres esteparias. En el 840 cayó su capital Ordu-Baliq, ubicada en el corazón de la actual Mongolia, y el kanato, que había controlado aquellas regiones durante casi cien años, dejó de existir. Como tantos otros habían hecho en el pasado, los derrotados uigures se vieron obligados a desplazarse hacia el sur y ocuparon los oasis de la orilla septentrional del Tarim, entre Turfan y Kucha, regiones sobre las que ya habían comenzado a proyectar su poder décadas atrás.

El asentamiento de los nómadas en los confines del Taklamakán molestó al Imperio chino, que llevaba tiempo tratando de recuperar el control de la región.[207] Incapaces de expulsar a los uigures mediante el uso de la fuerza, las autoridades chinas probaron con soluciones más imaginativas. En el 843, apenas tres años después de la caída del reino uigur, el emperador ordenó cerrar los templos maniqueos en China y anunció al señor uigur que aquellos lugares de culto solo volverían a abrirse cuando las gentes de la estepa abandonaran el Tarim y regresaran a su patria. En cuanto a aquellos que permanecieran en el territorio del imperio, debían abandonar sus vestimentas nómadas por otras chinas. En realidad, los uigures no tenían adónde ir y el intento de chantaje religioso no surtió demasiado efecto, pero reveló hasta qué punto los años de tolerancia habían quedado atrás para los Tang. Las duras pruebas a las que se había visto sometido el imperio se habían llevado por delante el despreocupado optimismo de los primeros tiempos de la dinastía. La poesía y las diversiones galantes cedieron su lugar a sesudas reflexiones sobre la marcha del Estado, y entre los intelectuales chinos comenzó a extenderse la idea de que su permeabilidad a las influencias extranjeras había sido la causa de su decadencia. El imperio, pensaban, había sido un ingenuo al permitir que los forasteros y sus extrañas creencias camparan a sus anchas por el país. La restauración del Estado pasaba, por tanto, por la eliminación de este pernicioso influjo, comenzando por las religiones extranjeras, que debían ser extirpadas en beneficio de las creencias tradicionales chinas: el confucianismo y el taoísmo. El nuevo emperador Tang, Wuzong (840-846), ferviente devoto del taoísmo, prohibió la práctica en China de cualquier credo extranjero, incluido el budismo, que había sido la religión de la mayor parte de sus predecesores.

Comenzaron entonces las llamadas «persecuciones Hui Chang», que se dirigieron contra los budistas, los zoroástricos, los maniqueos y los cristianos. El propio Wuzong informaba orgulloso del éxito de sus medidas en uno de sus edictos. Aseguraba que había destruido más de cuarenta mil lugares de culto y cuatro mil seiscientos monasterios

budistas, y reducido a la condición de laicos a más de doscientos sesenta mil monjes y monjas, mientras que casi tres mil monjes zoroástricos y cristianos habían sido obligados a abandonar sus cenobios. Por su carácter minoritario, las medidas fueron especialmente eficaces contra las Tres Enseñanzas Extranjeras: el zoroastrismo, el maniqueísmo y el cristianismo. En el año 980, un monje de la Iglesia de Oriente contó a un cronista musulmán en Bagdad que había sido enviado a China para poner en orden los asuntos de la religión cristiana en ese país, pero que su tarea había resultado tan sencilla como descorazonadora, pues solo había encontrado allí un practicante de esta fe.

Sin embargo, a pesar del empeño de los monarcas, este particular programa de «restauración patriótica» no obtuvo el éxito esperado. La recuperación de las viejas tradiciones y de las antiguas creencias no devolvieron al país a los tiempos de gloria de los primeros Tang. La dinastía estaba herida de muerte, no precisamente a causa de las influencias extranjeras, sino por las ambiciones de los gobernadores regionales, ya que la guerra había obligado a concederles poderes extraordinarios y no ocultaban su creciente desafección hacia el poder central. La crisis económica y las hambrunas hicieron el resto. Bandas de campesinos depauperados comenzaron a recorrer China, asaltando ciudades y masacrando a los mercaderes. La administración imperial, exhausta, fue incapaz de reinstaurar el orden y las cuadrillas de saqueadores se convirtieron en un ejército itinerante de miles de hombres. En el 880, esta tropa imparable penetró en la capital, Chang’an, obligando al emperador a abandonarla. La dinastía Tang cayó unas décadas después, en el año 907, y China entró en otra de sus largas etapas de división, en la que distintos Estados se disputaron el control del territorio. Quién iba a sospechar que tardaría siglos en volver a unificarse por completo, y que esta unión no sería obra de un aguerrido príncipe chino, sino de los más terroríficos bárbaros que jamás arrojó la estepa.

Se cuenta, aunque solo Dios es sabio y sabe si es verdad, que hace mucho tiempo vivió un rey llamado Shahrayar, que descubrió a su esposa engañándolo con un joven esclavo. Irritado, ordenó que decapitaran a su mujer y a todos los miembros de su harén, e ideó un medio para que ninguna fémina volviera a traicionarlo jamás: cada noche yacería con una muchacha virgen y al amanecer le cortaría la cabeza. Así sucedió. Noche tras noche, desdichadas doncellas eran obligadas a casarse con el monarca que, después de acostarse con ellas, las decapitaba con la primera luz del día. Su comportamiento llenó el reino de tristeza y dolor, pero era un guerrero formidable y nadie se atrevía a desobedecer sus órdenes.

Quiso la fortuna que el visir del rey tuviera una hija llamada Sherezade, que disfrutaba especialmente con el placer de la lectura y era muy aficionada a los cuentos y las historias. La joven estaba indignada por el trato cruel que el soberano dispensaba a sus congéneres, y creía conocer una manera de poner fin a los asesinatos. Pidió a su padre que la entregara al monarca como esposa y mandó llamar a su hermana, pues era importante que departiera con ella antes de la noche de bodas. El rey Shahrayar, complacido con la petición de Sherezade, que él atribuía a sus irresistibles encantos, lo dispuso todo para la boda y al llegar la noche se apresuró a consumar el matrimonio. Sin embargo, apenas habían comenzado cuando ella empezó a llorar y lamentarse. Irritado por la inoportuna interrupción, le preguntó qué ocurría, y la muchacha contestó que si iba a morir quería, como último deseo, despedirse al menos de su hermana. El monarca accedió y pidió a la hermana de Sherezade que se metiera debajo de la cama mientras la pareja completaba sus quehaceres.

Cuando terminaron, se oyó una voz, apenas un susurro, que surgía de las profundidades del lecho. Al parecer, Sherezade amenizaba las veladas de la familia contando historias y su hermana deseaba oír uno de estos relatos antes de ver cómo le cortaban la cabeza. A Shahrayar le pareció una buena idea y ordenó a su esposa que empezara con su cuento. La joven comenzó entonces una historia sobre un comerciante que, mientras comía dátiles, escupió un hueso al aire, acertó de lleno en la cabeza del hijo de un genio y lo mató. El genio había ya desenvainado su espada para castigar al mercader cuando llegó el amanecer, y Sherezade interrumpió la narración, pues, por orden del rey, debía morir en ese mismo instante. Sin embargo, la historia era tan buena y se había detenido en un punto tan emocionante, que el

soberano perdonó la vida de Sherezade hasta la noche siguiente, ansioso por oír el final. Así pasaron los días, las noches, los meses y los años, y así fue como Sherezade —y su hermana, que permaneció todo ese tiempo debajo del lecho conyugal, reclamando nuevos relatos — salvó a las mujeres del reino del orgullo herido del cruel monarca.

Los cuentos de Sherezade, astutamente enlazados unos con otros para mantener en vilo al rey, componen una de las obras más deliciosas de la literatura universal. *Las mil y una noches* es un relato rebosante de fantasía, de genios y de princesas, pero también de mercaderes y navegantes, de viajeros y peregrinos que recorrían parajes solitarios y visitaban ciudades populosas. Algunas de las narraciones eran muy antiguas y hundían sus raíces en la Persia sasánida o en el folclore de la India,[208] pero todas describían el mundo como un lugar próspero y optimista en el que cualquier hombre podía hacer fortuna con su ingenio y su trabajo. Gracias a las conquistas del califato, por primera vez en la historia del recorrido una sola construcción política controlaba la Ruta de la Seda desde el macizo del Pamir hasta los puertos del Mediterráneo, y bajo su égida los caminos se volvieron seguros, los artesanos ricos y las caravanas interminables. Así de hermosa y alegre era la vida durante los primeros tiempos del califato abasí, pues una vez concluidas las guerras de conquista y los enfrentamientos civiles, el triunfo de este astuto clan árabe había propiciado el comienzo de una de las etapas más brillantes de la Ruta de la Seda.

Esta prosperidad distaba mucho de ser casual. Desde su nacimiento, el islam fue una religión íntimamente relacionada con el comercio. Al hacerse cargo de los negocios de su primera esposa, el propio Mahoma debió de participar en expediciones mercantiles, y la nueva fe floreció en torno a grandes paradas de la antigua Ruta del Incienso como Yatrib (Medina). Fue en esta localidad donde el Profeta encontró refugio durante la hégira, donde predicó los preceptos más importantes de la nueva fe y donde levantó la primera mezquita. Medina también fue el lugar de su enterramiento: su tumba todavía se conserva, bajo una llamativa cúpula verde, en lo que se decía que era la casa de su esposa Aisha. Sin embargo, fue la patria de Mahoma, La Meca, la ciudad destinada a convertirse en el verdadero corazón del islam.

El ascenso de esta pequeña localidad del Hiyaz se produjo de una forma curiosa. Sus condiciones naturales no eran, lo que se dice, envidiables. La Meca ocupaba el corazón de un valle árido, rodeado de desiertos de arena oscura, formaciones de basalto y volcanes dormidos. Aunque contaba con un pozo de agua dulce, carecía de tierras de cultivo, y se decía que Dios había movido desde Siria hasta Arabia la cercana ciudad de Taif, con sus fértiles prados, para

proporcionar a los mequíes algo que comer. A diferencia de Medina, La Meca no se encontraba en una encrucijada de caminos o formaba parte de la Ruta del Incienso, y las caravanas tenían que hacer un desvío considerable si querían visitar la ciudad, por eso sus mercaderes no traficaban con especias de la India o marfiles de África, sino con productos bastante más humildes, como camellos, queso o cuero tintado.

Sin embargo, La Meca sí poseía algo valioso. La ciudad albergaba un antiguo santuario que ya era sagrado mucho antes del surgimiento del islam. La vida religiosa en la Arabia preislámica era bastante parca en ceremonias, y consistía en gran medida en la visita a lugares sacros para realizar sacrificios en honor de sus dioses —a los que adoraban en forma de árboles o piedras de aspecto vagamente cónico (betilos)— y así obtener a cambio respuesta a sus consultas o satisfacción a sus peticiones. Estos santuarios se encontraban en los valles o en la cima de las montañas, y solían ser espacios vacíos donde los devotos podían plantar sus tiendas para pasar la noche. En el caso de La Meca, el lugar sagrado estaba situado en el fondo de un valle, y, cuando llovía, se inundaba a causa del agua que descendía de forma torrencial desde las colinas vecinas. Por este motivo, los miembros de la tribu Quraysh, guardianes del santuario, decidieron construir un pequeño parapeto —llamado Hijr, que podría traducirse como «inviolable» o «sacrosanto»— y un recinto de piedra —la Kaaba— para marcar sus límites y protegerlo de las inundaciones. Las estatuas de los ídolos a los que se adoraba, como Hubal, el dios de la luna, estaban situadas en el espacio interior del parapeto, pero dentro de la Kaaba no había ninguna figura, pues este lugar era la casa de Alá, el dios supremo del panteón mequí, cuyo culto era, al parecer, anicónico.

Al principio, la Kaaba estaba sin techar y sus muros no eran muy altos: una cabra pequeña podía saltarlos sin dificultad. Pero, poco antes de que Mahoma comenzara su prédica, los mequíes decidieron cubrir la construcción aprovechando la madera que transportaba un barco bizantino que, camino del reino de Axum, había atracado en el cercano puerto de Yeda. Las fuentes musulmanas aseguraban que la tarea se encomendó a un artesano de origen griego, que decoró los muros interiores de la Kaaba con imágenes de Jesús y la Virgen María rodeados de ángeles y santos.[209] Pudo ser entonces cuando se incrustó, en el muro de una de las esquinas de la Kaaba, la célebre Piedra Negra (*Rukn*). Al parecer, este misterioso objeto había sido encontrado por la tribu Quraysh en lo alto de una montaña sagrada, a la que solían ascender para pedir a sus dioses que lloviera. Cuando se toparon con ella, la piedra era de color blanco y brillaba de una manera extraña, así que pensaron que había caído del cielo y comenzaron a rendirle culto. Durante sus plegarias, los árabes la

cubrían con la sangre y las vísceras de los animales sacrificados, hasta que su superficie terminó por volverse negra. Al levantar los muros de la Kaaba decidieron colocarla en el edificio, pero tuvieron la precaución de emplazarla en una de sus esquinas, mirando directamente hacia la montaña sagrada donde había sido encontrada.

El santuario de la Kaaba, como otros de la región, era visitado por las tribus de los alrededores una vez al año. Los peregrinos caminaban alrededor de los ídolos de piedra, les hacían ofrendas y sacrificaban animales en su honor, vertiendo la sangre sobre las estatuas. Muchos se quedaban a dormir en el recinto; algunos porque esperaban ser bendecidos con un sueño premonitorio, otros porque aprovechaban la ocasión para hacer negocios, pues este era un espacio en el que los juramentos no podían romperse y las imprecaciones contra los malvados siempre tenían éxito. De hecho, la existencia de lugares así era imprescindible para el funcionamiento de la sociedad árabe, porque ofrecían un entorno neutral donde las belicosas tribus beduinas podían encontrarse sin combatir y en el que era fácil sellar acuerdos y tratos comerciales.

Mahoma conocía bien el santuario, pues su familia pertenecía al linaje de los guardianes de aquel espacio sagrado. Después de su huida a Yatrib (Medina), el Profeta y sus seguidores pudieron regresar a La Meca precisamente en el contexto del peregrinaje anual, y tras el triunfo del islam, Mahoma instituyó el Hajj para mantener la vieja festividad religiosa, transformada y adaptada a la nueva fe.[210] Todo musulmán que pudiera permitírselo debía acudir a La Meca al menos una vez en la vida. Los peregrinos, fueran pobres o ricos, debían vestir prendas blancas, humildes y sin costuras, y abstenerse de cualquier acto sexual o violento, incluso de afeitarse o de cortar una brizna de hierba, mientras se consagraban al rezo y a la realización de los rituales. El momento más importante consistía en dar siete vueltas alrededor del santuario de la Kaaba en el sentido contrario a las agujas del reloj, comenzando desde el lugar donde se encontraba la Piedra Negra, pero también debían visitarse otros lugares sagrados, algunos situados a varios kilómetros de distancia. Por último, los fieles debían mostrar su rechazo a los viejos ídolos arrojando piedras contra un pilar de roca y sacrificando animales, no en honor de antiguas divinidades paganas, sino del nuevo dios único. Tras la Fiesta del Sacrificio, los peregrinos, como habían hecho sus antepasados politeístas antes de ellos, se afeitaban y cortaban el pelo para regresar a su vida cotidiana, tan libres de pecado como el día de su nacimiento.

Estos rituales del Hajj podían extenderse durante casi dos semanas, y durante los intervalos entre las ceremonias era frecuente que los devotos se mezclaran entre ellos. La existencia de una lengua común, el árabe, facilitaba la comunicación, y la emoción compartida de la

experiencia religiosa contribuía a limar las asperezas. Muchos aprovechaban para adquirir algún *souvenir* en los mercados que rodeaban los lugares sagrados. La mayoría se conformaba con un humilde amuleto hecho con arena del desierto, o con una pequeña ampolla de agua del pozo sagrado Zamzam, a la que se atribuían propiedades curativas. En realidad, cualquier producto de La Meca tenía un valor especial, y hasta el cuero tintado local se transformó en un objeto venerable simplemente porque viajaba en las mismas caravanas que un día encabezó el Profeta. Sin embargo, para los más adinerados, también había una buena provisión de mercancías de lujo: en los concurridos bazares de la ciudad santa abundaban la porcelana de China, las especias de la India o los metales labrados de Europa —algunos viajeros del siglo XIX, como el suizo Burckhardt, también informaron de la presencia de vino, de mendigos y de prostitutas—. La mayoría de estos productos eran transportados en grandes caravanas de mercaderes, o arribaban al cercano puerto de Yeda junto al trigo egipcio que servía para alimentar a los fieles, pero muchas mercancías exóticas llegaban de la mano de los propios peregrinos, pues la venta ayudaba a financiar los gastos de un viaje que era, casi siempre, largo y costoso.

Los efectos económicos de esta gigantesca romería anual irradiaban a cientos de kilómetros de distancia de La Meca. Un viajero andalusí del siglo XII comentaba emocionado al contemplar a un grupo de viajeros entre La Meca y Medina que la inmensidad del desierto se quedaba pequeña, que la superficie arenosa se asemejaba a un mar agitado por las olas, y que cuando los devotos caminaban de noche «las antorchas parecían estrellas errantes, capaces de iluminar la oscuridad más profunda y de permitir a la Tierra competir en brillo con las estrellas del Cielo».[211] Estos enormes grupos de fieles, que hacían viajes que podían durar meses, necesitaban guías y acompañantes, monturas y pertrechos, y la asistencia a los peregrinos se convirtió en un negocio lucrativo. La mayoría de los viajeros aprovechaba rutas preexistentes, como los caminos de la seda, y para facilitar sus desplazamientos, los gobernantes siempre podían hacer ostentación de su piedad construyendo posadas y fuertes, ampliando puertos, excavando pozos, levantando puentes y destacando guarniciones de soldados en los tramos más peligrosos del recorrido. Las inversiones en infraestructuras y el constante tránsito de peregrinos incrementaron la comodidad y la seguridad de las rutas, las oportunidades de negocio y el trasiego de mercancías, convirtiendo pequeñas aldeas en prósperos enclaves y multiplicando los intercambios de todo tipo. El dinero abundaba gracias a la compraventa, pero también en forma de limosnas y donaciones, pues ningún poderoso podía esperar el perdón de sus pecados si no

aprovechaba el Hajj para desprenderse de parte de sus riquezas.[212] En todo el califato se aceptaba el dírham de plata, y los dinares de oro, tomados del *solidus* bizantino, comenzaron a emplearse a partir del siglo X. Una vez más, como había sucedido en los tiempos de los monjes budistas, las rutas de la fe y del comercio se mezclaron hasta hacerse indistinguibles.

Convertida en uno de los santuarios más importantes del orbe, envuelta en un halo místico de santidad y dedicada por entero a satisfacer las necesidades de los peregrinos, La Meca debió de parecer a los califas un lugar demasiado solemne para reducirlo a algo tan mundano como la residencia de un líder político. Su ubicación, bastante retirada, también la descartaba como un centro adecuado desde el que gobernar un imperio que crecía de día en día. Los Califas Perfectos prefirieron levantar sus modestas mansiones en el enclave caravanero de Medina, una ciudad venerable por haber servido como refugio al Profeta y acostumbrada al trasiego de gentes y mercancías. Sin embargo, cuando Muawiya (661-680) inauguró la dinastía de los omeyas, optó por trasladar la capital a Damasco. La ciudad siria no solo estaba rodeada de tierras fértiles, también ocupaba un lugar estratégico, a orillas de la Ruta de la Seda, a medio camino entre Anatolia, Mesopotamia, Arabia y Egipto. Además, en aquellos tiempos convulsos de la *fitna* del califato, en medio de los enfrentamientos con la familia de Alí y los jariyíes, Damasco ofrecía a los omeyas un enclave seguro en el corazón de Siria, un territorio donde abundaban sus partidarios y que sentían como propio desde los tiempos de la conquista.

Desde Damasco, los omeyas dirigieron su mirada hacia el oeste: sus califas pusieron cerco a Constantinopla, sometieron a los obstinados bereberes norteafricanos y extendieron los dominios del islam hasta Europa Occidental. Y cuando aquellos descendientes de nómadas del desierto se enfrentaron a la necesidad de dotarse de un arte propio, adecuado a los principios de la nueva fe, emplearon artesanos bizantinos, que cubrieron las nuevas mezquitas de mosaicos y adornaron los palacios con exquisitas pinturas. En cambio, los abasíes, la nueva dinastía que los sucedió en el 750, venían del este. Su rebelión había nacido en el corazón de Mesopotamia, en torno a la colonia árabe de Kufa, y las tropas que les habían dado la victoria se habían alzado en armas en el Jorasán, en el noreste de Persia. Por este motivo, nunca se sintieron cómodos en Damasco, donde todos los grandes monumentos llevaban el nombre de una familia a la que tildaban de impía, y a cuyos hijos y nietos habían masacrado, a traición, en un sangriento banquete. Casi inmediatamente, los abasíes se decantaron por Mesopotamia. Abu al-Abbas al-Saffaḥ (750-754), el primer califa abasí, fijó su residencia en Kufa, a orillas del Éufrates.

Pero su hermano y sucesor, el culto Al-Mansur (754-775), verdadero constructor del califato abasí, prefirió mudarse al norte, a aquella porción de Mesopotamia donde los cursos del Tigris y el Éufrates discurrían más cercanos, y que desde hacía milenios se tenía por el centro mismo de la Tierra; donde se había fundado Babilonia y donde varios imperios —el seléucida, el parto, el sasánida…— habían levantado sus capitales. A 80 kilómetros al norte de Babilonia y a 30 kilómetros de Seleucia/Ctesifonte, nació, en el año 762, Bagdad, o como la llamó su fundador, Madinat al-Salam, la Ciudad de la Paz.

La elección de Al-Mansur no tenía nada de sorprendente. La región, transitada por caminos tan antiguos como la propia civilización, se encontraba a caballo entre Persia y el Mediterráneo. Allí la tierra era fértil y el agua abundante, conducida con diligencia mediante una intrincada red de canales, tan extensa que llegaba a conectar los cursos del Tigris y el Éufrates. Aun así, el asunto era de tanta trascendencia que la divinidad tuvo la delicadeza de confirmar la decisión de los hombres mediante anuncios y profecías. El historiador musulmán Al-Tabari (siglo X) comentaba que el nacimiento de la ciudad se había anticipado ya en libros muy antiguos, redactados por monjes cristianos, y el geógrafo Ya'qubi (siglo IX), bisnieto de un liberto de Al-Mansur, contaba en su *Libro de los países* que el califa experimentó una especie de epifanía cuando escuchó por primera vez el nombre del lugar. Al parecer, el topónimo Bagdad podría provenir de las palabras persas *Bagh*, «Dios», y *Dadh*, «fundada», esto es, «fundada por Dios», y al oírlo, Al-Mansur sintió que Alá lo había distinguido por encima de los demás gobernantes musulmanes, revelándole, solo a él, un emplazamiento privilegiado que se había mantenido oculto a todos sus predecesores. «Esta será —exclamó emocionado— la ciudad más próspera de la Tierra».[213]

Bagdad se levantó en torno a las dos orillas del Tigris, que hubo que conectar con pontones, pues las crecidas imposibilitaban la construcción de un viaducto fijo, y para poner el trazado urbano a salvo de los desbordamientos, las casas tuvieron que construirse sobre un puñado de pequeñas colinas. Asegura la tradición que Al-Mansur movilizó a artesanos de todos los rincones del califato, que mandó derribar el palacio de los reyes persas sasánidas en Ctesifonte para aprovechar sus materiales, y que pidió que se trajeran cinco puertas de hierro de una antigua ciudad olvidada, cuya fundación se atribuía al rey Salomón. Puede que Bagdad fuera una capital joven, pero sus fundamentos tenían un aire convenientemente antiguo y venerable. En su ascenso al poder, los abasíes habían aprendido valiosas lecciones sobre la importancia de los símbolos y el valor de la propaganda. Los nuevos califas levantaron su residencia en la orilla occidental del Tigris, separada del resto de Bagdad por un doble encintado murario.

Este espacio palatino recibía el apelativo de la Ciudad Redonda porque la planta de todo el recinto, incluidas las murallas, era circular. Aunque existían algunos paralelismos cercanos, como la ciudadela de Merv, el diseño era bastante original y tenía un gran poder de evocación. La Tierra era redonda, Mesopotamia ocupaba el centro del mundo y el palacio de los califas se encontraba en el corazón de Mesopotamia, en un punto equidistante de todas las gentes y de todas las regiones, desde donde su poder irradiaría de forma irresistible hasta cubrir por entero el orbe.

En las murallas de la Ciudad Redonda se abrían cuatro puertas, orientadas, vagamente, hacia los cuatro puntos cardinales, y el núcleo del complejo estaba ocupado por una enorme explanada vacía, donde se encontraban la mezquita y la residencia del califa. Esta recibía el poético nombre de Palacio de la Puerta de Oro o Palacio de la Cúpula Verde, porque estaba cubierta por una cúpula de este color —tan alta que podía ser vista desde todos los rincones de Bagdad—, coronada por la figura de un jinete armado con una lanza que, se decía, apuntaba mágicamente en la dirección por la que se acercaban los enemigos del soberano. Bajo el domo, los califas ocupaban un trono elevado, siempre oculto tras una cortina, porque solo los más allegados disfrutaban del privilegio de contemplar el rostro del gobernante y de hablarle en privado. Al-Mansur concentró las dependencias de los principales departamentos de la administración alrededor del palacio, de tal manera que la persona del monarca y los altos funcionarios de su gobierno quedaron escondidos tras las enormes puertas de hierro de la Ciudad Redonda. El califato adoptaba así la forma de una construcción mágica, dotada de engranajes invisibles y que parecía moverse sola, al margen de la injerencia de los hombres, impulsada solo por la voluntad inquebrantable de Dios.

La intimidad no solo aumentaba la aureola de sacralidad del monarca. También le permitía exhibir con cierta discreción sus inmensas riquezas. Por más que los abasíes hubieran llegado al trono criticando la banalidad de sus predecesores omeyas, después de hacerse con el poder los superaron con creces en su gusto por el lujo y la opulencia. Sus palacios se adornaron con tapices de seda y jarrones de porcelana china, y exhibían curiosidades de todo tipo, como naranjos traídos de la India o animales exóticos, que se custodiaban en pequeños zoológicos particulares. Harún al-Rashid (786-809) fue el más célebre de los califas abasíes, protagonista de algunos de los episodios más divertidos de *Las mil y una noches*. La mayoría de estas aventuras transcurrían en las calles de Bagdad, que el monarca recorría disfrazado durante la noche. Mientras vagabundeaba de taberna en taberna en busca de mujeres y vino, procuraba enterarse de qué pensaban realmente sus súbditos, y se entretenía

recompensando a los bondadosos y castigando a los perversos. Naturalmente, Harún al-Rashid también era célebre por su prodigalidad: regaló al emperador Carlomagno un elefante blanco, y para celebrar su boda con Zubaida, la vistió con perlas y rubíes, y le ofreció un banquete como nunca se había presentado a una mujer. Iluminó el palacio con candelabros de oro y lo perfumó con costosísimas esencias. Mandó venir a gentes de todos los rincones y les entregó dinares de oro en bandejas de plata y dírhams de plata en bandejas de oro, bolsitas llenas de ámbar gris y especias, y espléndidas túnicas bordadas. Tras la muerte del califa, cuando sus hijos comenzaron a pelear por su herencia, se descubrió que su tesoro incluía turbantes, perfumes, joyas, plata, oro y un centenar de recipientes de porcelana.[214]

Por fortuna para estos refinados soberanos, los caminos de la seda, revitalizados gracias a la protección del califato, proporcionaban mercancías suficientes para saciar las ansias del coleccionista más exquisito, y Bagdad, que se encontraba en el corazón de aquellas extensas rutas de comercio, se convirtió pronto en uno de los emporios mercantiles más importantes del mundo. Las estepas ofrecían esclavos eslavos y turcos, muy apreciados por su belleza. De China llegaban seda y porcelana, de la India madera de sándalo, diamantes, añil y especias. Y de las cumbres nevadas de los Zagros se traían grandes cantidades de nieve, que se almacenaba para elaborar helados y sorbetes, y refrescar las estancias subterráneas de las grandes mansiones. Pero si había una mercancía apreciada por los abasíes eran las pieles lujosas, que se convirtieron en el signo de distinción por excelencia de la aristocracia califal. Pieles de marta cibelina, ardilla gris, armiño, visón, zorro, marta y castor, acompañadas de ámbar, cera, miel y halcones llegaban en grandes cantidades desde el otro lado del Cáucaso y de las orillas del Caspio, transportados a través de los grandes ríos rusos por los búlgaros del Volga, los jázaros y los varegos, los mercaderes vikingos del este de Europa.[215]

Más allá de los altos muros de la Ciudad Redonda se extendían, hasta donde alcanzaba la vista, los barrios de los artesanos y los mercaderes, y al otro lado del río, en la orilla oriental, las grandes mansiones de los ricos y los palacios de recreo de los califas, con sus campos de polo y sus interminables reservas de caza. El tráfico entre las dos orillas era constante; muchos empleaban los pontones, donde se exhibían, para que sirvieran de ejemplo, los despojos de los ejecutados por orden del califa, pero los más adinerados preferían la comodidad de una miríada de pequeñas embarcaciones adornadas con estandartes e impulsadas por hábiles gondoleros.

Se ignora el número de los habitantes de Bagdad, y las estimaciones de los historiadores varían: los más conservadores consideran que

debía de limitarse a unos pocos cientos de miles, y los más optimistas elevan la cifra hasta dos millones. Estos pobladores eran en su mayoría árabes, escogidos entre los más leales al clan abasí para ser recompensados con tierras y posesiones en la capital, pero también había un buen número de persas llegados del otro lado de los Zagros. Si los omeyas se habían servido sobre todo de trabajadores bizantinos, los abasíes propiciaron la integración de los persas en todos los aparatos del gobierno califal. Los edificios de la nueva capital se cubrieron con cúpulas de inspiración oriental y se adornaron con *iwanes*, grandes espacios delimitados por arcos monumentales que los partos y los sasánidas habían utilizado para hacer más impresionantes sus salas del trono. Con el tiempo, se fueron sumando otras gentes: rudos soldados turcos, mercaderes sirios o sabios llegados de Asia Central. No todos eran musulmanes. Había, zoroástricos, judíos y, sobre todo, un nutrido grupo de cristianos. Bagdad se fundó sobre un pequeño asentamiento en el que ya había un monasterio cristiano, y durante los primeros tiempos del califato abasí los devotos de esta religión pudieron seguir habitando en la ciudad sin ser molestados: la capital contaba con una veintena de iglesias, monasterios y su propio patriarca de la Iglesia de Oriente.

Muchos de estos cristianos, que dominaban el griego, el persa y el siríaco, se emplearon como traductores al servicio de los califas para trasladar las grandes obras de la antigüedad grecolatina al árabe, pues fue en Bagdad donde se completó la transformación de los beduinos nómadas en sofisticados dueños del mundo. Para ello, el contacto con Oriente y Occidente a través de los caminos de la seda proporcionó, casi desde el principio, las herramientas adecuadas. Esta fue una de las primeras grandes ciudades del califato en albergar factorías de fabricación de papel. Los canales de agua daban fuerza a los batanes donde se obtenía la pulpa, y la numerosa población de la urbe debía de proporcionar trapos en abundancia. El papel de Bagdad, del que los musulmanes decían que era el mejor del mundo, se vendía en más de un centenar de establecimientos, alimentaba la gigantesca maquinaria de la administración abasí y se usaba, naturalmente, para copiar libros.

Los primeros califas, como el célebre Harún al-Rashid, mandaron recopilar manuscritos de lugares remotos para nutrir una biblioteca pública, que se convirtió en un lugar de referencia para médicos y astrónomos. Su hijo Al-Mamún (813-833) fundó la Casa de la Sabiduría (Bayt al-Hikma), una institución donde se traducían al árabe obras persas, indias, griegas y romanas, y que contaba con su propio observatorio astronómico. El gusto por las matemáticas y la astronomía era ya algo viejo en el islam; había surgido quizás de la necesidad de calcular con precisión las horas del rezo, la posición de

La Meca y el lugar hacia el que los fieles debían dirigir sus oraciones. Pero el interés por las obras de la filosofía grecorromana no respondía a un mero afán compilador. El califa Al-Mamún fue uno de los grandes patronos del mutazilismo, una escuela del islam que trataba de encontrar respuesta a las preguntas de la fe aplicando la lógica y el pensamiento filosófico heredado de los griegos.

El mutazilismo propugnaba que el Corán no era eterno, sino que había sido creado en un momento determinado del tiempo. En consecuencia, podía ser interpretado o modificado por un califa si este estaba guiado por Dios. Cada jueves, Al-Mamún organizaba debates en los que participaban veinte eruditos, que discutían asuntos de teología y jurisprudencia mientras degustaban suculentos manjares. Los sabios al servicio del califa aseguraban que cada verdad tenía dos caras: una simple, al alcance de la gente común, y otra más elevada, que se desvelaba solo a los ilustrados. El conocimiento permitía a estos disfrutar de un estatus moral superior, en el que lo que estaba prohibido para las personas corrientes, como beber vino o acumular riquezas, a ellos les estaba permitido. El conocimiento se había convertido ya en una fuente indiscutible de prestigio y poder.[216]

En esta Bagdad, culta y refinada, que se sentía heredera del saber de la Antigüedad, se despertó también el deseo de conocer, medir y dibujar la faz de la Tierra, a imitación de los cartógrafos grecorromanos. Al-Mamún ordenó realizar un mapa del mundo a gran escala y a color, con sus tierras y sus mares, sus áreas pobladas y despobladas, sus asentamientos y sus ciudades, dando forma a la más extraordinaria representación de la Tierra que se había realizado nunca, superior incluso a la de los autores antiguos. En su elaboración trabajó uno de los matemáticos más famosos de la Edad Media, Mohamed ibn Musa al-Juarismi (*ca.* 780-850), que había redactado un tratado en el que se especificaba la ubicación de 2.402 localidades, en el que se corregían datos erróneos contenidos en la *Geografía* de Ptolomeo y se añadían otros nuevos.[217] El mundo había crecido mucho desde los tiempos del Imperio romano, pero al pasar los dedos por la superficie de aquellos mapas, los califas podían deleitarse con la inmensidad de sus dominios y con la contemplación de aquellas regiones extrañas que, si Dios quería, pronto les serían entregadas también.

LOS DOCE IMAMES

A diferencia de la «ciudad interior», la «ciudad exterior» de Bagdad no necesitaba murallas —¿quién podría atreverse a atacarla?—, y las grandes avenidas que salían de la capital estaban adornadas con monumentos y estructuras similares a arcos de triunfo. Una de las más importantes era la que abandonaba el casco urbano por el noreste,

entre jardines y mansiones de recreo. Recibía el nombre de Puerta del Jorasán, porque, a través de los caminos de la seda, conducía a esta región del noreste de Persia.

Había sido precisamente en el Jorasán y en Merv, su capital, donde había estallado el alzamiento que condujo a los abasíes al poder. Pero aquella tierra, rica y demasiado alejada de la capital, donde podían encontrarse todavía grandes comunidades de cristianos y zoroástricos, era una fuente constante de problemas para el califato. Por algún extraño motivo, su ambiente mestizo propiciaba el desarrollo de movimientos religiosos de todo tipo, algunos particularmente extravagantes. Muchos habían surgido en torno a la carismática figura de Abu Muslim, el general persa que había encabezado los ejércitos abasíes contra los omeyas. Tras su muerte, sus seguidores formaron una secta sincrética, que mezclaba elementos de varias religiones y se distinguía porque sus miembros vestían prendas de color blanco. En torno al 776, cierto Hashim, oriundo de Merv, que había servido a sus órdenes, se puso al frente de las gentes de blanco y declaró a sus seguidores que él era una nueva encarnación de la divinidad, como lo habían sido en el pasado Adán, Jesucristo, Mahoma o el propio Abu Muslim. Al parecer, como muestra del favor divino, el rostro de Hashim irradiaba un brillo insoportable para los hombres mortales, que obligaba al nuevo profeta a llevar la cara cubierta por un velo verde. Sus críticos aseguraban que lo que realmente tapaba el trozo de tela era el feo semblante del personaje, deformado por una herida de guerra, pero estas afirmaciones no encontraron eco entre sus seguidores, que se referían a él, respetuosamente, como Al-Muqanna, el Velado. Tras alzarse en armas contra los abasíes, los seguidores del Velado, aliados con los turcos, se hicieron con amplios territorios en el Jorasán y la Transoxiana, y los califas necesitaron casi una década para sofocar la revuelta. Al final, viéndose rodeado por tropas enemigas, el Velado mandó envenenar a sus esposas y asesinar a sus sirvientes antes de arrojarse él mismo a un horno ardiendo. Por lo visto, el brillo sobrenatural de su rostro no había sido suficiente para derrotar a sus adversarios.[218]

A pesar de la amenaza que suponían estos pintorescos movimientos heréticos, eran otras minorías religiosas las que preocupaban a los abasíes. Tanto los jariyíes, aquellos «separados» que rechazaban la instauración de dinastías al frente del islam, como los chiitas contaban con bastantes seguidores en el Jorasán. El éxito de unos y otros en la región tenía mucho que ver con la actitud de los árabes hacia los *mawali*, los conversos de otras etnias a la religión musulmana. En el Jorasán, donde la mayor parte de la población era de origen persa, muchos habían adoptado el islam sin conocer con detalle el Corán o los refinamientos de la nueva fe. Los árabes, orgullosos de pertenecer

al pueblo de Mahoma, trataban a estos conversos con cierto desdén y los cargaban con impuestos que ellos estaban exentos de abonar. Los jariyíes y los chiitas prometían a estos *mawali* tolerancia y un trato igualitario, y fueron muchos en Persia y Jorasán los que, atraídos por estas promesas, terminaban por abrazar la causa chiita cuando escuchaban las desgracias de la casa de Alí y el modo en el que su hijo Husayn había sido masacrado en la llanura de Kerbala.

Los abasíes contemplaban a jariyíes y chiitas con enorme desconfianza, no solo por su ascendente sobre la población de Asia Central; con el tiempo se habían desarrollado también algunas diferencias religiosas. La mayoría carecían de importancia. Por ejemplo, los chiitas interpretaban de forma menos restrictiva la prohibición de representar la figura humana o a la familia de Mahoma, y en la literatura persa abundaban las imágenes de Alí, Fátima o su hijo Husayn, el mártir de Kerbala. Sin embargo, había otras particularidades de los chiitas que a los sunnitas les parecía que bordeaban la herejía. Para todos los musulmanes, el Corán, el libro sagrado de la revelación recibida por Mahoma, era la fuente principal de su doctrina religiosa. Pero los chiitas, aunque reconocían su primacía, se referían a los descendientes de Mahoma, a través del linaje de Fátima y Alí, como el Corán que Habla, y concedían a sus enseñanzas un enorme valor. Por eso, cada generación, un descendiente de Mahoma y Alí era escogido como imam, esto es, como «líder» o «modelo». Alí fue el primer imam, y sus hijos, Hasán y Husayn, el segundo y el tercero. Uno de los vástagos de Husayn, superviviente de la masacre de Kerbala, se había convertido en el cuarto. Cada imam seleccionaba a su sucesor entre sus hijos varones, y así se había perpetuado la línea durante casi doscientos años. Los chiitas escuchaban las enseñanzas de estos hombres santos y buscaban su consejo en las cuestiones de fe. Muchos consideraban que, como descendientes del Profeta, los imames tenían también derecho a reclamar el califato, pero las derrotas sufridas a manos de los sunníes habían vuelto prudentes a los miembros de la casa de Alí: evitaban cualquier enfrentamiento abierto con los abasíes y se pronunciaban solo sobre asuntos religiosos. Sin embargo, en el mundo musulmán, la separación entre la religión y el Estado tenía unas fronteras particularmente difusas.

A lo largo de su ajetreada vida, el culto califa Al-Mamún (813-833) tuvo ocasión de conocer muy bien el Jorasán. Pero mientras recorría el camino entre Bagdad y Merv, y se detenía tal vez a rezar en la bellísima mezquita de Damghan (siglo VIII), la más antigua de Persia, es muy probable que los pensamientos del monarca fueran sombríos. Su padre, Harún al-Rashid, había tenido que sofocar varias revueltas en la zona y falleció allí durante una campaña militar. La muerte

sorprendió al legendario gobernante cerca de la ciudad de Tus, en el corazón del Jorasán, cuando Al-Mamún ya era gobernador del territorio. Años atrás, durante una peregrinación a La Meca, Harún al-Rashid había anunciado que dividiría su imperio entre sus hijos. Entregaría la mitad occidental, donde los árabes eran mayoría, a Al-Amin, que había nacido de su esposa principal, una princesa árabe, y las regiones orientales, encabezadas por el Jorasán, donde predominaban los persas, a Al-Mamún, hijo de una concubina persa. La división era una manera de reconocer las enormes diferencias étnicas y culturales de las gentes que habitaban el califato. Al-Mamún debía gobernar como vasallo de Al-Amin, y a la muerte de este, heredar el trono, pero el cadáver del padre estaba todavía caliente cuando los hermanos, que habían jurado ante la Piedra Negra de la Kaaba respetar los deseos de su progenitor, comenzaron a disputarse su herencia. El vencedor, después de una cruenta guerra civil que acabó con la ejecución de su contrincante, fue Al-Mamún. Tras la victoria, el nuevo califa permaneció en Merv, la capital del Jorasán, mientras pacificaba su imperio y se deshacía de los partidarios de su hermano muerto. Este se había apoyado sobre todo en la aristocracia árabe, así que a Al-Mamún le pareció razonable consolidar su posición en torno a los *mawali*, los conversos de origen persa, el grupo al que pertenecían su madre y su maestro, un zoroástrico convertido al islam. La búsqueda de aliados lo llevó a dar un paso inesperado y audaz.

En el 816, ofreció a Ali Reza (*ca.* 765-818), octavo imam chiita, la posibilidad de convertirse en su heredero al frente del califato. La medida, sorprendente, tenía un enorme calado político y religioso. A corto plazo debía proporcionar a Al-Mamún el respaldo de los chiitas, muy numerosos entre los persas y los árabes, y con una presencia notable en la capital, Bagdad. Pero a largo plazo podría haber cerrado la brecha entre las dos grandes corrientes del islam, reconciliando a sunnitas y chiitas, y, de paso, pacificando definitivamente la región del Jorasán. Ali Reza era un hombre prudente cuyo padre y predecesor en el imanato había muerto en una prisión abasí, y que vivía en Medina rodeado de sus seguidores. Recibió con desconfianza la oferta de Al-Mamún, pero aceptó su propuesta de reunirse en Merv para discutir un posible acuerdo. Pronto acercaron posturas: el mutazilismo del califa, que permitía a los gobernantes interpretar o incluso modificar el Corán, encajaba bien con la figura de los imames chiitas, el Corán que Habla.

Sin embargo, cuando la aristocracia abasí supo de la posibilidad de que un chiita se hiciera con el califato, se alzó en contra de Al-Mamún y trató de reemplazarlo, nombrando en su lugar a uno de sus tíos. El califa, alarmado, abandonó inmediatamente Merv camino de Bagdad. Ali Reza, convertido ya en su heredero y casado con una de sus hijas,

lo acompañó. Pero, cuando el cortejo se encontraba cerca de Tus, el líder chíita cayó gravemente enfermo. Se decidió alojarlo a unos 25 kilómetros de la ciudad, en un lugar llamado Sanabad, donde los gobernadores de Tus tenían un palacio. Aquí, apenas unos días después, de forma tan repentina como oportuna, le sorprendió la muerte. Aseguran los contemporáneos que el califa Al-Mamún se deshizo en muestras de dolor, pidió a los familiares del imam difunto que examinaran su cuerpo para certificar que la muerte había sido natural y ordenó que fuera enterrado allí mismo, en Sanabad, muy cerca de donde se encontraba la tumba de su propio padre, Harún al-Rashid. Sin embargo, eran muchos los que pensaban que, por más que la oferta del califa hubiera sido sincera, el octavo imam se había convertido en una carga para él y su muerte allanaba el camino para una reconciliación con sus parientes abasíes. Algunos incluso aventuraban el medio que se habría empleado para colocar la razón de Estado por encima de los afectos personales: unas uvas envenenadas.

Fuera o no el causante de la repentina muerte de Ali Reza, la jugada terminó bien para Al-Mamún. Recuperó el control de Bagdad y se convirtió en uno de los califas más célebres de la dinastía. Por lo que respecta al fallecido, el lugar de su sepultura, junto al palacio de los gobernadores de Tus, comenzó a ser conocido como *mašhad-e Rezâ*, el «lugar del martirio del imam Reza», apelativo que ha dado origen al topónimo de Mashhad. Para finales del siglo IX ya se había levantado un pequeño santuario en torno al sepulcro, y muchos musulmanes chiitas que recorrían la Ruta de la Seda dejaban a un lado la parada de Tus para detenerse allí y rendir homenaje en la tumba del imam. Los peregrinos atrajeron a los mercaderes y a los artesanos, y el santuario se hizo célebre por sus orfebres, que vendían a los viajeros joyas adornadas con pedazos de turquesa de las cercanas minas de Nishapur, porque el verde era el color de la familia de Mahoma y de Alí. Un siglo después de la muerte de Ali Reza, Mashhad ya se había convertido en la principal metrópoli de la región y en una de las grandes ciudades de la Ruta de la Seda.[219]

Los tiempos de tolerancia hacia los chiitas terminaron con la misteriosa muerte de Ali Reza, y la desconfianza abasí se manifestó con especial virulencia en Mesopotamia, en el corazón del califato. El nieto de Al-Mamún, el califa Al-Mutawakkil (847-861), ordenó destruir la tumba de Husayn en Kerbala y arrestar a cualquiera que se atreviera a visitar el lugar. Las mezquitas chiitas de Bagdad se cerraron, y el décimo y el undécimo imam fueron puestos bajo arresto domiciliario en Samarra, donde eran sometidos a una vigilancia severa; al parecer, las criadas de la casa debían informar de cualquier embarazo y especialmente del parto de un varón, acontecimientos que podrían proporcionar herederos a la casa de Alí y nuevos problemas

para los abasíes.

Los imames, incapaces de comunicarse directamente con sus seguidores, se vieron obligados a transmitir sus mensajes a escondidas, empleando una red de agentes y ocultando sus escritos en los enseres domésticos. Finalmente, en el 874, el undécimo imam, Hasán al-Askari, que seguía prisionero en Samarra, enfermó, muriendo poco después. Solo tenía veintinueve años. Al principio, sus seguidores ignoraban si había sido capaz de engendrar descendencia, pero pronto comenzaron a circular rumores de que, antes de morir, había conseguido poner a salvo a su hijo Mohamed, destinado a convertirse en el duodécimo imam. El joven permaneció varios años escondido en una cueva secreta cerca de Samarra, desde donde podía comunicarse con sus partidarios. Sin embargo, era cuestión de tiempo que los soldados del califa abasí dieran con él. Se anticipaba para Mohamed un destino terrible, similar al de sus predecesores.

Perseguida por el infortunio —y por los abasíes—, la estirpe de Alí parecía condenada a desaparecer, y sus seguidores cayeron en un estado de gran agitación y desconcierto. Fue en este momento cuando —aseguran los chiitas— se produjo el milagro. El duodécimo imam entregó un último mensaje a sus partidarios: en lo sucesivo, nadie volvería a verle porque iba a entrar en un estado de «ocultación», fuera del tiempo y el espacio, a salvo de cualquier peligro, hasta el día del fin del mundo. Cuando el final de los tiempos se acerque —sostienen también los chiitas—, se producirán una serie de señales y el mal se extenderá por toda la Tierra. Pero, en ese momento, el imam oculto reaparecerá convertido en el *mahdi*, «el Guiado»; le acompañarán Jesucristo, Mahoma, Alí y Husayn. Bajo la égida del *mahdi*, el ejército de los justos derrotará a las fuerzas del mal y el mundo será devuelto a su pureza originaria. Relegados y perseguidos desde el inicio mismo del califato, los chiitas siempre han contemplado el pasado como un lugar injusto y cruel. Tal vez por eso depositan sus ilusiones en este futuro brillante; aunque tengan que esperar hasta el fin de los tiempos, la causa de Alí prevalecerá.

La mayor parte de los chiitas comparten esa esperanza, y por eso los seguidores de esta variante del islam reciben el nombre de imamíes o duodecimanos. Sin embargo, no todos entre los chiitas eran de la misma opinión, y unos pocos habían desarrollado esta teoría de la ocultación mucho antes, en tiempos del sexto imam. De esta minoría, que llegó a ser tan popular como temida, se hablará con detalle más adelante.[220]

EL RENACIMIENTO PERSA

El califa Al-Mutawakkil no solo persiguió a los chiitas. También limitó la presencia de cristianos y judíos en la administración, e impuso

restricciones a sus actividades. Incluso ordenó el cierre de la Casa de la Sabiduría. En lugar de sabios y traductores, el califato se proveyó de un nutrido grupo de teólogos a los que se encomendó la tarea de definir con precisión la manera correcta de realizar hasta el más mínimo acto de la vida cotidiana para asegurarse de que todo quedaba sometido a los dictados de la ley islámica. En realidad, esta intolerancia religiosa era una muestra de debilidad, una señal de inseguridad política. La dinastía abasí, que apenas llevaba un siglo en el poder, había iniciado ya su lenta e irreversible decadencia. El califato era una construcción demasiado grande y diversa que, una vez agotada la inercia expansiva de las conquistas, se había convertido en un gigante que se desmoronaba a causa de su propio peso. El último gran intento por subsanar sus profundas divisiones étnicas y religiosas había concluido con el reinado de Al-Mamún y la muerte del imam Ali Reza. La sangría de territorios había comenzado por el oeste. Los dominios en la península ibérica se habían perdido a manos de un omeya, que había fundado allí el emirato independiente de Córdoba en los albores del califato abasí, en el año 756. Y algunas décadas después, en medio de la guerra civil que propició su llegada al trono, el califa Al-Mamún se había visto obligado a reconocer la independencia de amplios territorios en el norte de África. Sin embargo, las desafecciones más dolorosas se produjeron en el este.

Desde los tiempos de la conquista, las tierras al este de los Zagros se habían gobernado a través de dinastías locales. Estos clanes conocían el terreno y tenían fuertes lazos de lealtad con los habitantes de la región, así que el califato estaba dispuesto a concederles cierta libertad de actuación a cambio de su vasallaje; bastaba con que entregaran sus tributos y mencionaran a los califas en las monedas y la oración del viernes. Sin embargo, poco a poco, a lo largo del siglo IX, la lealtad de estas dinastías locales hacia el poder central comenzó a resquebrajarse y se multiplicaron los intentos de aprovechar la distancia y los problemas de los abasíes para construir un reino propio en Asia Central. Una de esas dinastías fueron los samánidas (874-999). Recibían este nombre por ser descendientes de cierto Samán Joda, un noble de la Transoxiana convertido al islam a comienzos del siglo VIII. Cien años más tarde, cuatro hermanos, nietos de Samán Joda, ayudaron al califa Al-Mamún a sofocar una de las frecuentes revueltas que sacudían el Jorasán y la Transoxiana, y, a cambio, este les entregó el gobierno de cuatro ciudades, una para cada uno de ellos: Ferganá, Samarcanda, Herat y Shash (Tashkent).

Aunque, en teoría, todavía permanecían en el seno del califato abasí, los hermanos no dudaron en poner los recursos de sus prósperas ciudades al servicio de sus ambiciones personales. Para mediados del siglo IX, Ismail (849-907), hijo de Ahmad, uno de los cuatro hermanos,

ya era dueño de enormes extensiones en la Transoxiana y el Jorasán, que podía gobernar de forma prácticamente independiente. Acababa de nacer un nuevo Estado dirigido por administradores capaces, defendido por un ejército entrenado y próspero gracias a la agricultura y a las redes de comercio. Dueños de algunas de las paradas más importantes de la Ruta de la Seda, como Samarcanda, Bujará o Merv, los samánidas eran capaces de hacer llegar sus mercancías a lugares tan distantes como el norte de Rusia o las costas del Báltico, donde los vikingos atesoraban las excelentes monedas de oro acuñadas por la dinastía.

El ascenso de Ismail, naturalmente, no había sido incruento. El joven samánida se había enfrentado a sus hermanos y a sus tíos, y en la historia de esta dinastía las guerras fratricidas fueron tan frecuentes como las conjuras y los asesinatos.221 Así que, al igual que habían hecho los abasíes, los samánidas buscaron medios para obtener prestigio y legitimidad. No fue difícil: el propio pasado de la región se los proporcionó en abundancia. Los persas eran un pueblo orgulloso. Sus tierras habían albergado grandes imperios siglos antes del nacimiento de Mahoma, y para ellos los árabes eran poco más que una banda de pastores de camellos. El fulminante desmoronamiento del Imperio persa sasánida había sido un acontecimiento doloroso, no solo por la caída de la vieja construcción política, sino por el escaso prestigio de los conquistadores. El islam reemplazó al zoroastrismo y la lengua persa comenzó a escribirse con los caracteres del alfabeto árabe, pero los habitantes de las mesetas iranias no olvidaban los tiempos de gloria de los aqueménidas y los sasánidas. Cuando los samánidas se hicieron con el poder, se presentaron como los sucesores de los antiguos persas, prometieron reeditar el brillo de los imperios caídos y propiciaron un auténtico renacimiento cultural en el país. La mayor parte de los miembros de la dinastía fueron generosos patronos, y su capital, Bujará, podía competir con Bagdad por la abundancia de sus sabios, el tamaño de sus bibliotecas y la belleza de sus edificios públicos. Ismail fue quizás el promotor del delicioso Mausoleo de los Samánidas, un edificio funerario que, todavía hoy, se considera una de las construcciones más encantadoras del patrimonio artístico sogdiano. El nieto de Ismail, el impetuoso Nasr II (914-943), fue el patrono del músico y poeta Rudakí (*ca.* 845-941), originario de Panjikent, en Tayikistán.222 Rudakí fue uno de los primeros literatos en escribir en persa moderno, esto es, en lengua persa, pero utilizando un alfabeto árabe modificado; su estela fue seguida por Ferdousí (940-1020), al que se considera el padre de la literatura persa.


Mausoleo de los Samánidas, siglos IX-X. Bujará.

Ferdousí, «el hombre del Paraíso», nació en el año 940 en las inmediaciones de la ciudad caravanera de Tus, en el Jorasán. Pertenecía a una familia de la pequeña nobleza, que había abrazado el islam para mantener sus privilegios, pero sin renunciar a sus orígenes persas. Estimulado por el esplendor cultural de la era samánida, se propuso contar la historia de los cuarenta y nueve reyes de Persia a la manera de un gran poema épico que comenzaría con la época legendaria de los primeros soberanos y llegaría hasta la conquista musulmana. Decidió hacerlo en persa y no en árabe, que era la lengua culta del momento, y escogiendo los términos con cuidado, para evitar los numerosos préstamos que el árabe había hecho al persa en los últimos doscientos años. Nació así el *Shahnameh*, el *Libro de los Reyes*, una de las creaciones más extraordinarias de la literatura universal. Una historia de monarcas y princesas, de monstruos y paladines, repleta de aventuras, de intrigas cortesanas, de amores desdichados, de banquetes bien regados de vino y de los hermosos paisajes de las tierras de Persia, auténticas protagonistas del relato.

Cuando comenzó su tarea, Ferdousí disfrutaba de la protección de un vasallo de los samánidas. Sin embargo, su patrono cayó en desgracia, fue llamado a Bujará y ejecutado. A partir de este momento, la vida del poeta se convirtió en una sucesión de penalidades. La riqueza familiar se esfumó y, mientras escribía y escribía sin descanso, su salud se deterioraba: le dolían las piernas, le fallaba la vista y hasta se le caían los dientes. A veces, la tarea de

contar las hazañas de los persas le parecía una empresa imposible y tenía que pedir a Dios fuerzas para completarla. (Desgracias similares ha experimentado la autora de este manuscrito que está usted leyendo y que, por más que no pueda compararse con el genial escritor persa, conoce bien las desdichas que lleva consigo la escritura de una obra interminable). Solo después de treinta y cinco años de trabajo, en torno al 1010, los cincuenta mil versos del *Shahnameh* estaban, por fin, terminados, pero Ferdousí se había convertido en un hombre anciano y pobre, dolido por el escaso eco que había obtenido su obra. A su alrededor, el mundo también había cambiado. Los samánidas habían sido reemplazados por los gaznávidas, antiguos esclavos turcos que gobernaban Asia Central desde su capital, Gazni, en Afganistán. Ferdousí hizo un último intento por encontrar un patrono entre estos nuevos gobernantes y viajó hasta allí para entrevistarse con el sultán gaznávida, Mahmud I (971-1030). Pero en la corte afgana el *Shahnameh* fue recibido con frialdad. Casi por cortesía, se le entregó un pago tan pequeño que el poeta utilizó el dinero para asearse, tomarse una cerveza y repartir el resto entre el camarero y el empleado de la casa de baños. Sin embargo, cuando el escritor ya había regresado a Tus, el sultán gaznávida, conmovido al fin por la grandiosidad de la obra, se arrepintió de su racanería y envió un generoso pago a Ferdousí. Este nunca llegó a recibirlo; había muerto al poco de volver. Como era chiita, las autoridades sunníes le negaron la posibilidad de reposar en el cementerio de la localidad y su cuerpo fue enterrado en el patio de su casa. Sus vecinos emplearon el dinero del sultán para construir un caravasar en el camino entre Tus y Merv, a orillas de la Ruta de la Seda.[223]

El último de los sabios de esta brillante era samánida fue Ibn Sina, o Avicena (980-1037), que vino al mundo en Afshona, a unos 20 kilómetros al norte de Bujará. Aunque la vida de Avicena transcurrió entre Hamadán e Isfahán, los años de formación que pasó en la Bujará samánida fueron decisivos para el desarrollo de su vocación como sabio universal. Fue aquí, por ejemplo, donde comenzó a estudiar medicina. Aunque era apenas un adolescente, los médicos del emir lo llamaron a la corte para pedirle su consejo sobre una dolencia del gobernante, que ellos no atinaban a curar. Avicena desplegó su intuición y su sabiduría, salvó la vida del emir y se garantizó el acceso a la biblioteca samánida, donde consultó libros que no volvería a encontrar en ningún otro lugar del mundo.

Sin embargo, su gran descubrimiento no se produjo en la biblioteca real, sino en los bulliciosos bazares de Bujará. El joven disfrutaba vagabundeando por las librerías de la ciudad y, cierto día, tomó un libro al azar en una de ellas. No tenía intención de comprar el volumen, pero el vendedor fue tan insistente y rebajó tanto el precio,

que al final acabó llevándoselo a su casa.[224] Se trataba de una guía, redactada por un autor musulmán, a la *Metafísica* de Aristóteles. Su lectura cambió la vida de Avicena, que, deslumbrado por los hallazgos del estagirita, se esforzaría por incorporar a Aristóteles al pensamiento islámico, buscando un modo de hacer compatibles las enseñanzas del filósofo heleno con las del Corán. Gracias a un descubrimiento casual en una librería de Bujará, la filosofía aristotélica se abrió camino hasta la Edad Media para cambiar los fundamentos intelectuales de Oriente y, sobre todo, de Occidente.[225]

¿Quién no ha oído hablar de Simbad el Marino, el famoso aventurero que vivió en Bagdad en tiempos del califa Harún al-Rashid? Se cuenta de él que nació en una familia adinerada y heredó una gran fortuna, pero que derrochó la mayor parte de sus bienes en placeres y diversiones. Temeroso de verse arruinado en su vejez, Simbad decidió reunir sus ya escasas posesiones, venderlas e invertir el dinero en la que debía de ser una de las actividades más rentables del momento: el comercio. Compró mercancías, las embarcó en un navío, partió de Bagdad siguiendo la corriente del Tigris hasta llegar al golfo Pérsico, y puso rumbo al mar de Arabia y el océano Índico. Fue entonces cuando comenzaron sus aventuras. Atracó en una isla que no era tal, sino una ballena con muy mal genio; descubrió un lugar donde los pájaros eran tan grandes que podían cargar elefantes; encontró valles sembrados de diamantes, vigilados por serpientes negras, grandes como palmeras; perdió su barco a manos de monos-piratas; se topó con un gigante caníbal que fue devorando a sus compañeros hasta que Simbad lo cegó con dos grandes espetones de hierro; arribó a un país donde los maridos acompañaban a las esposas a la tumba si estas morían antes —aunque esto lo descubrió después de casarse—; escapó por los pelos del Anciano del Mar, que se subía a los hombros de los incautos y los obligaba a servirle; navegó por un río de piedras preciosas, tachonado de rubíes y esmeraldas, y llegó, al fin, a un país maravilloso cuyo rey le dio una alfombra para el califa Harún al-Rashid, hecha de piel de serpiente y con la capacidad de curar las enfermedades de aquel que se sentara sobre ella.

Después de salir airoso de todos estos percances, Simbad se había convertido en el hombre más rico de Bagdad. «¿No es verdad —decía— que se nos retribuye a cada uno según nuestro esfuerzo?». Ya anciano, había decidido disfrutar de su posición y dejar atrás los peligros de los viajes. Pero, cierto día, el califa, que lo invitaba con frecuencia a palacio para oírle contar sus aventuras, le pidió que se hiciera a la mar una última vez para encabezar una embajada. La singladura le condujo a la isla más remota de todas, habitada por hombres alados. Volando junto a uno de ellos, el aventurero llegó a atisbar la cúpula del cielo y a escuchar los cantos de los ángeles. Así acabó el séptimo y último viaje del marino, que, después de acariciar con la punta de los dedos la frontera que separaba el cielo del mundo de los hombres, ya no podía navegar más lejos ni contemplar mayores prodigios.

Los episodios de las aventuras de Simbad recuerdan a aquellos lugares comunes de la literatura griega sobre los confines del mundo, en los que también abundaban las riquezas y los animales gigantes. Pero, a comienzos de la Edad Media, los nuevos parajes exóticos, con sus monstruos y sus maravillas, habían comenzado a esconderse en las remotas islas de los mares de Oriente. A partir del siglo VII los califatos se apoderaron de buena parte del recorrido marítimo de la Ruta de la Seda. Esta circunstancia trajo consigo cambios profundos respecto a la Edad Antigua. En el pasado, el mar Rojo y el golfo Pérsico habían estado en manos de dos grandes enemigos, el Imperio romano y el Imperio persa sasánida, y los mercaderes romanos habían empleado la ruta marítima a la India para esquivar los aranceles persas. Pero los califas consiguieron adueñarse de todas estas costas, desde el delta del Nilo hasta los desiertos del sur de Persia, y, como había ocurrido con la Ruta de la Seda terrestre, este particular favoreció los intercambios mercantiles. Los dos recorridos, el terrestre y el marítimo, comenzaron a emplearse de forma coordinada y con todas las ventajas que proporcionaba la unidad religiosa, lingüística y monetaria de la comunidad de los creyentes.[226]

Los mercaderes musulmanes dominaron el Índico durante ochocientos años, y llegaron a perfeccionar de forma extraordinaria todo lo relacionado con la navegación monzónica. Sus barcos eran muy diferentes de los romanos, a los que superaban en velocidad, elasticidad y ligereza. Primeramente, los navíos se construían de forma distinta: en lugar de armar todo el casco al mismo tiempo, empleando un sistema de caja y espiga, con elementos machihembrados, las nuevas técnicas de construcción permitían elaborar primero la cuaderna del barco, a la que se añadían después los tablones que formaban el casco. Todo el armazón se ensamblaba con cuerdas y se impermeabilizaba con grasa o con aceite de ballena. El resultado eran barcos más flexibles, capaces de soportar mejor las torsiones provocadas por la fuerza del viento y del agua.



«La Joya de Mascate». Reproducción de un dhow. Museo Marítimo de Singapur.

Para el casco se solía emplear madera de teca traída de la India, una de las más apreciadas: era ligera, fácil de trabajar, y ofrecía una gran resistencia a los elementos y a los insectos. También hubo cambios en los aparejos. Las enormes velas cuadradas de los trirremes romanos fueron reemplazadas por lonas más estrechas y altas, o por un nuevo paño triangular, conocido como vela latina, que en ciertas condiciones permitía navegar contra el viento. Los árabes equiparon sus barcos con este nuevo tipo de velas, y así consiguieron unas embarcaciones extremadamente ágiles a las que la literatura moderna ha dado el nombre de *dhow*, un término tomado del suajili. El diseño era excelente por su versatilidad. Los *dhow* más pequeños, provistos de una sola vela, podían utilizarse para la navegación de cabotaje o la pesca de bajura. Los más grandes, que tenían dos y hasta tres mástiles, se empleaban para las largas singladuras en alta mar.[227]

La agilidad de los *dhow* permitía optimizar el aprovechamiento de los vientos del monzón. El *Periplo del mar Eritreo* recomendaba a los mercaderes romanos navegar por el Índico en agosto para alcanzar la India en septiembre. Esto les garantizaba vientos fuertes y constantes, pero también les exponía a las tormentas que el monzón provocaba durante los meses de verano. Los musulmanes, en cambio, preferían retrasar un poco su partida y navegar hacia Oriente en septiembre u octubre. En estas fechas, las tormentas habían remitido por completo, y el monzón estaba llegando a su fin: los vientos eran más débiles y podían cambiar de dirección. Sin embargo, los *dhow*, más ágiles que las naves romanas, se las ingeniaban para completar la travesía más rápido y, si era necesario, manteniendo su rumbo incluso con vientos

cambiantes.

La fundación de Bagdad fue otro factor clave. Gracias a su posición privilegiada en el corazón de Mesopotamia, la nueva capital del califato formaba parte tanto de la Ruta de la Seda terrestre como de la marítima, y disfrutaba de una conexión envidiable con el Mediterráneo, el Caspio y el Índico.[228] Eran muchos los comerciantes que, como el avispado Simbad, cargaban sus naves en los mercados de Bagdad y navegaban aguas abajo siguiendo la corriente del Tigris hasta Basora, a orillas del Chat el Arab, el río formado por la unión entre el Tigris y el Éufrates, a unos 40 kilómetros del mar. La singladura por estas aguas solía hacerse en barcazas; los barcos de gran calado rara vez atracaban en Basora, porque en la zona de la desembocadura del río en el golfo Pérsico se formaban peligrosos bajíos que podían hacerlos naufragar. Con el fin de avisar a los marineros, se habían construido en ese lugar tres grandes faros que servían además como torres de vigilancia, desde donde se escudriñaba el horizonte en busca de piratas. Aunque estas aguas pertenecían al califato, la isla de Baréin y la península de Qatar albergaban colonias de forajidos que eran capaces de extender sus correrías hasta las inmediaciones de Basora.

Para evitar estas incomodidades, muchos mercaderes preferían recalar en el puerto de Siraf, en la costa de Persia, no muy lejos de las viejas capitales aqueménidas de Pasargada y Persépolis. Siraf, que se encontraba en un lugar desolado, rodeada de desiertos y encerrada entre las estribaciones meridionales de los Zagros y el mar, dependía por entero de los suministros que le proporcionaba el tráfico marítimo. Aun así, la actividad mercantil era tan provechosa que para el siglo IX se había convertido en una metrópoli bulliciosa, bien provista de bazares, casas de baños y mansiones de mercaderes construidas con maderas exóticas traídas de África y de la India. Gracias a su puerto, los comerciantes de las mesetas iranias eran tan abundantes en el Índico que el persa se convirtió en una de las lenguas francas de aquel océano, del mismo modo que el sogdiano era el idioma del comercio en Asia Central.[229]

Desde Siraf, las embarcaciones atravesaban el estrecho de Ormuz y se adentraban en el golfo de Omán. Los barcos más pequeños, que no estaban preparados para lanzarse a mar abierto, realizaban una navegación de cabotaje a lo largo de la costa meridional de Persia hasta llegar a la desembocadura del Indo y el norte de la India. Aquí debían cuidarse de los feroces piratas del golfo de Kutch, en la costa septentrional del subcontinente,[230] y aquellos que podían permitírselo equipaban sus naves con marineros entrenados en el manejo del fuego griego, una misteriosa sustancia inflamable que los árabes habían obtenido de los bizantinos. Otros ponían rumbo sur, hacia las costas

orientales de África, en busca de esclavos, pieles de animales exóticos y marfil.

Pero los capitanes de los navíos más grandes preferían aprovechar los vientos del monzón para recorrer el mar de Arabia hasta la costa malabar, en el suroeste de la India. Muchos visitaban también Sri Lanka, la antigua Ceilán, a la que daban el atractivo nombre de la isla de los Rubíes, y desde donde se podía poner rumbo sureste para atravesar el estrecho de Malaca. Al otro lado les esperaban las incontables islas de Indonesia, donde los comerciantes musulmanes se abastecían de marfil, de ébano, de oro y, sobre todo, de especias, pues algunas de las más preciadas, como el clavo de olor o la nuez moscada, solo podían encontrarse en este lugar. Por último, los barcos viraban hacia el norte, a las tierras de los jemeres y los champa, en las costas de Camboya y de Vietnam. Las aguas del mar de China Meridional eran muy peligrosas; estaban infestadas de piratas, plagadas de arrecifes y expuestas a los tifones, pero la recompensa merecía la pena, porque al final de aquella larga travesía de 5.000 kilómetros se llegaba al enorme delta del río de las Perlas y al gran puerto del sur de China: Cantón (Guangzhou).[231]

Cuando los primeros mercaderes musulmanes comenzaron a recorrer las aguas de los mares de China, la dinastía Tang (siglos VII-X) se encontraba en la cima de su poder. En aquellos años dorados, sus emperadores se distinguieron por su aperturismo y su interés por el comercio. Los intercambios a lo largo de las costas del norte de China estaban en manos de los habilidosos marineros coreanos, pero la nueva dinastía prestó una atención especial a las regiones del sur, las más alejadas de los viejos centros de poder. El Yangtsé quedó conectado al río Amarillo por una sofisticada red de canales, y los Tang promovieron los desplazamientos de población y la apertura de puertos hasta las orillas del río de las Perlas, en el extremo meridional del Imperio del Centro. Este interés por el tráfico marítimo en el mar de China Meridional no respondía únicamente al deseo de subsanar una vieja desidia. La sangrienta expansión del califato musulmán hasta las tierras de la Transoxiana, a comienzos del siglo VIII, provocó décadas de inestabilidad en la región, dificultando el tránsito de mercancías a través de los caminos terrestres de la Ruta de la Seda. El desarrollo de los grandes puertos del sudeste de China, Hangzhou y Guangzhou, permitía utilizar las rutas marítimas para paliar los problemas que padecía el camino entre el Tarim y el Oxus. El resultado condujo a una era de esplendor en el tráfico marítimo que, por primera vez, permitió conectar de forma fluida el Extremo Oriente con Oriente Medio y el Mediterráneo.

Fue así como Cantón (Guangzhou), en la desembocadura del río de las Perlas, a orillas del mar de China Meridional, se convirtió en uno

de los grandes puertos de Oriente. Sabemos que existía allí un barrio y un mercado abierto a los extranjeros desde comienzos del siglo VIII, y que el número de musulmanes en la ciudad llegó a ser tan alto que los emperadores les permitieron dotarse de un cadí propio, que resolvía sus disputas según los principios de la ley islámica. Eso no significa que quienes quisieran hacer negocio no estuvieran sometidos a la estricta vigilancia de los funcionarios imperiales. Todas las mercancías que se desembarcaban en el puerto pasaban un control aduanero y se guardaban hasta la llegada del último navío mercante de la estación. Estos almacenes estaban hechos de madera y se incendiaban con frecuencia, así que podemos imaginar la impaciencia con la que los comerciantes esperaban el final del verano. Solo entonces podía llevarse a cabo su venta, en la que el imperio se reservaba una especie de derecho de tanteo. Los mercaderes solían reinvertir los beneficios en la compra de nuevo género, pero antes de embarcar las mercancías para el viaje de vuelta, estas eran examinadas de nuevo por las autoridades, que se aseguraban de que ningún barco partía con productos prohibidos, aquellos que por su valor o su rareza estaban vedados para la exportación.

En los cuentos de Simbad, los mercaderes eran siempre gente honrada. Cada vez que se perdía y se separaba de sus mercancías, cosa que sucedía con frecuencia, sus compañeros las guardaban con un celo envidiable; incluso en las ocasiones en las que pensaron que el marino había muerto, dejaron sus propiedades intactas para entregárselas a sus familiares. Sin embargo, en sus relatos, el aventurero no se avergonzaba de recurrir al robo, el engaño o el asesinato con tal de sobrevivir. En circunstancias extremas, incluso el más honesto de los hombres puede verse empujado al crimen. En el año 758, los anales de la dinastía Tang informan de que una banda de *ta-shih* —apelativo utilizado probablemente para referirse a los árabes— y *po-sse* —que debía de ser el etnónimo que los chinos usaban para los persas— había saqueado la ciudad de Cantón, la había entregado a las llamas y se había hecho de nuevo al mar, llevándose un enorme botín. El emperador Tang estaba en ese momento sofocando la revuelta de An Lushan, el protegido turco de la emperatriz, y es posible que estos piratas musulmanes, conocedores de los problemas del Estado chino, aprovecharan la ocasión para multiplicar sus ganancias.[232] Tras el ataque, los emperadores Tang, comprensiblemente ofendidos, cerraron Cantón a los mercaderes extranjeros. Sin embargo, el atractivo del comercio internacional era demasiado grande: en el 792 el puerto se abrió de nuevo, y en el 829 un edicto imperial garantizó la protección de los mercaderes que operaran en Cantón, Fujian y Yangzhou, a orillas del Yangtsé. Medio siglo después, en el 879, cuando los rebeldes que acabaron con la dinastía Tang se apoderaron del puerto

de Cantón, dieron muerte a ciento veinte mil mercaderes extranjeros, entre los que había musulmanes, cristianos, judíos e incluso persas zoroástricos. Por muy abultada que parezca, la cifra estaría cercana a la realidad, porque las autoridades imperiales llevaban un registro cuidadoso de los comerciantes extranjeros para poder cobrarles impuestos.

El interés de las autoridades chinas es comprensible, porque los beneficios del comercio internacional debían de ser gigantescos. En el golfo Pérsico, era tal la cantidad de mercancías que pasaba por los puertos que los mercaderes acumulaban auténticas fortunas, y se sabe de un cierto Ramisht, originario de Siraf, que, en un solo viaje a China transportó mercancías por valor de medio millón de dinares.[233] Gracias al comercio con Oriente, se hizo tan rico que pudo exhibir su piedad en el santuario de La Meca mandando construir un albergue para peregrinos, reemplazando un surtidor de plata por otro de oro y cubriendo el recinto de la Kaaba con un paño nuevo, hecho con una valiosa tela proveniente de China. Tras su muerte, en 1140, el generoso benefactor fue bendecido con el inmenso privilegio de ser enterrado en la ciudad santa.

Ramisht era millonario y poseía varios barcos, pero el comercio con Oriente también estaba al alcance de inversores más modestos. La mayor parte de los mercaderes alquilaba un espacio en navíos ajenos para cargar sus mercancías, o formaba sociedades con las que financiaba los gastos de la expedición. Los capitanes de estos barcos maximizaban los ingresos aceptando además pasajeros. Los musulmanes que vivían en las costas del Índico necesitaban pasaje para viajar a La Meca y realizar el Hajj, y los anales chinos están repletos de historias sobre monjes budistas que se embarcaban en naves persas o árabes para visitar los monasterios de la India en busca de reliquias y sabiduría.[234]

Sin embargo, la navegación oceánica era una empresa no exenta de riesgos e inconvenientes. El primero era la propia duración del viaje: cubrir el trayecto entre las costas del golfo Pérsico y el puerto de Cantón requería más de seis meses. Los mercaderes que hubieran cruzado el estrecho de Ormuz a finales del verano podían contar con llegar a China solo a comienzos de la primavera del año siguiente. Además, los vientos adecuados para regresar a casa no comenzaban a soplar en el mar de la China Meridional hasta octubre, así que los barcos debían pasar todo el verano esperando. A continuación, empleaban el otoño para llegar hasta la India y, desde el subcontinente, podían servirse del monzón del invierno para regresar a su hogar en Persia y Mesopotamia. En total, la travesía de ida y vuelta podía durar hasta año y medio, y no debían de ser muchos los barcos que realizaran un periplo tan largo y peligroso. Como ocurría

con la Ruta de la Seda terrestre, las mercancías se compraban y se vendían varias veces a lo largo del trayecto, y los grandes mercaderes contaban con agentes destacados en los puntos más importantes del recorrido. Cada venta era un triunfo, porque la valiosa carga podía perderse de mil maneras: la ruta estaba plagada de piratas y los barcos, que iban casi siempre abarrotados de pasajeros y mercancías, podían naufragar a causa de los arrecifes, los tifones, las tormentas, por una mala distribución de la carga en la bodega o, simplemente, porque el capitán perdía el rumbo en alta mar.

Buzurg fue un capitán proveniente del sur de Mesopotamia que vivió en el siglo X. Como muchos marineros, era un hombre muy aficionado a las historias, y recopiló más de un centenar que le habían sucedido a él, o que había oído contar a otros, en una obra titulada el *Libro de las maravillas de la India.*[235] En uno de los relatos, Buzurg contaba la historia de cierto Abharah, un persa que, gracias a su talento, había ascendido de humilde pescador a capitán, y había ido y vuelto a China siete veces. Sin embargo, bastó un mal cálculo de las mareas para que acabara a la deriva en un pequeño bote en el mar de China Meridional. Fue rescatado por otro barco mercante, donde se le ofreció inmediatamente trabajo, considerando que su experiencia tenía un valor incalculable. Así fue: los conocimientos de Abharah salvaron al navío de la catástrofe y permitieron a su tripulación llegar sana y salva a China.

Pero no todas las historias terminaban bien. Buzurg también mencionó a cierto capitán de origen judío que, después de completar una primera travesía hasta China, murió en las costas de Sumatra cuando trataba de repetir la hazaña. A veces, el cruel océano se llevaba por delante flotas enteras. En el 717, un monje budista del sur de la India viajó desde Sri Lanka hasta Sumatra en un convoy de treinta y cinco barcos persas, pero la expedición acabó en tragedia: la mayor parte de los navíos se hundió en el mar. Cada uno de estos naufragios dejaba tras de sí dolor y desolación. Maimónides (1138-1204), el sabio judío de origen cordobés, contaba cómo su hermano David había usado parte de la fortuna familiar para hacer negocios en el mar Rojo, pero, decepcionado por el escaso margen de beneficios, prefirió embarcarse rumbo a la India. La muerte lo sorprendió en el océano Índico; dejaba una familia y unos socios arruinados, un hermano sumido en la depresión, una esposa viuda y una hija huérfana.[236] Sin embargo, a veces, solo a veces, un naufragio puede constituir también un tesoro de valor incalculable.

EL PECIO DEL MAR DE JAVA

En 1998, un grupo de indonesios pescaba pepinos de mar a unos tres kilómetros de la isla Belitung, en el mar de Java. Todavía hoy es una

actividad peligrosa. Los pescadores tienen que sumergirse, nadar hasta el fondo y recoger uno a uno estos curiosos animales. No son raros los ahogamientos. Algunos mueren en el agua, atrapados en el fondo marino, pero otras veces el pescador fallece al poco de alcanzar la superficie por haber sucumbido a la tentación de ascender demasiado rápido. Sin embargo, el pepino de mar es muy apreciado en el sudeste asiático y China, y para los habitantes más pobres de la costa los beneficios compensan el riesgo. Aquel día de 1998, a los peligros habituales de esa pesca se sumó algo diferente. Los submarinistas vieron algo extraño en el fondo, una especie de túmulo que se levantaba casi un metro sobre el lecho marino. Al examinarlo más de cerca descubrieron, sorprendidos, gran cantidad de recipientes de cerámica atrapados en un arrecife de coral. Se dieron cuenta de que aquellos objetos tenían que ser muy antiguos para haber quedado incrustados en la barrera coralina, pero, aun así, la mayoría parecían todavía intactos. Inmediatamente se extendió la noticia del hallazgo, y el lugar, muy cercano a la costa, comenzó a ser visitado por curiosos y saqueadores, obligando a las autoridades indonesias a tomar medidas para asegurar el yacimiento. Cuando por fin llegaron los investigadores se toparon con uno de los hallazgos más espectaculares de la historia de la arqueología submarina. Decenas de miles de objetos cubrían el fondo del mar. Pertenecían a un barco que se había hundido a comienzos del siglo IX —poco después del año 826—, y que acababa de convertirse en la embarcación más antigua de Oriente Medio hallada hasta el momento en Asia.[237]

El navío naufragado no era muy grande. Medía unos 18 metros de eslora y 8 de manga, pero la bodega contaba con una altura de 3 metros y capacidad para más de 25 toneladas de carga. Lo impulsaban dos grandes velas de forma rectangular, altas y estrechas. Había sido construido en la India o en el golfo Pérsico, con madera de teca, palisandro y coníferas de gran calidad, y técnicas propias de los astilleros árabes; estos no empleaban clavos o juntas de madera para ensamblar los tablones del casco, sino grandes cuerdas bien tensadas. El barco había salido de alguno de los puertos del golfo Pérsico y había navegado hacia China, probablemente hasta Cantón, aunque no se descarta que hubiera arribado más al norte, quizás a Hangzhou, cerca de Shanghái. Al llegar a China, había vendido su carga, cuyo contenido desconocemos. Se sabe que los mercaderes musulmanes transportaban a los puertos del Imperio del Centro mirra, incienso, vidrio, metal, marfil, algodón, aceite, especias y maderas aromáticas, así que es probable que su primera carga contuviera una mezcla de todo esto. Después, llenó de nuevo sus bodegas, esta vez con mercancías chinas: objetos de cerámica, espejos de bronce, delicadas piezas de metales preciosos… Casi con seguridad debió de embarcar

también seda, pero este tejido no sobrevive bajo el mar y no ha llegado hasta nosotros. En cualquier caso, las mercancías que llevaba eran tan valiosas que es poco probable que fueran propiedad de una sola persona. Seguramente pertenecían a un consorcio de mercaderes y navegantes con los contactos suficientes como para llevar a cabo empresas de tanta envergadura.

Cargado hasta los topes, el navío abandonó China y puso rumbo al sur. Su destino final debía de ser alguno de los puertos del califato en el golfo Pérsico o la península arábiga. Sin embargo, cuando estaba recorriendo las inmediaciones del estrecho de Malaca, se hundió en el mar de Java. Se ignoran los motivos del naufragio; quizás una tormenta lo hizo chocar con el mismo arrecife de coral en el que se encontraron sus restos. Lo único seguro es que el hundimiento fue muy rápido, pues los marineros no tuvieron tiempo de arrojar la carga al mar para aligerar el peso de la embarcación. Durante dos campañas de trabajo, entre 1998 y 1999, los investigadores recuperaron más de sesenta mil objetos del fondo marino, que han proporcionado inestimable información sobre cómo era la vida a bordo de estos barcos y cómo funcionaba el tráfico marítimo de mercancías.

No se han encontrado restos humanos. Es posible que los marineros, que debían de rondar la decena, huyeran en uno de los pequeños botes que solían acompañar a estas embarcaciones; con un poco de suerte pudieron ganar la orilla o fueron recogidos por otro navío. La mayoría debía de estar en la cubierta cuando sucedió la catástrofe. La mercancía ocupaba todo el espacio disponible en la bodega, y la tripulación, considerada menos valiosa, solía verse obligada a permanecer en el exterior, expuesta a los elementos. Aunque el barco procedía de Oriente Medio, es muy probable que los marineros tuvieran un origen multiétnico. En el pecio han aparecido materiales para hacer tinta provenientes de China, cucharas y lucernas características del sudeste asiático, objetos de la India o de Arabia… Prácticamente de todos los lugares en los que el barco hacía escala. A causa de la larga duración de la travesía, de los encuentros con los piratas, las tormentas y los tifones, es probable que una parte de los tripulantes muriera por el camino, y sus sustitutos eran reclutados sobre la marcha en los puertos de la ruta, escalas en las que era imprescindible mantener buenas relaciones con las autoridades. Escondidas en algún lugar de la bodega del buque, se encontraron catorce jarritas de plata, que posiblemente contuvieron cosméticos y medicinas. Junto a ellas, también había piezas pertenecientes a una vajilla de lujo: vasos y platos hechos de oro o una jarra de plata para el vino. Las jarritas tal vez tenían una utilidad diplomática: quizá se regalaban a los gobernantes de las regiones por donde pasaba el barco, mientras que la vajilla serviría para agasajar a invitados de

postín en los puertos donde se atracaba. Este tipo de detalles ayudaban a agilizar trámites y negociaciones de todo tipo.

Por lo que respecta a las mercancías, el pecio contenía un buen número de piezas de metal: monedas de bronce, lingotes de plomo y de plata, una lámina de oro y veintinueve espejos chinos. También había especias. En la bodega se encontraron ánforas llenas de anís estrellado, que se usaba para prevenir los gases y facilitar la digestión. Sin embargo, la carga principal del barco hundido en Belitung eran los recipientes de cerámica. La mayor parte, unas cincuenta y cinco mil piezas, estaba formada por lo que los expertos llaman cerámica changsha. Esta cerámica se elaboraba en el sur de China, era barata y muy popular en el sudeste asiático, y estaba destinada a venderse en esta región para comprar allí especias, como la nuez moscada y el clavo que se recolectaban en las Molucas. Para agradar al tipo de público al que iban destinadas las piezas, los artesanos chinos emplearon motivos de clara influencia hindú y budista, como las esvásticas. Uno de estos recipientes es el que ha permitido datar el barco, pues lleva la fecha del último año de gobierno del indolente emperador Jingzong de los Tang, que reinó, brevemente, entre el 824 y el 826.

En cambio, los recipientes más valiosos tenían como destino la zona de Persia y Mesopotamia. El navío transportaba unas doscientas piezas de cerámica yue, cuyo vidriado de color verde era considerado por los chinos el súmmum de la elegancia y el más adecuado para beber té, pues el color de la pieza resaltaba el de la bebida. También había doscientos recipientes de cerámica gongxian, que se producía en la provincia de Sichuan, en el interior de China, y tenía una decoración característica, en tonos verdes y azules, muy demandada en Oriente Medio. Al parecer, habían sido los ceramistas de Basora los primeros en emplear el óxido de cobalto para decorar sus piezas con un tono azul muy característico por su luminosidad y su viveza. Los artesanos chinos, al observar el éxito de este color tan especial, comenzaron a importar cobalto persa y a usarlo en sus propias producciones para venderlas con más facilidad, y probablemente a mayor precio, a los súbditos del califato abasí. Por último, los objetos más caros de todo el barco, al alcance solo de los compradores más selectos, eran trescientas piezas de valiosísima porcelana xing. Este tipo de porcelana, uno de los más antiguos, comenzó a producirse bajo la dinastía Tang, cuando se desarrollaron hornos capaces de alcanzar temperaturas lo bastante altas (1.300 grados) como para obtener el vidriado del blanco más puro. La porcelana resultante presentaba un color brillante y esponjoso, muy similar al del jade blanco, que los poetas Tang equiparaban «al brillo de la plata y la blancura de la nieve».

La presencia de una cantidad tan grande de cerámica en la bodega del pecio no sorprendió a los investigadores. Por primera vez en la historia de la Ruta de la Seda, el desarrollo del recorrido marítimo facilitó la distribución de un tipo de mercancía que, hasta el momento, había desempeñado un papel secundario. Los objetos de cerámica eran pesados, frágiles y difíciles de almacenar, por lo que no resultaban adecuados para las recuas de mulas o de camellos bactrianos. Las caravanas que viajaban por los caminos terrestres preferían las mercancías ligeras y resistentes, como la seda, el incienso o las especias. En cambio, las grandes bodegas de los barcos eran perfectas para el transporte a larga distancia de los recipientes cerámicos. La apuesta de los Tang por el mar y el dinamismo de los ambiciosos mercaderes musulmanes impulsaron la llegada de la cerámica china a Oriente Medio y el Mediterráneo, generando en las élites de estas regiones una auténtica pasión por las creaciones orientales: acababa de comenzar la fiebre de la porcelana.

Los entresijos de la producción de este «oro blanco» eran uno de los secretos mejor guardados del Imperio del Centro y estaban íntimamente relacionados con el origen mismo de su civilización. Todo comenzó con el *loess*, esa tierra arcillosa de color pajizo que los vientos arrastran desde el desierto de Gobi y que ha dado nombre al río Amarillo. Además de un fertilizante natural para las llanuras agrícolas del país, el *loess* proporcionaba varias cosas. Por un lado, los «hornos dragón», excavados en su superficie densa y arenosa, podían superar con facilidad los 1.000 grados de temperatura. Los chinos llegaron a convertirse en auténticos maestros en el manejo de estos hornos, lo que les permitió, por ejemplo, elaborar objetos de hierro fundido cientos de años antes que los europeos. Pero, para soportar las elevadas temperaturas del metal líquido eran necesarios unos moldes particularmente resistentes, porque la mayor parte de las arcillas se deshacen si la temperatura supera los 1.000 grados. Por fortuna, el *loess* también proporcionaba arcillas muy compactas, perfectas para elaborar los moldes que daban forma a los objetos de hierro fundido o para cocer figuras de terracota de gran tamaño, como las que se encontraron en la tumba del Primer Emperador. El desarrollo de los hornos de alta temperatura, de la metalurgia del hierro fundido y de las producciones cerámicas de gran calidad corrieron de la mano desde el comienzo de la historia de China. Pero para producir porcelana hacía falta algo más.

En algún momento en el segundo milenio a. C., los chinos descubrieron en el corazón de su territorio un tipo particular de arcilla blanca llamada caolín, que no solo confería a la cerámica un bellísimo color blanco, sino que también soportaba la cocción a altas temperaturas en los hornos dragón, lo que permitía mejorar la calidad

tanto de la pieza como del vidriado. Durante cientos de años, los artesanos chinos experimentaron con el caolín: variaron la temperatura, la oxidación, los elementos que se mezclaban con la arcilla para provocar el vidriado… Estas primeras producciones, que se asemejan al gres por su dureza y baja permeabilidad, reciben el nombre de protoporcelanas. A este grupo pertenece, por ejemplo, el celadón, un tipo de cerámica muy apreciado que se distinguía por una bonita tonalidad verdosa. Finalmente, parece que ya en época Tang, los artesanos descubrieron que, si añadían una cantidad precisa de feldespato y cuarzo al caolín, y elevaban la temperatura de cocción por encima de los 1.250 grados, todos los elementos se fusionaban de manera perfecta, formando un material completamente nuevo, único por la singularidad de sus cualidades. El resultado era una pieza tan ligera como resistente, de color blanco brillante, con una superficie lisa, de tacto sedoso, que producía un sutil tintineo metálico al ser golpeada y que, si era lo bastante fina, dejaba pasar la luz del sol. Tras un largo proceso que había durado siglos, los chinos acababan de inventar la porcelana.[238]

Los habitantes del Imperio del Centro fueron los primeros en quedar fascinados por el hallazgo. El proceso de elaboración de las piezas se convirtió en un arte que se transmitía de maestro a discípulo y estaba rodeado de un halo de misterio y solemnidad. El particular aspecto vaporoso de la superficie de la porcelana y el sonido metálico que emitía al golpearla recordaban al jade, la piedra semipreciosa del Taklamakán, que los chinos asociaban con la luz de la luna y la búsqueda de la inmortalidad. Los cuencos de este material se convirtieron además en los preferidos para tomar el té y quedaron asociados a su consumo. En la época Tang, el té llegó a ser una bebida muy popular, a la que se atribuían propiedades medicinales y de la que se decía que aquellos que la tomaban enfermaban menos que el resto. El secreto estaba probablemente en el método de elaboración de la tisana, porque para preparar el té era necesario hervir el agua, y esto, en una época en la que las enfermedades transmitidas por pozos y ríos contaminados eran muy comunes, debía de repercutir favorablemente en la salud de los que lo consumían. La porcelana, por su parte, también tenía propiedades profilácticas: su superficie lisa e impermeable prevenía la acumulación de bacterias, tan habitual en los recipientes de madera, metal o cerámica de menor calidad.

Las primeras producciones de porcelana debieron de ser muy limitadas, y estaban restringidas a la familia imperial o a los miembros más altos de la aristocracia. Pero, poco a poco, a medida que aumentaba la habilidad de los artesanos y el número de hornos dedicados a su elaboración, la demanda comenzó a crecer y surgieron centros especializados donde se fabricaban grandes cantidades de

piezas destinadas a la exportación. Fue así como surgió la célebre Ciudad de la Porcelana: Jingdezhen. Esta localidad, en el corazón de China, disfrutaba de dos características únicas. Por un lado, se encontraba situada junto a un enorme yacimiento de caolín que, además de ser de gran pureza, se presentaba allí asociado a un tipo de roca blanda muy rica en feldespato, uno de los materiales que facilitaban el vidriado de la pieza. La porcelana de Jingdezhen tenía, por tanto, una calidad excepcional. Por otro lado, la ciudad se encontraba cerca de la corriente del Yangtsé y no muy lejos del puerto de Hangzhou, que al igual que Cantón formaba parte del recorrido marítimo de la Ruta de la Seda. La buena conexión con el mar permitía a sus artesanos acceder al cobalto persa, que utilizaban para dar a sus piezas una decoración distintiva de motivos azules sobre fondo blanco, para después exportar sus producciones a Oriente Medio, el Mediterráneo y Europa. Para el siglo XVI había en Jingdezhen más de mil hornos de porcelana, donde se afanaban unos setenta mil artesanos, en lo que fue uno de los complejos preindustriales más grandes del mundo.

Cristianos y musulmanes estaban completamente fascinados por aquella cerámica tan singular. ¿Cómo era posible que un recipiente, hecho de arcilla, fuera al mismo tiempo sonoro como el metal, duro como la piedra y suave como la seda? Unos y otros se afanaron por descubrir los secretos de su fabricación y trataron de emular sus características, siempre sin éxito. Las imitaciones se convirtieron en algo frecuente y no hubo una región del mundo donde llegara la porcelana que no intentara copiar su aspecto. En Nishapur, la ciudad de las minas de turquesa, se reproducían los colores y los diseños de las piezas más populares de la era Tang. Los excelentes ceramistas de Samarra probaron a replicar el blanco de la porcelana de Jingdezhen aplicando barbotina de ese color sobre las piezas, y en Basora, artesanos al servicio de la aristocracia abasí trataron de obtener porcelana xing usando su amarillenta arcilla local, sin conseguir nunca el mismo efecto.

Los europeos, que comenzaron a adquirir grandes cantidades de porcelana tras la fundación de Macao y de Manila, en la segunda mitad del siglo XVI, enviaron espías a la corte imperial y contrataron sabios versados en el arte de la alquimia. Pensaban que, para conseguir efectos tan singulares, los chinos debían de mezclar la arcilla con materiales exóticos, como cuerno de rinoceronte o piedras preciosas, y convertir la cerámica en porcelana les parecía tan difícil como transmutar el plomo en oro. Todo fue en vano, y durante más de ochocientos años los chinos mantuvieron su valioso secreto. Solo a comienzos del siglo XVIII, tras años de investigaciones, un joven sabio contratado por el príncipe Augusto II de Sajonia consiguió dar, al fin,

con el secreto de la arcilla blanca. El hallazgo permitió fundar en Meissen (cerca de Dresde) la primera factoría de porcelana del continente europeo, cuyas piezas llevaban un sello característico que garantizaba su autenticidad. Aun así, la porcelana china conservaba todavía un aura de calidad tan abrumadora que los europeos siguieron importándola, y las fábricas del continente elaboraban sus producciones siguiendo modelos orientales para satisfacer a sus clientes, que se resistían a comprar piezas que no tuvieran el aspecto tradicional de las cerámicas chinas.[239]

Recostados sobre cojines de seda, vestidos con pieles de armiño, alimentados con manjares especiados servidos en recipientes de porcelana y aislados de los problemas del mundo por los muros de la Ciudad Redonda de Bagdad, los califas abasíes perdieron pronto su ardor guerrero. Para mediados del siglo IX, la dinastía que había llegado al poder enarbolando la bandera del rigorismo religioso y la sobriedad de las costumbres se había abandonado con indisimulado entusiasmo a los mismos pecados que un día criticara en los omeyas. Si no despertaron una nueva oleada de indignación popular fue porque en esto no se diferenciaban mucho de sus propios súbditos. Las riquezas de sus dominios habían transformado a los fieros beduinos de Arabia en una élite de refinados aristócratas y laboriosos mercaderes, y en aquel imperio próspero, que descansaba plácidamente sobre los beneficios de la artesanía y el comercio, cada vez resultaba más difícil encontrar soldados que defendieran sus fronteras.

Como muchos otros antes —y después— de ellos, los califas abasíes se volvieron entonces hacia la estepa, aquella fábrica de gentes que siempre estaba dispuesta a arrojar nuevos pueblos sobre las tierras de sus vecinos; alguno bien podría poner su legendaria habilidad militar al servicio de los musulmanes. Los habitantes del califato estaban bastante familiarizados con los nómadas de las llanuras de Asia, y no solo por cuestiones de vecindad. En los mercados de Bagdad se vendían muchos esclavos turcos, que eran capturados en Asia Central por los jázaros o los samánidas, y llegaban a la capital califal a través de la Ruta de la Seda, pasando por Mashhad, Nishapur y Teherán. El tráfico de esclavos de la estepa era tan lucrativo que se convirtió en una de las principales fuentes de ingresos de la dinastía samánida, y sus ganancias financiaron el esplendor cultural de su capital, Bujará. El califa Al-Mamún (813-833), que gobernaba la región del Jorasán cuando se enfrentó a su hermano en una guerra civil, echó mano de este reservorio inagotable de personas y fue el primero en servirse de guerreros-esclavos de origen turco para acceder al trono. Su sucesor, su hermano Al-Mutásim (833-842), que había nacido de la unión de Harún al-Rashid con una concubina turca, fue más allá y formó un ejército personal integrado exclusivamente por jinetes llegados de la estepa.

Depositar la seguridad del califa en paganos extranjeros que ni siquiera sabían hablar correctamente árabe tenía sus ventajas. Los guardias turcos eran leales al soberano, vivían en barrios separados

del resto de la población y formaban sus propias familias con esclavas traídas, como ellos, de la estepa. Hombres así podían emplearse con contundencia contra enemigos externos e internos, con la confianza de que no iban a verse envueltos en intrigas cortesanas o a dejar influir por líderes religiosos. Pero el favor del califa volvió orgullosos a los turcos, que comenzaron a pasearse por Bagdad exhibiendo las rudas costumbres de la estepa. Este comportamiento desagradaba a los habitantes de la capital y provocó un rechazo visceral hacia los recién llegados, que en realidad escondía una preocupación más profunda: los árabes empezaban a tener la inquietante sensación de que estaban perdiendo el control del imperio que ellos mismos habían creado, no solo a manos de los persas, sino, y esto era mucho más humillante, de toscos bárbaros llegados de Asia Central. Las cosas se pusieron tan tensas en Bagdad que Al-Mutásim se vio obligado a alejar a su guardia de esclavos turcos de la capital y trasladó su residencia aguas arriba del Tigris, a unos 100 kilómetros al norte, hasta la ciudad de Samarra.

Samarra, un topónimo que podría traducirse más o menos como «aquel que la ve se regocija», fue la capital abasí entre el 836 y el 892, durante los reinados de siete califas. Al-Mutásim no tenía el ojo de sus antepasados para la fundación de ciudades, y Samarra carecía del atractivo comercial de Bagdad. Pero, gracias a la generosidad de los soberanos, pronto pudo rivalizar con esta por la riqueza de sus palacios, el tamaño de sus jardines y la opulencia de sus casas de oración. Entre todas destacaba la mezquita del viernes, que tenía suelos cubiertos de mármol y paredes decoradas con azulejos vidriados. Parece que su construcción fue ordenada por el califa Al-Mutawakkil (847-861), que pudo ser también el responsable de la erección del célebre minarete helicoidal, uno de los edificios más fascinantes de la época. Su elegante diseño respondía a exigencias del gobernante: la gigantesca torre, que tenía más de 50 metros de altura, debía ser lo bastante alta para que la llamada a la oración se escuchara por toda la ciudad. La importancia concedida a la mezquita de la nueva capital era una declaración de intenciones. Al-Mutawakkil, que cerró la Casa de la Sabiduría de Bagdad y persiguió a cristianos y a chiitas, trataba de devolver al califato las esencias de sus orígenes con la esperanza de que, si exhibía la misma devoción rigorista de sus primeros gobernantes, sería capaz también de igualar sus logros políticos y militares.

Mientras levantaba mezquitas y minaretes, y trataba de imponer una ortodoxia religiosa rescatada de tiempos pasados, el piadoso Al-Mutawakkil también buscaba nuevos aliados. Se había dado cuenta de hasta qué punto los califas se habían convertido en rehenes de sus propios esclavos, y comenzó a apartar a los turcos de los puestos de responsabilidad. Fue un error fatal. Los jinetes de la estepa vivían de

los subsidios que les proporcionaban los monarcas, y no estaban dispuestos a perderlos. En el 861, un puñado de turcos irrumpió en el palacio que el soberano tenía a orillas del Tigris y sorprendió al devoto Al-Mutawakkil disputando una competición de bebida con su consejero favorito; los dos fueron asesinados allí mismo. Los magnicidas habían contado con la inestimable colaboración de uno de los hijos del califa, que esperaba que la muerte de su padre le permitieran alcanzar el trono, pero se equivocaba. El homicidio provocó diez años de anarquía y el caos fue aprovechado por otros esclavos, los zanj, hombres traídos de África para trabajar en espantosas condiciones en las plantaciones de azúcar del sur de Mesopotamia. Se rebelaron en el 869, destruyeron algunos barrios de Bagdad y asaltaron Basora, privando a la vieja capital califal de su preciada conexión con el mar.

El califato abasí nunca se recuperó del golpe y comenzó a desmoronarse a una velocidad pavorosa. Por un lado, viejos adversarios regresaron con fuerzas renovadas. En la península ibérica, el emir andalusí, descendiente de los omeyas, Abderramán III (912-961) se atrevió a proclamarse califa en el año 929, dando un paso que sus antepasados siempre se habían abstenido prudentemente de dar. En el Mediterráneo oriental, el Imperio bizantino había superado su crisis iconoclasta y estaba entrando en su segunda Edad de Oro. Gobernado por una nueva estirpe de emperadores capaces, la dinastía macedónica, los bizantinos recuperaron Creta, se aseguraron el dominio de Chipre, superaron las alturas del Tauro y, por primera vez en siglos, penetraron en Siria para apoderarse de la vieja capital romana en la región, Antioquía.

Pero las mayores preocupaciones para los abasíes vinieron de la mano de rivales mucho más inquietantes. En el norte de África, en el actual Túnez, Ubayd Allah, un chiita llegado de Siria que se decía descendiente de Alí y de Fátima, se proclamó califa e imam en el año 909. Inauguraba así una nueva dinastía musulmana, la de los fatimíes, que tomó su nombre de la supuesta ascendencia de su fundador. Ubayd Allah era un hombre de miras muy amplias, que no iba a conformarse con ser un simple califa, sobre todo cuando ya había varios en el mundo. Declaró que los abasíes eran unos usurpadores que habían arrebatado lo que era suyo a la casa de Alí y aseguró que él era el *mahdi*, el líder perfecto guiado por Dios y esperado por los chiitas. El mensaje milenarista de los fatimíes, que anunciaba la llegada de una nueva era de justicia universal, encontró una acogida propicia entre los desfavorecidos, pero también entre los bereberes norteafricanos, que siempre habían contemplado con cierto desdén a sus señores árabes.

Para mediados del siglo X, los fatimíes ya se habían apoderado de

Egipto, donde fundaron su propia capital, Al-Qáhira, La Victoriosa (El Cairo). Desde el valle del Nilo, se expandieron por la zona de Siria Palestina, e incluso llegaron a disputar a los abasíes el control de las ciudades santas de Medina y La Meca. Bastó un siglo para convertir el califato fatimí en el Estado musulmán más brillante de su tiempo. La proverbial riqueza agrícola del valle del Nilo alimentaba a su población. Las minas de Nubia proporcionaban oro para emitir dinares de gran calidad, que se convirtieron en una de las monedas más atesoradas del Mediterráneo. Alejandría y los puertos del mar Rojo se transformaron, de nuevo, en el centro del comercio con la India y China a través del Índico, aprovechando la decadencia de Bagdad, privada de su acceso al mar tras el saqueo de Basora. Y las buenas relaciones de los fatimíes con los cristianos europeos ofrecieron nuevos mercados para las mercancías que llegaban de Oriente. Los reinos de Europa Occidental, cada vez más ricos y articulados, demandaban una cantidad creciente de productos de lujo, y el califato fatimí estaba encantado de proporcionárselos. Este fulminante éxito contrastaba con las miserias de los abasíes. La concepción misma del islam implicaba que solo podía haber un califa, un único «comendador de los creyentes», heredero del liderazgo del profeta Mahoma. Para la segunda mitad del siglo X ya había tres, dos sunnitas y uno chiita, y no estaba nada claro que el favor de Dios estuviera de parte de los califas abasíes.

Las cosas no iban mejor en el extremo oriental del califato. Las dinámicas regiones del Jorasán y la Transoxiana, con sus oasis, sus rutas de comercio y su efervescente vida cultural, escaparon por completo al control de los califas. A los samánidas y los gaznávidas, que se habían hecho con el control de la Transoxiana, Afganistán y el Jorasán, se sumaron dinastías mucho más peligrosas, como los buyíes (934-1055), un clan persa originario de la costa meridional del Caspio. Después de alzarse con el liderazgo sobre las belicosas tribus locales, se apoderaron en el 943 de Teherán, la gran parada de la Ruta de la Seda en la región, y dos años después, en el 945, irrumpieron en Mesopotamia, derrotaron a los esclavos turcos del califa abasí y obligaron a este a convertirse en su vasallo. El sometimiento era doblemente doloroso, porque los buyíes eran chiitas, y los sunnitas veían su dominio sobre los califas de Bagdad como una afrenta insoportable.

Como las desgracias raras veces vienen solas, en aquellas décadas centrales del siglo X los inviernos fueron además excepcionalmente duros, y el frío y las lluvias provocaron hambrunas generalizadas. Cierta noche del año 941, justo antes del alzamiento de los buyíes, estalló una terrible tormenta sobre Bagdad, la peor que se recordaba. Un vendaval huracanado sacudía la tierra y la lluvia torrencial

anegaba las calles cuando, de repente, se escuchó un gigantesco estruendo. La famosa cúpula verde del palacio de los califas, el símbolo mismo del poder de los abasíes, acababa de venirse abajo. No cabía imaginar un augurio más evidente: aquello solo podía interpretarse como un anuncio de la inminente caída de la dinastía. Sin embargo, esta vez, Dios tenía otros planes.

Por aquel entonces, cuando se derrumbó la cúpula verde del palacio de Bagdad, había nueve tribus turcas establecidas a lo largo de las orillas septentrionales del mar de Aral. Al parecer, los turcos habían llegado al territorio tiempo atrás, acompañados de sus familias y de sus rebaños, en una de esas migraciones tan frecuentes en la estepa. Quizás fueron empujados por otras tribus o tal vez actuaron movidos por el hambre; aquellos años también fueron duros en las llanuras de Asia. Como era frecuente entre los nómadas, carecían de un líder estable, pero sí que había llegado a disfrutar de cierta preeminencia entre ellos un hombre llamado Selyuk, el patriarca de uno de sus clanes más importantes. Sin otro medio para ganarse la vida en un entorno hostil, Selyuk puso las armas de su gente al servicio de los jázaros, el pueblo que controlaba las regiones al norte del Caspio y el Aral. Llegados a este punto, los detalles se vuelven confusos. Los relatos de los selyúcidas aseguran que el patriarca fue traicionado por sus jefes jázaros, pero las fuentes árabes cuentan que fueron los turcos quienes se rebelaron contra sus amos, se aliaron con los vikingos del Rus de Kiev y saquearon la cuenca del Volga en el año 965.

La traición sentó bastante mal a los jázaros, y Selyuk se vio obligado a huir para salvar su vida; el clan fugitivo se estableció en la cuenca media del Jaxartes, en el corazón del moderno Kazajistán, en unas regiones que pertenecían entonces a los samánidas.[240] Cuando se asentaron en la Transoxiana, los paganos turcos tomaron contacto con un mundo fascinante. Aquellos lugares, en los confines de todo, eran un nido de heterodoxia y de mestizaje religioso, donde el islam convivía aún con el cristianismo, el judaísmo, el zoroastrismo y el budismo, y abundaban los místicos errantes como Bistami (*ca.* 804-874), originario del Jorasán, hijo de un zoroástrico convertido al islam, que trató de profundizar en sus creencias musulmanas a través de la práctica del yoga y la aniquilación del «yo».[241] A Bistami se le considera el primer gran sufí, una corriente del islam que intentaba acercarse a la divinidad mediante el ejercicio de la mística. Conocidos por los europeos como faquires o derviches, los devotos sufíes abandonaban su casa, su familia y sus posesiones para ponerse en manos de Dios y buscar la iluminación por vías diversas, a la manera de los ascetas budistas. Las gentes de Asia Central, acostumbradas a los viajeros y a todo tipo de extravagancias religiosas, veían con buenos ojos a estos sabios errantes. Para acogerlos durante sus

vagabundeos, les construían albergues y comedores, llamados *janqas* o *ribat*, y cuando morían, levantaban sobre sus enterramientos pequeños santuarios que se acomodaban bien al paisaje de aquellas regiones, donde todavía podían verse tumbas de patriarcas judíos y de santos cristianos junto a los restos de las estupas donde se conservaban las reliquias del Buda. Fue en este contexto singular donde Selyuk y sus compañeros turcos se convirtieron al islam, pero haciendo gala de una fe particular, teñida de influencias de otras religiones.[242]

Fuera poco sincera o se revistiera de un carácter heterodoxo, la conversión del clan de Selyuk llegó justo a tiempo. Sus creencias musulmanas permitieron al caudillo ganarse la confianza del emir de los samánidas, que entregó a los turcos tierras de pasto en torno a las ciudades caravaneras de Samarcanda y Bujará. Cuando murió el anciano patriarca —la tradición asegura que vivió 107 años—, en torno al 1009, su clan, los turcos selyúcidas, ya ocupaba una posición de cierta importancia en el corazón de la Transoxiana. Desafortunadamente, su antiguo protector, el emirato samánida, estaba en descomposición y Mahmud (971-1030), el sultán de la nueva dinastía de los gaznávidas —el patrono roñoso del poeta Ferdousí—, envió a los turcos selyúcidas a los confines septentrionales del Jorasán, entre el Caspio y Merv, para que defendieran aquellos territorios de los buyíes. Pero si los gaznávidas pensaban que iban a encontrar un aliado leal en aquellos jinetes indómitos se equivocaban: cuando los selyúcidas descubrieron la debilidad de sus señores, se volvieran contra ellos. Para el año 1038 ya se habían apoderado de Merv, de la ciudad santa de Mashhad y de Nishapur y sus grandes minas de turquesa. Gracias a la confusión imperante en los confines orientales del califato abasí, los turcos selyúcidas acababan de pasar de fugitivos a dueños de plazas clave y su ascenso era ya imparable.

En 1040 los turcos derrotaron al último gran sultán gaznávida. Quince años después eran dueños de las mesetas iranias y habían extendido sus dominios hasta Hamadán, en el corazón de los Zagros. Estas regiones, que pertenecían a los buyíes, se rindieron sin ofrecer resistencia y la noticia de su avance llegó hasta el palacio del califa, en Bagdad. El monarca abasí, Al-Qa'im (1031-1067), vio en los jinetes de la estepa su última oportunidad para liberarse del sometimiento de los chiitas buyíes y comenzó a tantear al líder turco a través de mensajeros. Este, que se llamaba Togrul, puso de su parte. Se presentó como un defensor de la ortodoxia sunní y anunció su intención de peregrinar a La Meca y de enfrentarse a los chiitas fatimíes. No fue necesario mucho más: en 1055, cuando los turcos se presentaron en Bagdad, la ciudad, controlada por agentes abasíes, les recibió con los brazos abiertos y una procesión de solícitos notables escoltó a Togrul y a sus hombres por las calles de la capital. El turco contrajo

matrimonio con la hija del califa y este dio a su nuevo yerno el pomposo título de Señor del Este y del Oeste. Acababa de sellarse una de las grandes alianzas de la historia.

Gracias a su flamante ejército de jinetes de la estepa, los califas abasíes garantizaron su supervivencia durante doscientos años más, convirtiéndose en una de las dinastías más longevas de Oriente Medio. Pero para ello tuvieron que pagar un alto precio. En lo sucesivo, los sultanes selyúcidas se ocuparían del gobierno, reduciendo a los califas a un papel decorativo, cautivos en la jaula de oro de su palacio de la Ciudad Redonda. La idea original del islam establecida por Mahoma, el concepto de una comunidad de creyentes guiada por un solo hombre santo, había saltado por los aires tiempo atrás. Pero tras la entrada turca en Bagdad, el imperio construido por los herederos del Profeta también había dejado de estar en manos de los árabes. Tal y como habían temido los habitantes de la capital cuando expulsaron a los esclavos guerreros a Samarra, los administradores persas y los guerreros de la estepa se habían repartido los frutos de sus conquistas y los despojos de su califato. En lo sucesivo, y hasta los albores del siglo XX, los árabes serían vasallos de otras naciones.

Durante un tiempo, las victorias militares ocultaron la triste realidad. Tras la muerte de Togrul, el liderazgo de los turcos selyúcidas pasó a su sobrino Alp Arslan, el León Valiente (n. 1029-1072). El nuevo sultán, dueño de las tierras que iban desde el Jorasán a Mesopotamia, se dirigió entonces al Levante mediterráneo para enfrentarse a los fatimíes y los bizantinos. Dejó el combate contra el califato chiita en manos de otros caudillos turcos y centró su atención en Siria, una región extremadamente valiosa, en la que los bizantinos habían penetrado un siglo atrás aprovechando la crisis del califato abasí. Los turcos la recuperaron con rapidez, e incluso fueron capaces de cruzar la cordillera del Tauro, frontera con Bizancio desde los primeros tiempos del islam. El emperador bizantino, Romano IV (1068-1071) consideró que era imprescindible reaccionar con contundencia. Reunió un enorme ejército, encabezado por las mejores tropas del imperio y reforzado con un contingente de mercenarios francos, porque el problema de la escasez de efectivos militares no era exclusivo del califato abasí. El encuentro entre las tropas del emperador Romano IV y el sultán Alp Arslan tuvo lugar en agosto de 1071, en Manzikert, actual Turquía, cerca de las orillas del lago Van. Antes de comenzar siquiera el combate, los mercenarios francos abandonaron a sus aliados y dejaron a los bizantinos vendidos ante el ejército enemigo. El pánico se extendió entre los soldados imperiales y los turcos aprovecharon la movilidad de su caballería para destrozar al ejército cristiano. Incluso el emperador, Romano IV, fue hecho prisionero.

Tras la victoria en Manzikert, los jinetes de la estepa se desparramaron por Anatolia, un territorio que nunca abandonarían y que se convertiría en el corazón de sus dominios. La repentina irrupción de los selyúcidas en aquellas regiones fue descrita por los cristianos de la región en términos apocalípticos. Los habitantes de Anatolia quedaron horrorizados por las costumbres de los pueblos de la estepa y la contemplación de aquellos bárbaros les pareció un adelanto muy convincente del fin de los tiempos. Su ascenso había sido tan rápido que los selyúcidas no habían perdido todavía su condición de nómadas. Cabalgaban acompañados de sus mujeres y de sus rebaños, y cada familia necesitaba un centenar de ovejas para garantizar su sustento. Los ejércitos turcos, incluso aquellos que solo sumaban unos centenares de jinetes, llevaban tras ellos miles de personas y decenas de miles de cabezas de ganado que arrasaban las tierras de cultivo como una plaga de langosta. Ni siquiera las regiones más fértiles podían sostenerlos durante mucho tiempo, así que las tropas estaban obligadas a permanecer en constante movimiento, en busca de pastos con los que alimentar a sus animales y de nuevos botines con los que garantizar su lealtad al líder. La rapacidad de este pueblo errante era tal, que causaba pavor incluso entre sus súbditos musulmanes, así que, con el Imperio bizantino sumido en el caos tras la derrota en Manzikert, los turcos siguieron desplazándose hacia el oeste, acercándose peligrosamente a las costas del Egeo. El temor a la llegada de los terribles jinetes de la estepa comenzaba a sentirse en las calles de Constantinopla y obligó al nuevo emperador bizantino, el astuto Alejo I Comneno (1081-1118), a reaccionar de forma desesperada.

Tras haber perdido a sus mejores tropas en Manzikert, Alejo I necesitaba, sobre todo, aliados. La empresa no era fácil. Acababa de producirse el Cisma de Oriente (1054) y, tras la definitiva separación de la Iglesia bizantina de la obediencia papal, las relaciones entre los europeos orientales y occidentales no atravesaban su mejor momento. Pero Alejo I no era un hombre que se desanimara con las dificultades, y envió a sus mensajeros a la República de Venecia. Venecia era una vieja posesión bizantina en el extremo norte del Adriático que, en el siglo VIII, aprovechando la crisis iconoclasta, se había dotado de sus propios gobernantes. Incapaces de retenerla, los bizantinos habían permitido a Venecia alejarse sin violencia y, a cambio, la República no había llegado a romper del todo sus lazos con el Imperio oriental. El acuerdo satisfacía a todos y, gracias a estos vínculos, la ciudad de la laguna se había convertido en una pequeña potencia mercantil, especializada en el comercio con Oriente. Por eso, cuando Alejo I ofreció a los venecianos exenciones fiscales para mercadear en el territorio del Imperio bizantino a cambio de su ayuda militar, los

italianos aceptaron sin dudarlo.

Estas concesiones tendrían unas consecuencias decisivas para ambos. Fueron claves para el despegue del imperio marítimo veneciano, pero volvieron a Venecia tan dependiente de sus intercambios con Constantinopla que envenenaron las relaciones entre la república mercantil y Bizancio. Con el tiempo, ambos se convertirían en enemigos, y se puede decir que sus tormentosos vínculos con Venecia fueron una de las causas de la decadencia del Imperio bizantino. Por su parte, la república italiana también tendría muchas ocasiones de lamentar su comportamiento. Pero no adelantemos acontecimientos. A finales del siglo XI, Alejo I tenía bastante con pensar en cómo alejar a los turcos selyúcidas de las costas del Egeo y en cómo recuperar el control de Anatolia. Los venecianos podían proporcionarle una flota, pero el emperador bizantino también necesitaba soldados, un bien del que andaba muy escaso. Del mismo modo que los califas abasíes habían mirado hacia la estepa en busca de esclavos guerreros para sus ejércitos, los bizantinos se habían acostumbrado a obtener soldados de fortuna de los varegos del Rus de Kiev o a contratarlos entre los anglosajones, expulsados de Inglaterra por otros vikingos, los normandos. Así que parecía natural dirigirse a Europa Occidental en busca de combatientes.

A comienzos del año 1095, unos emisarios del emperador bizantino tomaron la palabra en un concilio convocado en la ciudad italiana de Piacenza por el papa Urbano II (1088-1099). Expusieron a los congregados los padecimientos de los cristianos de Oriente, el pavoroso avance de los turcos, su crueldad y su barbarie, y la necesidad urgente de enviar soldados que aceptaran ponerse a las órdenes de Constantinopla para defender la cristiandad, más amenazada que nunca. Las palabras de los embajadores bizantinos calaron hondo en el ánimo de Urbano II. Años atrás, un caudillo turco había arrebatado Jerusalén a los fatimíes y, desde entonces, las noticias de viajeros piadosos asaltados por los jinetes de la estepa se habían multiplicado. Hasta el momento, cristianos y musulmanes habían mostrado un escrupuloso respeto hacia los peregrinos, y la idea de que Tierra Santa se hubiera convertido en un lugar inaccesible para los devotos llenaba de preocupación al pontífice.

Habían transcurrido apenas unos meses desde el encuentro en Piacenza cuando, en noviembre de 1095, Urbano II convocó un nuevo concilio, esta vez en la ciudad de Clermont-Ferrand, en Francia. Aquí fue el propio papa quien se dirigió a la multitud. Había tomado ya una decisión. La cristiandad occidental debía ponerse en marcha para rescatar a sus hermanos de Oriente, acabar con los sufrimientos de los peregrinos y terminar con la profanación de los santos lugares. No solo los guerreros o los nobles. Todos, ricos y pobres, debían

abandonar sus rencillas y partir hacia el este guiados por Dios en una guerra justa. Cuando el pontífice terminó su emocionado discurso, la muchedumbre se arrodilló ante él y, al grito de «*Deus le volt!*», «¡Dios lo quiere!», muchos pidieron permiso para unirse a la expedición.

El llamamiento del papa llegaba en un momento particular. El siglo XI había sido una centuria espléndida para Europa Occidental, y la población, que no había dejado de crecer desde el final de las invasiones bárbaras, se había multiplicado. Las tierras de labor comenzaban a escasear, los nobles legaban sus señoríos a sus primogénitos, y los segundones de las familias aristocráticas se veían obligados a tomar la carrera eclesiástica o a enrolarse en empresas bélicas en busca de un señorío que considerar propio. Los conflictos eran constantes y las posibilidades de hacer fortuna, escasas. Por eso, la idea de guerrear por una buena causa en las ricas regiones de Oriente, con grandes esperanzas de obtener botín y tierras, se presentaba a nobles y vasallos como una alternativa óptima a las tensiones demográficas que había comenzado a padecer Europa Occidental.

La expedición comenzó a organizarse de forma inmediata y para finales de 1096 los primeros nobles ya habían arribado a Constantinopla. Desde los muros de la capital bizantina, mientras contemplaba aquel mar de guerreros ambiciosos, Alejo I debió de pensar que eso no era exactamente lo que él le había pedido al papa, pero tampoco estaba en condiciones de manifestarlo. A fin de cuentas, los cruzados demostraron una considerable habilidad militar y supieron sacar provecho de la complicada situación en Tierra Santa, que se había convertido en un campo de batalla entre los selyúcidas y los fatimíes. Para mediados de 1098 los guerreros de Dios ya se habían apoderado de la plaza clave de Antioquía, y en el verano de 1099 entraron triunfantes en Jerusalén. Con ellos lo hicieron también los comerciantes de las grandes repúblicas mercantiles italianas: Pisa, Génova y Venecia, que proporcionaron a los cruzados barcos, pertrechos y suministros a cambio de condiciones ventajosas para hacer negocio en las nuevas tierras ganadas a los infieles.

Las cruzadas ofrecieron a los mercaderes de Europa Occidental la primera gran oportunidad de saborear un pedazo del pastel del comercio de la Ruta de la Seda. Durante los primeros siglos medievales, el tráfico mercantil con Oriente se había canalizado a través de Constantinopla. A partir del siglo XI, las buenas relaciones con los fatimíes habían abierto a los comerciantes cristianos el puerto de Alejandría y las lucrativas rutas hacia el mar Rojo y el océano Índico. Pero las cruzadas permitieron a las repúblicas mercantiles italianas contar con barrios, a veces ciudades enteras, en las costas del Levante mediterráneo, precisamente en el momento en el que el

crecimiento económico y demográfico de Europa Occidental había multiplicado la demanda de productos de lujo. Génova y Venecia, las grandes beneficiarias del comercio con Oriente, iniciaron entonces su etapa de mayor esplendor.

En cuanto a los selyúcidas, contemplaron la inesperada llegada de estos guerreros cristianos con verdadero estupor. Pero, una vez superado el desconcierto inicial, al ver que los cruzados limitaban su acción a las regiones de Tierra Santa, prefirieron seguir concentrando sus esfuerzos en tareas que para ellos eran más importantes. Es cierto que los turcos habían salvado el califato abasí, pero se trataba de un dominio tolerado a regañadientes, sobre todo cuando, después del empuje inicial, el imperio había comenzado a contraerse de nuevo. Sus rudas costumbres nómadas, su gusto por los saqueos y su afición a las borracheras se veían como un constante recordatorio de su carácter bárbaro. Y su práctica de la fe, en la que ocupaban un lugar importante la veneración de los santos sufíes y la convivencia con judíos y cristianos, se consideraba sospechosamente teñida de heterodoxia. Si querían convertir su presencia en las tierras del califato en un dominio permanente, los sultanes selyúcidas debían dejar atrás su condición esteparia para presentarse como unos soberanos que los refinados árabes y los orgullosos persas pudieran aceptar. Para desempeñar esta tarea, los turcos se hicieron con los servicios de un personaje extraordinario.

Abu Alí al-Hasan (*ca.* 1018-1092) era un persa proveniente de la región del Jorasán. Había nacido cerca de la ciudad caravanera de Tus (Mashhad) y pasó sus años de formación entre Nishapur y Merv, localidad de la que llegó a ser gobernador. La inteligencia demostrada en el ejercicio de este cargo hizo que el sultán turco Alp Arslan se fijara en él y lo convirtiera en su visir. Poco después, Alp Arslan murió asesinado durante una campaña militar. Su hijo y heredero, Malik Shah (1072-1092), solo tenía dieciocho años cuando subió al trono y decidió, prudentemente, dejarse guiar por los consejos del visir de su padre. Durante casi veinte años, Abu Alí al-Hasan dirigió los destinos del imperio selyúcida, y el poder y la influencia que llegó a acumular le valieron el apodo por el que ha pasado a la historia: Nizam al-Mulk, el Orden del Reino. Los historiadores lo consideran el verdadero constructor del Estado selyúcida, que experimentó su período más brillante bajo su liderazgo.

Inspirado por los logros del Imperio sasánida y del emirato samánida, Nizam al-Mulk desarrolló la economía, contuvo la inflación, disminuyó los impuestos, promovió el comercio y facilitó la producción de manufacturas. Buen conocedor de los beneficios de los caminos de la seda, mandó construir decenas de caravasares a lo largo de la ruta del Jorasán, entre Merv y Nishapur. Protegió a los

peregrinos sufíes, que tanto agradaban a sus señores selyúcidas, pero también promovió la ortodoxia religiosa sunnita a través de la fundación de madrasas y centros de estudio de la ley islámica. Fue un gran patrono de las artes, impulsó el desarrollo cultural y científico, e incluso trató de instaurar un calendario solar, más práctico que el lunar que empleaban los musulmanes.

Pero, como tantos hombres inteligentes dotados de un gran poder, Nizam al-Mulk terminó por volverse arrogante. El sultán, Malik Shah, que, entre tanto, se había convertido en un hombre experimentado, con ideas propias sobre cómo gobernar sus dominios, decidió apartarlo del puesto de visir. En busca del mejor para ocupar el cargo, encomendó a varios funcionarios la redacción de un tratado sobre el arte de gobernar a los hombres. Nizam al-Mulk recogió el guante y compuso un escrito, el *Siyasat-nama* o *Libro del Gobierno*, en el que desgranaba, con sorprendente minuciosidad, cada una de las debilidades del Estado y ofrecía medios para solventarlas, siempre y cuando —claro está— el sultán escuchara sus sabios consejos. La obra, pragmática y descarnada, que se ha comparado con *El Príncipe* de Maquiavelo por su forma de subordinar los principios morales a la conveniencia de los gobernantes, no era solo un tratado político; también incluía un ajuste de cuentas entre el anciano visir y sus enemigos, que se encontraban en las estancias más privadas del palacio del sultán.

En uno de los capítulos, que llevaba por título «Sobre la sujeción de aquellas que llevan velo», el visir advertía de los peligros de permitir a las mujeres cualquier mínimo ejercicio del poder. Las féminas, argumentaba Nizam al-Mulk, no disfrutaban del privilegio de haber desarrollado una inteligencia completa y eran incapaces de pensar por sí mismas. Su papel en la corte debía reducirse a la tarea de perpetuar el linaje, porque tal y como enseñaban los ejemplos del pasado —y en este punto Nizam al-Mulk rescataba historias del *Shahnameh* de Ferdousí—, aquellos soberanos que se habían dejado influenciar por sus mujeres habían conducido al Estado a la decadencia. Para aquel que estuviera al tanto de la vida cortesana del sultanato selyúcida, los consejos sibilinos del ministro llevaban el nombre y el apellido de Terken Jatun, la esposa turca del sultán. Las mujeres de la estepa eran tan indómitas como sus maridos, y Terken Jatun tampoco ocultaba la animadversión que sentía por el visir, al que acusaba —y no le faltaba razón— de usar los recursos del Estado en su beneficio y de favorecer injustamente a sus propios hijos. Desgastado por el enfrentamiento con una rival tan poderosa, Nizam al-Mulk concluía su tratado advirtiendo, con indisimulado despecho, que cuando él no estuviera, el sultán se daría cuenta de la maldad de aquellos que hablaban en su contra y de la lealtad que había mostrado siempre hacia su

soberano.[243]

No andaba muy desencaminado en sus predicciones. El 14 de octubre de 1092 Nizam al-Mulk se encontraba en el corazón de los Zagros, cerca de Hamadán, recorriendo el camino entre Isfahán y Bagdad. De repente, su litera fue detenida por un peregrino sufí. Antes de que los guardaespaldas tuvieran tiempo de interceptarlo, el extraño personaje, que resultó ser un asesino disfrazado, apuñaló a Nizam al-Mulk hasta matarlo. Fueron muchos los que vieron la mano del sultán selyúcida y de su esposa tras la violenta muerte del estadista, pero nadie podía negar que el crimen llevaba el sello inconfundible de la misteriosa Secta de los Asesinos, a la que el visir había perseguido durante años, siempre sin éxito.

EL ANCIANO DE LA MONTAÑA

Asegura una leyenda medieval que, cuando Nizam al-Mulk era un muchacho, fue enviado a estudiar con un prestigioso profesor de Nishapur. Aquí, quiso la fortuna que el futuro visir coincidiera con otros dos jóvenes extraordinarios: Hassan-i Sabbah, que con el tiempo se convertiría en el líder de la Secta de los Asesinos, y el poeta y astrónomo Omar Jayyam.[244] Pronto, aquellos adolescentes prometedores llegaron a ser amigos y se reconocieron como almas gemelas, llenas de deseos de conocer el mundo para poder cambiarlo. Llegado el momento de separar sus caminos, los tres muchachos se prometieron mantener siempre la amistad que los unía y suscribieron un solemne pacto: aquel que primero consiguiera medrar ayudaría a los demás a prosperar para que todos disfrutaran de un éxito a la medida de su talento. Tiempo después, Nizam al-Mulk fue nombrado visir del sultán turco selyúcida, y sus viejos colegas acudieron a la corte para reclamar al funcionario que cumpliera su promesa. Este mantuvo su palabra y les ofreció el gobierno de ricas provincias. Omar Jayyam, que se había convertido en una especie de soñador descreído, consagrado al vino, a las mujeres, a las estrellas y a la poesía, rechazó la pesada carga de un gobierno provincial y se conformó con un estipendio que le permitiera vivir una existencia regalada disfrutando de sus aficiones. Sin embargo, Hassan-i Sabbah se había transformado en un hombre inflexible y ambicioso, y exigió a su antiguo compañero un premio mayor: un cargo en la corte selyúcida. Con cierta reluctancia, Nizam al-Mulk atendió las demandas de su amigo, para descubrir poco después que este empleaba el puesto para conspirar contra él. Enfadado, el visir lo expulsó de la corte. Apartado del poder, obligado a vivir en la clandestinidad, Hassan-i Sabbah preparó su venganza mientras construía una organización secreta diseñada para sembrar el terror entre los gobernantes de Oriente Medio.[245]

El grupo, conocido popularmente como la Secta de los Asesinos,

pertenecía a una corriente minoritaria del chiismo: la de los ismaelitas o septimanos. El movimiento ismaelita había surgido a mediados del siglo VIII, cuando dirigía a los chiitas Yafar al-Sadiq, sexto imam, biznieto de Husayn, el mártir de Kerbala, y tataranieto de Alí y de Fátima. Recordemos que los chiitas creían que cada generación tenía su imam, y que cada imam designaba a su sucesor, guiado por Dios, entre sus vástagos varones. Todo parecía indicar que el segundo hijo de Yafar al-Sadiq, Ismael, estaba destinado a heredar la posición de su padre. Pero, al parecer, Ismael falleció antes que su progenitor y la dignidad de imam pasó entonces a su hermano mayor, Musa ibn Yafar. La mayoría de los chiitas aceptaron a Musa ibn Yafar como séptimo imam tras la muerte de su padre, y el linaje de Musa lideró la corriente de los imamíes o duodecimanos hasta finales del siglo IX. (Aunque se corre el riesgo de aturdir al lector, merece la pena recordar que este Musa ibn Yafar fue el padre de Ali Reza, el octavo imam, aquel que fue elegido por el califa Al-Mamún como sucesor, murió de forma sospechosa en las inmediaciones de Tus y dejó una tumba que se convirtió en el germen del santuario de Mashhad).

Sin embargo, un puñado de devotos chiitas se negó a admitir el liderazgo de Musa ibn Yafar. Prefirieron reconocer como su nuevo imam a Mohamed, el hijo de Ismael, que, para ellos, se convirtió en el auténtico séptimo imam. Así pues, como no podía haber dos imames al mismo tiempo, el chiismo se dividió en dos corrientes. Por un lado, estaban los imamíes o duodecimanos, que todavía hoy son la mayoría y reconocen como sus líderes espirituales a los descendientes de Musa ibn Yafar hasta el duodécimo imam, que pasó a un estado de ocultación. Por otro, los ismaelitas o septimanos, que entregaron el imanato a Mohamed, el hijo de Ismael, y sus descendientes. Este segundo grupo dentro del chiismo es minoritario y además se fragmentó a su vez en otras ramas, todavía más pequeñas.[246] Pero al menos tiene la fortuna de contar con un líder vivo sin tener que esperar al fin del mundo para disfrutar de su presencia terrena: el príncipe Karim Aga Khan IV (n. 1936), 49.º imam y orgulloso portador de la sangre de Alí, Fátima y Mahoma. Una ascendencia así bien vale su peso en oro.

Ubayd Allah, el fundador del califato fatimí a comienzos del siglo X, pertenecía a esta segunda corriente del islam chiita. De hecho, no solo era ismaelita, sino que se decía descendiente de Alí y de Fátima a través de Mohamed, el hijo de Ismael, y por eso se tituló imam además de califa. No todos creyeron estas proclamas, ni siguiera muchos de los chiitas ismaelitas, pero gracias al éxito del califato fatimí, el chiismo vivió entonces su momento de mayor esplendor, y el período entre el 950 y el 1050 ha sido descrito por algunos como el «siglo chiita». Aunque la población del califato fatimí seguía siendo

mayoritariamente sunnita, los predicadores chiitas eran libres de difundir libremente los principios de su fe, y fueron muchos los que se convirtieron entonces a esta variante del islam. Si el tiempo de la justicia había llegado para la casa de Alí, y sus descendientes se habían hecho, al fin, con un califato, tal vez eso significaba que las viejas profecías se habían cumplido: para los chiitas de Oriente Medio, el triunfo de los fatimíes parecía el anuncio de una era mejor, presidida por la justicia y la misericordia.

Sin embargo, la instauración del sultanato selyúcida, la irrupción de los cruzados y la llegada al trono de algunos califas con problemas mentales condujeron a los fatimíes a la decadencia en los últimos años del siglo XI. Los turcos, comandados por Nizam al-Mulk, hicieron suya la causa de la defensa de la ortodoxia sunnita y comenzaron a acusar a los predicadores ismaelitas de ser agentes del enemigo. En el pasado, los chiitas se habían acostumbrado a proceder acorde a los principios de la *taqqiya*, el «disimulo», que les permitía fingir adhesión a la fe mayoritaria del territorio en el que se encontraran —normalmente el islam sunnita—, mientras continuaban practicando en secreto sus propias creencias. Este comportamiento, diseñado para facilitar la supervivencia de credos minoritarios en un entorno hostil, fue adoptado entonces por los partidarios del califato ismaelita para poder seguir actuando, de forma discreta, en el territorio del sultanato selyúcida.

Dirigidas desde El Cairo, comenzaron a surgir en el Levante mediterráneo, Persia y Mesopotamia redes fatimíes que trabajaban en la sombra, desde bases ocultas, a través de agentes secretos y mensajes escondidos. Fue en este momento cuando entró en escena Hassan-i Sabbah (*ca.* 1050-1124), uno de los protagonistas de la leyenda del comienzo del capítulo y el célebre fundador de la Secta de los Asesinos. Había nacido en Qom, una ciudad del norte de Persia, y pertenecía a una familia de chiitas duodecimanos, pero tras escuchar a un predicador en Teherán, el joven Hassan-i Sabbah se transformó en un devoto ismaelita. Su talento como orador y organizador llamó pronto la atención de los agentes fatimíes, que lo enviaron a El Cairo y Alejandría para completar su formación y ponerlo al servicio de la causa del califato chiita.

Sin embargo, algo sucedió durante los tres años que Hassan-i Sabbah permaneció en el valle del Nilo; tal vez su fe ardiente no soportó el contacto con los turbios intereses de la política, y parece que se enfrentó a las autoridades fatimíes y fue expulsado de Egipto. Regresó a su tierra natal de Persia, convencido de que el fatimí era un régimen decadente y corrupto, indigno de liderar a los ismaelitas de Oriente Medio. Era necesario construir un reino propio, comandado por hombres de fe sincera, capaces de enfrentarse a los selyúcidas con

armas nuevas. En el año 1090, sirviéndose de disfraces y engaños, Hassan-i Sabbah se apoderó de la fortaleza de Alamut, en el extremo occidental de la cordillera de los Elburz, junto a la costa meridional del Caspio. El lugar había sido escogido con cuidado y presentaba numerosas ventajas. Por un lado, la región era mayoritariamente chiita y estaba fuera del alcance de los funcionarios selyúcidas. Por otro, Alamut —que podría traducirse como «marcado por el águila»— era un bastión inexpugnable, rodeado de altas montañas, que, sin embargo, contaba en las inmediaciones con tierras de pasto y cultivo, y se encontraba lo bastante cerca de Teherán como para disfrutar del acceso a la red de caminos que giraba en torno a la Ruta de la Seda. Desde allí, Hassan-i Sabbah ordenó la conquista de otros enclaves similares repartidos por Persia, Mesopotamia y Siria. Estos castillos, ubicados junto a las principales vías de comunicación, actuaban como focos de irradiación de la propaganda ismaelita, la *da'wa*, o «llamada», que encontró un eco notable entre las gentes más desfavorecidas de Oriente Medio, cansadas de los abusos de los turcos.

Miembros de una secta surgida en el seno de una corriente minoritaria del islam, los seguidores de Hassan-i Sabbah nunca fueron muchos, pero estaban muy motivados. Consiguieron infiltrarse con éxito en la administración selyúcida, e incluso se rumoreaba que la poderosa esposa del sultán y su entorno simpatizaban en secreto con las posturas de los herejes. Nizam al-Mulk los culpaba directamente de la mayoría de los males del sultanato; dictó órdenes de arresto contra Hassan-i Sabbah y envió ejércitos para tomar sus fortalezas. Pero la secta ismaelita se había preparado a conciencia para ese momento. Sus bastiones se habían reforzado para soportar largos asedios y ofrecer refugio a los fieles mientras durara la persecución. El Estado que habían construido carecía de capital y de otras cabezas visibles al margen de Hassan-i Sabbah. Sus predicadores viajaban disfrazados y transmitían la «llamada» entre susurros, confundidos con los sufíes errantes y las viejas redes de agentes fatimíes. Y sus guerreros no se enfrentaban en campo abierto a los selyúcidas, un escenario en el que los jinetes de la estepa eran invencibles. Preferían carcomer los cimientos del Estado sembrando la duda entre la población mientras aterrorizaban a los gobernantes con la técnica de los asesinatos selectivos. Uno de los primeros en caer fue su gran enemigo, Nizam al-Mulk, el Orden del Reino. Su muerte en 1092 marcó el inicio de la larga decadencia del Estado selyúcida y mostró la eficacia de los métodos heterodoxos de la nueva secta. Bastó un puñado de hombres determinados y una hilera de fortalezas inexpugnables para opacar el brillo de los jinetes de la estepa.[247]

Hassan-i Sabbah no fue, desde luego, el primero en emplear el asesinato con fines políticos, pero sí uno de los que llegó a

perfeccionar hasta el virtuosismo la práctica del magnicidio. Los atentados se dirigían contra los miembros más prominentes del gobierno enemigo y debían realizarse, a ser posible, en público, para sembrar el terror de forma más eficaz. Para los seguidores que se enfrentaban a la tarea de matar a un notable rodeado de guardias, la tarea implicaba una muerte casi segura, pero no parece que la realizaran bajo los efectos de sustancias alucinógenas, y la idea de que los agentes de la secta se distinguían por su afición al cannabis fue, probablemente, difundida de forma interesada por sus enemigos. Los autores sunnitas, contrarios a la causa chiita ismaelita, se referían a veces a los seguidores de Hassan-i Sabbah como *hashishiyya*, esto es, aquellos intoxicados por la droga, *hashish*; de esa forma enfatizaban el bajo estatus social y moral de los integrantes del grupo.[248] Pero cuando los autores cristianos se hicieron eco de este apelativo, creyeron erróneamente que se empleaba en sentido literal y que el consumo de sustancias alucinógenas formaba parte de la práctica habitual de los devotos de esta variante del ismaelismo. Este error de interpretación excitó la imaginación de las gentes y propició la aparición de todo tipo de leyendas.[249]

Fueron también los cristianos los que empezaron a denominar a los seguidores de Hassan-i Sabbah como «la Secta de los Asesinos» y los que propiciaron que el adjetivo pasara a muchos de los idiomas modernos. Sin embargo, como hemos dicho, no parece que estos necesitaran de rebuscados incentivos para completar sus tareas. Tampoco debían de recibir una formación especializada; en la mayoría de las ocasiones se acercaban al magnate al que deseaban espiar o asesinar por el sencillo método de entrar al servicio de su casa. En cambio, sí que eran honrados como mártires de la causa y se guardaba un registro detallado de sus nombres para recuerdo de la posteridad. Por otro lado, aunque se les ha dado el apelativo de secta, los Asesinos no eran una banda de fanáticos religiosos. Llevaban una vida ordenada y austera, disfrutaban con el debate teológico y se sentían particularmente atraídos por el esoterismo y el análisis metafórico del Corán y los hadices, los dichos y hechos de Mahoma. Sus reductos fortificados eran tan conocidos por su valor estratégico como por sus grandes bibliotecas, y en ellos podían encontrarse tanto sabios como devotos.

Cumplidos los setenta años, Hassan-i Sabbah murió plácidamente, en su propia cama, una mañana de mayo de 1124. Tuvo tiempo de nombrar heredero y de arreglar todo lo relacionado con su sucesión. Dejaba tras de sí una organización extraordinaria, capaz de sembrar el pánico entre las elites de Oriente Medio. Sus objetivos no eran solo los gobernantes selyúcidas. Tampoco actuaban únicamente en territorio musulmán. El líder de los Asesinos en Siria, Rashid al-Din Sinan (*ca.*

1132-1192), que dirigió las actividades de la secta desde su castillo de Masyaf, fue, al parecer, el responsable de la muerte violenta de Conrado de Montferrato, uno de los últimos reyes de Jerusalén, en 1192. Los cruzados se referían a Rashid al-Din Sinan como el Anciano de la Montaña, y su figura se hizo tan legendaria que cualquier asesinato violento era atribuido de forma automática a las afiladas dagas de sus agentes.[250] Durante ciento cincuenta años, la Secta de los Asesinos sobrevivió a todos los grandes poderes de Oriente Medio, y contempló el ocaso de los selyúcidas, los cruzados y los fatimíes desde sus fortalezas inexpugnables, mientras esperaba pacientemente la llegada del mundo nuevo que le había sido prometido. Pero a comienzos del siglo XIII todo estaba a punto de cambiar: los seguidores de Hassan-i Sabbah se iban a enfrentar, por primera vez, a un enemigo invencible.

3

LA ERA DE LOS MONGOLES (SIGLOS XIII-XIV)

Cuenta la *Historia secreta de los mongoles* que, hace mucho, mucho tiempo, un lobo gris bajó del cielo y se emparejó con una corza blanca. Juntos recorrieron las inmensas llanuras de Asia y se establecieron en el nacimiento del río Onon, en el noreste de la actual Mongolia. A pesar de su aparente incompatibilidad anatómica, el lobo gris y la corza blanca tuvieron descendencia: un niño que se convirtió en hombre y que tuvo a su vez otro vástago, al que siguió un tercero, y así hasta componer una larga estirpe que pobló aquellas regiones y engendró a los antepasados de la realeza mongola. Los descendientes del lobo y de la corza eran cazadores y pastores nómadas que movían sus rebaños desde las orillas del lago Baikal hasta el tranquilo curso del río Onon, en la frontera de las actuales Rusia y Mongolia.

Eran estas unas tierras a caballo entre dos mundos. Al norte las rodeaban montañas cubiertas de bosques frondosos, un anticipo de la interminable taiga siberiana. Al sur, en cambio, los bosques cedían su lugar a las plantas arbustivas y las montañas se transformaban en colinas, cada vez más bajas, que desembocaban en las planicies desoladas del desierto de Gobi. Así era el paisaje de la estepa. Durante la primavera, cuando el cielo presentaba un color azul intenso, la estepa sonreía; los pastos eran jugosos y las colinas se cubrían de flores. Pero pronto el sol abrasador convertía el suelo en una alfombra de matojos resecos. Con la llegada del otoño, el descenso de las temperaturas ofrecía un alivio que siempre era demasiado breve. En octubre, el viento helado de la taiga provocaba las primeras tormentas de nieve, y para noviembre ya había convertido en hielo la superficie de los ríos. No había pasto y el alimento escaseaba, así que los mongoles mataban a parte de sus animales y dejaban que el hielo conservara la carne hasta la llegada de la primavera. Las enormes oscilaciones térmicas entre la noche y el día, y el fuerte viento, capaz de derribar a un jinete, eran una constante en todas las estaciones. Los hombres que habitaban un mundo así estaban acostumbrados a las penurias y el sufrimiento, lo fiaban todo a su propia habilidad y no se hacían demasiadas ilusiones sobre la clemencia de los dioses o la generosidad de la naturaleza.

La mayoría de los habitantes de la estepa eran paganos y adoraban a Tengri, el dios del inmenso cielo azul. Cuando querían rendirle culto, volvían su rostro al sol, se levantaban el gorro, se colgaban el

cinturón al cuello y derramaban, a modo de libación, su bebida predilecta, la leche de yegua fermentada. Carecían de sacerdotes y encomendaban la intermediación entre los hombres y los dioses a los chamanes, hombres de apariencia inquietante que llevaban el rostro oculto por una máscara de hierro y se colgaban en el pecho grandes discos de metal para contemplar, a través de ellos, el oscuro mundo de los espíritus. Sin embargo, incluso en estas regiones inhóspitas, sabían de la existencia de las grandes religiones organizadas gracias al contacto con los mercaderes o a la visita de un predicador errante enviado desde alguna remota ciudad de Asia. Los pueblos de la estepa contemplaban las creencias de sus vecinos con una sorprendente condescendencia. A sus ojos, se centraban casi exclusivamente en la vida en el más allá, un asunto que, a ellos, más preocupados por sobrevivir en el más acá, les interesaba bien poco. Tal vez lo consideraban un divertimento extravagante, propio de gentes con escasas preocupaciones. En cualquier caso, el contacto con las religiones extranjeras provocó, aquí y allá, algunas conversiones curiosas; ya se ha hablado de los jázaros, que abrazaron el judaísmo, o de los uigures, que fueron maniqueos, primero, y budistas, después, antes de decantarse por el islam. Pero una de las conversiones más originales fue la de los keraitas, un pueblo turco-mongol que vivía en la mitad meridional de la actual Mongolia y cuyos reyes solían plantar sus tiendas en un lugar llamado la Selva Negra. A comienzos del siglo XI, tal vez como consecuencia del contacto con mercaderes sogdianos y por obra de misioneros enviados por un patriarca de la Iglesia de Oriente, los keraitas se habían convertido al cristianismo.[251]

Siglo y medio más tarde, a mediados del XII, el líder de los keraitas era un hombre llamado Togril, al que apodaban «el Azor». Su acceso al trono, como era habitual en la estepa, había sido bastante accidentado. Togril había dado muerte a dos de sus hermanos y, tras hacerse con el poder, había sido privado de él por su tío. Buscando una manera de recuperar su posición al frente de su tribu, reclamó la ayuda de un caudillo mongol llamado Yesugei. Juntos, Togril y Yesugei derrotaron al tío usurpador y, en agradecimiento, el nuevo señor de los keraitas hizo un juramento solemne bajo las altas copas de los árboles de la Selva Negra: en lo sucesivo, Yesugei, sus hijos y los hijos de sus hijos disfrutarían siempre de la gratitud y la protección del rey de los keraitas.

Tras la victoria, Yesugei, al que daban el sobrenombre de «el Valiente», consideró que había llegado el momento de labrar su propia fortuna y decidió comenzar con la búsqueda de una esposa adecuada. Los mongoles eran exógamos, esto es, se casaban siempre fuera de su propio clan. En tiempos de paz, los acuerdos matrimoniales se hacían mediante arreglos entre familias, pero a mediados del siglo XII las

tribus mongolas habían sido arrinconadas por sus vecinos, los tártaros. Estos habían suscrito una alianza con el reino de los Jin, que controlaba el extremo nororiental de China, y se dedicaban a diezmar al resto de las tribus de la estepa. En este período convulso, los mongoles se habían acostumbrado a procurarse esposas a través del rapto, y los secuestros se habían vuelto tan habituales como los robos de caballos. Así que cuando Yesugei vio a lo lejos a un hombre de una tribu rival acompañado de su esposa, que resultó ser una muchacha muy hermosa, decidió matarlo y quedarse con ella. La joven, que amaba a su marido, lo animó a huir para salvar la vida: «Mujeres como yo las hay por doquier, y si piensas mucho en mí, podrás dar mi nombre a aquella con la que te cases». Como se ve, en la estepa no había mucho espacio para los romanticismos. El marido escapó y Yesugei convirtió en su esposa a la hermosa muchacha, que se llamaba Oelun. Esta aceptó su destino con entereza, y cuando Yesugei regresó de una campaña contra los tártaros, le anunció el cercano nacimiento de su primer hijo. Dio a luz a orillas del Onon, a los pies de una colina. El niño nació con la mano derecha cerrada, y cuando la abrió, vieron que apretaba un gran coágulo de sangre que tenía la forma de una taba. Al llegar el momento de darle nombre, su padre escogió el de Temujin, «Herrero», en recuerdo de uno de los jefes tártaros que había capturado.[252]

Se desconoce la fecha exacta del nacimiento de Temujin. Parece que fue durante el año del cerdo del calendario chino, y se baraja una cronología entre 1155 y 1167, siendo esta última la más aceptada. Tampoco se sabe mucho sobre su apariencia física: era alto y fuerte, tenía una larga barba y ojos brillantes que, tal vez, eran de color gris verdoso. Cuando cumplió nueve años, su padre, Yesugei, decidió llevarlo a la casa de sus tíos maternos para buscarle esposa. Durante el trayecto, se toparon con uno de los jefes de la tribu de Oelun, la mujer de Yesugei. La noche anterior, ese hombre había soñado con un águila que llevaba en sus garras el sol y la luna, y se posaba sobre su mano. Al ver llegar a Yesugei con un hijo tan bien plantado, pensó que se trataba de un buen augurio y le ofreció como esposa a una niña de su propia familia. La chica se llamaba Börte (Gris-Azulado), y como era frecuente entre las mujeres de su clan, era muy hermosa.

A Yesugei le pareció una buena pareja para su hijo, pero como los dos eran todavía muy jóvenes para casarse, dejó al niño junto a su futura esposa en la casa de sus suegros. Mientras regresaba, satisfecho, al campamento de su clan, Yesugei se topó con un grupo de tártaros que celebraban un festín, y les pidió comida y algo de beber. Obligados por las leyes de hospitalidad de la estepa, los tártaros no podían rechazar la petición, pero tampoco habían olvidado las campañas que Yesugei había liderado contra ellos, y le pusieron veneno en los alimentos. Cuando llegó a su hogar, el patriarca estaba ya muy enfermo. Antes de expirar, con su último aliento, llamó a uno de los hombres de su tribu y le pidió que fuera a buscar a Temujin para que el niño se reuniera con su madre y sus hermanos.

Yesugei, el Valiente, era un caudillo de cierto renombre que había aglutinado a su alrededor a un puñado de clanes mongoles. Tras su prematura muerte, esta precaria coalición, que dependía exclusivamente de la autoridad del líder, se disolvió. Las costumbres de la estepa no tenían piedad con los perdedores. Su viuda, Oelun, y sus hijos fueron abandonados por su propia tribu y se convirtieron en una familia de proscritos. Por fortuna para los pequeños, Oelun era una mujer de carácter y recursos que había salvado la vida de su primer marido poniéndose ella misma a merced del segundo. Fue capaz de sacar adelante a un puñado de niños y mujeres en un entorno hostil. Recogió bayas y raíces comestibles, les enseñó a pescar con anzuelos improvisados y a cazar con pequeños arcos de madera, y los mantuvo con vida hasta que crecieron para convertirse en hombres

fuertes y apuestos.

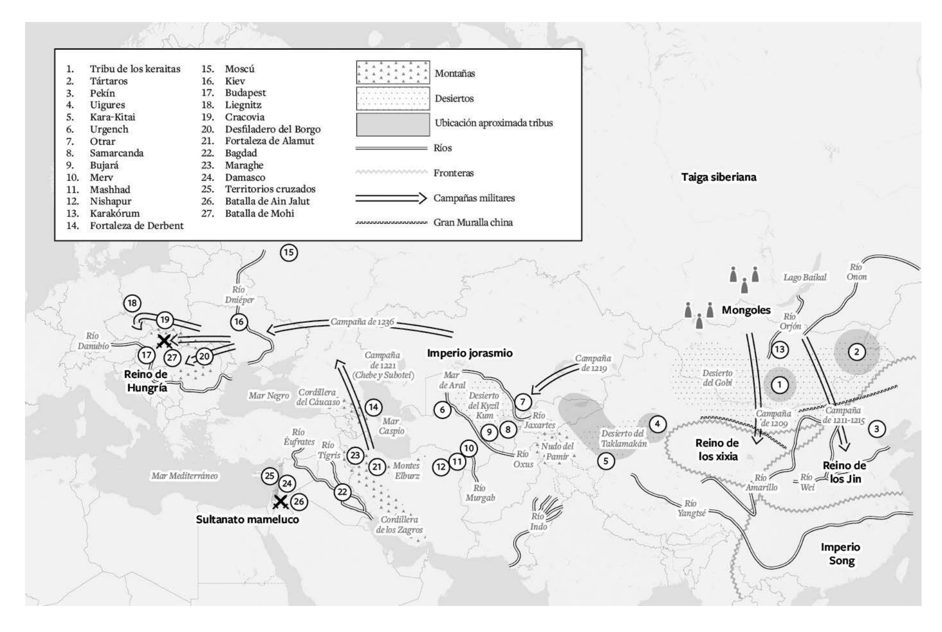
Llegado el momento, Temujin decidió completar su paso a la edad adulta contrayendo matrimonio. Regresó a los terrenos de acampada de su prometida, Börte, se casó con ella y llevó a la joven hasta el campamento de su madre y de sus hermanos. Aseguran las crónicas que formaron una pareja bien avenida. A pesar de que él no dudó en tomar otras mujeres —la poligamia era habitual entre los mongoles—, ella fue siempre su esposa principal; sus opiniones se tuvieron en cuenta y sus hijos fueron los únicos que se repartieron la herencia paterna.

El caso de Börte no fue una excepción. Gracias a su condición de nómadas de la estepa, los mongoles podían transformarse con facilidad en un pueblo en marcha. Toda la familia podía acompañar a los hombres durante las largas campañas militares, y cuando esto sucedía, las mujeres se ocupaban de mantener a los ancianos y a los niños mientras los varones hacían la guerra. En casos extremos, eran capaces incluso de tomar las armas y se comportaban con el mismo valor que sus maridos. Por eso, era frecuente que los jefes de los clanes consultaran a sus esposas los asuntos importantes. Años después, cuando Gengis Kan convirtió a las tribus mongolas en un Estado, las princesas de su familia se harían cargo de la regencia de sus hijos pequeños y jugarían un papel destacado en las asambleas de sucesión.[253]

Convertido ya en un hombre casado, líder de un diminuto clan, el siguiente paso de Temujin fue reeditar las alianzas de su progenitor. Se dirigió a las tierras de los keraitas, aquella tribu de nómadas que se había convertido al cristianismo, y recordó a su líder, Togril, el pacto que este había suscrito con Yesugei en la Selva Negra. Gracias a estos viejos acuerdos, Temujin disfrutó de su protección y su nombre comenzó a escucharse en la estepa. Pero la incipiente fama del joven mongol también desenterró viejas rivalidades. Oelun, la madre de Temujin, pertenecía a la tribu de los merkit, un grupo de tramperos de la taiga que acampaba en las orillas meridionales del lago Baikal. Estos no habían olvidado que ella había sido secuestrada por el padre de Temujin, y al tener nuevas noticias de este, es posible que desearan vengar el rapto apoderándose de las mujeres jóvenes de su pequeño clan. La mañana que atacaron el campamento, una sirvienta sintió el galope de los caballos contra el suelo, y la mayor parte de la familia de Temujin consiguió ponerse a salvo; Börte, su joven esposa, fue capturada. Con un particular sentido de la justicia, los merkit la entregaron al hermano del primer marido de Oelun.

Mientras tanto, Temujin había acudido a su protector, Togril, el señor de los cristianos keraitas, y con su ayuda orquestó una gran coalición para rescatarla. Cayeron sobre el campamento merkit

durante la noche, provocando una estampida general. En medio del caos y la confusión, incapaz de encontrar a su esposa a causa de la oscuridad, Temujin comenzó a llamarla a gritos. Quiso la suerte que esta, a la que se llevaban en un carro, oyera su voz. Saltó del vehículo y corrió a su encuentro; en ese momento, asegura la *Historia secreta de los mongoles*, se apartaron las nubes y salió la luna. Los dos esposos se reconocieron y «se arrojaron el uno en los brazos del otro». Los guerreros merkit que habían participado en el secuestro fueron ejecutados junto a sus hijos y los hijos de sus hijos, y el resto se convirtió en siervos. Sin embargo, el incidente del secuestro de Börte no terminó con el rescate de la joven. De regreso en las tierras de acampada del clan de Temujin, esta confesó a su marido que estaba embarazada. Y, efectivamente, a los pocos meses nació un niño: Jochi. Temujin lo reconoció como su primogénito y siempre lo trató como tal, pero se rumoreaba que no era hijo suyo, sino del guerrero merkit al que Börte había sido entregada como esposa durante su secuestro. Esta sospecha acabaría por envenenar la relación entre Jochi y sus hermanos, y provocaría una profunda fractura en el mundo mongol que tendría consecuencias importantes para la historia del mundo.



En cualquier caso, a finales del siglo XII, estos problemas sucesorios quedaban muy lejos. Por el momento, el prestigio de Temujin había quedado reforzado tras su victoria contra los merkit. Algunos clanes comenzaron a unirse al suyo y el joven mongol se convirtió en el líder de una pequeña coalición. Engrosar una banda de guerreros era fácil. Todos los mongoles eran a un tiempo pastores y cazadores, sabían manejar el arco, la espada y la lanza, y estaban acostumbrados a

combatir a caballo. Cada varón era un soldado. Pero llegar a ser un líder permanente era muy complicado, porque la política de la estepa cambiaba según soplara el viento, como la ondulante hierba de las praderas. Las tribus tendían a unirse en precarias alianzas dirigidas por jefes fuertes para conseguir un objetivo concreto: tierras de pasto, botín, esclavos o esposas. Pero, una vez alcanzados sus propósitos, la propia inercia de la vida nómada, errante por necesidad y ferozmente independiente, terminaba por disgregar a los clanes y romper las coaliciones. No eran raras, además, las traiciones y los cambios de bando, que culminaban en periódicos episodios sangrientos. Por fortuna para Temujin, los mongoles, que tiempo atrás habían formado una alianza temible de tribus, llevaban varias generaciones separados y enfrentados entre sí. La fragmentación los había hecho débiles frente a los tártaros y los chinos Jin, y es posible que entre las tribus hubiera ya cierto anhelo de unidad que el joven supo intuir y encauzar con maestría extraordinaria.

De hecho, el primer objetivo de Temujin como caudillo de una coalición mongola fueron precisamente los tártaros. Es probable que esta fuese una exigencia de los aliados, pero a nadie se le ocultaba que, al atacar a los tártaros, Temujin satisfacía también una venganza personal, pues habían sido ellos los que envenenaron a su padre y condujeron a su familia a la miseria. La guerra fue larga: comenzó en 1196 y culminó en 1202. Los tártaros, abandonados por sus aliados Jin, fueron masacrados y los restos de sus tribus absorbidos por los mongoles. Sin embargo, para entonces, el etnónimo «tártaro» ya se había convertido en una palabra de uso común para designar a las gentes de la estepa, y continuó empleándose durante toda la Edad Media. El término les parecería particularmente adecuado a los europeos, a los que las invasiones de estos bárbaros les recordarían a la apertura de las puertas del infierno.

Esta victoria fue el espaldarazo que Temujin necesitaba para completar su ascenso. Entre los pueblos de las llanuras de Asia, nada permitía consolidar mejor la posición de un líder que un triunfo militar y un botín abundante, pero él acompañaba su indiscutible talento para la milicia con otras cualidades. Pertenecía a un linaje de reyes, que se remontaba hasta el lobo gris y la corza blanca. Era carismático, astuto y sabía combinar con maestría la mano dura y la clemencia. Se deshizo sin miramientos de sus adversarios, de los más reluctantes y de los que, por su ascendencia aristocrática, podían amenazar su posición. Pero se comportó de forma sorprendentemente magnánima con aquellos que imploraron su perdón después de haberlo ofendido. Repartía con generosidad sus riquezas, reconocía y recompensaba el mérito de los humildes y mostraba la deferencia debida hacia los nobles. Este comportamiento, excepcional en el

mundo cruel de la estepa, le atrajo lealtades más fuertes y duraderas de lo que solía ser habitual entre los jinetes nómadas.

Pero por el camino también quedaron algunos viejos aliados incompatibles con los ambiciosos planes que debía de haber comenzado ya a pergeñar el caudillo mongol. El más importante fue su protector, Togril, el señor de los keraitas. Las relaciones entre los dos se habían ido enfriando a medida que el protegido superaba en poder al protector, pero parece que decidieron intentar un último acercamiento, en atención a la antigua amistad que los unía. Las nuevas promesas debían sancionarse con una doble boda: Jochi, el hijo mayor de Temujin, contraería matrimonio con una nieta de Togril, y un nieto de este se casaría con una princesa mongola. Sin embargo, la familia real keraita consideró una pérdida de dignidad emparentar de forma tan estrecha con un clan secundario de los mongoles, y el doble enlace nunca se llevó a cabo. Esta fue la última oportunidad de arreglar las cosas. Poco después, en 1203, estalló la guerra entre los mongoles y los keraitas, que fueron completamente derrotados y sus princesas, que antaño no se consideraron dignas, acabaron en manos de la familia de Temujin. Él mismo contrajo matrimonio con una de ellas, y el pequeño de sus hijos, Tolui, se casó con otra. Esta segunda joven keraita, Sorgaktani, estaba destinada a jugar un papel importante en la historia mongola. Fue la madre de dos grandes kanes, Mongke y Kublai, y del conquistador de Oriente Medio, Hulegu, y resultó decisiva en el ascenso de todos sus hijos. Además, a través de ella el cristianismo penetró en la corte mongola, donde esta religión disfrutaría de una consideración especial. Por lo que respecta a Togril, murió de forma miserable mientras huía de las tropas de su antiguo protegido. Sin embargo, la historia del rey cristiano de las estepas de Asia no acabó aquí; el recuerdo de su existencia se mezclaría con el nacimiento de la leyenda del Preste Juan y desataría una de las búsquedas más fascinantes del imaginario medieval europeo. De ella se dará cuenta más adelante.

Vencedor sobre sus amigos y sus enemigos, Temujin estaba listo, al fin, para dar el paso decisivo de su carrera. En 1206 se convocó un gran *qurultai*, una asamblea general de las tribus mongolas. Todos los clanes enviaron a sus representantes a las fuentes del río Onon, no muy lejos del lugar de nacimiento de Temujin. En una ceremonia solemne, mientras sostenían el *tug*, un estandarte blanco adornado con nueve colas de caballo, los líderes de las tribus aclamaron a Temujin como su señor, le dieron el título de rey, «kan», y añadieron el apelativo de «gengis», una palabra de significado oscuro. Gengis Kan podría traducirse como Rey Universal, o «aquel que es soberano de océano a océano», o incluso «gobernante poderoso».[254] Fuera cual fuese su sentido, el título tenía una intención clara, la de presentar a

Temujin como el caudillo supremo de las tribus mongolas en el marco de una nueva alianza, distinta a todas las anteriores. Gengis Kan hizo uso inmediato de los poderes que se le habían concedido. Recompensó a sus partidarios más leales nombrándolos comandantes y entregándoles mujeres y riquezas. La mayoría no pertenecía a su clan y muchos eran de origen humilde, porque Gengis Kan hizo de la meritocracia uno de los pilares de su liderazgo. Pretendía con ello romper las viejas lealtades y crear una aristocracia nueva, fiel a su dinastía.

Bajo la égida del caudillo, hasta la estepa parecía complacida. Durante la juventud de Temujin, los inviernos habían sido gélidos y los veranos abrasadores. Las sequías arrasaron la tierra y aumentaron los padecimientos de sus gentes, apartadas por los tártaros de los mejores pastos. Pero tras la aclamación de Gengis Kan, las lluvias volvieron a caer y los fríos del invierno perdieron su rigor. En estos años, las colinas se cubrieron de hierba y las manadas de los caballos mongoles se extendían hasta donde llegaba la vista[255]. El audaz líder había creado un Estado nuevo que los dioses habían convertido en próspero, facilitándole las herramientas para hacer realidad sus ambiciones. Es posible que la idea rondara en su cabeza desde hacía tiempo, pues se trataba de una de las más viejas aspiraciones de los pueblos de la estepa oriental: gracias a Gengis Kan, los mongoles estaban listos para atreverse a algo con lo que muchos nómadas habían soñado desde los tiempos de los xiongnu y el nacimiento de la Ruta de la Seda, pero que nadie había sido capaz de realizar: la conquista de China.

LOS REYES DE ORO

Mientras tanto, muchas cosas habían sucedido en el Imperio del Centro. Tras la crisis provocada por la revuelta de An Lushan, los Tang habían caído a comienzos del siglo X. Empezó entonces una de esas fases de división de la historia china, conocida como el Período de las Cinco Dinastías y los Tres Reinos (907-960). Al término de esta confusa etapa, que duró medio siglo, el territorio fue articulándose en torno a tres construcciones políticas muy diferentes: el reino de los Xixia, el de los Jin y el de los Song. Los Xixia (982-1227), budistas de origen tibetano, se hicieron fuertes alrededor del corredor de Gansu y el meandro de Ordos, y habían construido allí un pequeño Estado que se distinguió por la extraordinaria calidad de sus producciones artísticas. Los Jin (1115-1234), por su parte, eran una dinastía procedente de Manchuria que se había apoderado de las regiones del norte de China, en torno a la Gran Muralla y el río Amarillo. Sus soberanos, que eran conocidos como los Reyes de Oro, habían establecido su capital en Pekín. Por último, los Song (960-1279), de

origen chino, controlaban la mitad meridional del territorio que había pertenecido a las dinastías Han y Tang, y habían heredado de estos últimos el interés por el comercio y la artesanía.

En 1209, las hordas de Gengis Kan atravesaron el desierto de Gobi y cayeron sobre el reino más débil, el de los Xixia tibetanos. Los mongoles conocían bien los confines de aquel territorio, que habían saqueado con frecuencia en incursiones estacionales. Sin embargo, los jinetes de la estepa se detuvieron, desconcertados, cuando los Xixia se refugiaron tras las murallas de su capital. Los mongoles no sabían afrontar un asedio. Carecían de maquinaria y de ingenieros que supieran derribar murallas. Desconocían lo que eran las labores de zapa y tampoco cómo disponer sus tropas para cercar una ciudad. Los sueños de Temujin podrían haberse frustrado ante aquel primer gran obstáculo, tan característico de los reinos agrícolas.

Por fortuna para él, el rey Xixia era un hombre pragmático que temía que los mongoles arruinaran una de sus grandes fuentes de ingresos: el tráfico mercantil a través de los caminos de la seda. Se apresuró a sellar un pacto con Gengis Kan: estaba dispuesto a jurar vasallaje si los mongoles mantenían en su lugar la administración del reino —con él a la cabeza, claro— y se comprometían a utilizar soldados xixia en futuras operaciones militares. Temujin aceptó encantado. Sus jinetes carecían de los conocimientos necesarios para gobernar un Estado sedentario y se había hecho evidente que su ejército necesitaba tropas con conocimientos de ingeniería. El pacto se selló con la boda de una princesa tibetana con el caudillo mongol, y la fácil victoria proporcionó a las tropas moral para su siguiente prueba.

El reino de los Jin iba a suponer un desafío mucho mayor. Era más rico, estaba más poblado, contaba con decenas de grandes ciudades amuralladas y disfrutaba de la protección de la Gran Muralla, que se había preocupado de mantener y reforzar. Además, los Reyes de Oro conocían bien a los jinetes de la estepa y sabían cómo combatirlos. A mediados del siglo XII, habían sellado una alianza con los tártaros, a los que habían utilizado para diezmar al resto de tribus nómadas y alimentar sus mercados de esclavos. Cuando Temujin se convirtió en Gengis Kan, los mongoles llevaban décadas pagando tributo a los Jin, y la posibilidad de crear una gran coalición para enfrentarse a ellos debió de ser uno de los motivos que propició la unión de las tribus.

Temujin preparó el golpe con cuidado. En 1210 los mongoles dejaron de entregar tributo a los Jin. Un año después, en 1211, en una gran asamblea de tribus, se selló una alianza con los uigures, el pueblo turco que controlaba los principales oasis de la mitad noreste de la cuenca del Tarim. Estos llevaban siglos asentados en aquellas regiones y se habían sedentarizado en su forma de vida y sus costumbres. Contaban con su propio alfabeto y su propia literatura, y eran una de

las tribus esteparias más avanzadas de Asia. Su entrada en la coalición mongola, que se selló con una boda entre una princesa mongola y el líder uigur, fue clave para dotar al incipiente Estado mongol de un cierto empaque cultural. Por más que Gengis Kan fuera un nómada iletrado, era consciente del papel que los logros de las civilizaciones sedentarias jugaban en la construcción de los grandes reinos, y por ello encomendaría a un uigur la tarea de enseñar a escribir a sus hijos. Con el tiempo, el alfabeto uigur serviría de base al alfabeto mongol tradicional, el primer sistema de escritura creado para este idioma.

Tras la asamblea de 1211, los mongoles y sus aliados se lanzaron contra las posiciones de los Jin en el norte de China. Durante meses, los jinetes de la estepa se estrellaron contra las murallas del reino, pero, ya en la primavera de 1212, comenzaron a aflorar los conflictos internos entre los defensores, exasperados por el ataque. La corte Jin de Pekín se convirtió en un hervidero de conjuras, y el propio Rey de Oro acabó asesinado y reemplazado por un familiar. Sus partidarios, entre los que se contaban algunas tribus de la estepa, comenzaron a pasarse al bando enemigo. En 1213 las tropas de Gengis Kan se apoderaron de las primeras plazas importantes en el valle del río Amarillo, venciendo la resistencia de los defensores con crueles artimañas. Cuando asaltaban las murallas o llevaban a cabo trabajos de zapa, los mongoles colocaban en primera línea a trabajadores capturados en las inmediaciones, confiando en que las tropas apostadas en las almenas no se atreverían a disparar sus flechas contra sus propios amigos y familiares.

Acorralado tras los muros de Pekín, el nuevo Rey de Oro trató de comprar la paz con los mongoles a la manera de los antiguos emperadores Han: envió a Gengis Kan seda, esclavos y caballos, e incluso una princesa de sangre real para que contrajera matrimonio con él. Todo fue en vano. Los mongoles aceptaron los regalos, se los llevaron al corazón de la estepa y regresaron a por más al año siguiente. Derrotados, los Jin abandonaron su capital y se retiraron al sur del río Amarillo, confiados en que el tamaño de la corriente fluvial alejara a los nómadas. Privada de sus defensores, Pekín cayó en manos de Gengis Kan en 1215. Fue la primera gran capital en ser tomada por los jinetes de la estepa. No sería la última.

La campaña contra los Jin fue clave para terminar de perfilar las señas de identidad del nuevo ejército mongol, que se caracterizaría por una inteligente combinación de tradición e innovación. El corazón de la hueste estaba integrado por jinetes que cabalgaban sobre las grupas de los pequeños caballos mongoles. Estos equinos se distinguían por su rapidez y su agilidad, y cada guerrero llevaba consigo tres o cuatro monturas que podía ir alternando para dar descanso a los animales y mantener la movilidad. Como arma

principal, usaban el arco compuesto, hecho de madera y hueso. Elaborar una de estas armas podía llevar más de un año, pero su extraordinaria calidad compensaba el esfuerzo. Su tamaño contenido los hacía manejables y su gran fuerza tensora permitía disparar flechas a una distancia y con un poder de penetración sorprendentes. Las armas del jinete se completaban con un sable o una lanza, con los que abatían fácilmente a los enemigos desde el caballo. Los primeros soldados llevaban armaduras muy ligeras, de cuero endurecido, pero a medida que fueron conquistando centros productores de manufacturas de metal, parte de los jinetes se equiparon con armaduras pesadas, a la manera de los soldados chinos. De esta forma, el ejército mongol se dotó de caballería pesada y ligera. La segunda hostigaba al enemigo desde una distancia segura hasta que, una vez rota la formación o agotadas las tropas defensoras, se podía lanzar a la caballería pesada para rematar la faena. Esta era imbatible en campo abierto y disfrutaba de una movilidad extraordinaria. Además de llevar consigo caballos de refresco, los guerreros mongoles eran criaturas de la estepa acostumbradas a la sed, el hambre y las penalidades. A la grupa de sus monturas cargaban agua, yogur y carne seca, y se procuraban todo lo demás sobre el terreno. Los jinetes siempre montaban alguna yegua para aprovechar su leche y, en casos de extrema necesidad, Marco Polo aseguraba que eran capaces de beber la sangre de sus propios equinos.

Para aprovechar al máximo esta movilidad, Temujin solía dividir sus tropas en varios ejércitos, que parecían estar en todas partes al mismo tiempo, sembrando el pánico entre los enemigos. Por lo que se refiere a las labores de zapa y asedio, que resultaban ajenas a los jinetes nómadas, se encomendaron a ingenieros chinos, supliendo así las deficiencias más graves del ejército mongol. A lo largo de sus campañas fueron incorporando soldados de todas las regiones de las que se apoderaban, hasta componer una tropa tan heterogénea como versátil. De hecho, las huestes de Gengis Kan eran tan flexibles que fueron capaces de adoptar novedades completamente originales, como la pólvora. Esta había sido inventada en China tiempo atrás, pero su uso en el campo de batalla era muy reciente. Los chinos habían comenzado a utilizarla para fabricar artilugios que resultaban eficaces no tanto por su letalidad como por la confusión que generaban en las filas enemigas. Los más habituales eran una especie de flechas o lanzas propulsadas con cohetes y unas toscas granadas de mano, pequeños recipientes de terracota rellenos de pólvora. Estas armas, primitivas y poco fiables, no fueron, en modo alguno, decisivas para las victorias mongolas, pero sí pudieron ser claves para la difusión del invento chino. Es posible que, gracias a los jinetes de las estepas, el uso de la pólvora llegara a Europa y al Mediterráneo para revolucionar

completamente la forma de hacer la guerra.[256]

Tras la toma de Pekín, Gengis Kan delegó en uno de sus lugartenientes la tarea de completar el sometimiento de los Jin, que no se conseguiría hasta 1234, años después de la muerte del caudillo. Otros asuntos más urgentes reclamaban la atención del líder mongol. La alianza con los uigures le había entregado el control del extremo nororiental del Tarim con sus jugosas rutas comerciales, pero los confines occidentales del desierto de Taklamakán estaban en manos de otra tribu, pariente de los mongoles: los kara-kitai, esto es, los «kitán negros». A comienzos del siglo XIII, los kara-kitai no atravesaban su mejor momento. Después de establecerse en el Taklamakán, habían conseguido entenderse bastante bien con sus súbditos, a pesar de que estos eran en su mayoría musulmanes y ellos, budistas o tengrianos. Sin embargo, pocos años atrás había llegado a los confines del reino kara-kitai un exiliado de la estepa. Se llamaba Kuchlug, comandaba una tribu que no había querido integrarse en la alianza de Gengis Kan y, derrotado, se había visto obligado a huir acompañado de un grupo de leales. Siguiendo las costumbres de los nómadas, los kara-kitai acogieron a su banda de guerreros con los brazos abiertos; incluso le entregaron una de sus princesas en matrimonio. Fue un error. En 1211, Kuchlug apartó del trono al rey para ocuparlo él mismo. Mandó a sus jinetes a saquear los prósperos oasis de Taklamakán y comenzó a perseguir a los musulmanes de sus dominios para que abjuraran de su fe y se convirtieran al budismo o al cristianismo.

Estos acontecimientos fueron vistos con preocupación por parte de Gengis Kan, que se había enfrentado a Kuchlug en el pasado y sabía que el caudillo odiaba a los mongoles. Así que, cuando estuvo seguro de la derrota de los Jin, ordenó a uno de sus generales que penetrara en el desierto de Taklamakán y se apoderara del territorio de los kara-kitai. Kuchlug era un tirano que se había hecho con el poder tras una traición, que saqueaba a sus propios súbditos y crucificaba clérigos musulmanes a las puertas de sus madrasas, así que los mongoles fueron recibidos como libertadores, y plazas tan importantes en la cuenca del Tarim como Kashgar o Khotan pasaron a manos de Gengis Kan casi sin lucha. Kuchlug se vio obligado a escapar de nuevo, pero las tropas mongolas le dieron caza cuando trataba de hallar refugio entre las cumbres nevadas del Pamir.

Para comienzos de 1218, apenas doce años después del gran *qurultai* en el que había sido aclamado líder de los mongoles, Gengis Kan ya controlaba un enorme imperio que iba desde el mar Amarillo hasta el macizo del Pamir e incluía una porción importante de los caminos de la seda. Todo parece indicar que, satisfecho con lo obtenido, Temujin deseaba centrarse en las operaciones en China, objetivo tradicional de los jinetes de la estepa. Tenía más de cincuenta años y probablemente

había empezado ya a considerar cómo iba a organizar sus dominios y cuál de sus hijos iba a hacerse cargo de su herencia. Los terribles sucesos que tuvieron lugar a continuación no fueron, por tanto, consecuencia de las insaciables ansias expansivas de los mongoles, sino el resultado fatal de una de las mayores torpezas de la historia.

EL AZOTE DE DIOS

Hasta bien entrada la Edad Media, el protagonismo en la historia de la Transoxiana había recaído sobre su mitad oriental. Aquí se encontraban el valle de Ferganá, las ciudades de Samarcanda y Bujará, o la región de Bactria, y por aquí pasaba la Ruta de la Seda. El extremo occidental, Jorasmia, al sureste del mar de Aral, parecía, al lado de estos fascinantes lugares, mucho menos atractivo. Así lo consideraron, desde luego, los conquistadores que recorrieron la zona. Los persas aqueménidas perdieron el control de Jorasmia no mucho después de que Ciro el Grande se apoderara de ella, y no parece que hicieran esfuerzos por recuperarla. Cuando Alejandro llegó a la Transoxiana, en el 328 a. C., el macedonio aceptó la sumisión de aquel puñado de nómadas, a los que contemplaba como habitantes errantes de extensiones vacías, pero rechazó cualquier alianza de mayor calado con el rey jorasmio, que le propuso cabalgar por la costa del Caspio para invadir el Cáucaso por el norte. Agraciados por la naturaleza con el tranquilo dominio de un rincón medio olvidado del mundo, los jorasmios mantuvieron la independencia respecto a los grandes imperios de la Antigüedad casi sin proponérselo. Sus reyes colocaron su capital a orillas del Oxus, en la ciudad de Urgench (hoy Kunya-Urgench, Turkmenistán) y se convirtieron al islam en el siglo VIII, coincidiendo con la llegada del califato a la región. Los jorasmios ofrecieron a los califas su lealtad sincera, y cuando los abasíes perdieron el control de estas regiones, pasaron mansamente de las manos de los samánidas a las de los gaznávidas, y de estas a las de los turcos selyúcidas.

A finales del siglo XI, en tiempos del visir Nizam al-Mulk, un esclavo turco de los selyúcidas llamado Anushtigin Gharchai (1077-1097) recibió como recompensa por sus servicios el gobierno de la región de Jorasmia. Su estirpe, como el pueblo al que gobernaba, se distinguió por su lealtad y, durante un par de generaciones, sus descendientes administraron sin incidentes las tierras que se encontraban alrededor de la desembocadura del Oxus. Pero a mediados del siglo XII, cuando el imperio de los selyúcidas se encontraba en decadencia, debilitado por la guerra contra los cruzados, los bizantinos y los fatimíes, su nieto Atsïz (1127-1156) sintió que había llegado el momento de conducir a su dinastía a empresas mayores. Se rebeló contra los turcos y proclamó la independencia del reino jorasmio.

Sus descendientes supieron sacar partido de la crisis de los selyúcidas, y para el reinado de Ala al-Din Mohamed II (1200-1220) los dominios de los señores de Jorasmia se extendían desde el Jaxartes hasta las mesetas iranias. Pletórico, Ala al-Din Mohamed II adoptó los pomposos epítetos de «el segundo Alejandro» o «la sombra de Dios en la Tierra», convencido de que bajo su liderazgo había llegado, al fin, la hora jorasmia. Sin embargo, cuando exigió al califa que su nombre se pronunciara en todas las mezquitas durante la oración del viernes, su demanda fue rechazada. El gobernante abasí sabía que, como tantos imperios surgidos en la región durante el ocaso de su dinastía, el reino jorasmio era un gigante con pies de barro. Estaba formado por una amalgama de territorios diversos cuyo control era precario y dependía de lealtades personales, hasta el punto de que uno de los principales apoyos del monarca era su propia madre, que contaba con el respaldo de una poderosa tribu de turcos.

Mientras esto sucedía en las regiones al oeste del Pamir, las tierras situadas al este, en la cuenca del Tarim, cayeron en manos de los mongoles. Temujin quiso mostrarse conciliador con sus poderosos vecinos. En la primavera de 1218, envió a la corte del señor de Jorasmia embajadores cargados de regalos: una enorme pepita de oro y lingotes de este metal, objetos de jade y de marfil, telas elaboradas con pelo de camellos blancos… y un mensaje que invitaba al soberano a repartirse el mundo —«Yo soy el señor de las tierras del sol naciente. Tú eres el soberano de las tierras del sol poniente»— y a aprovechar los beneficios de la Ruta de la Seda, que atravesaba los dominios de ambos. Ala al-Din Mohamed II dudó sobre la manera en la que debía responder a esta oferta. Su familia descendía de jinetes de la estepa, pero después de varias generaciones gobernando la Transoxiana, los refinados señores jorasmios habían comenzado a contemplar a los nómadas de las llanuras como paganos salvajes, indignos de codearse con ellos.

En cualquier caso, a pesar del silencio de la diplomacia jorasmia, y como muestra de la sinceridad de la oferta, poco después llegó a Otrar, una ciudad de avanzada en la orilla norte del Jaxartes, en la frontera con las estepas, una larga caravana integrada por un centenar de mercaderes y medio millar de camellos. Iba cargada con todo tipo de mercancías: metales preciosos, pieles, seda… Había sido enviada por Gengis Kan. Pero el gobernador de Otrar era un hombre cercano a la familia real jorasmia y pertenecía al entorno de Terken Jatun, la madre de Ala al-Din Mohamed II. La reina madre no solo compartía nombre con aquella princesa turca, esposa del sultán Malik Shah, que se había enfrentado a Nizam al-Mulk. También era una mujer poderosa que contaba con sus propios seguidores y constituía el principal sostén del gobierno de su hijo. Confiado en la protección de

su señora, el gobernador de Otrar decidió asaltar la caravana mongola y apoderarse de sus riquezas, y para ello se atrevió incluso a degollar a los mercaderes, entre los que también se contaba un diplomático.

Al este del Pamir, Gengis Kan empezaba a perder la paciencia. Aun así, era un hombre prudente al que no le gustaba tomar ninguna decisión importante a la ligera. El Imperio jorasmio parecía un adversario formidable, parte de las tropas mongolas estaban comprometidas en la conquista del territorio de los Reyes de Oro, y no era conveniente abrir un segundo frente cuando el sometimiento de China quedaba todavía tan lejos. Así que, como hacía siempre que se enfrentaba a un gran dilema, Temujin subió a lo alto de una montaña, imploró fuerzas a Tengri, el dios del cielo, y resolvió que daría una última oportunidad al señor de Jorasmia. Envió una embajada, integrada por un musulmán y dos jinetes de la estepa, con una propuesta de paz definitiva. A cambio, Ala al-Din Mohamed solo tenía que entregar al vasallo de su madre, aquel gobernador de Otrar que había saqueado la caravana y asesinado a sus integrantes. Esta vez, el señor de Jorasmia sí que actuó con determinación. Ejecutó al embajador musulmán y, conocedor de las costumbres de los nómadas, mandó rapar la cabeza de los dos jinetes, a sabiendas de que se trataba de una afrenta imperdonable.

Apenas unos meses después, en 1219, una gigantesca hueste, formada por decenas de miles de soldados mongoles y comandada por Gengis Kan y sus hijos, se presentó ante las murallas de Otrar, a orillas del Jaxartes. Venían a cobrarse venganza por la caravana masacrada, por los embajadores vejados y por los desprecios del señor de Jorasmia: «Por cada gota de sangre vertida [en la masacre de la caravana] fluyó todo un Oxus. Por cada uno de sus cabellos, cien mil cabezas rodaron por el polvo (…). Y por cada dinar [robado] se obtuvieron mil quintales».[257] Los jinetes mongoles estaban a punto de comenzar una de las campañas de destrucción más aterradoras que se recuerdan en el continente asiático. La invasión del Imperio jorasmio fue un castigo brutal y despiadado que se diseñó con cuidado y se ejecutó con maestría, aprovechando todos los recursos de los que se había dotado el ejército mongol durante la conquista del norte de China: unidades de caballería ligera y pesada, arietes, catapultas de asalto, zapadores e ingenieros… Los objetivos habían sido escogidos antes incluso de poner un pie en la Transoxiana.

Ala al-Din Mohamed disponía de tropas considerables. Había guarecido sus ciudades —Samarcanda, Bujará, Urgench…— con contingentes de soldados y él mismo se puso al frente de un ejército para tratar de frenar el ataque mongol en campo abierto. La estrategia era razonable, pero le obligó a dispersar sus fuerzas, lo que motivó que estuvieran en inferioridad numérica en la mayoría de sus

encuentros con los mongoles. Gengis Kan, como ya había hecho en el norte de China, dividió a sus hombres en varias columnas para aprovechar al máximo su movilidad. Dejó a sus hijos Chagatai y Ogodei al frente del asedio de Otrar.[258] Envió a su hijo mayor, Jochi, aquel que había venido al mundo poco después del secuestro de Börte, a que sometiera las plazas a las orillas del mar de Aral, mientras él mismo, acompañado de su hijo pequeño, Tolui, cruzaba la corriente del Jaxartes y penetraba en el Kyzyl Kum, el desierto de Arena Roja. Atravesó rápidamente estas extensiones desoladas y se presentó, a comienzos de 1220, delante de los muros de una de las ciudades más importantes del reino de Jorasmia: Bujará.

Gracias a la Ruta de la Seda, Bujará era una ciudad magnífica, que había sido guarecida con unos 20.000 mercenarios turcos. Pero al tercer día de asedio, la mayor parte de ellos, viendo la superioridad de las tropas mongolas, abandonó el abrigo de las murallas y huyó hacia las orillas del Oxus. No llegaron muy lejos; los mongoles los alcanzaron y los degollaron antes de cruzar el río. Privados de la mayoría de sus defensores, los habitantes de Bujará decidieron rendirse. Abrieron sus puertas y permitieron que el caudillo mongol penetrara en la ciudad. Gengis Kan recorrió las calles hasta llegar a la mezquita del viernes. Se detuvo en la sala de oración y preguntó si aquello era el palacio del señor de Jorasmia. Le respondieron que no, que se trataba de la casa de Dios. Entonces subió al púlpito y dijo: «Ya no queda forraje en la campiña; llenad los estómagos de nuestros caballos». Los ciudadanos, aterrorizados, vaciaron sus graneros. Tomaron las estanterías donde se guardaban los ejemplares del Corán, arrojaron los libros al suelo y los usaron como pesebre para los equinos. Mientras contemplaban la escena, los mongoles se hicieron servir vino y ordenaron que les llevaran mujeres para que bailaran delante de ellos. Conmovido, uno de los clérigos musulmanes susurró: «Es el viento de la ira divina que sopla sobre nosotros. Las briznas de paja que dispersa no tienen más que callar».

La idea de que todo aquel horror era un castigo divino por la arrogancia del señor de Jorasmia había sido defendida por el propio Gengis Kan, y quiso que ese particular quedara claro a las desventuradas gentes que habían sido condenadas a padecer los excesos de su cólera. Cuando ya abandonaba la ciudad, regresó a la mezquita del viernes y volvió a subirse al púlpito. Ordenó reunir a los habitantes de Bujará y les dijo: «Sabed que habéis cometido grandes pecados. (…) Yo soy el azote de Dios (…) y he sido enviado para castigaros».[259] A continuación, los mongoles ordenaron a los habitantes de Bujará que abandonaran el casco urbano sin llevar nada consigo, salvo sus ropas. Fuera de los muros, aquellas pobres gentes fueron repartidas como esclavos entre los jinetes mientras la ciudad

era entregada al saqueo, pues hasta ese momento, las tropas, mostrando un extraordinario autodominio, habían esperado pacientemente la señal de su señor. La disciplina era otra de las señas de identidad del ejército de Gengis Kan; cualquier desobediencia se castigaba de forma brutal y todo el grupo era responsable de las faltas de cada uno de sus miembros. Cuando terminó el saqueo, el botín se puso en común y se repartió entre los combatientes atendiendo a su rango y a sus méritos. No se sabe si de forma provocada o accidental, durante el pillaje se declaró un incendio y Bujará, una de las urbes más ricas de Asia, fue pasto de las llamas. Cuando por fin se marcharon los conquistadores, solo dejaron tras de sí un montón de ruinas humeantes, entre las que destacaba el solitario minarete de la mezquita, único superviviente de la furia mongola.

Gengis Kan se dirigió entonces a la otra gran ciudad de la Transoxiana, Samarcanda. Esta era todavía más grande y rica que Bujará; su casco urbano, rodeado por grandes murallas, se encontraba en la cima de la colina de Afrasiab y contaba con una guarnición de decenas de miles de soldados turcos. Sin embargo, como hemos visto, la lealtad de estas tropas hacia el señor jorasmio era bastante cuestionable. Los turcos pensaron que podían contar con las simpatías de sus hermanos de la estepa y, en lugar de huir, se dirigieron al campamento mongol implorando el perdón de Gengis Kan. Pero Temujin sabía que cualquier caudillo que deseara conservar el respeto de sus vasallos debía castigar con dureza a los traidores, y ordenó que aquellos hombres que habían abandonado a su señor fueran ejecutados. Mientras tanto, al igual que había ocurrido en Bujará, los habitantes de la ciudad decidieron rendirse y confiar en la clemencia de su nuevo amo. Se les ordenó abandonar los muros de la villa para que las tropas mongolas pudieran saquearla con más comodidad, y se permitió que la mayor parte de los prisioneros pagara un rescate a cambio de su libertad. Gengis Kan solo quiso llevarse consigo a los artesanos y a aquellos que pudieran ser de algún provecho durante las operaciones militares. Después de tantas conquistas, parece que los mongoles habían empezado a perder el apetito por los esclavos, que fluían ya, en hileras interminables, hacia el corazón de Mongolia.

Mientras tanto, se había completado la conquista de Otrar y de la cuenca baja del Jaxartes, y los tres hijos mayores de Gengis Kan, Jochi, Chagatai y Ogodei, habían reunido sus ejércitos para ocuparse de la capital del Imperio jorasmio: Urgench. Aquí estaban a punto de vivirse escenas propias de una tragedia griega. Era esta una ciudad enorme, construida en torno a las dos orillas del Oxus, no muy lejos del punto donde el río desembocaba en el mar de Aral. Sus defensores, más comprometidos que los habitantes del resto del país con la causa jorasmia y bien informados del destino de las otras ciudades

conquistadas, estaban decididos a resistir hasta el final. Sin embargo, Gengis Kan había prometido a Jochi el territorio de Jorasmia, así que, con el deseo de preservar la capital de sus futuros dominios, el hijo mayor de Temujin ofreció a los habitantes de Urgench clemencia si se rendían sin lucha. El gesto, sin embargo, irritó profundamente a su hermano Chagatai, que pensaba que era necesario hacer un escarmiento especial con la residencia regia del enemigo. Estos desacuerdos eran frecuentes entre ellos. Jochi sufría desde niño las sospechas sobre su nacimiento, y había desarrollado un carácter retraído y melancólico. En cuanto a Chagatai, era un hombre rígido y colérico que se sentía privado de sus derechos sucesorios por un bastardo, y aprovechaba cualquier oportunidad para recordárselo. Estos agrios enfrentamientos entre los dos vástagos mayores habían terminado por favorecer al tercero, Ogodei.

A diferencia de sus hermanos, Ogodei era alegre y campechano, amigo de los banquetes, gran bebedor —un rasgo valorado entre los hombres de la estepa; tal vez demasiado— y poco amigo de las disputas. Había heredado el carisma e incluso el aspecto físico de su padre, y con frecuencia era escogido por este para mediar entre el resto de sus hijos. Ogodei puso paz entre Jochi y Chagatai, reinstauró la disciplina entre las tropas y se lanzó a la conquista de Urgench. Los combates fueron tremendos. Se luchó casa por casa, entre el fuego y las flechas, y muchos mongoles perdieron la vida. Cuando, al fin, los defensores desfallecieron, los tres hijos de Gengis Kan se ensañaron con la ciudad y los supervivientes: ejecutaron a los hombres, convirtieron en esclavos a las mujeres y los niños, y se llevaron a los artesanos. Después, rompieron los diques que contenían las aguas del Oxus y anegaron la capital. Chagatai y Ogodei regresaron entonces al lado de su padre, pero Jochi nunca volvió. Los frágiles lazos que lo ligaban a sus hermanos se habían roto durante el asedio de Urgench, y la compañía de los suyos le resultaba insoportable. Prefirió quedarse en aquellas regiones y tomar posesión de las tierras que le habían sido prometidas.

Pero ¿dónde estaba el señor de Jorasmia, Ala al-Din Mohamed II, mientras su reino se desmoronaba devorado por sus enemigos? El soberano no había sabido estar a la altura de los acontecimientos. Cuando los mongoles cruzaron el Jaxartes divididos en varias columnas, se quedó paralizado, sin saber adónde dirigirse. Y cuando las plazas de su reino comenzaron a caer, huyó sin presentar combate, obligando a Gengis Kan a enviar en su persecución a dos de sus mejores hombres, Chebe y Subotei. Estos rastrearon los pasos de Ala al-Din Mohamed II hasta el Jorasán. Dejaron atrás las ciudades de Mashhad, Nishapur y Teherán, y estrecharon el cerco en torno a la cordillera de los Elburz. Tras una vertiginosa carrera que había durado

meses —estamos ya en enero de 1221—, acorralaron al señor jorasmio junto a las costas del Caspio. Pero mientras las flechas de los mongoles silbaban sobre su cabeza, Ala al-Din Mohamed II consiguió montarse en una barca y llegar hasta un pequeño islote en la desembocadura del río Gorgán, en el extremo meridional del Caspio. Aquí murió, de pena y agotamiento, entre llantos y gemidos, un hombre que apenas dos años atrás se había contado entre los más poderosos del mundo. Sin embargo, no todo estaba perdido para los jorasmios. El rey dejaba un hijo dotado de todas las cualidades de las que carecía su padre, que había conseguido refugiarse al sur del Hindú Kush, en la fortaleza de Gazni (actual Afganistán). El príncipe, que recibía el sonoro nombre de Jalal ad-Din Mingburnu, estaba tratando de organizar un ejército para vengarse de los mongoles y recuperar el reino de su progenitor.

Mientras tanto, los jinetes de la estepa continuaron con su tarea de apoderarse del territorio jorasmio de forma tan cruel como ordenada. Gengis Kan, al frente del cuerpo principal de su ejército, se encaminó hacia la cuenca alta del Oxus, a la sofisticada Bactria, y su hijo pequeño, Tolui, fue enviado a conquistar el Jorasán. Las mayores crueldades de la conquista —por increíble que pueda parecer— comenzaron en este momento. Los mongoles habían empezado a perder el interés por las masas de esclavos, pero temían dejar tras de sí bolsas de enemigos que pudieran alzarse contra ellos en estas regiones tan alejadas del corazón de Mongolia. Para evitarlo, llevaron a cabo campañas de exterminio sistemático de la población. La disciplina de las huestes mongolas y la minuciosidad con la que se entregaban a cualquier tarea que les encomendara su comandante hicieron que estas matanzas fueran particularmente despiadadas. En Bactria, los habitantes de Termez (Uzbekistán) y de Balj (Afganistán) fueron ejecutados a los pies de sus murallas.[260] En Merv, los mongoles ni siquiera se molestaron en saquear la urbe, como habían hecho el año anterior en la Transoxiana. Torturaron a los más ricos para que revelaran los escondites de sus tesoros y ordenaron a los habitantes que abandonaran el casco urbano con sus posesiones más valiosas. Después, separaron a los artesanos y a un puñado de mujeres y niños, y decapitaron al resto.

La mayor parte de los conquistadores —y habían sido muchos— que habían recorrido estas regiones buscaban la rendición incruenta de las ciudades para poder aprovechar rápidamente su potencial económico. Por eso, los núcleos urbanos cambiaban con facilidad de manos, confiados en que sus nuevos amos los tratarían con generosidad movidos por el interés. Pero los mongoles no eran conscientes, todavía, del valor de una ciudad, de las inmensas riquezas que podían llegar a acumularse con la artesanía, o de la importancia agrícola de los oasis. Veían los asentamientos urbanos, tan ajenos al mundo

nómada de la estepa, como desagradables obstáculos, y por más que hubieran aprendido a superar sus murallas, estas seguían llenándolos de inquietud.

Merv, con su enorme valor estratégico, debió de parecerles especialmente peligrosa, y se ensañaron con ella de forma particular. No bastó con matar a sus habitantes. Destruyeron el dique que contenía las aguas del Murgab, anegaron sus terrenos y arrasaron el sistema de canales que garantizaba la prosperidad del oasis. Conducciones que habían sido diseñadas, construidas y reparadas con mimo durante generaciones para aprovechar al máximo las aguas del río y crear un paraíso en medio del desierto fueron borradas para siempre de la faz de la Tierra. La ciudad de Merv, una de las grandes urbes del mundo, en la que se había decidido el destino de tantos imperios, nunca se recuperó del golpe. Las grandes murallas jamás se reconstruyeron y las imponentes ciudadelas cayeron en la ruina. Fueron reemplazadas por casas de campesinos y pequeños caravasares, hasta que incluso su legendario nombre terminó por caer en el olvido.

Desde Merv, Tolui prosiguió su camino a través de la gran ruta del Jorasán. Mashhad había sido destruida ya durante la persecución de Ala al-Din Mohamed, así que el hijo pequeño de Gengis Kan se detuvo ante las murallas de Nishapur, la ciudad de las minas de turquesa, que disputaba a Merv la condición de capital de Jorasán. No era la primera vez que los mongoles trataban de apoderarse de ella; apenas unos meses atrás, un yerno de Gengis Kan había muerto de un flechazo mientras intentaba asaltar sus murallas. Los ciudadanos de Mashhad, sabedores de que, a causa del magnicidio, los mongoles no tendrían piedad con ellos, ofrecieron una resistencia desesperada, pero al final cayeron, como todos, en manos de los jinetes. La hija de Gengis Kan, viuda del príncipe asesinado, se aseguró de que sus habitantes fueran masacrados y de que el alcance de la venganza llegara a todos los seres vivos, incluidos los gatos y los perros. Podemos imaginar a las eficientes tropas mongolas desperdigadas por sus callejuelas, cubiertas de arañazos, tratando de dar caza a los escurridizos felinos del enclave. Por último, como durante la caída de Merv hubo quien salvó la vida escondiéndose entre los muertos, se ordenó que se decapitaran los cadáveres, y los alrededores de Nishapur se cubrieron de pirámides hechas con cabezas humanas.

Mientras tanto, Gengis Kan continuaba su avance hacia el sur, atravesando el actual Afganistán en busca del príncipe jorasmio, al que tal vez deseaba derrotar personalmente. Por el camino, se detuvo para destruir la fortaleza de Bamiyán, que había sido levantada por los musulmanes frente a la pared rocosa donde se alzaban los famosos budas. Alcanzó al príncipe en el momento en el que se preparaba,

junto a sus tropas, para cruzar el Indo. Comenzó la batalla. Los jorasmios caían bajo las flechas mongolas y el círculo se estrechaba en torno al príncipe, pero este se batía con la desesperación del que se sabe perdido. Finalmente, cuando los mongoles estaban a punto de alcanzarle, Jalal ad-Din Mingburnu tomó un caballo de refresco, cabalgó hacia el río y se lanzó a la corriente del Indo desde gran altura. Impotente, Gengis Kan lo vio ganar la otra orilla a nado y refugiarse en las tierras del subcontinente. Pero la espectacular fuga del príncipe jorasmio fue un acto estéril de heroísmo. Murió diez años más tarde, después de haber luchado, en vano, por recuperar el imperio de su padre. Sus hijos, a los que había abandonado en su desesperada huida, fueron ejecutados por los jinetes de la estepa, y su abuela, la orgullosa Terken Jatun, fue conducida a Mongolia como botín de guerra. En atención a su condición, antes de abandonar Jorasmia se hizo un alto en el camino para que la mujer pudiera contemplar su tierra por última vez.

En la primavera de 1223, completado ya el castigo del reino jorasmio, Gengis Kan y los suyos regresaron a Mongolia. Temujin rondaba ya los sesenta años. Es posible que su salud comenzara a resentirse, lastrada por las heridas de guerra y una vida accidentada, y se sabe que andaba preocupado por el futuro de su imperio. Antes de iniciar la campaña contra los jorasmios se había pronunciado sobre su herencia, que favorecía a su hijo más popular, Ogodei, y mandó llamar a un sabio taoísta chino, porque se decía que poseía el secreto de la inmortalidad. Pero no detuvo sus conquistas. En 1226 lo encontramos de nuevo en el norte de China, la vieja tierra de promisión de las tribus de la estepa, que él estaba, al fin, en vías de domeñar. Sin embargo, en los primeros días de campaña, su caballo lo arrojó al suelo durante una jornada de caza, provocándole fuertes dolores. Nunca llegó a recuperarse del todo.

Durante el verano de 1227, emisarios de una ciudad asediada se presentaron en su campamento y pidieron audiencia. Algunos dicen que fueron recibidos tras una cortina cerrada; otros, que atisbaron al caudillo por la rendija de una puerta. Probablemente, el gran señor de los mongoles, el conquistador del mundo, el hombre de la estirpe del lobo y de la corza estaba ya muerto, pero, sabedores del impacto de la noticia, los suyos habían preferido retrasar el fatal anuncio.

Al parecer, tiempo antes de morir, Temujin visitó un hermoso paraje en el que crecía un árbol solitario. Permaneció largo rato bajo la sombra de sus ramas y dijo a los que le acompañaban que deseaba ser enterrado en ese lugar. Se desconoce dónde estaba aquel paraje y dónde crecía aquel árbol, pero se acepta que debía de encontrarse cerca del lugar de nacimiento de Temujin, no muy lejos del Onon, a los pies del Burkhan Khaldun, la montaña sagrada de los mongoles.

Los jinetes de la estepa visitaban de vez en cuando el emplazamiento de la tumba de Gengis Kan, porque dos años después, cuando Ogodei ocupó el lugar de su padre, cuarenta vírgenes, escogidas entre las familias de la nobleza mongola, cubiertas de joyas y de ricos vestidos, fueron sacrificadas en recuerdo del caudillo muerto. Sin embargo, la ubicación exacta de la sepultura permaneció en secreto y los que contemplaron el paso del cortejo fúnebre fueron asesinados para garantizar su discreción. Tampoco se levantó un monumento funerario y el lugar de la tumba ni siquiera fue marcado. El espíritu de Gengis Kan acababa de partir hacia el más allá, y los detalles de su marcha les importaban bien poco a los nómadas de la estepa.

En 1229, dos años después de la muerte de Gengis Kan, se convocó un *qurultai* para dotar a los mongoles de un nuevo líder. No era raro que este tipo de asambleas, en las que los candidatos competían por el poder, acabaran de forma violenta. Sin embargo, en este caso, el tercer hijo de Temujin, Ogodei (1229-1241), se alzó sin muchos problemas con el título de gran kan —el de Gengis Kan no volvió a emplearse—. La preferencia que le había mostrado su padre, las lealtades que este había acumulado en torno a su familia y la popularidad del simpático Ogodei suavizaron la transición. Incluso Jochi, el taciturno hermano mayor, había tenido el detalle de morirse antes que el propio Temujin. No obstante, que se hubiera hecho cómodamente con el poder no significaba que la tarea que Ogodei tenía por delante fuera sencilla. En las llanuras de Asia era más fácil construir un imperio que mantenerlo, y él debía dotar de una estructura articulada a la heterogénea herencia paterna, al tiempo que continuaba satisfaciendo las ansias de conquista de las tribus mongolas. El gran kan triunfó en ambas empresas, y se puede decir que el éxito del Imperio mongol fue tan mérito suyo como de su legendario progenitor.

Los hijos de Gengis Kan habían recibido una educación muy distinta a la de Temujin. Aprendieron a leer y se beneficiaron de la incorporación de uigures y kara-kitai al círculo cortesano. Gracias a esta capacidad mongola para absorber lo mejor de los pueblos que conquistaban, Ogodei estaba en condiciones de saber qué hacía falta para construir un Estado, y empezó por dos conceptos básicos: una capital y una ley escrita.

Karakórum, la primera capital mongola, se levantó en un terreno que ya había sido utilizado por Gengis Kan como campamento, a orillas del río Orjón. Si existía un lugar que pudiera merecer el calificativo de «corazón de la estepa», debía encontrarse junto a las azules aguas de este curso fluvial. El Orjón nacía en las montañas del centro de Mongolia y desembocaba en el lago Baikal. En su ribera los turcos celestiales habían erigido en el siglo VIII las célebres inscripciones del Orjón, los epígrafes más antiguos redactados en lengua túrquica. Y junto al río habían situado los uigures su antigua capital, Ordu-Baliq. A apenas 30 kilómetros al sur de la ciudad uigur, Ogodei mandó construir los muros de adobe de Karakórum. Tal vez el apelativo de ciudad le quedara un poco grande. Los únicos edificios de cierta entidad que había en ella pertenecían al gran kan y a sus

nobles, y las casas eran patrimonio casi exclusivo de los artesanos y los mercaderes llegados de China y Asia Central. Los mogoles que la habitaron, y no fueron muchos, prefirieron seguir viviendo en *yurtas*. Tampoco tuvo una historia larga: desapareció menos de un siglo después, en cuanto lo hizo el impulso político que motivó su construcción. Sin embargo, Karakórum jugó un papel importante como enclave comercial y su fundación impulsó la Ruta de las Estepas, que corría paralela a los viejos caminos de la seda y disfrutó de un auge extraordinario durante los siglos centrales de la Edad Media. Puede que los nómadas no entendieran muy bien para qué servía una ciudad, pero eran muy conscientes de los beneficios del comercio, y se aseguraron de favorecerlo desde el nacimiento mismo de su imperio.

Cuando Temujin se hizo con el liderazgo sobre los mongoles, las relaciones entre las tribus estaban presididas por la anarquía. Él mismo conocía bien las consecuencias del caos que reinaba en la estepa: su padre había secuestrado a su madre, su mujer fue raptada, su familia conoció el abandono y la traición a manos de sus propios deudos… Durante su reinado, Gengis Kan emitió numerosos decretos destinados a poner orden entre las tribus, que pudieron fijarse por escrito utilizando el alfabeto tomado de los uigures. En 1229, en la ceremonia de su proclamación como gran kan, Ogodei tomó los decretos de su padre y los mostró a la asamblea, reconociendo así tanto su validez como su vigencia. Era una manera de recordar que el suyo sería un gobierno de continuidad, pero también suponía un paso más en la tarea de dotar al imperio de una ley, la gran *Yasa*, que estaría integrada por los decretos de los sucesivos kanes. Estas normas, dictadas *ad hoc* por los soberanos, no constituían un código legal redactado desde cero; al contrario, convivían con la ley consuetudinaria de la estepa y, por tanto, dejaban muchos aspectos en manos de la tradición. Sin embargo, curiosamente, sí que se detenían en regular asuntos relacionados con la propiedad, y protegían de forma particular a los mercaderes y los viajeros. La misma severidad que se había empleado para mantener la disciplina entre las tropas se utilizó para garantizar la seguridad de tránsito a lo largo del Imperio mongol. El robo y el saqueo se pagaban con la muerte, y se destacaron supervisores en las rutas de comercio que, además de castigar a los criminales, se afanaban por devolver a la víctima la mercancía robada, disponiendo incluso de las propiedades de la familia del ladrón.[261]

Las comunicaciones fueron uno de los aspectos que más se benefició de las victorias mongolas. Parece que también puede atribuirse a Ogodei la puesta en marcha del *yam*, un sistema de paradas de posta que, a juzgar por la admiración que provocó en aquellos que lo utilizaron, era una de las grandes maravillas del Estado mongol. En realidad, se trataba de una red muy similar a la que habían empleado

antes otros imperios, como los persas o los romanos. Aproximadamente cada 45 kilómetros, dependiendo del terreno, se construyeron albergues provistos de caballos y provisiones a disposición de los viajeros autorizados. Para acceder a los servicios, estos debían mostrar una *paiza*, una placa decorada hecha de madera, plata u oro, que les había sido entregada por las autoridades. Los soldados del ejército mongol garantizaban la seguridad de las paradas, y los habitantes del territorio circundante las proveían de caballos y alimentos. El *yam* se diseñó para facilitar los desplazamientos de embajadores y altos funcionarios, pero también el transporte de bienes, sobre todo entre el norte de China y Mongolia. Además, permitía que las órdenes y los informes de inteligencia se transmitieran con rapidez. Marco Polo aseguraba que, gracias a este sistema, los mensajeros más veloces podían recorrer 300 kilómetros en un día.

Todas estas medidas debieron de contribuir a mejorar el gobierno de los territorios del Imperio mongol, pero este no había completado aún su conversión en Estado. Su núcleo estaba formado por una amalgama de tribus que habían elegido gran kan a Ogodei a cambio de una promesa de botín y victoria. El nuevo caudillo había heredado de su padre un ejército experimentado y cargado de moral, así que las campañas de conquista continuaron al este y al oeste. Ogodei se puso al frente de las tropas destinadas a completar el sometimiento de la China Jin, pero el gran kan también envió un gran contingente militar a unas regiones tan lejanas como prometedoras, cuyos atractivos habían sido descubiertos por los mongoles diez años atrás.

LA GRAN MARCHA AL OESTE

En 1221, Subotei y Chebe, los generales que habían sido enviados en persecución del último rey de Jorasmia, pidieron permiso para llevar sus exploraciones más allá del Caspio. Comandaban una fuerza expedicionaria de unos veinte mil jinetes, y la cabalgada que protagonizaron es un buen ejemplo de la increíble capacidad de los mongoles para adaptarse al terreno, improvisar y dotarse de nuevos objetivos. Recorrieron la orilla meridional de los Elburz. Atravesaron Azerbaiyán, devastaron Georgia y cruzaron la cordillera del Cáucaso a la altura de la fortaleza de Derbent hasta alcanzar las tierras meridionales de lo que hoy es Rusia, donde se encontraron con los familiares confines de la estepa, y se sintieron a sus anchas. Estas regiones pertenecían a la tribu túrquica de los cumanos. Los mongoles los vencieron sin dificultad, pero algunos caudillos cumanos consiguieron huir y convencieron a los príncipes del Rus para que se unieran a ellos en contra de los invasores. No sirvió de mucho: la alianza entre cumanos y el Rus fue derrotada por los mongoles en la

batalla del Kalka (1223), junto a las orillas del mar de Azov. Los notables capturados, entre los que se encontraba el príncipe de Kiev, murieron aplastados bajo el peso de un improvisado tablado sobre el que los nómadas celebraron el banquete de la victoria. Por sorprendente que pueda parecer, los jinetes de la estepa consideraban esta forma de muerte una muestra de respeto hacia sus enemigos más ilustres, pues evitaba derramar la sangre del ajusticiado. Por último, Subotei y Chebe volvieron grupas hacia el este, bordearon las costas septentrionales del Caspio y regresaron a su hogar en Mongolia, donde llegaron a finales de 1223. Habían recorrido más de 8.500 kilómetros en apenas un par de años, en la que se considera la mayor cabalgada de la historia. Las informaciones que habían recogido eran muy valiosas, pero los astutos comandantes se aseguraron además de dejar tras de sí redes de informadores, con órdenes de recopilar nuevos datos sobre aquellos confines remotos.

Poco más de una década después, en 1236, los mongoles regresaron al este de Europa. Esta vez no se trataba de una fuerza expedicionaria, sino de un ejército de conquista. Lo encabezaba Subotei, el despierto caudillo que había liderado la expedición inicial, y lo comandaba una plétora de príncipes mongoles, representantes de la nueva generación de la dinastía real: Batu, que se había hecho con la herencia de su padre, Jochi; Guyuk, tan aficionado al alcohol como su progenitor, Ogodei; Baidar, el hijo de Chagatai, y Mongke, el sensato primogénito de Tolui. Nadie quería perderse las oportunidades que ofrecían las regiones occidentales. Los cumanos, el pueblo túrquico que controlaba la estepa entre el Caspio y el mar Negro, volvieron a ser su primera víctima, y los supervivientes buscaron refugio en el reino de Hungría, gobernado por los descendientes de otra tribu de la estepa, los magiares. El rey húngaro, el conciliador Bela IV (1235-1270), acogió de buen grado la llegada de un grupo de guerreros experimentados, y solo puso como condición a los cumanos que se convirtieran al cristianismo. Un año más tarde, en 1237, les tocó el turno, de nuevo, a los príncipes rusos, que asistieron impotentes al saqueo de la ciudad de Moscú. Para la primavera de 1238 las hordas mongolas ya estaban a orillas del Dniéper.[262] Sin embargo, en este punto, la campaña se detuvo y los jinetes remolonearon durante casi dos años en las hermosas praderas de la actual Ucrania. Se desconoce la causa de esta sorprendente inacción, pero es posible que las disputas entre los príncipes jugaran un papel importante en la parálisis militar. Los nietos de Gengis Kan habían heredado las rivalidades entre sus padres, y las tensiones de la campaña reabrieron viejas heridas.

Todo empezó en uno de los escenarios predilectos para los enfrentamientos familiares: un banquete. Los mongoles concedían mucha importancia al protocolo en este tipo de reuniones: el lugar que

ocupaba cada uno y el modo de comportarse durante la comida estaban cuidadosamente regulados. Al comenzar un festín, para no hacer distinciones entre los príncipes, tan jóvenes como susceptibles, todos debían empezar a beber al mismo tiempo. Pero Batu, el hijo de Jochi, al ser el de más edad, se tomó la libertad de ingerir unos tragos antes que el resto. Guyuk, que se presentaba ya como el heredero de su padre, el gran kan Ogodei, interpretó el gesto como una afrenta e insultó a Batu llamándole «mujer con barbas». A las mofas se sumaron otros miembros de la corte, encabezados probablemente por Baidar, el hijo de Chagatai, que compartía el desprecio de su progenitor por la casa de Jochi. Batu, por su parte, también era tan susceptible como su padre, así que, en vez de tratar de arreglar las cosas con sus primos, escribió a Ogodei quejándose de su comportamiento. La reacción del gran kan no se hizo esperar. Castigó a su hijo Guyuk apartándolo de la campaña y encomendó el mando supremo de la conquista de Occidente a Batu.

La decisión de Ogodei no respondía únicamente al deseo de dar una lección a su hijo borrachín. Cuando se repartía la herencia paterna, se hacía mediante una especie de lotes llamados *ulus*, y era costumbre entre los mongoles entregar los pastos más alejados al mayor de los vástagos, para que labrara su propia fortuna lejos de la tierra de su padre, y reservar el campamento original del patriarca al pequeño, que tenía que hacerse cargo de los huérfanos y las viudas de su progenitor. Jochi había recibido las tierras de Jorasmia y los confines más occidentales del Imperio mongol, y era justo que su heredero, Batu, comandara la campaña destinada a añadir nuevos territorios a esa herencia. Por otro lado, mantener ocupada a la casa de Jochi en aquellas tierras tan lejanas ayudaría, pudo pensar Ogodei, a poner distancia entre los primos, que se odiaban ya con la misma intensidad que sus padres.

Reforzado por el respaldo de su tío, Batu retomó las operaciones militares. En 1240 los mongoles se apoderaron de Kiev y la dejaron convertida en un montón de ruinas. A continuación, cabalgaron hasta llegar a las estribaciones septentrionales de los Cárpatos y se detuvieron a los pies de la cordillera. Al otro lado de las montañas se encontraba el reino de Hungría, al que los mongoles habían identificado ya como su objetivo principal. Su rey, Bela IV, era el más poderoso de la región, y su territorio, que se extendía desde los Cárpatos hasta las costas del Adriático, giraba en torno a una llanura esteparia —la gran llanura de Panonia—, que ofrecía un hábitat ideal para las hordas mongolas.

Batu y Subotei prepararon contra el reino de Hungría una campaña tan meticulosa como la que provocó la caída del Imperio jorasmio. Las tropas mongolas se dividieron en tres cuerpos, que avanzaron hacia el

oeste de forma paralela y coordinada para sembrar el pánico, impedir la llegada de refuerzos y proteger los flancos. Batu y Subotei, al frente de la fuerza central, cruzaron los Cárpatos en dirección al Danubio y el corazón del reino húngaro. Orda, el hermano pequeño de Batu, y Baidar, el hijo de Chagatai, comandaron un segundo ejército, que cubrió el flanco derecho/norte del avance y cayó sobre el sur de Polonia para evitar que los polacos pudieran enviar ayuda a su pariente, el rey de Hungría. Y, por último, una tercera fuerza, liderada tal vez por otro hijo de Ogodei, cruzó el desfiladero del Borgo —aquel que flanqueaba la entrada a los dominios del conde Drácula en la novela de Bram Stoker— y se desparramó por el sur de Transilvania para proteger el flanco izquierdo/sur de la expedición.

Bela IV y el resto de los gobernantes europeos habían sido advertidos de lo que se les venía encima. Los mongoles habían enviado embajadas cargadas de mensajes amenazantes. Los refugiados cumanos y los príncipes del Rus podían dar testimonio de primera mano, y a las cortes europeas habían llegado ya las noticias de las masacres en Asia Central. Se decía que hasta el Anciano de la Montaña, líder de la Secta de los Asesinos en Siria, había escrito al rey de Francia pidiendo socorro contra aquellos salvajes. La cercanía de los mongoles se había dejado sentir incluso en la economía europea, con efectos de lo más curioso: en Inglaterra se desplomó el precio del arenque porque los mercaderes del Báltico no se atrevían a abandonar sus casas para ir a comprar pescado a las costas inglesas. Sin embargo, no parece que los líderes europeos se tomaran muy en serio las amenazas que llegaban de Oriente. El emperador Federico II (1220-1250), que recibió un mensaje de Batu conminándole a convertirse en vasallo del gran kan, comentó entre risas que, dada su afición a la cetrería, se veía desempeñando el puesto de halconero en la corte mongola. Y cuando los rumores llegaron a Inglaterra, el obispo de Winchester manifestó alegremente su deseo de que sarracenos y mongoles se mataran unos a otros hasta perecer.[263] En cuanto al húngaro Bela IV, que tenía a los mongoles a las puertas de su reino, era un soberano muy dotado para la paz y poco para la guerra, que se enfrentaba además a graves problemas internos. La nobleza magiar desconfiaba de los aliados cumanos del monarca, estaba segura de su propia capacidad para enfrentarse a otros jinetes de la estepa y se negó a cumplir muchas de las medidas que el soberano reclamaba para la protección del reino.

A finales de marzo de 1241, el ala norte/derecha del ejército mongol conquistó Cracovia. Menos de dos semanas después, estaba ya a las puertas de la ciudad de Liegnitz (Legnica, oeste de la actual Polonia), donde le salió al encuentro un ejército comandado por el señor de Silesia y reforzado por caballeros de las órdenes militares.

Los europeos combatieron con valentía, pero la victoria mongola fue completa. Cuando los aterrados habitantes de Liegnitz vieron a los jinetes de la estepa ondear una pica con la cabeza del señor de Silesia clavada en ella, prefirieron prender fuego a su ciudad ellos mismos y ahorrarles el trabajo a los mongoles. Estos tampoco tenían demasiado interés en saquear aquellas regiones. Cumplidos sus objetivos, el ala norte cabalgó hacia el sur para reunirse con la fuerza principal a orillas del Danubio. Mientras tanto, el ala sur/izquierda ya había recorrido el extremo meridional de Transilvania y también se movía con rapidez hacia el gran río. Todos deseaban encontrarse cuanto antes con el ala central, comandada por Batu, cuyo avance había sido más lento, precisamente para que el resto de los ejércitos tuvieran tiempo de completar su labor.

Pero el rey húngaro, con buen criterio, había decidido enfrentarse a la fuerza principal mongola antes de que se reuniera con las otras dos alas del ejército estepario. Bela IV se puso al frente de sus nobles y se encaminó con determinación hacia el enemigo. El arrojo del soberano europeo estuvo a punto de poner en retirada a los temibles mongoles, cuyas fuerzas flaquearon al contemplar el tamaño de las tropas europeas. Sin embargo, al final se impuso el valor y los dos ejércitos, el húngaro y el mongol, se encontraron el 11 de abril de 1241 en la llanura de Mohi, en el noreste de la actual Hungría. La batalla terminó con una nueva victoria de los jinetes de la estepa, y el propio rey Bela IV salvó la vida de milagro, huyendo a través de las filas de los combatientes enemigos.

Poco después, los tres cuerpos del ejército mongol se reunieron en el valle del Danubio y dedicaron el verano de 1241 a saquear la llanura de Panonia. Los jinetes tuvieron incluso el descaro de utilizar el sello del canciller húngaro, que encontraron junto a su cadáver en Mohi, para emitir decretos falsos en los que ordenaban a la población que permaneciera en sus casas para someterlos a su rapacidad sin tener que tomarse la molestia de perseguirlos. Bela IV, desesperado, se refugió en el lado occidental del Danubio, confiando su defensa a la anchura y la profundidad de la corriente del río, pero la suerte no estaba de su parte. El invierno de 1241/1242 fue uno de los más fríos que se recordaban y las aguas del Danubio se congelaron, permitiendo a las tropas de la estepa cruzar la corriente helada. Batu y el grueso del ejército se dirigieron entonces a las residencias reales para apoderarse de las riquezas del monarca húngaro, mientras Qadan, otro hijo de Ogodei, cabalgaba a toda prisa hasta las costas del Adriático, donde se había refugiado Bela IV. La irrupción de los mongoles en Europa Central sembró —por fin— el pánico en la corte del emperador Federico II, en la del papa y en la del resto de señores. Aquellos ejércitos invencibles se habían abierto camino hasta el

corazón del continente y no parecía haber nadie capaz de hacerles frente. Entonces, de repente, como si se tratara de un milagro, los jinetes desmontaron sus tiendas, se encaramaron a la grupa de sus caballos y regresaron al corazón de la estepa. Al parecer, mensajeros provenientes del este les habían traído noticias alarmantes: el gran kan Ogodei había muerto en diciembre de 1241 y había que elegir a su sucesor.[264] Europa estaba salvada.

Todos los líderes de los clanes mongoles acudieron a Karakórum. Solo Batu prefirió permanecer en sus dominios en torno a las costas septentrionales del Caspio, retenido por un oportuno ataque de gota. Fueron sus hermanos pequeños los que representaron a la casa de Jochi en las negociaciones para elegir al nuevo gran kan, que duraron casi cinco años. La dificultad para llegar a un acuerdo estaba motivada por la falta de carisma de los candidatos y las diferencias en el seno de la familia real. Antes de morir, Ogodei ordenó que el trono pasara al menor de sus hijos, vástago de una esposa secundaria, y apartó de la sucesión al mayor, Guyuk, que había dado muestras de poco dominio sobre sí mismo durante la campaña europea. Pero mientras se reunían las tribus, la regencia recayó sobre la esposa principal de Ogodei, Toregene, que utilizó su posición para conspirar a favor de su hijo Guyuk. Cuando, finalmente, se reunió el *qurultai*, en 1246, este consiguió imponerse sobre sus rivales y se convirtió en el nuevo gran kan de los mongoles.

Guyuk (1246-1248) era un hombre inteligente, pero lastrado por una constitución enfermiza y una desmesurada afición por el alcohol y las mujeres, excesiva incluso para los muy generosos estándares de la estepa. Además, el nuevo gran kan había heredado los vicios de su padre, pero ni un ápice de su simpatía o de su carisma. Su breve reinado estuvo presidido por un sordo enfrentamiento con su primo Batu, el hijo de Jochi, que, al parecer, había obrado con prudencia al permanecer en sus dominios occidentales, pues al poco de comenzar su reinado, Guyuk comenzó a desplazarse precisamente hacia el oeste con intenciones poco claras. Fue entonces, en 1248, cuando le sorprendió la muerte. No había cumplido los cincuenta años y los motivos del fallecimiento son oscuros. Algunos dicen que fue envenenado. Otros, que murió de forma violenta, durante una pelea con uno de los hermanos de Batu.

Comenzó entonces otro interregno, que volvió a paralizar las operaciones militares de los jinetes de la estepa para alivio de todos sus vecinos y de una parte importante de sus súbditos. De nuevo, la viuda del kan difunto trató de hacerse con la regencia para garantizar el trono a alguno de sus hijos, pero esta vez el muerto contaba con muchos enemigos. Batu, el distante señor de las estepas occidentales, era un hombre demasiado discutido como para presentar su propia

candidatura, pero podía inclinar la balanza con un apoyo decidido. El hijo de Jochi no quería saber nada de la casa de Ogodei y Guyuk, o de los descendientes de Chagatai, que tan mal habían tratado a su padre, así que se posicionó a favor de los hijos de Tolui, el último de los vástagos de Gengis Kan.

La casa de Tolui estaba muy bien posicionada, porque al ser el pequeño había heredado los terrenos de pasto de Temujin en Mongolia, y sus hijos mayores: Mongke, Kublai y Hulegu, formaban un trío bien avenido, capaz de generar confianza entre las tribus mongolas. Los tres jóvenes príncipes contaban además con el prestigio de su madre, Sorgaktani, aquella princesa cristiana de la tribu de los keraitas que se había casado con el hijo pequeño de Gengis Kan. Sorgaktani era célebre por su honestidad y su buen juicio, había sido un apoyo leal para Ogodei y tenía muy buenas relaciones con Batu, hasta el punto de que es posible que fuera ella la urdidora del acuerdo entre la casa de Tolui y la de Jochi. Cuando por fin, después de tres años de negociaciones, se celebró el nuevo *qurultai*, el elegido fue Mongke (1251-1259), el hijo mayor de Tolui.

Los problemas sucesorios habían paralizado el Estado mongol durante una década. El recuerdo de Gengis Kan y el talento organizativo de Ogodei habían mantenido el imperio cohesionado y en manos de los descendientes de Temujin, pero los enfrentamientos en el seno de la familia real y las fuerzas centrípetas, inherentes a la mentalidad de la estepa, estaban comenzando a erosionar sus cimientos. Era imprescindible recuperar las esencias de los orígenes, dotar a las tribus de un objetivo común y retomar las grandes conquistas. Había llegado el momento de regresar a China.

LA CHINA SONG

Cincuenta años atrás, cuando Gengis Kan atacó a los Xixia y a los Jin, los Song (960-1279), dueños del sur de China, habían contemplado con cierta satisfacción la derrota de sus vecinos. No pensaban —algo así era inconcebible— que aquellos salvajes pudieran llegar a establecer un dominio duradero sobre el norte del país, y sus correrías por el valle del río Amarillo les parecieron una forma muy cómoda de debilitar a su verdadero adversario, los Reyes de Oro Jin. Incluso cuando los imperios de la China septentrional cayeron y los mongoles comenzaron a transformarse en un gran Estado, los Song miraron al norte con cierta inquietud, pero mantuvieron la confianza. Sus emperadores habían construido un Estado fuerte y próspero, capaz de reeditar el brillo de la época Tang gracias, precisamente, a su capacidad para adaptarse a las circunstancias.

Desde los tiempos del Primer Emperador, el río Amarillo había ocupado el corazón del Imperio del Centro. Sus orillas eran

especialmente adecuadas para el cultivo de cereal, y esta había sido la actividad principal de los campesinos chinos durante cientos de años. Pero los Song perdieron el control del valle del río Amarillo a manos de los Jin, y su imperio tuvo que construirse en torno a las orillas de otro curso fluvial: el Yangtsé. Estas regiones eran más cálidas y húmedas que las tierras del norte, y se adaptaban mejor a un tipo de cultivo diferente: el arroz. El cambio estaba a punto de provocar una de las grandes revoluciones alimentarias de la historia.

El arroz es uno de los vegetales con mayor rendimiento por hectárea, y los campesinos chinos trabajaron de forma incansable para incrementar todavía más su producción. Acondicionaron las riberas de los ríos, construyeron regadíos y aterrazaron laderas. Desarrollaron técnicas agrícolas más eficaces e importaron desde Vietnam variedades más tempranas, que permitían obtener hasta dos cosechas al año. Gracias a la abundancia de este alimento, entre los siglos X y XIII la población china dobló su tamaño, desde los cincuenta a los cien millones de habitantes, al tiempo que los rendimientos del arroz permitían liberar mano de obra humana del cultivo de la tierra. Las ciudades se multiplicaron e incrementaron su tamaño, y la creciente disponibilidad de capital humano permitió el desarrollo de una administración centralizada y el triunfo del llamado «Estado mandarinal»; la época Song fue la era de los mandarines, esto es, de los funcionarios.

Los emperadores gobernaban rodeados de un consejo asesor y de un ejército de burócratas escogidos entre los mejores hombres del país. Un complejo sistema de exámenes de acceso a la Administración facilitaba la captación de talento, y las pruebas, que incluían preguntas de cultura general y desafíos poéticos, garantizaban que los funcionarios fueran hombres cultos, versados en todas las disciplinas del saber. Las refinadas elites del Estado mandarinal promovieron la artesanía y el comercio, y las nuevas urbes chinas se llenaron de talleres de manufacturas, donde se recogieron los avances de la era Tang para elaborar producciones que se distinguieron por su elegancia y su refinamiento técnico. La porcelana azul y blanca de Jingdezhen, y la seda —ambas se exportaban en grandes cantidades— eran, sin duda, los productos más apreciados, pero también se hicieron progresos en otras artesanías, como la de los objetos lacados.

La laca era un barniz que se extraía de la resina del árbol de la laca (*Toxicodendron vernicifluum*), una especie originaria del centro y el sur de China. Los chinos conocían sus propiedades ya desde la época neolítica. El barniz hacía que las superficies fueran suaves, lisas e impermeables, las volvía resistentes a la acción de los elementos, de los microorganismos y de los insectos, les proporcionaba un brillo que recordaba, vagamente, a la vaporosa apariencia del jade y podía

teñirse de colores con propósitos decorativos. Incluso los alimentos que se servían en un recipiente lacado conservaban el calor durante más tiempo. Gracias a estas cualidades, la laca se aplicaba sobre todo tipo de objetos: desde cajas hasta instrumentos musicales, pasando por ataúdes, armas, carros o incluso barcos. Pero todas estas ventajas se obtenían a un alto precio. Los árboles solo producían la resina adecuada después de haber alcanzado un cierto tamaño y en los meses que van de la primavera al otoño. Durante este período se practicaban una serie de incisiones horizontales en el tronco por las que escapaba, lentamente, un espeso líquido de color gris-amarillento. Este fluido se filtraba para eliminar las impurezas y se dejaba reposar para que perdiera el agua sobrante, hasta que la pasta adquiría un tono marrón oscuro, revelando que la laca ya estaba lista para ser utilizada. La aplicación del barniz también escondía sus secretos. Antes de secarse, cuando se encontraba en forma de pasta resinosa, la laca era tóxica y provocaba reacciones alérgicas en la piel de los artesanos. Durante la aplicación, la superficie del objeto debía estar completamente lisa, las capas tenían que ser muy finas para que la cara interna de la resina se secara completamente, y eran necesarias muchas para que el lacado fuera de calidad. Los objetos tardaban un par de días en secarse después de cada aplicación, y los más valiosos podían tener hasta doscientas capas de laca, así que los artesanos trabajaban durante meses para elaborar las mejores piezas. En consecuencia, la producción de objetos lacados era muy lenta y estaba reservada a mano de obra especializada.

La escasez multiplicaba su valor. En época Han ya existía en la capital imperial, Chang'an, una factoría de elaboración de productos lacados, y los impuestos que se aplicaban sobre estos objetos eran tan rentables para el Estado chino como los que gravaban la seda. Pero, como en tantas otras cosas, la técnica del lacado experimentó un gran desarrollo durante las épocas Tang y Song, especialmente en este último período. Los artesanos Song se hicieron maestros en tallar las finas capas de barniz para componer escenas en relieve o aplicar delicadas incrustaciones en madreperla. El crecimiento de las ciudades aumentó la demanda de productos de lujo, los talleres en los que se elaboraban las piezas lacadas se multiplicaron, la producción se incrementó y estos valiosos objetos, que los chinos habían reservado tradicionalmente para el consumo interno o para los presentes diplomáticos, comenzaron a abrirse camino hasta los mercados internacionales.[265]

El aumento de la producción artesanal de la China Song encontró una óptima red de distribución en el inmenso sistema de canales y afluentes del Yangtsé, y coincidió con un período de auge en el comercio internacional. Los Song heredaron las redes de intercambios

marítimos con el sudeste asiático, la India y Oriente Medio que ya habían explotado los Tang, y no es casual que la capital del Imperio Song se encontrara en Hangzhou, al sur de la desembocadura del Yangtsé, en un puerto bullicioso, muy involucrado en el comercio con Occidente. Además, para aprovechar al máximo este dinamismo económico, los hábiles funcionarios Song no dudaron en sacar partido a todo tipo de inventos. Por ejemplo, China sufría, desde el origen mismo de su civilización, una escasez de metales que dificultaba la monetización de la economía. Las carencias del numerario de bronce, el más extendido, se suplían desde hacía ya tiempo con pagarés y letras de cambio, pero en torno al año 1005, los mercaderes de Sichuan, en la cuenca media del Yangtsé, se asociaron para dar un paso más y emitir los primeros billetes de la historia. La utilidad de esta innovación fue rápidamente detectada por los funcionarios imperiales, y, en 1024, el gobierno Song convirtió China en el primer país del mundo en emitir papel moneda. Este se transformó en la forma de dinero más empleada en el país hasta el siglo XIV, y sus habitantes descubrieron pronto las ventajas —y los inconvenientes— de entregar a sus gobernantes la capacidad de poner en circulación moneda prácticamente sin coste.

Así llegamos a 1234, el año de la caída de los Jin, cuando el gran kan Ogodei todavía gobernaba sobre los mongoles y los jinetes de la estepa se lanzaron contra los Song liderados por el hijo de Gengis Kan. Cruzaron el río Amarillo, alcanzaron la cuenca del Yangtsé y sembraron la devastación en sus prósperos valles. Para 1236, la región de Sichuan, en el corazón del Yangtsé, conocida como el Almacén del Cielo por la calidad de sus producciones artesanales, ya había sido arrasada y la mayoría de las capitales provinciales estaban en manos de los mongoles. Pero los Song no se rindieron. Con laboriosidad funcionarial fortificaron regiones enteras, rodearon de murallas las cimas de los montes y crearon una enorme red de castillos que fue capaz de frenar, por primera vez, el avance de las hordas mongolas.

La muerte del gran kan Ogodei en 1241 y el período de inestabilidad que se prolongó hasta el acceso al trono de Mongke en 1251 interrumpieron las grandes operaciones de conquista. Solo en 1256 Mongke pudo ponerse al frente de un gran ejército para cubrirse de gloria —debió de pensar él— completando el sometimiento de la China Song. Los mongoles procedieron como acostumbraban. Después de preparar la campaña con cuidado, el gran kan, acompañado de su hermano Kublai, lanzó tres ejércitos que avanzaron de forma simultánea por el valle del Yangtsé. Pero los Song eran un hueso duro de roer: el clima húmedo agotaba a los jinetes de la estepa, la densa vegetación frenaba los avances de la caballería y las epidemias, provocadas por el hacinamiento y los cambios en la alimentación,

diezmaban el ejército mongol. La campaña avanzaba con una lentitud exasperante y se rumoreaba que hasta Mongke había caído enfermo.

EL ÚLTIMO CALIFA

Por fortuna para los jinetes de la estepa, del valle de Mesopotamia y las mesetas iranias llegaban noticias mejores. Tras la caída del Imperio jorasmio, los mongoles se habían hecho con el control de la Transoxiana y el Jorasán, y habían encerrado a los turcos selyúcidas en Anatolia. Sin embargo, la mitad meridional de Persia seguía en manos de dinastías locales y en Mesopotamia sobrevivía todavía el incombustible califato abasí. Unos y otros parecían presas fáciles, y en 1253 Hulegu (n. *ca.* 1217-1265), el tercero de los hijos de Tolui, hermano de Mongke y de Kublai, fue enviado a la conquista de estas regiones.

Como sus homólogos, los emperadores de la China Song, los califas abasíes habían contemplado las campañas de Gengis Kan con cierta indiferencia: otra banda de paganos de las llanuras de Asia que conquistaba la Transoxiana y se desparramaba por el Jorasán. Como tantos que les habían precedido, fundarían un imperio efímero y desaparecerían sin alterar la monotonía de la Ciudad Redonda de Bagdad. Algunos autores musulmanes sugirieron incluso que fue el propio califa Al-Násir (1180-1225) quien reclamó la ayuda de Gengis Kan para frenar las ambiciones del señor de Jorasmia, y no fueron pocos los que creyeron que aquello era una señal divina, una muestra de que Dios había vuelto a conceder su favor a los abasíes. ¿Cómo se explicaba si no que todos sus enemigos, al este y al oeste, hubieran caído fulminados por golpes de fortuna? Poco antes de la llegada de Gengis Kan, Saladino (n. 1137-1197), un ferviente defensor de la ortodoxia sunní, había acabado en Egipto con la odiosa dinastía chiita de los fatimíes y derrotado a los cruzados europeos en Tierra Santa. Entre todos los grandes adversarios del califato abasí, solo uno se resistía a desaparecer: la secta ismaelita de los asesinos, que conservaba su red de fortalezas en Oriente Medio y se jactaba de recibir tributo de los reyes europeos. Pero incluso en este particular, la suerte iba a favorecer a los califas.

Cuando Hulegu llegó a las tierras de Persia, la Secta de los Asesinos fue precisamente su primer objetivo. Los mongoles no temían a los grandes ejércitos y habían perdido el respeto por las ciudades amuralladas, pero la existencia de una organización como esta les provocaba inquietud. El rechazo era, por lo visto, mutuo. Ya en 1238 el Anciano de la Montaña había propuesto a los europeos una alianza para luchar contra los mongoles, y una década después la secta envió a Karakórum discípulos disfrazados para tratar de asesinar al gran kan Mongke. Este intento de magnicidio no fue castigado de forma

inmediata. Hulegu era un hombre astuto y paciente que tenía ambiciones personales en Oriente Medio y sabía jugar con el terror que despertaban los mongoles. Avanzó con parsimonia a través de las mesetas iranias, no como un conquistador, sino como un rey que venía a tomar posesión de tierras que ya le pertenecían. Los señores que controlaban las regiones meridionales de Persia se apresuraron a jurarle vasallaje, pero el joven líder de los asesinos dudaba sobre la mejor manera de afrontar la invasión.

Aunque sus fortalezas eran inexpugnables y sus tropas leales, el nuevo líder de la secta, Rukn al-Din Khurshah, había llegado al poder después del asesinato de su padre, y era un hombre pusilánime, cautivo de sus propios miedos. Tanteó a Hulegu ofreciéndole una alianza, pero el mongol respondió que solo aceptaría una rendición incondicional: los asesinos debían derribar los muros de sus fortalezas y su líder tenía que presentarse en persona para pedir clemencia. Sin saber qué hacer, Rukn al-Din Khurshah ordenó que comenzaran a desmocharse algunos castillos, pero pidió que se le permitiera conservar en pie otros, como el de Alamut. Hulegu rechazó la propuesta y continuó avanzando, lentamente, hacia la legendaria fortaleza. La cercanía de los mongoles convirtió al líder de los asesinos en un manojo de nervios. Ofreció como muestra de buena voluntad a su hijo, después mandó a un hermano y suplicó más tiempo para atender las demandas de los jinetes. Todas sus solicitudes fueron desestimadas. Finalmente, cuando Hulegu ya se encontraba en las inmediaciones de Alamut, el último líder de los asesinos se presentó ante él, le entregó su tesoro y suplicó clemencia, de rodillas, a su nuevo amo. Así, sin hacer ruido, cayó la temible secta. Se cuenta que Hulegu quiso contemplar con sus propios ojos el castillo de Alamut, y que cuando subió hasta lo alto de la fortaleza, quedó admirado por la solidez de sus muros, y se felicitó por la facilidad con la que había derrotado a este escurridizo enemigo.[266]

La caída de la secta chiita de los asesinos le debió de parecer una excelente noticia al nuevo califa abasí de Bagdad, Al-Mustá'sim (1243-1258). Sin embargo, una vez solventado este asunto, Hulegu prosiguió su implacable avance por los caminos de la seda. Atravesó los Zagros por Hamadán y descendió al valle de Mesopotamia. Durante el trayecto envió mensajeros a Bagdad conminando al califa a ofrecer vasallaje a su hermano, el gran kan Mongke, y advirtiéndole de que la estirpe de Gengis Kan había recibido el mandato divino de conquistar el mundo entero. No sabemos cuándo se extendió entre ellos esta idea. No parece que este deseo de dominación universal estuviera en los planes de Temujin, y todo parece indicar que fueron las grandes victorias las que volvieron a los jinetes de la estepa arrogantes y ambiciosos. En cualquier caso, ya no toleraban la

existencia de otros poderes universales: habían exigido sumisión al emperador del Sacro Imperio, al papa y a los emperadores chinos. Para ellos, el califa era un obstáculo más en este camino hacia el dominio total, y no otorgaban demasiado valor a su autoridad religiosa.

Algunos ministros del soberano abasí trataron de convencerlo de que aceptara las demandas de los jinetes de la estepa; tal vez fuera posible reeditar con ellos acuerdos similares a los que el califato había suscrito con los turcos selyúcidas. Para facilitar las cosas, el propio Hulegu ofreció al gobernante musulmán la mano de una princesa mongola. Pero la corte de Bagdad era un caos, el Estado abasí un cascarón vacío, sostenido a duras penas por el prestigio del título de califa, y Al-Mustá'sim un buen ejemplo de la decadencia de su dinastía. Vivía entregado a los banquetes y las concubinas, y, en una combinación de defectos difícil de igualar, era también un avaro patológico que prefería contemplar sus tesoros a pagar a sus tropas, hasta el punto de que sus soldados se habían visto obligados a pedir en las mezquitas para tener algo que comer. Al-Mustá'sim no quería ni oír hablar de la posibilidad de enviar costosos presentes a Hulegu, y decidió escuchar a los ministros que le aseguraban que Dios estaba con él y que podía confiar en su protección frente a aquellos paganos. ¿No habían perecido ya, en el plazo de unos pocos años, todos sus enemigos? La inconsciencia era tal que Al-Mustá'sim no adoptó ninguna medida para defenderse de los mongoles. Cuando los ejércitos de los jinetes ya marchaban sobre la capital abasí, el gobernador de Mosul contempló con estupor cómo el califa le exigía el envío urgente de una banda de músicos.

Bagdad se encontraba en una llanura, rodeada de unas murallas precarias y no contaba apenas con defensores. Los mongoles la tomaron con facilidad a comienzos de 1258. Se cuenta que, cuando Hulegu tuvo delante al califa, no pudo evitar una mueca de desprecio: «¿Qué clase de hombre eres y qué experiencia posees en los asuntos de gobierno que ni has sido capaz de reunir un ejército ni has intentado obtener nuestra clemencia?». Sabedor de que le esperaba la muerte, Al-Mustá'sim pidió permiso para acercarse al río para lavarse por última vez. Pero al ver que le había sido asignada una escolta de cinco soldados mongoles, rechazó el baño murmurando que no había pedido un rato de conversación con los guardianes del infierno. Los autores difieren sobre la manera en la que fue ejecutado, aunque la mayoría coincide en que, como muestra de deferencia, su sangre no fue derramada. Según la versión más extendida, los mongoles lo envolvieron en una alfombra y lo aplastaron bajo las pezuñas de sus caballos; pero algunos aseguran que Hulegu, tras reprocharle que no usara sus inmensos tesoros para pagar a sus soldados, se los hizo

comer. El improvisado rey Midas musulmán no sobrevivió a la indigestión. Después, le dieron sepultura y ocultaron el lugar de la tumba para que no se convirtiera en un lugar de peregrinaje.[267] Así pereció el califa abasí, último representante de la estirpe árabe que había gobernado a los musulmanes durante quinientos años. Otros reclamarían el título, en El Cairo o en Estambul, pero ninguno lograría jamás el reconocimiento universal del que habían disfrutado omeyas y abasíes. Aquellos tiempos habían quedado definitivamente atrás.

Bagdad fue dividida en lotes que se repartieron entre los generales de Hulegu. En el espacio de su lote asignado, los militares tenían libertad para hacer prisioneros, matar y saquear durante una, dos o tres jornadas, según su rango. Las fuentes musulmanas aseguran que ochocientas mil personas perecieron en aquellos días infaustos, y que las aguas del Tigris bajaban rojas de sangre. Otras fuentes proporcionan cifras algo más contenidas y probablemente más cercanas a la realidad. Se sabe, por ejemplo, que presentaron como botín doce mil orejas de enemigos caídos a Hulegu. Y los propios mongoles escribieron al rey de Francia, Luis IX, jactándose de haber dado muerte a doscientos mil sarracenos durante la conquista de Bagdad. Por otro lado, no todas las comunidades fueron tratadas con el mismo rigor. Parece que las residencias de los cristianos se respetaron —tanto la madre como la esposa de Hulegu profesaban esta religión— y los musulmanes que se ocultaron en las casas de sus vecinos cristianos pudieron salvar la vida. En contra de lo que asegura la tradición, no parece que los libros de las grandes bibliotecas de Bagdad se arrojaran al Tigris: hombres expertos los rescataron y los trasladaron a otras ciudades. Y tampoco fueron destruidos los edificios gubernamentales o religiosos. Muchos de los soldados de Hulegu eran musulmanes, y un número no desdeñable había sido reclutado en Persia y Mesopotamia, porque hacía décadas que el ejército mongol era multiétnico.

De hecho, es posible que fuera la peste la que causó el mayor número de bajas. Durante las jornadas de caos que siguieron a la caída de la ciudad, los muertos cubrieron las calles y muchos cadáveres acabaron en la corriente del Tigris. El agua quedó contaminada, el aire se llenó de espesos enjambres de moscas y el hedor a putrefacción lo inundaba todo. Los supervivientes tenían que oler cebollas para soportar las repugnantes miasmas, y hasta el propio Hulegu cayó enfermo y se vio obligado a abandonar la ciudad. El caudillo mongol prefirió trasladar su residencia a Maraghe, en el noroeste de Persia, a una región célebre por su clima saludable, y la urbe que un día ocupara el centro del mundo quedó convertida en una pequeña ciudad de provincias en la periferia del Imperio mongol. Ligada hasta el final al destino de la dinastía que la fundó, Bagdad nunca se recuperó del

golpe. Los canales quedaron abandonados, los campos se secaron y las bibliotecas se vaciaron de libros. Poco a poco, los muros de adobe se convirtieron en montañas de polvo y, como tantas urbes de Mesopotamia, la espléndida Bagdad de los abasíes fue devorada por el desierto. Los exploradores que la visitaron en el siglo XIX confundieron sus ruinas con las de Babilonia.

Tras la conquista de Persia y Mesopotamia, Hulegu prosiguió su tranquilo avance por los caminos de la seda con el objetivo de alcanzar el Mediterráneo. Derrotó a los descendientes de Saladino, que gobernaban Siria, y se apoderó de otra ciudad célebre, Damasco, en 1260. Sin embargo, cuando ya acariciaba la victoria total con la punta de los dedos, se topó con un inesperado adversario: el Egipto de los mamelucos. Apenas una década atrás, en 1250, un grupo de esclavos turcos, empleados por los descendientes de Saladino en el gobierno de Egipto, había arrebatado el poder a sus señores para construir un Estado propio. A pesar de su juventud, el reino mameluco se resistía tercamente a las demandas de sometimiento de los mongoles, y la peculiar situación política en el Levante mediterráneo permitió que se plantearan curiosas alianzas. Hulegu se puso en contacto con rey de Francia, el piadoso Luis IX (1214-1270) para proponerle que cristianos y mongoles combatieran juntos contra los mamelucos. A cambio, los cruzados recibirían la ciudad de Jerusalén. Era una buena oferta, y la alianza con los jinetes de la estepa podría haber salvado a los territorios cristianos de Tierra Santa de su inminente desaparición. Pero antes de que las negociaciones pudieran llegar a buen puerto, Hulegu recibió una noticia inesperada: el gran kan Mongke había muerto en las lejanas tierras de China durante el asedio a una pequeña fortaleza Song.

De nuevo, por cuarta vez en treinta años, las tribus debían congregarse en el corazón de la estepa para elegir a su caudillo. Parecía claro que el título permanecería en la casa de Tolui; muchos daban por segura la elección del hermano pequeño de Mongke, Kublai. Pero este se encontraba lejos, en el corazón de China, y Hulegu debía regresar del Mediterráneo, así que el último de los vástagos de Tolui, Ariq Boke, que había permanecido en Karakórum, comenzó a orquestar su propio acceso al trono. Kublai supo de las maquinaciones de su hermano pequeño gracias a su esposa predilecta: Chabi. Puso rumbo a Mongolia en compañía de su ejército y, para adelantarse a Ariq Boke, se hizo coronar gran kan cuando todavía estaba en el norte de China, en la primavera de 1260. Ariq Boke se negó a reconocer un nombramiento tan irregular: convocó su propio *qurultai* y reclamó para sí el gobierno sobre las tribus mongolas. Fue así como los dos hermanos se enzarzaron en una guerra civil que duró más de tres años.

Kublai contaba con el apoyo de Hulegu, pero Ariq Boke tenía a su lado a Berke (1257-1266), el hermano pequeño de Batu, líder de la casa de Jochi y dueño de las estepas occidentales. La guerra civil entre los nietos de Gengis Kan iba mucho más allá de una simple lucha por el poder. En realidad, los mongoles se debatían entre dos formas muy diferentes de entender su futuro. Kublai y Hulegu eran hombres refinados, fascinados por los reinos que habían sometido, y que habían comenzado ya a comportarse como soberanos de países sedentarios. Como le había comentado en el pasado un jefe de los kara-kitai al gran kan Ogodei: por más que su imperio hubiera sido conquistado a la grupa de un caballo, no podía gobernarse del mismo modo. Ariq Boke, en cambio, representaba a los mongoles que continuaban siendo nómadas, jinetes libres que temían perder su esencia bajo el poder arrollador de la cultura de las civilizaciones agrícolas.

La guerra terminó en 1264 con la victoria de Kublai, pero la brecha que se había abierto en el seno del mundo mongol nunca llegó a cerrarse. Kublai Kan (1260-1294) y su hermano Hulegu mantuvieron el control de China, Persia y Mesopotamia. Para gobernar aquellos territorios poblados de gentes sedentarias, abandonaron las costumbres de la estepa, como lo habían hecho en el pasado tantos nómadas —los partos, los kushán, los selyúcidas…— que los habían precedido. Sin embargo, hubo tribus que prefirieron mantener su estilo de vida errante a través de las llanuras de Asia. Entre ellos se encontraban los jinetes de la casa de Jochi, señores de las estepas que se extendían entre los mares Caspio y Negro, que pronto comenzaron a ser conocidos por el evocador apelativo de la Horda de Oro. Obedeciendo a leyes no escritas, tan antiguas como la propia civilización, cada uno de los dos mundos, el de la estepa y el de los campos de cultivo, tomó lo que era suyo, y los nietos de Gengis Kan se dividieron entre nómadas y sedentarios. La fractura cultural facilitó la fragmentación política: el mundo mongol se separó en varios Estados gobernados por nietos de Temujin: la Horda de Oro de la casa de Jochi, el ilkanato de Hulegu en Persia y Mesopotamia, o los territorios de la Transoxiana en manos de los descendientes de Chagatai. En teoría, todos debían rendir vasallaje al nuevo gran kan, Kublai, pero en la práctica solo Hulegu permaneció leal a su hermano.[268]

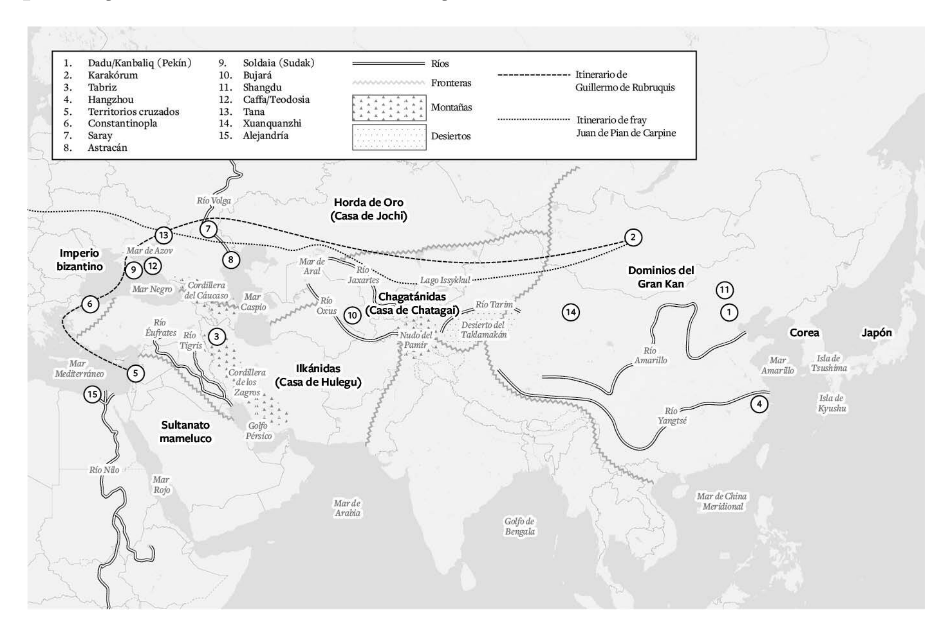
Los enfrentamientos internos entre los jinetes de la estepa fueron rápidamente aprovechados por sus vecinos. En China, los Song recuperaron parte del terreno perdido, y en el Levante mediterráneo, un ejército mameluco, comandado por el futuro sultán Baibars (1260-1277), se enfrentó a las fuerzas que Hulegu había dejado en Siria.[269] El 3 de septiembre de 1260 los mamelucos vencieron a los jinetes de la estepa en la batalla de Ain Jalut, en Galilea, en el norte del actual Israel. Ain Jalut no fue una gran victoria militar ni alteró el

equilibrio de fuerzas en el Levante mediterráneo, pero sí que tuvo una enorme importancia simbólica. Por primera vez, los mongoles sufrieron una clara derrota en campo abierto. El mito de la invencibilidad de los jinetes de la estepa se había roto; desprovistos del manto de terror que precedía a sus avances y debilitados por las disputas internas, los mongoles comenzaron a retroceder. El tiempo de las grandes conquistas había terminado.

En una sucesión de campañas militares que duró medio siglo y se extendió desde Hungría hasta el sur de China, los jinetes de la estepa habían construido el imperio más grande que había conocido la Tierra, doblando la extensión del califato abasí o del Imperio romano. Por el camino derribaron reinos, arrasaron ciudades, desplazaron pueblos enteros y causaron la muerte de cientos de miles —tal vez millones— de personas. Algunos lugares prósperos antes de su llegada, como Bagdad o Merv, nunca se recuperaron. Otros, como Samarcanda o Bujará, tardaron años en hacerlo.

Esta inmensa devastación contó con un testigo excepcional: el poeta Saadi (*ca.* 1210-1292) que había nacido en Shiraz, en el sur de Persia, cuando Gengis Kan comenzaba la conquista de China. Siendo un adolescente, Saadi fue a Bagdad para estudiar en una de las madrasas fundadas por Nizam al-Mulk, el gran visir de los selyúcidas. Aquí se familiarizó con las enseñanzas de los sufíes y decidió recorrer el mundo como un peregrino errante. Durante sus viajes visitó los templos de la India, fue capturado por los cruzados en Siria, realizó trabajos forzados en Acre y conoció los sinsabores de un matrimonio desgraciado en Alepo. También supo de la caída de Bagdad, la alegre ciudad de su juventud, y lloró como un niño la muerte del último califa. En los caminos atestados de desplazados contempló las consecuencias de la invasión mongola, las penurias de aquellos que lo habían perdido todo y el dolor de los que habían visto morir, asesinados, a sus seres queridos. Saadi extrajo valiosas lecciones de tanto sufrimiento. Convertido ya en un hombre maduro, regresó a su ciudad natal de Shiraz y dedicó el resto de su vida a la redacción de cuentos y de poemas en los que, entre anécdotas y confesiones autobiográficas, desgranaba reflexiones personales repletas de sabiduría, de una fina ironía y, sobre todo, de una profunda compasión. «Todos los hijos de Adán —escribió— han sido creados del mismo barro y son, como quien dice, parte de un mismo cuerpo. Si uno de los hombres sufre, los demás no pueden quedar impasibles. Si tú contemplas indiferente el dolor ajeno, al nombre de hombre no tienes derecho». En sus versos, Saadi, que había visto cómo los mongoles mataban a los ricos para arrebatarles sus tesoros y respetaban la vida de los artesanos para aprovechar sus conocimientos, recomendaba aprender una profesión y desconfiar de las riquezas, pues todo lo que se poseía se podía perder, menos la habilidad de uno. Él mismo vivió humildemente, a pesar de la fama

que llegó a alcanzar, en un albergue sufí.[270]



Los mongoles que abandonaron la estepa junto a Gengis Kan amaban la batalla, despreciaban a los pueblos sedentarios y desconfiaban de las ciudades, pero también poseían una gran capacidad de adaptación, no les importaba aprender de otros y estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de enriquecerse. En los primeros tiempos de la conquista, el botín fue tan gigantesco que sació las ansias del mongol más avaricioso. Sin embargo, cuando la expansión comenzó a ralentizarse, los beneficios del pillaje disminuyeron hasta desaparecer y los ingresos empezaron a depender de los impuestos. Por fortuna para sus súbditos, el Estado mongol diseñado por Temujin concedía un gran valor al mérito personal, y sus descendientes estaban dispuestos a permitir el ascenso de pueblos enteros si estos eran considerados dignos. A los uigures o los kara-kitai, asimilados en los primeros tiempos de la conquista, les siguieron pronto los persas y los habitantes de la Transoxiana, viejos maestros en el arte de gobernar a los hombres que, poco a poco, comenzaron a introducir sus propias políticas.

Para mediados del siglo XIII, los efectos más perniciosos de las conquistas ya habían quedado atrás. Muchas ciudades habían vuelto a levantarse y las masas de artesanos capturados durante las campañas fueron enviadas a reconstruir casas y palacios, excavar de nuevo los antiguos canales y poner en marcha talleres y manufacturas. La movilidad de los mongoles facilitó el desplazamiento de grupos de trabajadores especializados de un lugar a otro, en un despliegue de talento humano que no tenía precedentes en la historia de Asia.

Campesinos chinos participaron en la reconstrucción de Samarcanda. Funcionarios de la cuenca del Tarim ocuparon puestos de responsabilidad en los territorios de los Jin y los Song. Herreros franceses fabricaron fuentes de plata para el palacio de los grandes kanes en Karakórum. Sastres persas viajaron a China para elaborar las vestimentas de lujo de la aristocracia mongola, y sabios capturados en las fortalezas de los Asesinos rescataron los libros de las bibliotecas de Bagdad. Cada vez que se producía un prodigio, astrólogos musulmanes eran convocados para proporcionar una segunda opinión sobre la interpretación que habían realizado sus homólogos chinos, mientras los mongoles se regocijaban por tener a eruditos tan ilustres a su servicio.[271]

En este mundo en movimiento, los caminos fueron los grandes beneficiados. Bajo la égida de los mongoles, las comunicaciones terrestres experimentaron un impulso extraordinario: se repararon las calzadas, se construyeron posadas y puentes, se excavaron pozos y se destacaron soldados para vigilar las rutas más transitadas. Todos los viajeros que las recorrieron, desde Marco Polo hasta Ibn Battuta, se asombraron de la seguridad de los caminos y de las facilidades para el tránsito de mercancías. En la mentalidad nómada, la circulación de bienes era un concepto estrechamente relacionado con la felicidad, y el reparto de la riqueza se consideraba no una obligación, sino un privilegio de los gobernantes. Se cuenta que cuando Ogodei contempló los miles de piezas de plata que se acumulaban en el tesoro de Karakórum lo consideró un desperdicio. ¿Qué sentido tenía almacenar allí aquellas riquezas, que debían ser sometidas a vigilancia constante? Era mejor repartirlas entre los mongoles para ganar su lealtad y aumentar el prestigio del soberano. Una mentalidad similar exhibió su sobrino Hulegu cuando supo de la obsesión del califa abasí por conservar sus joyas. Aquella acumulación inútil de bienes solo servía para revelar la estupidez de su dueño. Los jinetes de la estepa vaciaron sin miramientos los tesoros de los reyes y las arcas de los poderosos, y al repartirlos entre los soldados pusieron en circulación grandes cantidades de metales preciosos, seda y productos valiosos de todo tipo. Jinetes enjutos, que habían pasado una vida de penalidades en la estepa y se veían, de repente, ricos gracias al botín y los tributos, disfrutaban permitiéndose todo tipo de extravagancias, y fueron los mercaderes los encargados de proporcionárselas.[272]

Las gentes de la estepa, que carecían de tantas cosas, siempre habían dado mucha importancia al comercio. Los grandes kanes se esforzaron por unificar los sistemas de pesos y medidas, y fijaron aranceles e impuestos sorprendentemente bajos sobre las transacciones comerciales. El intercambio de elementos usados como moneda —seda, plata, oro…— ni siquiera estaba sujeto a gravámenes

para incentivar su circulación. Incluso se permitió que algunos mercaderes utilizaran el sistema de paradas de posta (*yam*) para ahorrarse el coste del transporte. La propia familia real mongola invertía en empresas mercantiles, proporcionaba financiación a los comerciantes que se encontraban bajo su protección y actuaba como garante en los préstamos realizados por otros. Si era necesario, los grandes kanes podían correr con los gastos de una expedición mercantil fracasada.

En este afán por favorecer las transacciones comerciales, los mongoles tuvieron la suerte de toparse con algunos inventos que les facilitaron la tarea. Entre ellos, el más útil —y peligroso— fue el papel moneda Song. Cuando los jinetes de la estepa descubrieron su existencia, el sistema no atravesaba su mejor momento. La larga guerra había llevado a los Song a emitir billetes de manera descontrolada para hacer frente a los gastos del Estado. La práctica provocó el caos monetario y disparó la inflación, agravando los problemas de los chinos. Los mongoles identificaron correctamente estos errores, y una de las primeras medidas de Kublai al proclamarse gran kan en 1260 fue la emisión de un nuevo papel moneda vinculado a las reservas de plata, el metal en el que los jinetes solían exigir sus tributos. La medida fue un éxito. El nuevo papel moneda generó confianza, reemplazó a las emisiones anteriores, frenó la inflación y facilitó la producción artesanal y los intercambios mercantiles.

Los billetes mongoles podían utilizarse para adquirir bienes o sufragar pequeñas transacciones privadas, pero también para pagar los impuestos y las tasas comerciales, así como los sueldos de los funcionarios imperiales. Por lo que respecta a los mercaderes extranjeros, estos debían cambiar los metales preciosos que llevaran consigo por papel moneda mongol en el momento en el que ponían un pie en los dominios del imperio. El uso de papel moneda liberó grandes cantidades de metales preciosos —sobre todo plata—, que pudieron ser empleadas por otros Estados para acuñar su propia moneda, que se añadía al sistema para facilitar todavía más los intercambios.[273]

Gracias a todas estas medidas, la Ruta de la Seda vivió bajo la severa mirada de los jinetes de la estepa el que pudo ser su momento de mayor esplendor. Por primera vez desde su nacimiento, una sola construcción política controlaba casi la totalidad del recorrido, desde el valle del río Amarillo hasta la cuenca alta del Éufrates, y desde los puertos del mar de China hasta el golfo Pérsico. Caminos secundarios como la Ruta de las Estepas, que conectaba la península de Crimea con Otrar bordeando las costas septentrionales del Caspio, también estaban en manos de los nómadas de la Horda de Oro. El característico cosmopolitismo del Imperio mongol hizo que el beneficio de todos

estos intercambios fuera mucho más allá de lo económico. A mediados del siglo XIII Europa, Oriente Medio, Asia Central y China atravesaban un período de plenitud y de esplendor cultural, y los mongoles permitieron que todo ese conocimiento, las ideas, las formas artísticas, las creencias y hasta los alimentos circularan con una intensidad inédita, y acercaran más que nunca a Oriente y Occidente.[274]

Uno de los ámbitos en los que se produjeron movimientos más interesantes fue el de las creencias. En un mundo habituado a los enfrentamientos religiosos, los jinetes de la estepa hicieron gala de una tolerancia sorprendente: emplearon a su servicio chiitas, sunnitas, cristianos, budistas y taoístas, y recompensaron sus servicios permitiéndoles construir sus templos y practicar sus cultos casi con total libertad. En Karakórum había iglesias, mezquitas y santuarios budistas. Tras la caída de Bagdad, Hulegu entregó al *catholikos*, el líder de la Iglesia de Oriente, una mansión a orillas del Tigris y le permitió aprovechar sus altos tejados para colocar un campanario. En Tabriz, la capital del ilkanato, había dos monasterios franciscanos. Y ya a finales del siglo XIII, cuando Hangzhou, la capital Song, cayó en manos mongolas, un funcionario persa al servicio de Kublai invirtió sus riquezas en la mezquita del Fénix, una de las más antiguas del Extremo Oriente. El edificio daba servicio a la comunidad de mercaderes musulmanes que habían llegado a la ciudad a través de la Ruta de la Seda marítima, y a su alrededor había más mezquitas, un cementerio musulmán y una iglesia cristiana. El siglo mongol (1250-1350) fue uno de los períodos de mayor libertad religiosa en Asia, y una etapa extraordinaria para la prédica y el ecumenismo religioso.

Sin embargo, no debemos interpretar esta consideración hacia las creencias ajenas como el fruto de elevados ideales, sino más bien como una manifestación del profundo sentido práctico de los nómadas. Desde su remota morada en el corazón de la estepa, los mongoles estaban habituados a convivir con otras religiones. La esposa de Tolui, la célebre Sorgaktani, era cristiana, al igual que la mujer de Hulegu, y Kublai se casó con una budista. Entre sus vecinos, los uigures habían abrazado el maniqueísmo y los kara-kitai, el budismo; las gentes de la Transoxiana y del Tarim occidental eran mayoritariamente musulmanas y en China imperaba el taoísmo confuciano. La flexibilidad de las creencias chamánicas permitía a los mongoles tratar este amplio abanico de credos ajenos con sorprendente familiaridad y, lo que es más importante, en provecho propio: bastó que se extendiera entre ellos la idea de que las cruces ofrecían protección contra los malos espíritus, para que comenzaran a utilizarlas como amuleto.

Los mongoles también pensaban que los clérigos de cualquier

religión tenían poderes mágicos, como sus chamanes, y que sus oraciones poseían la capacidad de hacer cesar las tormentas y prolongar la vida: creían que el papa tenía cientos de años, y Gengis Kan mandó llamar a su lado a un sabio taoísta chino para que le revelara el secreto de la inmortalidad. A sus ojos, los monasterios, las iglesias y las mezquitas, donde tantos fieles se concentraban en oración, debían de poseer un enorme poder capaz de ser empleado para alargar la existencia de los grandes kanes. Por eso, ya desde tiempos de Temujin, se concedió al clero de las grandes religiones exenciones de impuestos y privilegios. Para los mongoles, aquellos religiosos eran magos cuyas plegarias pensaban que podían utilizar en su beneficio.[275]

Este mismo carácter utilitarista explica también por qué los jinetes nómadas no dudaban en prescindir de su tolerancia cuando afectaba a la dignidad de la monarquía o implicaba a credos potencialmente peligrosos. A los visitantes que acudían a la corte de los señores de la Horda de Oro, a orillas del Caspio, se les obligaba a rendir culto a una imagen de Gengis Kan, y el castigo por no hacerlo era la muerte. A los ismaelitas de la Secta de los Asesinos se les dio a elegir entre abjurar de su fe o ser ejecutados. Otras veces, los desencuentros tenían que ver con diferencias en costumbres muy arraigadas. Los mongoles practicaban el levirato: el hijo pequeño de la esposa principal «heredaba» a las viudas jóvenes de su padre o de sus hermanos mayores junto con su parte de la hacienda familiar —su propia madre quedaba fuera de estas componendas, probablemente para alivio de ambos—. Por eso, cuando un príncipe del Rus pidió a sus señores mongoles permiso para hacerse cargo del señorío de su hermano mayor, estos le ordenaron con toda naturalidad que se casara también con la viuda. No sirvió de nada que el príncipe quedara espantado o que la joven declarara que prefería morirse antes de hacer algo así. Los jinetes de la estepa hicieron caso omiso de estos remilgos absurdos y no quedaron satisfechos hasta que los vieron consumar el matrimonio. También hubo encontronazos de este tipo con judíos, a los que los mongoles les prohibieron circuncidarse. Y con los musulmanes: por lo visto, los jinetes de la estepa no se bañaban en ríos y arroyos durante la primavera y el verano por el temor a que les cayera un rayo durante una tormenta, e hicieron extensiva esta norma a los musulmanes que desearan realizar sus abluciones. Incluso les impidieron matar a los animales cortándoles la garganta, tal y como ordenaba la ley islámica, porque era contraria a la práctica mongola, que no degollaba el ganado.

La diplomacia fue una de las grandes beneficiarias de este acercamiento pragmático al hecho religioso. La actitud abierta de los jinetes de la estepa generaba muchas expectativas entre sus vecinos,

que tenían la esperanza de ganar para su fe a los nuevos amos del mundo. Los mongoles eran conscientes de ello, y por eso solían mostrarse crípticos sobre sus verdaderas creencias y tendían a difundir entre sus interlocutores una idea de cercanía religiosa que probablemente no era real. Cuando el exiliado Kuchlug derrocó al rey kara-kitai en el Tarim y empezó a perseguir a los musulmanes, los mongoles enviaron embajadores proclamándose defensores de la libertad religiosa. Sorgaktani, la célebre esposa de Tolui, era una cristiana devota que, tras su muerte, fue enterrada en una iglesia del norte de China, pero eso no le impidió promover la construcción de mezquitas para sus súbditos musulmanes. Hulegu protegió a los cristianos de Oriente Medio y casó a uno de sus hijos con una princesa bizantina, pero su corte estaba repleta de astrólogos budistas. A Juan de Pian del Carpine, embajador del papa, le aseguraron que el gran kan estaba a punto de abrazar el cristianismo, y a fray Guillermo de Rubruquis, enviado por el rey Luis IX, le dijeron que Mongke se acababa de bautizar la mañana de ese mismo día. El fraile, con buen criterio, se negó a creer una mentira tan burda, pero eran muchos los cristianos de Oriente, más expuestos a los ataques de los musulmanes, que se dejaban seducir por estos cantos de sirena.[276] Al parecer, se había difundido entre ellos la idea de que en las tierras de Asia permanecía escondido un gran rey, seguidor de Jesucristo, que algún día vendría a librarles de sus padecimientos, y veían en cualquier acontecimiento extraordinario la confirmación de esta profecía.

EN BUSCA DEL PRESTE JUAN

Todo empezó en el paraíso. O, mejor dicho, con el paraíso. En la cristiandad medieval imperaba la vieja creencia, heredada de la Antigüedad, de que este era un lugar tangible, físico, que existía desde los tiempos de la creación en un remoto rincón del mundo. El Jardín del Edén era un espacio vedado a los hombres: estaba rodeado de un alto muro, o de una pared de fuego, o de un vasto océano, o de tierras inhabitables a causa del calor o el frío, o de regiones sumidas en una oscuridad perpetua imposible de disipar. Sin embargo, su innegable existencia terrena era fácilmente comprobable por la fisicidad de sus efectos. En el paraíso, por ejemplo, nacían los cuatro grandes ríos del mundo: el Tigris, el Éufrates, el Indo y el Ganges —de la lista se podían quitar algunos y añadir otros como el Danubio o el Nilo, a gusto del autor—. La evidente distancia entre las fuentes de estos cursos fluviales se explicaba porque, aunque todos tenían su origen en el paraíso, sus aguas se hundían en las profundidades de la tierra al abandonar el Jardín del Edén para surgir de nuevo en las alturas del Tauro o en las montañas del Himalaya. De igual manera, por una especie de mágico contacto, se pensaba que las tierras lejanas, pero

todavía accesibles a los seres humanos, que rodeaban al espacio cerrado del paraíso, podían haberse imbuido de parte de sus cualidades sobrenaturales. En estas regiones abundaban las riquezas, las criaturas fantásticas y las maravillas, y las gentes que las habitaban, transformadas por su benéfica cercanía, disfrutaban de una condición moral superior a la del resto de los mortales.

Según una opinión generalizada, el paraíso escondía esta existencia terrena en los confines más remotos de Asia. Así lo afirmaba el libro del Génesis: «Luego plantó Yahvé Dios un jardín en Edén, al Oriente, donde colocó al hombre que había formado». (Génesis 2, 8). De Asia provenían los patriarcas del Antiguo Testamento, allí se encontraban las cimas del Ararat, donde quedó varada el arca tras el diluvio, y en aquellas tierras vivían los Reyes Magos, los primeros en saber de la naturaleza divina del Mesías. Y si la riqueza y los prodigios eran rasgos distintivos de las regiones que rodeaban el Jardín del Edén, en ningún lugar podían encontrarse en más abundancia que en Oriente. ¿No llegaban de allí las perlas y las piedras preciosas, las sedas y la porcelana, las especias y los animales exóticos? La cercanía del paraíso era una buena explicación para la exuberancia de estas manifestaciones de la naturaleza y del ingenio humano.[277]

Estas fabulaciones sobre las ricas regiones de Asia debieron de animar a muchos europeos a partir a Tierra Santa a finales del siglo XI. En el Levante mediterráneo tomaron contacto con la Iglesia cristiana de Oriente y supieron de la existencia de comunidades de devotos en aquellas tierras de infieles. La fundación de los reinos cruzados debió de favorecer todavía más los contactos. En 1122, un representante de los cristianos de la India acudió a visitar al papa Calixto II (1119-1124) acompañando a una embajada bizantina. La llegada del exótico personaje excitó la imaginación de los europeos y dio pábulo a todo tipo de narraciones fantásticas, pobladas de los lugares comunes que se atribuían a los confines orientales.[278]

Estos relatos, tan simpáticos como inocentes, se hicieron en el clima de optimismo que siguió a la conquista de Jerusalén, pero el ánimo de los cristianos de Tierra Santa comenzó a oscurecerse a mediados del siglo XII. En 1144 cayó el condado de Edesa, el señorío que controlaba la cuenca alta del Éufrates. La pérdida del territorio desató una oleada de inquietud entre los cristianos del Levante mediterráneo, cada vez más hostigados por sus vecinos musulmanes. Este contexto propició la invención de nuevas historias destinadas no tanto a deleitar la fantasía de los occidentales, como a mantener alta la moral y estimular el flujo de guerreros hacia Tierra Santa. En 1145, Hugo de Biblos, obispo en los territorios cruzados, contó que en el Extremo Oriente vivía un hombre llamado Juan, cristiano nestoriano, descendiente de los Reyes Magos, que era a un tiempo rey y sacerdote. Este Preste Juan,

conocedor de las amenazas que se cernían sobre ellos, había acudido en auxilio de los cristianos de Jerusalén, derrotado a los musulmanes y llegado hasta las orillas del Tigris, pero al no poder cruzar el río había regresado a su remota patria.

El testimonio del obispo Hugo de Biblos fue recogido por el historiador Otón de Frisinga (*ca.* 1111-1158), hermanastro del emperador alemán Conrado III (1138-1152), y la buena nueva corrió como la pólvora entre los cristianos de Europa y el Mediterráneo.[279] La historia que contó el obispo, como toda buena leyenda, tenía su parte de verdad. Hacía referencia a un enfrentamiento real entre el sultán de los turcos selyúcidas Sanjar (1118-1157) y la tribu mongola de los kara-kitai, que había concluido con una gran derrota turca en 1141. Los kara-kitai eran mayoritariamente budistas o tengrianos, pero es posible que entre ellos hubiera también algún cristiano, y sus líderes podían hacer gala de la calculada ambigüedad religiosa característica de los pueblos mongoles. Por otro lado, es posible que a los cristianos de Oriente les hubieran llegado noticias de la conversión al cristianismo de otro pueblo mongol, los keraitas, que habían pedido predicadores al patriarca de Merv.

Mientras se extendía entre los europeos la esperanza de la existencia de un gran reino cristiano en Asia, un sorprendente suceso vino a confirmar la «veracidad» de la noticia. En 1165 se comenzó a hablar de cuatro cartas, supuestamente escritas por el mismísimo Preste Juan y enviadas al emperador bizantino Manuel I Comneno (1143-1180); al emperador del Sacro Imperio, Federico I Barbarroja (1155-1190); al rey de Francia y al papa. En las misivas, el Preste Juan se describía como un soberano superior a todos los demás en riqueza, virtud y poder. Aseguraba que recibía tributo de setenta y dos reyes, y que sus dominios se extendían sobre las «Tres Indias»,[280] desde la más lejana, donde se encontraba el cuerpo del apóstol santo Tomás, hasta el desierto de Babilonia, en las inmediaciones de la Torre de Babel. El reino era tan grande que la única manera de medir su poder era contando las estrellas del cielo y las arenas del mar. En este inmenso territorio —añadía ufano el Preste Juan— fluían la leche y la miel, y había un río que nacía en el paraíso y arrastraba piedras preciosas. Los bosques estaban cuajados de árboles de pimienta, y en ellos manaba una fuente cuyas aguas combinaban las fragancias de todas las especias del mundo. Bastaba beber de ella tres veces en ayunas para no caer nunca enfermo y aparentar, durante toda la vida, treinta y dos años. El palacio del Preste Juan tenía el suelo de cristal y el techo tachonado de piedras preciosas. Sus mesas eran de oro y amatista, con patas de marfil. Su lecho estaba hecho de zafiro y sus habitaciones se perfumaban con resinas olorosas. Cada día se organizaban en el palacio banquetes para treinta mil personas; sin embargo, los festejos

no debían de ser muy animados: aunque las mujeres eran muy hermosas, solo se unían a los hombres cuatro veces al año y con el propósito de procrear. Por último, en sus cartas, el Preste Juan exhortaba a los líderes europeos a abandonar sus disputas y a unirse para formar un imperio cristiano. Se desprendía de sus palabras que la empresa contaría con la ayuda de este soberano, cuyas tropas sumaban cientos de miles de efectivos.

Sin embargo, apenas unas décadas después, en 1187, el ejército de Saladino tomó Jerusalén sin que ninguna hueste oriental acudiera en ayuda de los desolados cruzados. Las cartas eran una evidente falsificación cuyos objetivos, todavía no del todo aclarados, respondían al parecer a los intereses de la alta política europea.[281] No obstante, la leyenda del Preste Juan era tan atractiva y la idea de la existencia de este reino de Oriente resultaba tan consoladora que los cristianos continuaron confiando en la veracidad del mito, y la credulidad con la que se recibía cualquier noticia propició la aparición de nuevas fabulaciones.

A comienzos del siglo XIII los soberanos europeos pusieron en marcha la Quinta Cruzada (1217-1221). La empresa tenía dos objetivos: recuperar Jerusalén y derrotar a los herederos de Saladino, que controlaban Siria y Egipto. Pero, a pesar de las fuerzas empleadas, los cristianos solo consiguieron una victoria pírrica: la conquista del puerto de Damieta, en el delta del Nilo. Mientras los líderes europeos discutían el siguiente paso en el ambiente enrarecido de una expedición militar a punto de fracasar, se produjeron algunos sucesos extravagantes.[282] Comenzaron a aparecer extraños documentos proféticos que anunciaban la derrota musulmana, la destrucción de La Meca y la dispersión de los huesos del profeta Mahoma por el rey de los cristianos de Etiopía. Se aseguraba también que Jerusalén sería reconquistada por dos soberanos cristianos, uno de Occidente y otro de Oriente, que recibía el nombre de rey David. Este David era descendiente del Preste Juan, estaba al frente de un ejército muy poderoso y marchaba ya desde el este, dando muerte a todo aquel que no aceptara convertirse a la fe de Jesucristo.

En realidad, lo que había llegado a Damieta eran las noticias de la irrupción de Gengis Kan en la Transoxiana y la caída del Imperio jorasmio. La asociación entre los mongoles y el Preste Juan empezó a producirse en ese momento, a mediados del siglo XIII. Alberico de Trois-Fontaines, monje cisterciense en una abadía francesa, comentó que los húngaros y los cumanos se referían a los ejércitos del rey David como «tártaros», y que, por lo que se sabía, estos no eran ni cristianos ni sarracenos. A medida que iban llegando noticias de las masacres de los mongoles en Europa del Este, los cristianos comenzaron a plantearse la idea de que, tal vez, identificar a los

jinetes de la estepa con el Preste Juan y el rey David había sido un error fatal. Pero, entonces, ¿de dónde habían salido aquellos demonios mongoles? ¿Qué había sido de las virtuosas huestes del Preste Juan, de cuya existencia, confirmada por tantos testimonios, no se podía dudar? Solo había una explicación posible. Al final de su relato, Alberico de Trois-Fontaines comentaba que los mongoles habían sido, en un principio, vasallos del Preste Juan, pero lo habían traicionado y se habían apoderado de sus dominios. Nada se puede afirmar con certeza, pero resulta tentador reconocer en esta sucesión de acontecimientos la historia de Gengis Kan y Togril, su patrono cristiano keraita.283

Por más que nadie, nunca, se topara con su misterioso reino, los europeos siguieron creyendo en la existencia del Preste Juan durante siglos. Juan de Montecorvino (1247-1328), franciscano enviado por el papa Nicolás IV a predicar el cristianismo en Oriente y primer arzobispo de Pekín, contó que se había topado en China con un noble mongol que descendía del Preste Juan. En los *Viajes de Juan de Mandeville*, una obra de pura ficción sobre las maravillas de Asia redactada a mediados del siglo XIV, se retomaba la vieja idea de que el reino del Preste Juan se encontraba en el camino que conducía al paraíso, pero que entre uno y otro había desiertos y montañas, así como una tierra de oscuridad perpetua. Con el tiempo, ese lugar maravilloso se situó en otros confines de las Indias, y los portugueses pensaban que aquel soberano de virtud sin tacha se encontraba en el reino cristiano de Etiopía. Llegaron a enviar una expedición en su busca a finales del siglo XV.

Mientras tanto, los europeos de mediados del siglo XIII tenían que lidiar con gentes muy distintas llegadas de lo más profundo de Asia, que no solo eran reales, sino que exigían la sumisión de papas y emperadores, y proclamaban su deseo de apoderarse del mundo entero. Una vez superado el desconcierto, la necesidad de recabar noticias ciertas sobre los mongoles se volvió urgente, pero ni los viejos mapas ni los antiguos tratados ofrecían respuestas adecuadas. La brusca irrupción de los nómadas reveló hasta qué punto los europeos desconocían el continente asiático. Tras la conquista musulmana del Levante mediterráneo, el acceso a Oriente se había interrumpido. Los sabios de la cristiandad redactaban sus tratados en *scriptoria* donde la fuente de autoridad eran las obras de Plinio, de Ptolomeo o de san Isidoro de Sevilla, y más allá del mundo recorrido por Alejandro, las informaciones se volvían difusas. Si la leyenda del Preste Juan llegó a ser tan popular fue porque, en su deseo de cubrir aquel desagradable vacío de conocimiento, la imaginación de los europeos había poblado las tierras más remotas de Asia de todo tipo de criaturas fantásticas: pigmeos, hombres con cabeza de perro o con un solo pie, mantícoras,

grifos y unicornios, habitantes adecuados para unas regiones situadas a medio camino entre la realidad y la leyenda. Por fortuna, gracias al valor de los monjes y al espíritu emprendedor de los mercaderes, los conocimientos geográficos de los habitantes de Europa Occidental estaban a punto de experimentar una auténtica revolución.

MONJES CRISTIANOS EN LA CORTE DEL GRAN KAN

En 1243 fue elegido papa Inocencio IV (1243-1254). El nuevo pontífice era un hombre joven —solo tenía cincuenta y ocho años— y enérgico, convencido de la supremacía del papado sobre el resto de poderes universales. Cuando ocupó la silla de Pedro, los mongoles acababan de retirarse de Europa Central, y el nuevo papa ordenó recabar toda la información disponible sobre los invasores. El testimonio más fiable provenía de un fraile dominico llamado Julián, que había formado parte de una misión enviada diez años atrás para convertir a los cumanos al cristianismo. La mayor parte de sus compañeros fueron asesinados, pero Julián se las ingenió para llegar hasta las inmediaciones de los Urales, donde descubrió que el territorio había sido arrasado por los jinetes de la estepa. El fraile dominico fue de los primeros en darse cuenta del peligro que suponían los nómadas, y envió un informe al legado pontificio en Hungría advirtiendo de lo que estaba por venir. Esta fue la primera descripción de los mongoles que llegó a las cortes europeas.

Poco después, en un concilio celebrado en Lyon, el papa tuvo ocasión de entrevistarse con un clérigo proveniente de los territorios del Rus llamado Pedro, quien confirmó los temores de la curia sobre la barbarie de los invasores, pero aseguró que, entre ellos, los embajadores eran tratados con consideración. Animado por la posibilidad de establecer contacto con los misteriosos jinetes de la estepa, en 1245 Inocencio IV decidió enviar un emisario a la corte mongola. La peligrosa tarea se encomendó a un franciscano, fray Juan de Pian del Carpine (*ca.* 1180-1252), al que se le ordenó tomar la Ruta de las Estepas y seguir los pasos de las terroríficas hordas que habían arrasado Europa cuatro años atrás. Aunque llevaba cartas del papa, el principal objetivo de su periplo era recabar toda la información posible sobre los jinetes, especialmente la relacionada con sus prácticas militares. Aquellos demonios del este no volverían a coger desprevenidos a los europeos.[284]

Fray Juan era un hombre valiente. Nacido en el norte de Italia, se había contado entre los primeros discípulos de san Francisco y había contribuido de forma decisiva a la expansión de la orden franciscana por la península ibérica y Alemania. Los que lo conocieron alabaron su carácter concienzudo y su amor por el trabajo. Pero el monje era también un hombre grande, de constitución pesada, que tenía sesenta

y cinco años cuando recibió el encargo del papa. Con el tiempo confesaría que aceptó su misión con el temor de no regresar jamás de la tierra de los bárbaros.

El franciscano inició su periplo visitando las cortes del rey de Bohemia y el señor de Cracovia, quienes le ayudaron lo mejor que pudieron y le recomendaron proveerse de regalos con los que satisfacer la avaricia de los mongoles. Mientras recorría las llanuras del este de Europa, en el gélido invierno de 1245-1246, fray Juan, enfermo a causa del frío y la dureza del viaje, descubrió además que el territorio estaba infestado de bandidos, porque los mongoles habían matado a la mayoría de los hombres jóvenes. Por fortuna, pronto se topó con los primeros jinetes de la estepa, que, tal y como le habían dicho, respetaron su condición de embajador y lo condujeron hasta el campamento de Batu, el hijo de Jochi, en la cuenca baja del Volga. Antes de ser admitido en su presencia, le obligaron a pasar a través de dos fuegos, un ritual mágico que destruía los venenos que los emisarios pudieran llevar con ellos. Entre el temor y el asombro, fray Juan tuvo tiempo de apreciar que el campamento de Batu era magnífico, pero que las tiendas más hermosas habían pertenecido a Bela IV, el rey de Hungría, y que el hijo de Jochi era un hombre temido, con fama de ser tan astuto como cruel.

Debió de ser Batu quien decidió enviar al emisario del papa a la coronación de su primo Guyuk. El pobre fray Juan se vio obligado a cabalgar de día y de noche, entre el hielo y la nieve de la estepa, para llegar cuanto antes a Karakórum. Mientras atravesaba las regiones que separaban el Caspio de Mongolia, pudo experimentar en sus carnes, cada vez más magras, la capacidad de resistencia de los jinetes mongoles. Marchaban sin descanso, cambiando de caballos varias veces al día y, haciendo caso omiso de las débiles protestas del monje franciscano, solo comían un poco de mijo con agua y sal, y solo bebían agua de nieve fundida. El paisaje era tan inquietante como la compañía: el suelo estaba cubierto de cráneos y esqueletos, y las escasas ciudades eran montones de ruinas.

Cuando llegaron a Karakórum a finales de julio de 1246, el pobre fraile estaba completamente exhausto, pero apenas hubo recuperado las fuerzas se afanó por cumplir su misión. La capital mongola era un hervidero de gentes. El canciller de Guyuk era un cristiano de la Iglesia de Oriente. Su orfebre, un ruso llamado Cosmas. Había clérigos ortodoxos, capturados tal vez durante las exploraciones de 1221-1223, y artesanos húngaros, que probablemente habían sido hechos prisioneros en la gran campaña de 1238-1242. Con ellos se podía hablar en latín o en francés para preguntarles todo tipo de cosas sobre aquellos extraños jinetes de la estepa, que a fray Juan le parecieron extremadamente desagradables.

Tras la coronación del nuevo gran kan, el franciscano pudo cumplir también la segunda parte de su embajada: entregó a Guyuk las dos cartas que le había dado el papa. Cuando se las tradujeron y pudo leerlas, Guyuk quedó perplejo. Lo único que esperaba de aquellos emisarios era que le anunciaran el sometimiento de los europeos, a los que habían derrotado cinco años atrás. Pero las misivas pontificias se limitaban a explicarle la doctrina católica y a pedirle que cesara en sus matanzas de gente inocente. Aquellos europeos —debió de pensar el gran kan— no habían entendido nada. Mandó redactar una respuesta para el pontífice en la que le exhortaba a aceptar la voluntad de Tengri y a acudir, junto con el resto de los soberanos, a postrarse ante él. Si se sometían con rapidez, obtendrían clemencia. Fray Juan estaba convencido de la sinceridad de las amenazas mongolas. Observó que se encontraban preparándose para una campaña y que tenían la intención de marchar hacia el oeste. También le pareció sospechosa la insistencia de Guyuk de enviar a Europa embajadores mongoles, que fray Juan supo esquivar hábilmente. El franciscano sospechaba que el verdadero propósito de aquellos emisarios sería espiar a los europeos —como él mismo, vaya— y temía que los habitantes de Europa del Este, molestos con los jinetes de la estepa por los recientes acontecimientos, pudieran matarlos a pedradas o enviarlos a prisión.

Tras abandonar Karakórum en noviembre de 1246, mientras recorría las planicies heladas de los actuales Kazajistán y Rusia, y era recibido en Kiev como quien regresa de entre los muertos, fray Juan sabía que llevaba consigo un tesoro. No por los insatisfactorios resultados de su misión diplomática, sino por todo lo que había visto y oído. Era la primera vez que un europeo occidental se internaba en lo más profundo de la estepa y regresaba para contarlo, y fray Juan de Pian del Carpine se apresuró a poner por escrito aquellas valiosas informaciones. Su *Historia de los mongoles* contenía datos sobre la geografía de las estepas, las costumbres de los nómadas, su vestimenta y su modo de hacer la guerra; fue la primera descripción detallada que tuvieron los europeos sobre aquel mundo desconocido y disfrutó de un enorme éxito durante la Edad Media.[285]

Apenas seis años después del regreso de fray Juan, siguió sus pasos otro fraile franciscano, Guillermo de Rubruquis (Rubruck, actual noreste de Francia). Su misión, sin embargo, era muy diferente. En primer lugar, no lo enviaba el papa, sino el rey de Francia, Luis IX. El piadoso monarca galo había comandado la Séptima Cruzada (1248-1254), pero había fracasado en su empeño de apoderarse de Egipto y se había visto obligado a retirarse a Acre, uno de los pocos puertos que los cristianos todavía conservaban en Tierra Santa. En un ambiente de creciente desánimo, la única buena noticia llegó de manos de unos emisarios mongoles, cristianos de Mosul, que

transmitieron al soberano su apoyo a la cruzada y le contaron que la esposa del gran kan era una hija del Preste Juan y que, por su intercesión, el gobernante mongol se había convertido al cristianismo.

Como hemos visto ya, este tipo de noticias eran mentiras inventadas por los astutos mongoles, pero para el afligido Luis IX fueron la última oportunidad de sacar algo en claro de aquella cruzada fallida. Así que en la primavera de 1253 envió a Oriente a fray Guillermo de Rubruquis, un franciscano de su séquito, con el encargo de recabar información veraz sobre la situación del cristianismo en la estepa y, si podía, convertir a sus gobernantes a la fe de Cristo. Para facilitarle la misión, el rey proporcionó al monje cartas para el gran kan, pero le advirtió que evitara, en la medida de lo posible, presentarse como un embajador. Los jinetes de la estepa, convencidos de que su destino era dominar el mundo, creían que la única manera de hacer la paz con ellos era someterse a su voluntad, e interpretaban cualquier acercamiento diplomático como una oferta de vasallaje. Emisarios anteriores enviados por el propio Luis IX para explorar una posible alianza habían regresado pidiendo tributos al rey galo. Por eso, fray Guillermo marchó a la estepa descalzo y vestido con el humilde hábito de los franciscanos, aunque tuvo la precaución de proveerse de grandes cantidades de vino moscatel y de galletas, pues era bien sabido que los jinetes solo se mostraban colaboradores a cambio de regalos.

Su ruta fue similar a la de Juan de Pian del Carpine. Él y sus acompañantes se adentraron en la estepa desde las costas septentrionales del mar Negro. En apenas tres días de marcha se toparon con el primer puesto de avanzada mongol, y fray Guillermo confesó impresionado que le parecía estar penetrando en otro mundo. Al igual que su predecesor, fue conducido a la presencia de Batu, en las orillas del Volga, y enviado a Karakórum a entrevistarse con el nuevo gran kan, Mongke (1251-1259). Realizó el camino a través del actual Kazajistán durante el invierno, sufriendo grandes penalidades, y salvó la vida solo porque los mongoles le proporcionaron ropajes de piel y fuertes botas con las que cubrir sus pies desnudos. Permaneció seis meses en Karakórum y tuvo ocasión de conocer bien a los jinetes de la estepa. No se puede decir que les cogiera cariño. Aunque terminó por apreciar el sabor almendrado de la leche fermentada de yegua, los mongoles le parecieron hombres llenos de avaricia y soberbia. Descubrió que no les gustaba que los europeos les llamasen «tártaros», pues ese era el nombre de un pueblo enemigo, sometido por ellos; que tendían a hacer sus necesidades en público, mientras charlaban; que jamás lavaban ni sus ropas ni sus platos, y que no tenían reparos, hombres y mujeres, en mostrar los efectos de sus monumentales borracheras.[286]

Muchos de estos datos le fueron proporcionados por prisioneros que habían sido conducidos por los mongoles a su nueva capital. Fray Guillermo conoció a una mujer que había sido capturada en Hungría y colocada al servicio de una esposa cristiana del gran kan. Allí, en las estepas, se había casado con un carpintero ruso que se dedicaba a construir casas, un servicio muy valorado por los jinetes, completos ignorantes en la materia. También se topó con un orfebre parisino llamado Guillermo, que gracias a su habilidad se había convertido en un hombre muy apreciado en la corte mongola. Este Guillermo había construido para Mongke un árbol con tronco, ramas y hojas de plata que se colocó delante del palacio del gran kan y tenía tuberías hechas también con metales preciosos de las que, gracias a un ingenioso mecanismo, manaban vino, leche de yegua, una bebida de miel y cerveza de arroz.

Este habilidoso orfebre francés resultó clave en la misión de fray Guillermo, pues le proporcionó un pupilo para que le sirviera de intérprete. El traductor que había traído el monje desde las costas del mar Negro, un tal Abdalá, era ignorante, perezoso y aficionado al alcohol. No podía trabajar cuando estaba borracho, cosa que sucedía con frecuencia, pero tampoco prestaba un gran servicio cuando estaba sobrio, porque sus traducciones eran lamentables. Sin el auxilio del pupilo del orfebre parisino, fray Guillermo no habría podido protagonizar el episodio más célebre de su embajada. Pasados seis meses en Karakórum, ya en la primavera de 1254, el fraile pidió permiso para regresar con los suyos. Había visto todo lo que podía ver y no había obtenido ningún resultado reseñable predicando el cristianismo: durante toda su estancia solo había administrado seis bautismos. Pero, antes de partir, Mongke le pidió que, dado que musulmanes, budistas y cristianos estaban convencidos de que su fe era la verdadera, participara en un debate con las otras dos religiones para demostrar quién tenía razón. Se produjo entonces un encuentro fascinante, solo posible en el ambiente de cosmopolitismo y tolerancia de la capital mongola.

El 30 de mayo de 1254, representantes de las tres grandes creencias de Asia, rodeados de un gran número de curiosos, se reunieron en el oratorio cristiano. El gran kan envió a tres de sus escribas —uno cristiano, otro musulmán y otro budista— para que actuaran como jueces y advirtieran a los participantes que el debate debía producirse de forma pacífica. Fray Guillermo, flanqueado por los clérigos de la Iglesia de Oriente, abrió la discusión enfrentándose a un budista que había llegado de China. El chino trató de amedrentar al francés diciéndole «amigo, si te ves acorralado, busca a otro más sabio que tú», pero fray Guillermo le lanzó tal cantidad de razonamientos sobre la omnipotencia de Dios que lo dejó sin palabras, y el arrogante

clérigo chino tuvo que retirarse derrotado. Tomaron entonces la palabra los representantes de la Iglesia de Oriente, que se enfrentaron a los musulmanes, pero estos, impresionados por el despliegue teológico del que habían sido testigos —al menos eso aseguraba el franciscano—, se apresuraron a reconocer la superioridad de la fe de Cristo. El debate terminó con un triunfo resonante del cristianismo, una gran borrachera de todos los participantes y… ninguna conversión.

Al día siguiente, el gran kan Mongke convocó al monje franciscano y, por una vez, se sinceró sobre sus creencias. Le dijo a fray Guillermo: «Nosotros, los mongoles, creemos que existe un solo Dios por el que vivimos y morimos. (…) Pero del mismo modo que Dios ha dado varios dedos a la mano, también ha concedido diferentes caminos a los hombres. A vosotros, los cristianos, Dios os ha dado las Escrituras, y no las cumplís. (…) A nosotros, en cambio, nos ha dado adivinos, y hacemos lo que nos dicen y vivimos en paz». A continuación, ofreció al monje oro, plata y vestidos costosos, que este rechazó, y le dio una carta, que aceptó. Fray Guillermo pidió entonces permiso para volver a las tierras de los mongoles para predicar la fe cristiana, y el gran kan, después de pensarlo mucho, le recomendó que se preparara para el viaje de regreso. Impotente, el franciscano murmuró para sí mismo: «Si tuviera poder para obrar milagros, como Moisés, le habría obligado a postrarse». Y ya no volvieron a verse más.

Desde Karakórum, fray Guillermo tardó poco más de dos meses en recorrer el territorio de las actuales Mongolia y Kazajistán, y llegar al campamento de Batu, en la costa septentrional del Caspio. Aquí tuvo noticias de la construcción de la nueva capital de la Horda de Oro, Saray, en la cuenca del Volga, y de la existencia en la región de una gran ciudad mercantil, Astracán, próspera gracias al auge de la Ruta de las Estepas. Los mongoles de la Horda de Oro seguían siendo nómadas, pero era evidente que valoraban el comercio tanto o más que sus vecinos sedentarios del sur.

De regreso en París, fray Guillermo tuvo ocasión de comentar su viaje con otro franciscano ilustre, Roger Bacon (*ca.* 1214-1294), profesor en la Sorbona. A Bacon le interesaban especialmente los datos geográficos que había recogido fray Guillermo. Este había descubierto que, en contra de lo que afirmaba san Isidoro, el Caspio no era el golfo de un gran océano exterior, sino un mar completamente rodeado de tierra. También supo que las tierras que se encontraban más allá de la estepa mongola (esto es, el norte de China) recibían el nombre de Cathay, y le pareció que debían de corresponderse con las de los antiguos *seres* mencionados por los autores romanos, pues era de allí de donde venía la seda. Mil años después, los viejos enigmas de la geografía de Oriente empezaban a

resolverse.

Meditando sobre estas informaciones, a Bacon le pareció también que, si fray Guillermo había llegado hasta las inmediaciones de Cathay, había estado muy cerca de los confines orientales del mundo. Y que, en ese caso, la Tierra debía de ser bastante más pequeña de lo que se creía. Con el tiempo, Bacon llegaría a proponer para la circunferencia terrestre un tamaño inferior al que habían calculado los sabios de la Antigüedad. El filósofo inglés se equivocaba en sus mediciones, pero sus teorías fueron recogidas por otros autores, como Pierre d'Ailly (1351-1420), y a finales del siglo XV debieron de resultar decisivas para convencer a los españoles de que se podía llegar hasta Cathay y las Indias navegando hacia Occidente.

LOS VIAJES DE LA FAMILIA POLO

En 1260, cinco años después del regreso de Guillermo de Rubruquis, dos hermanos venecianos, Nicolás y Mateo Polo, estaban haciendo negocios en Constantinopla. Por aquel entonces, la vieja capital imperial ofrecía unas condiciones inmejorables para los comerciantes de la República de Venecia. Medio siglo atrás, los venecianos, cansados de tener que arrancar constantemente nuevos privilegios mercantiles a los emperadores bizantinos, habían impulsado una de las empresas más vergonzosas de la cristiandad occidental: la Cuarta Cruzada (1204). Liderados por el dogo de Venecia, Enrico Dandolo, y con la excusa de expulsar a un usurpador del trono del Imperio bizantino, los cruzados invadieron Constantinopla y parte de las costas del Egeo. Ante el estupor de la población, aquellos que se habían dado el nombre de soldados de Cristo masacraron cristianos y saquearon iglesias con el único afán de apoderarse de las inmensas riquezas de Bizancio; fue así como llegaron a Venecia los célebres caballos de bronce de la basílica de San Marcos. Después se repartieron los territorios: se colocó a un noble cruzado al frente del nuevo Imperio latino de Oriente, y el astuto Enrico Dandolo consiguió para Venecia tres octavas partes de Constantinopla e islas claves en el Egeo, como Negroponte (Eubea) y Creta.

A pesar de la evidente indignidad de todo el asunto, la jugada parecía un triunfo para la República de Venecia. Puso fin a la desagradable dependencia respecto al Imperio bizantino y proporcionó la oportunidad de debilitar a sus principales competidores, los genoveses, que fueron expulsados de los valiosos mercados de Constantinopla. Poco importaba ya la pérdida de los territorios cruzados en Tierra Santa. Gracias al comercio con los mongoles y los mamelucos, y al auge de la Ruta de la Seda, las riquezas fluían como nunca entre Europa y Asia.

Miles de venecianos trasladaron su residencia a los atestados barrios

mercantiles del Cuerno de Oro, y entre los recién llegados debían de contarse nuestros dos mercaderes, Nicolás y Mateo Polo. Pero los hermanos eran hombres astutos, dotados de un valioso instinto para detectar cambios de dirección en los vientos de la historia. Mientras sus conciudadanos disfrutaban de sus fáciles ganancias, Nicolás y Mateo debieron de intuir que algo no iba bien. En 1260 vendieron sus mercancías, compraron joyas, valiosas y fáciles de transportar, y se embarcaron en un navío que atravesó el mar Negro y les condujo hasta Soldaia (Sudak), en la península de Crimea. Abandonaron Constantinopla justo a tiempo. Apenas unos meses después, en 1261, el emperador Miguel VIII Paleólogo (1261-1282) reconquistó la ciudad para el Imperio bizantino. Los venecianos se vieron obligados a huir, sus negocios fueron pasto de las llamas, y cuando las cenizas todavía estaban humeantes, el emperador convirtió a los genoveses en los nuevos socios preferentes del Imperio bizantino. Los mercaderes de Génova se apresuraron a establecer sus bases en el barrio de Pera, al norte del Cuerno de Oro, donde construirían un encintado murario presidido por la Torre de Gálata. Cuando esto sucedió, los Polo ya se encontraban a salvo en Soldaia. La ciudad era una vieja colonia bizantina que había sido saqueada por los mongoles en 1222, pero que se había recuperado con rapidez. Se encontraba a apenas unos días de marcha del territorio de la Horda de Oro, y su ubicación en la península de Crimea le permitía acceder a las mercancías de la Ruta de la Seda y la Ruta de las Estepas. En Soldaia los mongoles y las gentes del Rus intercambiaban pieles y esclavos —circasianos, abjasios, georgianos o cumanos, como Baibars, el sultán mameluco— por algodón, seda y especias, y los Polo contaban con una casa en la ciudad desde la que pudieron continuar con sus actividades a pesar de la reconquista bizantina de Constantinopla.

Sin embargo, por motivos no especificados, los hermanos decidieron abandonar también su base en Soldaia para adentrarse en los vecinos territorios de la Horda de Oro y establecerse en Saray, cerca de la antigua Stalingrado (hoy Volgogrado). Para entonces Batu, el hijo de Jochi, había muerto y el nuevo señor de la estepa occidental era su hermano pequeño, Berke (1257-1266). El cambio había empeorado todavía más las relaciones entre la Horda de Oro y el resto de los mongoles. Berke había apoyado a Ariq Boke en la guerra civil contra Kublai, y tras la victoria de este, su supremacía sobre los descendientes de Gengis Kan no había sido aceptada en las estepas occidentales. Cuando los hermanos Polo llegaron a la ciudad mercantil de las orillas del Volga, reinaba una calma tensa. Mientras vigilaba sus fronteras orientales, Berke estaba maniobrando ya para expandirse hacia el sur, más allá del Cáucaso, donde comenzaba el territorio de Hulegu, señor de los ilkánidas, dueño de Persia y Mesopotamia y leal

partidario de su hermano Kublai.

La guerra estalló un año después, en 1262, obligando a Nicolás y Mateo Polo a partir de nuevo, abandonando sus rentables operaciones en las costas septentrionales del Caspio. En este punto, lo razonable habría sido regresar a las costas del mar Negro, pero los caminos hacia el oeste estaban bloqueados, así que los Polo optaron por marchar hacia el este llevando consigo un gran cargamento de mercancías. Atravesaron el territorio del actual Kazajistán y consiguieron llegar sanos y salvos a Bujará, en la Transoxiana. Aquí permanecieron tres años, que aprovecharon para familiarizarse con las costumbres de los mongoles, dueños de la ciudad desde tiempos de Gengis Kan.

Bujará era una de las grandes paradas de la Ruta de la Seda y disfrutaba de un ambiente muy cosmopolita, pero debía de resultar muy raro ver allí a mercaderes europeos. Cierto día pasó por el oasis una embajada enviada por Kublai a la corte de su hermano Hulegu, que regresaba al norte de China después de haber cumplido su misión diplomática. Los emisarios mongoles debieron de ser informados de la presencia de aquellos exóticos forasteros y, movidos por la curiosidad, se interesaron por ellos. Los Polo aprovecharon la ocasión para revelar otra de sus cualidades. Además de intuición, estaban dotados de una singular habilidad para ganarse la confianza de los poderosos. Los embajadores quedaron encantados con los simpáticos venecianos y les propusieron acompañarlos hasta la corte de su señor, el gran kan Kublai, en el norte de China, pues sabían que el soberano disfrutaría con la visita de aquellos pintorescos personajes.

El viaje al corazón de los dominios mongoles debió de transcurrir con parsimonia, sin las prisas que habían arrastrado a los pobres fray Juan y fray Guillermo a través de las estepas heladas. En torno a 1265, tal y como habían anticipado los embajadores, fueron recibidos de forma entusiasta por Kublai, que los asedió a preguntas sobre el emperador europeo y la religión cristiana. Al término de la entrevista, el gran kan pidió a los mercaderes que realizaran algunas tareas: debían entregar una misiva al papa, pedirle que enviara al Imperio mongol cien hombres sabios y conseguir aceite de la lámpara que ardía ante el Santo Sepulcro de Jerusalén. Para que pudieran completar su misión, se les hizo entrega de una *paiza* de oro que acreditaba su condición de emisarios del gran kan.[287]

Provistos de su *paiza* dorada, Nicolás y Mateo Polo regresaron al Mediterráneo y arribaron a Acre, último bastión cristiano en Tierra Santa, en abril de 1269. Aquí se les informó de que el papa, destinatario de las cartas que llevaban consigo, había muerto, así que los Polo aprovecharon el ínterin para acudir a Venecia y visitar a sus familias, a las que no veían desde hacía más de una década. Cuando llegaron a la ciudad de los canales descubrieron que la esposa de

Nicolás había fallecido y que su hijo, Marco, se había convertido en un hombre de quince años; como el chico parecía inteligente y despierto, decidieron llevarlo con ellos. Para entonces la misión acumulaba ya un retraso considerable, porque los Polo, convertidos ya en un trío, coincidieron con el interregno papal más largo de la historia.

Después de esperar dos años, y deseosos de regresar cuanto antes a la corte de Kublai, Nicolás, Mateo y Marco Polo resolvieron volver a Oriente mientras la silla de Pedro permanecía todavía vacante. Pasaron por Tierra Santa, obtuvieron el preciado aceite del Santo Sepulcro y partieron hacia los dominios mongoles. Pero por el camino recibieron una sorprendente noticia: un hombre con el que acababan de entrevistarse en Acre, Teobaldo Visconti, había sido elegido papa con el nombre de Gregorio X (1272-1276). Los Polo regresaron a Tierra Santa para hablar con él y entregarle —por fin— las cartas del gran kan. El nuevo pontífice ordenó además que, en el viaje de vuelta, los acompañaran dos frailes dominicos encargados de predicar la fe cristiana entre los jinetes de la estepa. Sin embargo, al poco de partir, los dominicos fueron presa de un terror insoportable y se dieron la vuelta. Nicolás Polo, su hijo Marco y su hermano Mateo tuvieron que continuar su aventura en solitario.

Desconocemos la ruta por la que discurrió este segundo viaje hasta el corazón del Imperio mongol. Cuando volvemos a saber de ellos, los italianos estaban ya en la residencia de verano de Kublai, un lugar llamado Shangdu, que se encontraba unos 350 kilómetros al norte de Pekín, más allá de la Gran Muralla. Shangdu acabó siendo conocido por los europeos como Xanadú, y si ocupa un lugar en nuestra imaginación como un espacio de magia y fantasía es precisamente gracias a la descripción de Marco Polo, que debió de quedar muy impresionado por este primer contacto con la magnificencia de la nueva corte mongola. Según el testimonio del veneciano, la residencia estival del gran kan estaba rodeada de un jardín amurallado, que Kublai utilizaba como criadero para sus halcones gerifaltes y recorría con un leopardo montado a la grupa de su caballo. La mansión del gran kan, situada en el corazón de esta pradera, estaba hecha de madera y sostenida por columnas adornadas con dragones de oro. En atención a las costumbres de la estepa, el edificio se sujetaba con hilos de seda, y estaba diseñado de tal manera que podía desmontarse al final del verano y guardarse hasta el año siguiente. Una corte de hechiceros se aseguraba de que aquella mansión maravillosa nunca se mojara, porque cada vez que se acercaba una tormenta, un fenómeno muy temido por los mongoles, alejaban el mal tiempo. Estos magos se encargaban además de hacer volar las copas de vino por el gran salón del palacio del kan, para deleite y asombro de los presentes.

Pero Shangdu, con todas sus maravillas, era solo una pequeña

residencia de verano, un recuerdo del pasado errante de las tribus mongolas, y no podía compararse con la nueva ciudad que Kublai había elegido para mostrar su poder. En 1264, antes de la llegada de los Polo, el gran kan había abandonado Karakórum, demasiado ligada a la estepa, y había establecido su nueva capital en Pekín, la vieja sede de gobierno de los Reyes de Oro Jin. La elección tenía una fuerte carga simbólica, porque Kublai había venido al mundo el mismo día en el que su abuelo Gengis Kan conquistaba la ciudad: el 23 de septiembre de 1215. Kublai dio a la localidad el nombre de Dadu, Gran Capital —aunque fue conocida como Kanbaliq, la Ciudad del Kan —, y mandó levantarla *ex novo*, pues la Pekín de los Jin había quedado arrasada tras las campañas mongolas.

Los trabajos, que se encomendaron a artesanos chinos, se prolongaron durante más de veinte años y cuando concluyeron, Dadu (Pekín) se contaba ya entre las ciudades más grandes del mundo. Su diseño se inspiraba en las viejas capitales imperiales chinas: tenía una planta rectangular, con los templos de los antepasados al este, los santuarios de los dioses agrícolas al oeste y el palacio imperial en la mitad meridional. Las calles estaban orientadas según los puntos cardinales, y las más grandes eran tan anchas que permitían a varios carruajes marchar uno al lado del otro. Estas avenidas estaban llenas de vida. En ellas podían verse todo tipo de negocios, posadas y edificios religiosos: templos budistas y taoístas, iglesias cristianas y mezquitas musulmanas. Dadu contaba además con tres murallas: una que defendía la ciudad, otra que protegía el recinto de las residencias imperiales y una tercera que rodeaba el palacio del gran kan. Este tenía tales dimensiones que albergaba en su interior un lago artificial con una isla que servía de jardín privado. En el centro de la isla había una colina, y en su cima, un salón cuyas paredes eran de madera de sándalo y oro. Aun así, lo que más llamaba la atención de los visitantes era un enorme recipiente para el vino, tallado en un bloque de jade negro. Su superficie estaba decorada con relieves de dragones y criaturas marinas, que se entremezclaban rodeados de nubes y olas en escenas llenas de fuerza y elegancia. Esta pieza, que todavía se conserva, se considera una de las creaciones más extraordinarias de la artesanía china.[288]

El abandono de Karakórum y el traslado de la capital a Pekín no respondían únicamente a razones prácticas. La conquista de China se había completado ya: Hangzhou, el bullicioso puerto que servía como capital a los Song, cayó en 1276, coincidiendo con el regreso de los Polo. Setenta años después de los primeros ataques de Gengis Kan, los mongoles habían concluido el sometimiento de sus vecinos del sur. Sin embargo, estas últimas campañas habían sido muy distintas a las terroríficas cabalgadas de Temujin. Kublai dispensó un trato benévolo

a los derrotados y se esforzó por trastocar lo menos posible la vida de sus nuevos súbditos. Se prohibió a los rebaños de los nómadas el uso de los terrenos agrícolas como zona de pasto y se aprobaron disposiciones destinadas a mejorar las condiciones de vida de los campesinos.

Los mongoles habían experimentado una completa transformación y el propio gran kan había sido el primero en mostrar los profundos efectos de este cambio. Abandonó el culto a Tengri por el budismo y, una vez establecido en China, fundó su propia dinastía imperial: los Yuan. El nombre había sido elegido con cuidado, pues en chino yuan significaba «origen», y hacía referencia a la fuerza primigenia que había propiciado el nacimiento del universo. Estaba surgiendo un mundo nuevo en el que, por primera vez, los jinetes de la estepa y los chinos formaban una unidad. Los mongoles ya no gobernarían como invasores el Imperio del Centro, reunido por su mano después de trescientos años de división, sino como una más de las dinastías chinas, tan comprometida con la perpetuación del Estado y el mantenimiento del orden como los Han, los Tang o los Song. Procesos similares se estaban produciendo entre los ilkánidas que gobernaban Persia y Mesopotamia. El fiero conquistador había sido conquistado, obligado a bajar del caballo e instruido con mano firme en las costumbres de las civilizaciones agrícolas; solo los mongoles de la Horda de Oro y aquellos que aún vivían en la estepa permanecían leales a sus viejas tradiciones nómadas.[289]

Cuando el joven Marco Polo fue presentado a Kublai en Shangdu y tuvo enfrente «al gobernante más poderoso que ha existido desde Adán hasta hoy», se encontró con un hombre de estatura media y piel sonrosada, afable y curioso, que nunca se cansaba de preguntar cosas y trataba a los venecianos de forma amistosa. Marco Polo asegura que Kublai lo empleó en misiones de gran importancia por todo su imperio y que incluso llegó a encomendarle el gobierno de una provincia. No parece que esto sea del todo cierto. Las fuentes chinas no mencionan a ningún alto funcionario con su nombre. En esto, como en tantos otros aspectos de su narración, puede que el mercader adornara «un poco» la realidad. Sin embargo, sí es posible que los venecianos disfrutaran de cierta consideración en la corte mongola. A pesar de su recién adquirida condición de emperador, Kublai desmanteló el Estado mandarinal de los Song y mantuvo apartados a los chinos de los puestos de responsabilidad; quería asegurarse de que hombres ajenos al territorio y leales a su causa ocuparan los cargos más delicados del Gobierno. Los mandarines fueron reemplazados por hombres de Asia Central o de la cuenca del Tarim, y los excelentes exámenes de acceso a la administración, que habían facilitado la promoción de funcionarios bien preparados bajo los Song, no volvieron a convocarse

hasta comienzos del siglo XIV. En el contexto de este nuevo Estado multiétnico, es posible que el primer emperador de los Yuan encontrara útil el punto de vista del joven veneciano y lo enviara como observador a las nuevas regiones conquistadas a los Song, en el sur de China. Este fue precisamente el territorio que Marco Polo describió con mayor precisión, y se refería a él como Mangi, para diferenciarlo de Cathay, que se reservaba para las orillas del río Amarillo. Por otro lado, y en esto no se distinguía mucho de sus predecesores mongoles, Kublai sentía una especial predilección por los mercaderes. Durante su reinado se bajaron todavía más las tasas y los aranceles, se plantaron árboles a la vera de los caminos para cobijar a los transeúntes y se abrieron las paradas de posta al uso general de los comerciantes.

En estos tiempos de plenitud, incluso la arrogancia mongola dio paso a posturas más contemporizadoras. Si en el pasado los jinetes de la estepa no habían aceptado otra relación con sus vecinos que no fuera de sumisión, durante el reinado de Kublai el establecimiento de alianzas comenzó a verse como algo deseable. Hulegu envió embajadores a los europeos pidiendo su ayuda contra los mamelucos en 1263, y otro tanto hizo su hijo Abaqa (1265-1282). Mientras este estaba al frente del ilkanato, en torno a 1279, llegó a Oriente Medio un personaje llamado Rabban Bar Sauma, un cristiano nacido en el seno de una tribu túrquica que vivía en torno al meandro de Ordos. Lo había enviado Kublai, el gran kan, con el encargo de sumergir unas prendas en el agua del Jordán para frotarlas después con la piedra del Santo Sepulcro. Abaqa hizo todo lo posible para que Rabban Bar Sauma cumpliera su misión, pero la guerra con los mamelucos mantenía cerradas las fronteras de Tierra Santa y este se vio obligado a permanecer en los dominios del ilkanato durante varios años, hasta el reinado de Arghun (1284-1291), el hijo de Abaqa. Arghun había heredado de su padre tanto sus creencias budistas como sus enemigos, entre los que destacaban los mamelucos, y solo mantenía relaciones amistosas con el emperador Kublai y los europeos; así que, para tratar de sellar una alianza con estos, decidió enviar al cristiano Rabban Bar Sauma al frente de una misión diplomática. El navío del embajador mongol atracó en el puerto de Constantinopla a comienzos de 1287. Llevaba consigo cartas y regalos para el papa, el emperador bizantino, el rey de Francia y el de Inglaterra, y se convirtió en el primer hombre —del que tenemos noticia— proveniente de China que visitó Europa Occidental. El hecho de que el viaje de Rabban Bar Sauma y el de Marco Polo fueran contemporáneos no es casual. Gracias al nuevo mundo construido por los mongoles, los reyes de Europa Occidental y los emperadores de China, que llevaban más de un milenio imaginándose y buscándose, se encontraron y tuvieron al fin noticias

ciertas el uno del otro.290

Pero volvamos con nuestros viajeros venecianos. Marco Polo, su tío y su padre permanecieron unos diecisiete años en China y, al cabo de este tiempo, solicitaron permiso a Kublai para regresar a su patria. Al principio, el emperador se mostró reticente, pero en torno a 1290 cambió de opinión. Había decidido enviar a una princesa mongola a Oriente Medio para que contrajera matrimonio con Arghun, señor del ilkanato. (La narración de Marco Polo es algo confusa en este punto: parece que no había una princesa, sino dos: una mongola llamada Kukachin y otra de la tierra de los Mangi —tal vez perteneciente a la dinastía Song— cuyo nombre no se especifica. Como suele ocurrir en estos casos, se nos asegura que las dos eran jóvenes y hermosas.) Los Polo podían sumarse a la comitiva y, de paso, llevar a Europa mensajes de Kublai para el rey de Francia, el de Inglaterra, el de España y el resto de reinos de la cristiandad. La expedición, que debía seguir la Ruta de la Seda marítima, abandonó los puertos de China con todo el fasto que correspondía a su valioso cargamento: dos princesas, trece navíos, seiscientos acompañantes, provisiones para dos años de viaje y *paizas* de oro para los miembros de la familia Polo.

En su descripción de las maravillas de Oriente, Marco Polo se extiende en todo tipo de detalles pintorescos sobre ciudades, costumbres y gentes. Sin embargo, para consternación de los lectores, apenas dedica un par de párrafos a este último viaje, que debió de ser una auténtica odisea plagada de percances. El inmenso cortejo que abandonó las costas meridionales de China tardó tres meses en llegar a Sumatra, y año y medio en alcanzar el sur de Persia. Por el camino, la mayor parte de los barcos se perdieron y casi toda la expedición pereció, hasta que solo quedaron dieciocho supervivientes, entre los que se contaban los miembros de la familia Polo, la princesa mongola Kukachin y la princesa china.

Después de una travesía así, la llegada a las costas de Persia debió de ser recibida con alivio por los viajeros, pero los contratiempos no terminaron al desembarcar en las tierras del ilkanato. Arghun acababa de morir en 1291 y sus dominios habían quedado en manos de su hermano pequeño. Como este no parecía un candidato adecuado para la bella Kukachin, se decidió casarla con el hijo de Arghun, Ghazan, pero el joven se encontraba en ese momento en la lejana región del Jorasán. Los Polo, convertidos ya en guardianes de las princesas, por las que habían desarrollado un profundo afecto después de tantas aventuras, decidieron acompañarlas en un nuevo periplo a través de las mesetas iranias, hasta dejar a Kukachin en manos de su prometido. Solo entonces se despidieron los venecianos de las muchachas, que lloraron desconsoladas cuando los vieron marchar.

Los viajes por Oriente de esta singular familia de mercaderes

estaban a punto de llegar a su fin. Atravesaron las tierras del ilkanato hasta llegar a Trebisonda, en las costas meridionales del mar Negro, y se embarcaron en un navío que los condujo a Constantinopla, donde los emperadores bizantinos habían vuelto a permitir el establecimiento de comerciantes venecianos. Desde la capital imperial, los Polo encontraron fácilmente un pasaje hasta Venecia y llegaron a la ciudad de los canales en 1295, treinta y cinco años después de que a Nicolás y Mateo se les ocurriera la brillante idea de mercadear con joyas en la península de Crimea.

Cuando regresó a Venecia, Marco Polo debía de tener poco más de cuarenta años. Ignoramos si completó los encargos diplomáticos de Kublai. No volvemos a tener noticias suyas hasta tres años después, en 1298, cuando lo encontramos cautivo de los genoveses. Las disputas entre las dos grandes repúblicas mercantiles eran muy frecuentes, pero los prisioneros solían recibir un trato bastante benévolo. Es posible que Marco Polo se alojara en la casa de una familia genovesa encargada de vigilarlo, y pudo emplear las largas jornadas de cautiverio en dictar a otro compañero preso, Rusticiano (Rusticello) de Pisa, las memorias de todas aquellas cosas que había contemplado —o de las que había tenido noticia— durante los años que permaneció en Oriente. Fue así como nació el *Libro de las maravillas del mundo*.

Esta obra, una de las más populares de la literatura universal, no debe ser leída como un libro de viajes. Los distintos periplos de los Polo, que debieron de estar plagados de sucesos emocionantes, se recogen con una frustrante falta de detalles, y aquel que trate de trazar un camino racional entre los puntos mencionados en el relato fracasará inevitablemente a los pocos capítulos. En el *Libro de las maravillas del mundo* las aventuras de los venecianos servían más bien como excusa para dotar de veracidad a su descripción de Oriente, a la manera de otros escritos —algunos reales, otros completamente inventados— que proliferaban por aquel tiempo, cuando los secretos de Asia comenzaban al fin a desvelarse a la insaciable curiosidad de los europeos. La narración de Marco Polo también contenía partes inventadas, ecos de las viejas fantasías que se resistían a desaparecer, pero, junto a esos lugares comunes, la obra albergaba un sinfín de noticias ciertas y de detalles verídicos recopilados por el veneciano durante sus aventuras; la afortunada combinación de unas y otros, y la ambición del relato, que ofrecía una descripción general de todo el Oriente, fueron las claves de su éxito.

Marco Polo fue liberado de su prisión genovesa en 1299 y regresó a Venecia, donde su familia había adquirido un palacio conocido como *Il Milione*. No era un edificio muy grande ni particularmente lujoso. A pesar de la fama de la que llegó a disfrutar en vida y de las supuestas riquezas que había traído de Oriente, el veneciano llevó una vida

acomodada, pero sencilla: se dedicó al préstamo de dinero, contrajo matrimonio con una mujer corriente y casó a sus tres hijas con representantes bastante humildes del patriciado de la ciudad. Solo a su muerte, a los sesenta y nueve años, en 1324, se reveló a los sorprendidos ojos de sus herederos el magnífico pasado de aquel hombre singular: su ropa de cama tenía bordados mongoles, sus rezos se acompañaban de un rosario budista, su fajín era el de un caballero tártaro, y guardaba, como un tesoro, el tocado de oro y perlas de una dama mongola —¿un regalo de la princesa Kukachin que Marco Polo guardó con cariño hasta su muerte?— y una *paiza* de oro macizo del gran kan Kublai, primer emperador de la dinastía Yuan.[291]

Cuando los Polo pidieron al emperador Kublai que los dejara regresar a Venecia debieron de esgrimir la excusa de la nostalgia de su patria y el deseo de ver a sus seres queridos. Sin duda, había en ello mucho de cierto. Pero también es probable que los astutos europeos se hubieran dado cuenta de que se avecinaban cambios en la corte mongola. Cuando llegaron a Shangdu, a mediados de la década de los setenta, el reinado del gran kan atravesaba su momento de mayor esplendor, que culminó con el sometimiento de la China Song, la expansión por el sudeste asiático y la conversión de Corea en un reino vasallo. Sin embargo, a partir de este momento, la suerte de Kublai comenzó a cambiar.

Se esperaba que la pacificación de Corea proporcionara los medios necesarios para una empresa particularmente desafiante: la conquista de Japón. Kublai había establecido contacto con el Gobierno shogun de las islas al comienzo de su reinado, conminándolo a que se reconociera como su vasallo y le enviara tributos. Pero los japoneses, confiados en su condición insular, despacharon las embajadas sin molestarse en enviar siquiera una respuesta, así que Kublai exploró otras vías para sacarlos de su error. En 1274 la flota coreana transportó una fuerza expedicionaria mongola hasta la isla japonesa de Tsushima, situada frente a las costas de Corea. El ejército de Kublai no debía de superar los veinticinco mil hombres, pero las tropas japonesas, inferiores en experiencia y equipamiento, fueron rápidamente derrotadas. Sin embargo, tal y como habían anticipado los señores shogun, la naturaleza vino en auxilio de los habitantes de las islas. Tras la batalla se desató una gigantesca tormenta. Los marineros coreanos recomendaron a los mongoles que embarcaran en sus naves y ganaran el continente antes de que la tempestad alcanzara su punto álgido, pero calcularon mal los tiempos y la mayor parte de la flota se hundió en el estrecho que separaba Tsushima de Corea. Los nipones celebraron esta victoria casual como un triunfo decisivo y cometieron el error de ejecutar a los embajadores enviados por Kublai con una nueva oferta de vasallaje. Se ve que hasta aquel remoto confín de Oriente no habían llegado las noticias de lo quisquillosos que eran los mongoles con el trato a sus emisarios.

En 1281 un enorme ejército cruzó el mar entre Corea y Japón para llevar a cabo la conquista del archipiélago. La empresa, sin embargo, comenzó con augurios ominosos. Los marineros comentaron que el mar tenía un olor extraño y algunos creyeron ver en sus aguas

criaturas monstruosas. Los peores temores se vieron pronto confirmados. Cuando las tropas desembarcaron en la isla de Kyushu, en el extremo meridional del archipiélago, los japoneses habían tenido tiempo de sobra para prepararse y ofrecieron una resistencia feroz. Los combates se sucedieron durante dos meses sin un vencedor claro, y cuando el desánimo comenzaba a extenderse entre las tropas mongolas, una nueva catástrofe natural terminó de vencer su resistencia. A mediados de agosto, un tifón, un fenómeno habitual a finales del verano, cayó sobre los desprevenidos soldados de Kublai. Cuando pasó el vendaval, los japoneses dieron caza a los supervivientes y la ambiciosa campaña terminó en un completo fracaso. La victoria tuvo consecuencias de gran calado para la mentalidad del país. Los nipones estaban convencidos de que el tifón era un viento divino —un fenómeno al que daban el nombre de *kamikaze*— enviado por los dioses para expulsar a los mongoles. Se extendió entre ellos la creencia de que sus islas jamás serían conquistadas y de que la voluntad de sus guerreros y la protección de sus dioses bastarían para mantenerlas a salvo de cualquier invasión. Este convencimiento fue decisivo durante la Segunda Guerra Mundial, cuando muchos soldados japoneses resistieron más allá de toda esperanza, confiados en que antes o después algún dios benévolo volvería a salvarlos.

A estos fracasos en Japón se sumaron varias derrotas en las campañas del sudeste asiático y los desaires de los primos que seguían viviendo en la estepa y que se negaban a reconocer la autoridad de Kublai. Unos y otros fueron un doloroso baño de realidad para la arrogancia mongola y, en un ambiente cada vez más enrarecido, los problemas económicos terminaron de hundir el prestigio del emperador. Al comienzo de su reinado los impuestos todavía compensaban la falta de botín, y las aristocracias mongolas pudieron seguir disfrutando del opulento estilo de vida que les habían proporcionado sus conquistas. Pero los gastos de las campañas en Japón y en el sudeste asiático llevaron a Kublai a abandonar la prudente política monetaria de sus primeros años. Comenzaron a emitirse grandes cantidades de papel moneda, que dispararon la inflación y empobrecieron a la población. Para finales del siglo XIII, el Imperio Yuan estaba sumido en una profunda crisis económica.

El propio Kublai hacía bien poco por enmendar esta imagen de decadencia. Se había convertido en un hombre obeso que devoraba carne, consumía demasiado alcohol y padecía de gota y diabetes. Tenía a su disposición médicos musulmanes, judíos, cristianos, chinos y coreanos, pero ninguno podía proporcionar alivio a unas dolencias que procedían más del alma que del cuerpo. Su esposa predilecta, Chebe, aquella que le advirtió de las maquinaciones de su hermano,

había muerto de forma prematura en 1281, y apenas unos años después, en 1285, falleció también su hijo mayor, Zhenjin, al que Kublai había designado como heredero y cuya educación había supervisado con mimo. Estas ausencias dejaron al monarca sumido en una profunda depresión. Comenzó a pasar largas temporadas recluido en su palacio y a gobernar a través de un puñado de leales, los únicos a los que se permitía acceder a su presencia. Así murió, en 1294, a la edad de setenta y ocho años, Kublai, nieto de Gengis Kan y último de los grandes gobernantes mongoles.

El trono del Imperio chino de los Yuan pasó entonces a su nieto Temur (1294-1307), hijo de su hijo predilecto. Se celebró un *qurultai*, pero la figura de gran kan de los mongoles carecía ya de sentido y el nombramiento de un emperador chino se acompañaba de otras ceremonias. Temur tampoco parecía un jinete de la estepa. Dedicó su reinado a tratar de resolver los problemas internos del imperio y a mantener una coexistencia pacífica con sus parientes, los chagatánidas de Asia Central y los ilkánidas de Persia y Mesopotamia. Él mismo era un hombre de talante prudente y conservador, budista devoto, admirador de los valores confucianos y tan moderado en sus costumbres que ni siquiera disfrutaba con el consumo de alcohol. No cabe imaginar una metáfora más evidente de lo mucho que habían cambiado las cosas.

Mientras el sol iba poniéndose lentamente en las tierras del Imperio del Centro, otros actores aprovecharon la tesitura para beneficiarse del dinamismo económico del momento. A pesar de los problemas de la China Yuan, la Ruta de la Seda se encontraba en una etapa espléndida, quizás la más brillante de toda su historia, y las oportunidades estaban ahí para aquellos que supieran aprovecharlas. A comienzos del siglo XIV, el señor de los ilkánidas, un personaje llamado Öljeitü (1304-1316), que había sido bautizado cristiano, pero que después se convirtió al budismo y finalmente abrazó el islam sunnita, firmó un jugoso tratado mercantil con los venecianos, en el que ofrecía seguridades y privilegios a aquellos que acudieran a comerciar en sus dominios. El acuerdo buscaba atraer mercaderes europeos a Persia y a Mesopotamia, pero, sobre todo, competir con la boyante Ruta de las Estepas, que estaba en manos de sus rivales, los señores de la Horda de Oro. Estos descendientes de Gengis Kan habían convertido las llanuras al norte del mar Negro y el Caspio en una vía de comercio sorprendentemente lucrativa, cuyos beneficios iban a parar, sobre todo, a la República de Génova. Gracias a los oportunos acuerdos que habían firmado con los bizantinos en 1261, los mercaderes genoveses se habían apoderado de los puertos de la península de Crimea, Soldaia y Caffa, y desde allí dirigían los intercambios con la Horda de Oro. Sin embargo, en 1333 la República de Venecia, archirrival de Génova, se

apuntó un tanto al negociar con el señor de la Horda de Oro permiso para establecer una colonia mercantil veneciana en la ciudad de Tana, junto a la desembocadura del Don, en la costa noreste del mar de Azov. Los mercaderes venecianos que se aventuraran a comerciar en los territorios de aquel remoto enclave disfrutarían de pocos impuestos —un 3 por ciento sobre las mercancías, mucho más bajo que el 10 por ciento que los mamelucos cargaban, por ejemplo, en Alejandría—, libertad religiosa y acceso al *yam*, el sistema de paradas de posta mongol.[292]

El comercio con la Horda de Oro no solo proporcionaba mercancías propias de la estepa, como pieles, esclavos o caviar. En los animados puertos de la península de Crimea y el mar de Azov era posible comprar sedas y especias llegadas de China o de la India, y aquellas llanuras también ofrecían productos básicos como cereales o sal, poco exóticos, pero imprescindibles para garantizar la subsistencia de un continente europeo cuya población no dejaba de crecer. El desarrollo de la navegación y las facilidades que ofrecían Génova y Venecia a la participación de pequeños inversores en las grandes empresas mercantiles abarataron tanto los costes que era posible hacerse rico transportando cereales de las llanuras de la actual Ucrania para alimentar a la población del norte de Italia. Todo estaba cambiando tan deprisa que, en este mundo nuevo, los temibles tártaros se habían convertido en socios comerciales, las estepas en un territorio familiar y los viajes entre Europa y China en algo a lo que casi podríamos dar el apelativo de cotidiano.

Durante su regreso a Europa, en 1291, los Polo se cruzaron con otro mercader italiano, Pietro da Lucalongo, que iba camino de China. Por estas mismas fechas, el papa Nicolás IV, animado por su encuentro con el piadoso Rabban Bar Sauma, envió a un fraile franciscano, Juan de Montecorvino (1247-1328), a predicar el cristianismo en el Imperio del Centro. Montecorvino viajó a China por mar y cuando llegó a Pekín, en 1294, fue tratado con gran consideración por el nuevo emperador, Temur. Contó además con la asistencia de algunos mercaderes cristianos, que lo ayudaron a construir una iglesia tan bien situada que el monarca se deleitaba en su palacio con el sonido de sus campanas y los cantos de su coro. Gracias a estos esfuerzos, Montecorvino fue nombrado arzobispo de Pekín, con autoridad sobre todo el Imperio mongol. Poco después, a comienzos del siglo XIV, viajó a China otro franciscano, Odorico de Pordenone (*ca*. 1265-1331), que también empleó la ruta marítima para alcanzar el Imperio del Centro, y se sorprendió al encontrar allí un puñado de comerciantes europeos. De ellos nos ocuparemos más adelante. Apenas unos años más tarde, en 1336, el nuevo emperador chino, Toghon Temür (1333-1368), último monarca de la dinastía Yuan, pudo enviar una embajada a

Europa de la que formaba parte un genovés llamado Andalò da Savignone (*ca.* 1290-1346). El gobernante ya no reclamaba a sus homólogos europeos agua del Jordán ni aceite del Santo Sepulcro; se conformaba con que el papa lo tuviera en sus oraciones y le enviara caballos y maravillas de Occidente: telas, coral, vidrio, objetos de metales preciosos, tapices, azafrán… Las mercancías y los equinos, entre los que se contaban también mulas procedentes de los reinos hispanos, fueron despachados a través de la Ruta de las Estepas, y sabemos que al menos un hermoso corcel de origen francés consiguió completar todo el recorrido: el emperador quedó particularmente complacido con la llegada de este nuevo «caballo celestial».[293]

Aunque Génova y Venecia eran las principales beneficiarias del tráfico mercantil con Oriente, otros centros económicos también supieron sacar tajada de la buena marcha del comercio internacional. El gran capital de Florencia, encabezado por el clan de los Bardi, siempre estaba buscando nuevas oportunidades de inversión. Siguiendo instrucciones suyas, uno de sus mejores agentes, el florentino Francesco Balducci Pegolotti (*ca.* 1290-1347), recorrió los principales puertos de Europa y el Mediterráneo, desde Londres hasta Chipre. En torno a 1340, cuando se encontraba probablemente en Famagusta, en la costa oriental de Chipre, Pegolotti decidió recopilar las informaciones que había adquirido durante tres décadas al servicio de los Bardi en un extenso manual, titulado *Libro di divisamenti di paesi e di misuri di mercatanzie e daltre cose bisognevoli di sapere a mercatanti*, conocido popularmente por el más manejable apelativo de *Pratica della Mercatura*. Pegolotti era un negociante extraordinario y su libro proporcionaba instrucciones pormenorizadas para extraer el máximo beneficio del comercio a lo largo del continente europeo y el Mediterráneo, pero también de los intercambios con China a través de la Ruta de las Estepas. A los mercaderes que partían de Tana, la gran ciudad mercantil de la costa del mar de Azov, en dirección a Cathay, esto es, el norte de China, les recomendaba lo siguiente:

> En primer lugar, has de dejarte crecer una larga barba y renunciar al afeitado. Cuando contrates en Tana a un intérprete, no has de reparar en gastos, pues los costes adicionales de un buen colaborador son menores que el ahorro que produce.[294] Además, sería recomendable llevar, al menos, dos buenos mozos que dominen el cumano. Si el comerciante quiere llevar consigo una mujer de Tana (probablemente una esclava), puede hacerlo. No es necesario ni imprescindible, pero sí ventajoso en comparación, pues el mercader será considerado entonces un hombre de mayor condición. También ella ha de estar familiarizada con la lengua cumana, como los mozos. Para el camino de Tana a Astracán (a orillas del Volga), debes proveerte de provisiones para veinticinco días: harina y pescado salado, ya que a lo largo de la ruta encontrarás suficiente carne por todas partes.[295] El camino es segurísimo de día y de noche, según cuentan los mercaderes que lo han usado, salvo por el hecho de que si el comerciante fallece en ruta sus posesiones quedarán en manos del señor de aquel país (…). Puedes partir de que un mercader acompañado de un intérprete y dos mozos y que lleva consigo mercancías valoradas en 25.000 florines de oro ha de gastarse entre 60 y 80 sommi de plata (al cambio entre 300 y 400 florines de oro) en su camino a Cathay.

> (…) Toda la plata que los mercaderes llevan consigo a Cathay la confiscan los señores de allí y pasa a alimentar sus arcas. En lugar de la plata que trajeron reciben billetes, o sea, papel amarillo provisto del sello de este soberano.

Lo más sorprendente de estos datos es que, durante sus años a las órdenes de los Bardi, Pegolotti nunca viajó más allá del Levante mediterráneo; para componer las instrucciones relacionadas con el comercio con Oriente le bastaron las informaciones que le proporcionaban sus agentes mercantiles y los relatos de los viajeros.[296]

Tras la redacción de su célebre manual, Pegolotti dejó la vida de hombre de negocios itinerante y comenzó una igual de exitosa carrera política en su ciudad natal. Fue una decisión acertada. Sus patronos, los Bardi, entraron en bancarrota en 1347 y el propio Pegolotti dirigió en nombre de las autoridades florentinas el proceso de desmantelamiento de la compañía de sus antiguos empleadores. La de los Bardi, por otro lado, no fue la única empresa que quebró por aquellas fechas: 1347 fue un año terrible, no solo para los mercaderes italianos, sino para los europeos en general.

Asegura la tradición que los problemas habían comenzado en Tana varios años atrás, cuando un aristócrata mongol y un mercader veneciano se enzarzaron en una violenta discusión que terminó con la muerte del jinete de la estepa. Este tipo de incidentes no eran raros y normalmente se resolvían por cauces diplomáticos, pero esta vez los venecianos se negaron a entregar al culpable a las autoridades mongolas. Por lo visto, la pelea había tenido lugar en un momento en el que las relaciones entre las repúblicas mercantiles y la Horda de Oro atravesaban un período complicado. Los mercaderes europeos se habían mostrado muy agresivos para tratar de asegurarse la exclusividad del comercio en las costas del mar Negro, y los jinetes de la estepa llevaban tiempo quejándose de las prácticas de los italianos, a los que acusaban incluso de capturar mongoles para venderlos y mantener el flujo de esclavos al Mediterráneo. La personalidad del nuevo señor de la Horda de Oro tampoco ayudaba a templar los ánimos. Jani Beg (1342-1357) había llegado al trono después de asesinar a sus dos hermanos, y era un hombre tan ambicioso como amante de la violencia. Cuando los venecianos se negaron a entregar al asesino del noble mongol, Jani Beg permitió que los jinetes de la estepa entraran en la ciudad de Tana, masacraran a los europeos y se apoderaran de sus posesiones. La situación era tan grave que venecianos y genoveses se aliaron en contra del caudillo, y para 1343 ya había estallado una guerra abierta que comenzó con victorias mongolas.

En 1346, Jani Beg se encontraba a las puertas de Caffa, la principal base genovesa en Crimea. Gabriel de Mussis, notario en la localidad

italiana de Piacenza, contó que, durante el asedio, las tropas mongolas enfermaron de peste y que los jinetes de la estepa usaron los cadáveres de sus compañeros muertos como proyectiles, catapultándolos sobre las murallas de Caffa.[297] La enfermedad se extendió entonces entre los habitantes de la ciudad y algunos marineros, sin saber que estaban contagiados, embarcaron en los navíos genoveses que regresaban a Europa Occidental, llevando la peste al continente. Así comenzó, según el relato tradicional de los hechos, una de las epidemias más devastadoras de la historia de la humanidad. Sin embargo, para entender su profunda vinculación con la Ruta de la Seda debemos abandonar la península de Crimea y viajar en el tiempo y en el espacio, hasta una pequeña posada construida en época de los emperadores Han.

VIAJEROS INDESEADOS

Xuanquanzhi era una parada de posta china situada cerca del oasis de Dunhuang, en la cuenca del Tarim. Ofrecía caballos de refresco a los mensajeros y alojamiento a los viajeros. La mayoría de sus usuarios eran funcionarios imperiales, pero es posible que también recalara por allí alguna caravana de mercaderes. Xuanquanzhi estuvo en uso durante el período de la dinastía Han, entre el siglo II a. C. y el siglo II d. C. Después se transformó en un puesto de vigilancia y finalmente quedó abandonado. Las arenas del desierto cubrieron el enclave y preservaron el yacimiento casi intacto hasta su excavación en 1992. Para los arqueólogos se convirtió una excelente fuente de información sobre la vida cotidiana junto a la Ruta de la Seda, incluso en sus aspectos más escatológicos. En la letrina del recinto encontraron un puñado de varas de madera, de sección plana, con una tira de algodón enrollada en un extremo, que los usuarios empleaban para limpiar sus partes íntimas después de haber hecho sus necesidades. Los investigadores del lugar no especifican si este uso era personal o compartido, pero todo parece indicar que se trataba del segundo caso. Aun así, en aras de la ciencia, los arqueólogos examinaron con detalle la tela que rodeaba alguno de estos…, vamos a llamarlos «palos higiénicos». Su entrega se vio recompensada: encontraron restos de heces adheridas a la tela, que conservaban, dos mil años después, los huevos de cuatro especies distintas de parásitos intestinales. Uno de ellos, la duela hepática china, les llamó especialmente la atención.

La duela hepática china o *Clonorchis sinensis* es un parásito de forma aplanada y aspecto viscoso que puede alcanzar un tamaño similar al de una moneda de euro. Se aloja en el hígado y se alimenta de bilis, provocando fiebre, náuseas, dolor abdominal y, naturalmente, fuertes diarreas. Lo interesante es que este parásito solo puede completar su complejo ciclo vital en un entorno cálido y muy húmedo, y por eso, la

duela hepática china es endémica de las regiones del sureste de China, donde se dan las condiciones óptimas para su desarrollo. Los dueños de las heces infectadas de Xuanquanzhi, que probablemente eran funcionarios o mercaderes, no pudieron contraer la enfermedad en la cuenca del Tarim o en el corredor de Gansu; tuvieron que recorrer, entre fiebres, vómitos y diarreas, los 1.500 kilómetros que separaban las cálidas tierras del sur de China del oasis de Dunhuang. Resulta comprensible que necesitaran hacer un uso intensivo de las letrinas que iban encontrando por el camino, pero cada vez que las utilizaban contribuían a propagar el parásito. En opinión de los expertos, este podría ser el ejemplo más antiguo documentado de transmisión de una enfermedad a través de la Ruta de la Seda.[298]

Naturalmente, el caso de la duela hepática no es único. La lepra, por ejemplo, pudo tener su origen en el Extremo Oriente, y desde allí se difundió por el resto del mundo aprovechando las rutas de comercio. Y algo parecido debió de ocurrir con la bacteria del ántrax, proveniente, tal vez, de la región en torno a la cuenca del Tarim. Incluso hay una dolencia que se asocia específicamente con las gentes que viven a lo largo del recorrido: la enfermedad de Behçet —conocida popularmente como «la enfermedad de la Ruta de la Seda»—, que provoca ulceración de las mucosas e inflamaciones oculares. Aquellos que la padecen tienen una particular predisposición genética, que parece ser más frecuente en las poblaciones que viven junto a estas vías de comercio internacional.

El movimiento de personas y mercancías está inevitablemente asociado con la difusión de enfermedades, y estas han viajado por los caminos de la seda con la misma profusión que los productos de lujo, las formas artísticas, las ideas y las creencias religiosas. Sin embargo, tras las conquistas mongolas, la intensificación de los contactos entre Oriente y Occidente pudo facilitar y acelerar este intercambio, propiciando el estallido de la epidemia más mortífera que ha viajado jamás entre Asia y Europa: la peste negra.[299]

La peste negra asoló Asia Central, Oriente Medio, Europa y la costa norteafricana a mediados del siglo XIV. Está considerada una de las peores catástrofes de la historia de la humanidad y el mayor desastre demográfico de la cuenca mediterránea. Pero aquellos que la padecieron nunca supieron qué provocaba la enfermedad. La mayoría atribuía su difusión a las «miasmas», vapores venenosos que emanaban de las acumulaciones de desperdicios y emponzoñaban el aire. Los más eruditos contemplaron la posibilidad de que se tratara de la consecuencia de una conjunción particularmente adversa de los astros, y no eran pocos los que se consolaban con la idea, más sencilla, de que aquello era un castigo de Dios. El secreto de la peste negra no sería descubierto hasta finales del siglo XIX. Tras el estallido de un

brote de la enfermedad en el sur de China, el gobierno francés, preocupado por la rápida propagación de la epidemia, envió a investigar sobre el terreno a un reputado bacteriólogo llamado Alexandre Yersin. Él fue el primero en identificar y describir con precisión el patógeno causante de la dolencia, y en su honor se ha bautizado a la bacteria de la peste con el nombre de *Yersinia pestis*.

La peste negra es, en realidad, una enfermedad endémica de algunas comunidades de ratas silvestres. Estos animales han desarrollado una cierta resistencia a la dolencia, de manera que las bacterias de la peste los emplean como un reservorio que pueden habitar con comodidad de forma casi indefinida. Pero a veces la enfermedad viaja fuera de este ámbito. No por sus propios medios, claro; las bacterias de la peste son incapaces de desplazarse por sí mismas. Son las pulgas (*Xenopsylla cheopis*) que se alimentan de la sangre de los múridos las que obran el traslado, infectando con las bacterias de los roedores salvajes a las ratas domésticas —la rata negra—, que viven en contacto con el ser humano. Las ratas negras no son tan resistentes a la enfermedad como sus primas del campo, y al contraer la peste comienzan a morir en gran número. Las pulgas de estos roedores se quedan entonces sin su fuente habitual de alimento y se agrupan en enjambres formados por decenas de insectos que, movidos por el hambre, pronto descubren que también pueden picar a los seres humanos. Estos están acostumbrados a su propio tipo de pulgas (*Pulex irritans*), menos agresivas que las de las ratas y que, curiosamente, no transmiten la enfermedad. Así que encontrar grandes cantidades de roedores muertos y verse atacado repentinamente por una horda de pulgas de rata hambrientas forma parte de los desagradables prolegómenos de esta enfermedad.

La peste negra, por tanto, «vive» en las ratas silvestres y desde aquí pasa primero a las ratas domésticas y por último al ser humano a través de la picadura de las pulgas de rata. La transmisión se realiza de la siguiente manera: los insectos ingieren la bacteria cuando se alimentan de un animal infectado. En el interior de la pulga las bacterias comienzan a reproducirse con rapidez, en un número tan grande que llegan a obstruir los diminutos conductos que conducen al estómago del insecto. Para poder alimentarse de una nueva víctima, las pulgas necesitan regurgitar parte de esta acumulación bacteriana con el fin de liberar sus conductos y permitir que la sangre llegue al estómago. Así que, en el colmo de la desconsideración, las pulgas vomitan una masa formada por patógenos y restos de sangre vieja en la herida de la picadura del huésped del que se están alimentando. Al realizar esta especie de limpieza de sus conductos alimentarios en el torrente sanguíneo de su víctima, la pulga puede llegar a transmitir unas veinticinco mil bacterias, y este es uno de los principales motivos

de que la peste negra sea una enfermedad tan virulenta y mortífera.

En la mayor parte de los casos, cuando penetran en el organismo del paciente, las bacterias se alojan en alguno de los nódulos linfáticos. Aquí, las defensas del individuo presentan una dura resistencia a la acción bacteriana, lo que provoca fiebre y, al cabo de unos días, la aparición de bubones en las ingles, las axilas o el cuello. Aquellos que presentaban estos síntomas antes del descubrimiento de los antibióticos tenían una tasa de mortalidad de entre el 40 y el 80 por ciento, y podían considerarse afortunados, porque a veces las pulgas realizaban su picadura en una vena y la entrada de decenas de miles de bacterias en los grandes vasos sanguíneos del cuerpo provocaba la muerte en menos de 24 horas. Por su parte, la pulga de la rata, muerto su huésped, buscaba un nuevo anfitrión del que alimentarse, y para ello se ocultaba entre los pliegues de la ropa o en el pelo de algún animal. Si encontraba acomodo en un barco de transporte, donde abundaban las ratas negras, podía recorrer largas distancias en muy poco tiempo, llevando consigo la mortífera enfermedad a cientos de kilómetros de distancia.[300]

Se desconoce cuál fue la patria originaria del bacilo de la *Yersinia pestis*. Se ha sugerido, sin muchas pruebas, que podría encontrarse en algún lugar entre sur de la península arábiga y la costa oriental de África, y hay indicios de que ya se había desparramado por Asia, África y el Mediterráneo hace más de dos mil quinientos años. Sin embargo, la primera gran epidemia en el continente europeo que se atribuye con cierta seguridad a un estallido de peste bubónica fue la conocida como «peste de Justiniano», que a mediados del siglo VI d. C. se cobró la vida de unas 300.000 personas solo en la ciudad de Constantinopla. Nada puede afirmarse con certeza, pero parece que la enfermedad llegó a la cuenca mediterránea como resultado de algún tipo de catástrofe natural, bien en el continente africano o en el Extremo Oriente, que pudo provocar cambios en el hábitat de las ratas silvestres y propiciar el paso de sus pulgas a las ratas domésticas, poniendo en marcha la propagación de la enfermedad hasta el ser humano. Una vez desatada la epidemia, esta debió de emplear los caminos del comercio para alcanzar el océano Índico y penetrar, a través del valle del Nilo, en el Mediterráneo, donde provocó recurrentes episodios de gran mortandad entre los siglos VI y VIII, antes de debilitarse y desaparecer de forma definitiva.

La propagación de la peste negra del siglo XIV pudo producirse de una forma similar. Los investigadores han conseguido rastrear el origen de este brote hasta el corazón de Asia, en algún lugar en torno a las montañas Tian Shan, la cordillera que cierra por el norte la cuenca del Tarim, en territorios que pertenecían entonces a los chagatánidas. Para comienzos del siglo XIV, quizás a causa de las

conquistas de los jinetes de la estepa, que habían traído consigo animales o pulgas infectados, los roedores salvajes de la zona se habían convertido ya en un reservorio de la enfermedad. Varias décadas después, por motivos que no pueden precisarse —tal vez relacionados con algún cambio de carácter meteorológico—, el hábitat en el que vivían estas ratas silvestres se modificó, provocando que la enfermedad «saltara» a los seres humanos a mediados de la década de los treinta.

Los arqueólogos han encontrado un cementerio con víctimas de la peste a orillas del lago Issykkul, en el actual Kirguistán, que fueron enterradas entre 1336 y 1338.[301] Estas regiones formaban parte de la Ruta de las Estepas, y el intenso tráfico mercantil debió de favorecer la propagación de la epidemia. Siguiendo los caminos de Asia, la enfermedad llegó al norte del mar Negro en 1346, y la historia de que los ejércitos de la Horda de Oro fueron diezmados por la peste durante el asedio de Caffa es probablemente cierta. Incluso es posible que los sitiados terminaran por contagiarse de la pestilencia. Pero que los jinetes de la estepa usaran los cadáveres de sus compañeros caídos como «armas químicas» y que estos introdujeran la enfermedad en la ciudad y en el continente europeo se trata, casi con seguridad, de una exageración del bueno de Gabriel de Mussis, nuestra única fuente sobre el asunto.[302]

En primer lugar, ese no era el tratamiento que los mongoles solían dispensar a los enfermos infecciosos. Con buen criterio, los jinetes de la estepa se alejaban de aquellos que padecían una enfermedad contagiosa: marcaban sus tiendas, prohibían a los sanos entrar en ellas y cuando detectaban una epidemia, abandonaban rápidamente el lugar. Por otro lado, la transmisión de la enfermedad entre los seres humanos es inusual y los cadáveres no son contagiosos. Catapultar cuerpos por encima de las murallas puede provocar un lógico espanto en los defensores, pero no hacer que estos caigan enfermos; al menos, no de peste. Así que, por más que la hipótesis del asedio mongol sea muy atractiva, los investigadores prefieren explicar la difusión de la enfermedad a través de otras vías, y conceden una atención especial a aquellas relacionadas con los intercambios comerciales. En 1347 debía de haber ratas negras infectadas de peste en muchos lugares en torno a las costas del mar Negro, la península de Anatolia e incluso Oriente Medio. Desde aquí, la enfermedad pudo llegar a los puertos mercantiles del Mediterráneo oriental, como Caffa, Constantinopla o Alejandría, y se propagó, seguramente por vía marítima, a través de las ratas negras que se alimentaban del cereal transportado por los barcos.

En cualquier caso, al margen de su vía de penetración en la cuenca mediterránea, la peste negra es tristemente merecedora de su fama.

Sus efectos demográficos fueron aterradores: es posible que en torno al 40 por ciento de la población europea falleciera como consecuencia de la enfermedad entre 1347 y 1352. En algunas regiones este porcentaje fue superior: pueblos enteros quedaron abandonados y muchas localidades se convirtieron en ciudades fantasma. Las secuelas psicológicas que un horror así debió de dejar entre los supervivientes son difíciles de imaginar, aunque podemos hacernos una idea gracias a los testimonios de los autores contemporáneos. Francesco Petrarca (1304-1374), uno de los grandes poetas de la lengua italiana, padre del humanismo, perdió a causa de la peste no solo a muchos de sus amigos, sino también a Laura, la mujer que amaba. Él sabía que la enfermedad había llegado de Oriente y que su transmisión había tenido que ver con los caminos del comercio:

> ¿Qué haremos ahora, querido hermano? Lo hemos intentado casi todo, y no se vislumbra una tregua. (…) El tiempo, como se suele decir, se ha deslizado entre nuestros dedos, y nuestras esperanzas están sepultadas con nuestros amigos. El año 1348 nos ha dejado solos y miserables, y ni el Índico ni los Cárpatos ni el Caspio nos pueden devolver todo lo que hemos perdido. Los daños son irreparables, y no hay medicina que sirva contra el golpe de la muerte. Solo hay un consuelo: que seguiremos a los que nos precedieron. Desconozco cuánto durará nuestra espera, pero sé que no puede ser muy larga.[303]

Su buen amigo Giovanni Boccaccio (1313-1375) describió los efectos de la enfermedad en la «Primera Jornada» del *Decamerón*:

> De la gente baja, y tal vez de la mediana, el espectáculo estaba lleno de mucha mayor miseria, porque estos (…), quedándose en sus barrios, enfermaban a millares por día, y no siendo ni servidos ni ayudados por nadie, sin redención alguna morían todos. Y bastantes acababan en la vía pública, de día y de noche; y muchos, si morían en sus casas, antes con el hedor corrompido de sus cuerpos que de otra manera hacían sentir a los vecinos que estaban muertos (…). No bastando la tierra sagrada a las sepulturas de la gran multitud de muertos que, a todas las iglesias, todos los días y casi todas las horas, era conducida, se hacían por los cementerios, después que todas partes estaban llenas, fosas grandísimas en las que se ponían a centenares los que llegaban, y en aquellas, estibados en capas apretadas, como se ponen las mercancías en las naves, se recubrían con poca tierra hasta que se llegaba a ras de suelo. (…) ¡Oh, cuántos grandes palacios, cuántas bellas casas, cuántas nobles moradas llenas por dentro de gentes, de señores y de damas quedaron vacías hasta el menor infante! ¡Cuántos valerosos hombres, cuántas hermosas mujeres, cuántos jóvenes gallardos a quienes Galeno, Hipócrates o Esculapio hubiesen juzgado sanísimos desayunaron con sus parientes, compañeros y amigos, y llegada la tarde cenaron con sus antepasados en el otro mundo!

Los protagonistas del *Decamerón*, una de las obras más divertidas de la literatura medieval, eran en realidad un grupo de personas aterradas que se encontraron por casualidad en una iglesia florentina y decidieron refugiarse en el campo para disfrutar de la vida antes de que les alcanzara la muerte. Allí, los bailes, la música, el vino y las picantes historias que se contaban unos a otros les hicieron olvidar la devastación de la que huían, porque, en palabras del propio Boccaccio: «Y así como el final de la alegría suele ser el dolor, así las

miserias se terminan también con el gozo que las sigue».[304]

Algo parecido se puede decir de la peste negra. Cuando por fin cesó la epidemia, bastaron unos pocos años para que Europa y el Mediterráneo retomaran la senda del crecimiento, e incluso se pueden atribuir a la enfermedad algunos efectos beneficiosos. La escasez de mano de obra hizo que aumentaran los salarios, lo que contribuyó a repartir las riquezas y ayudó a disminuir las desigualdades. La sensación de que la muerte podía llegar en cualquier momento fomentó actitudes hedonistas que incrementaron el consumo y la demanda de artículos de lujo. El comercio con el Mediterráneo oriental se recuperó con rapidez, y ni siquiera se puede decir que la costa norte del mar Negro, uno de los primeros lugares golpeados por la epidemia, se viera muy afectada. Los italianos hicieron las paces con el señor Horda de Oro y pudieron regresar a Tana a cambio de aceptar una subida en las tasas sobre sus mercancías del 3 al 5 por ciento.

Sin embargo, otros cambios, menos llamativos, trajeron consigo consecuencias de mayor alcance. En Europa, los conflictos entre genoveses y venecianos desembocaron en la guerra de Chioggia (1376-1381), un sangriento enfrentamiento que se libró a tumba abierta y sin cuartel. A pesar de verse sometida a un terrible asedio, Venecia salió vencedora y la derrota provocó una crisis interna en Génova que debilitó la ciudad y, con el tiempo, la condujo a la decadencia. Las cosas no iban mucho mejor en las estepas de Asia. Los señores de la Horda de Oro se habían convertido al islam ya a comienzos del siglo XIV y, poco a poco, fueron volviéndose cada vez más hostiles hacia los comerciantes cristianos. Algo similar ocurrió entre los chagatánidas de Asia Central: su líder, Tughluq Temur (1347-1363) adoptó la religión musulmana con tanto entusiasmo que se dice que se circuncidó a sí mismo. Por lo que respecta a los ilkánidas, el reino que habían construido en las tierras de Persia y Mesopotamia se había desintegrado ya antes del estallido de la peste, dando paso a un largo período de inestabilidad en la región que cerró las fronteras y ahuyentó a los mercaderes.

En el Mediterráneo oriental e incluso en el mar Negro, los comerciantes europeos disponían de sus propias plazas y de sus propias flotas, lo que les ofrecía una cierta independencia a la hora de negociar con los poderes orientales. Sin embargo, cuando penetraban en las estepas o en los llanos de Mesopotamia, dependían de la protección de los gobernantes locales para desempeñar sus tareas. Cuando este patrocinio desapareció, adentrarse con una caravana o liderar una misión religiosa por los caminos de Oriente se convirtió en una empresa peligrosa, y sus costes en algo imposible de calcular. Por último, un nuevo actor entró en escena para terminar de complicar

todavía más las cosas: los turcos otomanos. Dueños de un pequeño rincón de Anatolia occidental a comienzos del siglo XIV, los otomanos aprovecharon los problemas internos del Imperio bizantino para ganar territorio en torno a las costas del Egeo. Con el tiempo, la fulminante expansión otomana por el Mediterráneo oriental sería decisiva para la Ruta de la Seda, y obligaría a los europeos a devanarse los sesos buscando caminos alternativos para acceder a las mercancías de Oriente.

La peste negra marcó el final del gran siglo mongol. Y la época más brillante del recorrido también estaba llegando a su fin. Sin embargo, quedaba todavía el canto del cisne, un último coletazo de los pueblos de la estepa, tan breve como luminoso: la era del gran Tamerlán, fundador de la estirpe de los timúridas.

4

LA ERA DE LOS TIMÚRIDAS (SIGLOS XIV-XV)

De los cuatro hijos de Gengis Kan, Chagatai (*ca.* 1183-1241), el segundo, fue con diferencia el menos popular. Las fuentes lo describen como un hombre hosco que atemorizaba a todos por su gran tamaño y sus maneras violentas, y en el que hasta las virtudes, como la lealtad, tenían un aire desagradable de rigidez y fanatismo. Su estirpe también fue menos brillante que la de sus hermanos: los hijos de Jochi escribieron largas páginas de la historia del mundo como señores de la Horda de Oro, la casa de Ogodei proporcionó dos grandes kanes al imperio, y de la descendencia de Tolui nacieron los ilkánidas de Persia y Mesopotamia y los emperadores de la China Yuan. Sin embargo, los chagatánidas, al igual que su antipático antepasado, no parecían llamados a la grandeza. Tomaron su parte del botín, el dominio de Asia Central y el corazón de la Ruta de la Seda, y se sentaron sobre sus tesoros, ocupados solo en contar sus riquezas y conspirar unos contra otros.

Sin embargo, no sería justo atribuir todas las dificultades de los chagatánidas a su falta de talento. El territorio que les había tocado en herencia era particularmente difícil de gobernar porque tenía dos almas. Por un lado, estaban la Transoxiana y la cuenca del Tarim, que se administraban desde las ciudades-oasis y eran prósperas gracias a la agricultura y el comercio. Pero sus dominios se extendían también al norte de las montañas Tian Shan, en una región de pura estepa conocida como Mogulistán, donde las tribus todavía vagaban por las llanuras a la manera de los nómadas. Dueños de territorios tan dispares, los chagatánidas no fueron capaces de decantarse por ninguno de los dos mundos, el sedentario o el nómada, y esta indefinición los hizo especialmente vulnerables en la Transoxiana, la parte más atractiva de sus dominios. Aquí, las tribus turcas que vagabundeaban por los desiertos entre el Caspio y el Jaxartes habían empezado a sacar provecho de la situación, enseñoreándose ocasionalmente de las ciudades y desafiando el dominio chagatánida de la zona.

TIMUR EL COJO

En este contexto, complejo y cambiante, tierra abonada para los oportunistas y los audaces, vino al mundo un niño al que llamaron Timur, Hierro (*ca.* 1330-1405), un nombre frecuente entre las tribus de Asia que remitía a la vieja leyenda de la loba y sus descendientes, reputados herreros —Gengis Kan se llamaba Temujin, Herrero—. El acontecimiento tuvo lugar en la ciudad de Kesh, actual Shahrisabz (Uzbekistán), a unos 80 kilómetros al sur de Samarcanda, en algún momento entre la década de los veinte y de los treinta del siglo XIV. Muchos años después, cuando Timur se había convertido ya en un hombre poderoso, se diría de él que había nacido en el seno de una prestigiosa tribu mongola cuyos antepasados se contaron entre los parientes de Gengis Kan. Nada se puede afirmar con seguridad, pero parece, más bien, que Timur pertenecía a una de las tribus turco-mongolas que merodeaban por la Transoxiana, y lo único destacable de su genealogía era su pertenencia al clan de los Barlas, que tenía sus tierras de pasto en la región entre Samarcanda y el Oxus.[305]

No hay muchos datos sobre sus primeros años de vida. Las historias sobre su juventud la describen como azarosa, pero es posible que estas andanzas fueran divulgadas de forma interesada por el propio Timur. La historia del paria de la estepa, obligado a luchar para sobrevivir, recuerda sospechosamente a la biografía de Gengis Kan, el espejo en el que se miraban los caudillos de Asia Central. En cualquier caso, el joven se labró una reputación como líder militar, lo que le permitió rodearse de un grupo de guerreros leales, un paso imprescindible para escalar posiciones en la estructura precaria de las tribus seminómadas de Asia. Pronto llegó el momento de sacar partido a su pequeño ejército. El señor de los Barlas, el clan al que pertenecía Timur, se había aliado con los líderes de otras tribus turco-mongolas y, aprovechando la debilidad de los chagatánidas, se había hecho con el control de parte de la Transoxiana en 1358. Apoyado en fundamentos inestables, este dominio fue breve. Tres años después, el líder de los chagatánidas penetró en la región al frente de un ejército y puso en fuga al caudillo de los Barlas, que trató de buscar refugio en el Jorasán. Al principio, Timur lo acompañó en su huida, pero a medio camino pidió permiso para regresar, argumentando que no podía dejar a su tribu a merced de sus enemigos. Poco después, las tropas mongolas alcanzaron al líder de los Barlas y le dieron muerte. Pero, mientras su señor era masacrado por los jinetes, Timur había sellado ya un pacto con el gobernante chagatánida, al que juró vasallaje a

cambio del liderazgo sobre los Barlas y el control de los pastos en torno a su ciudad natal de Kesh.

Puede que la entrada de Timur en la historia fuera algo traicionera, pero no podemos culparlo por ello: este tipo de comportamientos eran algo cotidiano entre nómadas de Asia Central. Para sobrevivir era imprescindible contar con aliados fuertes, y Timur tuvo la precaución de buscar la amistad de Husayn, líder de la tribu vecina de los Qaraunas. Ambos compartían ambición y arrojo, y debieron de reconocerse como almas gemelas. Tal vez por este motivo, cuando Husayn cayó en desgracia ante los señores chagatánidas y se vio obligado a huir, Timur lo acompañó hasta la región del Jorasán, refugio habitual para aquellos que escapaban de la tiranía de los jinetes de la estepa. Como vemos, la derrota y el exilio fueron una constante en el tortuoso ascenso del joven caudillo, en cuyo éxito la constancia fue tan decisiva como la inteligencia.

Mientras estaban refugiados en el Jorasán, Husayn y Timur se entretuvieron sirviendo como mercenarios a las órdenes de señores locales. Algunos los acusaron de dedicarse también al robo de ganado, pero ambas ocupaciones, la de mercenario y la de ladrón, son perfectamente compatibles. En torno al año 1364, durante una de estas correrías por el oeste del actual Afganistán, Timur recibió varios flechazos en la pierna y la mano derechas. A causa de estas heridas, el joven caudillo empezó a presentar una llamativa cojera que, con el tiempo, le hizo merecedor del nombre por el que se le conoce popularmente en Occidente: Timur-i lang, que podría traducirse como Timur el Cojo o el Lisiado, y que se ha castellanizado como Tamerlán.

Poco a poco, Tamerlán y Husayn fueron aumentando el número de sus seguidores y de sus aliados, y cuando se sintieron lo bastante fuertes, reunieron a sus tropas en Balj (actual Afganistán) y se lanzaron al asalto de las tierras al norte del Oxus. Tuvieron éxito y derrotaron a los mongoles, pero para poder hacerse con el control de la región se vieron obligados a colocar al frente de la Transoxiana a un chagatánida títere y fingir que era él, y no los jóvenes caudillos, quien gobernaba el territorio. Así de alargada era todavía la sombra de Gengis Kan y así de grande el prestigio de su estirpe.

Husayn, que era el de más rango entre los dos amigos, ocupó un puesto dominante como señor de todas las tribus y dejó a Tamerlán en una posición subordinada. Este no tardó en mostrar su descontento, porque una vez cumplido el objetivo común de alcanzar el poder, la vieja camaradería que los unía se desvaneció con rapidez. Timur trató de asestar el primer golpe: conspiró contra Husayn, reunió una coalición de líderes tribales contra él… y fue derrotado y obligado a emprender —otra vez— el camino del exilio en el Jorasán en 1368. Aquí se lamió las heridas y tejió pacientemente una nueva red de

alianzas, más poderosa que la anterior. Cuando volvió a estallar la guerra, Tamerlán siguió a su antiguo aliado hasta su capital, Balj, derrotó a sus tropas y consiguió capturarlo. Las fuentes afines a la dinastía timúrida aseguran que el vencedor lloró de alegría al ver a su amigo y que quiso respetar su vida a toda costa, pero que no pudo impedir que sus subordinados lo asesinaran junto con el títere chagatánida al que habían colocado como señor de la Transoxiana. Las muertes fueron tan convenientes para Timur como su aparente falta de implicación en ellas. Él, por su parte, se ocupó de la mucho más provechosa tarea de hacerse con las viudas de Husayn. Una de ellas, Saray Malik Khatun, le interesaba especialmente porque era una princesa mongola, descendiente de los chagatánidas. Al casarse con ella, Tamerlán estableció unos lazos con la estirpe de Gengis Kan que fueron imprescindibles para sostener sus ambiciones.

Corría el año 1370 y Tamerlán ya era el dueño de gran parte de la Transoxiana al frente de una tupida red de líderes tribales y señores locales. Para terminar de consolidar su posición, mantuvo la ficción de colocar en el gobierno a un príncipe perteneciente al círculo de los chagatánidas, y reservó para sí títulos más modestos como el de «emir» (en realidad, «gran emir») y el de *güregen*, «yerno real», en referencia a su matrimonio con una princesa mongola. Escogió Samarcanda, cerca de las tierras de pasto de su tribu, como la sede de su gobierno y empezó a organizar la administración de sus dominios. Muchos, la mayoría, se habrían conformado con eso. Pero Timur no había luchado contra amigos y enemigos para ser uno más entre los efímeros señores de Asia Central.

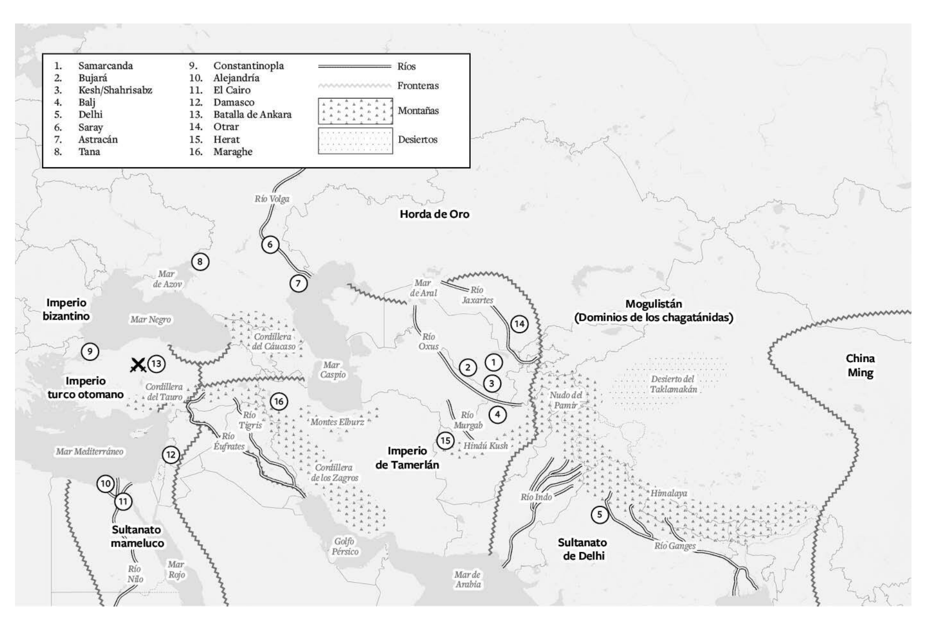
EL SEÑOR DE LA CONJUNCIÓN AFORTUNADA

A lo largo de su tortuoso ascenso, Tamerlán había aprendido dos lecciones importantes: que mantenerse en el poder requería estar en constante movimiento y que solo podría conservar a sus aliados si era más poderoso que ellos y los colmaba de riquezas. Contaba con cualidades de sobra para cumplir ambos objetivos: tenía una voluntad de hierro, era un político astuto, un líder militar inspirado y un guerrero infatigable. Él mismo vivía para el triunfo y la gloria, y los persiguió hasta el final, convirtiendo su reinado en una interminable sucesión de campañas militares que acabó desesperando a sus propios colaboradores.

Su primer objetivo fueron las regiones del Jorasán, Afganistán y las tierras de Persia y Mesopotamia, que, tras el derrumbe del ilkanato, medio siglo atrás, habían caído en manos de un grupo variopinto de dinastías locales —turcas, mongolas, árabes y persas— que solo tenían en común su incapacidad para imponerse a sus vecinos, con los que estaban en guerra constante. Tamerlán los derrotó sirviéndose de las

viejas tácticas de conquista de los ejércitos de la estepa. Empleó con maestría la superior movilidad de sus tropas. Sembró el terror, recuperando la práctica mongola de decapitar a parte de los habitantes de una ciudad para levantar grotescas pirámides de cabezas cortadas. Y capturó sin miramientos a aquellos que podían serle de utilidad, deportando largas hileras de artesanos al corazón de su imperio para embellecer su capital, Samarcanda.

Pero Tamerlán venía de un mundo muy distinto al que había visto nacer a Gengis Kan. Él conocía perfectamente el valor de las ciudades y las inmensas riquezas que podían extraerse de los impuestos. Cada vez que se apoderaba de un territorio, reemplazaba a los gobernantes enemigos con miembros más complacientes de las propias familias reinantes, y dejaba la administración local intacta para que su funcionamiento no se viera alterado con el cambio de dueño. Esta forma de proceder funcionaba como una maquinaria bien engrasada: minimizaba los costes de la campaña y permitía comenzar casi de inmediato la extracción de tributos en las prósperas regiones conquistadas. En apenas una década, Tamerlán extendió sus dominios desde el Pamir hasta el Cáucaso, asegurándose el vasallaje de los señores musulmanes de Azerbaiyán y de los reyes cristianos de Georgia.



Estos espectaculares avances llamaron la atención de otros poderes. La Horda de Oro consideraba la Transcaucasia, las tierras al sur del Cáucaso (actuales Georgia, Armenia y Azerbaiyán, hasta el norte de Irán y la cordillera del Tauro) su área de expansión natural. Tras la caída del ilkanato, había comenzado a tomar posiciones en la región,

y la brusca irrupción de Tamerlán trastocó sus planes. Los jinetes de la Horda de Oro hicieron patente su descontento atacando no solo los dominios del gran emir al sur del Cáucaso, sino también el corazón del imperio: la Transoxiana. Timur se vio obligado a responder de forma rápida y expeditiva. En dos campañas fulminantes, en 1391 y 1394, se adentró en las llanuras de la Horda de Oro, venció a los mongoles a orillas del Volga y se entretuvo en arrasar Saray, la capital comercial de la Ruta de las Estepas, y Astracán, el gran emporio mercantil de la cuenca baja del río.

El caudillo timúrida sabía que no podía derrotar del todo a las escurridizas tribus nómadas, pero quería asegurarse de destrozar las bases de su prosperidad económica. Por eso cabalgó también hasta Tana, a orillas del mar de Azov, donde todavía hacían negocio un puñado de mercaderes italianos. Estos, que no tenían ninguna disputa con él, trataron de ganarse su favor enviándole regalos, pero cuando le abrieron las puertas de la ciudad, Timur ordenó esclavizar a todos los que no fueran musulmanes y quemar sus almacenes, sus tiendas y sus iglesias. La destrucción de estas plazas asestó el golpe de gracia a la ya maltrecha Ruta de las Estepas, probablemente con la finalidad de desviar tráfico mercantil al recorrido tradicional de la Ruta de la Seda, que Tamerlán controlaba desde el Pamir a Mesopotamia, y que deseaba revitalizar. En cuanto a la propia Horda de Oro, nunca se recuperó de estas derrotas. Su territorio acabó dividido en varios reinos independientes hasta que Iván III el Grande (1462-1505), príncipe de Moscú, puso fin a doscientos años de dominación mongola sobre las estepas del oeste de Rusia.

Tamerlán era un combatiente incansable, casi obsesivo, siempre al acecho de nuevas víctimas para sus ansias de gloria. En 1398, poco después de sus victorias sobre la Horda de Oro, se le presentó la ocasión de marchar contra el riquísimo sultanato de Delhi, uno de los pocos vecinos que era capaz de hacer sombra al Imperio timúrida. Poco antes había estallado una guerra civil entre los señores del sultanato y el territorio estaba sumido en el caos. Intuyendo la posibilidad de hacerse con un gran botín, Timur acusó a los sultanes —que profesaban la religión musulmana— de ser demasiado comprensivos con sus súbditos paganos, y les declaró la guerra. Sus ejércitos siguieron los caminos del comercio, recorrieron Bactria y el Punjab, y atacaron Delhi, la capital del sultanato. De nada sirvió que el sultán le saliera al encuentro con elefantes de guerra; la victoria de Timur fue completa. La ciudad fue entregada al pillaje, y los inmensos tributos de los rajás de la India —oro, perlas, piedras preciosas…— cayeron en manos del gran emir. Tamerlán celebró su triunfo con dos semanas de festejos, despachó a los artesanos a Samarcanda y envió los elefantes al corazón de su imperio para que sus vasallos pudieran

solazarse con la contemplación de aquellas exóticas bestias. Pero, consciente de que su posición en las llanuras del Ganges era precaria, abandonó el subcontinente dejando una estela de devastación y pirámides de cabezas cortadas.

Durante estos treinta años de campañas militares, Tamerlán supo alternar los éxitos militares en el exterior con una inteligente política interior. Al igual que Temujin, agasajó a sus aliados, atrajo a sus enemigos y castigó a los traidores en el momento preciso para maximizar la eficacia de cada movimiento. Encumbró a hombres de talento para crear una nueva élite ajena a las viejas lealtades, pero trató con cautela a los líderes de las tribus más poderosas, y se esforzó por parecer un gobernante clemente: cuando quería deshacerse de alguien lo entregaba a un adversario que quisiera vengarse del condenado por una afrenta grave, librándose de sus detractores sin que pareciera que era él quien administraba el castigo fatal.

Por otro lado, Timur no gobernaba solo sobre tribus de la estepa. Salvo en las campañas contra la Horda de Oro, los objetivos de sus conquistas fueron casi siempre las ricas tierras de los reinos sedentarios de Asia. Su imperio debía su prosperidad a la agricultura y el comercio, y la mayoría de sus súbditos eran persas, árabes o sogdianos. Para ellos supo desplegar todas las herramientas de la propaganda. Difundió la idea de que su nacimiento había estado presidido por una disposición propicia de los astros, que presagiaron para él un destino grandioso y lo hicieron merecedor del epíteto de Señor de la Conjunción Afortunada. Se presentó como un restaurador del viejo Imperio mongol, alardeó de un supuesto parentesco con la estirpe de Temujin y presumió de su matrimonio con la viuda de su viejo amigo Husayn, princesa del clan de los chagatánidas.[306]

Sin embargo, hubo un aspecto importante en el que Tamerlán se apartó del ejemplo de Gengis Kan. La tolerancia religiosa de los jinetes de la estepa había quedado definitivamente atrás. Él había nacido en el seno de una familia musulmana y gobernaba para una población que compartía mayoritariamente estas creencias. Tras la conversión de los mongoles y los turcos al islam, el número de devotos de las viejas religiones de la Antigüedad —zoroástricos, maniqueos, budistas, cristianos de la Iglesia de Oriente…— había menguado considerablemente, y la calculada ambigüedad religiosa de los primeros mongoles ya no proporcionaba réditos políticos. Timur hizo de su adhesión al islam una de las bases de su reinado y atribuyó a sus conquistas el carácter de una guerra santa; no importaba demasiado que sus enemigos fueran casi siempre musulmanes, pues llegado el momento estos también podían ser acusados de impíos.

Pero, como buen hijo de la Transoxiana, el gran emir no pudo evitar que su fe se viera salpicada de algunos excesos. La mayoría eran

bastante inofensivos: en su corte el vino circulaba con alegría, le gustaba consultar a los astrólogos y acompañarse de derviches, tuvo tantas esposas como convenía a sus manejos diplomáticos, sin limitarse a las cuatro que recomendaba el Profeta, y no se molestó en visitar las ciudades santas de Medina y La Meca, a pesar de que sus cabalgadas le hicieron recorrer, varias veces, la mitad de Asia. Pero otras excentricidades bordeaban la herejía; se decía de él, por ejemplo, que lo visitaba un ángel, y que había sido dotado por Alá del poder de descubrir las intenciones ocultas de las gentes. Estas afirmaciones, sacrílegas al sur del Jorasán, no causaban demasiada sorpresa en las regiones al norte del Oxus, tierra de heterodoxos y falsos profetas, donde el sufismo, la variante más mística del islam, contaba con muchos seguidores. De hecho, Tamerlán, que era un hombre bastante pragmático, intentó atraerse a todas las corrientes de la fe musulmana. Levantó santuarios sobre los sepulcros de los santos sufíes y, aunque él mismo era seguramente sunní, empleó a muchos chiitas como hombres de confianza. Para atraérselos colocó el nombre de Alí, bien visible, en sus monumentos, y en su propio sarcófago se aseguraba que él descendía de la estirpe de Fátima. En el fondo, estos gestos revelaban el deseo de presentarse como caudillo universal de toda la comunidad de los creyentes, un puesto vacante desde que, siglo y medio atrás, los mongoles dieran muerte al último califa abasí. Tamerlán sabía que la religión podía proporcionar un respaldo muy conveniente a sus ambiciones y, desde luego, las victorias que Alá le concedía, una y otra vez, podían hacer pensar que había sido elegido por la divinidad para ocupar ese puesto.

Sin embargo, a finales del siglo XIV, Alá debía de estar muy ocupado despachando triunfos, porque a medida que las conquistas de Tamerlán lo acercaban al Mediterráneo, se iba encontrando con otros gobernantes musulmanes que podían presumir de éxitos tan brillantes como los suyos. Ahí estaban los mamelucos de Egipto, que habían sido capaces de repeler a los mongoles y de expulsar a los últimos cruzados, o los turcos otomanos, que habían llevado los estandartes del islam hasta el corazón de los Balcanes. Unos y otros reaccionaron con disgusto al expansionismo de Timur y a su uso de la legitimación religiosa. Los mamelucos se cubrieron las espaldas nombrando a un califa títere, que se decía descendiente de un tío del último gobernante abasí y desempeñaba en el valle del Nilo las mismas funciones que el príncipe chagatánida que Tamerlán había colocado al frente de su imperio. Sin embargo, la resistencia más enconada a sus ambiciones la iban a presentar los turcos otomanos, que se preparaban ya para desempeñar un papel decisivo en la historia del Mediterráneo.

LOS TURCOS DE OSMÁN

A comienzos del siglo XIV el Imperio bizantino era una construcción política agotada: debilitado por las pérdidas territoriales de la Cuarta Cruzada, obligado a combatir sin descanso en todas sus fronteras, sometido a unos gastos insostenibles y con una economía destrozada por la guerra y las concesiones a las potencias extranjeras. El comercio, que gracias a la privilegiada posición de Constantinopla podría haber aliviado sustancialmente las arcas del imperio, estaba en manos de genoveses y venecianos. La agricultura y la ganadería, que ocupaban a la mayor parte de la población, se veían lastradas por la falta de mano de obra y los pillajes. Sin hombres ni recursos con los que defender sus fronteras, los bizantinos se habían acostumbrado a alquilar las flotas de las repúblicas mercantiles italianas y a nutrir sus ejércitos con mercenarios.

Tradicionalmente estos guerreros se obtenían en el norte y el este de Europa, pero en 1303 el emperador Andrónico II Paleólogo (1282-1328) pensó que al imperio le podría venir bien diversificar sus fuentes de espadas de fortuna y se hizo con los servicios de una compañía de mercenarios provenientes del Prepirineo catalán y aragonés: los almogávares. Estos eran hombres curtidos, acostumbrados a luchar en terreno abrupto y a proveerse sobre la marcha de todo lo necesario para sobrevivir. Andrónico II los envió a Anatolia, a luchar contra los turcos, y los almogávares respondieron obteniendo algunas victorias importantes. Las cosas marchaban tan bien que el emperador cubrió de honores al líder de los mercenarios, un hombre llamado Roger de Flor; incluso le concedió la mano de una princesa bizantina. Sin embargo, los almogávares eran hombres de fortuna que combatían a cambio de una soldada y a los que importaban bien poco las ceremonias y los galardones. Cuando el pago de sus emolumentos comenzó a retrasarse, abandonaron Asia Menor y regresaron a Europa para tomar por la fuerza el salario que no habían recibido. Los bizantinos pensaron que podían dispersar a la banda de guerreros si los privaban de su líder, y ordenaron asesinar a Roger de Flor. Pero esto, lejos de acabar con el problema, exasperó todavía más los ánimos de los mercenarios. Sin nadie que les pusiera freno, los almogávares saquearon la región de Tracia y conquistaron Tesalia, Beocia y el Ática.

Toda esta confusión había sido seguida muy de cerca por un caudillo turco llamado Osmán (*ca*. 1258-1326), que controlaba un diminuto territorio en el extremo noroccidental de Anatolia. Sus antepasados habían llegado a aquella zona a finales del siglo XI, tras la victoria de los selyúcidas en la batalla de Manzikert (1071). Al principio, la península de Anatolia, una meseta fría y áspera, no debió de resultarles muy atractiva, pero era un lugar donde abundaban el pasto y el agua dulce, que se adaptaba bien a la práctica de la

ganadería, y cuya accidentada orografía ofrecía un refugio seguro a aquellos capaces de hacerse con el control de sus valles escondidos. Fue así, agazapados entre las montañas, como los turcos sobrevivieron durante doscientos años a la decadencia del sultanato selyúcida, a la llegada de los cruzados y de los mongoles, a la descomposición del sultanato turco del Rum —heredero de los selyúcidas en Anatolia— y a los intentos del Imperio bizantino de recuperar aquellas regiones. Finalmente, a comienzos del siglo XIV, los turcos sintieron que había llegado el momento de abandonar el refugio de sus valles, y Osmán aprovechó la debilidad de los bizantinos y el caos generado por los almogávares para expandirse tímidamente por el noroeste de Anatolia. Él no podía saberlo, pero con estas humildes conquistas estaba construyendo los cimientos de uno de los grandes Estados de la historia: el Imperio turco otomano, que tomó su nombre en recuerdo de este caudillo, antepasado de la larga estirpe de sultanes que lo gobernó durante más de medio milenio.[307]

A la muerte de Osmán, el territorio quedó en manos de sus hijos, Orhan (1326-1359) y Aladdin, que, en un gesto de hermandad muy poco frecuente en una dinastía que se distinguiría por su gusto por el fratricidio, decidieron repartirse pacíficamente el poder. Orhan se pondría al frente del gobierno y Aladdin actuaría como su mano derecha, desempeñando el puesto de gran visir. Con la fuerza de la juventud y el respaldo de la cohesión interna, los dos hermanos consiguieron victorias impensables una generación atrás: se apoderaron de la ciudad de Brusa (actual Bursa), de Nicea (actual Iznik) y de Nicomedia (Izmit, la vieja capital del reino griego de Bitinia, célebre porque se dice que fue allí donde Aníbal se quitó la vida). Los dominios de los otomanos incluían ya algunas ciudades de relumbrón, viejos centros de la artesanía y el comercio, y, sobre todo, una salida al mar de Mármara, imprescindible para seguir sumando territorios.

Pronto, los interminables problemas internos del Imperio bizantino les iban a brindar la ocasión de obtener nuevos triunfos tan insólitos como decisivos. En Constantinopla el poder estaba entonces en manos de dos hombres: Juan V Paleólogo (1341-1391) era el heredero legítimo al trono, pero como era demasiado joven para ocupar el cargo a la muerte de su padre, el gobierno se había encomendado a un colaborador de su progenitor llamado Juan Cantacuceno. Sin embargo, cuando Juan V alcanzó la edad adulta y quiso reinar en solitario, el regente se negó a abandonar su posición. Las disputas entre ambos arrastraron al Imperio bizantino a una guerra civil. Durante el enfrentamiento, unos y otros buscaron aliados, y a Juan Cantacuceno le pareció que sería una buena idea solicitar la ayuda del líder de los otomanos, Orhan. El pacto se selló con el matrimonio

entre este y una hija de Juan Cantacuceno, y concluyó como acaban siempre este tipo de acuerdos entre el gobernante de un imperio decadente y el caudillo de un reino guerrero en expansión. Orhan abandonó a su suegro —que perdió la guerra civil— y aprovechó la confusión bizantina para apoderarse de la península de Galípoli, en el lado europeo del estrecho de los Dardanelos, en 1354. Era la primera vez, desde los tiempos de gloria de los califatos, que un reino musulmán conquistaba territorio cristiano en el continente europeo, pero esta y otras adquisiciones territoriales serían justificadas por los otomanos esgrimiendo los derechos hereditarios que les concedía la boda de su caudillo con una princesa bizantina. A pesar del desastre, sorprendentemente, Juan V Paleólogo respetó la vida del derrotado Juan Cantacuceno. Tras apartarlo del poder, se limitó a enviarlo a un monasterio, donde pasó el resto de sus días mandando largas cartas a la corte bizantina con todo tipo de consejos sobre la mejor manera de gobernar el imperio.

Cuando Tamerlán iniciaba su ascenso al poder, los turcos otomanos ya controlaban plazas estratégicas en torno a los estrechos que conectan el mar Negro con el Mediterráneo. Los sucesores de Orhan, Murad I (1362-1389) y Bayaceto I el Rayo (1389-1402), heredaron el talento de sus antepasados y fueron capaces de continuar con la doble tarea de consolidar el Estado otomano y proseguir con la expansión territorial. Murad I tomó el título de sultán, que llevarían sus sucesores hasta la caída del imperio. Conquistó Adrianópolis (actual Edirne), una plaza decisiva, situada en un cruce de caminos entre el Bósforo, Bulgaria y Serbia. Diseñó una administración y un tesoro centralizados y, sobre todo, creó un cuerpo de ejército profesional, la «nueva tropa» —los jenízaros—, destinado a convertirse en una de las instituciones más célebres del imperio. Los jenízaros eran niños esclavos de origen cristiano que se obtenían como tributo y eran criados como musulmanes con el fin de ponerlos al servicio del Estado como soldados y administradores. La idea no era nueva —los propios turcos habían sido esclavos guerreros a las órdenes de los califas abasíes—, pero los otomanos consiguieron refinarla y perfeccionarla hasta convertir a los jenízaros en el cuerpo de élite de su ejército y de su administración. Dotado de herramientas tan eficaces, Bayaceto I pudo ganarse el sobrenombre de «el Rayo» por la velocidad con la que condujo sus campañas militares, que llevaron a los otomanos a controlar buena parte de Anatolia y de los Balcanes.

Envalentonado por sus victorias, Bayaceto I pensó que podía dar un golpe de mano definitivo apoderándose de una de las plazas clave del Mediterráneo oriental y de la Ruta de la Seda: Constantinopla. El sultán ordenó a sus tropas tomar la vieja capital imperial en 1394, pero sus soldados se estrellaron contra las murallas de la ciudad, de

las que se decía que eran inexpugnables. Aun así, el caudillo turco no se rindió. Mantuvo el cerco terrestre y construyó una fortaleza en el lado asiático del Bósforo, que él controlaba, para dificultar el paso de los buques cristianos. Esta medida estaba destinada a aumentar la presión sobre la capital imperial, pero también a debilitar la presencia de las repúblicas mercantiles europeas en Constantinopla y en el mar Negro. Sometiendo a la ciudad a un asedio interminable y alejando a los mercaderes que constituían su principal fuente de ingresos, Bayaceto I esperaba conseguir por agotamiento lo que no había logrado en el asalto frontal, y poco a poco la estrategia comenzó a dar sus frutos.

A comienzos del siglo XV la caída de Constantinopla en manos de los turcos parecía inminente, y los bizantinos, desesperados, acudieron a los reinos de Europa Occidental en busca de ayuda. No tenían mucho que ofrecer a cambio. Las arcas del imperio estaban vacías, gran parte de sus territorios habían pasado a otras manos, las joyas de la corona se habían empeñado y hasta las reliquias se habían vendido a los reyes de Occidente. Los bizantinos solo podían ofrecer a los europeos occidentales el retorno a la obediencia papal, de la que se habían apartado en el Cisma de Oriente de 1054. La medida era percibida por los ciudadanos del imperio como una vergonzosa claudicación, pero los emperadores, más conscientes de sus limitaciones, sabían que era su supervivencia y no su orgullo lo que estaba en juego.

Mientras esto sucedía en torno a las costas del Egeo, Tamerlán extendía sus dominios hasta la Alta Mesopotamia y la cordillera del Tauro, cerca de las fronteras otomanas. Al principio, las relaciones entre el sultán otomano y el gran emir habían sido cordiales. Timur incluso había tanteado a Bayaceto I como aliado en contra de la Horda de Oro. A fin de cuentas, los dos eran hombres similares: descendientes de jinetes de la estepa, gobernantes de regiones mestizas y con cierta tendencia a la heterodoxia en la práctica de su fe.[308] Sin embargo, al sultán le preocupaban los avances de Tamerlán en el extremo oriental de Anatolia. Este territorio pertenecía a un puñado de señores que se habían integrado a regañadientes en los dominios del gobernante otomano. Su lealtad era más que dudosa y muchos parecían dispuestos a buscar la protección del emir para sacudirse el yugo del sultán. Así que Bayaceto I ignoró las ofertas de alianza, ofreció asilo a los enemigos de Tamerlán e incluso se atrevió a atacar sus posiciones en la alta Mesopotamia. Comenzó entonces un agrio intercambio diplomático entre los dos gobernantes, en el que ambos mostraron las armas de su propaganda y el alcance de sus ambiciones. Tamerlán reclamaba las tierras de Anatolia en nombre de los mongoles, acusaba a Bayaceto I de mezclarse con cristianos e incluso le echaba en cara que había heredado todo lo que tenía de sus

antepasados, a diferencia de él, que había labrado su propia fortuna. Pero Bayaceto le respondió llamándolo «perro codicioso», asegurando que Anatolia le pertenecía en calidad de heredero de los selyúcidas y de los bizantinos, y señalando que Timur era todavía más infiel que él, pues se había pasado la vida combatiendo contra otros musulmanes.

Los bizantinos y el resto de los europeos asistieron a este enfrentamiento como si fuera un regalo de Dios y hubiera caído del cielo. El emir, que acababa de destruir Tana y de saquear Damasco, donde también había una nutrida comunidad de comerciantes occidentales, no era un personaje popular entre los cristianos, pero la situación era lo bastante desesperada como para que cualquiera capaz de detener los avances de Bayaceto I fuera recibido como un nieto perdido del Preste Juan. El emperador bizantino y las autoridades genovesas del Gálata se apresuraron a enviar mensajeros a Tamerlán animándolo a enfrentarse al sultán turco y prometiéndole ayuda, vasallaje y tributos.

Era evidente que la disputa diplomática daría paso muy pronto a una guerra abierta, y muchos pensaban que el vencedor de la contienda se convertiría en un líder formidable, capaz de extender su autoridad sobre las tribus de la estepa y la comunidad musulmana; era conveniente congraciarse con él cuanto antes y averiguar sus intenciones. Pero, en este punto, con las espadas todavía en alto, debemos abandonar a Bayaceto y a Tamerlán. Antes de saber cómo termina su legendario enfrentamiento tenemos que regresar al Extremo Oriente, al territorio de la China Yuan y a su estirpe de emperadores mongoles. Allí también se estaban produciendo cambios de extrema importancia, que necesitamos examinar para entender la última etapa del reinado del gran emir Timur.

LA CHINA DE LOS MING

Mientras los turcos otomanos iniciaban su desembarco en Europa y Tamerlán se convertía en el señor de la Transoxiana, llegaba a su fin el accidentado reinado de Toghon Temür (1333-1368), último de los emperadores de la dinastía Yuan. Al subir al trono, con apenas trece años, el joven monarca se había encontrado con una situación complicada. Las relaciones con lo que quedaba del Imperio mongol, y en especial con sus primos chagatánidas, eran muy malas, y en la capital, Dadu (Pekín), la familia imperial estaba envuelta en un hervidero de conjuras y asesinatos. Fuera de los muros de palacio, el gasto público era inasumible; la inflación no dejaba de crecer, empujada por la emisión descontrolada de papel moneda, y la única solución que encontraban los gobernantes a las dificultades económicas era subir los impuestos a una población ya depauperada. Aun así, los resignados campesinos chinos aceptaban la situación y obedecían las disposiciones de los emperadores mongoles como si se tratara de un mandato del cielo.

Sin embargo, al poco de dar inicio el reinado de Toghon Temür empezaron a sucederse tantas y tan variadas catástrofes que parecía que la naturaleza estaba ofreciendo a los habitantes de China un catálogo de todas sus calamidades. El río Amarillo se desbordó una y otra vez anegando las fértiles llanuras del norte del país, mientras en otros lugares los períodos de aridez fueron tan prolongados que hombres y bestias morían sin nada para comer. A las inundaciones y las sequías les siguieron los terremotos, y todos los desastres anteriores llegaron acompañados de pestes y hambrunas generalizadas que terminaron por conducir al pueblo a la desesperación.

Los gobernantes mongoles fueron incapaces de hacer frente a esta insólita sucesión de desastres, y su ineficacia despertó viejos recelos entre la población china. A fin de cuentas, por más que se hubieran convertido en hombres refinados, los emperadores Yuan descendían de los nómadas del norte, que en el mejor de los casos eran contemplados como pintorescos extranjeros y en el peor, como bárbaros saqueadores. La propia conquista del país había sido una empresa interminable, que a los mongoles les supuso tres generaciones completar, y algunas regiones del sur llevaban apenas medio siglo en manos de los descendientes de Gengis Kan. Por otro lado, después de la pacificación del territorio, los jinetes de la estepa habían tomado decisiones que no ayudaron a mejorar las relaciones con sus súbditos chinos. Kublai desmanteló el Estado mandarinal de los Song y entregó

los puestos más importantes de la administración Yuan a hombres llegados de Asia Central o de la estepa. Los hijos de las familias acomodadas de origen chino, que en el pasado habían visto la carrera funcionarial como una vía de ascenso social eficaz, tuvieron que limitarse al ejercicio de profesiones liberales, a servir como escribas de sus nuevos amos o, en el caso de los más ambiciosos, a adoptar un nombre mongol para medrar al servicio de los jinetes de la estepa. Si los campesinos estaban desesperados, las elites chinas estaban profundamente descontentas.

Cuando, finalmente, la administración mongola puso en marcha varios proyectos de ingeniería para canalizar las inundaciones del río Amarillo, los trabajos reunieron a decenas de miles de obreros, que se enrolaron en los grandes programas de obras públicas para escapar del hambre y la pobreza. Sin embargo, la crisis económica y las catástrofes naturales habían vaciado las arcas imperiales, y el pago por el trabajo extenuante en los canales se hacía en forma de papel moneda, cuyo valor no dejaba de descender a causa de la inflación. Buscando algún consuelo para su triste situación, eran muchos los operarios que acudían a escuchar las palabras de los predicadores budistas, que anunciaban la inminente llegada de Maitreya, el compasivo Buda del futuro, y con él el fin de la era de los mongoles y el regreso de los emperadores Song.

Aquellos que mostraban más interés por estas profecías milenaristas se agrupaban en sociedades secretas de nombre poético: el Loto Blanco, la Nube Blanca…, entre las que destacaba una conocida como los Turbantes Rojos, cuyos devotos se comprometían a trabajar para acelerar la caída de los mongoles. Fue precisamente su popularidad entre los trabajadores de las grandes obras públicas del norte de China la que convirtió a los Turbantes Rojos en los líderes de una gran rebelión contra los emperadores Yuan. Mientras tanto, en el sur, en las ciudades cosmopolitas de la desembocadura del Yangtsé, marineros, contrabandistas de sal, artesanos itinerantes, hechiceros y piratas se habían asociado en auténticos ejércitos de renegados con el objetivo de apoderarse de los puertos mercantiles y de las riquezas del tráfico ultramarino. Toghon Temür, el monarca Yuan, trató por todos los medios de sofocar las revueltas, pero los mongoles no contaban con tropas suficientes. La estepa ya no era la fábrica de gentes que habían aterrorizado al mundo en tiempos de Gengis Kan, y los mongoles de China, ablandados por los refinamientos de la civilización, habían perdido el gusto por la milicia. Hasta el propio Toghon Temür, desbordado, comenzó a desinteresarse por los asuntos de gobierno y cayó en una extraña abulia, mientras su imperio se desmoronaba y sus territorios pasaban a manos de los rebeldes.[309]

En medio de esta confusión apareció un hombre de orígenes

humildísimos, el más improbable de todos los líderes que surgieron en esta era asombrosa de aventureros fundadores de imperios. Se llamaba Zhu Yuanzhang y había nacido en 1328. Su abuelo fue un buscador de oro y su padre un jornalero itinerante. Su infancia estuvo marcada por el hambre y las penurias. Vio cómo sus padres, incapaces de alimentar a sus hijos, los entregaban en adopción o en matrimonio antes de morir ellos mismos, víctimas de la peste. Tras quedar huérfano tuvo que mendigar comida para sobrevivir, y no había cumplido los veinte años cuando se vio obligado a ingresar en un monasterio budista como único medio para escapar de la miseria. En el cenobio, este chico huraño aprendió a leer y escribir, y comenzó a interesarse por las prédicas de las sectas milenaristas, que prometían un futuro feliz en un mundo justo. Cierto día, cuando la revuelta de los Turbantes Rojos llegó a su ciudad, los defensores mongoles prendieron fuego a la localidad y quemaron el monasterio de Zhu Yuanzhang durante su huida. Privado de su hogar y de su único medio de vida, el muchacho acabó sumándose a las tropas de los Turbantes Rojos. El joven monje resultó ser un excelente comandante militar, resolutivo, implacable con amigos y enemigos, y capaz de tomar decisiones bajo presión. Escaló puestos con rapidez en el escalafón militar de los rebeldes. Obtuvo su primera gran victoria en la primavera de 1356, cuando se apoderó del bullicioso puerto de Nankín, en el curso bajo del Yangtsé, y una década después era ya dueño de la mayor parte de China.

En 1368, en Nankín, que había convertido en su capital, Zhu Yuanzhang anunció la expulsión de los gobernantes mongoles y el comienzo de una nueva era, en la que, por primera vez en trescientos cincuenta años, desde la caída de los Tang, una estirpe de origen chino volvería a gobernar sobre un país unificado. Tal vez por este motivo escogió para la nueva dinastía el nombre de Ming (1368-1644), que podría traducirse como «brillante», un concepto que evocaba el triunfo de la luz después de un largo período de oscuridad. En cuanto a Zhu Yuanzhang, el humilde hijo del jornalero itinerante, se convirtió en el primer emperador de los Ming y adoptó un apelativo que se había ganado a pulso: Hongwu, Gran Poder Militar (1368-1398).

El nuevo emperador acometió la reconstrucción de China con la misma determinación con la que había luchado contra los mongoles. Se repararon los diques y los canales, se construyeron embalses, se plantaron millones de árboles, las tierras baldías volvieron a acondicionarse para el cultivo y las regiones deshabitadas se repoblaron con nuevos campesinos. Hongwu quería asegurarse de que su pueblo no volviera a pasar hambre, pero lo cierto es que la atención prestada a todo lo que tuviera que ver con las tareas agrícolas casaba bien con el carácter conservador y desconfiado del

monarca y con las señas de identidad de la nueva dinastía. Los Ming se distinguirían por la defensa de los viejos valores confucianos, el centralismo y la concentración del poder en manos del emperador, la protección de los campesinos y el inmovilismo social.

Apenas unos meses después del comienzo del nuevo reinado, en otoño de 1368, las tropas Ming se apoderaron de la capital Yuan, Kanbaliq/Dadu, que se rindió sin luchar. Como el topónimo de Ciudad del Kan —esa era su traducción— no era muy adecuado para los nuevos tiempos, Hongwu le cambió el nombre por el de Beiping, Paz Septentrional, y ya a comienzos del siglo XV, cuando la localidad se convirtió en la capital de los Ming, se le dio el apelativo definitivo de Beijing (Pekín), esto es, Capital Septentrional.

Por su parte, Toghon Temür y los restos de la corte Yuan huyeron a las profundidades de la estepa. El último emperador mongol murió poco después, pero sus descendientes se negaron a reconocer la pérdida de China y el derrumbe de su imperio. Se habían llevado consigo —lo conservarían durante doscientos años— el sello del Primer Emperador, que había pasado de monarca en monarca desde el siglo III a. C. y era el símbolo mismo del poder imperial. Acusaron a los Ming de ser unos usurpadores y lanzaron numerosos ataques contra las fronteras septentrionales del nuevo reino. Los soberanos Ming respondieron ordenando la reconstrucción de la Gran Muralla, cuyas estructuras habían caído en el abandono tras la conquista mongola. Los tramos más impresionantes y reconocibles hoy del encintado murario, con sus amplios pasos de ronda y sus altas torres de piedra y ladrillo, fueron levantados precisamente en este momento para garantizar la protección de Pekín y del valle del río Amarillo ante los nuevos ataques de los nómadas del norte.

En este contexto de hostilidad declarada, la enemistad entre la nueva dinastía imperial y los jinetes de la estepa se trasladó también a los chagatánidas y al reino que Tamerlán acababa de fundar en la Transoxiana. El hombre que se presentaba como heredero del Imperio mongol no podía ver con buenos ojos la expulsión de los descendientes de Gengis Kan del Imperio del Centro. Los enfrentamientos y los cierres de fronteras se volvieron frecuentes en los confines septentrionales de la nueva China Ming, y la inestabilidad en la región afectó negativamente al tránsito de mercancías por el recorrido terrestre de la Ruta de la Seda. Peleados con la mayoría de sus vecinos por el norte, los Ming se vieron obligados a volverse hacia el sur y a mirar hacia el mar para mantener su conexión con el resto del mundo. No era una empresa difícil: a finales del siglo XIV el recorrido marítimo de la Ruta de la Seda atravesaba un período de esplendor en el que los propios chinos habían jugado un papel decisivo.

Cuando se hicieron con el poder en el sur de China, en la segunda mitad del siglo X, los Song (960-1279) se encontraron con una situación similar a la que tiempo después experimentarían los Ming. Enfrentados a sus vecinos del norte, los Reyes de Oro Jin, y alejados de las grandes rutas terrestres de comercio internacional, los emperadores Song construyeron su imperio alrededor de la cuenca del Yangtsé y convirtieron la ciudad costera de Hangzhou en su sede de operaciones. Las características del nuevo Estado eran perfectas para el desarrollo del comercio ultramarino, porque la densa red fluvial formada por el Yangtsé y sus afluentes permitía conectar los grandes centros de producción preindustrial del corazón del país con los puertos de la costa china.

El crecimiento demográfico, el desarrollo de las ciudades, el aumento de la producción artesanal, las mejoras técnicas en manufacturas de lujo, el desarrollo de los instrumentos de crédito y la aparición del papel moneda facilitaron todo tipo de empresas comerciales, y empujaron a los chinos a hacerse a la mar y a navegar a países lejanos para vender sus mercancías. Las grandes sociedades navieras chinas comenzaron a frecuentar las costas de la India, y el intercambio de mercancías con el subcontinente, que en la Antigüedad había discurrido preferentemente por los caminos terrestres, se trasladó al océano Índico. Para el siglo XII, se calcula que en torno al 20 por ciento de los ingresos del Imperio Song provenían del tráfico marítimo.

Al apoderarse de China en el siglo XIII, los mongoles no solo no interrumpieron este desarrollo comercial, sino que lo incentivaron. La propia extensión de los dominios de los jinetes de la estepa, que había facilitado el tráfico terrestre, espoleó también el comercio ultramarino. Gracias a las conquistas de Hulegu en Oriente Medio, los nietos de Gengis Kan eran dueños de las costas del golfo Pérsico antes incluso de arrebatar Hangzhou a los Song, y por muy accidentado que fuera su viaje, Marco Polo pudo partir de un puerto Yuan en China para depositar a la princesa Kukachin en un puerto ilkánida de la costa persa. Las compañías mercantiles, que durante la época Song habían estado en manos de particulares, recibieron la misma protección gubernamental que las dedicadas al tráfico rodado, propiciando la creación de enormes redes de intercambio patrocinadas por los poderes públicos, respaldadas por el envío de diplomáticos al sudeste asiático y a la India, y amparadas por la legislación mongola.[310] Los jinetes de la estepa se preocuparon incluso por volver a unir las dos mitades del país, separadas durante siglos por los enfrentamientos entre los Song y los Jin. Se llevaron a cabo reparaciones en la red de canales construida en tiempos de los

emperadores Sui para conectar el valle del río Amarillo con la cuenca del Yangtsé, y se completó la construcción del Gran Canal que comunicaba las llanuras arroceras del sur y los grandes puertos de la costa china con la región donde se encontraba la nueva capital de la dinastía Yuan: Kanbaliq/Dadu.

Marco Polo tuvo ocasión de contemplar con sus propios ojos este mundo en ebullición, porque recorrió la costa meridional de China por orden de Kublai, que probablemente quería contar con la opinión de un extranjero sobre un territorio que se acababa de incorporar a los dominios de los jinetes de la estepa. Lo que vio dejó al veneciano profundamente impresionado, y es posible que, de todas las maravillas de Oriente, fuera la riqueza de estos lugares lo que más le llamara la atención. Hangzhou, la capital de los Song, le pareció «la mejor y más noble ciudad del mundo», no solo por su abundancia en canales, puentes y edificios magníficos, sino porque había en ella «tantos comerciantes, tan ricos y numerosos, que casi no se puede creer». Y en Quanzhou, el gran puerto del tráfico con Occidente durante la era Yuan, al que Marco Polo llamaba Zaitón, vio naves con las bodegas repletas de perlas, de piedras preciosas y de especias que se descargaban en los muelles para ser enviadas a toda China: «Por cada barco cargado de pimienta que llega a Alejandría para ser distribuido en Occidente, llegan cien a Zaitón, al ser este uno de los principales puertos del mundo en cuanto a comercio».311

Quanzhou/Zaitón llegó a ser un lugar tan importante para la Ruta de la Seda marítima que merece un examen más detallado. Sus condiciones naturales son inmejorables: la ciudad se encuentra a medio camino entre la desembocadura del Yangtsé y Cantón, en el corazón de una gigantesca bahía natural frente al estrecho de Formosa/Taiwán. La región se había distinguido en el pasado por su clima neblinoso y el estallido de periódicos episodios de malaria, pero también por el carácter emprendedor de sus gentes, entre las que abundaban los piratas y los contrabandistas. De hecho, el ascenso de la ciudad había comenzado en tiempos de los Tang, cuando se convirtió en una especie de puerto franco al que acudían aquellos que no estaban dispuestos a pagar los elevados aranceles que las autoridades imperiales cobraban en Cantón. Para finales del siglo XII, durante la dinastía Song, Quanzhou era ya el puerto preferido para el tráfico ultramarino y también la principal vía de entrada de extranjeros en China, un carácter cosmopolita que se acentuó aún más durante la época Yuan, cuando la Zaitón de Marco Polo se convirtió en un auténtico hervidero de gentes. Allí quedaba todavía un puñado de mercaderes musulmanes, pero en sus calles podían verse también mongoles; hombres llegados de Asia Central y de Persia; peregrinos budistas camino de la India; pintorescos viajeros hindúes provenientes

del sudeste asiático, e incluso algunos comerciantes europeos, que ya frecuentaban las costas de China doscientos años antes de que los portugueses y los españoles desembarcaran en Japón y Filipinas.

La llegada de los occidentales a esta región debió de producirse durante los últimos años del Imperio mongol, favorecida probablemente por la protección que los jinetes de la estepa dispensaban a los hombres de negocios provenientes de Europa. Cuando Marco Polo visitó Zaitón, a finales del siglo XIII, el único lugar de culto cristiano que encontró fue un templo de la Iglesia de Oriente que atendía las necesidades espirituales de comerciantes llegados de la estepa. Medio siglo después sabemos que había allí tres iglesias católicas, y que los cristianos de la localidad contaban incluso con su propio obispo: el italiano Andrés de Perugia (m. *ca.* 1332). Los templos habían sido construidos por iniciativa de predicadores franciscanos enviados desde Kanbaliq por el arzobispo de China, Juan de Montecorvino, pero sus responsables no se ocupaban únicamente del limitado grupo de los conversos chinos. Los franciscanos se establecieron en aquellos puertos del sur de China porque alguien tenía que cuidar de las almas de los compatriotas europeos que hacían negocio en ese lugar. La presencia de mercaderes occidentales ha quedado confirmada por el testimonio de algunos viajeros, como Odorico de Pordenone, y, sobre todo, por el hallazgo en la ciudad de Yangzhou (muy cerca de Nankín, en el lugar en el que el Gran Canal se unía al curso bajo del Yangtsé) de dos objetos fascinantes: los monumentos funerarios de una pareja de hermanos, Caterina y Antonio Ilioni, hijos de un mercader genovés, que fueron enterrados en Yangzhou en 1342 y 1344.[312]



Lápida funeraria de Caterina Ilioni. Museo de Yangzhou (Caramello, E. y Schmitz-Esser, R., From Genoa to Yangzhou? Funerary Monuments for Europeans in Yuan China and their Paleographic Analysis, *Medieval Worlds 16, 2022, pp. 210-228).*

Caterina Ilioni es, hasta el momento, la única mujer europea documentada en China antes del siglo XIX, y su lápida constituye uno de esos deliciosos ejemplos de mestizaje cultural propios de la Ruta de la Seda. La inscripción fue redactada en latín con grafía gótica, y pudo ser obra de algún fraile con mano para la epigrafía, pero los relieves que adornan la lápida fueron realizados por un artista chino, que estaba tan orgulloso de su creación —sin duda debió de ser un encargo poco habitual—, que la firmó con su nombre. La escena recoge distintos momentos del martirio de santa Catalina, patrona de

la difunta: la frustrada tortura con la rueda de fuego, la decapitación a manos de un soldado y el entierro del cuerpo de la mártir por un grupo de ángeles. La iconografía es correcta y revela que el artista chino pudo tener acceso a imágenes occidentales, tal vez a través de un libro de horas, pero la forma de la lápida imita modelos empleados por musulmanes y maniqueos, los personajes están vestidos con ropajes orientales, y el estilo de las figuras recuerda a los sencillos trazos que solían emplearse para ilustrar las *sutras* budistas. El resultado es un objeto único, heterogéneo y, a pesar de todo, sorprendentemente armonioso.

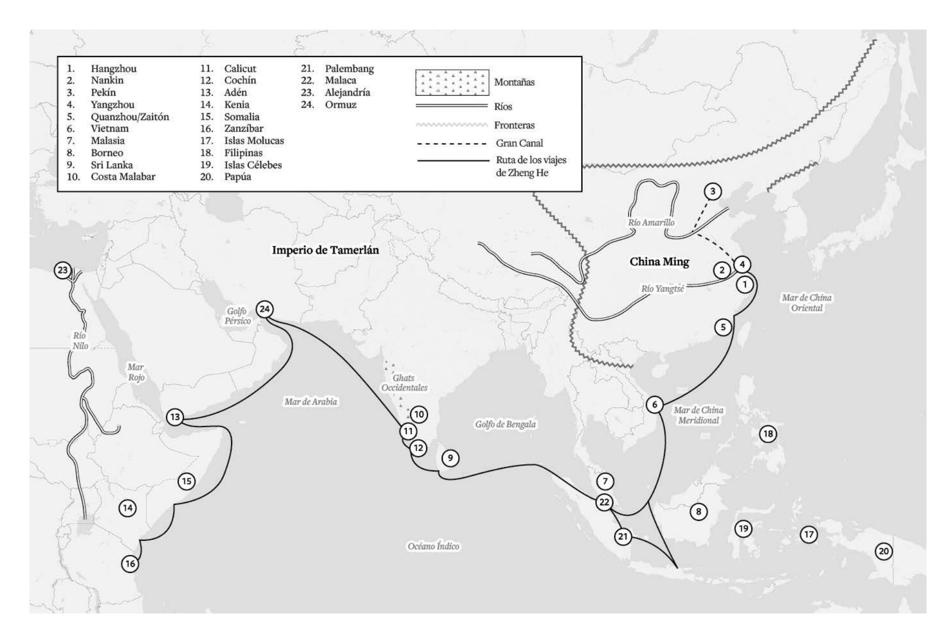
Este fue el escenario, próspero y cosmopolita, que se encontraron los emperadores Ming cuando se hicieron con el poder en 1368: un país versado en el comercio internacional y que ya dominaba buena parte de los mares de Oriente. Sin embargo, el carácter conservador de la dinastía hizo que los Ming se mostraran refractarios a la presencia de extranjeros en su territorio. En 1362, durante los disturbios que condujeron a la caída de los Yuan, fue asesinado el obispo católico de Zaitón, y no hay noticias de que la sede volviera a ocuparse. Por esas fechas fue destruido también el cementerio cristiano donde habían sido enterrados Caterina y Antonio Ilioni, cuyas lápidas fueron profanadas y empleadas como material de construcción. En un ambiente cada vez más hostil, la mayoría de los extranjeros debieron de abandonar los puertos del sur de China, y los europeos tardarían casi dos siglos en volver a dejarse ver por aquellas costas.

Junto a los foráneos también debió de partir un buen número de chinos. Hongwu, el primer emperador Ming, les prohibió participar en el comercio internacional de forma privada, y convirtió esta actividad, que implicaba viajes y contactos constantes con gentes y lugares extraños, en un monopolio del Estado. Muchos mercaderes que habían hecho fortuna gracias al extraordinario dinamismo de las épocas Song y Yuan prefirieron abandonar China y trasladar su residencia a los puertos del sudeste asiático. Sin embargo, enfrentada a los mongoles y a Tamerlán, con sus provincias septentrionales amenazadas por los jinetes de la estepa, y necesitada de prestigio y de reconocimiento internacional, la nueva dinastía se dio cuenta muy pronto de las ventajas que podría suponer aprovechar su posición privilegiada en la Ruta de la Seda marítima.

LA FLOTA DEL TESORO

Zhu Yuanzhang/Hongwu, el primer emperador de la dinastía Ming, fue un hombre huraño y desconfiado, reacio a compartir el poder con sus vástagos. Cuando, por fin, escogió como heredero a uno de sus hijos, este falleció de forma prematura. La sucesión pasó entonces a un nieto del emperador, pero el chico era demasiado joven y no consiguió

consolidar su posición antes de la muerte de su abuelo, en 1398. Casi inmediatamente estalló una guerra civil que enfrentó al nuevo monarca con sus tíos, los hijos de Hongwu, que se sentían agraviados por la decisión de su padre. El conflicto fue largo, porque el primer soberano Ming había tenido veintiséis hijos varones de cuarenta concubinas, y terminó con el joven emperador y su familia acorralados en el palacio imperial de Nankín, la capital de la nueva dinastía. Las tropas de uno de sus tíos se habían abierto paso a través de las calles de la ciudad y, en medio de la confusión, se declaró un incendio que arrasó la residencia del monarca. El emperador, que tenía apenas veinte años, debió de morir calcinado, pero su cadáver nunca se recuperó. Los rumores de que había escapado a través de un túnel secreto, y se encontraba oculto en algún reino lejano tramando su regreso China para reclamar su trono atormentaron a su tío más que los remordimientos por su espantosa muerte; se dice que durante todo su reinado buscó sin descanso a su sobrino desaparecido, siempre sin éxito.



La historia está repleta de personajes que llegaron al poder de forma accidentada, pero que terminaron siendo gobernantes extraordinarios. El tercer emperador de los Ming fue uno de ellos. Tras derrotar a su sobrino, escogió Yongle (1402-1424) como nombre para su reinado —el apelativo podría traducirse como Felicidad Perpetua; una elección curiosa— y puso todo su empeño en restañar las heridas de la guerra civil.[313] Al igual que su padre, Yongle era un trabajador infatigable que se levantaba antes del alba y durante su reinado fue capaz de desplegar una actividad impresionante. Bajó los impuestos a las

comunidades más castigadas por la guerra, trasladó población a las tierras del norte, devastadas por la contienda, amplió el Gran Canal y, tal vez para alejarse del recuerdo desagradable de la muerte de su sobrino, abandonó las ruinas humeantes de Nankín y trasladó la capital imperial a la vieja Kanbaliq, que había sido renombrada por su padre como Beiping, y a la que él dio el nombre definitivo de Beijing/ Pekín. Aquí mandó levantar el mayor y más longevo complejo palacial del mundo, que serviría como residencia a veintitrés emperadores durante quinientos años.

La construcción comenzó en 1406 como un proyecto personal del monarca, que supervisó buena parte de los trabajos. Se calcula que unos doscientos mil artesanos pudieron tomar parte en las obras, que incluyeron despejar, en el centro de Pekín, un enorme espacio rodeado de un alto muro y de un profundo foso: solo con la tierra removida se levantó una colina artificial de casi 50 metros de alto. Este recinto, que recibía el nombre de Ciudad Imperial, albergaba en su interior dos lagos y una amplia extensión ajardinada, pero también oficinas, cuerpos de guardia, talleres, almacenes, graneros y santuarios. La Ciudad Imperial era un lugar bullicioso por el que correteaban miles de artesanos y escribas, pero es probable que todos bajaran la voz cuando se acercaban al corazón del complejo. Aquí, Yongle había mandado levantar un recinto interior, un espacio rectangular de casi un kilómetro de largo, rodeado por su propio encintado murario de color rojo brillante. Al otro lado de este muro bermellón se encontraba la misteriosa Ciudad Prohibida, donde nadie podía entrar sin el permiso del monarca. Los palacios de la Ciudad Prohibida eran la residencia del soberano y el lugar de celebración de las ceremonias más importantes de la corte, y por eso sus tejados se cubrían con tejas amarillas, un color asociado con el poder imperial. Pero en este exclusivo recinto había también archivos, bibliotecas, jardines adornados con especies exóticas y amplios salones donde se recibía a los embajadores extranjeros. Llegaban cientos cada año, procedentes de confines tan remotos como Malaca o Mogadiscio. Que la Ciudad Prohibida de Pekín estuviera ubicada en el extremo del mundo no impidió al emperador Ming mantener intensos contactos con la mitad del orbe.

El 11 de julio de 1405, apenas tres años después de la victoria sobre su sobrino, Yongle ordenó la puesta en marcha de una gigantesca expedición naval conocida como la Flota del Tesoro. Más de trescientos barcos abandonaron lentamente los astilleros de Nankín y se dejaron arrastrar por la corriente del Yangtsé hasta el mar de China Oriental. En la cubierta de uno de los navíos más grandes, rodeado de un hormigueo de marineros y soldados, destacaba un hombre alto, de voz potente y actitud confiada. Era el joven almirante al que el

emperador había encomendado el mando de la expedición. Se llamaba Zheng He (*ca.* 1371-1433) y había nacido en la región de Yunnan, en el extremo meridional de China, en el seno de una familia musulmana que permaneció fiel a los mongoles hasta el final. Cuando el territorio fue sometido por Hongwu, el primer emperador Ming, Zheng He, que era un niño, fue capturado, castrado y destinado como eunuco al servicio de la familia imperial. Quiso la fortuna que el muchacho fuera asignado a la corte de Yongle cuando este era todavía un príncipe, y los dos, hombres grandes y fuertes, amantes del combate y del ejercicio físico, debieron de congeniar de inmediato. Durante la guerra civil que enfrentó a Yongle con su sobrino, Zheng He se convirtió en uno de sus mejores generales, valiente, leal y muy imaginativo a la hora de resolver situaciones complicadas, y este recompensó a su eunuco poniendo en sus manos la empresa más ambiciosa de su reinado.

Cuando alcanzó la desembocadura del Yangtsé, la Flota del Tesoro hizo un alto en las inmediaciones de la actual Shanghái para realizar sacrificios en honor de la diosa de los marineros. Después navegó hacia el sur, siguiendo la línea de la costa, hasta recalar en un puerto al norte de Quanzhou/Zaitón. Allí los navíos aguardaron la llegada del monzón para aprovechar los vientos favorables que los conducirían hasta las costas de Vietnam, Malasia y Borneo. Arribaron a estas regiones en primavera, y esperaron, de nuevo, vientos propicios que les empujarían hacia Sri Lanka y la India durante el verano. El destino final de esta interminable travesía era el ajetreado puerto de Calicut, el enclave comercial más importante de la costa de Malabar, en el Estado indio de Kerala. Condicionada por el ritmo inmutable de los monzones, la Flota del Tesoro tuvo que permanecer unos cuatro meses en la costa suroccidental de la India antes de emprender el viaje de regreso a China. En total, la expedición necesitó dos años, de 1405 a 1407, para recorrer el trayecto de ida y vuelta entre Nankín y Calicut.

A pesar de la duración del periplo, el eunuco no tuvo ocasión de aburrirse. Desde los tiempos del emperador Hongwu, el comercio exterior se había convertido en una actividad dirigida por el Estado y las gigantescas bodegas de los barcos de la Flota del Tesoro estaban repletas de mercancías que debían venderse para adquirir otros productos. Parte de esta nueva carga regresaría a China, pero muchos artículos servirían para realizar intercambios en otras escalas, en lo que debió de ser el ejercicio de redistribución comercial más impresionante que había contemplado hasta entonces el océano Índico. Por otro lado, la expedición de Zheng He también incluía barcos de tamaño medio, rápidos y ágiles, armados con rudimentarios cañones y primitivas armas de pólvora. Se les había encomendado la misión de dar caza a los piratas que infestaban las aguas de los mares

de China y tenían sus guaridas en las islas de Japón o en los incontables archipiélagos del sudeste asiático. La mera contemplación de la Flota del Tesoro, ocupando toda la anchura del horizonte, debía de provocar sudores fríos a estos maleantes, y su despliegue contribuyó a mejorar la seguridad de las rutas comerciales entre China y el subcontinente indio.

Sin embargo, el objetivo principal del viaje de Zheng He no estaba relacionado con el comercio o la guerra, sino con la diplomacia. En cada uno de los puertos donde atracaba la expedición, el eunuco imperial debía entrevistarse con las autoridades, hacerles entrega de los regalos enviados por el monarca chino —espléndidos ropajes de seda tejidos con hilo de oro, perfumes, porcelanas fabricadas en los talleres de la Ciudad Imperial Ming…— y recoger, si era necesario, a los emisarios cargados de presentes que los gobernantes locales desearan enviar a la corte.

Desde su nacimiento, China había concebido la diplomacia de un modo muy particular. El Imperio del Centro había sido bendecido por los dioses con los dones de la civilización, y tenía el deber moral de salvar a sus vecinos de su estado de barbarie natural, ejerciendo su autoridad sobre ellos. En consecuencia, todos los Estados extranjeros eran considerados —formalmente, claro— «vasallos» de China. Los objetos preciosos que enviaba el emperador eran regalos para recompensar la lealtad de los gobernantes locales, y los presentes que estos mandaban de vuelta se consideraban tributos. Es cierto que, a comienzos del siglo XV, la presencia del Imperio en los mares de China y el océano Índico era tan abrumadora que los reyes, reyezuelos y caudillos de la región se mostraban muy receptivos a la posibilidad de establecer contacto con la corte imperial, y no eran pocos los que viajaban a Pekín a mostrar personalmente su adhesión a la nueva dinastía. A cambio, las tropas embarcadas en la Flota del Tesoro podían intervenir en la política local, actuando a favor de los gobernantes más complacientes para asegurar su posición y garantizar su lealtad. Además, estas demostraciones de poder también eran importantes para los emperadores Ming. La dinastía era reciente y había llegado al trono después de una guerra contra los mongoles: el reconocimiento de soberanos de países lejanos contribuiría a disipar las dudas sobre su legitimidad y ayudaría a afianzarla en el poder. Estos asuntos debían de preocupar de forma particular al emperador Yongle, que tenía sus propios cadáveres en el armario. Se ha sugerido la posibilidad de que en cada isla que visitaba, en cada puerto en el que atracaba y en cada reino que recorría, el leal almirante buscaba discretamente al sobrino perdido del emperador con la esperanza de disipar definitivamente las dudas que habían rodeado su desaparición.

La primera expedición de la Flota del Tesoro fue un éxito comercial,

militar y diplomático, y Yongle, satisfecho, ordenó a Zheng He realizar cinco periplos más, que lo llevaron cada vez más lejos de las costas de China. El segundo viaje se desarrolló entre 1407 y 1409 y, de nuevo, tuvo como destino final las costas occidentales de la India y la corte del señor de Calicut, al que llamaban «el Zamorín». Pero el eunuco imperial también tuvo tiempo de visitar el puerto de Cochín, que se encontraba a unos 200 kilómetros al sur de Calicut. Cochín había surgido apenas medio siglo antes gracias a una crecida que desvió un río vecino, y empezaba a hacer competencia a Calicut. Los chinos decidieron investigar la situación por si podían obtener algún beneficio de aquella rivalidad, y al final se pusieron de parte de Cochín, que se convirtió en una parada importante en la costa del sur de la India gracias, precisamente, a la protección del Imperio del Centro.

La tercera travesía (1409-1411) llevó a la Flota del Tesoro a hacer escala en Sri Lanka, la antigua Ceilán. El rey de la isla se había mostrado contrario a los planes chinos, así que estos desembarcaron un ejército, derrotaron al monarca, capturaron a su reina y se apoderaron de la reliquia más preciada de Ceilán: el célebre diente del Buda, el mismo que el monje Faxian había contemplado mil años atrás. El valiosísimo objeto fue enviado a Pekín para que el emperador Yongle pudiera presentarle sus respetos, y la Flota del Tesoro siguió su camino hacia el oeste. Esta vez navegó hasta el viejo puerto de Adén, en la península arábiga, cuyo gobernante quedó estupefacto al ver la bocana de su puerto ocupada por una selva de barcos chinos y contemplar los maravillosos presentes del emperador Ming.

La cuarta expedición (1412-1415) fue todavía más lejos. La Flota del Tesoro navegó hasta las costas de África Oriental y embarcó rumbo a China a embajadores de los señores de Kenia y Somalia. Estos llevaron consigo animales exóticos, como okapis y cebras, que Yongle, muy aficionado a los libros de historia, debió de recibir como nuevas y extrañas variantes de los «caballos celestiales» de los emperadores de antaño. De hecho, a partir de ese momento, África atrajo especialmente la atención del monarca. En 1416, ordenó llevar a cabo una quinta expedición, que recorrió las costas orientales del continente africano hasta la isla de Zanzíbar y regresó cargada de marfil, jirafas y leones —el viaje de vuelta, que duraba más de un año, debió de parecerse mucho al de Noé y su arca—. Por último, en 1421, se realizó un sexto periplo, que además de visitar las costas africanas recaló en las del golfo Pérsico, y en el que, de manera excepcional, se permitió a los marineros que comerciaran de forma privada con sus propias mercancías.

Estas largas travesías entre China, África y el golfo Pérsico fueron posibles solo gracias a la extraordinaria calidad de los juncos chinos,

la nave por excelencia del Imperio del Centro desde los tiempos de la dinastía Song. El junco de mar era muy diferente a los *dhow* árabes o a las galeras que utilizaban los europeos. En el Mediterráneo, los vientos son caprichosos, pueden cambiar de dirección o cesar de improviso durante días, obligando a los navegantes a primar la construcción de barcos de remos, en los que la fuerza humana permitía solventar los cambios de humor de la naturaleza. En cambio, en los mares de China y el océano Índico los monzones proporcionan un régimen de vientos tan regular como predecible. Esta circunstancia facilitó el desarrollo temprano de la navegación a vela y la fabricación de «naves mancas», esto es, barcos que carecían de remos y se impulsaban únicamente gracias a la fuerza del viento. Esta ventaja inicial se vio incrementada durante los primeros siglos de la Edad Media gracias al contacto con los marineros árabes y persas, que transmitieron a sus colegas chinos la avanzada tecnología naval de sus *dhow* y propiciaron un extraordinario desarrollo de la construcción naval a lo largo de la etapa Song: fue así como nacieron los juncos chinos, las naves más avanzadas que surcaron los mares de Oriente hasta la llegada de los galeones europeos.

Esos barcos tenían un casco de forma rectangular, cuyo interior podía dividirse en mamparos estancos con paredes de madera para aumentar la resistencia de la embarcación, y contaba con entre cuatro y nueve mástiles que permitían desplegar hasta una docena de velas. Estas estaban reforzadas con listones de bambú, que les daban un aspecto característico —que recuerda al de una hoja de papel doblada una y otra vez— y las hacían resistentes a los fuertes vientos del monzón. Los juncos de mar solían ser navíos más grandes que los que empleaban en ese momento los europeos o los árabes. Aunque los tamaños propuestos por algunas fuentes chinas —que hablan de más de 150 metros de eslora— se han considerado exagerados, en general se acepta que los más grandes de la Flota del Tesoro podían superar los 70 metros de largo y embarcaban una tripulación de entre doscientos y trescientos hombres. Por comparar, la nao Victoria, que dio la vuelta al mundo durante la expedición de Magallanes un siglo después, tenía 28 metros de eslora y cuarenta y cinco marineros. Para maniobrar una nave tan grande, los juncos chinos empleaban un timón de codaste, un avance técnico clave que pudo desarrollarse durante la época Song. Este timón desplazó al viejo timón de remo. Consistía en una gran pieza rectangular que se colocaba en el codaste, esto es, en el extremo inferior de la popa del barco, y se conectaba al puente a través de una serie de poleas, facilitando la gobernabilidad del barco y el trazado del rumbo. Y este no fue el único avance decisivo del período. Cuando surcaban costas peligrosas, los juncos embarcaban pilotos locales capaces de esquivar a los piratas y los

arrecifes, pero en las largas travesías de alta mar, los capitanes podían orientarse gracias a las estrellas y a una primitiva brújula: una aguja magnetizada que flotaba en un recipiente de agua. Sabemos que los marineros chinos empleaban el compás magnético como mínimo desde finales del siglo XI, aunque las propiedades del magnetismo se conocían desde antiguo en el Imperio del Centro.[314] Por otro lado, estas dos innovaciones, la brújula y el timón de codaste comenzaron a emplearse en Europa en torno a los siglos XII-XIII. Se desconoce si la brújula fue una invención local —las particularidades del magnetismo también eran conocidas en el Mediterráneo desde la Antigüedad— o si llegó de China a través de los musulmanes, como tantas cosas. En cualquier caso, los occidentales perfeccionaron su uso y añadieron a la aguja imantada un soporte fijo con direcciones que permitía obtener mediciones más precisas y podía emplearse de forma más eficaz para guiar la navegación. Estos añadidos serían clave para las increíbles aventuras que estaban a punto de protagonizar los marineros europeos.

El sexto viaje de la Flota del Tesoro regresó a China en 1422. Poco después, la Ciudad Prohibida sufrió un grave incendio. El suceso se consideró un augurio ominoso y fue aprovechado por el ministro de Finanzas para llamar la atención sobre la pesada carga que los gastos de la flota imperial suponían para las arcas públicas. Apenas un par de años más tarde, en 1424, murió Yongle, y su efímero sucesor, su hijo Hongxi, prefirió no continuar con las empresas navales de su progenitor. Sin embargo, Xuande (1425-1435), nieto de Yongle, que subió al trono un año después, ordenó realizar una séptima y última expedición, que regresó en 1430 a las costas orientales de África. En el viaje de vuelta, la Flota del Tesoro recaló en el puerto de Calicut, donde había estallado ya un enfrentamiento abierto con la vecina localidad de Cochín. Parece que Zheng He intervino en el conflicto, y es posible que fuera herido de gravedad, porque murió durante el viaje de regreso, en 1433. Su cuerpo fue arrojado al agua para que descansara eternamente en el mar que había sido su hogar durante los últimos veinte años, pero sus zapatos y un mechón de pelo fueron llevados a China, donde sería recordado como un héroe.[315] Sus viajes dejaron una profunda huella en los puertos de la Ruta de la Seda marítima. Todavía en 1442, una década después de la muerte de Zheng He, un emisario de Ormuz, en el golfo Pérsico, preguntó humildemente a la corte imperial si no pensaban enviar nuevas expediciones, pues esta era la mejor manera de garantizar la seguridad de las vías de comercio.

EL AROMA DE LAS ESPECIAS

Es posible que la prematura muerte de Zheng He fuera consecuencia

de una de las primeras guerras comerciales de las que tenemos noticia, provocada, curiosamente, no por el oro, la seda o las piedras preciosas, sino por un humilde condimento: la pimienta. Al igual que el cardamomo, la planta trepadora (*Piper nigrum*) que produce los granos de la pimienta —el color, negra, blanca o verde, depende del grado de maduración, no de la especie— es originaria de las selvas que crecen en el extremo meridional de los Ghats occidentales, la cadena montañosa que recorre, de norte a sur, la costa oeste del subcontinente Indio. Aunque podía encontrarse pimienta en otras regiones en torno al océano Índico, el calor, la humedad y el ambiente sombrío de las junglas del sur de la India producían unos granos de calidad incomparable, lo que permitió a la costa de Malabar convertirse, ya desde la Antigüedad, en el centro de la exportación mundial de esta especia. Los mercaderes chinos acudían allí a comprarla desde tiempos de la dinastía Song, y la Flota del Tesoro hizo varias veces el largo recorrido entre Nankín y Calicut para llenar sus bodegas con ella.

Pero en Calicut la venta de pimienta al por mayor a los mercaderes extranjeros estaba controlada por el Zamorín, que aplicaba unas elevadas tasas a este producto. En cambio, en la vecina Cochín, que acababa de incorporarse al negocio, no había nadie que supervisara esta actividad. Cualquiera podía vender pimienta sin cargos, y la mercancía se compraba allí un 34 por ciento más barata que a los proveedores oficiales de Calicut. Si tenemos en cuenta que la importación a China de esta especia era un monopolio imperial, eso suponía un ahorro enorme para las arcas del Estado, y explicaría tanto el interés del almirante eunuco por favorecer a Cochín, como el enfado del Zamorín de Calicut.

A comienzos del siglo XV, la pimienta era en China un bien escaso y valioso que se empleaba con propósitos medicinales, y en menor medida como condimento culinario. Su consumo se había ido incrementando desde la época Tang, de forma paralela al aumento de los intercambios con el océano Índico, pero fueron los viajes de Zheng He los que consiguieron convertirla en un producto al alcance de buena parte de la población. Las enormes bodegas de los barcos de la Flota del Tesoro transportaron tales cantidades hasta los almacenes de Nankín, que esta especia comenzó a reemplazar a la seda, el algodón o el papel moneda como medio de pago a los marineros y los soldados imperiales. La abundancia del condimento hizo que su precio descendiera, que su uso se popularizara y que, poco a poco, se convirtiera en un ingrediente habitual en la cocina china.[316]

Algo parecido había sucedido mil cuatrocientos años antes en el otro extremo del mundo. Sabemos que se consumía pimienta en el Mediterráneo desde el segundo milenio a. C., pero debía de ser tan

escasa que solo se utilizaba con fines medicinales: granos de esta especia pudieron emplearse, por ejemplo, en la momificación de Ramsés II (1279-1213 a. C.), mientras que los sabios griegos recomendaban su uso como digestivo, para tratar afecciones de los ojos o para protegerse del envenenamiento con cicuta. Por más que, al igual que otras especias, la pimienta pudiera tener algunas propiedades benéficas, las cualidades que se le atribuían no eran el resultado de una cuidadosa observación médica, sino de su condición de bien raro y exótico proveniente de tierras lejanas y, por tanto, partícipe de las fantásticas cualidades de los lugares remotos. Para mantener la ilusión, todo lo que rodeaba a la pimienta estaba envuelto en un halo de misterio y peligro: se decía que los bosques donde crecía la planta estaban rodeados por serpientes venenosas y que, para recolectarla, había que prenderles fuego para asustar a los reptiles, práctica que, además de justificar su precio, explicaba el color oscuro de las semillas.

Sin embargo, tras la apertura de la Ruta de la Seda marítima y la conquista romana de Egipto, a finales del primer milenio a. C., los mercaderes del Imperio romano comenzaron a viajar a la India para comprar pimienta negra, que obtenían en los puertos del sur, y, en menor medida, pimienta larga (*Piper longum*, que proviene de una planta distinta y es algo más picante), que compraban en los mercados del norte del subcontinente. El Hermapollon, del que se habló en el capítulo dedicado al recorrido marítimo de la Ruta de la Seda, transportó una carga por valor de siete millones de sestercios entre el sur de la India y Egipto. Junto al marfil, el aceite de nardo y las conchas de tortuga, no menos de dos terceras partes del valor de la carga eran de pimienta negra, y se ha calculado que el barco debía de llevar unas 140 toneladas de la preciada especia.

Para finales del siglo I d. C., el volumen del comercio era tal que los emperadores de la dinastía Flavia tuvieron que construir unos grandes almacenes para guardar la pimienta que arribaba a Roma: los *horrea piperatoria*.[317] La llegada de grandes cantidades de pimienta al Mediterráneo abarató su precio e hizo que su uso se volviera muy popular, al alcance de los sectores menos adinerados de la sociedad.[318] Los médicos seguían recomendándola para provocar la tos o el estornudo, abrir los poros, cuidar los ojos, entrar en calor o estimular el apetito sexual. Pero a los romanos les gustaban los sabores fuertes, y la pimienta se convirtió también en un ingrediente esencial de su cocina. Más del 80 por ciento de las recetas del *De re coquinaria* —libro atribuido a Apicio y recopilado entre los siglos IV y V d. C.— llevaba pimienta, incluidos algunos dulces, frente al 3 por ciento que incorporaba jengibre o al 1 por ciento que utilizaba arroz. Una familia de extracción humilde podía permitirse echar una pizca

de pimienta a la comida, pero los ricos hacían ostentación de su poder adquisitivo condimentando las ubres de cerda o las lenguas de tórtola con tal cantidad de especias que a nosotros nos resultarían incomibles —en el caso de que alguien hoy en día quisiera comer lenguas de tórtola—. Por último, al igual que sucedería en China, el abastecimiento regular de pimienta permitió que se empleara también como moneda de cambio, e incluso los bárbaros eran capaces de apreciar sus atractivos. En el año 408, cuando los godos asediaron la ciudad de Roma, el senado les ofreció grandes cantidades de oro, de plata… y de pimienta.

Para entonces, el valor de la pimienta ya no dependía de su escasez, sino de su remoto origen: su aroma hacía soñar con mares lejanos y su sabor transportaba a reinos de fantasía. Otras especias, en cambio, mantuvieron un precio elevado durante toda la Edad Media porque solo podían obtenerse en un puñado de islitas situadas, literalmente, en el fin del mundo. A orillas del Mediterráneo, la nuez moscada, la macis (una especie de membrana filosa que rodea la semilla de la nuez moscada; tiene un sabor similar, aunque algo más sutil) y el clavo de olor se utilizaban para aromatizar el vino o elaborar salsas, pero eran apreciadas sobre todo por sus propiedades medicinales. La nuez moscada se recomendaba para las afecciones estomacales, y el suave aroma del clavo de olor se consideraba una protección eficaz contra las enfermedades provocadas por los vapores pestilentes. Aquellos que podían permitírselo lo introducían en las pomas (pequeños recipientes para sustancias perfumadas), y fue muy demandado durante la peste negra. Es poco probable que el clavo librara a alguien de contraer la terrible enfermedad, pero seguro que los interlocutores agradecían su uso: masticar clavo de olor es un remedio eficaz contra el mal aliento, y los cortesanos chinos se echaban un puñado a la boca en el momento en el que cruzaban las puertas del palacio imperial desde tiempos de la dinastía Han. Los más entusiastas consideraban que esta pequeña especia tenía uso incluso como estimulante sexual, y había quien creía que, consumido a primera hora de la mañana, podía retrasar la vejez y alargar la vida.

El clavo de olor, adornado supuestamente con tantas y tan sorprendentes propiedades, se obtenía de los capullos secos de la flor del árbol del mismo nombre (*Syzygium aromaticum*), que solo crecía en las cinco islas de las Molucas del Norte, mientras que los árboles (*Myristica fragrans*) que producían la nuez moscada y la macis podían encontrarse, únicamente, en las islas Molucas del Sur. Los dos pequeños archipiélagos están situados en el extremo oriental de Indonesia, en el corazón de un triángulo formado por Papúa, Filipinas y Borneo. Sus diminutas islas volcánicas, tupidos conos de verdor en un mar turquesa, son uno de los rincones de la Tierra más interesantes

desde el punto de vista de la diversidad de especies. El suelo volcánico, la humedad del mar y las temperaturas tropicales han permitido la proliferación de todo tipo de plantas y animales, pero las islas quedaron separadas muy pronto del resto de archipiélagos y continentes, y el mar que las rodea es muy profundo. En consecuencia, cada archipiélago ha desarrollado una flora y una fauna particulares, con muchas especies únicas, entre las que se cuentan, naturalmente, los árboles de la nuez moscada y del clavo de olor. Hasta la llegada de los europeos, ya en la Edad Moderna, las Molucas fueron el único lugar del mundo donde podían obtenerse estas especias.

Desde las Molucas, pequeñas embarcaciones, fletadas por mercaderes locales, transportaban el clavo y la nuez moscada hasta las vecinas islas Célebes, las Filipinas, Java o Borneo, lugares frecuentados por las grandes rutas del comercio internacional. Las flotas indias, chinas, árabes o persas compraban las especias en los mercados de Palembang, en Sumatra, o de Malaca, en Malasia, y las llevaban hasta el Imperio del Centro o el subcontinente indio, desde donde se distribuían a los mercados del Mediterráneo oriental. Los europeos, que habían perdido el acceso al océano Índico después de la conquista musulmana, compraban la pimienta, la nuez moscada, la macis, el clavo de olor, el jengibre, la canela y el cardamomo en los grandes mercados de Oriente Medio y, sobre todo, en el puerto de Alejandría, hasta donde las mercancías llegaban desde el océano Índico a través del mar Rojo. La vieja colonia alejandrina había caído sucesivamente en manos de los fatimíes y de los mamelucos, dos dinastías que mantuvieron muy buenas relaciones con los mercaderes occidentales. Gracias a estos contactos, Alejandría fue la auténtica puerta de Oriente para los comerciantes del Mediterráneo durante buena parte de la Edad Media.

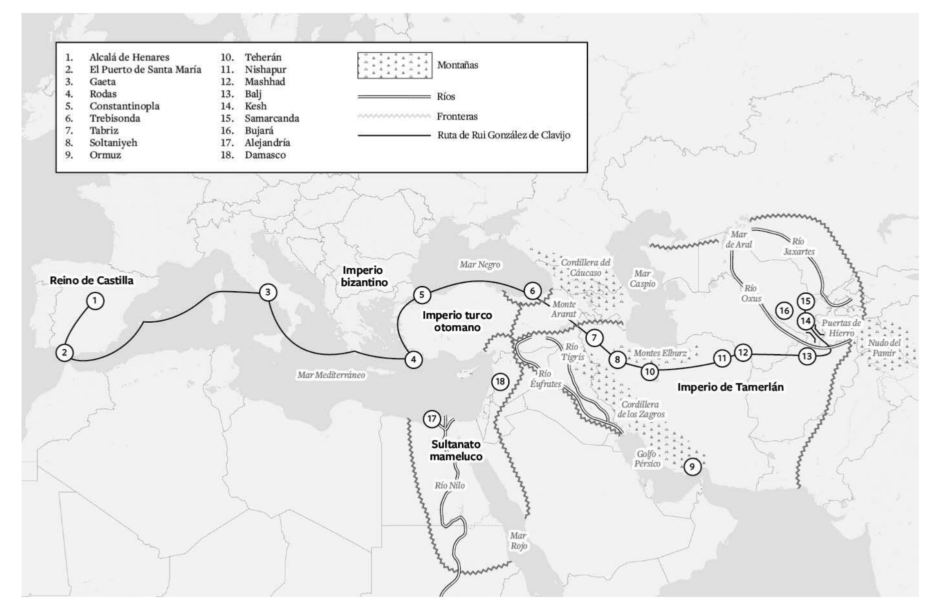
Separados por miles de kilómetros, una docena de intermediarios y dos o tres confesiones religiosas diferentes, los occidentales desconocían la ubicación del archipiélago de las Molucas, cuyo emplazamiento ni siquiera los geógrafos árabes podían situar con precisión. Circulaban, eso sí, historias extrañas acerca de cómo debían de ser los lugares donde crecían especias tan exóticas; los relatos hablaban de las curiosas costumbres de sus habitantes, de los ruidos perturbadores que salían de sus bosques y de cómo cualquier extranjero que se adentrara en sus tupidas selvas no regresaba jamás. Sin otra característica reconocible que destacar de ellas, aquellas islas misteriosas serían conocidas por los europeos como las islas de las Especias o las islas de la Especiería, y el afán por apoderarse de ellas desataría una de las carreras más emocionantes de la Era de los Descubrimientos.

En este largo viaje desde la Ciudad Prohibida de Pekín hasta el

puerto de Alejandría hemos arribado, finalmente, al Mediterráneo. Aquí habíamos dejado a dos de los más grandes soberanos de su tiempo enfrentados por el liderazgo de las tribus túrquicas y de la comunidad musulmana. A comienzos del siglo XV, apenas un par de semanas después de que Yongle se proclamara tercer emperador de los Ming, el conflicto entre Bayaceto y Tamerlán había desembocado en una guerra abierta, y los dos caudillos estaban a punto de librar una de las grandes batallas de la historia. Ha llegado el momento de volver a ocuparnos de ellos.

El 28 de julio de 1402, tras años de disputas, Bayaceto I el Rayo y Tamerlán se vieron al fin las caras en la batalla de Ankara, en el corazón de Anatolia. El choque se antojaba decisivo: Timur, que rondaba los setenta años, se había hecho acompañar por su hijo Shahrukh y su nieto y heredero Mohamed Sultán. También llevaba consigo las mejores divisiones de su experimentado ejército y unos treinta elefantes capturados durante el saqueo de Delhi. Como era costumbre entre los indios, los paquidermos cargaban sobre el lomo pequeños castillos de madera para que los soldados pudieran lanzar sus armas arrojadizas desde la relativa seguridad de aquellas fortalezas andantes.

Las tropas Bayaceto I no iban a la zaga. El gobernante turco desplegó en el campo de batalla a sus jenízaros, la infantería de élite del ejército otomano, ferozmente leal al sultán, y a la excelente caballería pesada serbia, reclutada entre sus vasallos cristianos. Sin embargo, los soldados otomanos se encontraban en cierta desventaja. Habían acudido al campo de batalla a marchas forzadas para ocupar las mejores posiciones: unos altozanos que contaban con fuentes de agua y proporcionarían cierta superioridad durante el combate. Pero Tamerlán, empleando las tácticas de los jinetes de la estepa, había fingido una retirada y había obligado a los turcos a mover sus posiciones para así arrebatarles las alturas de las colinas. Aquel día de finales de julio de 1402 sería particularmente caluroso, y las tropas otomanas padecerían a causa de la sed y el cansancio.



Comenzó la batalla. A pesar de su desventaja inicial, los soldados de Bayaceto lucharon con gallardía y a ratos pareció que la potente caballería serbia iba a conseguir abrirse camino a través de las alas del ejército de Tamerlán. Pero el gran emir era un comandante astuto y se había guardado un as en la manga. Cuando las cosas empezaban a ponerse feas para sus tropas, se dejó ver acompañado de los antiguos señores turcos de Anatolia, hombres a los que Bayaceto había arrebatado sus tierras y cuyos viejos vasallos combatían a las órdenes del sultán. Al ver a sus señores al lado de Timur, fueron muchos los soldados anatolios que cambiaron de bando y atacaron la desprevenida retaguardia de Bayaceto en el momento culminante del combate. La escolta personal del sultán peleó durante horas protegiendo a la desesperada a su caudillo, pero al caer la tarde, la derrota del ejército otomano era tan completa que hasta el soberano turco fue hecho prisionero por Tamerlán. El hombre que había aterrorizado a los cristianos por la pavorosa rapidez de sus conquistas acababa de sufrir el peor de los destinos: terminar en manos de su enemigo. Los europeos disfrutaron imaginando las desgracias del cautiverio de aquel rival formidable. Algunos aseguraban que Timur tenía a Bayaceto preso en una jaula en la que no podía ponerse en pie, y los más imaginativos añadían un toque picante al asunto: contaban que Tamerlán hacía que la esposa de Bayaceto, desnuda, le sirviera la comida. Fantasías aparte, parece que el otomano fue bien tratado por su rival, pero murió durante el cautiverio no mucho tiempo después.

Para Timur este debió de ser su momento de mayor gloria. Un triunfo superior a los que había obtenido sobre el sultán de Delhi o los jinetes de la Horda de Oro, pues venía a confirmar su destino supremo

como elegido de Dios. Ahora que nada ni nadie podía oponérsele, el infatigable gobernante debía de estar ya barruntando su siguiente campaña, aquella destinada a culminar la resurrección del imperio de Gengis Kan. Pero la victoria de Ankara tuvo otros espectadores, bastante menos entusiastas, probablemente algo desconcertados por el resultado, pero dispuestos, en cualquier caso, a sacar algo en limpio de aquel asunto.

Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos habían sido enviados a Anatolia por el rey de Castilla, Enrique III el Doliente (1390-1406), aunque las fuentes no especifican cuál era exactamente su propósito. El joven monarca castellano era de constitución enfermiza y poco agraciado, pero tenía las ideas claras y el ímpetu de un hombre de veintitrés años. Estaba decidido a retomar las campañas de conquista contra el reino nazarí de Granada y a expandir la influencia castellana por el Mediterráneo. Para ello, planeaba enviar una flota de guerra contra los piratas norteafricanos, y es posible que deseara tener más información sobre los turcos antes de embarcarse en una campaña de mayores dimensiones; tal vez le preocupara que Bayaceto, campeón de la fe islámica, pudiera prestar ayuda al reino de Granada y quería tantear al sultán sobre ese particular. Por otro lado, Enrique III era un hombre curioso, y es posible que deseara tener noticias ciertas acerca de las tierras de Oriente y su nuevo señor, el gran emir Timur, sobre el que circulaban informaciones contradictorias.

Cuatro años atrás, los reyes de Francia e Inglaterra habían recibido la visita de un personaje exótico, un dominico llamado Juan, titular del arzobispado católico de Soltaniyeh (actual Irán), la vieja capital del ilkanato mongol. El arzobispo había viajado a Occidente como embajador de Tamerlán, cargado de ofertas de alianza e invitaciones para que los mercaderes occidentales acudieran a comerciar a los dominios del emir. Al igual que su astuto soberano, el arzobispo-embajador sabía qué teclas tocar para predisponer favorablemente el ánimo de los europeos, y no le importó adornar un poco las cosas asegurándoles que Tamerlán tenía buena disposición hacia los cristianos y que uno de sus hijos había adoptado esta fe. La respuesta de los reyes de Francia e Inglaterra fue bastante entusiasta, y el gobernante inglés se atrevió a recomendar al gran emir que se bautizara cuanto antes. En cambio, el sensato rey de Aragón, Martín I el Humano (1396-1410), había advertido a Enrique III sobre las intenciones de Timur. El monarca aragonés había obtenido de sus delegados en Damasco una detallada descripción de las atrocidades cometidas por las tropas del emir en la conquista de esta ciudad en 1401, y siempre mantuvo reservas sobre el caudillo asiático. Incluso después de recibir cartas conciliadoras de Tamerlán, le respondió con

una advertencia: más le valía cuidarse de atacar a los cristianos, que se encontraban bajo la protección del mismo Dios que había obrado la derrota de Bayaceto.[319]

En cualquier caso, fuera cual fuese el propósito inicial de los dos embajadores castellanos en Ankara, se apresuraron a solicitar audiencia con el vencedor. Tamerlán los recibió de forma amistosa. Tenía intención de regresar a Asia Central y deseaba proteger su retaguardia en Anatolia sellando alianzas con los soberanos europeos: los emisarios de Enrique III venían a ofrecerle precisamente lo que estaba buscando. Cuando Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, después de presentados sus respetos, anunciaron al gran emir su intención de regresar a Castilla, este les pidió que llevaran consigo a su propio emisario, un mongol perteneciente a la familia de los chagatánidas, que viajó a la península ibérica con cartas de Tamerlán, presentes, joyas y cuatro mujeres cristianas de noble cuna prisioneras de los turcos que habían sido liberadas por sus tropas. Podemos imaginar el alborozo y la curiosidad con que fueron recibidos en Castilla el embajador chagatánida y las muchachas rescatadas, que parecían recién salidas de una novela de caballería. Las chicas se adaptaron bien a su nueva vida, y sabemos que al menos una de ellas, Angelina de Grecia, se convirtió en dama de la corte.

Enrique III quedó encantado con el intercambio diplomático. No solo había quedado disipada cualquier preocupación por la reacción otomana ante posibles movimientos castellanos en el Mediterráneo, sino que se le presentaba la oportunidad de establecer relaciones con el que parecía iba a ser el nuevo amo de Oriente. Cuando llegó el momento de que el embajador timúrida regresara a su patria, Enrique quiso que le acompañara un grupo de emisarios castellanos que llevarían cartas del rey a Tamerlán y, de paso, aprovecharían el viaje para explorar las exóticas tierras de Asia. Gracias a la curiosidad del rey, estaba a punto de comenzar un periplo fascinante, que nos ha dejado un extraordinario testimonio sobre cómo era la Ruta de la Seda a comienzos del siglo XV.

Consciente de la importancia de la misión, Enrique III escogió con cuidado a sus integrantes. Presidiría la delegación un hombre de total confianza, camarero del rey, de edad madura, pero no viejo, de costumbres frugales, cristiano devoto y con cierto gusto por las letras y la poesía: Ruy González de Clavijo. Le acompañaría un fraile dominico, fray Alonso Páez de Santamaría, doctor en Teología. Dominicos y franciscanos tenían una larga experiencia en el envío de misiones a Oriente, y es posible que fray Alonso estuviera además versado en lenguas. Con certeza debía de saber hablar latín, probablemente griego y quizás algo de árabe. Además, uno nunca sabe

cuándo se le puede presentar un debate religioso en medio de las estepas de Asia, y los europeos todavía no habían perdido la esperanza de convertir al cristianismo a los habitantes de aquellos confines remotos. Por otro lado, se consideró necesario enviar junto al embajador y el clérigo a un hombre de armas, llamado Gómez de Salazar, para protegerlos de los peligros del camino. Curiosamente, como veremos, el más aguerrido del grupo sufrió de forma particular los rigores del viaje. Por último, junto al trío de emisarios que encabezaba la misión, Enrique III envió media docena de criados, escribas y escuderos encargados de tomar nota de cuanto veían,[320] y de transportar los presentes que el monarca castellano ofrecía a su homólogo asiático: paños teñidos de rojo, objetos de plata y, sobre todo, halcones gerifaltes. Estas aves se consideraban las mejores para practicar la cetrería; en Oriente se habían contado entre las preferidas por los mongoles y en Europa estaban reservadas a los reyes y los nobles de alto rango. Conducirlas hasta el corazón de Asia no parecía tan complicado como transportar leones y jirafas entre África y Pekín, pero debió de constituir todo un desafío.

Cargados con los regalos y acompañados del embajador de Tamerlán, los integrantes de la expedición castellana salieron del Puerto de Santa María el 23 de mayo de 1403. En apenas tres meses cruzaron el Mediterráneo y a comienzos de agosto llegaron a la isla de Rodas, que estaba en manos de los Caballeros Hospitalarios. Los embajadores esperaban conocer allí el paradero de Tamerlán, al que situaban en el este de Anatolia, pero no encontraron a nadie que supiera del gran emir, así que resolvieron marchar a Constantinopla en busca de información. En la vieja capital bizantina los embajadores fueron recibidos con los mayores honores: el emperador les concedió audiencia y su propio yerno se ofreció a hacerles de guía. Los miembros de la expedición recorrieron fascinados iglesias, palacios y monumentos antiguos, contemplaron reliquias y se admiraron por el tamaño de las murallas de la ciudad, pero entre tanta maravilla, también notaron la abundancia de edificios abandonados y de solares vacíos; era evidente que los mejores días de Constantinopla habían quedado atrás y que la capital se había salvado de caer en manos de los turcos solo gracias a la providencial derrota de Bayaceto.

En noviembre, impacientes por continuar su misión, los castellanos se empeñaron en tomar un barco que los condujese hasta Trebisonda, una antigua colonia griega en la costa suroriental del mar Negro. Les fue difícil encontrar navío, porque a causa de lo avanzado de la estación, la navegación por aquellas aguas era peligrosa. Efectivamente, a los pocos días de travesía les sorprendió una tormenta tan fuerte que su barco naufragó, y después de ganar la costa se vieron obligados a regresar a Constantinopla. Pasaron el invierno

en la ciudad de Pera/Gálata, al norte del Cuerno de Oro, que estaba en manos de los genoveses. Solo a finales de marzo de 1404 los embajadores pudieron fletar una pequeña embarcación, la primera que salió aquel año del puerto de Pera, para navegar, bordeando la costa norte de Anatolia, hasta el enclave cristiano de Trebisonda. Aquí consiguieron caballos y provisiones, pues tenían el propósito de continuar su trayecto por tierra, hacia el sudeste, y atravesar el territorio de la Transcaucasia.

Al parecer, Tamerlán había pasado el invierno en esta zona, en las colinas de Nagorno Karabaj (en la disputada frontera entre Armenia y Azerbaiyán) y, si se daban prisa, podrían alcanzarlo y completar su misión. No iba a ser una tarea fácil: el terreno era montañoso y abrupto, los caminos estaban en mal estado, no había lugares donde guarecerse y, sobre todo, aquella región de frontera estaba en manos de señores locales, griegos, turcos y armenios, que no rendían pleitesía a nadie y que, desde lo alto de sus castillos, se ganaban la vida saqueando a sus vecinos o extorsionando a los viajeros. Los embajadores, incluido el emisario de Tamerlán, no tuvieron más remedio que echar mano de sus presentes diplomáticos y distraer una parte para contentar a estos señores, que, entre fingidas cortesías y lamentos por su miserable condición, no permitían que nadie pasase sin pagar. A cambio, la imaginación de los expedicionarios pudo comenzar a solazarse con las maravillas de Oriente. Aquí contemplaban las nevadas cimas del Ararat, donde el arca de Noé —decían— había quedado varada tras el diluvio. Allá podía verse la primera ciudad fundada después de la gran inundación, y un poco más lejos, las orillas del Éufrates, que como era bien sabido, se trataba de uno de los cuatro ríos del paraíso.

Mientras tanto, en su avance hacia el sudeste, los embajadores llegaron a los actuales confines entre Turquía, Irán y Armenia, regiones donde se respetaba la autoridad de Tamerlán, los caminos estaban en buen estado y había posadas construidas a intervalos regulares. Inmediatamente, el embajador del emir hizo valer su condición: a sus órdenes se les entregaban caballos y alimento, y se les daban, por fin, noticias ciertas del paradero de Timur. Por lo visto, el soberano había marchado hacia el este con la llegada de la primavera; si querían entrevistarse con él, debían adentrarse en el corazón de su imperio. Tras un año de viaje, los embajadores descubrieron que su periplo iba a ser mucho más largo de lo esperado y que los conduciría hasta lugares que nunca soñaron visitar.

Para comienzos de junio de 1404, los emisarios recorrían ya la cara meridional de los montes Elburz, en el norte de Persia. El mundo a su alrededor era cada vez más exótico, y cualquier detalle resultaba fascinante. Vieron a un grupo de mongoles que, apostados a la entrada

de sus tiendas, contemplaban cómo sus rebaños se alimentaban del jugoso pasto de las montañas. Junto a Tabriz, se encontraron con el embajador del sultán de Babilonia, que enviaba a Tamerlán veinte caballos y quince camellos cargados de presentes, seis avestruces y hasta una jirafa. Los castellanos nunca habían visto un animal así. González de Clavijo se entretuvo describiéndola con todo detalle, aunque en su fuero interno debía de sentir cierto desasosiego al comparar los magníficos regalos del señor mesopotámico con sus halcones gerifaltes y sus cofres de telas escarlata, algo menguados además tras su paso por la Transcaucasia. El 26 de junio llegaron a Soltaniyeh, la antigua capital del ilkanato mongol. La ciudad era magnífica, repleta de mercados donde abundaban la nuez moscada, la macis, el cardamomo, la seda, el algodón, las perlas y las piedras preciosas. Estas mercancías llegaban desde el puerto de Ormuz, en el golfo Pérsico, donde atracaban los *dhow* de los árabes, fantásticas embarcaciones que carecían de clavos porque —según les dijeron— si los tuvieran se desarmarían a causa de la abundancia de piedras imanes que había en aquel mar.

En Soltaniyeh, los embajadores tuvieron también su primer contacto con la realeza timúrida, aunque el encuentro les resultó inquietante. Fueron recibidos por el hijo mayor de Tamerlán, un hombre corpulento y gotoso de unos cuarenta años. Al parecer, después de recibir el gobierno de aquellas regiones, el príncipe se cayó del caballo y sufrió algún tipo de lesión cerebral que le volvió loco. Comenzó a derribar los edificios y a repartir los tesoros de su progenitor, pues de esta manera, decía aquel infeliz, sería siempre recordado, no por ser un constructor mayor que su padre, pues tal cosa era imposible, sino por arrasar todo lo que este había levantado. La propia esposa del príncipe avisó a Tamerlán de los desmanes de su hijo, y el gran emir decidió respetar su vida, pero apartándolo de cualquier responsabilidad de gobierno. A pesar de este gesto de clemencia, Clavijo y sus compañeros no se engañaban sobre las cualidades de Timur. En Armenia les habían contado cómo había forzado a los hombres a convertirse al islam y había mandado destruir iglesias incluso después de cobrar rescate por ellas, y durante su camino tendrían ocasión de contemplar ciudades rodeadas de pirámides hechas de barro y cabezas humanas. Por muy amable que fuera el trato que se les dispensara, eran conscientes de que acudían al encuentro de un hombre despiadado y brutal.

A comienzos de julio la expedición llegó a Teherán, parada tradicional de la Ruta de la Seda. A estas alturas del verano, el calor era insoportable y el viento, abrasador. Comenzaron a marchar de noche para escapar del sol y de los tábanos, pero el viaje duraba ya más de un año y el cansancio, las duras condiciones y la extraña

alimentación empezaron a hacer mella en la salud de los castellanos. En estas regiones del norte de Persia les servían caballos enteros asados con su cabeza y acompañados de sus tripas cocidas. Casi todos habían caído enfermos, un halcón gerifalte moriría asfixiado poco después y siete integrantes de la comitiva se quedaron en Teherán con la promesa de que serían recogidos cuando los emisarios regresaran a Castilla. Dos fallecerían antes de volver a su patria.

Aunque ellos también se encontraban indispuestos, Ruy González de Clavijo, el fraile dominico y el hombre de armas, acompañados de cuatro criados, prosiguieron el camino. Les habían llegado noticias de que Tamerlán se encontraba en su capital, Samarcanda, y de que deseaba que acudieran allí cuanto antes para entrevistarse con él y contemplar la ciudad. Se les ordenó cabalgar de día y de noche, así que, haciendo caso omiso de las protestas de los embajadores, que suplicaban descanso, se les ató a sus monturas con unos arneses de madera y, más muertos que vivos, se les hizo proseguir la marcha a un ritmo tal que con frecuencia reventaban los caballos y se veían obligados a degollarlos a la vera del camino. Gómez de Salazar, el hombre de armas, fue incapaz de soportar la dureza del trayecto; murió en Nishapur en el verano de 1404. Todavía enterrarían a alguno más antes de llegar a su destino.

El grupo de emisarios, cada vez más reducido, continuó su periplo a través del Jorasán. Visitaron Mashhad, donde les mostraron la tumba de Alí Reza, el imam chiita, cubierta de plata en medio de una gran mezquita; pasaron por Merv, que era ya una sombra de lo que había sido, y penetraron en las tierras de Bactria, en la cuenca alta del Oxus. En estas regiones contemplaron hileras de gentes desventuradas, hombres y mujeres que lo habían perdido todo y a los que se obligaba a trasladarse al corazón del imperio para repoblarlo y trabajar en las construcciones del gran emir. El asfixiante verano llegaba a su fin y los embajadores se mezclaron con las columnas de desplazados mientras cruzaban las Puertas de Hierro que separaban Bactria de Sogdiana y hacían un alto en la ciudad de Kesh, el lugar de nacimiento de Tamerlán, que ejercía la función de segunda capital de su imperio. Aquí esperaron un tiempo, junto al emisario del sultán de Babilonia, hasta que Timur los mandó llamar. Finalmente, el 8 de septiembre de 1404 emprendieron el camino hacia Samarcanda. Aquí no solo les aguardaba el Señor de la Conjunción Afortunada, sino una de las ciudades más fascinantes de la Ruta de la Seda, que se encontraba entonces en su momento de apogeo.

SAMARCANDA

Aunque él mismo llevó la vida de un nómada, siempre de campaña en campaña, Tamerlán era un hombre muy diferente a los mongoles de

los que se había proclamado sucesor. Para el gran emir, las ciudades constituían centros de riqueza y poder, y los monumentos que las adornaban eran el escenario predilecto de su propaganda, un aspecto al que Timur, necesitado de legitimación, concedía mucha importancia. La magnificencia de sus construcciones era clave para la consecución de sus ambiciones, pues contribuía al sometimiento de los pueblos por simple apabullamiento visual, en un despliegue de poderío arquitectónico que no tenía precedentes y que respondía a una de las máximas del Imperio timúrida: «Si dudas de nuestro poder, ¡contempla nuestros monumentos!». Con este propósito en mente, y teniendo a su disposición un número casi ilimitado de artesanos deportados desde los territorios conquistados, Tamerlán mandó levantar tantos monumentos en las principales localidades de sus dominios que no solo enloqueció a su hijo mayor, sino que sentó las bases de un nuevo lenguaje arquitectónico, clave para entender el arte de Asia Central y Oriente Medio.

Entre todas sus ciudades, Samarcanda fue la predilecta del emir y aquella en la que quiso dejar el testimonio más ambicioso de su gloria. Cuando Timur se apoderó de ella, la vieja Maracanda que había conocido Alejandro, la ciudad donde los sogdianos se habían mezclado con los turcos celestiales y que los califas habían tardado décadas en someter, ya no existía. La antigua localidad, construida sobre la cima de la colina Afrasiab, había sido arrasada por Gengis Kan siglo y medio antes. Pero, una vez tomada la decisión de convertirla en la capital de su imperio, Timur la transformó en una ciudad nueva. El emir regresaba a ella después de cada campaña como quien vuelve a los brazos de una amante: celebraba allí sus triunfos y preparaba sus nuevas conquistas, acumulaba en sus palacios el fruto de sus victorias, dotaba a sus bibliotecas de libros traídos de lugares lejanos y ordenaba a sus artesanos idear sin descanso nuevas maneras de embellecerla. Mandó abandonar el limitado reducto disponible en lo alto de la colina y trasladar el corazón de la ciudad al llano, donde contaría con espacio suficiente para sus ambiciosos proyectos urbanísticos. La rodeó de murallas, levantó un palacio en su nueva ciudadela (el Gok Saray, que podría traducirse como Palacio Azul), y construyó una avenida que recorría la localidad de parte a parte, en la que había recintos para la compraventa de todo tipo de productos.

La apertura de un eje viario de estas características resultaba una tarea complicada, pero Tamerlán no era un hombre que se anduviera con miramientos: ordenó que los trabajos se realizaran con rapidez, incluso durante la noche, y que las casas que entorpecían su avance fueran demolidas sin molestarse siquiera en avisar a sus dueños. Estos —observó Clavijo— huían llevando consigo las pocas posesiones que habían conseguido rescatar, mientras un enjambre de obreros se

afanaba ya en despejar el terreno de escombros. El resultado fue un impresionante bulevar comercial dotado de fuentes, sombras, pequeñas plazas y todo tipo de tiendas donde podían comprarse alimentos y mercadurías del Cathay, de la India, de Rusia y de Tartaria, en abundancia y a precios económicos, pues el emir castigaba con dureza a los mercaderes corruptos.

Alrededor de esta avenida, gran eje urbanístico de la ciudad, se levantaban los monumentos más importantes de Samarcanda: el mausoleo del emir, la plaza del Registán y la mezquita de Bibi Janum. El primero, el Gur-e Amir, la Tumba del Rey, se encontraba en el extremo meridional de la localidad. Aunque tras su muerte se convertiría en el lugar de enterramiento de Tamerlán, no estaba destinado al soberano, sino a su nieto y heredero, Mohamed Sultán. El joven, tan dotado para el gobierno como para la guerra, había comandado el cuerpo principal del ejército durante la batalla de Ankara y se había distinguido en la captura de Bayaceto, pero murió poco después, tal vez a causa de las heridas sufridas en el combate. Solo tenía veintiocho años. Su prematuro fallecimiento dejó desolado a Timur, que decidió levantar en su honor este espléndido mausoleo.

La construcción resumía muy bien las características del nuevo estilo timúrida, uno de esos artes mestizos, habituales en la Ruta de la Seda, que combinaba características de la arquitectura de Persia y Asia Central con elementos heredados de la tradición islámica y el arte de los ilkánidas mongoles. Por ejemplo, el mausoleo formaba parte de un complejo que estaba rodeado por un alto muro. Es muy posible que el interior de este recinto albergara fuentes y árboles, y las fachadas de sus edificios estaban decoradas con motivos florales. Este despliegue vegetal estaba destinado a evocar en el visitante la imagen del paraíso: un vergel verde y fragante, surcado por cursos de agua, protegido por una barrera inaccesible y vedado al común de los mortales. El acceso al interior del complejo se realiza hoy a través de un delicado portal que levantó, décadas más tarde, otro nieto de Tamerlán del que hablaremos bastante: Ulugh Beg. Una vez dentro, el visitante se encontraba en un gran patio de planta cuadrada rodeado de tres edificios, uno a cada lado. De dos de ellos, una madrasa y un alojamiento para peregrinos sufíes, apenas se conservan restos, pero el mausoleo propiamente dicho, situado frente a la entrada, se ha preservado en bastante buen estado. Su fachada está presidida por dos de los elementos más característicos del arte timúrida: un *iwan* (un espacio de planta rectangular cerrado por los lados largos y abierto al menos por uno de los cortos, y coronado por un arco monumental) y una cúpula apoyada sobre un tambor de grandes dimensiones. Ambos, *iwan* y cúpula, eran una herencia de la arquitectura persa sasánida, pero se ha considerado la posibilidad de que la costumbre de colocar

cúpulas sobre las tumbas pudiera deberse a la influencia de los pueblos de la estepa, donde la yurta, la tienda de planta circular, era el lugar escogido para velar a los muertos.

Por último, los muros de todos los edificios estaban cubiertos de bellísimas azulejerías de color blanco, azul, dorado y, sobre todo, turquesa. Los azulejos ocultaban la pobreza del ladrillo, que se empleaba como principal material de construcción, pero este recurso también era muy adecuado en un entorno semidesértico, donde la viveza del color de los edificios contrastaba de forma muy atractiva con la monotonía del paisaje. En el pasado, los pueblos de la zona habían solventado este problema usando los ladrillos para componer relieves geométricos que dibujaran claroscuros sobre las fachadas y las hicieran más agradables a la vista, pero, tras el triunfo de Timur, las azulejerías se convirtieron en una característica distintiva del arte de la región.



Mausoleo de Tamerlán, siglo XIV. Samarcanda.

Al norte del mausoleo, en el corazón de la nueva Samarcanda, se encontraba su segundo gran recinto monumental, la plaza del Registán. Este lugar, el más impresionante de Asia Central por el tamaño de sus construcciones y la grandiosidad del espacio, que incluso en nuestros días —y no es fácil— causa una profunda impresión hasta en el turista más escéptico, no es obra de Timur. En tiempos del fundador de la dinastía, el Registán tenía más bien el aspecto de un gran bazar cubierto, con una plaza en la que se

realizaban anuncios importantes y se celebraban las ejecuciones públicas. Tendremos que esperar hasta la época de su nieto, el bueno de Ulugh Beg, para hablar de los edificios de esta bellísima plaza y de las transformaciones que experimentó el espacio.

Por último, en el extremo septentrional de la gran arteria comercial, a los pies de la colina de Afrasiab, se encontraba la construcción más ambiciosa de Tamerlán y uno de los complejos más espectaculares levantados jamás en el mundo islámico: la mezquita de Bibi Janum. Los trabajos comenzaron en torno a 1399, después de la victoriosa campaña contra el sultán de Delhi, y algunos expertos han identificado influencias de la arquitectura india en su original diseño. Es posible que fuera erigida en honor de Saray Malik Khatun, una de las esposas más importantes del emir, porque descendía, a través de sus antepasados chagatánidas, de Gengis Kan. Nada se puede afirmar con certeza, pero quizá, honrando de esta manera a su consorte, Timur quisiera poner de manifiesto sus vínculos con el conquistador mongol. En cualquier caso, el resultado fue espectacular.

Los cronistas de la época compararon sus cúpulas con el cielo y su portal con la Vía Láctea, y se dice que para su construcción se emplearon columnas de mármol que fueron transportadas por los elefantes que Tamerlán había traído del subcontinente indio. Su diseño general era similar al del Gur-e Amir, al que, sin embargo, superaba por la audacia de su construcción y por sus dimensiones. El *iwan* de entrada al recinto tenía un arco de 35 metros de alto y 18 de ancho, y estaba flanqueado por dos interminables minaretes, hoy desaparecidos, que se elevaban más de 50 metros. El patio central tenía el suelo de mármol y las tres salas de oración que lo rodeaban estaban cubiertas de azulejos y de enormes cúpulas de color turquesa. La principal, que coronaba la sala situada frente a la entrada, alcanzaba los 40 metros, y el colosal espacio vacío que se forma en su interior es capaz de dejar sin aliento al visitante.

Al margen de sus evidentes logros artísticos, probablemente lo más interesante de todos estos monumentos levantados por Tamerlán sea que constituyen una buena metáfora de su imperio. Los edificios causan una impresión inmediata de grandiosidad. Uno no puede dejar de reconocer su enorme tamaño, su vistosa decoración o la armonía de sus elementos; pero también esconden defectos que requieren un examen más atento o confiar en el implacable juicio del tiempo. Las cúpulas, por ejemplo, tenían un casquete doble: una capa exterior muy fina, que permitía elevarlas a alturas imposibles, y una interior, más baja y razonable, que solo se hacía visible al penetrar en el interior del edificio. La mayoría se derrumbaron con la dinastía, y todos los monumentos timúridas han necesitado una profunda restauración. Pero, aunque las construcciones resultaron perecederas, su influencia

fue enorme. El gusto por crear complejos cerrados, con varios edificios alrededor de un patio, el uso de azulejerías, los *iwanes* y las cúpulas, la predilección por los tonos azules…, se convirtieron en una seña de identidad del arte de Asia Central, desde los Zagros hasta el valle del Indo, y los ecos de la arquitectura timúrida se distinguen en monumentos tan alejados entre sí como el Taj Mahal de Agra o la plaza de Naqsh-e Yahán de Isfahán. Puede que el imperio de Tamerlán apenas sobreviviera unas décadas a la muerte de su fundador, o que sus construcciones se derrumbaran con el paso de tiempo, pero tal y como él deseaba, seiscientos años después, sus monumentos todavía proclaman su poder en las tierras de Oriente.

Durante su estancia en Samarcanda, los embajadores castellanos tuvieron ocasión de contemplar estas fantásticas construcciones, pero, cuando llegó el momento de recibirlos en audiencia, el gran emir les hizo acudir a un jardín situado a las afueras de la ciudad. Mientras se dirigían al encuentro de Tamerlán —al que en castellano daban el sonoro nombre de Tamurbeque—, González de Clavijo y el fraile Alonso Páez debieron de recordar las penalidades que habían sufrido y los compañeros que habían perdido por el camino, todo para llegar a este momento. Cuando arribaron a la tapia del jardín, unos sirvientes del emir se hicieron cargo de los presentes diplomáticos, y los castellanos pasaron al interior acompañados por el emisario que Timur había mandado a Enrique III. El ambiente era festivo. Vieron elefantes que llevaban sobre el lomo castillos de madera adornados con pendones y oyeron los comentarios alegres de los invitados, que se morían de risa al ver a uno de los suyos, el embajador de Tamerlán, vestido a la manera de los europeos.

Las cosas se pusieron más serias cuando se acercaron al lugar donde se encontraba el emir. Unos caballeros los tomaron por los sobacos y los condujeron, casi en volandas, hasta un *iwan* situado a la entrada de una hermosa mansión. Aquí había una fuente cubierta de manzanas rojas de la que salían chorros de agua y un estrado cubierto de mullidos cojines de seda donde les aguardaba, recostado, el gran Timur, vestido de blanco y tocado con un sombrero adornado con perlas y piedras preciosas. Cuando se hallaron ante él, los embajadores castellanos pusieron las manos sobre el pecho e hicieron una reverencia, y otra, y una tercera, hasta quedarse agachados, con la vista fija en el suelo. Tamerlán ordenó entonces que se acercaran, así que unos nobles les tomaron por los brazos, los adelantaron unos pasos y los hicieron postrarse de nuevo. El emir, curioso, les pidió que se aproximaran todavía más, y los castellanos aprovecharon la ocasión para examinar de cerca a aquel hombre formidable. Se encontraron con un anciano delgado, de párpados caídos, cuya visión estaba tan deteriorada que necesitaba tener justo delante a los exóticos emisarios

para poder verlos.

Pero los achaques de la vejez no habían arrebatado a Tamerlán ni una pizca de su orgullo o de su ambición. Les preguntó por el rey de Castilla, al que se refirió como su hijo y describió a los suyos como «el mayor rey que hay en los francos, que son en un cabo del mundo». Después, mandó sentar a los embajadores en un estrado que estaba a su derecha, cerca del que ocupaban los emisarios enviados por Yongle, el emperador de la China Ming. En este punto, los castellanos se dieron cuenta de un detalle interesante. Al ver el lugar en el que los habían sentado, Tamerlán ordenó que movieran de sitio a los emisarios hispanos para colocarlos «encima de los de Cathay», esto es, en una posición más cercana al emir que la que ocupaban los chinos. Por si el gesto no fuera ya de por sí lo bastante elocuente, Tamerlán anunció que obraba así porque el rey de Castilla era su amigo, mientras que el emperador chino era un ladrón, un mal hombre y su enemigo, al que deseaba que Dios le permitiera algún día hacer ahorcar.

Las relaciones entre los nuevos emperadores chinos y los herederos de los mongoles eran muy malas, y tras la victoria sobre Bayaceto, Tamerlán estaba preparando una nueva campaña, la más ambiciosa de su reinado, contra la China de los Ming. El incansable caudillo planeaba apoderarse del Imperio del Centro para restaurar los dominios de Gengis Kan, y las calculadas ofensas con las que afrentaba a los embajadores de Yongle eran un anuncio del inminente comienzo de la campaña. Después de este momento de tensión, y una vez completados los trámites políticos, se celebró un gran banquete, a cuyo término se mostraron a Tamerlán los regalos del rey de Castilla. Para alivio de los emisarios, el gran emir recibió los halcones y los vasos de plata con agrado, e incluso repartió los paños de color escarlata con sus mujeres: todo parecía indicar que la embajada iba a ser un éxito.

Una semana más tarde, Clavijo y sus compañeros fueron conducidos a un nuevo jardín, donde se celebró otra recepción, y así pasaron el mes de septiembre, de «huerta» en «huerta» —como las llamaban los castellanos— y de fiesta en fiesta. Aquellos deliciosos días del final del verano de 1404 fueron para los embajadores una fuente constante de sorpresas y maravilla. Los jardines de Tamerlán estaban repletos de fuentes, estanques, canales y puentecitos. Había árboles de todas clases, flores fragantes y prados de hierba verde donde pastaban magníficos caballos. Para disfrute de los visitantes, abundaban la música, los juglares, las luchas de forzudos y los animales exóticos, como los elefantes. Cada jardín contaba con su propio palacete, levantado por artesanos llegados de lugares tan remotos como Siria o Egipto, y cuya construcción solo comenzaba si los auspicios de los

astros eran favorables. Los suelos de estos palacios eran de mármol, y las paredes estaban cubiertas de jade, lapislázuli y grandes pinturas que representaban las victorias de Timur. También había tiendas hechas de paño de seda, adornadas con borlas de plata, perlas y piedras preciosas, que ondeaban dulcemente con las primeras brisas del otoño.

Las celebraciones congregaban a una gran cantidad de gente, tanto hombres como mujeres, pues cada jardín estaba destinado a albergar a una de las esposas del gran emir, y cada vez que se casaba —lo hizo nueve veces— construía uno nuevo. En los banquetes se devoraban caballos y carneros asados enteros, arroz preparado de maneras diversas, tortas de pan, uvas, melones y leche de yegua con azúcar. Las viandas se servían en platos de porcelana, un material que Clavijo desconocía, pero que le indicaron que era de los más lujosos y caros, y el vino se ofrecía en copas de oro. El alcohol corría en abundancia, a la manera mongola y por deseo del propio Timur —que consideraba ofensivo que sus invitados no salieran de sus fiestas con una buena melopea—,[321] y al término de las celebraciones, que podían extenderse hasta bien entrada la noche, se repartían regalos en forma de monedas de plata, ropajes de seda o caballos.

Este gusto de los timúridas por los jardines revelaba que los señores mongoles y turcos que formaban la corte de Tamerlán todavía no habían dejado del todo atrás su pasado errante. Cuando visitaba Samarcanda, el gran emir no se alojaba en su Palacio Azul, sino que prefería plantar su tienda en alguno de los nueve jardines que rodeaban la capital. Estas prácticas le permitían replicar las viejas costumbres mongolas, contribuían a legitimar su posición de líder y reforzaban la lealtad de sus seguidores. Pero resulta igual de revelador que este despliegue de antiguas tradiciones no se realizara en el inhóspito contexto de la estepa, sino en un espacio seguro, protegido por un alto muro, diseñado con mimo por un ejército de artesanos y bien provisto de todo tipo de placeres y diversiones. De hecho, el concepto de «jardín» era algo ajeno a los auténticos mongoles, que ya pasaban su vida en uno y no necesitaban construirlo, y mucho menos rodearlo con una tapia. Los jardines áulicos, como las «huertas» de Tamerlán, eran en realidad un artificio de las sociedades sedentarias para darse el gusto de disfrutar de un pedazo controlado y manejable de naturaleza. Un entorno cerrado, con sus canales que asemejaban ríos, sus arboledas que replicaban bosques y sus mansiones que parecían palacios, que se concebía como un microcosmos, una representación en miniatura del macrocosmos, esto es, de los dominios del señor, para que incluso en la agradable privacidad de aquel recinto vallado mantuviera su condición de soberano del mundo.[322]

Finalmente, el 1 de noviembre, después de dos meses de banquetes

y celebraciones, Tamerlán mandó llamar a los embajadores por última vez. En esta ocasión había plantado su tienda delante de la mezquita de Bibi Janum, pues quería supervisar personalmente la marcha de las obras. Los castellanos permanecieron varias horas aguardando al emir, del que esperaban despedirse y recibir cartas para el rey Enrique antes de regresar a Castilla, pero Tamerlán estuvo muy ocupado dando instrucciones a su nieto, Pir Mohamed, al que había entregado el gobierno de la región de Kandahar (Afganistán), y pidió a los emisarios que regresaran al día siguiente. Ya no volvieron a verlo. El emir cayó enfermo, y todos los intentos que realizaron durante las jornadas sucesivas por entrevistarse con él resultaron infructuosos. Llenos de preocupación por el modo en el que iba a terminar su misión, los castellanos aguardaron en sus posadas a que los convocaran de nuevo, pero, a mediados de noviembre, todos los emisarios que se encontraban en Samarcanda recibieron órdenes de abandonar la ciudad y regresar a su patria. De nada sirvió que Clavijo protestara enérgicamente porque su embajada, que tantos sacrificios había costado, no había obtenido todavía una respuesta. El 21 de noviembre fueron obligados, casi por la fuerza, a emprender el camino de vuelta.[323]

Cualquier observador que examine la vida de Tamerlán intuirá, sobre todo en sus últimos años, cierta extraña urgencia, una necesidad obsesiva de alcanzar cuanto antes sus ambiciosos objetivos. Sus propios generales acabaron cansados de las constantes campañas militares, y la guerra contra los otomanos se libró en contra del consejo de sus leales, que recomendaban pausa al emir y descanso a sus tropas. Clavijo, que era un observador atento, se dio cuenta de la angustia que escondía el comportamiento del soberano. Tamerlán ordenaba a los albañiles trabajar en sus construcciones sin interrupción, de día y de noche, y si quedaba descontento con un edificio, mandaba derribarlo y volverlo a levantar de inmediato. El peculiar comportamiento del monarca tenía una causa evidente. Superada ya la séptima década de una vida llena de guerras y penurias, se había convertido en un anciano escuálido que tenía que ser conducido en andas y apenas podía hablar. En noviembre de 1404, cuando los embajadores lo vieron por última vez, Tamerlán se estaba muriendo, pero este hombre de voluntad inquebrantable se resistía a abandonar este mundo sin haber completado todavía el sueño de su vida. Debía marchar contra China, derrotar a su emperador y apoderarse de sus ricas ciudades, tal y como había hecho Gengis Kan. Haciendo caso omiso de las recomendaciones de sus consejeros y de los rigores del invierno, emprendió el camino de las grandes llanuras de Asia. Atravesó el desierto de Kyzyl Kum y cruzó el Jaxartes, hasta que la nieve y el agotamiento le obligaron a detener su marcha en

Otrar, en la puerta misma de la estepa. Aquí le encontró la muerte, el 18 de febrero de 1405.[324]

A lo largo de su ajetreada vida, Tamerlán se había preocupado mucho más por extender sus dominios que de construir una administración coherente. Gobernaba los variopintos territorios que componían su imperio a través de familiares, hombres de confianza y reyezuelos vasallos escogidos muchas veces entre las mismas dinastías que llevaban generaciones gobernando la región. La integridad del Imperio timúrida dependía de los pactos que estos señores locales habían sellado con el gran emir, y de nada sirvió que el entorno de Tamerlán tratara de ocultar la gravedad de su enfermedad o que retrasara todo lo posible la noticia de su muerte. En cuanto el rumor de su fallecimiento abandonó las llanuras heladas de Otrar, los dominios de Timur se sumieron en el caos.

Cuatro hijos varones de Tamerlán alcanzaron la edad adulta. Uno se volvió loco; otro falleció mucho antes que su progenitor y un tercero, Shahrukh, había nacido de una concubina. En cambio, Jahangir, el predilecto, hijo de la primera mujer de Timur, mostraba un genio militar y una inteligencia similares a las de su padre. Tamerlán lo educó con esmero y lo casó con una bellísima princesa mongola, descendiente de los señores de la Horda de Oro. Pero el prometedor joven murió pronto, cuando apenas tenía veinte años, en 1376. Desolado, el gran emir se volcó entonces en sus dos nietos, hijos de Jahangir: Mohamed Sultán y Pir Mohamed. El primero resultó ser un hombre tan dotado como su progenitor, pero también falleció de forma prematura en 1403, poco después de la batalla de Ankara. Para él fue construido el mausoleo que sirvió de tumba a Tamerlán. Quedaba solo el pequeño, Pir Mohamed, al que su abuelo encomendó la administración de la provincia de Kandahar para instruirlo en las artes del gobierno. Fue al que Tamerlán designó como sucesor en su lecho de muerte, pero el muchacho no tenía ni el talento ni la determinación del gran emir, y por deseo de su abuelo se encontraba lejos del corazón del imperio, en el sur de Afganistán. Antes de que tuviera tiempo de regresar a Samarcanda, fue apartado del poder por sus familiares y murió poco después, asesinado por su propio visir.

La guerra que estalló a continuación involucró a buena parte de la familia de Timur: enfrentó a tíos, sobrinos, hermanastros y primos. Contra todo pronóstico, el vencedor de la contienda fue el más pequeño de los hijos de Tamerlán, Shahrukh —el nombre podría guardar relación con la afición del emir por el ajedrez, porque *shah* significaba «rey» en persa y *rukh* «torre»—. A diferencia de su

hermanastro Jahangir, Shahrukh se parecía poco a su padre: era un hombre tranquilo y piadoso, poco amante de los conflictos y dotado de un gusto exquisito. Tal vez por eso Timur nunca lo había tenido en cuenta para la sucesión. Sin embargo, durante el enfrentamiento fratricida que siguió a la muerte del gran emir, Shahrukh demostró que tenía talento de sobra para la política. No solo ganó la guerra, también administró durante cuarenta años el corazón del territorio conquistado por su progenitor. Con él, la estirpe de Timur demostró que se había ganado el derecho a gobernar Asia Central por sí misma.

Al observar el largo reinado de Shahrukh (1409-1447), resulta difícil sustraerse a la tentación de establecer paralelismos entre el Imperio mongol y el Imperio timúrida, pues el segundo parece adoptar la forma de una réplica, inferior en tamaño y en duración, del primero. Los dos fueron fundados por conquistadores formidables que sembraron el terror y la destrucción para engrandecer sus dominios, pero, una vez pasada la tormenta, los crueles guerreros fueron reemplazados por una nueva generación de gobernantes cultos y pacíficos, patronos de la artesanía y el comercio, que condujeron a sus respectivos reinos a su auténtica edad de oro. En el caso del Imperio mongol, este fue el papel que desempeñó Kublai, mientras que el Imperio timúrida disfrutó bajo el gobierno de Shahrukh de un largo período de paz y de prosperidad: las únicas grandes campañas militares que emprendió el sultán se dirigieron contra gobernadores rebeldes, no con el propósito de ampliar su territorio, sino para conservarlo. Esta circunstancia, sin embargo, también resulta reveladora. La autoridad efectiva de Shahrukh no se extendía mucho más allá de la Transoxiana, el Jorasán y el norte de Afganistán, porque el resto de los territorios quedaron en manos de dinastías locales, cuya lealtad hacia el poder central era cada vez más precaria. De forma similar a como había ocurrido con el Imperio mongol, transcurrida apenas una generación desde su nacimiento, el Imperio timúrida también había empezado a descomponerse.

Mientras tanto, uno de los grandes beneficiarios del tranquilo reinado de Shahrukh fue el comercio a lo largo de la Ruta de la Seda, para el que la era timúrida representó una especie de canto del cisne. El nuevo gobernante abandonó los quiméricos sueños de su padre y se esforzó por mantener relaciones cordiales con la China Ming. Los comienzos no fueron fáciles, porque el lenguaje diplomático de unos y de otros facilitaba los desencuentros. Al saber que había un nuevo señor al frente de los destinos de los timúridas, Yongle envió cartas a Shahrukh presentándose como el «Señor de los Reinos de la Faz de la Tierra», y refiriéndose al emir como a un vasallo. Por su parte, Shahrukh respondió solicitando a Yongle, fervoroso defensor de los valores confucianos, que aceptara la voluntad de Alá y se convirtiera

cuanto antes al islam. Pero estas bravatas escondían una sincera voluntad de concordia, y los gobernantes chino y timúrida terminaron tratándose como viejos amigos. Los intercambios de embajadas entre Pekín y Asia Central se volvieron regulares y, como en los mejores tiempos, las misiones diplomáticas iban acompañadas de nutridos grupos de mercaderes ansiosos por sacar el máximo partido de las oportunidades comerciales que ofrecía la paz entre los dos colosos. Los caminos del comercio recuperaron su antiguo brío, y las mercancías de lujo volvieron a fluir entre el corredor de Gansu y las mesetas iranias. Incluso se ha considerado la posibilidad de que los últimos viajes del almirante eunuco Zheng He, que tuvieron como destino el puerto persa de Ormuz, en manos de los timúridas, guardaran relación con esta nueva política de acercamiento.

Las buenas relaciones con la China Ming, enemiga de los mongoles, mostraban hasta qué punto, bajo la égida de Shahrukh, el Imperio timúrida se había convertido en uno más entre los grandes reinos sedentarios de Asia. La estéril tierra de la estepa nunca había atraído realmente la atención de Tamerlán, que concentró sus ansias conquistadoras en las regiones civilizadas de Asia Central y Oriente Medio, pero el gran emir había intentado al menos ejercer cierta autoridad sobre las tribus nómadas del norte, manteniendo la ficción de que todavía se trataba de uno de ellos. Esta simulación desapareció bajo el reinado de Shahrukh, que llevó al Imperio timúrida y a los jinetes de las llanuras a convertirse primero en extraños y después en enemigos. El momento, sin embargo, era de lo más inoportuno. Después de las derrotas sufridas a manos de Tamerlán, muchas tribus de la estepa occidental se habían unido de nuevo bajo la égida de un caudillo llamado Abu'l-Jayr (*ca.* 1412-1468). En contra de lo que uno estaría tentado de suponer al leer su nombre impronunciable, este no era un simple aventurero descendiente de un linaje secundario, como Timur. Abu'l-Jayr podía remontar su estirpe hasta Shayban, quinto hijo de Jochi y nieto de Gengis Kan, y contaba con su propio *ulus* (territorio), heredado de sus ancestros mongoles, cuyas tierras de pasto se encontraban al sur de los Urales. En honor a su insigne antepasado, el clan de Abu'l-Jayr era conocido como los shaybánidas, pero, por motivos oscuros, a mediados del siglo XIV las tribus sujetas a su dominio habían tomado un nombre distinto, cuyo origen no podemos precisar con exactitud, aunque al menos resulta más fácil de recordar: los uzbek, esto es, los uzbekos. Pues bien, a comienzos del siglo XV, el mongol Abu'l-Jayr, al frente de los uzbekos, reclamó el liderazgo sobre lo que quedaba de la Horda de Oro y se hizo con el control de las llanuras al norte de Jaxartes. Desde aquí atacó la región de la Transoxiana: saqueó Urgench, la vieja capital del Imperio jorasmio, y llegó a amenazar Samarcanda. Los uzbekos acababan de

llegar a la historia de esa zona y lo habían hecho para quedarse.

Buscando una manera de alejarse de las correrías de los bárbaros de la estepa, Shahrukh decidió trasladar la capital de su imperio a Herat, en el noroeste de Afganistán. El nuevo emplazamiento proporcionaba todo tipo de ventajas: ocupaba una posición más centrada que Samarcanda en los dominios timúridas y también se encontraba en una vieja ruta de comercio, la que conectaba el Jorasán con Kabul y el paso Jáiber a través del valle de Bamiyán. Gracias al mecenazgo del nuevo soberano y de su culta esposa, Herat se cubrió de mezquitas, madrasas, mausoleos, bibliotecas, palacios y jardines tan magníficos como los de Samarcanda, pues en esta era de plenitud los gobernantes timúridas ya no sentían la inquietud de cambiar el mundo y se preocupaban solo de embellecerlo. Pero el traslado de la capital no dejó desatendida a la hermosa Samarcanda. La región de la Transoxiana y sus grandes paradas caravaneras se encomendaron a un chico de quince años, Mohamed Taraghay, el hijo mayor de Shahrukh, que es conocido con el apelativo de Ulugh Beg, el Gran Príncipe.

Ulugh Beg compartía con su padre el gusto por la belleza y había heredado de su abuelo el amor por las grandes construcciones. A imitación de Tamerlán, mandó levantar casas de baños, puentes, mausoleos, jardines y pabellones decorados, no con pinturas de batallas, sino con maravillosas placas de la mejor porcelana china, fabricada en los talleres del Imperio del Centro y transportada hasta Samarcanda a través de los caminos de la seda. Pero el príncipe también ha pasado a la historia por méritos propios. Hablaba árabe, persa, turco, mongol y algo de chino. Componía poesía y le encantaban las matemáticas; se dice que era capaz de realizar cálculos complejos mientras montaba a caballo y se entregaba a otra de sus aficiones, la caza. Pero la verdadera gran pasión de Ulugh Beg era la astronomía. Al parecer, cuando era niño, mientras acompañaba a su abuelo en alguna de sus campañas militares, tuvo ocasión de visitar el observatorio astronómico de Maraghe (a unos 50 kilómetros al sur de Tabriz, Irán), que había sido construido por orden de Hulegu, el fundador mongol de los ilkánidas, a mediados del siglo XIII. Aunque llegó a ser uno de los centros de investigación más importantes del mundo, Maraghe había quedado abandonado tras la caída del ilkanato y sus románticas ruinas causaron una impresión tan grande en el pequeño, que quedó prendado para siempre de las estrellas y sus misteriosos movimientos. Su padre lo envió a Herat para que estudiara matemáticas y astronomía, y cuando se convirtió en el señor de la Transoxiana, el joven príncipe encontró en Samarcanda el escenario perfecto para desarrollar su afición.

En 1417, Ulugh Beg mandó construir una enorme madrasa en el corazón de la plaza del Registán; un edificio imponente y bellísimo

que todavía hoy constituye uno de los mejores ejemplos conservados de arquitectura timúrida. Pero los albañiles que lo levantaron no lo hicieron obligados, como en tiempos de su abuelo. El nuevo gobernante había permitido que los artesanos desplazados desde los territorios conquistados por Timur pudieran regresar a su hogar si así lo deseaban. Él prefería atraer a los hombres de talento proporcionándoles alojamiento y manutención, y permitiéndoles explorar los caminos del saber en un ambiente de libertad. En la madrasa del Registán las materias más importantes no eran de carácter religioso, como en las instituciones pías patrocinadas por Shahrukh en Herat, sino las matemáticas y la astronomía, y es posible que también hubiera profesores de historia, de literatura e incluso de música. Tal vez por este motivo, el *iwan* que franqueaba el acceso al interior del edificio estaba decorado con grandes estrellas y una inscripción que recogía unas palabras atribuidas al profeta Mahoma: «La búsqueda del conocimiento es el deber de todo musulmán». El propio Ulugh Beg visitaba con frecuencia la madrasa, impartía lecciones, participaba en los debates y compartía con los estudiantes el entusiasmo y la fascinación por las maravillas del universo.

En toda la Transoxiana, el Gran Príncipe llegó a sufragar el funcionamiento de doce centros de enseñanza similares, donde recibieron formación unos diez mil estudiantes, de los cuales al menos medio millar estaba especializado en matemáticas. Algunos consiguieron avances notables. Jamshid al-Kashi (1380-1429), por ejemplo, fue capaz de calcular el valor del número π con una precisión muy superior a la que habían alcanzado los sabios griegos y chinos, y que los europeos del Renacimiento tardarían siglo y medio en mejorar. Ulugh Beg necesitaba mentes brillantes para ponerlas al servicio de su proyecto más ambicioso, un sueño que pudo comenzar a gestarse delante de las ruinas de Maraghe: la construcción de su propio observatorio astronómico.

Los restos de este singular edificio fueron desenterrados en 1908 por un arqueólogo ruso. Para contemplarlos hay que ascender hasta lo alto de una colina, acceder al interior de una pequeña construcción y asomarse sobre una estrecha zanja excavada en el suelo. Lo que se ve, una especie de canal curvo realizado en piedra, llama la atención por sus dimensiones y la nobleza de sus materiales, pero es poco probable que cause una impresión memorable en el visitante. Este solo es consciente del verdadero alcance de lo que está contemplando cuando descubre que ese extraño raíl recorría de arriba abajo el interior de un edificio de planta cilíndrica —de unos 46 metros de diámetro y 30 de altura — y se utilizaba para maniobrar un gigantesco sextante, uno de los más grandes fabricados por el hombre, cuyo radio de 35 metros permitía medir el movimiento de los astros con una exactitud insólita.

Gracias a este descomunal sextante, los sabios que trabajaron en el observatorio de Ulugh Beg pudieron publicar, en 1437, la última de las grandes obras de la astronomía medieval: el *Zij-i Ulugh Beg* o *Zij-i Sultani*. Este tratado incluía observaciones astronómicas, tablas trigonométricas y, sobre todo, un catálogo de estrellas, en el que se fijaba con extraordinaria precisión la posición de un millar de cuerpos celestes.

Hasta la redacción del *Zij-i*, la astronomía medieval dependía en gran medida de la obra de Claudio Ptolomeo (*ca.* 100-170 d. C.), que, en la Alejandría del siglo II, había calculado la posición de 1.022 estrellas y seis objetos celestes. Los autores árabes se referían a este libro como *Al-Majisti*, *El más grande*, y por este motivo el tratado era conocido popularmente como el *Almagesto*. El trabajo de Ptolomeo había recibido algunas actualizaciones durante la Edad Media, pero a comienzos del siglo XV todavía mantenía buena parte de su vigencia. Pues bien, gracias a la precisión de las observaciones realizadas en la atalaya astronómica de Ulugh Beg, se pudo llevar a cabo una revisión completa del *Almagesto*, y publicar un catálogo de las estrellas que en Occidente no fue superado hasta los trabajos de Tycho Brahe (1546-1601) y en el mundo islámico continuó en uso hasta el siglo XIX.

Una década después de la publicación del *Zij-i* murió el padre de Ulugh Beg, Shahrukh, y el Gran Príncipe le sucedió como señor de los dominios timúridas. El gobernante más culto del momento, campeón de la ciencia y de la razón, se colocaba así al frente de uno de los grandes imperios de Asia. Pero, como sucede con frecuencia, Ulugh Beg (1447-1449), tan dotado para las artes del conocimiento, no tenía el mismo talento para la política, y al poco de subir al trono, su propio hijo, Abd al-Latif, se rebeló contra él. El desafío representaba una amenaza particularmente grave, porque el ambicioso joven contaba con el respaldo de los clérigos conservadores, que llevaban tiempo protestando contra las impiedades de Ulugh Beg.

El Gran Príncipe era, en realidad, un musulmán devoto. Se sabía el Corán de memoria y había mandado realizar una gran plataforma de piedra para poder exhibir un ejemplar de enormes dimensiones en el patio de la mezquita de Bibi Janum. Pero en el ambiente relajado de la Transoxiana también se había permitido algunas expansiones. Celebró la circuncisión de uno de sus hijos con una fiesta en la que el vino corrió en abundancia, mezclando una ceremonia sagrada con una bebida prohibida, y su pasión por la astronomía resultaba de lo más sospechosa. Desde el surgimiento del islam, la astronomía había sido una disciplina muy valorada por los musulmanes, pero, cuando las mediciones astronómicas se realizaban únicamente en aras del conocimiento, parecían dibujar un universo inmutable y eterno, sin principio ni fin, ajeno a los hombres y a los dioses. Muchos habían

caído en el horrible pecado del ateísmo arrastrados por estas visiones impías. Además, Ulugh Beg sumaba a su interés por la astronomía el gusto por la astrología, y estaba convencido de que el movimiento de los astros condicionaba los caracteres de los hombres y que el futuro estaba escrito en las estrellas. Esta idea, muy extendida, provocaba constantes protestas de los ulemas, incapaces de apartar a los fieles de la costumbre de elaborar horóscopos y consultar a astrólogos. Durante el reinado del piadoso Shahrukh, las excentricidades de Ulugh Beg se habían pasado por alto, pero cuando el Gran Príncipe heredó de su progenitor el gobierno del imperio, fueron muchos los que consideraron que un hombre sospechoso de impiedad no era digno de ocupar un puesto de tanta responsabilidad.

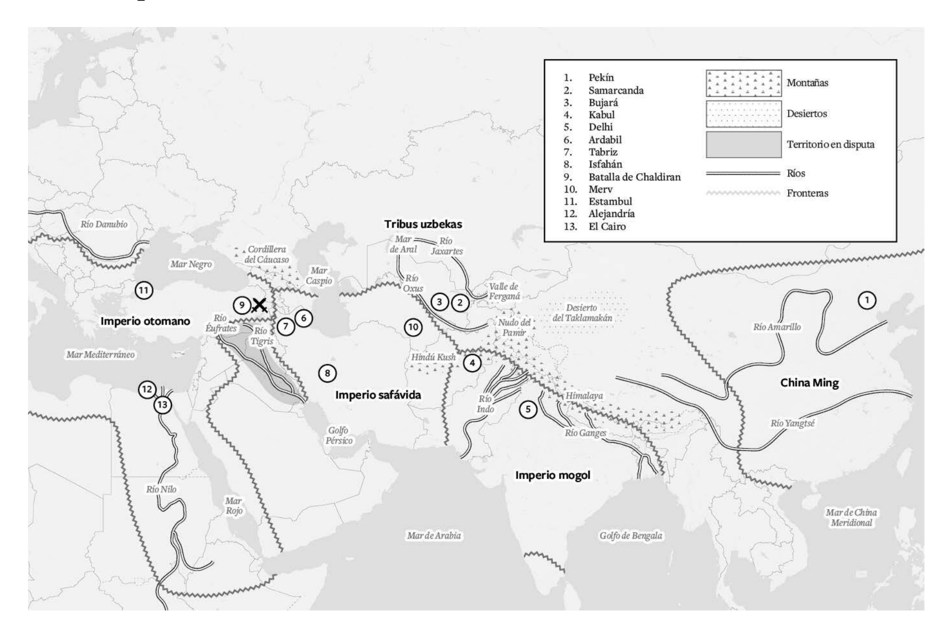
En 1449, apenas dos años después de su acceso al trono, Ulugh Beg fue derrotado por su propio hijo en las inmediaciones de Samarcanda. El vencedor, Abd al-Latif, ofreció a su padre la posibilidad de expiar sus pecados realizando una peregrinación a La Meca, pero el castigo era solo una excusa para alejarle de sus leales. Mientras recorría el camino hacia la ciudad santa, un asesino enviado por su hijo segó la vida de Ulugh Beg cortándole la cabeza, a finales de octubre de 1449.[325] Inmediatamente después, los monumentos y las construcciones que el príncipe había levantado en la Transoxiana fueron pasto de la ira popular. El pabellón de porcelana fue derribado, los libros de sus bibliotecas malvendidos y el gran observatorio de Samarcanda, con su enorme sextante y sus valiosísimos instrumentos astronómicos, arrasado hasta los cimientos. Los estudiosos se vieron obligados a marcharse en busca de nuevos patronos y de ambientes más tolerantes, y muchos encontraron acomodo en el Imperio turco otomano, que iniciaba entonces su período de mayor esplendor.

En cuanto a Abd al-Latif (1449-1450), el parricidio le hizo merecedor del apodo de *padarkush*, «asesino de su padre», pero no le permitió conservar los dominios de su progenitor. Su breve reinado duró seis meses. Fue asesinado por sus propios colaboradores y reemplazado por uno de sus primos, que pudo hacerse con el control de la Transoxiana gracias al apoyo de los uzbekos. Para entonces, el Imperio timúrida había dejado de existir. Con su caída, la última edad de oro de la Ruta de la Seda también estaba llegando a su fin.

LOS IMPERIOS ISLÁMICOS DE LA PÓLVORA

El lugar dejado por el derrumbe de los timúridas fue ocupado por otras construcciones políticas: el Imperio mogol, el Imperio persa safávida y el Imperio turco otomano. Los tres fueron gobernados por dinastías de caudillos musulmanes y dominaron buena parte de Asia y Oriente Medio durante la Edad Moderna, así que han pasado a la historia como los «imperios islámicos de la pólvora».[326] Los tres

mantuvieron también una relación particular con los caminos de la seda. El nacimiento de estos grandes reinos, estables y desarrollados, provistos de élites adineradas y de artesanos capaces, podría haber supuesto el inicio de una nueva etapa de esplendor para los caminos terrestres de Asia, pero la historia, que siempre se repite, nunca lo hace exactamente de la misma forma. Es cierto que algunos de estos imperios promovieron la elaboración de manufacturas y el tránsito comercial a lo largo de su territorio, pero otros, en cambio, se convirtieron en sus involuntarios verdugos. Sea como fuere, merece la pena echarles un vistazo, porque nos estamos acercando al final de la Ruta de la Seda, y este no se entiende sin algunos de estos grandes Estados. Comencemos con el Imperio mogol, orgulloso heredero de Tamerlán y una de las últimas y más exóticas creaciones de las gentes de la estepa.



Zahir al-Din Mohamed, conocido como Babur (Tigre), nació en 1483/1484 en el valle de Ferganá, en el extremo nororiental de la Transoxiana. Su padre, señor de Ferganá, descendía del gran emir Timur, mientras que su madre, hija de un kan mongol, podía remontar su estirpe hasta Gengis Kan. Con una ascendencia tan ilustre, Babur solo podía haber sido un hombre extraordinario o una completa medianía, y tuvo ocasión de averiguar el papel que le tenía preparado el destino muy pronto. No había cumplido los veinte años cuando sus propios familiares, conchabados con los uzbekos, se apoderaron del valle de Ferganá y lo expulsaron de las tierras de su padre. Como había hecho su antepasado Tamerlán ciento cincuenta años antes, el joven se refugió en el norte de Afganistán y usó Kabul como base de

operaciones, decidido no solo a recuperar la herencia de su padre, sino a reclamar los viejos dominios de los timúridas. Sin embargo, todos sus intentos por reconquistar la Transoxiana terminaron en fracaso.

Babur podía haber pasado el resto de sus días al frente de un pequeño reino en Afganistán de no ser porque, un poco más al este, el sultanato de Delhi cayó entonces en uno de sus periódicos episodios de inestabilidad interna. Estimulado por esta nueva oportunidad de emular los logros de su antepasado paterno, en 1526 Babur se adentró en el norte de la India y se dirigió al encuentro de las tropas del sultán de Delhi. Su ejército era inferior en número al de sus adversarios, pero estaba integrado por excelentes unidades de caballería de la estepa y contaba además con cañones y mosquetes. La batalla terminó con su victoria y la muerte del sultán, permitiendo que, en apenas dos años, el príncipe timúrida se hiciera con el control de la mayor parte del Rajastán. Acababa de nacer el Imperio mogol, que debía su sonoro nombre a la ascendencia mongola de su fundador, Babur (1526-1530).

Aunque la India se convirtió en su patria, Babur y los mogoles recordaron siempre con orgullo a sus antepasados timúridas. El fundador de la dinastía escribió su autobiografía, *Baburnama*, el *Libro de Babur* —una obra fascinante por su profundidad psicológica— en la lengua túrquica que hablaban los chagatánidas, compuso poemas en el persa de la Transoxiana, y mandó construir jardines en Kabul que imitaban los vergeles de Tamerlán en Samarcanda. Los grandes monumentos que los mogoles levantaron en Afganistán y el norte de la India se inspiraban en las formas de la arquitectura timúrida, su ceremonial cortesano replicaba el protocolo de la corte del gran emir, y, aunque los descendientes de Babur jamás regresaron a Samarcanda, cada año enviaban fondos para el sostenimiento del Gur-e Amir, el primer mausoleo dinástico. Todavía a mediados del siglo XVII, Shah Jahan I (1626-1658), tataranieto de Babur, consideró de buen tono titularse a sí mismo Segundo Señor de la Conjunción Afortunada, e incluso se atrevió a reclamar el apelativo de Segundo Timur. Desafortunadamente para él, es posible que el título le quedara un poco grande: Shah Jahan I fue apartado del Trono del Pavo Real por uno de sus hijos y pasó sus últimos años prisionero en el fuerte de Agra, contemplando una de las construcciones más célebres de la historia, inspirada, naturalmente, en modelos timúridas: el Taj Mahal.[327]

En 1487, apenas unos años después del nacimiento de Babur, vino al mundo en Ardabil (noroeste del actual Irán), a orillas del Caspio, Ismail, el fundador del Imperio persa safávida. Ismail también podía presumir de una ascendencia insigne. Su padre era el líder de los safávidas, una orden mística sufí formada por devotos chiitas duodecimanos de origen kurdo, turco y persa. Los integrantes de esta

corporación religiosa eran en su mayoría artesanos y mercaderes, prósperos gracias a las animadas rutas de comercio del norte de Persia. Pero los safávidas también contaban con un brazo armado de turcos reclutados entre las tribus de Anatolia. Para mostrar su devoción por la casa de Alí, estos guerreros se dejaban crecer largos bigotes y se cubrían la cabeza con un turbante coronado por un adorno de color carmesí, que tenía doce puntas en honor de los doce imames chiitas. Por este motivo eran conocidos como los Qizilbash (Cabezas Rojas), y se decía de ellos que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por sus caudillos safávidas, desde entregar su vida en combate (bastante convencional) hasta comer carne humana (esto, por fortuna, mucho más raro). Estas cualidades convertían a los Qizilbash en guerreros temibles, pero también algo desorganizados; la devoción por sí sola no siempre basta para alcanzar la victoria.

En cuanto a la la madre de Ismail era una princesa turca de origen mestizo, que descendía por línea materna de los señores cristianos de Trebisonda. Es posible que la variopinta ascendencia de sus progenitores fuera la responsable de que Ismail resultara ser un hombre apuesto, no muy alto, pero de complexión robusta y anchas espaldas, con la piel blanca y un llamativo cabello pelirrojo.

A finales del siglo XV, tras la caída del Imperio mongol y del Imperio timúrida, las viejas disputas entre los chiitas y los sunnitas, que habían pasado a un segundo plano bajo el dominio de los jinetes de la estepa, volvieron a recrudecerse. Los partidarios de la casa de Alí comenzaron a sufrir persecución a manos de sus vecinos sunnitas, y en estos enfrentamientos fallecieron primero el padre de Ismail y después su hermano mayor. Nuestro protagonista se convirtió en el heredero de la orden de los safávidas cuando solo tenía siete años y en su líder cuando apenas había cumplido los trece. Pero la juventud no fue un obstáculo para Ismail (1501-1524) que dio muestras de ser un hombre muy seguro de sí mismo. Al frente de los Qizilbash fue capaz de derrotar a los verdugos de su familia; para 1502 ya se había apoderado de la ciudad de Tabriz, y en menos de una década se hizo con un territorio que iba desde Bagdad hasta el Jorasán, entre Mesopotamia y Afganistán, reuniendo los dominios tradicionales de los persas. Por el camino, Ismail se proclamó *shah* (rey) del nuevo Imperio persa safávida, y el chiismo duodecimano se convirtió en la religión oficial del Estado. Por primera vez en siglos, desde la caída del califato fatimí, volvía a haber un gran reino chiita en Asia, y esta particularidad tendría consecuencias importantes para la historia de la región.

A pesar de que en sus dominios los chiitas se mezclaban con los sunnitas y con un pequeño grupo de cristianos, judíos y zoroástricos, Ismail no concedía ningún valor a la tolerancia religiosa como

herramienta de gobierno. Al contrario, sentía una devoción tan profunda por Alí que le componía apasionados versos en los que advertía a los musulmanes que no reconocían la santidad del yerno del Profeta que los consideraba peores que los infieles. Es posible que el verse elevado tan joven —apenas un adolescente— a una posición de tanto poder le hiciera albergar una opinión peligrosamente elevada sobre sí mismo, porque a medida que se sucedían sus conquistas las convicciones religiosas del nuevo *shah* comenzaron a adoptar un aire de megalomanía y mesianismo. El caudillo safávida aseguraba que por sus venas corría la sangre no solo de Alí —una pretensión relativamente frecuente entre los que aspiraban a liderar a los chiitas —, sino también de los antiguos reyes persas sasánidas, de Adán, de Jesucristo y, naturalmente, de Alejandro Magno. Al final, llegó a afirmar que era el *mahdi*, el elegido de Dios, y que había regresado al mundo justo antes de que las trompetas sonaran para anunciar el comienzo del apocalipsis y el fin de los días.

Aunque Dios «había encomendado» a Ismail la tarea de extender la fe chiita por toda la Tierra, las cosas iban a resultar un poco más complicadas de lo esperado. En el Jorasán, el *shah* y sus Cabezas Rojas se encontraron con la firme oposición de los shaybánidas y sus tribus uzbekas. Pudieron derrotarlos en su primer gran encuentro en Merv, apoderándose de la vieja parada caravanera y dando muerte al kan shaybánida —del que se dice que su cabeza, despellejada y bañada en oro, fue convertida en una copa para uso del caudillo chiita—, pero ni siquiera aliándose con Babur y los mogoles pudo Ismail expandirse por la Transoxiana, donde los uzbekos se habían establecido ya de forma definitiva. Sin embargo, el peor enemigo de los safávidas se encontraba al oeste.

Selim I (1512-1520), el nuevo sultán turco otomano, era un hombre impulsado por una ambición arrolladora y un deseo de conquista tanto o más fuertes que los de Ismail. Estaba decidido a apoderarse de Mesopotamia, arrebatándosela a los persas safávidas, y para ello marchó a través de la cordillera oriental del Tauro al frente de un gran ejército. Ismail salió a su encuentro en Chaldiran, en las inmediaciones del lago Van (en la frontera entre las actuales Turquía e Irán), el 23 de agosto de 1514. La batalla de Chaldiran, probablemente desconocida para la mayor parte de los lectores, fue otro de esos acontecimientos con consecuencias decisivas para la historia. El sultán otomano desplegó sus cañones y sus jenízaros, equipados con modernas armas de pólvora. Ismail y sus Cabezas Rojas, en cambio, consideraban deshonroso el uso de pistolas y mosquetes, y se lanzaron contra las balas otomanas a pecho descubierto, convencidos de que su condición de elegidos de Dios les garantizaría la victoria. Sorprendentemente, no fue así.

Los safávidas fueron masacrados por la artillería otomana, perdieron el control del norte de Mesopotamia y se vieron arrastrados a una interminable guerra contra los turcos por el dominio sobre la totalidad del valle del Tigris y el Éufrates. El *shah* Ismail, por su parte, tuvo que hacer frente a la complicada tarea de compaginar su supuesta condición semidivina con una contundente derrota que parecía revelar, más bien, que Dios estaba de parte del otro. Ofuscado, el gobernante safávida se refugió en sus viejos vicios. Él mismo reconocía su condición de pecador en sus poemas místicos, y entre todas sus faltas la más vergonzosa era el abuso del alcohol. Tras la batalla, Ismail comenzó a vivir en una borrachera permanente, adoptó un comportamiento errático, se desentendió de los asuntos de gobierno y jamás volvió a liderar a sus Cabezas Rojas en combate. Murió, probablemente a causa del alcoholismo, en 1524, diez años después de Chaldiran, cuando solo tenía treinta y seis años. Si el Imperio persa safávida sobrevivió al calamitoso final de su fundador fue porque su hijo Tahmasp I (1524-1576) resultó ser un soberano tan juicioso como prudente, capaz de enmendar los errores de su padre y de asegurar la continuidad de su reino.

En los prolegómenos de la batalla de Chaldiran, las tropas de Selim I habían mostrado cierto descontento por verse obligadas a combatir contra un adversario musulmán. Para calmar a sus soldados, el sultán se esforzó por publicitar el carácter herético de las afirmaciones de Ismail, y como en tiempos de Bayaceto I y Tamerlán, envió a su adversario persa una carta en la que le acusaba de ser un gobernante tiránico y blasfemo, cuyo gobierno contrario a la ley islámica había sido condenado por los ulemas. El *shah* safávida, por su parte, había iniciado ya una política de conversión al chiismo de sus súbditos sunnitas, al tiempo que invitaba a los chiitas de todo el mundo islámico a acudir a su reino y abandonar al resto de gobernantes musulmanes, a los que consideraba infieles. De forma casi inevitable, la religión se mezcló con la política, y la población chiita y sunnita, que hasta comienzos del siglo XVI había vivido mezclada en todo Oriente Medio, comenzó a segregarse y a identificarse con sus gobernantes correspondientes: los chiitas se concentraron en Persia y el sur de Mesopotamia, en manos de los safávidas, y la mayoría sunnita en el resto de Oriente Medio se hizo todavía mucho más abrumadora. Estas divisiones, que comenzaron a gestarse a comienzos del siglo XVI, son imprescindibles para entender la actual geopolítica de la zona, marcada en parte por la larga rivalidad entre Irán y Turquía.

Estos enfrentamientos entre otomanos y safávidas también tuvieron consecuencias importantes para los caminos de la seda. Los dos imperios estuvieron en guerra, casi de forma permanente, hasta el

siglo XVII, y durante este tiempo se restringió la compra de mercancías al reino rival, las fronteras se cerraron con frecuencia, las rutas se volvieron inseguras y los comerciantes y los artesanos se vieron obligados a buscar vías alternativas para proseguir con su actividad. De poco sirvió que algunos gobernantes safávidas, como el *shah* Abbás I el Grande (1588-1629), preocupados por el alarmante descenso en los intercambios, construyeran cientos de caravasares y paradas de posta a la vera de los caminos de su imperio. Las consecuencias de la interminable rivalidad entre los safávidas y los otomanos pusieron el primer gran clavo en el ataúd de la Ruta de la Seda terrestre. Una increíble combinación de circunstancias, en las que el Imperio turco otomano, el tercero de los imperios islámicos de la pólvora, jugó un papel decisivo, se encargaría de hacer el resto.

La última vez que hablamos de los turcos, durante el capítulo dedicado a las conquistas de Tamerlán, los dejamos sumidos en el caos tras la derrota de Bayaceto I en la batalla de Ankara (1402). Pero, un siglo después, los otomanos no solo habían conseguido rehacerse de este fracaso militar, sino que atravesaban el período más brillante y expansivo de su historia. Como veremos, lo que había sucedido a lo largo de esos cien años también resultó clave para el destino de la Ruta de la Seda, del Mediterráneo, de Europa y, aun a riesgo de resultar un poco grandilocuentes, del mundo.

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

Entre los musulmanes y los pueblos de la estepa —esto es, allá donde los gobernantes tenían varias mujeres y muchos descendientes—, no era costumbre otorgar la primacía al hijo mayor, por lo que la sucesión solía ser un proceso complicado para la realeza otomana. Tras la derrota de Ankara y la muerte de Bayaceto I, sus hijos se disputaron el trono durante una década. Al final, el vencedor fue el único vástago superviviente, Mehmed I (1413-1421), que dedicó su reinado a tratar de recuperar, sin éxito, el control de todos los territorios que un día gobernara su padre. Solo su hijo y sucesor, Murat II (1421-1451), que también llegó al poder tras guerrear contra uno de sus hermanos, estuvo al fin en condiciones de seguir aumentando los dominios otomanos. En 1430 se apoderó de Tesalónica; conquistó el Epiro, en la actual Albania; sometió la mayor parte de Serbia y de Bosnia, y continuó la expansión por el este de Anatolia.

Para lograr estos objetivos, Murat II llevó a cabo una considerable labor de reorganización interna. Convirtió el Imperio otomano en un Estado centralizado, aumentó el peso del ejército profesional de jenízaros y aseguró el sometimiento de los levantiscos señores de Anatolia oriental. Sin embargo, la maquinaria bélica del imperio tenía

un punto débil: carecía de una flota que pudiera compararse con la de sus adversarios europeos, especialmente con los excelentes navíos de las repúblicas mercantiles italianas. El sultán se veía obligado a contratar barcos genoveses para desplazar sus tropas entre Asia y Europa, e incluso la tripulación de la pequeña armada turca estaba integrada mayoritariamente por marineros cristianos de origen italiano, griego o aragonés. Consciente de sus limitaciones, Murat II se avino a firmar un acuerdo con la República de Venecia, ofreciéndole facilidades para mercadear en el territorio del Imperio otomano a cambio de su neutralidad. El soberano turco solo buscaba ganar tiempo antes de poder contar con un arma naval eficaz, pero los italianos, con una peligrosa mezcla de voluntarismo y suficiencia, confiaban en que estos pactos garantizaran la posición veneciana en el Mediterráneo oriental.

Esta actitud tan relajada no era compartida por otros vecinos del Imperio otomano, que padecían en sus propias carnes las consecuencias de la expansión turca. Juan Hunyadi (1406-1456), vaivoda (soberano) de Transilvania y regente del reino de Hungría, se puso al frente de la resistencia cristiana al avance turco en los Balcanes y obtuvo victorias significativas sobre las tropas de Murat II. A estos contratiempos en el exterior se sumaron algunas desgracias personales. El hijo mayor del sultán, Ahmed, murió de forma repentina y en circunstancias extrañas, y el segundo, Aladino, falleció en el campo de batalla. Parece que la desaparición de sus dos vástagos predilectos sumió a Murat II en una misteriosa depresión, y solo un año después de la muerte del segundo, el sultán tomó la insólita decisión de apartarse del poder y abdicar a favor de su único hijo superviviente, un niño de trece años llamado Mehmed II (1444-1446 / 1451-1481).

A diferencia de sus hermanastros, favorecidos por una ascendencia más distinguida, Mehmed había nacido de una concubina —algunos dicen que de origen turco y humilde, otros que cristiana y noble—, que había llegado al harén de su padre probablemente a causa de su belleza. Aun así, no dejaba de ser un príncipe del imperio, y como era costumbre entre los otomanos, al cumplir los once años fue enviado con su madre a una provincia anatolia. Este procedimiento estaba destinado a limitar las fricciones en el harén y a familiarizar a los hijos del sultán con las artes del gobierno, pero, en la práctica, provocaba una profunda desafección entre los miembros de la familia real, separados antes de poder crear vínculos de afecto y convertidos en rivales de sus hermanastros desde la infancia. El carácter de Mehmed II reflejaba bien las consecuencias de ser criado en un ambiente así. Era un niño rebelde y arisco, de modales arrogantes y actitud desconfiada, que se refugió en la fe para huir de su soledad.

Como hijo de una concubina, su educación había sido además bastante descuidada, pero tras la muerte prematura de sus hermanos, su padre ordenó a sus profesores someter al insolente niño con castigos y azotes para darle la formación que requería su nueva posición. El empeño de sus tutores consiguió convertir a Mehmed II en un hombre culto, de gustos refinados y dotado de una profunda curiosidad intelectual. Durante su reinado, que coincidió con el asesinato de Ulugh Beg y la destrucción de su observatorio, acogió a algunos de los sabios huidos de Samarcanda, que encontraron en el Imperio otomano un ambiente similar al que habían disfrutado en la Transoxiana.

Pero la adquisición de gusto y conocimiento no cambió un ápice su obstinado carácter. Tras subir al trono, desdeñó los consejos de los ministros de su padre, se ganó la animadversión de los jenízaros y amenazó con echar al traste los prudentes esfuerzos de su progenitor, empeñando todos los recursos del imperio en una única empresa: la conquista de Constantinopla. El agresivo comportamiento del nuevo gobernante provocó una confusión considerable en la cúspide del poder otomano, que no pasó desapercibida para sus adversarios. En 1444, el vaivoda de Transilvania, Juan Hunyadi, y el nuevo rey de Hungría y Polonia, Ladislao III Jaguellón (1434/1440-1444), se pusieron al frente de una coalición militar conocida como la Cruzada de Varna, que amenazaba seriamente las posiciones turcas en el este de los Balcanes. Alarmado por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, el sultán emérito, Murat II, se vio obligado a abandonar su retiro para ponerse al frente de las tropas musulmanas, derrotar a los cristianos y retomar el gobierno del imperio. El joven Mehmed II, humillado, fue devuelto al norte de Anatolia para hacerse cargo de un gobierno provincial.

Sin embargo, en 1451 Murat II falleció sin haber conseguido engendrar otro heredero, y Mehmed II ascendió al trono de su padre por segunda vez. La falta de rivales y las precauciones de la elite otomana, que no deseaba dar nuevas facilidades a los cristianos, le permitieron ocupar el poder sin oposición, aunque esta iteración de su reinado fuera recibida con bastante escepticismo. Por fortuna para él, el joven sultán había extraído valiosas lecciones de lo ocurrido; su primer fracaso sirvió para volverlo más prudente y mucho más astuto. Se acostumbró a fingir cordialidad con los ministros a los que planeaba hacer caer en desgracia y aprendió a comprar la buena voluntad de los jenízaros con regalos. Lo que no había cambiado era su obsesión por la conquista de Constantinopla. De nada sirvieron los argumentos del anciano visir de su padre, que insistía en que prolongar la precaria existencia del Imperio bizantino beneficiaba a los otomanos, que las murallas de Constantinopla jamás habían sido

tomadas en un asalto frontal y que, si Mehmed II se estrellaba, como parecía, contra los muros de la vieja capital imperial todo su reino podría tambalearse. El sultán se mostró inamovible. Espoleado por la arrogancia de la juventud, estaba convencido de que él podría triunfar donde otros habían fracasado; atacaría Constantinopla y la conquistaría o perdería su imperio en el intento. La suerte estaba echada y la caída de la Segunda Roma comenzó a prepararse con una minuciosidad aterradora.

En 1452, apenas unos meses después de su llegada al trono, Mehmed II ordenó la construcción de un castillo en el lado europeo del Bósforo, unos kilómetros al norte de Constantinopla, en el punto en el que los dos lados del estrecho estaban más cerca el uno del otro. Hoy recibe el nombre de Rumeli Hisar, Fortaleza Romana, pero en su día era conocido como Boghazkesen (el Cuchillo en la Garganta) y hacía pareja con otro, levantado en el lado asiático por Bayaceto I medio siglo atrás. Este segundo castillo tenía el nombre de Anadolu Hisar, Fortaleza Anatolia, y, entre los dos, podían impedir el paso de embarcaciones por el estrecho del Bósforo y la navegación entre el mar Negro y el Egeo con el propósito de cercar por el norte la ciudad de Constantinopla.

Los bizantinos, que eran conscientes de lo que significaban estos movimientos, siguieron los trabajos con una angustia creciente. Un manto de desánimo había caído sobre la ciudad. Se habían observado presagios funestos y todavía no se había podido encontrar una esposa adecuada para el emperador, Constantino XI Paleólogo (1449-1453), que tenía cuarenta y seis años, había enviudado dos veces y no tenía hijos. Las escasas perspectivas de futuro en la familia imperial reflejaban muy bien el estado de desolación del reino. El Imperio romano de Oriente, que había gobernado la región durante mil años, había quedado reducido a un puñado de territorios en el norte del Egeo y la península del Peloponeso, incapaces de hacer frente al arrollador empuje de las armas otomanas. Sabedores de que su única esperanza recaía en los pujantes reinos de la Europa católica, los bizantinos llevaban siglos haciendo concesiones a los occidentales, hasta que, privados ya de todo, se habían visto obligados a entregar lo único que les quedaba: su independencia religiosa. Renunciaron al Cisma de Oriente, aceptaron la supremacía papal y leyeron solemnemente en Santa Sofía el Acta de Unión, por la que la Iglesia del Imperio bizantino (germen de la Iglesia ortodoxa) volvía a integrarse en el seno de la Iglesia católica.

Sin embargo, el Acta de la Unión era poco más que un gesto. La población, los monjes y buena parte de la jerarquía eclesiástica bizantina la rechazaban y no se llevó a cabo ninguna medida real para terminar con la separación de las Iglesias. La ayuda prometida por los

europeos occidentales tenía el mismo cariz. Los reyes solo ofrecieron buenas palabras; el papado se limitó a enviar, en señal de agradecimiento, doscientos arqueros de Nápoles, y las repúblicas mercantiles, las únicas realmente interesadas en los territorios bizantinos, ya habían empezado a pactar con los turcos. Nada más comenzar su reinado, Mehmed II había tenido la precaución de tranquilizar a los genoveses y a los venecianos renovando los compromisos de su padre, y los mercaderes de Europa Occidental estaban convencidos de que, como había ocurrido en los últimos ochocientos años, serían capaces de llegar a un acuerdo con cualquier musulmán que dominara el Mediterráneo oriental; no importaba si los imperios nacían o desaparecían, los caminos del comercio siempre permanecerían abiertos para ellos.

Sin embargo, el joven sultán otomano les tenía preparada una desagradable sorpresa. A finales de 1452, varios barcos venecianos provenientes del mar Negro llegaron a la altura de los castillos turcos en el estrecho del Bósforo. Confiados en los pactos que la República de Venecia tenía con el sultán otomano, los mercaderes hicieron caso omiso de las órdenes de detenerse que llegaban desde las fortalezas. Los dos primeros navíos consiguieron pasar, pero el tercero acabó hundido por un cañonazo. Los marineros fueron capturados cuando ganaron la orilla y se decidió hacer un escarmiento especial con el capitán, empalándolo en un poste. El mensaje era claro: en lo sucesivo, nadie podría atravesar el estrecho del Bósforo sin el permiso de los otomanos, y estos iban a venderlo mucho más caro que sus predecesores.

La artillería era otra de las grandes preocupaciones del emperador bizantino. Las legendarias murallas de Constantinopla, construidas hacía más de mil años por Teodosio II (408-450), habían resistido decenas de asedios. Nada podían los zapadores, las torres de asalto o los arietes contra el doble encintado murario que rodeaba la ciudad por el lado de tierra. Pero el uso de la pólvora y la generalización de la artillería obligaban a las viejas murallas a medirse con adversarios para los que no habían sido diseñadas. Los cañones podían decidir el futuro de la ciudad, y Mehmed II y Constantino XI lo sabían. Al parecer, por aquellas fechas, un artesano húngaro llamado Orbán había acudido a la corte del emperador bizantino prometiéndole fabricar un cañón con el que defenderse del inminente ataque turco. Pero Constantino XI no tenía dinero para pagar su salario ni materiales para facilitar la construcción de semejante ingenio. Orbán acudió entonces a Mehmed II, que se apresuró a poner a su disposición todo lo que necesitaba. Fue este artesano húngaro quien fabricó el cañón que hundió el barco veneciano, y el que diseñó otro, dos veces más grande, destinado a echar abajo las murallas de

Constantinopla. Según las fuentes de la época, esta enorme pieza de artillería medía 8 metros de largo y 2,5 metros de ancho, sus balas pesaban 70 kilos cada una, y hacían falta 60 bueyes para moverlo. Junto a este fueron realizados otros cañones, algo más pequeños, con el propósito de someter a la ciudad a un incesante bombardeo.

En marzo de 1453, con la llegada de la primavera, el sultán comenzó a reunir a sus tropas: ríos de soldados fluyeron desde todos los rincones del imperio, donde solo permanecieron acantonadas un puñado de guarniciones imprescindibles. Mehmed II iba a jugárselo todo a una sola carta, y tenía una baza impresionante. Contaba con unos veinte mil jenízaros, sesenta mil soldados regulares y un buen número de aventureros, entre los que había turcos, pero también cristianos de origen húngaro, alemán o griego. En total, se considera que las fuerzas otomanas podían superar los cien mil hombres. Los bizantinos, por su parte, apenas pudieron reunir unos siete mil combatientes entre griegos y extranjeros. Constantino XI había enviado embajadores a los reinos de Europa Occidental, pero la mayoría estaban inmersos en sus propios problemas y todos confiaban en que las murallas salvarían a Constantinopla del desastre. Solo el papa, que envió provisiones, y Venecia, que comenzó a preparar con una lentitud exasperante una flota de socorro, estuvieron dispuestos a dar algo más.

Sin embargo, los extranjeros que vivían en Constantinopla —en su mayoría venecianos y genoveses, aunque también había otros italianos, un pequeño grupo de catalanes, un zapador del que algunos dicen que era escocés y un puñado de turcos— tuvieron una actitud completamente diferente a la de sus gobernantes. Por una vez, olvidaron sus rencillas y se mostraron decididos a permanecer en la ciudad y luchar por ella. Incluso hubo quien, avergonzado por la mezquindad de sus superiores, abandonó la seguridad de su patria y viajó hasta Constantinopla para defender el viejo imperio: en enero había llegado a la localidad un noble genovés, Giovanni Giustiniani Longo, que se había ganado cierta reputación como experto en asedios y acudió acompañado de un contingente de setecientos voluntarios. Los combatientes occidentales, que sumaban unos dos mil hombres, jugaron un papel clave en la defensa de la ciudad.

Longo se ocupó, junto al emperador, del mando de las tropas que protegían el centro de las murallas de tierra. Genoveses y venecianos trabajaron codo con codo para transformar sus navíos mercantes en barcos de guerra y consiguieron reunir una flotilla de unos veintiséis bajeles con la que custodiar la entrada al Cuerno de Oro, que se cerraba con una gran cadena tendida entre Constantinopla y la colonia de Pera en el Gálata, al norte del estuario. Todos sentían que algo más grande que sus vidas estaba en juego, e incluso la población de la

capital —niños, mujeres y ancianos— colaboró de forma decisiva en la defensa, ayudando a los soldados, haciendo acopio de armas y provisiones, y organizándose en cuadrillas para limpiar los fosos y reparar las murallas.

El 2 de abril de 1453, las tropas turcas comenzaron a tomar posiciones frente a Constantinopla. Diez días más tarde, cuando todo estuvo dispuesto, empezó el bombardeo. Los cañones pequeños hacían fuego más de cien veces al día, mientras que los grandes solo podían dispararse en siete ocasiones, produciendo un ruido tan ensordecedor que se escuchaba en todo el Bósforo. La incesante lluvia de proyectiles barría las almenas y destrozaba las murallas, pero cada noche, al amparo de la oscuridad, incansables grupos de trabajadores reparaban los daños y cegaban los agujeros de los muros con precarios parapetos hechos de tierra y madera. El primer asalto de las tropas otomanas, que trataron de penetrar por una brecha en el muro el 18 de abril, fue repelido sin dificultad, y otro tanto ocurrió con una internada de la flota turca, que fue rechazada por los navíos cristianos cuando intentaba adentrarse en el Cuerno de Oro. Estas primeras victorias llegaron acompañadas de otra buena noticia: el 20 de abril, tres galeras cargadas de suministros enviadas por el papa, y un buque bizantino con provisiones consiguieron burlar el cerco otomano y atracar en los puertos de la ciudad asediada. Los ánimos de los defensores se elevaron. Si conseguían resistir un poco más y llegaba ayuda de Occidente, tal vez Constantinopla podría salvarse.

Pero Mehmed II no era un hombre que se rindiera fácilmente. Empeñado en superar el obstáculo de la cadena que cerraba el Cuerno de Oro, ordenó abrir un camino a través de las alturas del Gálata, al norte de las murallas de la colonia genovesa de Pera. Después mandó que unos setenta barcos de su flota se cargaran sobre enormes plataformas y, con las velas desplegadas, como si navegasen de verdad, fueran conducidos por largas recuas de bueyes desde las orillas del Bósforo, a través de las lomas del Gálata —no muy lejos de la zona que hoy ocupa la plaza Taksim—, hasta el extremo occidental del Cuerno de Oro. Gracias a este alarde de fuerza y determinación, la flota otomana esquivó la cadena que lo bloqueaba y penetró en el célebre estuario. El destacamento de navíos turcos no era lo bastante fuerte como para derrotar a los barcos cristianos, pero sí que pudo obligarlos a arremolinarse en torno a la cadena y permanecer allí, permitiendo a las tropas otomanas desperdigarse por el Cuerno de Oro para bombardear las murallas marítimas que protegían Constantinopla por el norte, y que, a diferencia de las terrestres, solo tenían una hilera de muros y estaban mucho peor guarecidas.

A comienzos de mayo, las provisiones comenzaban a escasear y todavía no se sabía nada de los socorros prometidos por Venecia. Doce

valientes marineros se ofrecieron voluntarios para embarcarse en una pequeña nave y navegar hasta el Egeo en busca de la flota italiana. Disfrazados de turcos para burlar la vigilancia otomana, la noche del 3 de mayo consiguieron deslizarse fuera del Cuerno de Oro y se perdieron en la oscuridad del mar de Mármara. Por su parte, los turcos redoblaron sus esfuerzos por apoderarse de la ciudad. Aumentaron la intensidad del cañoneo, trataron de superar las brechas abiertas en las murallas con asaltos cada vez más fuertes, enviaron a zapadores a excavar túneles bajo los muros y construyeron una gigantesca torre de asedio. Pero todo fue en vano. Los defensores repelieron los ataques, sepultaron a los zapadores en los escombros de sus propias minas e hicieron volar por los aires la torre con pequeños barriles de pólvora que colocaron en su base durante la noche. El segundo mes de asedio se acercaba a su fin y a pesar del hambre, del miedo y de las penurias, Constantinopla no se rendía.

El 23 de mayo los vigías que controlaban el mar de Mármara dieron la voz de alarma. El barco que había partido veinte días antes en busca de la flota veneciana regresaba a la ciudad. Traía malas noticias. Después de navegar a lo largo y ancho del Egeo buscando los navíos de la república italiana, sus tripulantes llegaron a la conclusión de que el ansiado socorro no existía y de que los occidentales habían abandonado Constantinopla a su suerte. Los marineros debatieron entonces si debían volver a la capital asediada o ponerse a salvo en algún puerto cristiano, y decidieron regresar y luchar hasta el final, pasara lo que pasase. Se dice que Constantino XI lloró mientras les daba las gracias, abrumado por el triste destino de su ciudad y la inminente desgracia de su imperio.

Múltiples señales parecían anunciar la derrota. Había una profecía, tan antigua como la propia Bizancio, que aseguraba que mientras la luna estuviera en cuarto creciente, la urbe nunca caería. Pero el 24 de mayo llegó el plenilunio y se produjo un eclipse que sumió a la región en una completa oscuridad; comenzaban los días de la luna menguante y los presagios funestos se sucedieron uno tras otro. Estalló una terrible tormenta seguida de la niebla más espesa que se había visto jamás. Un icono de la Virgen, que había sido sacado en procesión, cayó de las manos de aquellos que lo transportaban. Se avistaron luces extrañas sobre la iglesia de Santa Sofía, e incluso el terreno que había más allá del campamento turco se iluminó con un resplandor inexplicable. Pero entre las filas otomanas también se había extendido un cierto desánimo. Después de mes y medio de asedio, la enconada resistencia de los defensores exasperaba a las tropas turcas y los gastos del gigantesco ejército eran una carga pesada para las arcas del sultán. Las fronteras habían quedado desguarnecidas y, aunque nada se sabía de los auxilios de Occidente,

se temía que estos pudieran llegar en cualquier momento. Si el asalto a Constantinopla fracasaba, el reinado del joven Mehmed II podía complicarse y la integridad del Imperio otomano verse seriamente comprometida. Era imprescindible apoderarse cuanto antes de la vieja capital imperial.

El 28 de mayo el sultán dio a sus hombres el primer día de descanso. Los bizantinos comprendieron lo que esto significaba: el asalto final era inminente. El emperador, Constantino XI, reunió a sus leales. Pidió perdón por las ofensas que les hubiera podido causar. Les recordó que eran los descendientes de los viejos héroes de Grecia y de Roma; que debían prepararse para dar la vida por su fe, su familia, su patria y su emperador, y que, si mantenían su valor y su resolución, vencerían con la ayuda de Dios. Después, todos —el emperador y sus soldados, la nobleza y el pueblo llano, monjes y obispos, venecianos y genoveses, griegos y latinos, partidarios de la unión o del cisma— acudieron a Santa Sofía para encomendarse al cielo por última vez. Al caer la tarde, los hombres regresaron a sus puestos, las mujeres se incorporaron a las cuadrillas de trabajo y los ancianos y los niños buscaron la protección de las iglesias.

El ataque comenzó en plena noche. Poco después de la una de la madrugada del 29 de mayo, el campamento turco estalló en un estruendo espantoso de gritos, trompetas y tambores. En Constantinopla, como respuesta, comenzaron a repicar las campanas de todas las iglesias. Mehmed II, que lo fiaba todo al enorme tamaño de su ejército, había decidido enviar a sus tropas en oleadas para agotar la resistencia de los defensores. Mandó cargar primero a los irregulares, mal entrenados y pertrechados, que se estrellaron en vano contra las murallas antes de que se les ordenara retirarse. A continuación, el sultán envió a sus soldados anatolios, a los que se les había prometido cuantiosas recompensas si conseguían conquistar aquella orgullosa ciudad para su fe. Atacaron con denuedo durante horas, y estaban a punto de superar las barricadas cuando un fulminante contraataque cristiano consiguió repelerlos y hacerles retroceder. Pero antes de que los exhaustos defensores pudieran tomarse un segundo de descanso o de que las cuadrillas de trabajadores tuvieran tiempo de reparar las barricadas, el sultán ordenó el ataque de su tropa de elite, los jenízaros. Sin embargo, ni el empuje de las tropas musulmanas, ni la inferioridad numérica, ni el agotamiento consiguieron quebrar la resistencia de los cristianos, que luchaban por sus vidas y temían por el destino de sus esposas e hijos si la ciudad caía en manos de los turcos. Así estaban las cosas cuando, justo antes del alba, una doble fatalidad se abatió sobre los defensores. La poterna de una de las torres, que había quedado abierta en un descuido, fue aprovechada por los otomanos para penetrar en el

interior de la fortificación. Mientras las tropas cristianas acudían a repelerlos, Giovanni Giustiniani Longo, el valiente caudillo genovés, fue herido de gravedad por un disparo y pidió a los suyos que lo apartaran del campo de batalla. Con él se retiraron también los combatientes genoveses, y los jenízaros utilizaron el hueco para abrirse paso a través de las murallas. Al ver desmoronarse las defensas, los combatientes cristianos entraron en pánico. Los bizantinos abandonaron sus puestos y se desparramaron por las calles de Constantinopla en busca de sus familias. Los italianos corrieron a los puertos del Cuerno de Oro para ponerse a salvo en sus barcos. Incapaz de detener la retirada, Constantino XI arrojó al suelo las insignias imperiales, empuñó sus armas y se lanzó contra los soldados otomanos acompañado de un puñado de leales. Aunque circularon todo tipo de rumores sobre su desaparición, nadie volvió a tener noticias ciertas sobre el monarca. A mediodía del 29 de mayo de 1453, todo estaba perdido.[328]

Tal y como había prometido, Mehmed II dio a sus hombres permiso para saquear Constantinopla y la ciudad fue sometida a un espantoso pillaje. Todos, incluidos los marineros de la flota turca, se lanzaron en tropel a apoderarse de las riquezas de la capital, y la mayoría de los cristianos que salvaron la vida lo hicieron huyendo en los barcos del Cuerno de Oro, que aprovecharon la desbandada de la marinería otomana para abandonar la ciudad cargados de refugiados. Aquellos que no consiguieron ganar el puerto fueron capturados por los turcos, que decidían el destino de sus nuevas posesiones atendiendo al beneficio que pudieran reportarles: muchos ancianos y niños fueron asesinados en el acto, pero las vidas de las mujeres jóvenes y de los hombres fuertes se respetaban para poder venderlos como esclavos u obtener un rescate. Los palacios fueron saqueados, las bibliotecas quemadas, las iglesias vandalizadas en busca de objetos de valor, y los sagrados iconos, una vez privados de sus adornos de piedras y metales preciosos, arrojados al fango. Incluso las casas de los más humildes se sometieron a una concienzuda rapiña, y parece que los soldados otomanos dejaban una marca en los lugares que ya habían sido asaltados para que sus compañeros no perdieran tiempo buscando donde ya no quedaba nada. Solo cuando el frenesí de las tropas se hubo calmado, entrada la tarde, el sultán Mehmed II penetró en una ciudad que ya era suya y cuyo sometimiento le hizo merecedor del apodo de Fatih, el Conquistador. A sus veintiún años acababa de protagonizar la hazaña más impresionante de toda la historia del Imperio turco otomano. Se dice que recorrió en silencio las calles de Constantinopla hasta que llegó a la basílica de Santa Sofía. Bajó de su caballo, tomó un puñado de tierra y lo dejó caer sobre su cabeza. Después de haber estado a punto de perderlo todo, el piadoso joven

entendía que aquella victoria sobrehumana no era mérito suyo, sino de Dios.

Hoy son muchas las obras de historia que sitúan el final de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna en 1453. Sin duda, la caída de la vieja ciudad de Constantino, la desaparición del Imperio romano de Oriente y el ascenso del Imperio turco otomano marcaron el inicio de una etapa diferente, en la que todas las deudas con la Antigüedad habían quedado saldadas: el Imperio romano, que ya no existía, podía ser reimaginado y recreado, y nuevos protagonistas iban a conducir los destinos de la humanidad por sendas intransitadas. Pero para aquellos que contemplaron con sus propios ojos el fin de aquella era, los cambios tuvieron un significado mucho más profundo. Viejas profecías aseguraban que la caída de Constantinopla sería una de las señales que anunciaría el fin del mundo, y muchos comenzaron a pensar que el apocalipsis estaba cerca. Por sorprendente que pueda parecer, para los bizantinos supervivientes que decidieron permanecer en sus hogares y someterse a sus nuevos amos turcos, esta idea era, en realidad, bastante consoladora. Se esperaba que la caída del último imperio cristiano de la Antigüedad —el Imperio bizantino— diera paso al reino de Dios, y que el final de la nueva Roma —Constantinopla— condujera al triunfo de la Jerusalén Celestial. No había, pues, que desesperar, porque aquello que se había perdido en la Tierra se ganaría pronto en el Cielo. De hecho, uno de los valedores de esta idea fue Genadio II (1454-1464), patriarca de Constantinopla, que accedió al puesto justo después de la conquista otomana.

Mientras Mehmed II demolía la iglesia de los Apóstoles y el panteón de Constantino para levantar una mezquita, Genadio II consolaba a su menguada parroquia, asegurándole que los sabios habían sido capaces incluso de poner una fecha a la segunda venida de Cristo. Era creencia común que, dado que Dios había creado el mundo en seis días y descansado al séptimo, su obra duraría el mismo número de milenios, y al término de este plazo, esto es, al concluir el séptimo milenio, Cristo regresaría al mundo para reinar sobre él. Según ciertos cálculos, el año de la creación había sido el 5508 a. C., así que su fin, siete mil años después, estaba fijado para 1492; así parecían confirmarlo todas las señales. Desde luego, al atribulado patriarca de Constantinopla no le faltaba algo de razón. En 1492, los maravillados ojos de los occidentales descubrieron un mundo completamente nuevo, en el que muchos creyeron encontrar la viva imagen del paraíso.[329]

EPÍLOGO

EL LARGO CAMINO HACIA EL OCASO

La noticia de la caída de Constantinopla llegó a Europa Occidental a comienzos de junio de 1453, obligando a la flota de socorro veneciana —que existía, pero que había abandonado demasiado tarde las costas del Adriático— a detenerse a medio camino. Apenas unos días después, en cuanto se recuperaron del susto, el senado veneciano envió una embajada para negociar con el sultán las condiciones en las que sus mercaderes iban a operar en los nuevos dominios otomanos. La respuesta turca no se hizo esperar: se comunicó a los venecianos que, si lo deseaban, podían regresar a Constantinopla para hacer negocio, pero sin los privilegios que les habían concedido los bizantinos y obligados a pagar el impuesto que debían abonar todos los cristianos que residían en territorio musulmán. Buena parte de los atractivos comerciales de la región desaparecieron en ese preciso instante. Privados de las exenciones fiscales y de las concesiones especiales, los mercaderes venecianos comenzaron a retirarse poco a poco de las plazas turcas. Los otomanos no se esforzaron demasiado por retenerlos; sabían que podían obtener lo que necesitaban negociando con agentes más complacientes, como Florencia o Francia, y no ocultaban su deseo de convertir el Mediterráneo en un mar turco.

En efecto, a la pérdida de los privilegios comerciales le siguió pronto la mucho más dolorosa pérdida de territorios. Durante sus mil años de existencia, el Imperio bizantino había sido una barrera bastante eficaz contra los invasores provenientes del este, y en particular contra los musulmanes. Pero su caída permitió que, por primera vez desde las cabalgadas mongolas, un enemigo extranjero amenazara el corazón de Europa. En 1470, los turcos arrebataron a los venecianos la isla Negroponte (Eubea); en 1500, cayeron los «ojos de Venecia», las bases de los italianos en el Peloponeso: Modona, Corona y Navarino, y, en 1522, fue tomada la isla de Rodas, desalojando a los caballeros hospitalarios. Es cierto que durante todo este tiempo y los siglos que siguieron hubo espacio para las treguas y las paces, y que los navíos de la república italiana nunca dejaron de frecuentar las aguas del levante mediterráneo, pero, poco a poco, los barcos se hicieron más escasos, las cargas más ligeras y los beneficios menos sustanciosos, hasta que Venecia, la orgullosa novia del mar, acabó sumida en la ruina económica y la irrelevancia política.

A comienzos del siglo XVI la imparable maquinaria de guerra

otomana era ya capaz de sostener un ritmo de conquistas sorprendente, en varios frentes a la vez y ante adversarios muy distintos. En 1514 derrotaron al *shah* safávida Ismail en la batalla de Chaldiran. En 1521 se apoderaron de Belgrado, en 1526 vencieron al rey húngaro en Mohács y se desparramaron por el Danubio central, y en 1529 las tropas de Solimán I el Magnífico (1520-1566) asediaron Viena por primera vez. Setenta años antes, en 1453, el sensible Federico III de Habsburgo (1452-1493), emperador del Sacro Imperio, se había echado a llorar cuando supo de la caída de la lejana Constantinopla, sin sospechar que su biznieto Carlos I (1520-1558) se vería obligado a defender el corazón de sus propios dominios de los turcos.

Los Habsburgo, a los que la fortuna y una habilísima política matrimonial habían colocado al frente de los destinos del Sacro Imperio y del Imperio español, se convirtieron en el principal enemigo de los otomanos en Europa y el Mediterráneo, y estos se vieron en la necesidad de emplear todo tipo de herramientas para debilitarlos. Una de las más eficaces fue la piratería berberisca. Los corsarios al servicio del sultán, como el célebre Barbarroja (1475-1546), construyeron sus guaridas al amparo de los reinos vasallos del norte de África y hostigaron sin descanso a los buques cristianos, que se veían obligados a tomar escolta o a pactar el pago de tributos a los piratas. Para comienzos del siglo XVI la piratería era un negocio boyante y los corsarios habían extendido sus ataques a las plazas costeras donde, además de obtener botín, podían capturar a sus habitantes para emplearlos a su servicio, venderlos o liberarlos a cambio de un rescate. La necesidad de redimir a un número creciente de cautivos obligó a los intermediarios especializados, como las órdenes de los mercedarios y los trinitarios, a intensificar sus actividades y a contar con un delegado permanente en Argel. El temor a ser víctimas de estas razias hizo que los habitantes de las costas mediterráneas vivieran en un estado de alerta permanente; fue necesario reforzar los muros de las ciudades, construir torres de vigilancia y contratar milicias. Y con el tiempo, algunas localidades quedaron abandonadas, porque la población prefirió trasladar su residencia al interior para ponerse a salvo de la amenaza de los corsarios.

Los otomanos no eran los primeros hijos de la estepa ni el primer imperio musulmán que irrumpía en el Mediterráneo. Pero en el pasado los califatos habían prestado más atención a sus disputas internas que a las guerras contra los cristianos; estos habían encontrado interlocutores comerciales receptivos entre los fatimíes o los mamelucos, y el Imperio bizantino había dificultado los conatos de expansión por el continente europeo. La gravedad de la amenaza turca otorgó a las relaciones con los otomanos un cariz completamente

diferente, y el nuevo escenario afectó de forma negativa a los flujos de comercio entre Europa y el Levante mediterráneo. Por primera vez en su historia, los habitantes de esas costas comenzaron a vivir de espaldas al mar. El *Mare Nostrum*, corazón palpitante del mundo, cuna de la civilización occidental, se había convertido en un lugar hostil, y parecía cuestión de tiempo que perdiera su condición de centro para transformarse en periferia.

Enfrentados a problemas similares, seres humanos de distintas épocas y lugares pueden llegar a soluciones parecidas. A finales del siglo XIII la República de Génova se encontraba en una situación no muy diferente a la provocada por la conquista turca de Constantinopla. Aunque por aquel entonces la Ruta de las Estepas atravesaba un momento boyante, el comercio con los puertos del Levante mediterráneo había quedado interrumpido tras la conquista mameluca de los territorios cruzados, obligando a los genoveses a buscar vías alternativas para acceder a las mercancías de Oriente. Las posibles soluciones que se pusieron encima de la mesa fueron tan audaces como imaginativas. Los genoveses, por un lado, negociaron con los ilkánidas mongoles para que les permitieran construir una flota en los puertos de la baja Mesopotamia y recorrer con ella las aguas del golfo Pérsico hasta la India. Por otro, enviaron una expedición para explorar la posibilidad de alcanzar el subcontinente indio a través de una ruta completamente nueva, lejos de las injerencias musulmanas.

En mayo de 1291, mientras Marco Polo y la princesa Kukachin trataban de llegar a Persia, los hermanos Ugolino y Vadino Vivaldi abandonaban el puerto de Génova a bordo de dos galeras cargadas de provisiones y mercancías. Navegaron hacia occidente, más allá de las Columnas de Hércules, probablemente con el propósito de circunnavegar África y alcanzar «las Indias», esto es, el territorio bañado por el océano Índico, que incluía las islas de las Especias en el sudeste asiático, el subcontinente indio y la costa oriental africana. Tal vez los Vivaldi pensaban que podrían seguir los pasos de Eudoxo de Cícico, aquel marino griego que, se decía, había llegado a Etiopía navegando hacia el sur desde el puerto de Cádiz. El caso es que Marco Polo y los suyos consiguieron regresar a Venecia, cargados de objetos exóticos y de historias fascinantes, pero a los hermanos Vivaldi no se les volvió a ver. La última vez que se supo de ellos recorrían la costa occidental africana a la altura de las Canarias.[330]

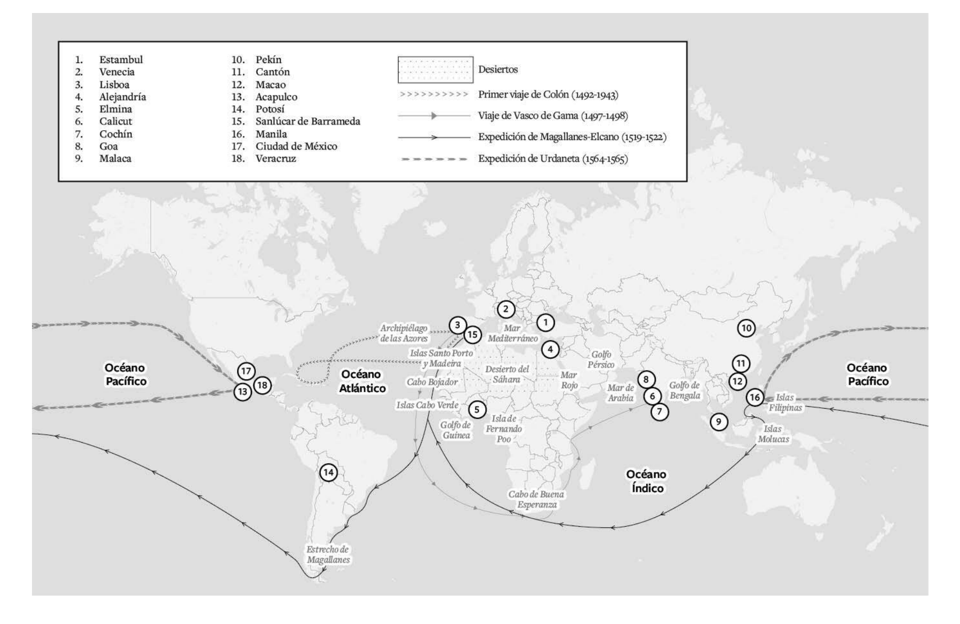
La crisis con los mamelucos fue breve, porque estos antiguos esclavos convertidos en señores de Egipto y del Levante mediterráneo concedían un gran valor a los beneficios que el comercio dejaba en sus territorios. Los genoveses llegaron a acuerdos con el sultán mameluco para hacer negocios en el valle del Nilo, y las peligrosas empresas de

exploración ultramarina cedieron su lugar a la navegación por las familiares aguas del Mediterráneo. Los europeos tardaron bastante tiempo en volver a tener motivos para arriesgar la vida de sus navegantes en aguas desconocidas. A pesar de la decadencia de la Ruta de las Estepas, de la caída de los ilkánidas o del ascenso de los otomanos, los puertos mamelucos siempre permanecieron abiertos. Gracias a la Ruta de la Seda marítima las mercancías de Oriente todavía podían encontrarse en abundancia y a buen precio en los concurridos mercados de Beirut, Alejandría o El Cairo.

Pero a mediados del siglo XV la economía europea atravesaba un período complicado. A los trastornos provocados por el avance de los otomanos se sumó una preocupante escasez de metales preciosos, que hizo disminuir las emisiones monetales, obligó a cerrar algunas cecas y ralentizó el desarrollo económico del continente. En realidad, como sucede con frecuencia, los dos problemas estaban relacionados. Al expandirse por los Balcanes, los turcos arrebataron a los cristianos las grandes minas de plata de Serbia y de Bosnia, justo en el momento en el que los yacimientos que todavía permanecían en manos occidentales agotaban las vetas más cercanas a la superficie. La tecnología minera de los europeos, que se había desarrollado muy poco desde el Imperio romano, no contaba aún con los medios para adentrarse en el subsuelo en busca de filones más profundos. La escasez de plata no solo perjudicaba a la economía de los reinos cristianos, también dificultaba la adquisición de las mercancías de lujo orientales, que, por su elevado coste, solían intercambiarse por una mezcla de productos y metales preciosos. ¿Dónde podrían los europeos encontrar una solución a la escasez de plata y a los crecientes problemas del comercio en el Mediterráneo oriental? La respuesta, similar a la que habían planteado los genoveses a finales del siglo XIII, estaba en manos de un pequeño reino en el extremo occidental del continente. La Era de los Descubrimientos estaba a punto de comenzar y Portugal iba a ser su primer protagonista, aunque tardó un tiempo en darse cuenta de ello.

A mediados del siglo XIII, Portugal había completado su expansión por la península ibérica arrebatando el Algarve a los musulmanes. Los avances de la Reconquista dejaron a los lusos con un único vecino, el reino de Castilla, y la despreocupación de habitar uno de los rincones aparentemente más tranquilos del continente europeo. Tal vez demasiado. Las tierras portuguesas no se distinguían por su feracidad y tampoco disponían de artesanías demandadas o de un comercio boyante. Cualquier intento de mejorar su economía pasaba por la adquisición de nuevos territorios, así que los lusos decidieron trasladar sus viejos enfrentamientos con los musulmanes a un nuevo continente.

En 1415 se apoderaron de Ceuta, y emplearon la plaza como cabeza de puente para ganar territorios en el extremo noroccidental de África. A la conquista de Ceuta le siguió la colonización de las islas de Porto Santo (1419) y Madeira (1420), donde plantaron trigo, vides y, sobre todo, caña de azúcar, porque las pequeñas islas del Atlántico se adaptaban muy bien a las explotaciones azucareras, un producto con una demanda creciente en Europa. En 1427 comenzó la exploración de las Azores, y en 1434, Gil Eanes logró el primer gran hito de la navegación portuguesa cuando consiguió superar el temido cabo Bojador. No es fácil explicar el aura de peligro y misterio que rodeaba este lugar. Su apariencia es de lo más inofensiva, pues se trata de un pequeño saliente de tierra en el Sáhara Occidental, unos 100 kilómetros al sur de las Canarias. Pero ese cabo anunciaba el inicio de una costa dominada por un desierto interminable, en la que era imposible encontrar agua, provisiones o ayuda de ningún tipo. Además, a la altura del Bojador, los vientos comenzaban a soplar con una fuerza inusitada y extrañas corrientes empujaban a los navíos hacia los bajíos de la costa, donde naufragar suponía una muerte casi segura. El temor que el lugar despertaba entre los marineros le había hecho merecedor del apelativo de Cabo del Miedo, y no había noticias de que ningún barco europeo lo hubiera rebasado y vuelto para contarlo.[331]



Por fortuna, a mediados del siglo XV la suma de varios avances técnicos iba a dar un impulso extraordinario a la capacidad de los europeos para surcar los océanos. La cartografía se había beneficiado de la producción de cartas náuticas y portulanos cada vez más detallados. Se había generalizado el uso de la brújula (la «aguja de marear»), de la rosa de los vientos y de las tablas de declinación magnética, que permitían un cálculo mucho más preciso de las rutas. Y, poco a poco, los pilotos comenzaron a servirse de sextantes, astrolabios y ballestillas (unos artilugios de aspecto cruciforme) para calcular la latitud; sería este un recurso clave para las navegaciones oceánicas, en las que resultaba imprescindible alejarse de la costa y sus accidentes no podían utilizarse como punto de referencia. Además, a lo largo de la primera mitad del siglo XV habían empezado a fabricarse nuevos tipos de barcos, más grandes y robustos, dotados de timones de codaste, altas cubiertas, bodegas profundas, castillos de popa y varios mástiles con velas cuadradas y triangulares. Estos nuevos navíos, que recibían el nombre de carabelas, carecían de remos, lo que permitía embarcar menos tripulación, aumentando la capacidad de carga y la autonomía, y disminuyendo los costes del transporte, lo que redundaba en beneficio del comercio ultramarino.

La hazaña de Gil Eanes al superar el cabo Bojador no pudo llegar en mejor momento, porque los avances en el mar no terminaban de encontrar correspondencia en tierra. Las regiones norteafricanas se resistían a la conquista cristiana, y tampoco ofrecían recursos que los portugueses pudieran explotar con provecho. Tras una contundente derrota en Tánger (1437), el monarca luso Alfonso V (1438-1481) ordenó a su tío Enrique, a cargo de la cruzada africana, que

abandonara la conquista de las decepcionantes laderas del Atlas y buscara nuevas vías de expansión en las mucho más prometedoras costas occidentales del continente africano.

Hasta ese momento, el infante don Enrique (1394-1460), que ha pasado a la historia como Enrique el Navegante, no había mostrado demasiado interés por el mar. Había consagrado su existencia a la guerra contra el infiel y llevaba la vida de un monje, absteniéndose de beber, ayunando con frecuencia y evitando, siempre que podía, el peligroso contacto con las mujeres. Pero es posible que, al recibir las nuevas instrucciones de su sobrino, recordara que los astrólogos le habían anunciado que estaba destinado al descubrimiento de cosas ocultas, o que en cierta ocasión había soñado que en África encontraría riquezas tan abundantes que servirían para sostener el reino. Así que se puso manos a la obra y empleó su curiosidad y su talento organizador para cumplir las órdenes del rey. Interrogó a los africanos para obtener informaciones y envió pequeñas expediciones para explorar las regiones que se escondían al sur del cabo Bojador. Los portugueses esperaban encontrar allí esclavos, especias como la malagueta —llamada «pimienta de los pobres» y que se parecía a la pimienta de la India solo en apariencia, no por su sabor—, marfil, ébano, reinos cristianos a los que convertir en aliados y, sobre todo, oro, pues la escasez de metales preciosos había comenzado ya a dejarse sentir en Europa. Se decía que más allá de las ardientes arenas del Sáhara se encontraba el reino del legendario Mansa Musa, la Tierra del Oro, donde este metal era tan abundante que crecía cada noche y podía ser recogido fácilmente al llegar el amanecer.[332]

Los primeros descubrimientos al sur del cabo Bojador fueron decepcionantes. La costa era una sucesión de extensiones arenosas, no había oro por ningún lado y la única manera de hacer negocio era capturando a los desventurados indígenas que se dejaban ver para venderlos como esclavos. Pero en 1444 los exploradores alcanzaron la desembocadura del río Senegal, y las dunas dieron paso a tupidas selvas, animales desconocidos y tierras pobladas donde se podía negociar con los locales para adquirir mercancías exóticas. Las nuevas regiones recibieron nombres prometedores: Costa de los Esclavos, Costa de Marfil, Costa de Oro…, y empezaron a atraer la atención de los mercaderes más avispados. En 1454, un año después de la caída de Constantinopla, un veneciano llamado Alvise Cadamosto pidió permiso para hacer negocio en el golfo de Guinea, y en 1455, los portugueses sintieron la necesidad de asegurarse el control de la zona obteniendo del papa Nicolás V (1447-1455) una bula que legitimara sus conquistas.[333] En lo sucesivo, los lusos plantarían, bien visibles en la costa africana, monolitos de piedra —los *padrões*, en singular *padrão* — para que no hubiera dudas sobre quiénes eran los dueños de

aquellas regiones.

Pero en 1460 todo este entusiasmo se enfrió de repente. La muerte de don Enrique el Navegante privó a los lusos del hombre que había dirigido gran parte de las aventuras ultramarinas. Selvas impenetrables, enfermedades tropicales y nativos hostiles dificultaban el acceso al oro del Imperio de Mali, mientras que en Europa el desarrollo de las técnicas mineras permitió explotar nuevos yacimientos y vetas más profundas en Centroeuropa y Escandinavia. Los metales preciosos volvieron a fluir, los reinos acuñaron moneda de calidad y el «hambre de oro» cesó. Desanimados, en 1469 los portugueses arrendaron parte de los derechos del comercio al sur del cabo Bojador a un mercader luso, Fernao Gomes, con la condición de que prosiguiera por su cuenta la exploración por aquellas aguas. Como recompensa se le ofreció un título de nobleza y un escudo adornado con símbolos de las «riquezas» de la zona: esclavos y oro.

Los principales beneficiarios de la renovada bonanza económica europea fueron los reyes, que aprovecharon la coyuntura favorable para aumentar su capacidad impositiva, afianzar su poder y poner coto a las ambiciones de la nobleza. A finales del siglo XV, la Edad Media y el feudalismo estaban a punto de ceder su lugar a la Edad Moderna de las monarquías absolutas, un período en el que los soberanos podrían emplear sus crecientes recursos al servicio de empresas cada vez más ambiciosas. Un buen representante de este cambio era el nuevo rey portugués, Juan II (1481-1495), el llamado Príncipe Perfecto. El monarca luso había heredado de su padre, Alfonso V, un reino en crisis, sometido a los intereses de un puñado de nobles levantiscos y escaldado por la derrota en un nuevo enfrentamiento dinástico con los vecinos castellanos —la guerra civil entre Isabel la Católica y Juana la Beltraneja, en la que los portugueses apoyaron a Juana, esposa de Alfonso V—. Nada más subir al trono, Juan II ejecutó a algunos nobles, aseguró la paz con Castilla y embarcó a Portugal en la más extraordinaria de las aventuras que había emprendido jamás el reino luso.

Las exploraciones particulares en el golfo de Guinea no solo habían revelado a los europeos la existencia de las hermosas islas de Fernando Poo, Santo Tomé y Príncipe. También habían permitido realizar un descubrimiento mucho más transcendente: en aquellas latitudes la costa africana describía un gigantesco quiebro hacia el este y el continente se estrechaba de manera significativa. Esto -se barruntaban los lusos- solo podía significar dos cosas: que las regiones de Sudán y Etiopía no debían de quedar muy lejos hacia el interior y que, tal y como mostraban los antiguos mapas, el extremo meridional de África tenía que encontrarse también bastante cerca, en el vértice inferior del triángulo formado por el continente. Esta esperanza

revolucionó las expectativas de los portugueses. El objetivo no era ya encontrar oro o nativos, sino alcanzar la auténtica fuente de las riquezas de Oriente abriendo una vía directa hasta las Indias que circunnavegara África.

El rey Juan II se consagró a esa tarea con verdadero entusiasmo. En 1481 envió una flota de doce barcos cargados con medio millar de soldados, un centenar de artesanos y todo tipo de pertrechos para fundar el fuerte de São Jorge da Mina (conocido como Elmina) en la costa de Ghana. El enclave debía garantizar la vigilancia de la región para evitar que otros —los castellanos— pudieran aprovecharse de la nueva ruta, ofrecer una base para el aprovisionamiento de los barcos y, sobre todo, servir de punto de partida a nuevas expediciones destinadas a desentrañar los secretos del extremo meridional del continente africano. Solo un año después, un navío portugués alcanzó la desembocadura del río Congo, y Juan II, exultante, anunció al papa que los lusos pronto surcarían los perfumados mares de Arabia.[334]

En 1487, dos nuevas expediciones abandonaron Portugal en direcciones opuestas. La primera estaba integrada por dos agentes, Alfonso de Paiva y Pero da Covilha, que marcharon a Oriente disfrazados de mercaderes. Su misión oficial era llevar cartas al Preste Juan, cuya esquiva ubicación se situaba entonces en la región de Etiopía, pero su verdadero propósito era recopilar informaciones sobre las costas del mar de Arabia para facilitar la inminente llegada de los navíos lusos a la región.[335] La segunda, que abandonó Lisboa en agosto de 1487, estaba comandada por un hombre llamado Bartolomeu Dias (castellanizado Bartolomé Díaz, *ca.* 1450-1500) y debía navegar hacia el sur en busca del extremo meridional del continente africano. La aventura, como sucede con frecuencia con los grandes logros, resultó de lo más anticlimática. A mediados de diciembre, Díaz surcaba ya aguas desconocidas frente a la desolada costa de Namibia. Las selvas tropicales habían dado paso a un desierto y los vientos contrarios soplaban con tanta fuerza que dificultaban el avance de los navíos. Para colmo de males, las temperaturas bajaron, el tiempo se hizo tormentoso y la tempestad alejó a los barcos de la costa. Los expedicionarios navegaron durante dos semanas sin saber muy bien dónde estaban hasta que, por fin, divisaron tierra al norte de su posición. Atracaron, hicieron provisión de agua y alimentos, siguieron la línea de la costa hacia el levante y al cabo de unos días les pareció que el litoral se curvaba hacia el noreste. Determinaron que esto significaba que habían llegado al extremo meridional del continente africano y que el mar que se abría al otro lado era ya el océano Índico.

Aliviados y con el espíritu aventurero algo maltrecho por las penurias de la travesía, los compañeros de Bartolomé Díaz le hicieron

notar que con aquello bastaba para dar la misión por cumplida, y el líder se vio forzado a regresar sin haber podido hollar la tierra prometida. La expedición atracó de vuelta en Lisboa en diciembre de 1488. Asegura un cronista portugués que Díaz y sus marineros, impresionados por la fuerza del temporal y la altura de las olas, habían bautizado el extremo meridional de África con el apelativo de Cabo de las Tormentas, y que fue el rey, Juan II, desde la comodidad de su palacio, quien prefirió cambiarlo por el de Cabo de Buena Esperanza. Otros, en cambio, atribuyen el hermoso topónimo al propio Díaz. Sea como fuere, había transcurrido apenas medio siglo desde que un valiente marinero se atreviera a navegar más allá del cabo Bojador, y los lusos ya habían encontrado un camino entre el Atlántico y el Índico. Solo quedaba dar un paso más para poner la mano sobre las riquezas de Oriente, cuando la corona lusa recibió una noticia tan inesperada como inoportuna. Por lo visto, un genovés al servicio de los españoles aseguraba que ellos habían llegado ya a las Indias.

Aunque los descubrimientos de Colón comenzaron pronto a generar un lógico escepticismo, parece que, durante un tiempo, desanimaron a los lusos. La actividad ultramarina de Portugal quedó paralizada y el rey Juan II murió en 1495 sin ver cumplidos sus sueños orientales. Fue su sucesor, Manuel I el Afortunado (1495-1521), quien se decidió a sacar partido a la hazaña de Bartolomé Díaz. En julio de 1497, cuatro barcos —dos naos, una evolución más grande y robusta de las carabelas, y dos naves más pequeñas— partieron de Portugal. Comandaba la expedición un infanzón del Alentejo llamado Vasco de Gama (*ca*. 1460-1524), aunque se desconocen los méritos que llevaron a Manuel I a encomendarle la empresa. No parece que tuviera mucha experiencia como navegante, pero sus contemporáneos lo describen como un hombre leal, autoritario y de fuerte carácter, y tal vez estas cualidades pesaban más que la habilidad para dirigir un barco, que siempre podía delegarse en pilotos expertos. Vasco de Gama no solo debía abrir una ruta hasta la India a través del cabo de Buena Esperanza, también tenía instrucciones de establecer relaciones diplomáticas y mercantiles con los señores del subcontinente (incluido el Preste Juan, para el que llevaba cartas por si el añoso gobernante todavía andaba por allí).

La expedición navegó sin incidentes hasta la isla de Cabo Verde, manteniendo a la vista un litoral que ya era familiar para los portugueses, pero al llegar al Atlántico sur, los pilotos dejaron que los vientos arrastraran los barcos hacia el sudoeste, adentrándose en alta mar, lejos de la costa, durante tres meses. Los exploradores lusos habían descubierto que, al superar el Ecuador, la Estrella Polar desaparecía en el horizonte y el cielo nocturno se poblaba de astros desconocidos. Cuando esto sucedía, el régimen de vientos también

cambiaba. En el Atlántico norte, las corrientes seguían la dirección de las manecillas de un reloj. La brisa soplaba de forma constante hacia el sur a lo largo de la costa occidental africana y aquellos que deseaban regresar a la península ibérica debían adentrarse en el mar y buscar vientos propicios para navegar hacia el norte a la altura de las Azores. Los lusos se referían a esta ruta como la *volta do mar* o *volta pelo largo*, pues parecía describir una gigantesca elipse en el Atlántico norte, y sabían que podían confiar en la regularidad de sus corrientes siempre que esquivaran los espacios de calma chicha del corazón del océano. Pero en el Atlántico sur los vientos giraban en el sentido contrario, impidiendo a los barcos seguir el litoral si querían tomar rumbo sur. El medio más rápido para alcanzar el cabo de Buena Esperanza era dejarse arrastrar por la corriente hacia el suroeste, hasta el punto en el que los vientos giraban de nuevo y tomaban dirección este, conduciendo a los navíos hacia el extremo meridional del continente africano. Esta especie de parábola por las aguas del Atlántico llevaba a los portugueses muy cerca de Sudamérica, y fue así como los lusos descubrieron las costas de Brasil en 1500, después de que una flotilla comandada por Pedro Álvares Cabral se desviara —tal vez a propósito— hacia el oeste al tomar la *volta do mar* camino de la India.

En noviembre de 1497, la expedición de Vasco de Gama rebasó el cabo de Buena Esperanza y comenzó a remontar la costa oriental del continente africano. Los ánimos de la tripulación estaban bastante tensos. Se adentraban en aguas desconocidas, habían perdido uno de los barcos, las provisiones escaseaban, los marineros padecían de escorbuto y el avance era lento y penoso. Pero a la altura de Mozambique encontraron mercaderes árabes y pudieron embarcar a un piloto capaz de guiarlos por aquellos mares exóticos. Quiso la fortuna además que los lusos llegaran a la costa de Kenia en primavera, cuando los vientos del monzón comenzaban tímidamente a soplar hacia el este. Impulsada por la brisa, la flotilla de Vasco de Gama arribó a las costas de la India el 20 de mayo de 1498; sus tres barcos echaron el ancla en el puerto de Capocate, unos pocos kilómetros al norte del emporio mercantil de Calicut.

Al día siguiente, un par de portugueses desembarcaron en la playa. Es fácil suponer la mezcla de emociones que debía de embargarles en ese momento: la satisfacción por haber cumplido la parte más importante de su misión, la curiosidad por aquel mundo nuevo que se abría ante sus ojos y un punto de codicia por las riquezas que albergaba. Pero mientras miraban a un lado y a otro sin quitar ojo a las altísimas montañas, a las joyas que llevaban las mujeres y a los templos hindúes, que creyeron cristianos a causa de la profusión de imágenes, lo primero que escucharon fue un insulto pronunciado en

castellano con marcado acento árabe: «¡El diablo te lleve! ¡¿Qué haces tú aquí?!». «¡Buscamos cristianos y especias!», acertaron a responder los atribulados lusos. El exabrupto provenía de un comerciante tunecino que había reconocido a los portugueses y no podía creer lo que estaba viendo. Hacía siglos que aquellas aguas pertenecían a los marineros musulmanes, y las flotas occidentales habían dejado de frecuentar el mar de Arabia mil años atrás. Encontrarse allí a unos portugueses, por muy despistados que parecieran, solo podía significar una cosa: que los europeos planeaban apoderarse de una parte del pastel. Los mercaderes musulmanes iban a hacer todo lo posible para no ponérselo fácil.[336]

El Zamorín de Calicut, señor del comercio en la costa suroccidental de la India, requirió inmediatamente la presencia de Vasco de Gama. Rodeado de una multitud de curiosos, el noble luso se abrió camino hasta el palacio del caudillo y explicó, muy digno, que él no era un mercader, sino un embajador, y que los lusos no buscaban riquezas, que abundaban sobremanera en su patria, sino cristianos. Pero, al día siguiente, cuando Vasco de Gama mostró a los sirvientes del Zamorín los regalos que traía para el gobernante indio —sombreros, ramas de coral, algunas piezas de metal, azúcar, aceite de oliva y miel—, estos eran tan humildes que los indios se echaron a reír. En Oriente, la importancia de un visitante se medía por el valor de los presentes que traía consigo, y las pobres ofrendas lusas revelaban que aquellos portugueses ni eran tan ricos como decían ni venían buscando solo hermanos de fe. A partir de este momento, todo fue de mal en peor.

Los representantes del Zamorín despreciaron las mercancías que los lusos traían para vender, y cuando finalmente se avinieron a adquirir los productos, lo hicieron por un precio irrisorio. Los portugueses consiguieron embarcar en sus navíos una pequeña muestra de las riquezas de Oriente: clavo, canela y piedras preciosas, pero el Zamorín se negó a entregarles regalos para su rey, y tras hacerse a la mar tuvieron una pequeña escaramuza con las naves indias. Se les hizo saber que no eran bienvenidos en aquellas aguas y que los mercaderes musulmanes planeaban un ataque para eliminarlos. Abandonaron el subcontinente en octubre de 1498, con vientos contrarios y casi sin provisiones. Para entonces, el viaje de descubrimiento se había convertido en una huida.

A finales del verano de 1499, tras una travesía de dos años, Vasco de Gama atracó en Portugal. Las cosas no habían salido como se esperaba. Habían perdido la mitad de sus barcos y dos tercios de su tripulación. El encuentro con el Zamorín de Calicut había sido un desastre y las escasas mercancías que traían consigo, a pesar de su exotismo, no invitaban precisamente a soñar con grandes ganancias. Los indios no eran cristianos, sino paganos hindúes, la ruta no

esquivaba a los musulmanes, que eran dueños del Índico, y si querían abrirse camino en aquel mercado debían estar dispuestos a emplear la fuerza. Pero, a pesar de todo, se había abierto una nueva ruta hacia Oriente, y el rey Manuel I pudo escribir con satisfacción a los Reyes Católicos que la India —la verdadera, se entiende, no esa falsa que aseguraba haber encontrado Colón— había sido hallada al fin. El mérito pertenecía a Portugal, la prosperidad del pequeño reino dependía del éxito de la empresa y los lusos se consagraron a ella con una entrega inquebrantable. Ni la lejanía, ni las dificultades, ni la oposición de los nativos iban a impedirles construir el primer gran imperio mercantil de la Edad Moderna.

En marzo de 1500, apenas unos meses después del regreso de Vasco de Gama, Pedro Álvares Cabral abandonó Portugal al frente de trece buques y unos mil quinientos hombres. Atracaron en Calicut en 1501. Los lusos confiaban todavía en llegar a algún entendimiento con el Zamorín, pero la aparición de una nueva expedición portuguesa, más nutrida que la anterior, terminó de exasperar los ánimos de los mercaderes musulmanes. Estalló un enfrentamiento, Cabral ordenó hacer fuego contra la costa y convirtió a los indios con los que deseaba comerciar en sus enemigos. Por fortuna para los lusos, cuando abandonaban la ya decididamente hostil Calicut recibieron una noticia esperanzadora: el reyezuelo de Cochín —aquella localidad que, setenta años antes, había recibido con los brazos abiertos a la Flota del Tesoro Ming— tenía una larga disputa con Calicut, odiaba al Zamorín y estaría encantado de hacer negocio con los europeos. Portugal acababa de encontrar un aliado leal, un puerto estratégico y acceso directo a las laderas de los Ghats, donde crecía la pimienta. Un año después, en 1502, Vasco de Gama fue enviado de nuevo a la India para establecer una *feitoria* —una colonia comercial— en Cochín. Comandaba veinte barcos, que iban tan cargados de cañones y soldados como de mercancías, y no dudó en bombardear Calicut como advertencia a cualquiera que planeara oponerse a los portugueses. A partir de este momento se enviaron nuevas flotas cada año, en 1503, en 1504, en 1505…, hasta asegurar con mano de hierro la presencia lusa en el subcontinente y el nacimiento del llamado *Estado da Índia* portugués.[337]

La arrolladora irrupción portuguesa en el mar de Arabia molestó a los indios, alarmó a los musulmanes y encolerizó a los mamelucos y a sus principales aliados comerciales, los venecianos. Cincuenta años después de la conquista turca de Constantinopla, los italianos habían conseguido compensar parte de las pérdidas económicas y territoriales gracias a sus fluidas relaciones con los mamelucos, que les permitían adquirir mercancías orientales en los puertos del Levante mediterráneo. Pero Vasco de Gama regresó de su segundo viaje en

1503 con una cantidad equivalente a lo que Venecia importaba en todo un año de pimienta, clavo de olor, canela y jengibre, y las adquisiciones de la república italiana en los mercados de Beirut y Alejandría descendieron un 75 por ciento, porque los portugueses estaban empezando a desviar parte del tráfico lejos del mar Rojo.

Venecianos y mamelucos trataron de mantener la competitividad de los mercaderes italianos negociando nuevos privilegios en los puertos egipcios, planeando ambiciosas obras de ingeniería, como la construcción de un canal entre el mar Rojo y el Mediterráneo, o presionando diplomáticamente a la corte lusa. Los mamelucos llegaron incluso a amenazar al papa con impedir el acceso de los peregrinos cristianos al Santo Sepulcro de Jerusalén si los portugueses no abandonaban el tráfico con la India. Al final, exasperado, el sultán egipcio se alió con el Zamorín de Calicut para expulsar a los lusos por la fuerza de las armas. Pero siglos de dominio sobre el mar arábigo habían relajado a los musulmanes, que se enfrentaban a carabelas y naos más resistentes que los *dhow*, equipadas con mejor artillería y dotadas de marinería acostumbrada a combatir. La flota mameluca fue derrotada por los portugueses en Diu (costa noroccidental de la India) en febrero de 1509 y la victoria garantizó a los lusos el dominio del mar de Arabia. Los pequeños reinos de la costa occidental de la India se apresuraron a aceptar el vasallaje portugués y un reguero de puertos clave pasó a manos europeas, desde Goa, que acabó convertida en la capital del *Estado da Índia*, hasta Quilón, en el extremo meridional del subcontinente.

Los lusos no se detuvieron aquí. Capturaron enclaves estratégicos en la costa africana para garantizar el aprovisionamiento de sus flotas en tránsito hacia la India. Construyeron un fuerte en la isla de Socotra para bloquear el tráfico de mercancías entre el mar de Arabia y el mar Rojo, y fortificaron la isla de Ormuz para hacerse con el control del estrecho del mismo nombre en la entrada del golfo Pérsico. De esta manera, los lusos pretendían dificultar las comunicaciones entre Egipto, Persia y la India con el poco disimulado propósito de acaparar el comercio de productos exóticos a través de su nueva ruta atlántica. Para los mamelucos y los venecianos este proceso resultó devastador. Los italianos encararon una larga decadencia que, a pesar de sus altibajos, los condujo a la ruina, pero el sultanato mameluco luchaba por su propia supervivencia. El ambicioso señor de los turcos otomanos, Selim I (1512-1520), acababa de derrotar a los persas safávidas en la batalla de Chaldiran (1514) y, una vez asegurado su frente oriental, marchó sobre la región de Siria y el Levante mediterráneo. Los mamelucos apenas opusieron resistencia. En 1517, Selim I se apoderó de Egipto, ejecutó al sultán mameluco y se hizo con el dominio de todo el Mediterráneo oriental.[338]

En 1511, transcurridos apenas dos años desde su victoria contra los mamelucos en Diu, los lusos conquistaron Malaca, el gran puerto mercantil en el estrecho del mismo nombre que controlaba los intercambios entre el Pacífico y el océano Índico. «Aquel que posea Malaca tendrá la garganta de Venecia en la mano», aseguraba la *Suma Oriental* de Tomé Pires, un boticario de Lisboa que había llegado a la India ese mismo año.[339] Si los informes eran ciertos, las célebres islas de la Especiería, aquellos escondidos archipiélagos donde crecían el clavo de olor y la nuez moscada, se encontraban cerca, a unas semanas de navegación hacia el este. Los portugueses no disimulaban sus ansias de hacerse con ellos. En noviembre de 1511, solo tres meses después de la toma de Malaca, enviaron tres barcos para dar con el paradero de las misteriosas islas. Por fortuna para los expedicionarios, contaron con la inestimable colaboración de pilotos locales, que condujeron a los navíos lusos a lo largo de casi 4.000 kilómetros de peligrosos atolones e islotes inexplorados, mostrándoles la ubicación de los puertos amigos y desvelándoles las viejas rutas de los mercaderes musulmanes.

Finalmente, dos de los barcos consiguieron llegar a las pequeñas islas de Banda, las más meridionales de las islas de las Especias o de la Especiería. Cuando los navíos regresaron a Malaca cargados de mercancías y de informaciones que valían más que el oro, las autoridades lusas los recibieron con alborozo. Tres años después, en 1514, se envió una segunda expedición, que tomó tierra en las Molucas —las islas de las Especias septentrionales— y supo sacar partido de la rivalidad que enfrentaba a los caciques locales, los sultanes de Ternate y Tidore, para establecer una pequeña base en el archipiélago. A partir de este momento se enviaron nuevas flotas con periodicidad anual, en 1516, 1517, 1518 y 1519. El tiempo apremiaba y los portugueses necesitaban tomar posesión cuanto antes de las valiosas islas, porque incluso en aquel remoto rincón del mundo un competidor, tan molesto como insistente, amenazaba con dejarse ver por el horizonte.

Las cosas sucedieron de la siguiente manera. Al parecer, uno de los barcos que participaron en la primera expedición, la de 1511, naufragó en una isla deshabitada. Nueve tripulantes consiguieron ganar la orilla, pero los restos de su embarcación llamaron la atención de unos piratas, que se acercaron a investigar el incidente. La situación del puñado de náufragos portugueses parecía desesperada, pero eran hombres curtidos y consiguieron mantener la calma. Guiados por su capitán, Francisco Serrão (castellanizado Serrano) aguardaron escondidos a que los piratas abandonaran su propio barco. Entonces, se apoderaron de él y lo usaron para navegar hacia el norte, hasta el archipiélago de las Molucas. Aquí permanecieron tres años,

enrolados como mercenarios al servicio del señor de Ternate. Gracias al favor que les dispensaba el sultán, los lusos llevaron una existencia dichosa, que alivió la nostalgia de su patria y el deseo de ver a los suyos.

En 1514, cuando una flotilla portuguesa echó el ancla en el puerto de Ternate y ofreció a los náufragos un pasaje de regreso, el capitán Francisco Serrano aprovechó la ocasión para enviar cartas a sus familiares hablándoles de su nueva vida y de las delicias de aquellos lugares. Las informaciones de Serrano contradecían afirmaciones interesadas difundidas por las autoridades lusas, que, en la línea de otros bulos propagados por los mercaderes desde el principio de los tiempos, aseguraban que el mar del Maluco era impracticable a causa de las espesas nieblas y los bajíos que hacían embarrancar a los barcos. Pues bien, quiso la fortuna que una de esas misivas llegara a manos de un ambicioso capitán portugués llamado Fernando de Magallanes (1480-1521). Este, que tal vez era primo de Serrano, había servido a la corona lusa en Oriente, participando en 1511 en la captura de Malaca, por lo que estaba familiarizado con aquellas regiones. Sin embargo, poco antes, Magallanes había sido acusado de haberse quedado con parte del botín tras una batalla en el norte de África y había perdido el favor del monarca portugués, Manuel I. Descontento por el trato recibido en la corte lusa, acudió a los españoles, a los que reveló los detalles sobre las islas de la Especiería que le había transmitido Francisco Serrano, y les presentó un plan para navegar hacia occidente desde la península ibérica y apoderarse de dichos archipiélagos. La idea era tan arriesgada como la propuesta que Colón había hecho a los Reyes Católicos treinta años atrás, pero, de algún modo, suponía una continuación lógica de la apuesta colombina de llegar al Extremo Oriente navegando hacia el occidente.

Parece que Cristóbal Colón (*ca.* 1451-1506) pudo comenzar su «carrera» como corsario en el Atlántico.[340] En 1476, cuando tenía unos veinticinco años, participó en un combate naval junto a la costa portuguesa, su barco naufragó y el joven Cristóbal salvó la vida nadando hasta las costas del Algarve agarrado a un remo. Decidió quedarse en el reino luso, cambió la profesión de corsario por la de mercader, se aficionó a dibujar mapas y cartas de marear, aprendió los secretos de la navegación por el Atlántico y, en 1479, convertido ya en un hombre de provecho, contrajo matrimonio con la hija del hidalgo encargado de poblar Porto Santo, una pequeña isla al noreste de Madeira. El enlace llevó a Colón a vivir a caballo entre Madeira y las Azores, y pudo resultar determinante para que le viniera a la cabeza la idea equivocada más fructífera de la historia, a la que solemos dar el más elegante apelativo de «proyecto colombino».

Aquellas islas eran un hervidero de exploradores y aventureros, porque en Madeira los navíos cargaban provisiones antes de encarar la costa africana, mientras que las Azores eran una parada obligada en el regreso a la península por la *volta do mar*. Los marineros contaban historias, reales o inventadas, sobre los descubrimientos africanos y las exóticas regiones de Oriente a las que los lusos confiaban en arribar muy pronto. Pero, si se prestaba atención, también era posible escuchar anécdotas sobre los extraños objetos que llegaban a las playas de las Azores, y las islas perdidas en la niebla que atisbaban aquellos que navegaban hacia el oeste.[341] Colón, un soñador propenso a entusiasmarse con grandes proyectos, debió de participar de este ambiente electrizante y comenzó a barruntar la idea de que aquellas tierras que parecían intuirse al occidente debían de ser las Indias y que, por tanto, se podía prescindir de las fatigas de la ruta africana y alcanzar con mayor facilidad las costas de China, Japón y el sudeste asiático simplemente poniendo proa hacia el oeste.

En contra de lo que pudiera parecer, la idea de Colón no era original. En 1474, respondiendo a una consulta realizada por la corona portuguesa, un sabio florentino llamado Paolo Toscanelli (1397-1482) había enviado a la corte lusa una misiva en la que afirmaba que la distancia a la tierra de las especias desde Portugal, si se navegaba hacia el oeste, era menor que la que separaba la península ibérica del golfo de Guinea, y para demostrarlo había elaborado una especie de carta náutica donde se especificaban los medios para llegar a las Indias por la ruta occidental. A finales del

siglo XV la esfericidad del globo terrestre era comúnmente aceptada, pero no había un acuerdo sobre la extensión de las masas de la Tierra y su distribución respecto a las del mar, y, por tanto, en cuanto a las distancias que separaban los continentes.

Acerca de este particular había dos opiniones. La más extendida se apoyaba en los cálculos de Claudio Ptolomeo (*ca.* 100-170 d. C.). El sabio egipcio consideraba que la tierra firme ocupaba menos de la mitad del globo y que el resto de la superficie del orbe estaba cubierta por masas de agua. Esta idea parecía haber encontrado su confirmación en el hecho de que la extensión de Europa, África y Asia había sido ya más o menos «recorrida» por los seres humanos, y por tanto no podían quedar muchas tierras inexploradas. La distancia entre el extremo occidental de Europa y el extremo oriental de Asia debía de estar ocupada por un océano gigantesco, y el único modo de arribar por mar a las Indias era aprovechando la seguridad que ofrecían las costas africanas, como hacían los portugueses. Sin embargo, existía una segunda corriente de opinión, que tenía su origen en el filósofo franciscano Roger Bacon (*ca.* 1214-1294) y que había sido recogida por un sabio francés llamado Pierre d'Ailly (1351-1420). Ambos se apoyaban en fuentes de autoridad incuestionable: varios autores antiguos —Aristóteles, Séneca y Marino de Tiro— y un profeta veterotestamentario, Esdras, que afirmaba específicamente (IV 6, 42) que el orbe estaba cubierto de seis partes de tierra y una de agua. Según Bacon y D'Ailly, esto significaba que el tamaño de los océanos era muy pequeño y que, por tanto, la distancia entre Europa Occidental y el Extremo Oriente tenía que ser muy corta.

Colón debió de dirigirse a la corte portuguesa con su proyecto de llegar a las Indias navegando hacia el oeste en 1483 o 1484. No fue el único; sabemos que en 1484 un marino de Madeira pidió permiso al rey luso para descubrir ciertas tierras situadas al poniente que decía ver en el mar todos los años. Sin embargo, el rey Juan II estaba volcado en la exploración de las costas de África, una empresa que estaba a punto de culminar con el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. La propuesta colombina debió de parecerle tan arriesgada como inoportuna, y el genovés, despechado, abandonó Portugal para dirigirse a la corte de los Reyes Católicos. Isabel y Fernando tenían muchos motivos para interesarse por un proyecto de esa naturaleza. La corona aragonesa contaba con mercaderes en las principales plazas del Mediterráneo y había padecido en su propio territorio las consecuencias de la violenta irrupción de los otomanos. Unos años antes, en 1480, tropas turcas se habían apoderado de Otranto, dando un susto de muerte a los habitantes del sur de Italia y dificultando, durante unos meses, el tránsito entre el Jónico y el Adriático. Por otro lado, los marineros de las costas andaluzas habían seguido con enorme

interés los avances portugueses en África, y solían navegar hasta el cabo Bojador para pescar, practicar la piratería corsaria o comerciar. Estas injerencias castellanas molestaban a los portugueses, que deseaban controlar en exclusiva la ruta africana, y habían conducido a la firma del Tratado de Alcáçovas-Toledo en 1479. A cambio de que Alfonso V renunciara a las reclamaciones de su esposa, Juana la Beltraneja, sobre la corona castellana, Portugal se aseguró la titularidad de las Azores, Madeira, Cabo Verde, Guinea y cualquier descubrimiento que los lusos pudieran realizar hacia el sur, reconociendo, eso sí, el dominio castellano sobre las Canarias. No sería la última vez en la que españoles y portugueses se dividirían el mundo.

Sin embargo, a Colón le costó seis años convencer a los Reyes Católicos para que patrocinaran su apuesta. La primera entrevista tuvo lugar en 1486, y a esta le siguió otra en 1489 y una tercera 1492. El proyecto del genovés se apoyaba en opiniones sostenidas por algunos sabios y en intuiciones de los marineros de los archipiélagos atlánticos, pero contenía errores de bulto sobre el tamaño de la Tierra, de los mares y de los continentes, fruto de cálculos equivocados, lecturas apresuradas y una limitada habilidad para operar con latitudes. Pocos daban crédito a las cifras de Colón —que situaba Cipango (Japón) a 2.400 millas de las Canarias, cuando la distancia entre los dos archipiélagos es de más de 10.000— y los frágiles fundamentos del proyecto colombino suscitaron dudas sobre la viabilidad de la empresa. Pero el último encuentro con los monarcas tuvo lugar en enero de 1492, poco después de la toma de Granada. En la corte reinaba un ambiente de euforia y los ánimos estaban predispuestos para las grandes empresas. Colón habló a los reyes de la propagación de la fe cristiana entre los idólatras de Asia, de las inmensas riquezas de las Indias y de los exóticos territorios que podrían añadirse a sus dominios, aunque en la decisión de los monarcas debió de pesar también la posibilidad de encontrar una ruta que esquivara las limitaciones impuestas por el tratado de Alcáçovas-Toledo. Los reinos hispanos llevaban setecientos años expandiendo su territorio, habían sido diseñados para la repoblación y la conquista, y temían quedarse encajonados en una lucha estéril por el norte de África, tal y como les había sucedido a los portugueses medio siglo atrás.

Los preparativos del viaje comenzaron en abril y las viejas fantasías sobre los extremos del mundo comenzaron a poblar las mentes de todos. Los Reyes Católicos entregaron a Colón cartas para el gran kan, al que todavía imaginaban gobernando los confines de Asia, y se planteó la idea de enviar predicadores para responder a la solicitud que hicieron en su día los mongoles. Durante la travesía, una semana

antes de atracar en Guanahaní, Martín Alonso Pinzón pensaba que estaban cerca de Cipango (Japón), y Colón estaba seguro de haberlo encontrado el 21 de octubre, cuando los nativos revelaron a los expedicionarios la existencia de una gran isla en las inmediaciones. El 24 de octubre el almirante creía encontrarse junto a la ciudad de Cathay (en el norte de China) y a comienzos de noviembre le parecía que debían de estar a poca distancia del puerto de Zaitón (Quanzhou), así que envió a un judío converso que sabía «hebreo, caldeo y aun algo de arábigo» para que fuera a preguntar por el señor de aquellas tierras y le anunciara que el almirante tenía para él cartas de los Reyes Católicos.

Todo lo que veían se acomodaba —con cierta dificultad, claro— a las descripciones de Oriente. La desnudez de los nativos, la exuberante vegetación, la abundancia de flores y de pájaros, la brisa fragante, el clima cálido, la profusión de cursos de agua… eran indicios evidentes de la cercanía del paraíso. La isla de La Española era Ofir, el legendario reino de las minas del rey Salomón. Las iguanas les parecían cocodrilos, e incluso creyeron haber encontrado las huellas de un grifo. Las conversaciones con los nativos revelaron la cercanía de cíclopes, amazonas y cinocéfalos (hombres con cabeza de perro), pobladores habituales de los confines del mundo a los que Alejandro habría encerrado más allá de las Puertas Caspias, y en enero de 1493 se sorprendieron al ver surgir del mar a tres sirenas que, para decepción de los presentes, no eran tan hermosas como aseguraban las narraciones. Solo la mala fortuna impidió al almirante transportar a la península estas maravillas. Cuando se toparon con los árboles de la nuez moscada, no pudieron recoger el fruto porque no estaba maduro. No hallaron perlas porque todavía no era la estación, y aunque contemplaron con sus propios ojos un río repleto de pepitas de oro, tenían tanta prisa por volver que no perdieron tiempo en recogerlas.[342]

La noticia del descubrimiento corrió como la pólvora, antes incluso de que Colón pusiera un pie en la península. Para regresar a Castilla en 1493, el almirante tomó la misma *volta do mar* que seguían los marineros lusos, que le llevó a recalar en las Azores y a tomar tierra en Lisboa, donde fue recibido por el rey portugués Juan II. Colón, dolido por el rechazo luso, debió de alardear de su descubrimiento, y el rey, entre incrédulo y enojado, respondió que aquellos territorios le correspondían en virtud del tratado de Alcáçovas. Alarmados por el asunto, los Reyes Católicos se apresuraron a firmar con el monarca portugués un acuerdo que aclarara la cuestión de la titularidad de las tierras descubiertas. El Tratado de Tordesillas (1494) trazó una línea vertical en el Atlántico, 370 leguas al oeste de Cabo Verde, para separar las áreas que correspondían a las dos coronas, entregando a

los españoles la mitad occidental y a los portugueses la mitad oriental, que incluía las costas africanas y un espacio suficiente al oeste de las Azores para que los barcos que realizaran la *volta do mar* no tuvieran que atravesar aguas hispanas.

Esta nueva frontera fijaba el territorio que pertenecía a cada uno a lo largo del Atlántico, pero no terminaba de precisar los límites en las antípodas de la esfera terrestre, en el llamado antimeridiano o contrameridiano. ¿Qué ocurriría —como sucedió cuando Vasco de Gama arribó a la India— si los portugueses llegaban al confín occidental de las Indias mientras los castellanos exploraban —como creían que estaban haciendo— su confín oriental? ¿Daría la línea de Tordesillas la vuelta al orbe para extenderse hasta aquellas regiones, fijando un límite entre los dos reinos? Y de ser así, ¿qué territorios de Oriente pertenecerían a unos y a otros? El asunto, complicado por la falta de información, provocaría no pocas discusiones y una auténtica carrera por descubrir y tomar posesión, cuanto antes, de las costas del sudeste asiático.

Las dudas sobre aquellas «Indias» tan peculiares que había encontrado Colón comenzaron a aflorar tras el regreso del segundo viaje, en 1496. Lo que los exploradores tenían ante sus ojos —nativos desnudos, edificaciones humildes y pequeños asentamientos— no se parecía nada al mundo de ciudades opulentas y civilizaciones sofisticadas descrito por los viajeros que habían recorrido Oriente. Tampoco aparecían por ninguna parte el jengibre, la canela, los elefantes o las piedras preciosas. No sabemos si Colón creía haber arribado a Cathay y Cipango, o si, temiendo que se revelara la magnitud de su error, lo que pretendía era engañar a otros, pero el almirante jamás reconoció que aquellas tierras nada tenían que ver con las Indias.[343] La fascinante tarea de determinar dónde demonios habían llegado los españoles correspondió a otros, que para comienzos del siglo XVI ya habían dejado claro que se trataba de un continente nuevo e inexplorado, un *Mundus Novus*, al que con el tiempo se dio el nombre de América.

Con una dedicación no exenta de pragmatismo, los españoles iniciaron la exploración y la explotación de las nuevas tierras, pero sin perder de vista su propósito inicial de alcanzar las Indias navegando hacia occidente. Cathay, Cipango y las islas de la Especiería, con todas sus maravillas, todavía estaban allí, hacia el poniente; simplemente se encontraban algo más lejos de lo previsto. En 1513 Vasco Núñez de Balboa atravesó el istmo de Panamá y alcanzó el océano Pacífico, al que él dio el nombre de la mar del Sur, y era opinión general que más allá de aquellas aguas debían de encontrarse las tierras del remoto Oriente. Apenas cuatro años después, en octubre de 1517, Fernando de Magallanes llegó a Sevilla con una propuesta para el nuevo

monarca español, Carlos I: la apertura de una ruta que permitiera alcanzar las islas de la Especiería, recién descubiertas por los portugueses, navegando hacia el occidente desde la península ibérica. Magallanes aseguró al monarca que el valiosísimo Maluco se encontraba en el territorio que correspondía a los españoles según el Tratado de Tordesillas y que, si se daban prisa, estaban a tiempo de tomar posesión de los remotos archipiélagos. La increíble gesta de la primera vuelta al mundo fue fruto de la casualidad, y no estuvo impulsada por el afán de conocimiento, sino por el deseo de encontrar un camino a las islas de las Especias.[344]

El 20 de septiembre de 1519, la Armada de la Especiería abandonó el puerto de Sanlúcar de Barrameda. Estaba formada por cuatro naos, una carabela y poco más de doscientos cincuenta marineros comandados por Magallanes en calidad de «capitán general». La primera etapa de la travesía, que transcurrió por el Atlántico, fue de todo menos tranquila. Magallanes sumaba a su condición de portugués un carácter autoritario, y sus capitanes, españoles, desconfiaron de él casi desde el principio. Algunas de sus decisiones, difíciles de justificar, no ayudaron a templar los ánimos. Durante los primeros meses de 1520 los expedicionarios recorrieron las costas de la actual Argentina en busca del extremo meridional del continente americano. Se acercaba el invierno austral, el clima era cada vez más frío y habían superado ya las latitudes en las que se encontraba el cabo de Buena Esperanza, y en las que, creyendo que existía cierta simetría entre los continentes, esperaban encontrar un paso hacia occidente. A finales de marzo, el capitán general decidió fondear en la bahía del actual puerto San Julián hasta que llegara el buen tiempo, y parece que se organizó una conjura para deponerlo. Magallanes dio un golpe de mano para adelantarse a los rebeldes y cuatro de ellos acabaron muertos: dos ejecutados y otros dos abandonados en un islote. La mala suerte parecía cebarse con la expedición; la carabela Santiago, que había sido enviada a explorar la costa, embarrancó y quedó varada en una isla.

En octubre de 1520, con la llegada de la primavera austral, la flotilla se puso de nuevo en marcha, y el 21 de ese mes les pareció identificar un lugar en el que la tierra acababa y cedía su lugar al mar abierto. Bautizaron aquella punta como el cabo de las Vírgenes y pusieron rumbo hacia el oeste, confiados en alcanzar pronto las aguas del mar del Sur que había descubierto Balboa. Sin embargo, a diferencia de África, el continente americano terminaba en unas regiones yermas salpicadas de islotes pelados, cuyas costas se encontraban peligrosamente cerca unas de otras. La navegación era cada vez más penosa, el paso se hacía tan estrecho que los expedicionarios comenzaron a temer que se convirtiera en un golfo, y

la San Antonio, una de las naos, desertó y puso proa hacia el noreste para regresar a España. De los cinco navíos que habían partido de Sanlúcar, ya solo quedaban tres.

Cierto día, unos marinos que habían sido enviados a explorar con una chalupa decidieron escalar un monte con la esperanza de divisar, desde las alturas, la salida de aquel desolado laberinto. Una vez en la cumbre comprobaron con alivio que el paso se ensanchaba hasta desembocar en un gran mar. Aquello debía de ser el océano que había descubierto Balboa, pero Magallanes, animado por el buen tiempo que les recibió al otro lado, lo rebautizó como el mar Pacífico.[345] Comenzaron a recorrer sus aguas a finales de noviembre, porque habían tardado más de un mes en atravesar el accidentado estrecho que tomó el nombre de su descubridor.

Mientras la expedición remontaba hacia el norte la costa del actual Chile, Magallanes debía de estar convencido de que las islas de la Especiería se encontraban muy cerca, a unas pocas jornadas hacia el oeste. Sin embargo, cuando perdieron de vista el continente americano, a finales de diciembre de 1520, se adentraron en un mar que parecía no tener fin. Aunque las condiciones de navegación eran excelentes, con vientos constantes y un tiempo calmo, la flotilla recorrió el Pacífico durante más de tres meses sin avistar tierra. La incertidumbre que provocaba aquella inmensa masa líquida, la falta de agua potable y alimentos, y el escorbuto hicieron estragos entre los marineros, que comenzaron a cazar ratas y a arrancar el cuero que protegía los mástiles para tener algo que llevarse a la boca. Si salvaron la vida fue porque en marzo de 1521 arribaron al archipiélago de las Marianas, donde pudieron realizar aguadas antes de proseguir su travesía. Todo parecía indicar que no se hallaban muy lejos de tierra firme o de nuevas islas, y efectivamente, pocos días después llegaron a las Filipinas.

En las Filipinas las cosas comenzaron bastante bien. Por indicación de los nativos, los españoles echaron anclas en el puerto de Cebú, en el corazón del archipiélago. Su rey firmó un acuerdo mercantil con España, aceptó bautizarse y se comprometió a difundir la fe cristiana. Sin embargo, el caudillo que gobernaba la vecina isla de Mactán, Lapulapu, se negó a entrar en tratos con los expedicionarios y los desafió a atreverse a desembarcar en sus dominios. A Magallanes, un hombre de carácter fuerte y maneras expeditivas, debió de parecerle que la provocación de aquel reyezuelo menoscababa su posición ante el resto de los caudillos y consideró que una demostración de fuerza contra aquel adversario primitivo podría garantizar el sometimiento de todo el archipiélago. Así que, haciendo caso omiso a las instrucciones de Carlos I —que le había ordenado evitar enfrentamientos con los nativos—, a la opinión de sus capitanes e

incluso al consejo del señor de Cebú, Magallanes desembarcó en Mactán para enfrentarse a Lapulapu. Fue un tremendo error. El 27 de abril de 1521, en la playa de Mactán, el portugués encontró la muerte combatiendo contra los guerreros filipinos. Los habitantes de las islas, que hasta el momento se habían mostrado amigables con los españoles, resolvieron traicionarlos y darles muerte, y los expedicionarios se vieron obligados a abandonar el archipiélago después de haber perdido a su comandante, la alianza con los indígenas y a una treintena de sus compañeros. De los doscientos sesenta que habían partido de la península, solo quedaba ya un centenar, que se repartió entre dos navíos, la Victoria y la Trinidad, porque el tercer barco, la Concepción, estaba en tan mal estado que fue necesario desguazarlo para aprovechar sus piezas.

Descorazonados, los miembros de la expedición comenzaron a vagar por los mares del sur sin rumbo definido y con un comportamiento errático, hasta que obtuvieron indicaciones sobre la ubicación exacta de las islas de la Especiería. Para entonces, el liderazgo de la diminuta flota había quedado en manos del capitán de la nao Victoria, Juan Sebastián Elcano (*ca.* 1486-1526), que había embarcado en Sanlúcar como contramaestre de la Concepción. Fue Elcano quien condujo a los supervivientes hasta el archipiélago del Maluco, donde atracaron el 7 de noviembre de 1521, después de más de dos años de travesía. Los expedicionarios fueron recibidos cordialmente por los caudillos locales y tomaron posesión de aquellas islas en nombre de Carlos I, mientras llenaban las bodegas de los dos barcos con clavo, nuez moscada y canela. Sin embargo, se sospechaba la cercanía de una flota portuguesa, y los españoles, que no podían enfrentarse a los lusos ni tenían hombres para hacerse fuertes en el archipiélago, decidieron levar anclas y buscar el modo de regresar a la península.

Corrían los últimos días de 1521 y la nao Victoria, comandada por Elcano, puso rumbo al oeste. La Trinidad, con una vía de agua en el casco, se vio obligada a permanecer en las Molucas. Considerando que el estado del navío y de la tripulación desaconsejaba una incierta travesía por las interminables aguas del Pacífico, Elcano y sus compañeros decidieron regresar a España tomando la ruta portuguesa del Índico y circunnavegando África. Estas aguas estaban vedadas a los españoles en virtud del Tratado de Tordesillas, así que los expedicionarios se vieron obligados a esquivar la vigilancia lusa evitando hacer escala en los territorios controlados por Portugal o mintiendo sobre su misión cuando no tenían más remedio que tomar tierra. En estas condiciones, el viaje de regreso fue casi tan penoso como el de la ida, y Elcano vio impotente cómo los portugueses capturaban a la mitad de sus tripulantes cuando se vieron obligados a hacer escala en Cabo Verde.

Nueve meses después de haber abandonado las Molucas, el 6 de septiembre de 1522, la nao Victoria atracó en Sanlúcar de Barrameda. Se encontraba en un estado tan lamentable que tuvo que ser remolcada hasta el puerto de Sevilla, donde, ante la conmovida mirada de los presentes, dieciocho supervivientes, más muertos que vivos, descendieron del cochambroso navío descalzos, en mangas de camisa y portando unos cirios. Deseaban dar las gracias a la Virgen de la Antigua y a la Virgen de la Victoria, a las que se habían encomendado en los momentos más oscuros de la travesía. Poco después, Elcano escribió a Carlos I para comunicarle el cumplimiento de la misión: «Mas sabrá tu Alta Majestad (…) que hemos descubierto e redondeado toda la redondez del mundo, yendo por el occidente e veniendo por el oriente».

Después de recorrer más de 85.000 kilómetros en tres años, la expedición había encontrado el paso entre el Atlántico y el Pacífico, había arribado a las islas de la Especiería, había demostrado la esfericidad de la Tierra y había despejado dudas sobre su tamaño y la distribución de los océanos y los continentes. La extensión de las tierras y los mares explorados había sido descomunal, y los descubrimientos de carácter científico, pasmosos. Pero el precio que pagaron por ello también fue enorme, y los resultados prácticos a los que se pudiera sacar partido de forma inmediata, magros. El estrecho de Magallanes se encontraba tan al sur y era tan difícil de atravesar que carecía de utilidad como ruta de comercio. La inmensa masa de agua del Pacífico, el más grande de todos los océanos, ponía 20.000 kilómetros de separación entre Asia y América, y la navegación por sus aguas escondía todavía secretos que era necesario desentrañar. La fortuna había permitido a Magallanes toparse con corrientes que lo condujeron hacia el oeste, pero para regresar a tierras españolas desde los confines de Asia era imprescindible encontrar una ruta que permitiera navegar hacia el este y ganar el continente americano, porque el Tratado de Tordesillas prohibía a los españoles recorrer las aguas del Índico y las costas de África. Los hispanos conocían ya los entresijos de la navegación oceánica y sabían que las corrientes solían dibujar gigantescas elipses. La ruta de regreso a América desde Oriente, a la que se dio el nombre de «tornaviaje», debía encontrarse al norte de la deriva seguida por la flota de Magallanes, pero los primeros intentos de localizarla resultaron infructuosos, y hasta que se determinara con certeza su ubicación, ni la exploración ni el comercio con el sudeste asiático eran empresas viables para la corona española.[346]

Por otro lado, la llegada de los españoles al Maluco volvió a poner sobre la mesa el viejo debate sobre el trazado de la línea de demarcación de Tordesillas en las regiones del antimeridiano, y en

1529 el asunto se zanjó con la firma del Tratado de Zaragoza, que delimitaba las áreas de expansión de los dos reinos y cedía los riquísimos archipiélagos de la especiería a Portugal. Si Carlos I renunció a unas islas, que tantos esfuerzos había costado encontrar, fue en parte porque el viaje hasta allí desde la península ibérica era demasiado largo y arriesgado, y mientras no se localizara el tornaviaje que permitiera regresar a las costas americanas resultaba un trayecto solo de ida. En cambio, las tierras del Nuevo Mundo habían resultado toda una sorpresa: albergaban enormes reinos, regiones ubérrimas y una promesa de riqueza tanto o más apetecible que las ya manidas regiones de Oriente, cuyo viejo atractivo palidecía, por primera vez, en comparación con las maravillas de América. Los españoles centraron sus esfuerzos en la conquista de los imperios azteca e inca, y por un momento pareció que cejaban en su empeño de abrir una vía alternativa de comercio con Asia.

Satisfechos, los portugueses continuaron su tarea con el convencimiento de que la ruta marítima hacia las tierras de Oriente había quedado definitivamente en sus manos. Sabían que solo quedaba un paso más para cerrar el círculo y cargar todas las riquezas de Asia en las bodegas de sus naos. En 1514 se envió desde Malaca una expedición con instrucciones de localizar las costas de China y establecer contactos diplomáticos con el Imperio del Centro. Los lusos llegaron sin dificultad al estuario del río de las Perlas y al viejo puerto de Cantón. Aunque las desconfiadas autoridades Ming no les permitieron desembarcar en el continente, sí que pudieron vender sus mercancías y, animados por este éxito inicial, pidieron permiso para enviar una embajada al emperador, la primera que intercambiaban China y Europa desde el siglo XIV. El elegido para encabezar la misión fue un boticario llamado Tomé Pires, versado en especias y medicinas, que acababa de publicar una descripción del Oriente, la *Suma Oriental*, muy valorada por la cantidad y la precisión de sus datos.

Pires emprendió su viaje a Pekín en 1520, pero las diferencias culturales hicieron que el encuentro entre los europeos y los chinos fuera bastante accidentado. La administración Ming recelaba de todo lo extranjero y no veía con buenos ojos la llegada de aquellos ambiciosos forasteros a sus fronteras. Las cartas del rey Manuel I, que se referían al emperador como un igual, les parecían arrogantes, y el agresivo comportamiento de los portugueses, que comenzaron a levantar un fuerte en la bahía de las Perlas, una declaración de guerra. Cuando Pires llegó a la Ciudad Prohibida, se le negó la audiencia con el monarca, y tras su regreso a Cantón fue arrestado. El emperador había ordenado que todos los portugueses abandonaran inmediatamente el territorio chino, y Pires y sus compañeros de embajada se convirtieron en involuntarios rehenes, destinados a

asegurar el cumplimiento de las órdenes imperiales. Murieron durante su cautiverio pocos años después.

Sin embargo, los portugueses no se rindieron. Habían llegado muy lejos gracias a su tenacidad, y sabían que casi todas las victorias se obtenían después de algún fracaso inicial. Además, las autoridades chinas lograban pingües beneficios de la exportación de mercancías, y el contrabando era una lacra tan vieja como extendida en las costas del sur del país. Discretos intercambios entre mercaderes chinos y portugueses comenzaron a tener lugar en islas desiertas o en las oscuras bodegas de los juncos malayos. Y en 1557 el emperador Jiajing (1521-1567), siguiendo quizás el consejo de los gobernadores de las provincias meridionales, principales beneficiarios de la medida, cedió a los lusos un pequeño territorio en la entrada de la bahía de las Perlas para que construyeran allí almacenes para sus mercancías y un puerto para sus barcos.

Ese lugar, una península orientada hacia el sur, se cerró en el istmo con una puerta donde las autoridades imperiales escribieron: «Temed nuestra grandeza y respetad nuestra virtud». Solo un puñado de lusos estaba autorizado a atravesar el portón, manteniendo el suelo chino a salvo de la perniciosa influencia de los extranjeros. Fue así como nació el puerto de Macao, destinado a convertirse en uno de los grandes emporios mercantiles de la Tierra. Corrían los años centrales del siglo XVI y el momento era emocionante. Oriente y Occidente se tocaban al fin, compartían frontera e intercambiaban productos de un modo impensable unas décadas atrás. Qué lejanos quedaban los días en que los romanos fantaseaban con los «seres» y buscaban una vía para evitar los aranceles partos. Después de siglo y medio de laboriosas exploraciones, los portugueses tenían en sus manos las riquezas de Asia, y el camino para acceder a ellas parecía enteramente suyo. Y, de repente, todo dio un giro inesperado.

La seda, la porcelana y las especias eran productos costosos, cuyo valor siempre había superado el de las mercancías occidentales. Desde el nacimiento de la Ruta de la Seda, los europeos se habían visto obligados a adquirir estos bienes a cambio de metales preciosos, y a mediados del siglo XVI, cuando su ruta a través del Atlántico y el Índico parecía atravesar su mejor momento, los portugueses se encontraron con que el oro de Guinea y la plata de Japón no bastaban para sostener sus ambiciones comerciales. Su imperio ultramarino era enorme y difícil de mantener, y cuando por fin «cerraron el círculo», al límite de sus fuerzas y de su capacidad de expansión, descubrieron que les faltaban medios para adquirir un volumen suficiente de mercancías. El escaso músculo financiero de los portugueses hizo que algunos de los productos más demandados, como la pimienta, dispararan su precio, impulsando a los vendedores a buscar rutas alternativas para enviarlos al Mediterráneo. Para alivio de los turcos otomanos y de los venecianos, la seda y las especias volvieron a recorrer los viejos caminos del mar Rojo, el golfo Pérsico y Oriente Medio sin que la desbordada vigilancia lusa pudiera hacer nada para evitarlo.

Mientras tanto, la fortuna había sonreído a los españoles. En 1545 un indio había revelado a dos exploradores la existencia de una montaña de plata (el Cerro Rico) en Potosí, en la actual Bolivia. El lugar se encontraba en un paraje desolado, a más de 4.000 metros de altura, pero albergaba la mina de plata más grande de la Tierra, donde llegó a extraerse más de la mitad del metal que se ponía en circulación cada año en el mundo. Los vendedores de las costosas mercancías de Asia acudían allí donde hubiera metales preciosos, y el nuevo monarca hispano, Felipe II (1556-1598), consideró que merecía la pena hacer un nuevo intento de poblar las Filipinas y establecer contacto con el Extremo Oriente. Para ello solo restaba encontrar el esquivo tornaviaje, la vía de regreso a América desde Asia, que cinco expediciones habían buscado, siempre en vano, durante treinta años. Pero incluso en esto los españoles tuvieron suerte. Al rey le llegaron noticias de que en un convento mexicano había un fraile agustino que aseguraba conocer la respuesta al enigma. Se llamaba Andrés de Urdaneta (*ca.* 1508-1568), y gracias a su tesón y su inteligencia estaba a punto de transformar por completo el comercio internacional y, de paso, la Ruta de la Seda.[347]

Urdaneta tuvo su primer contacto con las aguas del Pacífico cuando

era casi un adolescente. En 1525 participó en una expedición a las Molucas comandada por García Jofre de Loaísa, y permaneció en las islas varios años, que aprovechó para adquirir informaciones sobre la geografía de la región y el régimen de vientos y corrientes, hasta que la firma del Tratado de Zaragoza permitió a los portugueses desalojar a los españoles del archipiélago. El joven marino acabó prisionero de los lusos, pero consiguió escapar de su cautiverio y viajó a América, donde empleó su talento para la ciencia náutica y sus dotes de observación en la redacción de tratados y participando en algunas campañas de exploración. Esta actividad continuó incluso después de 1553, cuando Urdaneta, que era un hombre muy piadoso, decidió ingresar en un convento agustino. Siete años más tarde, Felipe II ordenó al virrey de Nueva España organizar un nuevo intento de establecerse en las Filipinas y de encontrar el tornaviaje, y Urdaneta, que contaba con abundantes conocimientos prácticos y técnicos sobre el asunto, se incorporó al proyecto.

Después de todos los fracasos anteriores, la expedición de Urdaneta completó su misión con una seguridad y una precisión insólitas. Partieron de las costas de México a finales de 1564 y llegaron a Filipinas en febrero de 1565. Mientras el resto de los navíos fondeaba en el puerto de Cebú, una nao, la San Pedro, fue elegida para zarpar en busca del tornaviaje. Bajo la dirección del fraile agustino, navegaron pacientemente hacia el norte, hasta alcanzar las costas de Japón y toparse con la corriente del Kuro-Shivo, la Corriente Negra, que recibe este nombre porque sus aguas, particularmente cálidas, tienen un color azul oscuro que las distingue del resto. A la altura del archipiélago nipón, la corriente del Kuro-Shivo fluye con fuerza hacia el este, y empujó la nao de Urdaneta hasta las costas de California. En octubre de 1565, después de tres meses de travesía, la San Pedro atracó en el puerto de Acapulco, en la ribera occidental de México. El gran misterio del Pacífico se había desvelado al fin, ofreciendo a los españoles un camino de ida y de vuelta hacia Oriente. Andrés de Urdaneta viajó a España, dio noticia a Felipe II del resultado de la misión y regresó a la tranquilidad de su convento mexicano, donde pasaría el resto de su vida. No había descubierto la que estaba destinada a ser una de las rutas más transitadas del mundo por ansia de gloria o riquezas, sino movido por el afán de obtener conocimiento y de servir a Dios y a su rey.

Tras el hallazgo del tornaviaje todo sucedió con sorprendente rapidez. En 1571 los españoles se establecieron en Manila con la intención de utilizar este puerto filipino, que se abría al mar de la China meridional, como base para el comercio con Oriente. Un año después atracaron allí diez juncos chinos, y en 1573 zarparon de la ciudad los primeros navíos españoles cargados con seda y porcelana

del Imperio del Centro. Para 1580 llegaban a Manila, cada año, medio centenar de barcos provenientes de China y otros tantos del sudeste asiático. En 1586 ya había en la ciudad diez mil chinos, y en 1602, veinticinco mil. Para acomodarlos fue necesario habilitar un barrio propio, fuera de los muros de la ciudad, que recibió el nombre de Parián de los Sangleyes. Mercaderes españoles, chinos, malayos, filipinos y portugueses acudían a Manila a intercambiar seda, porcelana, algodón, clavo de olor, canela, nuez moscada, macis, almizcle, objetos lacados, marfil, perlas, piedras preciosas, esclavos y animales exóticos. El comercio era tan boyante que la corona se vio en la necesidad de intervenir, respondiendo a las protestas de los mercaderes y a los deseos de la hacienda española de obtener el máximo provecho del asunto. Para 1593 ya se había limitado el número de viajes anuales entre América y Manila a dos galeones, y tiempo después se restringió a uno. Este, que recibía el nombre de Galeón de Manila, pero que también era conocido como la Nao de China, se construía en los astilleros de Filipinas y llegó a contarse entre los barcos más grandes de su tiempo, capaz de desplazar 2.000 toneladas y de embarcar a cuatrocientos pasajeros. Aun así, cuando abandonaba Manila en junio, con el comienzo del monzón, iba tan cargado que apenas podía navegar, y la travesía por el Pacífico, que podía llegar a durar seis meses, resultaba penosa. Sin embargo, aquellos que atracaban en el puerto de Acapulco habían hecho el viaje de sus vidas. La venta de las mercancías reportaba beneficios de más del 200 por ciento y había quienes, en un solo viaje, habían ganado lo suficiente para no tener que volver a trabajar el resto de su vida. En cuanto a los productos, la mayor parte se distribuía por el continente americano, pero una porción continuaba su camino: era conducida en recuas de mulas hasta el puerto de Veracruz, en el Caribe, donde se embarcaba de nuevo, esta vez en la Carrera de Indias (la ruta marítima que unía las posesiones americanas con la metrópoli), hasta su destino final en España.

El irresistible atractivo de esta red de comercio, la más extensa y ambiciosa que ha existido jamás, se debía, casi en exclusiva, a la plata americana. Desde su nacimiento en el siglo II a. C., el Imperio del Centro se había contado entre los Estados más avanzados y prósperos de la Tierra, pero esta gigantesca construcción política tenía un punto débil: carecía de metales preciosos, particularmente de plata, con los que sostener una economía monetizada. El numerario más extendido, en forma de monedas de cobre y bronce, no servía para realizar transacciones elevadas, y tanto los particulares como la hacienda china realizaban buena parte de sus intercambios en especie. El Estado pagaba a sus funcionaros en rollos de seda y los campesinos entregaban sus tributos en sacos de arroz o jornadas de trabajo. La

dificultad de manejar una economía sostenida sobre bases tan poco prácticas lastraba el desarrollo de China, y por eso en el siglo XI los emperadores Song trataron de solventar el problema convirtiendo al imperio en el primer Estado en utilizar papel moneda. Sin embargo, el uso descontrolado de este recurso provocó escaladas inflacionarias que fueron decisivas para la caída de las dinastías Song y Yuan.

A comienzos del siglo XV los emperadores Ming se habían visto forzados a abandonar el uso del papel moneda, y en el siglo XVI decidieron imponer una nueva política impositiva, la Reforma del Látigo Único —un nombre muy adecuado para una medida fiscal— que concentraba todos los impuestos —en trabajo y en especie— en una única tasa que debía abonarse en plata. La reforma debía conceder al Estado recursos suficientes para acuñar numerario de plata, pero disparó la demanda de este metal precisamente en el momento en el que los españoles aparecieron por Manila con cofres rebosantes de plata del Cerro Rico del Potosí. Fue así como dos viejas necesidades, la del metal precioso y la de mercancías orientales, se encontraron en el mejor de los escenarios posibles. China se había convertido en el mayor consumidor de plata del mundo y el Imperio español se encontraba en inmejorables condiciones para proporcionársela. Cada año, unas 50 toneladas de metal se embarcaban en Acapulco y viajaban a Manila con la Nao de China para sufragar la compra de seda, porcelana y especias, de manera que ya en el siglo XVII, solo el Galeón de Manila enviaba a Asia tanta plata como los portugueses y las compañías de las Indias Orientales de Inglaterra y Holanda juntos.

Gracias a la plata americana, los emperadores Ming pudieron acuñar gran cantidad de numerario, lo que contribuyó a estabilizar los precios y mejoró la marcha de la economía. La producción artesanal alcanzó niveles nunca vistos. Para satisfacer la demanda de los portugueses de Macao y de los españoles de Manila, las grandes factorías de Jingdezhen comenzaron a elaborar una porcelana especial (denominada *kraak*), de paredes más gruesas, preparada para soportar las duras condiciones de la navegación oceánica, y tanto la seda como la cerámica se decoraron con motivos adaptados a los gustos de los europeos. Gracias a la prosperidad generalizada, los comerciantes, que siempre habían sido vistos con desconfianza por su carácter itinerante y su contacto con los extranjeros, mejoraron su consideración social, e incluso la hermética China de los Ming aceptó la entrada en su territorio de algunas novedades foráneas. Desde América llegaron los cacahuetes, la patata, el maíz, el tomate, el chile, la piña, el cacao o el tabaco, que permitieron diversificar la producción agrícola, cultivar tierras que hasta el momento habían sido baldías y hacer descender el número y la gravedad de las hambrunas. Gracias al contacto con los

españoles y los portugueses, China vivió su segunda revolución alimentaria, tan decisiva como la que había experimentado quinientos años antes con los arrozales de la era Song.[348]

Pero la nueva ruta comercial del Pacífico también tuvo efectos profundos en los territorios del Imperio español. Los chinos que acudían al Parián de los Sangleyes estaban dispuestos a vender sus mercancías a precios tan bajos a cambio de la plata americana que a los españoles les parecía que aquellos extraños orientales vendían sus productos de balde, y estos comenzaron a llegar a América y Europa en tal cantidad que se convirtieron en algo asequible e incluso popular. Eran muy pocos los que no podían permitirse un mantón de Manila —en realidad prendas de seda típicas de Cantón—, una cajita de laca, una peineta de nácar, camisas y ropa de cama de algodón, o una jícara de porcelana para tomar el chocolate.[349] La pimienta, el clavo y la canela dejaron de ser un lujo, buena parte del atractivo de exhibirlas en la mesa desapareció y los europeos abandonaron el gusto por la cocina especiada en beneficio de sabores más naturales. Incluso comenzaron a desvelarse parte de las brumas que envolvían a la misteriosa China. En 1575, las tierras del Imperio del Centro se identificaron como el Cathay de Marco Polo. En 1585, Juan González de Mendoza, fraile agustino como Urdaneta, publicó *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reyno de la China*, una monografía bastante informada que pudo redactar gracias a los testimonios de aquellos que regresaban de Oriente en la Nao de China. Y ocho años más tarde (1593) un fraile dominico presentó en Manila la primera traducción de una obra china al castellano: *Espejo rico del claro corazón*, una recopilación de aforismos que hizo las delicias de los europeos, siempre propensos a sentirse fascinados por las particularidades del pensamiento oriental.

EL FINAL

Mil setecientos años después del nacimiento de la Ruta de la Seda, chinos y europeos se contemplaban, al fin, frente a frente. Unos y otros llevaban casi dos milenios intercambiando mercancías, imaginándose, describiéndose, buscándose y enviándose mensajeros y embajadas. En busca de las mercancías del otro, los europeos habían recorrido océanos y descubierto continentes, y cuando por fin las hallaron, casi todo el orbe quedó conectado por una red de rutas comerciales que unieron Europa, Asia, África y América con lazos tan estrechos que el período ha merecido el calificativo de Primera Globalización. Macao, Acapulco o Ciudad de México reemplazaron a Alejandría, Constantinopla y Bagdad, y el Pacífico, el Índico y el Atlántico ocuparon el lugar del Mediterráneo. En este mundo nuevo, que se había hecho más grande y más pequeño a la vez, y en el que el comercio había quedado en manos de inmensos galeones con bodegas rebosantes de mercancías, ¿qué lugar quedaba para las caravanas que recorrían fatigosamente los confines del desierto de Taklamakán, escalaban las cumbres nevadas del Pamir y acampaban alrededor de grandes hogueras junto a los oasis de la Transoxiana?

Los viejos caminos de Asia, arterias de la civilización, habían superado guerras, invasiones, pestes y hambrunas. Habían sobrevivido al fin de la Antigüedad, a la conquista musulmana, a las invasiones mongolas, a las ambiciones de Tamerlán, a la llegada de los otomanos y a la retirada europea del Mediterráneo oriental. Pero la irrupción de la plata americana y de los galeones europeos los encontró sumidos en una crisis profunda y múltiple, como si el destino, que siempre les había sido propicio, se hubiera vuelto al fin contra ellos.

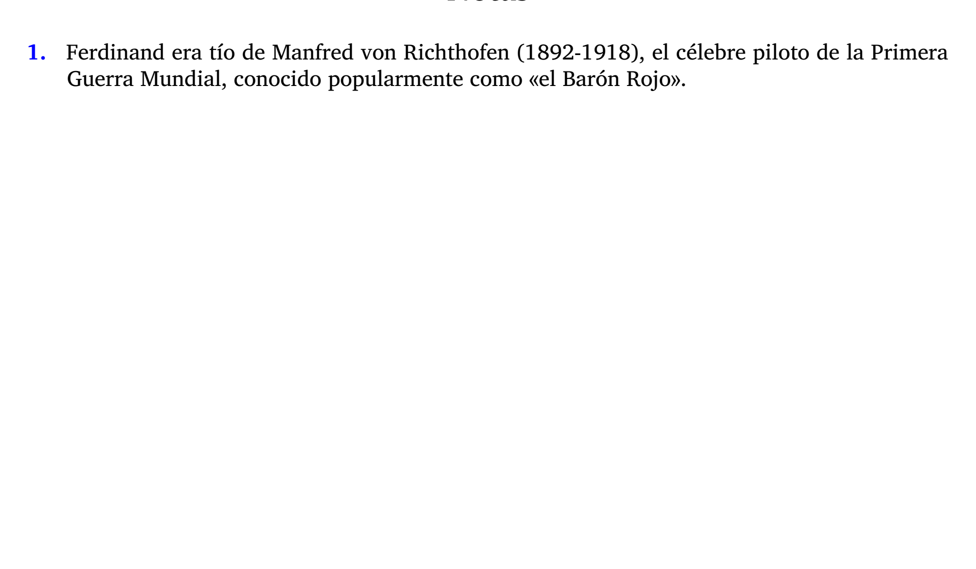
La caída del Imperio timúrida permitió que la cuenca del Tarim quedara expuesta a los ataques de los kazajos, y que la región de la Transoxiana cayera en manos de los uzbekos. Ambos eran pueblos de la estepa que, siguiendo tradiciones más antiguas que la propia Ruta de la Seda, disfrutaban saqueando los oasis y regresando a sus inmensas llanuras cargados con el botín. Es cierto que los uzbekos terminaron por apreciar el valor de las ciudades y se establecieron en Asia Central para fundar reinos alrededor de sus oasis, pero para entonces muchos mercaderes habían huido y los caminos habían quedado casi desiertos. Al sur de Merv, en las tierras del Imperio persa safávida, la interminable guerra con los otomanos cerraba con frecuencia las fronteras, y los enfrentamientos religiosos entre chiitas y sunnitas obligaban a estos últimos a pagar aranceles más elevados y

a recorrer con cierta aprensión las regiones donde los seguidores de Alí fueran mayoría. Por último, en las costas del Mediterráneo oriental, el Imperio otomano proseguía sus campañas de conquista: en 1570 arrebató Chipre a los venecianos, y un siglo después, tras uno de los asedios más largos de la historia, privó a los italianos de Creta, su posesión más preciada. Turcos y venecianos siguieron disputándose plazas en la región hasta bien entrado el siglo XVIII, cuando unos y otros eran ya una pálida sombra de lo que habían sido. Desde el Tarim hasta Siria, las rutas se volvieron peligrosas, los costes del comercio, inasumibles, y la profesión de mercader, incierta. Poco a poco, los caminos comenzaron a vaciarse de caravanas, las rutas se poblaron de bandidos, los caravasares quedaron abandonados, los monasterios se vaciaron de monjes y los santuarios dejaron de acoger a los peregrinos, hasta que todas aquellas construcciones, a las que la acción de los hombres había dejado obsoletas, fueron devoradas por la arena y el olvido.[350]

Pero la Ruta de la Seda jamás desapareció, solo mudó su aspecto. A través de las aguas del Pacífico o de las costas del cabo de Buena Esperanza, las mercancías de China, las especias de Asia y las maravillas de la India seguían encontrando su camino hasta las manos de los fascinados europeos. Porque detrás de los polvorientos caminos de la seda no solo se escondían el deseo de riquezas, el afán de conquista o la ambición de poder, sino uno de los anhelos más profundos del ser humano, más fuerte que la avaricia o el miedo: el deseo de conocer a sus semejantes, de saber de sus esperanzas y sus ilusiones, de escuchar sus historias y de descubrir las maneras en las que se consuelan de los males de este mundo. Este anhelo fue tan potente que impulsó la Era de los Descubrimientos e hizo que los europeos se lanzaran a los océanos, sin pararse a pensar en los riesgos y la distancia, buscando el oro y las especias, sí, pero también soñando con lo que se ocultaba al otro lado. Hoy, después de tanto tiempo y de tantas cosas, puede que el recorrido haya vuelto a cambiar, pero el viaje de descubrimiento continúa. Occidentales y orientales seguimos intercambiando mercancías, imaginándonos sin entendernos del todo y acudiendo, naturalmente, a la India en busca de iluminación.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Marta Virginia Ruiz Jiménez de Vicuña y a Jon Ortiz de Zárate su generosa colaboración. Sin su ayuda, sus correcciones y su paciencia este libro no habría sido posible.



Notas

1. Ferdinand era tío de Manfred von Richthofen (1892-1918), el célebre piloto de la Primera Guerra Mundial, conocido popularmente como «el Barón Rojo».

2. *China: Ergebnisse eigener Reisen und darauf gegründeter Studien*, Verlag von Dietrich Reimer, Berlín, 1877. Vid. tb. Von Richthofen, *Über die zentralasiatischen Seidenstrassen bis zum 2. Jahrhundert. n. Chr*, Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin 4 (1877), pp. 96-122.

3. Grousset, R., *The Empire of the Steppes*, Barnes & Noble, Nueva York, 1996.



4. La expresión fue acuñada por Jordanes, un historiador del siglo VI, en su obra *Origen y gestas de los godos* (IV, 25), y se refería a las tierras del norte de Europa, patria de las tribus godas, pero bien podía aplicarse también a las regiones del noreste de Asia.

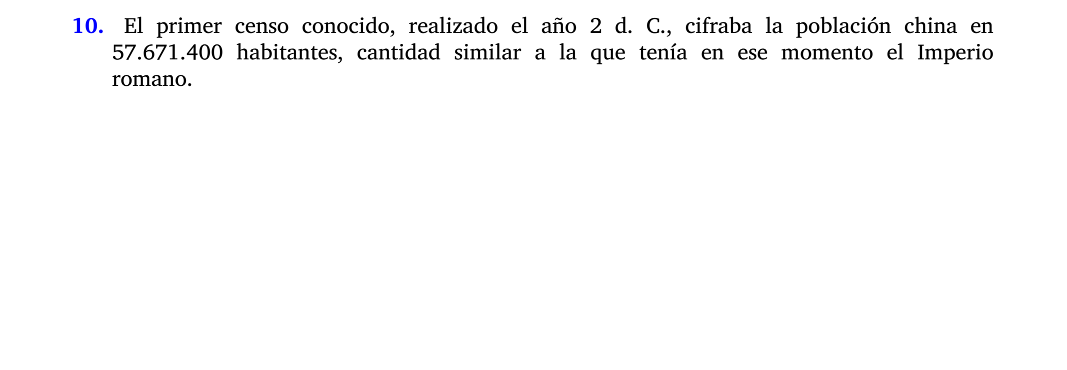
5. La obra de Sima Qian (145-90 a. C.) se titulaba *Recuerdos del Gran Historiador* (*Shiji*) y, además de suponer el nacimiento de la ciencia histórica en su país, es la principal fuente escrita sobre el origen de la civilización china.

6. Los tocarios han atraído el interés de los investigadores porque se trataría del pueblo indoeuropeo ubicado más al oriente, y podría arrojar algo de luz sobre el enigma del origen de los indoeuropeos. Por otro lado, las andanzas de los yuezhi en Asia Central son uno de los primeros episodios de la historia que ha sido documentado tanto por las fuentes chinas como por las europeas.

7. Atwood. Ch. P., *Huns and Xiongnu: New Thoughts on an Old Problem*, en VV. AA. (eds.) *Dubitando: Studies in History and Culture in Honor of Donald Ostrowski*, Bloomington, 2012, pp. 27-52.

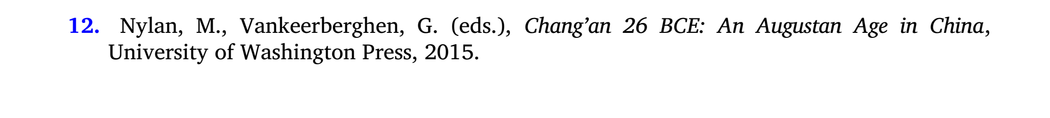
8. Eso aseguraba Heródoto *Hist.*, V, 50.

9. Al parecer, en torno al año 1920 a. C., los derrumbes provocados por un terremoto pudieron haber provocado la aparición de una enorme presa natural en el curso del río Amarillo, capaz de detener sus aguas durante meses. Esto provocó una gran acumulación de líquido que, cuando el dique de tierra se rompió, provocó un masivo desbordamiento. El episodio debió de tener bastante fuerza destructora y tal vez contribuyó, con el paso del tiempo, al nacimiento del mito de la Gran Inundación, VV. AA. *Outburst flood at 1920 BCE supports historicity of China's Great Flood and the Xia dynasty*, Science 5, 2016, pp. 579-582.



10. El primer censo conocido, realizado el año 2 d. C., cifraba la población china en 57.671.400 habitantes, cantidad similar a la que tenía en ese momento el Imperio romano.

11. Se dice que la tumba del Primer Emperador fue saqueada durante más de treinta días, sin que pudieran llegar a extraerse todas las riquezas que albergaba; después se prendió fuego a los restos, abriendo conductos de ventilación para que las llamas destrozaran hasta el último rincón del mausoleo, que, aun así, ardió durante meses sin llegar a consumirse del todo. A la vista de estos testimonios, los arqueólogos pensaban que del fantástico enterramiento del Primer Emperador ya solo quedaría su túmulo, una extraña colina de forma piramidal a los pies del monte Li. Por eso, en 1974, cuando unos campesinos se toparon con unas estatuas de barro cocido a kilómetro y medio del túmulo, nadie podía imaginar que aquello era el inicio de uno de los descubrimientos arqueológicos más increíbles de la historia. Hasta el momento, las campañas arqueológicas han sacado a la luz miles de figuras, carros de bronce, armaduras de piedra, caballos sacrificados y la fosa común de los prisioneros que trabajaron en la construcción de la tumba. Todos los restos están vinculados al mausoleo del Primer Emperador de China: un enorme complejo de 20 km2, y en el que se han identificado salones, cocinas para la preparación de banquetes funerarios, edificios de carácter administrativo para la gestión de las ofrendas y fosas llenas de sacrificios y de objetos para el Primer Emperador. Sin embargo, hasta ahora, los arqueólogos han evitado el centro mismo del complejo, la colina artificial que presumiblemente alberga la cámara sepulcral del Primer Emperador. Los sondeos han revelado la existencia de una estancia subterránea de grandes dimensiones y la presencia de elevados niveles de mercurio. Pues bien, contaba el historiador Sima Qian que en el sepulcro del Primer Emperador había un enorme mapa que reproducía los dominios del monarca, y que los ríos y mares del Imperio del Centro habían sido recreados con mercurio.


12. Nylan, M., Vankeerberghen, G. (eds.), *Chang'an 26 BCE: An Augustan Age in China*, University of Washington Press, 2015.

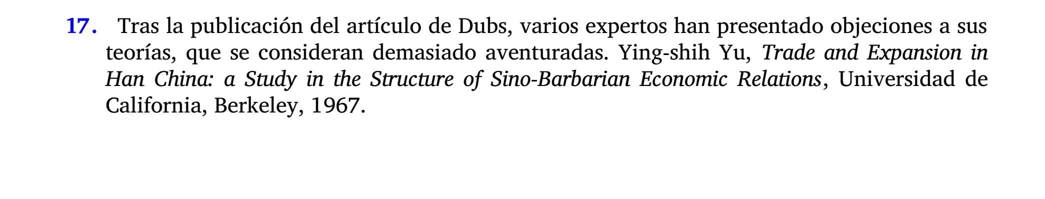


13. Ying-shih, Y., *Trade and Expansion in Han China: a Study in the Structure of Sino-Barbarian Economics Relations*, Universidad de California, Berkeley, 1967.

14. Dubs. H. H., *A Roman City in Ancient China*, Greece & Rome, 4/2 (1957), pp. 139-148. El topónimo Li-Jien apareció en un registro de ciudades del imperio realizado en el año 5 d. C. Algunos creen que los chinos lo utilizaron para referirse a Alejandría, en Egipto, considerando que los vagos conocimientos de los cartógrafos Han no permitían establecer una distinción entre Alejandría y Roma. Otros han sugerido la posibilidad de que la palabra se empleara para referirse a alguna de las otras Alejandrías, más cercanas a China, que Alejandro fundó en Asia Central: Christopoulos, L., *Hellenes and Romans in Ancient China (240 BC-1398 AD)*, Sino-Platonic Papers 230 (2012), pp. 1-91.

15. Horacio, *Odas*, III, 5.4-8. Plinio, *N.H,* VI, 47. Cass. Dio, LIV, 8.

16. Cass. Dio, XL, 21-22.



17. Tras la publicación del artículo de Dubs, varios expertos han presentado objeciones a sus teorías, que se consideran demasiado aventuradas. Ying-shih Yu, *Trade and Expansion in Han China: a Study in the Structure of Sino-Barbarian Economic Relations*, Universidad de California, Berkeley, 1967.

18. Los permisos eran tan detallados que incluían una descripción física de cada uno de los viajeros: edad, altura, complexión, color del pelo y de los ojos, y si llevaba o no barba o bigote. Algunos contenían también referencias a la ropa o señalaban la etnia del portador. Hansen, V., *The Impact of the Silk Road Trade on a Local Community: The Turfan Oasis, 500-800*. Trombert, E. y La Vaissière, E., (eds.) *Les Sogdiens en Chine*, École française d'Extrême-Orient, París, 2005, pp. 283-310.

19. Hansen, V., *Silk Road. A New History*, Oxford, Nueva York, 2012, p. 192.



20. Hoy la cuenca del Tarim forma parte de la Región Autónoma de Xinjiang, en el noroeste de China, pero en el siglo XIX este territorio se denominaba Turquestán Oriental o Turquestán Chino.

21. Hedin, S., *My Life as an Explorer*, 1926.

22. Kim, Byung-Joon, *Trade and Tribute along the Silk Road before the Third Century A. D., Journal of Central Eurasian Studies 2* (2011), pp. 1-24, comenta que el propósito del mito sería explicar por qué pueblos extranjeros eran dueños de bienes tan preciados. La montaña sagrada quedaría convertida en el verdadero origen de las riquezas, desplazando a los extranjeros a la condición de meros intermediarios.

23. La arena del desierto de Taklamakán también tiene su origen en las montañas que lo rodean. La fuerte corriente de los arroyos arrastra la tierra suelta de los valles montañosos, trasladando hasta la llanura toneladas de sedimentos que, con el tiempo, se convierten en su propia tumba arenosa.

24. Hedin, Sven, *Der wandernde See*, 1937. Hedin concibió la teoría del «Lago Errante» en 1901, tras un segundo vistazo al yacimiento de Loulan. Sin embargo, su propuesta no se vio confirmada hasta tres décadas después, cuando la corriente del Tarim parecía retomar el viejo curso que conducía al Lop Nur. Al enterarse, el ya anciano explorador quiso regresar de nuevo al lugar y recorrer el lecho embarrado del nuevo cauce, emocionado por poder ratificar su teoría. Hoy, un siglo más tarde, la acción humana ha alterado por completo los ritmos de la naturaleza en la cuenca del Tarim. A causa de los regadíos, que drenan la mayor parte del agua del río, el lago errante ya no existe y el desolado lugar se utiliza para los ensayos con armas nucleares del gobierno chino.

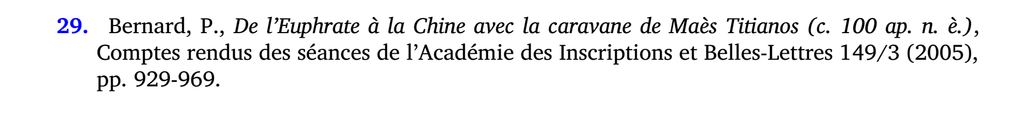
25. Los primeros hallazgos de cadáveres momificados en Tarim se remontan a las décadas iniciales del siglo XX, durante las exploraciones de Aurel Stein y Sven Hedin. Después, fueron los arqueólogos chinos los que comenzaron a prestar atención al asunto. Sin embargo, el hallazgo no trascendió a Occidente hasta 1988, cuando Victor H. Mair, profesor de Lengua y Literatura chinas en la Universidad de Pensilvania, atravesó por casualidad unas cortinas negras en la sala de las momias del museo de Urumqi, en el noroeste de China. Mair quedó fascinado con el estado de conservación de los restos, y especialmente con una de las momias, el Hombre de Cherchen, que era idéntico a su hermano mayor. Incapaz de dejar la sala, el profesor abandonó a unos pobres estudiosos del instituto Smithsonian, a los que estaba ofreciendo una visita guiada, y permaneció durante más de cinco horas examinando los hallazgos. A partir de ese momento, se consagró a la investigación de estos restos humanos, y publicó doce años después una de las obras más conocidas sobre las momias del Tarim: Mair, V. H. y Mallory, J. P., *The Tarim Mummies*, Thames & Hudson, Londres, 2000.

26. Faxian, *Registro de los Reinos Budistas*, 1. Marco Polo, *Libro de las Maravillas del Mundo*, 56.

27. Aquí fue hallada una de las momias más célebres del Tarim, conocida como la Belleza de Loulan. A pesar de tratarse de uno de los cadáveres más antiguos, datado entre el 1900 y el 1800 a. C., los arqueólogos que la descubrieron en 1980 quedaron atónitos al contemplar los restos, perfectamente conservados, de una sofisticada mujer de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, con una interminable melena de color castaño claro. Sin embargo, un examen más detallado reveló algunas miserias: el espléndido cabello (y otras partes de su cuerpo) estuvo infestado de piojos, y los pulmones, muy deteriorados por la inhalación de humo y arena.

28. Christopoulos, L., *Hellenes and Romans in Ancient China (240 BC-1398 AD)*, Sino-Platonic Papers 230 (2012), pp. 1-91.




29. Bernard, P., *De l'Euphrate à la Chine avec la caravane de Maès Titianos (c. 100 ap. n. è.)*, Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres 149/3 (2005), pp. 929-969.


30. Piankov, I. V., Maes Titianos, *Ptolemy and the «Stone Tower» on the Great Silk Road*, The Silk Road 13 (2015), pp. 60-74.

31. Esto se debía, naturalmente, a la escasez de oxígeno.



32. Hoy sabemos que Ferganá posee además gas, petróleo y jade. Esta circunstancia explica que sea una de las regiones más densamente pobladas de Asia Central, y que constituya una fuente de disputas entre los países que la comparten. Al examinar el mapa político de la zona, sorprende descubrir que las fronteras de las exrepúblicas soviéticas de la región, trazadas con largas líneas rectas sobre el desierto, describen una especie de espiral en torno al valle de Ferganá. Ya desde época de la URSS (la primera división se realizó en 1924) el territorio de Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán se arremolinaba tratando de controlar una porción mayor del valle. Hoy, Kirguistán y Tayikistán administran una extensión menor que su vecino, Uzbekistán, dueño del corazón de la llanura, pero aquellas dos exrepúblicas son propietarias de las regiones que concentran mayor cantidad de agua, y todos han construido embalses en su parte. Esto, unido a la diversidad étnica, cultural y religiosa de la zona, ha provocado numerosos conflictos, y Ferganá está muy lejos de ser el próspero paraíso que la naturaleza regaló a sus habitantes.

33. Benjamin, C., *Empires of Ancient Eurasia: The First Silk Roads Era 100 BCE-250 CE*, Cambridge University Press, Cambridge, 2018.

34. Con una superficie de más de 68.000 km2, el mar de Aral (en realidad, una laguna salada) era el cuarto lago más grande del planeta. Albergaba gran cantidad de fauna marina que alimentaba una próspera industria pesquera, y estaba circundado de un área de marismas de considerable riqueza natural. El territorio que lo rodeaba se beneficiaba además de temperaturas frescas y un ambiente húmedo. Pero el nivel del mar dependía casi completamente del caudal de dos ríos, el Sir Daria y el Amu Daria, que nacían en las grandes cordilleras montañosas que rodean el Pamir. A lo largo de la década de 1960, la Unión Soviética puso en marcha un programa para desviar entre el 80 y el 90 por ciento del agua de los dos ríos a través de 300.000 kilómetros de regadíos y utilizarla en masivas plantaciones de algodón. El proyecto funcionó. Permitió poner en cultivo tierras áridas y convirtió a la región en el principal centro productor de algodón del mundo. Pero, como consecuencia, el mar de Aral comenzó a secarse. Hoy ha quedado reducido a menos del 10 por ciento de su tamaño original, la fauna y la flora únicas de sus aguas han desaparecido, los barcos pesqueros han quedado varados y la población que todavía malvive en sus orillas sufre enfermedades respiratorias provocadas por la mezcla de sal, arena y fertilizantes que la desecación del lecho marino ha lanzado al aire.

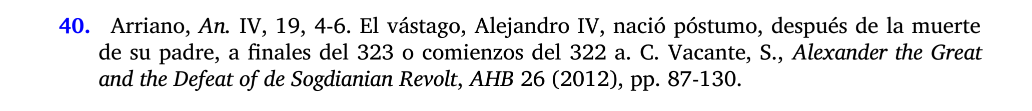
35. *Hist.*, I, 201 ss.

36. Se aseguraba en la Antigüedad que Alejandro también había tenido su propio encuentro con una reina salvaje a orillas del Jaxartes. Las circunstancias, sin embargo, fueron mucho más agradables. Se trataba de una mujer llamada Talestris y era, ni más ni menos, la reina de las amazonas. Talestris deseaba amancebarse con el monarca, y que las mujeres de su tribu hicieran lo mismo con los hombres de la expedición, para criar así una raza de niños extraordinarios. Sin embargo, después de esperar 13 días a que el rey heleno, bastante tibio ante la propuesta, engendrara un hijo con ella, la reina acabó por desistir en sus propósitos. La anécdota, que conectaba a Alejandro con el mito de las amazonas, un reino de mujeres guerreras ubicado siempre en alguno de los confines del mundo (Anatolia, las riberas del Danubio, Asia…), fue recogida por Plutarco (46-119 d. C.) en su biografía del rey macedonio. El historiador griego comentaba que eran muchos los autores que tenían por cierto el episodio, pero que eran todavía más los que lo consideraban una fabulación. Y, a continuación, mencionaba que, cierto día, uno de los autores crédulos, Onesícrito, estaba leyendo su obra a uno de los integrantes de la expedición alejandrina, el rey Lisímaco de Tracia (360-281 a. C.), y que este, cuando le oyó narrar el episodio de las amazonas, se echó a reír y le preguntó: «¿Y dónde estaba yo entonces?».

37. En esto, Alejandro también imitó a Ciro, al que admiraba. Al parecer, el rey persa había fundado en los confines del Jaxartes una ciudad a la que los griegos conocían como Cyropolis («la ciudad de Ciro»), pero también como Cyreschata («la última de Ciro»).

38. Cuatro años después, el oficial vendió el brazalete a cambio de una suma considerable al Victoria & Albert Museum de Londres. Sin embargo, la mayor parte de los objetos rescatados por el capitán británico y otros muchos que aparecieron después fueron adquiridos por el Museo Británico. Curtis, J., *The Oxus Treasure in the British Museum*, Ancient Civilizations from Scythia to Siberia 10 (2004), pp. 293-338.

39. Al margen de estos datos biográficos, bastante genéricos, todo lo que rodea a Zoroastro y los orígenes del zoroastrismo es un fascinante misterio. Se ignora cuándo vivió el profeta. Su biografía fue escrita cientos de años después, durante el reinado del rey persa sasánida Cosroes II (591-628). Los romanos creían que había nacido cinco mil años antes del estallido de la Guerra de Troya, y los modernos estudiosos consideran que, tal vez, pudo vivir en el segundo milenio a. C. o en el siglo VI a. C. Se desconoce cuándo se convirtió el zoroastrismo en la religión mayoritaria entre los persas. No es seguro que los primeros reyes medos, o que incluso Ciro el Grande, fundador del Imperio aqueménida, tuvieran creencias zoroástricas. Estas solo están confirmadas una generación más tarde, durante el reinado de Darío I (522-486 a. C.). El libro que recopilaba los textos sargados del zoroastrismo, llamado *Avesta*, incluía escritos muy variados, de épocas diversas, que fueron redactados, incluso, en idiomas diferentes. Algunas partes, supuestamente obra del propio Zoroastro, podrían remontarse a mediados del segundo milenio a. C.; otras son ya de época aqueménida (ss. VI-IV a. C.) o parta (ss. II a. C.-III d. C.), y el compendio definitivo, el *Gran Avesta*, fue realizado por iniciativa de los reyes sasánidas (ss. III-VI d. C.).


40. Arriano, *An.* IV, 19, 4-6. El vástago, Alejandro IV, nació póstumo, después de la muerte de su padre, a finales del 323 o comienzos del 322 a. C. Vacante, S., *Alexander the Great and the Defeat of de Sogdianian Revolt*, *AHB* 26 (2012), pp. 87-130.

41. Aunque el origen heleno de Ai-Janum es evidente, hay autores que descartan una fundación alejandrina, y prefieren atribuírsela a alguno de los reyes del Imperio seléucida. En cualquier caso, la ciudad tuvo una vida corta, y fue abandonada por la población griega en torno al año 145 a. C., coincidiendo con la llegada de los yuezhi a la zona. El yacimiento fue excavado en las décadas de los sesenta y de los setenta del siglo pasado, pero, a pesar de la espectacularidad de los hallazgos, los trabajos quedaron interrumpidos por las guerras en Afganistán, y el lugar está hoy casi arrasado. Cribb, J. y Herrmann, G. (eds.), *After Alexander. Central Asia before Islam*, Oxford University Press, Oxford, 2007, pp. 130 ss. y Mairs, R., *The Hellenistic Far East: Archaeology, Language, and Identity in Greek Central Asia*, University of California Press, 2014.

42. Wallace, S., *Greek Culture in Afghanistan and India: Old Evidence and New Discoveries*, Greece and Rome 63 (2016), pp. 205-226, y Ngomo Fernández, E. y Sevillano López, D., *Dos inscripciones griegas del yacimiento de Aï-Khanum, Bactria (Afganistán)*, Boletín del Archivo Epigráfico 4 (2019), pp. 119-127.

43. Las actividades de los sogdianos en la cuenca del Tarim y el corredor de Gansu son conocidas, sobre todo, gracias a una colección de cartas halladas en 1907 por el explorador Aurel Stein entre los escombros que obstruían el corredor de una vieja torre de época Han, a unos 90 kilómetros al oeste de Dunhuang. Están datados, probablemente, en el siglo IV d. C. De la Vaissière, E., *Sogdian Traders. A History*, Brill, Leiden-Boston, 2005.



44. Todavía hoy, algunos padres uzbekos entregan a sus niños chupetes con forma de cilindros huecos de metal llenos de azúcar, que los pequeños consumen con indisimulado deleite.

45. A unos 200 kilómetros de la ciudad, un desfiladero de paredes casi verticales conectaba las llanuras sogdianas con los valles de Bactria. El lugar era conocido como las Puertas de Hierro, porque ese era el color de sus muros rocosos, y porque, al parecer, la estrechez del camino había permitido bloquearlo con una enorme puerta, reforzada con láminas de ese metal y adornada con campanas (o al menos eso aseguraba el viajero chino Xuanzang, que recorrió estos lugares en el siglo VII).



46. Overtoom, N. L., *Reign of Arrows. The Rise of the Partian Empire in the Hellenistic Middle East*, Oxford University Press, 2020.

47. El Karakum cubre casi el 70 por ciento de la extensión del actual Turkmenistán. Se ha hecho famoso a causa de una singular atracción turística ubicada varios cientos de kilómetros al noroeste de Merv y del oasis del Murgab. Se trata del pozo de Darvazá, conocido popularmente como la Puerta al Infierno. Al parecer, en algún momento a mediados del siglo pasado, científicos soviéticos viajaron hasta el desierto en busca de recursos naturales. Desde luego, los encontraron. Se toparon con una gran bolsa de gas tan cercana a la superficie que se prendió fuego de forma accidental y todavía continúa en llamas, medio siglo después. Las autoridades de Turkmenistán han hecho algunos tímidos intentos por apagar el enorme pozo llameante y detener el despilfarro de gas natural, pero el lugar continúa ardiendo, tal vez por la dificultad de la empresa, o tal vez porque, al menos, ha hecho atractiva para los visitantes una de las regiones más inhóspitas del país.

48. Herrmann, G., *Early and Medieval Merv: a Tale of Three Cities*, Proceedings of de British Academy 94 (1997), pp. 1-43. Aunque ni la Ruta de la Seda ni Merv (moderna Mary) han vuelto a ser lo que eran después del siglo XIII, la ciudad jugó un papel clave durante el Gran Juego y la invasión soviética de Afganistán, y hoy en el oasis del Murgab viven un millón de personas.

49. Hartmann, U., *Die Parthischen Stationen des Isidor von Charax: eine Handelsroute, eine Militärkarte oder ein Werk geographischer Gelehrsamkeit?*, en Wiesehöfer, J. y Müller, S., (eds.) *Parthika. Greek and Roman Authors Views of the Arsacid Empire. Griechisch-römische Bilder des Arsakidenreiches*, Wiesbaden, 2017, pp. 87-125.

50. VV. AA., *Linear Barriers of Northern Iran: The Great Wall of Gorgan and the Wall of Tammishe*, Journal of the British Institute of Persian Studies 44 (2006), pp. 121-173.

51. *Nat. Hist.* VI, 17. Siguiendo las indicaciones de Plinio y de Arriano *An*. III, 20, se ha propuesto para las Puertas Caspias una ubicación al este de la moderna Teherán, en un lugar llamado *Sar Tang-e,* donde las paredes de roca presentan un extraño color parduzco y nace una pequeña corriente, estacional, de agua salada. Sin embargo, no todos los autores están de acuerdo. Vid. Bernard, P., *De l'Euphrate à la Chine avec la caravane de Maès Titianos (c. 100 ap. n. è.),* Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres 149/3 (2005), pp. 929-969.

52. Her. *Hist.*, III, 98. Se ignora si pasó lo mismo con el rayo y con el trueno, pero el relincho del caballo de Darío no fue, lo que se dice, casual. Siempre según Heródoto, Darío, que no quería dejar cosas tan importantes al arbitrio de los designios de Ahura Mazda, ideó una estratagema: la noche anterior, su mozo de cuadras había hecho pasear a la yegua predilecta del caballo de Darío por un punto en concreto, impregnándolo con su olor. A la mañana siguiente, en el momento en el que el semental llegó galopando a esa zona, rompió, como es lógico, a relinchar, haciendo rey a Darío.

53. Pol. *Hist.*, X, 27.

54. Tanto los testimonios arqueológicos como las fuentes escritas proporcionan varios ejemplos de crecidas desastrosas en Mesopotamia. En 1929, Leonard Woolley, el arqueólogo británico que descubrió las Tumbas Reales de Ur, anunció que la localidad había sufrido una gigantesca inundación que la había anegado a finales del cuarto milenio a. C. La vecina Uruk, que se encontraba al otro lado del Éufrates, padeció una crecida similar a comienzos del tercer milenio a. C., mientras que en Kish, otra urbe sumeria, situada 300 kilómetros al norte, se han documentado dos episodios de ese tipo a lo largo del mismo milenio. Narraciones conservadas en tablillas sumerias, babilonias o asirias contaban cómo los dioses habían decidido destruir a la humanidad a causa de su naturaleza ruidosa y habían decidido emplear para ello una gigantesca inundación, a la que solo sobrevivieron unos pocos elegidos. Las similitudes del relato mesopotámico con la descripción del Diluvio Universal del libro del Génesis y otras historias parecidas de distintas mitologías han hecho a los investigadores verter una cantidad de tinta equivalente al agua que cayó durante esos siete días y siete noches. Sanmartín Acaso, J., *Misterio de Dioses. El Diluvio en las tradiciones babilónica y bíblica*, ARYS 10 (2012), pp. 35-64.

55. El *Enuma Elish* se recitaba durante el Festival del Año Nuevo babilonio (*Akitu*), en primavera, justo antes de las crecidas del Tigris y el Éufrates. Es posible que el relato se empleara como una fórmula mágica para propiciar la derrota de las aguas desbocadas, representadas por Tiamat, a manos del dios de la ciudad, Marduk. Heidel, A., *The Babylonian Genesis. The Story of Creation*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1963.

56. Her. *Hist.*, I, 178; Str. *Geog.*, XVI, 5; Diod. II, 1.

57. En 1988, las autoridades turcas anunciaron la construcción de la presa de Birecik sobre la corriente del Éufrates. El nuevo embalse amenazaba con anegar parte del yacimiento arqueológico de Zeugma y la práctica totalidad del de Apamea. Cundió la alarma entre los expertos y, gracias a los esfuerzos de la comunidad científica, a lo largo de la década de los noventa se llevaron a cabo campañas arqueológicas de urgencia. Los trabajos, que concluyeron en septiembre del 2000, cuando ambas ciudades comenzaron a quedar sumergidas, sacaron a la luz restos espectaculares de época helenística y romana que revelaron el carácter mestizo de estas ciudades, donde se fusionaban las culturas grecorromana y mesopotámica.

58. Vid. Gregoratti, L., *Temples and Traders in Palmyra*, en VV. AA., (eds.) *Capital, Investment, and Innovation in the Roman World*, Oxford University Press 2020, pp. 461-480. Se ha documentado la presencia de mercaderes palmirenos en Egipto, Arabia, islas del Índico e incluso en Antioquía Margiana, Merv, a 1.600 kilómetros de distancia. Masson, M. E., *Two Palmyrene Stelae from the Merv Oasis*, East and West 17 (1967), pp. 239-247.

59. Plin. *N. H.*, XII, 18, 84. Gawlikowski, M., *Indian trade between the Gulf and the Red Sea*, PAM Special Studies 26/2 (2017), pp. 15-30.

60. Maenchen-Helfen, O., *From China to Palmyra*, The Art Bulletin 25/4 (1943), pp. 358-362. Zuchowska, M., *From China to Palmira. The value of silk*, Swiatowit 11 (2013), pp. 133-154. Huebner, U., *Palestine, Siria and the Silk Road*, Silk Road Studies 18 (2016), pp. 19-74.

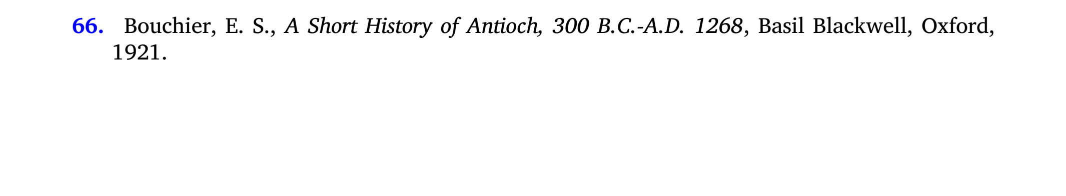
61. Valeriano se había distinguido como perseguidor de los cristianos, y estos celebraron su cautiverio con indisimulada alegría, como si se tratara de un castigo divino. Lactancio (*De Mort. Persec.*, 5) se regodeaba contando que el emperador era exhibido cargado de cadenas mientras vestía la púrpura imperial, y que el rey de los persas utilizaba su cuello como escabel cada vez que quería subirse al caballo. Viviendo en estas condiciones, no es de extrañar que el pobre Valeriano falleciera poco después, pero ni siquiera su muerte puso fin a las vejaciones. La piel del cadáver, arrancada de la carne y rellena de paja, se mantuvo colgada durante años en un templo persa como recordatorio perpetuo de la victoria.

62. *Historia Augusta*, *Tryg. Tyran*, 30.

63. Se desconoce el destino de la reina Zenobia. Algunos aseguraban que murió pronto, bien ejecutada, bien quitándose la vida. Otros, en cambio, imaginaban para ella una vida idílica, retirada en una villa en Tívoli y casada con un gobernador romano. Hidalgo de la Vega. M. J., *Zenobia, reina de Palmira: historia, mito y tradiciones*, Florentia Iliberritana 28 (2017), pp. 79-104.

64. A mediados del segundo milenio a. C., el Orontes marcaba la frontera entre el Imperio nuevo egipcio y el Imperio hitita, y en sus orillas tuvo lugar la batalla de Qadesh (1274 a. C.) entre el faraón Ramsés II y el rey hitita Muwattalli II. Casi mil años después, Baalbek, cerca de las fuentes del río, pudo ser el lugar elegido para sellar el pacto de Triparadiso, en el que los generales de Alejandro Magno se repartieron el imperio del rey difunto el 321 a. C. Y fue junto al Orontes donde, en el 637 d. C., se libró la batalla del Puente de Hierro, en la que el recién nacido califato musulmán arrebató a los bizantinos la provincia de Siria.

65. Una de las leyendas más conocidas protagonizadas por Apolo contaba la historia de Dafne, una ninfa que, antes que ceder a los deseos amorosos del dios, prefirió transformarse en árbol de laurel. Al verse burlado, Apolo sacó su arco y disparó varias flechas, con rabia, contra el suelo. Cierto día, el rey Seleuco I Nicátor se encontraba cazando al sur de Antioquía cuando su caballo desenterró, accidentalmente, una punta de flecha de oro. El hallazgo vino acompañado de otros prodigios, y el rey se barruntó que aquello debía de ser un mensaje de Apolo, ordenándole fundar un santuario en su honor, al que puso el nombre de la ninfa, Dafne. El lugar debía de ser impresionante: el edificio de culto fue construido a los pies de las montañas y estaba rodeado de cascadas y de pequeños cursos de agua. Una de las fuentes, de la que escapaban extraños vapores, era la sede de un oráculo, y se decía que, junto al templo, todavía podía contemplarse el leñoso cuerpo de la ninfa Dafne, transformada en árbol de laurel. Aldea Celada, J. M., *Apolo y los seléucidas o la construcción de una identidad dinástica*, Stud. Hist. Hª antig. 31 (2013), pp. 13-34.



66. Bouchier, E. S., *A Short History of Antioch, 300 B.C.-A.D. 1268*, Basil Blackwell, Oxford, 1921.

67. Van Berchen, D., *Le port de Séleucie de Piérie et l'infrastructure logistique des guerres parthiques*, Bonner Jahrbucher 185 (1985), pp. 47-87. El Túnel de Tito puede contemplarse todavía hoy, y es una de las grandes atracciones turísticas de la región, pero ni siquiera la ingeniería romana pudo evitar que el puerto interior de Seleucia quedara completamente anegado por los sedimentos. Nada queda de sus dársenas, aunque su trazado es fácilmente identificable en la orografía de la zona.

68. Dion Crisóstomo, III 32, 36-40. En el *Digesto*, redactado en tiempos del emperador Justiniano, a comienzos del siglo VI d. C., se especificaba que en el puerto de Alejandría se comerciaba con canela, pimienta, costo verdadero (una planta medicinal con usos diversos que iban desde los problemas de estómago hasta el asma), aceite de nardo, mirra, jengibre, madera de agar (que producía un aroma característico, cercano al del incienso), ónice de Arabia, cardamomo, lino, pieles de Babilonia y de Partia, tejidos de púrpura, algodón, perlas, sardónice, marfil, heliotropo, esmeraldas, diamantes, lapislázuli, turquesas, berilos, caparazón de tortuga, seda, eunucos de la India, leones, leopardos, panteras y pelo indio.



69. El relato de Posidonio se ha perdido, pero conservamos un resumen realizado por Estrabón, II, 3 ss.

70. Heródoto, IV, 44.

71. Un autor posterior, Filóstrato (*V.A.* III, 47), que escribió ya en época romana, a finales del siglo II y comienzos del III d. C., aseguraba que Escílax había descrito a los habitantes de algunas regiones de la India como pigmeos que construían sus casas bajo tierra. Y que el explorador también había caído en el lugar común de atribuir a los confines del mundo la improbable presencia de seres monstruosos, diciendo que en la India había esciápodos (hombres que se hacían sombra con sus propios pies) o macrocéfalos (dotados de una cabeza extremadamente alargada). Ya en época medieval, Juan Tzetzes (*ca.* 1100-1180), un historiador bizantino (Chil., VII, 629), añadió a la galería de los curiosos habitantes de la India, siempre según el testimonio de Escílax, a los otoclinos (hombres de grandes orejas), los monophthalmoi (hombres de un solo ojo) o a hombres que engendraban descendencia una sola vez.

72. Es posible que, en el transcurso de estos intercambios con la India, la canela, originaria de Ceilán, llegara hasta la península arábiga y Somalia, donde podía ser adquirida por los egipcios y redistribuida por el Mediterráneo. Hay indicios de la presencia de canela en Egipto durante el Imperio Nuevo, en el siglo XV a. C. Y ya en época ptolemaica era tanta la cantidad de canela que se podía comprar en los mercados de Arabia que los griegos estaban convencidos de que esa preciada especia provenía de allí y de que los árabes la recolectaban enfrentándose, cubiertos de pieles, a los siniestros murciélagos gigantes que la custodiaban. Estrabón, XVI, 4, 4, Diodoro, III, 46, 3.

73. Los egipcios habían usado el potencial mercantil de la navegación a lo largo del mar Rojo al menos desde el tercer milenio a. C. Aunque, probablemente, el ejemplo más conocido de una gran empresa comercial promovida por las autoridades fuera la célebre expedición a Punt impulsada por la faraona Hatsepsut en el siglo XV a. C. Tallet, P., *Ayn Sukhna and Wadi el-Jarf: Two newly discovered pharaonic harbours on the Suez Gulf*, British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan 18 (2012), pp. 147-68. Y Presedo Velo, F. J., *Navegación y exploraciones en el Egipto faraónico*, en VV. A.A., Troncoso (coord.), *Guerra, exploraciones y navegación: del Mundo Antiguo a la Edad Moderna*, Universidad, La Coruña, 1995, pp.37-54.

74. Un papel similar al de Eudaimon Arabia pudo haber sido desempeñado por la paradisíaca isla de Socotra, situada en la salida del golfo de Adén, frente a las costas de Somalia, donde hay testimonios de la presencia de mercaderes griegos, indios, árabes e incluso palmirenos.

75. Según el relato de Posidonio transmitido por Estrabón, Eudoxo, intrigado por la talla que había encontrado en Etiopía, mostró el madero a los armadores de Alejandría. Estos le señalaron que aquella nave naufragada debía de provenir de Gadir (actual Cádiz, en las costas españolas) y le contaron que, probablemente, los marineros de aquel navío se habían hecho a la mar en las aguas del Atlántico, circunnavegado África y naufragado en las costas de Etiopía. En el siglo II a. C. se pensaba que toda la Tierra estaba rodeada de un gran océano, cuyas aguas conectaban Britania con la India, y que el continente africano era mucho más pequeño de lo que es realmente. Había noticias de marineros fenicios que lo habían rodeado antes, y de viajeros indios que, por accidente, habían llegado a las costas de Germania (Plin. *N. H.*, II, 67). Así que, a Eudoxo, el relato de unos gaditanos atravesando sin querer el cabo de Buena Esperanza le debió de parecer algo plausible. Animado por la posibilidad de rodear el continente africano y, de paso, escapar a la fiscalidad ptolemaica, reunió toda su fortuna y marchó a Gadir, donde hizo construir un navío grande y dos más pequeños. A continuación, embarcó en ellos a muchachas que tocaban instrumentos musicales, médicos y otros artesanos, y se lanzó a navegar por las aguas del océano atlántico, rumbo sur, con la esperanza de llegar hasta la India. La navegación fue muy complicada, pero, al final, Eudoxo llegó a una tierra donde le parecía que hablaban una lengua similar a la que él había oído en Etiopía, y considerando que eso significaba que había circunnavegado África, emprendió el viaje de regreso a la península ibérica.

76. Kilani, M., *Contacts between Egypt and India during the Ptolemaic and Roman Periods: An Overview of the Evidence*, en Langer, Ch., (ed.) *Global Egyptology: Negotiations in the Production of Knowledges on Ancient Egypt in Global Contexts*, Golden House, Londres, 2017, pp. 97-101.

77. Lucano, *Far.*, 10, 119.21. Plut. *Ant.*, 81-82.

78. A mediados del siglo I d. C., Plinio el Viejo (*N.H.* VI, 101) comentaba acerca de la ruta del océano Índico: «Y no estaría mal exponer toda la ruta que parte de Egipto, especialmente ahora que, por primera vez, poseemos información fiable acerca de ella. Es un asunto de gran importancia, teniendo en cuenta que no hay un año en el que la India absorba menos de 50 millones de sestercios de la riqueza de nuestro imperio, enviando de vuelta mercancías que se venden entre nosotros por más de cien veces su precio original».

79. Str. II, 5, 12. Phil, *Vit.*, III, 35. Hay algunos grabados de grandes barcos, hallados en zonas costeras del océano Índico, que podrían reproducir la imagen de uno de estos navíos mercantes. Por otro lado, en torno al cambio de era, en la literatura tamil india comenzaron a aparecer referencias a unas gentes que visitaban la India en navíos magníficamente aparejados, cargados de oro y de vino fresco y perfumado. Los textos daban a estos mercaderes el nombre de «yavanas», que era, probablemente, el apelativo que empleaban los indios para referirse a los habitantes de habla griega del Mediterráneo y Oriente Medio. Cobb, M. A., *The Indian Ocean Trade in Antiquity*, Routledge, Nueva York, 2019.

80. «Mar Eritreo» era el nombre con el que los griegos y los romanos se referían al océano Índico. El apelativo apareció por primera vez en el siglo V a. C., en las *Historias* de Heródoto (I, 180), y la mayoría de los autores clásicos lo relacionaban con la palabra griega *‘Eruqó*ς, que significa «rojo».

81. Casson, L., *The Periplus Maris Erythraei. Text with introduction, translation and commentary*, Universidad, Princeton, 1989. Gil Fernández, J., *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y el Medievo occidental*, Alianza, Madrid, 1995.

82. Estrabón, II, 5.

83. Tanto en Quseir como en Berenike se han hallado restos de cerámica, coco, arroz, algodón y madera de teca provenientes del sur de la India. También han aparecido varios *ostraka* (pequeños fragmentos de cerámica) con nombres escritos en tamil, una de las lenguas del subcontinente. Por último, en el desfiladero que conectaba el puerto de Berenike con el valle del Nilo, sobre las paredes de un templo, se ha documentado una inscripción votiva realizada por alguien llamado Sophon el Indio. Kilani, M., *Contacts between Egypt and India during the Ptolemaic and Roman Periods: An Overview of the Evidence*, en Langer, Ch., *Global Egyptology: Negotiations in the production of Knowledges on Ancient Egypt in global contexts*, Golden House, Londres, 2017, pp. 97-101.

84. McLaughlin, R., *The Roman Empire and the Indian Ocean*, Pen & Sword, Barnsley, 2014, y Nappo, D., *Roman Policy on the Red Sea in the Second Century C. E.*, en De Romanis, F. y Maiuro, M., *Across the Ocean: Nine Essays on Indo-Mediterranean Trade*, Brill, Leiden/ Boston, 2015, pp. 55-72.

85. En Puducherry, en la costa suroriental de la India, han aparecido bastantes restos de cerámica romana. Podría tratarse de un asentamiento de mercaderes establecido a comienzos del siglo I d. C., especializado en transportar mercancías desde la costa oriental hasta la occidental de la India.

86. Plinio el Viejo (*N.H.*, VI, 24) comentaba que durante el reinado de Claudio (41-54 d. C.) un liberto egipcio fue arrastrado por una tormenta mientras navegaba entre Egipto y la India. Su barco acabó recalando en la isla de Sri Lanka, donde fue recibido por el rey, que aprovechó la ocasión para enviar una embajada a las autoridades de Roma. Gracias a este intercambio diplomático, los romanos supieron que las gentes de Ceilán comerciaban con mercaderes chinos a los que, sorprendentemente, describían como más altos que el resto de los mortales, rubios y de ojos azules. Desde luego, en algún momento de la cadena de transmisión algo raro pasó con la información.

87. Sima Qian, 129, 69. En las tumbas de la época Han del puerto de Cantón se han encontrado restos de ámbar, cristal y ágata. Es cierto que había algunos yacimientos de ámbar en la frontera entre China y Birmania, pero la fuente principal de esta resina era el Báltico.

88. *H.A. Hel.*, 20-21.

89. Botan, S. P., *The Road to the Indies. The Glass Evidence*, Studia Antiqua et Archaeologica 20 (2014), pp. 153-170.

90. Herrmann, G., *Lapis Lazuli: the early Phases of its Trade*, Irak 30 (1968), pp. 21-57. Y VV. AA., *Lapis-Lazuli from Sar-e-Sang, Badakhshan, Afghanistan*, Gems & Gemology (1981), pp. 184-190. Hoy se sabe que también hay minas de lapislázuli en Birmania, Chile y California, pero ni siquiera estas vetas alcanzan la calidad de las afganas.

91. Solo queda una mina activa en el valle, la de Sang-i Sang. A mediados del siglo XX se extraía aquí una tonelada de lapislázuli al año, de la que el 16 por ciento era de calidad suficiente como para ser empleada en joyería.



92. Pausanias, III, 12, 14, y Sima Qian, 123, 3162. McLaughlin, R., *The Roman Empire and the Silk Routes*, Pen & Sword, Barnsley, 2016. En 1978, en los prolegómenos de la invasión soviética de Afganistán, un arqueólogo de la URSS excavó la necrópolis de Tillya Tepe, no muy lejos de Bactra (Balj) en la orilla meridional del valle del Oxus. Las tumbas, de inhumación, que pertenecían a un hombre y cinco mujeres, estaban datadas en el siglo I d. C., durante el período del Imperio kushán, y conservaban todavía gran parte de su ajuar intacto. Este incluía miles de objetos de oro: coronas, joyas con adornos de jade y lapislázuli, brazaletes con cabezas de león, monedas romanas y partas, y un espejo de plata con una inscripción en chino.

93. Es posible que una parte de los objetos de vidrio estuviera destinada al mercado chino, donde estos productos eran muy apreciados. Sabemos que en el siglo V d. C. el emperador Wudi (424-462 d. C.), de la dinastía Wei del norte, tenía tantos objetos de vidrio romano que ordenó construir un palacio para exhibir su colección. Mehendale, S., *Begram: along ancient Central Asian and Indian trade routes*, Cahiers d'Asie Centrale 1/2 (1996), pp. 47-64. Y Mairs, R., *Glassware from Roman Egypt at Begram (Afghanistan) and the Red Sea Trade*, British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan, 18 (2012), pp. 61-74.

94. Dion Crisóstomo (*ca.* 40-120 d. C.) decía que los bactrianos que podían verse en Egipto eran consumados jinetes y se ejercitaban en el arte de la monta para defender a su imperio; una descripción que casaba mejor con los kushán, descendientes de nómadas de la estepa, que con las gentes de Bactria (32, 43). En época de Adriano (117-138 d. C.), hay noticias de que los reyes de Bactria enviaron emisarios para tratar de llegar a una alianza con el emperador (H. A. *Hadr*., 21). La respuesta de este fue negativa, pero los contactos continuaron durante el reinado de Antonino Pío (138-161 d. C.), de nuevo en forma de enviados de Bactria y de la India (Aur. Vict. XV, 4). Incluso una fuente tan bien informada como el autor del *Periplo del mar Eritreo* se refería al Imperio kushán como «bactrianos».

95. Hacer un recuento de todos los conquistadores que atravesaron este paso, casi siempre hacia Oriente, implica resumir 2.500 años de historia de Asia Central y de la India en una nota al pie. Veamos qué se puede hacer. Es posible que esta fuera la ruta utilizada por los ejércitos de Darío I cuando, en torno al año 517 a. C., conquistaron la región de Gandhara y la cuenca alta del Indo. También es probable que las tropas de Alejandro atravesaran el paso en los prolegómenos de su campaña india, durante la primavera del 327 a. C. En el 305 a. C., tras la muerte del rey macedonio, Seleuco I Nicátor trató de incorporar el norte de la India al Imperio seléucida y marchó sobre el valle del Indo atravesando, una vez más, el paso Jáiber. Las tropas de Seleuco fueron derrotadas por el formidable Imperio maurya, la primera gran construcción política que gobernó sobre una India unificada. Un siglo después, en el 190 a. C., fueron las gentes del reino grecobactriano las que recorrieron el desfiladero para apoderarse del valle del Indo. Y, apenas unas décadas más tarde, el camino fue recorrido por los yuezhi para hacerse con los restos del reino grecobactriano y fundar el Imperio kushán, dueño de estas regiones en los albores de la Ruta de la Seda. Ya en época medieval, en 1221, Gengis Kan cruzó el paso en persecución del último príncipe del Imperio jorasmio, y en 1398, Tamerlán, el fundador del Imperio timúrida, utilizó el desfiladero para adentrarse en el norte de la India y saquear la ciudad de Delhi. Esta fue la ruta que debió de seguir, a comienzos del siglo XVI, el gran Babur, el último de los timúridas, para penetrar en la India y fundar allí el Imperio mogol. Ya en el siglo XIX, el paso jugó un papel importante durante el Gran Juego, el épico enfrentamiento entre Rusia y Gran Bretaña por el control de Asia Central, y fue usado con profusión por las tropas británicas en el transcurso de las guerras afganas. Incluso hoy se puede decir que el paso es, todavía, una frontera «caliente» entre Pakistán y Afganistán. Docherty, P., *The Khyber Pass. A History of Empire and Invasion*, Faber and Faber, Londres, 2007.

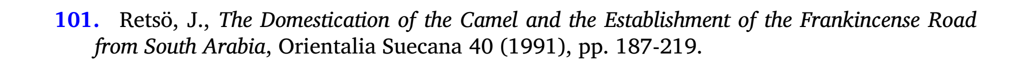
96. Filóstrato *Vit. Apol.*, II, 20.

97. Dion Crisóstomo, 53, 6.

98. Heródoto, *Hist.*, III, 97. 113; Plinio, *N.H.*, XIII, 2.

99. Heródoto *Hist.*, III, 107. 112.

100. Van Beck, G. W., *Frankincense and Myrrh*, The Biblical Archaeologist 23/3 (1960), pp. 69-95.


101. Retsö, J., *The Domestication of the Camel and the Establishment of the Frankincense Road from South Arabia*, Orientalia Suecana 40 (1991), pp. 187-219.

102. Estrabón, *Geog.*, XVI, 4, 4. Plinio, *N.H.*, XII, 32, 63-64. Otra de las ventajas de esta Ruta del Incienso era la flexibilidad del recorrido, propiciada por la convivencia con los viejos intercambios marítimos utilizados desde la Edad de Bronce. Si unos jefes tribales cobraban demasiado peaje en algún valle perdido del corazón del Hedjaz, los mercaderes podían trasladar la carga a un barco y dirigirse a los puertos de Egipto. Si, por el contrario, los piratas del mar Rojo estaban especialmente activos esa temporada, se podía desembarcar la mercancía y transportarla en camello hasta las regiones de Siria-Palestina, Mesopotamia o el delta del Nilo.

103. Plinio, *N.H.,* XII, 32, 59.

104. Estrabón, *Geog.,* XVI, 4, 22 ss.; Plinio, *N. H.*, VI, 32, 160-161, y Cass. Dio, LIII, 29, 33. El emperador Augusto estaba tan orgulloso de la campaña (a pesar de sus escasos resultados, como veremos) que consideró conveniente mencionarla también en el relato que realizó de los logros de su reinado: *Res Gestae Divi Augusti* (5, 26). Sobre la expedición: Sidebotham, S., *Aelius Gallus and Arabia*, Latomus 45/3 (1986), pp. 590-602. Pina Polo, F., *El Periplo del mar Eritreo y la presencia romana en el Índico*, en VV. AA. (eds.), *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*, Universidad, Barcelona, 2010, pp. 101-114.

105. Horacio se dirigía así a uno de sus amigos, llamado Iccio, que iba a incorporarse a la expedición: «¿Envidias ahora, Iccio, los bienaventurados tesoros de los árabes, y una dura campaña preparas contra los nunca vencidos reyes de Sabea, y engarzas cadenas destinadas al terrible medo? ¿Qué bárbara doncella, muerto su prometido en el combate, habrá de ser tu esclava? ¿A qué muchacho de la corte pondrás a manejar el cazo, con el pelo empapado de perfumes, después de que aprendiera a lanzar las saetas con el arco que fuera de su padre?» (*Odas*, I, 29).

106. Las autoridades romanas esperaron dos décadas para cobrarse la venganza. Tras la muerte de Obodas II, en el 9 a. C., Sileo se negó a reconocer al nuevo monarca, seguramente porque aspiraba a ocupar el trono, y tuvo el cuajo de viajar a Roma para pedir la destitución del soberano. Fue entonces cuando el enojo de los romanos, largamente contenido, cayó sobre él: al llegar a la capital del Imperio, Sileo fue arrestado y, poco después, decapitado sin contemplaciones.

107. Rolle, R., *The World of the Scythians*, Universidad, Berkeley-Los Ángeles, 1989. Y Brosseder, U., *A Study on the Complexity and Dynamics of Interaction and Exchange in Late Iron Age Eurasia*, en Bemmann, J. y Schmauder, M., (eds.) *Complexity of Interaction along the Eurasian Steppe Zone in the First Milennium CE*, Universidad, Bonn, 2015, pp. 199-332.

108. Her. *Hist.*, IV, 46 ss.

109. El volumen de las exportaciones del mar Negro llegó a ser impresionante. En el 360 a. C., solo el Reino del Bósforo envió a Atenas un cargamento de cereales suficiente para paliar el hambre que asediaba la ciudad, proporcionando alimento a más de 200.000 personas durante un año. McLaughlin, R., *The Roman Empire and the Silk Routes*, Pen & Sword, Barnsley, 2016.

110. Her. *Hist.*, IV, 71.

111. Vid. Coulston, J. C. N., *The ‘draco’ standard, JRMES* 2 (1991), pp. 101-114.

112. En el 51 a. C., por ejemplo, los emperadores Han entregaron a los xiongnu 8.000 piezas de tela y 6.000 madejas de hilo de seda. El 1 a. C. entregaron 30.000 piezas de tela y 30.000 madejas. Zuchowska, M., *From China to Palmira. The Value of Silk*, Swiatowit 11 (2013), pp. 133-154.

113. Str. *Geog.*, XI, 5, 8.

114. Este río se secó en el siglo XVII, aunque el lago Sariqamish todavía recibe algo de agua de un canal del Oxus. En cualquier caso, el Sariqamish, que tiene muy poco calado, varía considerablemente su profundidad según la estación y las necesidades de los regadíos, y hay temporadas en las que queda reducido a una extensión de matojos y tierra agrietada.

115. Vid. Vainker, S., *Chinese Silk. A Cultural History*, The British Museum Press, 2004. Y Hildebrandt, B., *Silk. Trade and Exchange along the Silk Roads between Rome and China in Antiquity*, Oxbow, Oxford & Filadelfia, 2017.

116. Hansen, V., *Silk Road. A New History*, Oxford, Nueva York, 2012.

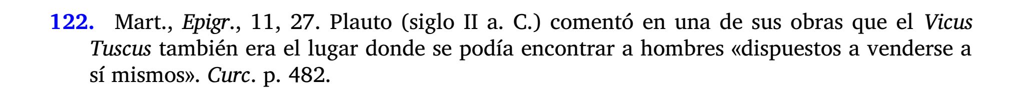
117. La tumba ha despertado un interés especial porque parece que pertenecía a la familia de Alcibíades, el político ateniense con más desparpajo y menos escrúpulos (a pesar de la competencia) del siglo V a. C. Después de cambiar varias veces de bando, Alcibíades acabó su carrera como aliado del Imperio persa aqueménida, lo que garantizó a su familia buenas conexiones con Oriente y, quién sabe, tal vez acceso a mercancías de lujo como la seda china. Barber, E. J. W., *Prehistoric Textiles. The Development of Cloth in the Neolithic and Bronze Ages*, Princeton University Press, 1991.

118. *Historia Animalium* V, 19.

119. Plin., *N. H.*, XI, 26, 7.

120. Floro, I, 46, 11, 8.

121. Propercio (*ca.* 47-14 a. C.), un poeta cercano al círculo de Augusto, se sentía «inspirado» cuando veía a su amada aparecer vestida con telas de Cos, pero también cuando la contemplaba brillar en lo que él llamaba las «sedas de Arabia», a las que probablemente daba ese apelativo porque provenían del comercio con el mar Rojo y el océano Índico, *Elegías*, II, 1. 3. Horacio (65-8 a. C.) mencionaba a los *seres*, esto es, a los productores de seda, junto a los indios (*Carm*. 1, 12, 53-57), como si la tela proviniera del subcontinente.


122. Mart., *Epigr.*, 11, 27. Plauto (siglo II a. C.) comentó en una de sus obras que el *Vicus Tuscus* también era el lugar donde se podía encontrar a hombres «dispuestos a venderse a sí mismos». *Curc*. p. 482.

123. La norma debía acompañarse de otras disposiciones relacionadas con el lujo, como la de prohibir que las vajillas fueran de oro macizo. Sin embargo, otros miembros de la curia se opusieron, argumentando que, dado que el imperio era entonces más rico, era natural que esa abundancia se reflejara también en sus gobernantes. Por algún motivo, la mayor parte de los senadores empatizaron con esta segunda afirmación, y los defensores de la austeridad fueron derrotados, Tac., *Ann.*, II, 33, Sta., *Sil.*, V, 1, pp. 60-63.

124. Suetonio, *Cal.*, 52.

125. Sen. *De Ben.*, VII, 9. A otros este particular les parecía una ventaja. Horacio señalaba que el uso de seda por parte de las prostitutas permitía a los clientes descartar aquellas que tuvieran algún defecto físico, al quedar estos claramente expuestos por la liviandad del tejido.

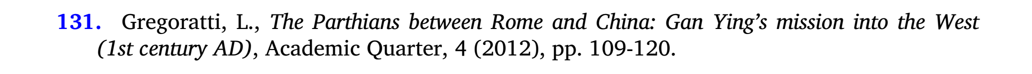
126. H. A., *Marc. Aurel.*, 17. 45.

127. Plin., *N. H.*, XII, 84. La cifra puede parecer excesiva, pero es coherente con otros datos disponibles sobre el comercio de bienes de lujo entre el Imperio romano y Oriente. Al hablar de la Ruta de la Seda marítima se hizo referencia al papiro Muziris, un documento del siglo II d. C. que recogía las condiciones de un préstamo para financiar una expedición comercial entre Alejandría y la ciudad india del mismo nombre. Solo para hacer frente a los costes de esta empresa, sobre todo la compra de pimienta de la India, se movilizaron unos 7 millones de sestercios. Por establecer una comparación con los ingresos de un ciudadano romano, la renta per cápita media anual se ha calculado en algo menos de 400 sestercios. Para formar parte de la élite senatorial del imperio bastaba con acreditar ingresos anuales de un millón de sestercios, y no eran pocas las familias patricias que tenían dificultades para reunir esa cantidad. Duncan-Jones, R., *Money and Government in the Roman Empire*, Cambridge University Press, 1998.

128. Virg., *Georg.*, II, 124-125. Str., *Geogr.*, XV, I, 20. Plin., *N. H.*, XXIII, 79. Paus., VI, 26, 6.

129. Plinio, *N. H.*, VI, 21. 58. En época de Augusto causó sensación una embajada india, de la que formaba parte un asceta llamado Zarmanochegas, que se hizo quemar vivo en Atenas para espanto y admiración de la ciudadanía. Sorprendentemente, no era la primera vez que pasaba una cosa así. En tiempos de Alejandro había vivido cierto Calano, un brahmán que abandonó su tierra y se incorporó a la expedición alejandrina. Cerca de la ciudad de Susa, en la cara occidental de los Zagros, Calano sintió que sus días habían llegado a su fin y pidió que le dispusieran una pira funeraria. Llegado el momento, y después de haber celebrado sus exequias, dejó que las llamas le consumieran mientras permanecía impasible ante la atónita mirada de Alejandro y su séquito, Estrabón, XV, I, 64-68.

130. Fan Ye, *Hou Hanshu,* c. 88, 2919.


131. Gregoratti, L., *The Parthians between Rome and China: Gan Ying's mission into the West (1st century AD)*, Academic Quarter, 4 (2012), pp. 109-120.

132. Hoppál, K., *The Roman Empire according to the Ancient Chinese Sources*, Acta Ant. Hung. 51 (2011), pp. 263-305. Kolb, A. y Speidel, M., *Imperial Rome and China: Communication and Information Transmission*, en Elizalde, M. A. y Jianlang, W., *China's Development from a Global Perspective*, Cambridge Scholars Publishing, 2017, pp. 28-56.

133. Ptol. *Geog.*, I, 12, 7. Sánchez Hernández, J. P., *Oriente y Occidente en la Antigüedad Clásica*, Síntesis, Madrid, 2019.

134. Dado que la sericultura ya estaba extendida entre los reinos de la cuenca del Tarim, se ha considerado la posibilidad de que Ptolomeo mantuviera el viejo etnónimo *seres* para referirse a estos reinos-oasis productores de seda, y reservara el topónimo Sinae para el Imperio Han. Bernard, P., *De l'Euphrate à la Chine avec la caravane de Maès Titianos (c. 100 ap. n. è)*, Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres 149/3 (2005), pp. 929-969.

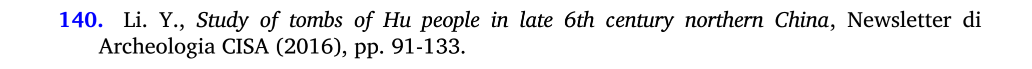
135. Fan Ye, *op. cit.*, 118, 5ª.

136. *Hist.* XXIII, 6. Amiano Marcelino (*ca.* 325-400 d. C.) explicaba que los *seres* ocupaban un territorio que se encontraba entre el de los escitas y el de los indios, que estaba rodeado de estepas y montañas, y que se alcanzaba después de recorrer un largo camino que pasaba por la célebre Torre de Piedra. Que los *seres* eran gentes pacíficas, que solo aspiraban a llevar una vida tranquila y reservada, disfrutando de los dones de la naturaleza, y que obtenían su preciada seda, una vez más, de los árboles.

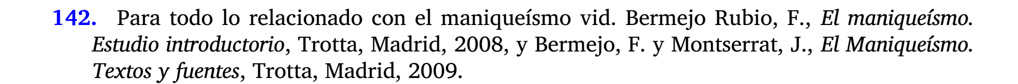
137. Los principios del taoísmo y del confucianismo fueron establecidos por los dos filósofos más importantes de China: Lao Tsé, «el Viejo Maestro», y Confucio. La primera fuente histórica que recogió la existencia de Lao Tsé fue el *Shiji* de Sima Qian (145-90 a. C.). El historiador de la dinastía Han reconocía, con cierto estupor, que, a pesar de la importancia del personaje, era muy poco lo que se sabía, y nada lo que podía afirmarse con certeza. Ni siquiera se puede ubicar a Lao Tsé cronológicamente, porque la tradición aseguraba que había vivido en el siglo VI a. C., pero los investigadores creen que es posible retrasar su nacimiento hasta el IV a. C. Preciado, I., *Lao Zi: el libro del Tao*, Alfaguara, Madrid, 1978. La biografía de Confucio, en cambio, sí que se conoce con cierto detalle. Vivió entre el 551 y el 479 a. C. Durante su juventud desempeñó puestos de carácter administrativo, al tiempo que comenzaba a difundir sus enseñanzas, basadas en la rectitud del comportamiento y la nobleza del espíritu. Su cercanía al poder puso a Confucio en contacto con las dificultades del arte de gobernar a los hombres, y gran parte de su filosofía se centraba en proporcionar los medios para obtener un gobierno justo y una sociedad próspera. Por este motivo, sus enseñanzas fueron recogidas por los emperadores Han, y se convirtieron en el fundamento de la moral china durante los siguientes dos mil años.

138. Fairbank, J. K. y Goldman, M., *China: A New History,* Harvard University Press, Cambridge/Londres, 2006.


139. De la Vaissière, E., *Central Asia and the Silk Road*, en Johnson, S., (ed.) *Oxford Handbook of Late Antiquity*, Oxford University Press, 2012, pp. 142-169.


140. Li. Y., *Study of tombs of Hu people in late 6th century northern China*, Newsletter di Archeologia CISA (2016), pp. 91-133.

141. Esta curiosa historia aparece en el *Acta Archelai*, el primer escrito cristiano en contra de los maniqueos, redactado a mediados del siglo IV por cierto Hegemonio, cristiano de Mesopotamia. La afición a la levitación de los maestros de Mani, sin duda exagerada, parece ser una referencia malintencionada a Simón, el famoso mago herético mencionado en los Hechos de los Apóstoles, que también perdió la vida tratando de mostrar sus poderes voladores. Spät, E., *The «Teachers» of Mani in the «Acta Archelai» and Simon Magus*, Vigiliae Christianae 58/1 (2004), pp. 1-23.


142. Para todo lo relacionado con el maniqueísmo vid. Bermejo Rubio, F., *El maniqueísmo. Estudio introductorio*, Trotta, Madrid, 2008, y Bermejo, F. y Montserrat, J., *El Maniqueísmo. Textos y fuentes*, Trotta, Madrid, 2009.

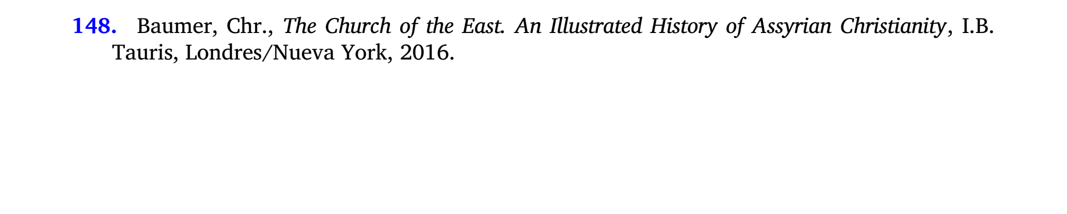
143. Kim, H. J. y Lieu, S. N. C., *Nestorian Christians and Manicheans as links between Rome and China*, en VV. AA., (eds.) *Rome and China: Points of Contact*, Routledge, 2021, pp. 80-107.

144. A pesar de todo, el maniqueísmo sí disfrutó de cierta difusión en el Imperio romano. En aquellos tiempos de inestabilidad política eran muchos los que se sentían atraídos por estas nuevas creencias llegadas de Oriente. San Agustín (354-430), por ejemplo, abrazó el maniqueísmo antes de convertirse a la fe cristiana, y dedicó un tratado a sus antiguos correligionarios en el que intentaba mostrarles lo errado de sus convicciones: *De Moribus Manichaeorum* (Las costumbres de los maniqueos). Pero, ya a finales del siglo III, Diocleciano (284-305) ordenó ejecutar a los líderes maniqueos, quemar sus libros sagrados y confiscar sus bienes. Las persecuciones fueron eficaces, y a partir del siglo VI, el maniqueísmo había sido prácticamente extirpado de las costas del Mediterráneo. Brown, P., *The Diffusion of Manichaeism in the Roman Empire*, The Journal of Roman Studies, 59 (1969), pp. 92–103. Y Klimkeit, H. J., *Manichaeism and Nestorian Christianity*, en *History of civilizations of Central Asia. The Age of achievement, A.D. 750 to the end of the fifteenth century*, Unesco, 2000, pp. 69-81.

145. Los coptos, los cristianos de Egipto, todavía son mayoritariamente monofisitas. Orlandis, J., *Historia de la Iglesia. I. La Iglesia Antigua y Medieval*, Palabra, Madrid, 1998.

146. La Iglesia de Oriente aceptó las conclusiones del Concilio de Nicea y las del de Calcedonia, pero las buenas relaciones con los nestorianos han conducido a una cierta confusión entre unos y otros, y a utilizar de forma generalizada (y errónea) el calificativo de «nestoriana» para referirse a la Iglesia Cristiana de Oriente. Brock, S. P., *The Nestorian Church: a lamentable Misnomer*, Bulletin of the John Rylands Library 78 (1996), pp. 23-35. Y Soto Chica, J., *La Crónica del 640 y el Concilio de Ctesifonte de 621*, Collectanea Christiana Orientalia 9 (2012), pp. 155-178.

147. Las *Actas de santo Tomás*, redactadas en torno al año 200, aseguraban que la expansión del cristianismo por el subcontinente indio se debía a la prédica del apóstol santo Tomás, que habría visitado esas regiones antes de ser martirizado en el 72. Se desconoce la veracidad de estas afirmaciones, pero sí que hay testimonios de la presencia de cristianos a finales del siglo II y comienzos del siglo III.



148. Baumer, Chr., *The Church of the East. An Illustrated History of Assyrian Christianity*, I.B. Tauris, Londres/Nueva York, 2016.

149. Los monarcas de Aksum se esforzaron por mantener buenas relaciones con el Imperio bizantino, del que se convirtieron en un aliado leal. Sin embargo, el mundo de las embajadas estaba muy competido y cada vez era más difícil enviar regalos capaces de impresionar. A mediados del siglo IV y, de nuevo, en el 457, el rey de Aksum se las ingenió para mandar al emperador bizantino una jirafa. Solo podemos imaginar los esfuerzos que hicieron falta para capturar al animal y llevarlo, vivo, hasta las costas del Mediterráneo. Desafortunadamente, para los aksumitas, apenas unos años después, en el 496, un rey indio mandó a Constantinopla no una, sino dos jirafas, y, además, de propina, un elefante. Becker, A., *La girafe et la clepsydre. Offrir des cadeaux diplomatiques dans l'Antiquité tardive*, Monde(s) 5 (2014), pp. 27-42.

150. Ya en época medieval, los reyes etíopes presumirían de ser herederos de la reina de Saba. La soberana, aseguraban, había tenido un hijo con el rey Salomón, y el joven, de visita en Jerusalén para conocer a su padre, habría terminado apoderándose, casi de forma accidental, del Arca de la Alianza. La reliquia todavía se conserva, con un celo equivalente a su valor, en una iglesia etíope.

151. McCrindle, J. W., (trad.) *The Christian Topography of Cosmas, an Egyptian Monk. Translated from the Greek, and Edited with Notes and Introduction*, Cambridge University Press, 2010.

152. Este relato fue recogido por Procopio de Cesarea (*ca.* 500-560), el gran historiador del reinado de Justiniano, *De Bello Gotico*, IV, 17. En esta obra, como en otras que compuso a lo largo del reinado, Procopio se deshizo en elogios hacia el emperador y su esposa, la emperatriz Teodora. Sin embargo, mientras tanto, discretamente, estaba redactando un relato alternativo, la *Historia secreta*, en el que describía a los monarcas como seres diabólicos, envilecidos por todo tipo de vicios y perversiones. Fue en la *Historia secreta*, 25, donde Procopio culpó a Justiniano de la escasez de seda por su torpe intento de poner un tope al precio de venta. Por otro lado, un autor de la segunda mitad del siglo VI, Teófanes de Bizancio, atribuyó el mérito de la llegada de la sericultura al Imperio bizantino no a unos monjes, sino a un mercader persa: Müller, Th., *The Fragmenta Historicorum Graecorum,* IV, 270. El cambio es interesante, porque es posible que para entonces los persas ya hubieran descubierto el secreto de la seda.

153. Oikonomides, N., *Silk Trade and Production in Byzantium from the Sixth to the Ninth Century: The Seals of Kommerkiarioi*, Dumbarton Oaks Papers 40 (1986), pp. 33-53.

154. Muthesius, A. M., *Silk, Power and Diplomacy in Byzantium*, Textile Society of America Symposium Proceedings 580 (1992), pp. 99-110. Y Feltham, H., *Justinian and the International Silk Trade*, Sino-Platonic Papers 194 (2009), pp. 1-40. En Aquisgrán, el cadáver de Carlomagno fue envuelto en un manto de seda púrpura que había sido tejido en Constantinopla, y cuya elaboración había sido supervisada por un eunuco del emperador bizantino. Siglo y medio después (968-969) tuvo lugar la embajada de Liutprando de Cremona, enviado a Constantinopla para conseguir la mano de la princesa Ana para el príncipe Otón, futuro emperador de Sacro Imperio. Es posible que Liutprando, fervorosamente antibizantino, no fuera la mejor elección para encabezar una misión diplomática. Describía al emperador oriental, Nicéforo II Focas (963-969), como «un hombre monstruoso, enano, con la cabeza demasiado grande y pequeños ojos de topo, desfigurado por una barba corta y medio gris, desgraciado por un cuello demasiado corto, semejante a un cerdo por las grandes cerdas de su cabeza, moreno como un etíope, y alguien a quien no querrías encontrarte de noche. Barrigón, culiflaco, piernicorto y de pies grandes, que vestía una túnica lujosa pero vieja, descolorida y maloliente. Un zorro por su naturaleza y un Ulises por su gusto por el perjurio y la mentira». Los nobles bizantinos y el resto de Constantinopla no le causaron mejor impresión. De los aristócratas decía que llevaban túnicas que les quedaban grandes y que eran tan viejas que no había uno que tuviera un abuelo que hubiera poseído una nueva. La comida era mala, aceitosa y condimentada en exceso. El vino era agua sucia. Las camas, duras como el mármol. Las almohadas, de piedra. Los tejados no protegían ni del frío ni del calor. De hecho, la embajada iba tan mal, y las condiciones le parecían tan espantosas, que Liutprando asegura que se le apareció la Virgen para tranquilizarlo. Pero cuando llegó el ansiado momento de la partida, tuvo lugar una última humillación. Se advirtió a Liutprando de que las autoridades sabían que había comprado algunos mantos de seda, y los funcionarios bizantinos debían revisar su equipaje. Aquellos rollos de tela que fueran adecuados para el embajador serían marcados con un sello, pero si se hallaba entre ellos alguno de la mejor calidad, de los que estaban reservados para los bizantinos, le serían confiscados y se le devolvería el dinero de la compra. Efectivamente, Liutprando llevaba cinco espléndidos pedazos de seda púrpura cuya exportación estaba vedada. El embajador protestó diciendo que había obtenido permiso del emperador para comprar telas para la Iglesia, pero le respondieron que, aun así, aquellos tejidos estaban prohibidos a los occidentales. Para colmo, Liutprando todavía escuchó a los bizantinos decir que, dado que ellos superaban al resto de naciones en riqueza y sabiduría, también era lógico que las dominaran en el vestido. Al final, el indignado embajador no tuvo más remedio que marcharse, refunfuñando y asegurando que los bizantinos eran gente de la que uno no se podía fiar. Liutprando de Cremona, *De Legatione Constantinopolitana*, cap. 53, ss.

155. El gusto de Ashoka por los epítetos ha estado a punto de condenarlo al olvido. Sobrenombres compartidos con otros gobernantes ocultaron su identidad, y los investigadores lo han confundido con otros reyes. Solo a comienzos del siglo XX los historiadores consiguieron rescatar al monarca de la maraña de epítetos y definir los aspectos principales de su biografía. El redescubrimiento se produjo en el momento oportuno: tras la independencia de la India, Ashoka se convirtió en uno de los emblemas del nuevo Estado. Los símbolos que utilizó en sus famosos pilares: la rueda (chakra), los cuatro leones…, se incorporaron a la bandera nacional, a las monedas y a los escudos, y los logros de su reinado se reivindicaron como un elemento diferenciador de la nación india.

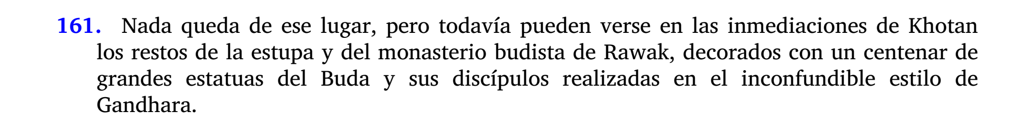
156. Rodríguez Adrados, F., (trad.) *Ashoka. Edictos de la Ley Sagrada*, Edhasa, Barcelona, 1987. Y Román López, Mª T., *Ashoka, el gran soberano del Imperio maurya*, Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Mundo Antiguo 13 (2000), pp. 125-140.

157. Sánchez Hernández, J. P., *Oriente y Occidente en la Antigüedad Clásica*, Madrid, Síntesis, 2019.

158. Los supuestos diálogos mantenidos entre el monarca y el religioso se conservan en una obra de la filosofía budista titulada *Milindapanha*, datada entre el siglo II a. C. y el V d. C. Sick, D. H., *When Socrates Met the Buddha: Greek and Indian Dialectic in Hellenistic Bactria and India*, Journal of the Royal Asiatic Society, 17/3 (2007), pp. 253-278.

159. Asegura la tradición que, a su muerte, el cuerpo del príncipe Siddhartha fue incinerado y que sus cenizas se dividieron en ocho partes y se depositaron en ocho túmulos desperdigados por el norte de la India. Tras su conversión, Ashoka habría ordenado recuperar esas reliquias y distribuirlas en 84.000 nuevas estupas repartidas por todo el subcontinente indio, para que fueran accesibles a toda la población. Se consideraba que los restos físicos del príncipe Siddhartha y de otros que, como él, se habían convertido en Buda, poseían un poder «iluminador», y que bastaba la mera cercanía al lugar donde se encontraban para beneficiarse de su fuerza y acercarse al nirvana. Por eso, la construcción de estupas y el culto a las reliquias del Buda se convirtieron en dos de los principales elementos de la práctica del budismo.

160. Higuchi, T. y Barnes, G., *Bamiyan: Buddhist Cave Temples in Afghanistan*, World Archaeology. Buddhist Archaeology 27/2 (1995), pp. 282-302. Bamiyán albergó un santuario budista hasta el siglo X, cuando el valle cayó en manos musulmanas. Pero, aunque quedaron abandonados, los monasterios y las estatuas no fueron objeto de ninguna destrucción deliberada durante más de mil años. Fue la llegada al poder de los talibanes, a comienzos del siglo XXI, lo que condenó el lugar. En marzo del 2001, las dos grandes estatuas del Buda fueron voladas y las pinturas de las cuevas borradas sistemáticamente hasta eliminar cualquier rastro de figura humana. Esculturas, frescos y otros restos de valor incalculable se perdieron para siempre.



161. Nada queda de ese lugar, pero todavía pueden verse en las inmediaciones de Khotan los restos de la estupa y del monasterio budista de Rawak, decorados con un centenar de grandes estatuas del Buda y sus discípulos realizadas en el inconfundible estilo de Gandhara.

162. La leyenda de la princesa y los gusanos de seda fue recogida por un monje chino que viajó a la India, Xuanzang, del que se hablará con detalle más adelante. En Dandan Oilik, en el desierto de Taklamakán, a unos 130 kilómetros al noreste de Khotan, no lejos del centro de exportación de jade del oasis, Aurel Stein encontró un pequeño panel de madera que hoy se conserva en el Museo Británico. La pintura representaba a la princesa que sacó los gusanos de seda fuera de China, junto a algunos de los utensilios utilizados en la obtención del hilo y una figura de una diosa de la seda.

163. Hansen, V., *Religious life in a Silk Road Community: Niya during the Third and Fourth Centuries*, en Lagerwey J., (ed.) *Religion and Chinese Society. Vol. I*, Chinese University Press & École Française d'Extrême Orient, 2004, pp. 279-315.

164. Xinjiang, R., *Land Route or Sea Route? Commentary on the Study of the Paths of Transmission and Areas in which Buddhism Was Disseminated during the Han Period*, Sino-Platonic Papers 144 (2004), pp. 1-32.

165. El propósito original de la cámara y la fecha de su sellado son todavía objeto de controversia. Es seguro que la habitación guardaba relación con un monje llamado Hong Bian, que vivió en el siglo IX: una de las paredes de la estancia estaba decorada con una estatua del clérigo y a su lado apareció una inscripción con su nombre. Algunos autores piensan que esta debió de ser la cámara donde Hong Bian meditaba y que, después de su muerte, sus discípulos colocaron la estatua en su memoria. Sin embargo, esto no explica su uso como almacén de documentos. La teoría más extendida apunta al cercano Monasterio de los Tres Reinos, porque muchos de los manuscritos pertenecían a esta institución. Tal vez la habitación se empleó como biblioteca del monasterio. Por último, la mayor parte de los autores piensa que la cueva se selló a comienzos del siglo XI: Rong, X., *The nature of the Dunhuang Library Cave and the Reason for its Sealing*, Cahiers d'Extrême-Asie 11, Nouvelles études de Dunhuang: Centenaire de l'École française d'Extrême-Orient (1999-2000), pp. 247-275. Sin embargo, hay otros que proponen una fecha más tardía, a comienzos del siglo XIII: Huntington, J. C., *A Note on Dunhuang Cave 17, «The Library», or Hong Bian's Reliquary Chamber*, Ars Orientalis 16 (1986), pp. 93-101.

166. Los más benévolos consideran el expolio de manuscritos y de obras de arte de los santuarios budistas de Dunhuang y el Tarim un episodio polémico; los más críticos piensan que se trató de un comportamiento vergonzoso. Apenas unos años después de la visita de Stein se extendió la idea de que la mejor forma de proceder era mantener los hallazgos en su lugar de origen, pero para entonces muchas antigüedades habían abandonado China para acabar en manos de instituciones, de coleccionistas privados o en el mercado negro. Hopkirk, P., *Demonios extranjeros en la Ruta de la Seda*, Laertes, 1997.

167. Entre los tesoros que Stein se llevó de las Cuevas de los Mil Budas, uno de los más renombrados es la *Sutra del diamante*. Su valor no se debe a la originalidad del texto: se trata de un documento muy conocido, del que existen varias versiones. Sin embargo, la copia que se encontró en Dunhuang había sido realizada empleando planchas de madera para estampar el texto sobre la superficie de siete folios de papel unidos por los bordes. El documento conservaba la fecha: el 11 de mayo del año 868, lo que lo convertía en el «libro impreso» más antiguo del mundo; y dado que incluía también el nombre de la persona que lo encargó, en el primer editor conocido de la historia.

168. Binglin, Z. y Yingchun, W., *Infractions of moral precepts by monks and nuns in the Buddhist community of Dunhuang during the late-Tang and Five Dynasties period - The case of alcohol drinking*, Chinese Studies in History, 53/3 (2020), pp. 281-305.

169. Chunwen, H., *The Social Life of Buddhist Monks and Nuns in Dunhuang during the Late Tang, Five Dynasties, and Early Song*, Asia Major 23/2 (2010), pp. 77-95. Estas mujeres no siempre entraban en el cenobio por vocación. Algunas habían perdido a su familia, y el monasterio les ofrecía un entorno seguro para vivir. Otras habían enviudado y querían evitar un segundo matrimonio no deseado. Incluso había féminas con inquietudes intelectuales que encontraban en la vida monástica un medio para poder consagrarse al estudio, y hay casos de monjas budistas que se hicieron célebres como escritoras, vid. Marco Martínez, Mª. C., y Sevillano-López, D., *La inscripción de la escultura de Maitreya hecha por Han Xiaohua*, Boletín del Archivo Epigráfico, 6 (2020), pp. 20-32.

170. Aunque se trataba de un objeto supuestamente utilizado por el príncipe Siddhartha, la verdad es que es poco probable que hubiera podido recorrer los caminos con él, porque el cuenco de Buda que contempló Faxian estaba hecho de granito, tenía un diámetro de casi dos metros y pesaba más de 350 kilos; esto explicaría las dificultades de los elefantes para moverlo. La reliquia permaneció en la región de Peshawar durante siglos, pero tras la conquista musulmana los nuevos dueños del territorio se lo llevaron como trofeo. Al final, parece que terminó en Afganistán, en el museo nacional de Kabul. Después de la llegada de los talibanes al poder se ordenó la destrucción de todos los artefactos budistas del país, pero, por fortuna, alguno de los señores que poseyeron el cuenco de Buda en el pasado había tenido la idea de grabar en su superficie una inscripción de seis líneas en persa, probablemente con versos del Corán. Esa circunstancia salvó el objeto, que todavía se encuentra en el museo nacional de la capital afgana.

171. La cueva se encontraba en la actual Jalalabad, en el noreste de Afganistán, muy cerca del paso Jáiber.

172. Ramírez Bellerín, L., (trad.) *El viaje de Faxian*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.

173. Clauson, G., *Turks and Wolves*, Studia Orientalia 28/2 (1964), pp. 2-22. Y Golden, P. B., *The Ethnogonic Tales of the Türks*, The Medieval History Journal 21/2 (2018), pp. 291-327. El lobo es hoy uno de los emblemas del nacionalismo turco. La organización más radical entre los simpatizantes del panturquismo recibe el nombre de Lobos Grises, y representaciones de un lobo o gestos que imitan la cabeza de uno de estos animales pueden verse con frecuencia en las manifestaciones de los nacionalistas turcos.

174. A este período pertenecen los murales de la ciudad sogdiana de Panjikent, a los pies de las montañas que separaban Sogdiana de Bactria, hoy en Tayikistán. Los frescos eran una buena prueba del multiculturalismo imperante en estos oasis de Asia. En las pinturas podían verse a jinetes turcos de largas trenzas acompañados de refinados nobles sogdianos, de mercaderes árabes o de héroes de la Persia sasánida, rodeados de divinidades hindúes o zoroástricas, pero también de extraños dioses locales, todos realizados en un estilo particularísimo que combinaba las influencias helenísticas con el arte persa sasánida y elementos propios de la cultura india. Azarpay, G., *Sogdian Painting. The pictorial Epic in Orienal Art*, University of California Press, Berkeley/Los Ángeles/ Londres, 1981. Y De la Vaissière, E., *Central Asia and the Silk Road*, en Johnson, S., (ed.) *Oxford Handbook of Late Antiquity*, Oxford University Press, 2012, pp. 142-169.

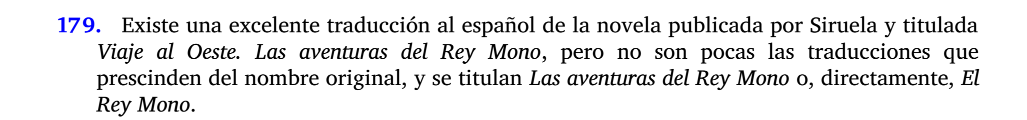


175. Klyashtorny, S. G., y Sinor, D., *The Türk Empire*, en *History of civilizations of Central Asia. The crossroads of civilizations: A. D. 250 to 750*, Unesco, 2000, pp. 321-342.

176. Hansen, V., *The Open Empire. A History of China to 1600*, W. W. Norton & Company, Nueva York / Londres, 2000.

177. Al igual que Faxian, Xuanzang visitó los cuatro santuarios relacionados con la vida del Buda: el lugar de su nacimiento, el paraje donde alcanzó el nirvana, la ciudad en la que dio su primer sermón y el punto donde encontró la muerte. También recorrió algunos enclaves secundarios, como la cueva donde había dejado su sombra, cuya visita le resultó especialmente conmovedora. El paraje se encontraba en una montaña de difícil acceso, así que el monje tuvo que acercarse solo a la caverna. Por el camino se topó con unos bandidos, pero les convenció para que le acompañaran hasta el interior de la gruta. El guardián del santuario le indicó que la sombra del Buda solo era visible desde un punto concreto: había que caminar hasta el fondo, tocar la pared de la cueva y retroceder cincuenta pasos. Al llegar al sitio indicado, Xuanzang, embargado por la emoción, hizo un centenar de profundas reverencias, abrió los ojos y… no vio nada más que una profunda oscuridad. Este fracaso inicial no le desanimó; él sabía mejor que nadie que el camino de la iluminación era largo y estaba repleto de pruebas. Recitó oraciones, se arrodilló en el suelo e hizo voto de no abandonar aquel sitio hasta haber contemplado el prodigio. En ese momento la cueva se inundó de luz y la figura del Iluminado se proyectó nítida sobre la pared. Su cuerpo y sus ropajes eran de color anaranjado y estaba rodeado de otros budas, de *bodhisattvas* y de monjes, todos perfectamente visibles, hasta el mínimo detalle. Xuanzang llamó entonces a los ladrones y al anciano que guardaba la caverna para que quemaran incienso en honor del Iluminado, pero al encender fuego para calentar la resina, la imagen desapareció. La cueva volvió a quedar a oscuras y en un silencio roto solo por los sollozos de los ladrones, que, conmovidos por la visión, arrojaron sus espadas y juraron abandonar para siempre su vida criminal.

178. Rongxi, L., (trad.) *The Great Tang Dynasty Record of the Western Regions*, BDK, 1996; Waley, A., *The Real Tripitaka and Other Pieces*, 1952; Wriggins, S. H., *The Silk Road Journey with Xuanzang*, Westview Press, 2004, y De la Vaissière, E., *Note sur la chronologie du voyage de Xuanzang*, Journal Asiatique 298/1 (2010), pp. 157-168.



179. Existe una excelente traducción al español de la novela publicada por Siruela y titulada *Viaje al Oeste. Las aventuras del Rey Mono*, pero no son pocas las traducciones que prescinden del nombre original, y se titulan *Las aventuras del Rey Mono* o, directamente, *El Rey Mono*.

180. El primogénito del emperador Taizong, Li Chengqian, sentía tal fascinación por los bárbaros de la estepa que prefería hablar turco en lugar de chino, se hizo construir una imitación de campamento nómada en el terreno del palacio imperial y recibía a las visitas vestido a la manera turca y sentado delante de su tienda, que había hecho coronar con la imagen de una cabeza de lobo. Aun así, el príncipe se las ingenió para que esto no fuera lo más escandaloso de su conducta. Entre sus protegidos se contaban extraños magos taoístas y un joven amante, con el que mantuvo una muy poco discreta relación homosexual. Su padre ordenó que estos amigos «inapropiados» fueran ejecutados, y terminó por apartarlo de la sucesión en beneficio de su hermano Gaozong. Schafer, E. H., *The Golden Peaches of Samarkand*, University of California Press, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 1985.

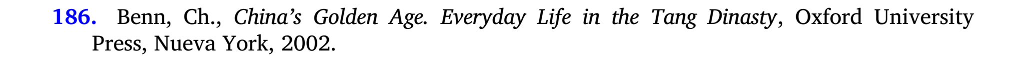
181. Vid. Azarpay, G., *Sogdian Painting. The pictorial Epic in Orienal Art*, University of California Press, Berkeley/Los Ángeles/Londres, 1981. Sobre la interpretación de las pinturas, un asunto todavía disputado, vid. las aportaciones de Etienne de la Vaissière y Markus Mode en *Royal Nauruz in Samarkand: Proceedings of the conference held in Venice on the pre-islamic paintings at Afrasiab*, 2006.

182. Vernet, J., *Los orígenes del islam*, El Acantilado, Barcelona, 2001. Armstrong, K., *El islam*, Debate, Barcelona, 2013. Y Küng, H., *El islam. Historia, presente, futuro*, Trotta, Madrid, 2019.

183. En el 667, los bizantinos volvieron a enviar embajadores con medicinas para el emperador Gaozong, que padecía una extraña enfermedad incapacitante. Sevillano-López, D., *Diplomacia en la Ruta de la Seda: las embajadas bizantinas a China en los siglos VII-VIII*, Estudios Bizantinos 4 (2016), pp. 39-65.

184. La tradición describe con detalle la matanza, que se representa cada año, como si se tratara de un auto sacramental, en muchas comunidades chiitas. Las tropas omeyas se colocaron entre el campamento de Husayn y el Éufrates, impidiéndoles aprovisionarse de agua. Después, los soldados les dieron una última oportunidad de jurar lealtad a Yazid I. Cuando la oferta fue rechazada, cargaron contra los partidarios de Husayn, que apenas pudieron oponer resistencia. El propio Husayn fue uno de los últimos en morir, abatido de un flechazo en el cuello mientras sostenía en brazos a uno de sus hijos. Se cuenta que los soldados le cortaron la cabeza y se la llevaron a un lugarteniente de Yazid I, que la abofeteó, para espanto de los presentes, pues se trataba de un rostro que un día había sido besado por los labios del Profeta. En cualquier caso, la victoria de los omeyas no fue completa. Los chiitas construyeron el sepulcro de Husayn en Kerbala, sobre el lugar de la matanza, y a su alrededor se levantó un santuario. Hoy es el espacio más sagrado del chiismo. Allí se conmemora todos los años la muerte de Husayn con una ceremonia llamada Ashura, en la que devotos llegados de todo el mundo manifiestan su dolor.

185. El relato aparece en el *Shahnameh*, el *Libro de los Reyes*, redactado en torno al año mil. En la narración, dos monjes cristianos rescataron el cuerpo del rey persa del río al que lo había arrojado el molinero y lo quemaron mientras pronunciaban el elogio fúnebre del monarca. Hayes, E., *The Death of Kings: Group Identity and the Tragedy of Nezhād in Ferdowsi's Shahnameh*, Iranian Studies 48 (2015), pp. 369-393.



186. Benn, Ch., *China's Golden Age. Everyday Life in the Tang Dinasty*, Oxford University Press, Nueva York, 2002.

187. Nuestro conocimiento sobre esta primera etapa del cristianismo en China se basa en una inscripción conocida como la «Estela nestoriana de Chang'an», hallada en 1625. A pesar del apelativo de «nestoriana», el monumento no guardaba relación con las enseñanzas de Nestorio, sino con la Iglesia Cristiana de Oriente. El epígrafe está datado en el año 781 y su título podría traducirse más o menos como «Estela de la difusión de la Religión de la Luz en el Imperio del Centro». Estaba escrito en dos idiomas, chino y siríaco, un dialecto del arameo que se había convertido en la lengua de la Iglesia de Oriente, y el autor del texto era un sacerdote llamado Adán (Jingjing, en chino). Además de relatar la llegada del predicador Aluoben en el 635, la inscripción hacía referencia a algunos episodios bíblicos, como la creación del mundo. Curiosamente, este acontecimiento no se describía tal y como lo hacía la teología cristiana, en la que la creación era la manifestación de la voluntad de un dios preexistente a todo, sino de un modo adaptado a la mentalidad oriental, con un dios ordenador que canalizaba una especie de «energía primigenia» para poner orden en el caos inicial. Manifestaciones así habrían sido consideradas heréticas a orillas del Mediterráneo, del mismo modo que levantaron sospechas también, mil años después, los «ritos malabares» que usaron los jesuitas para tratar de hacer comprensible el cristianismo a la particular mentalidad oriental. Degg, M., *The «Brilliant Teaching». The rise and fall of «Nestorianism» (Jingjiao) in Tang China*, Japanese Religions 31/2 (2006), pp. 91-110, y *The «Brilliant Teaching». Iranian Cristians in Tang China and their identity*, Entangled Religions 11 (2020) s.p.

188. Estas mismas fuentes aseguraban que, ya al final de su reinado, la emperatriz sintió un profundo interés por dos hermanastros, y que para animar sus encuentros con ellos tomó tantos afrodisíacos que se le poblaron las cejas y le salieron nuevos dientes. La anécdota, algo exagerada, podría estar inspirada en el hecho de que, en el año 692, cuando ya era una anciana, le salió una muela del juicio, algo que fue interpretado como el indicio de un rejuvenecimiento milagroso.

189. Hansen, V., *The Open Empire. A History of China to 1600*, W.W. Norton & Company, Nueva York / Londres, 2000.

190. Sevillano-López, D., *Crisis y corrupción durante el reinado de la emperatriz Wu Zetian*, Antesteria 5 (2016), pp. 265-283. Y *El Imperio del Deseo. Amor, sexo y crimen durante el reinado de la emperatriz Wu Zetian*, en VV. AA. (eds.) *Eros Imperat. Poder y deseo en la Antigüedad*, Guillermo Escolar, Madrid, 2020, pp. 245-270. Y Clements, J., *Wu: la emperatriz china que intrigó, sedujo y asesinó para convertirse en un dios viviente*, Crítica, Barcelona, 2007.

191. Los cuarenta años de reinado de Xuanzong (712-756) se consideran el momento álgido de la dinastía. Puso fin al lujo excesivo de la corte, quemando los ropajes y las joyas de la familia en el patio del palacio, y fundiendo las vajillas de metales preciosos para pagar a las tropas. Reorganizó la hacienda y acabó con la corrupción y las hambrunas, construyendo grandes graneros imperiales donde se acumulaba cereal comprado a bajo precio durante los años de bonanza para distribuirlo en los momentos de escasez. La ausencia de inflación condujo a la prosperidad económica, y esta convirtió el imperio en un lugar tan seguro que el monarca pudo abolir la pena de muerte. Y, aun así, todos estos logros económicos y sociales palidecen al ser comparados con los artísticos. Durante el reinado de Xuanzong vivieron dos de los mejores poetas de la historia de China: Li Po (701-762) y Tu Fu (712-770), cuyas deliciosas composiciones son un buen reflejo de este momento de esplendor. Dañino, G., (ed. y trad.) *La pagoda blanca. Cien poemas de la dinastía Tang*, Hiperión, Madrid, 2001.

192. Starr, S. F., *Lost Enlightenment. Central Asia's Golden Age from the Arab Conquest to Tamerlane*, Princeton University Press, Princeton/Oxford, 2013.

193. Uno de los principales aliados de los turcos fue Dewashtich, señor de Panjikent (Tayikistán), situada unos 120 kilómetros al este de Samarcanda. La ciudad es célebre por sus espectaculares restos arqueológicos, como las pinturas murales de las que se habló en el capítulo anterior. Cuando los árabes asediaron Panjikent como castigo por haberse aliado con los turcos, Dewashtich abandonó la plaza y se refugió en Monte Mugh, una fortaleza construida en lo alto de una montaña. Confiado en regresar, se llevó consigo parte del archivo capitalino. Sin embargo, lejos de volver a su ciudad, fue derrotado por los musulmanes y crucificado. Los documentos oficiales del monarca y otros escritos propiedad de los que le acompañaban se quedaron en la fortaleza, que fue abandonada. Mil trescientos años después fueron encontrados por unos pastores tayikos, que reportaron el hallazgo a los arqueólogos soviéticos en 1933. El improvisado archivo contenía el grupo más numeroso de documentos sogdianos hallados en la región, y era un auténtico tesoro para la historia de la zona. Curiosamente, algunos estaban escritos en papel, un pequeño lujo proveniente de China que los árabes estaban a punto de convertir en un soporte de escritura popular. Hansen, V., *Silk Road. A New History*, Oxford, Nueva York, 2012.

194. Durante este período se construyó el palacio de los reyes de Bujará en Varakhsha, unos 40 kilómetros al oeste de la ciudad. El edificio fue decorado con unos alegres murales en los que podían verse varias representaciones del Rey del Sur, una figura de la mitología sogdiana, montado en un elefante y cazando animales salvajes, tanto reales como imaginarios. El estilo de las pinturas, como todo en Sogdiana, era a un tiempo originalísimo y fruto de múltiples influencias, entre las que se contaban el arte Tang o la iconografía budista. Sin embargo, en los frescos no se percibe ningún indicio de la presencia del islam en la región. Durante el tiempo que controlaron la ciudad, los gobernantes musulmanes de Bujará tuvieron que ofrecer dinero para que la población se acercara a la mezquita, y casi nadie sabía qué tenía que hacer durante la oración ni entendía la prédica de los clérigos. Naymark A., *Returning to Varakhsha*, The Silk Road Foundation Newsletter, 1/2 (2003), pp. 9-22. Y Whitcom, D., (ed.) *Changing social identity with the spread of islam. Archaeological Perspectives*, The Oriental Institute, Chicago, 2004.

195. El más hermoso de todos los castillos del desierto de Jordania, Qusayr Amra, pudo ser, tal vez, escenario de las diversiones del príncipe. De la vieja fortaleza omeya solo queda la casa de baños, decorada con coloridas pinturas de mujeres desnudas, carreras de burros, animales bailarines y parejas de enamorados. El conjunto estaba presidido por la imagen de un príncipe que recibía el homenaje de todos los grandes señores a los que los omeyas habían derrotado: Rodrigo, caudillo de la Hispania visigoda; el rey de los persas sasánidas, el emperador bizantino, el *negus*, soberano de Etiopía, y dos figuras más, hoy casi indistinguibles, que podrían representar al señor de los turcos celestiales y al emperador de la China Tang, VV. AA. *Qusayr ‘Amra. Residencia y baños omeyas en el desierto de Jordania*, Junta de Andalucía, Granada, 1975.

196. Khazeni, A., *Sky Blue Stone: The Turquoise Trade in World History*, University of California Press, 2014.

197. Solo un joven príncipe omeya consiguió escapar. Abderramán era nieto del califa Hisham, el último de los grandes gobernantes de la dinastía, e hijo de una esclava bereber, que había sido entregada a su padre como concubina. Esta doble ascendencia le salvó la vida. Huyó a uña de caballo de sus perseguidores abasíes y se refugió en la península ibérica. Aquí, la mitad de las tropas musulmanas eran bereberes, que se mostraron dispuestas a seguir a un príncipe que era medio bereber, y la otra mitad, soldados leales a los omeyas, que habían sido enviados, precisamente, para sofocar la revuelta bereber del 740. Gracias al apoyo de los musulmanes de Hispania, Abderramán I (756-788) consiguió instaurar en la península un reino omeya independiente que gobernó el territorio durante casi trescientos años.

198. Donvito, F., *Treacherous auxiliaries: The Battle of the River Talas*, Medieval Warfare 5 (2015), pp. 22-27.

199. El ensañamiento de los abasíes con el cadáver de Abu Muslim estaba destinado tal vez a evitar que la tumba del caudillo se convirtiera en un lugar de peregrinación. En el Jorasán, el liderazgo de Abu Muslim había adquirido tintes mesiánicos y un marcado carácter sincrético, y su muerte provocó una revuelta en la región liderada por un persa zoroástrico. Agha, S. S., *The Revolution which Toppled the Umayyads: Neither Arab nor Abbāsid*, Brill, Leiden/Boston, 2003.

200. Hill, J. E., *Through the Jade Gate to Rome: A Study of the Silk Routes during the Later Han Dynasty 1st to 2nd Centuries CE*, Booksurge, Charleston, 2009.

201. Bloom, J. M., *Paper before print. The History and impact of Paper in the Islamic World*, Yale University Press, New Haven/Londres, 2001.

202. En la península ibérica se conservan dos códices: el *Breviarium Gothicum*, datado a finales del siglo X o comienzos del XI, y el *Vocabularium Gothicum*, que podría ser algo posterior. En ambos se alternaba el uso de pergamino y papel. En Sicilia, el documento más antiguo elaborado en este material fue una carta redactada en 1109 por Adelaida, viuda de Roger I (1072-1101), el conde normando que expulsó a los musulmanes de la isla. Por lo que respecta a las factorías de papel, la más antigua documentada hasta el momento en Europa Occidental es la de Játiva, de la que comenzamos a tener noticias en el siglo XII. El papel de Játiva, que se hacía con lino y cáñamo, era tan apreciado que continuó exportándose a Europa y el Mediterráneo en el siglo XIV, después de que la ciudad fuera conquistada por los cristianos. Calvo Capilla, S., *Madinat al-Zahra' y la observación del tiempo: el renacer de la Antigüedad Clásica en la Córdoba del siglo x*, Anales de Historia del Arte 22 (2012), pp. 131-160. Y Salvador Miguel, N., *El papel en la España medieval I: tecnología y economía*, Actas de las jornadas sobre minería y tecnología en la Edad Media peninsular, Madrid, 1996, pp. 605-614.

203. Aubaile-Sallenave, F., *L'agriculture musulmane aux premiers temps de la conquête: apports et emprunts*, Journal d'agriculture traditionnelle et de botanique appliquée 31 (1984), pp. 245-256.

204. Los jázaros pudieron descubrir la religión hebrea a través de sus contactos con los mercaderes judíos, a los que los árabes se referían como los «radanitas», esto es, los que «conocían los caminos». Foltz, R., *Les Religions de la Route de la Soie*, Les Presses de l'Université Concordia, Montreal, 2020.

205. Khazanov, A. M., *The Spread of World Religions in Medieval Nomadic Societies of the Eurasian Steppes*, en Gervers, M. y Shlepp, W., (eds.) *Nomadic Diplomacy, Destruction and Religion from the Pacific to the Adriatic*, Join Centre for Asia Pacific Studies, Toronto, 1994, pp. 11-33.

206. Gulácsi, Z., *Dating the ‘Persian’ and Chinese Style Remains of Uygur Manichaean Art: A New Radiocarbon Date and Its Implications for Central Asian Art History*. Arts Asiatiques 58 (2003), pp. 5-33.

207. Desde entonces los uigures han vivido en la cuenca del Tarim, en lo que hoy es la provincia china de Sinkiang, donde todavía constituyen el 45 por ciento de la población. Tras establecerse en la región, abandonaron sus hábitos esteparios y se transformaron en un pueblo de agricultores sedentarios. También dejaron atrás el maniqueísmo. Primero abrazaron el budismo, mayoritario en los bordes del Taklamakán, y, a partir del siglo XIII, tras la conquista mongola, se convirtieron al islam.

208. Las primeras noticias de la existencia de una compilación de cuentos conocida como *Las mil y una noches* se remontan al siglo IX, y el manuscrito más antiguo conservado está fechado en el XIV. Este documento, de origen sirio, se interrumpe al llegar a la noche 282 y no incluye algunos de los cuentos más famosos, como la historia de Aladino y la lámpara maravillosa, las aventuras de Alí Babá y los cuarenta ladrones, o las peripecias de Simbad el Marino. Estos relatos provenían de tradiciones independientes y fueron incorporados a *Las mil y una noches* entre los siglos XVII y XVIII. Cinca Pinós, D. y Castells Criballés, M., (trad.) *Las mil y una noches. Según el manuscrito más antiguo conocido*, Destino, Barcelona, 1998. Vid. tb.: Mahdi, M., *The Thousand and One Nights*, Brill, Leiden/ Nueva York/Colonia, 1995.

209. Cuando Mahoma ordenó eliminar los ídolos que recibían adoración en el santuario, puso su mano sobre los retratos de Jesús y María y mandó que aquellas imágenes se respetasen. Hay testimonios que aseguran que todavía podían verse en los muros de la Kaaba a comienzos del siglo VIII, Peters, F. E., *The Arabs and Arabia on the Eve of Islam*, Routledge, Londres/Nueva York, 2017.

210. Esta metamorfosis se acompañó de un relato que vinculaba el lugar al islam desde tiempos inmemoriales. Los musulmanes aseguraban que el santuario había sido construido por Abraham (Ibrahim) siguiendo instrucciones divinas. El patriarca dejó allí a su hijo Ismael, que permaneció en La Meca, fue enterrado en el recito semicircular del Hijr y se convirtió en antepasado de Mahoma. Tras su muerte, los mequíes cayeron en la idolatría, pero nunca olvidaron la existencia de un dios supremo al que daban el nombre de Alá y que era reverenciado en el santuario de la Kaaba. En consecuencia, en opinión de los musulmanes, al destruir los ídolos del centro de culto lo habían purificado, librándolo de las desviaciones politeístas y devolviéndole su sentido originario. Crone, R., *Meccan Trade and the Rise of Islam*, Gorgias Press, New Jersey, 2004. Y Hawting, G. R., *The Idea of Idolatry and the Emergence of Islam*, Cambridge University Press, 1999.

211. Porter, V. y Saif, L. (eds.) *The Hajj: Collected Essays*, The British Museum, Londres, 2013.

212. Mansa Musa (1312-1337) fue emperador de Mali y uno de los hombres más ricos de la historia, y, aun así, estas felices circunstancias no le libraban de sentir una profunda desazón. El monarca había matado a su propia madre, y aunque el magnicidio se había cometido, al parecer, de forma involuntaria, le atormentaban los remordimientos. Sus consejeros le recomendaron realizar el Hajj para pedir a Dios el perdón de sus pecados. Mansa Musa, acompañado por su esposa, recorrió el camino que separaba las orillas del Níger de los desiertos de Arabia entre 1324 y 1325. La comitiva imperial debió de ser algo digno de ver: las fuentes —sin duda exageradas, pero no completamente inventadas — describen miles de sirvientes vestidos de seda, cientos de esclavos portando bastones de oro y decenas de camellos cargados de tesoros. Cada viernes, Mansa Musa mandaba construir una mezquita en el lugar donde se encontraba. Al llegar a Egipto, permaneció durante tres meses acampado junto a las pirámides, esperando el comienzo del Hajj. Los miembros de su comitiva, fascinados con los productos exóticos que se vendían en El Cairo, dedicaron buena parte de su tiempo a la adquisición de mercancías, que compraban sin regatear, para deleite de los mercaderes locales. Al final, durante todo el trayecto del Hajj, el emperador distribuyó sus riquezas con tanta generosidad que parece que hizo descender el precio del oro en El Cairo mameluco, y este espectacular despliegue de poderío económico excitó la curiosidad de los Estados europeos, que comenzaron a interesarse por la misteriosa fuente de riqueza que se escondía al sur del desierto del Sáhara. La exploración de las costas occidentales de África, espoleada por el oro de Tombuctú, traería consigo inesperadas consecuencias para la Ruta de la Seda. Abbou, T., *Mansa Musa's Journey to Mecca and Its Impact on Western Sudan*, Routes of Hajj in Africa, International University of Africa, Jartum, 2020.

213. Gordon, M. S., *The Works Of Ibn Wāḍiḥ Al Yaʿqūbī*, Brill, Leiden/Boston 2018. Sobre Bagdad durante la época abasí vid: Micheau, F., *Bagdad in the Abbasid Era: A Cosmopolitan and Multi-Confessional Capital*, en VV. AA., (eds.) *The City in the Islamic World*, Brill, Leiden/Boston, 2008, pp. 221-245. Y *Baghdad, an imperial foundation (762-836 CE)*, en Yoffee, N., (ed.) *The Cambridge World History. Vol. III. Early Cities in Comparative Perspective*, 4000 BCE-1200 CE, Cambridge University Press, 2015, pp. 397-415.

214. Qaddūmī, Ghāda al-Ḥijjāwī al-, *Book of Gifts and Rarities (Kitāb al-Hadāyā wa al-Tuḥaf): Selections Compiled in the Fifteenth Century from an Eleventh-Century Manuscript on Gifts and Treasures*, Harvard University Press, 1996. Las fuentes musulmanas abundaban en prolijas descripciones de las riquezas de la corte califal; para los autores árabes era un modo de proclamar la superioridad de sus gobernantes y de mostrar el favor de Dios.

215. Vid. Kovalev, R., *The Infrastructure of the Northern Part of the «Fur Road» between the Middle Volga and the East during the Middle Age*, Archivum Eurasiae Medii Aevi 11 (2000-1), pp. 25-64. Las costumbres de los búlgaros del Volga y de los varegos son bien conocidas gracias a la famosa embajada de Ibn Fadlan, enviado a comienzos del siglo X a la corte del kan búlgaro, que acababa de convertirse al islam. Lunde, P. y Stone, C., (trad.) *Ibn Fadlan and the Land of Darkness. Arab Travelers in the Far North*, Penguin Books, Londres, 2012.

216. Mackensen, R. S., *Four Great Libraries of Medieval Baghdad*, The Library Quarterly: Information, Community, Policy, 2 (3) (1932), pp. 279–299.

217. Bloom, J. M., *Paper before print. The History and impact of Paper in the Islamic World*, Yale University Press, New Haven/Londres, 2001.

218. Barthold, W., *Turkestan down to the Mongol Invasion*, Oxford University Press, Londres, 1928. Y Baumer, Chr., *The History of Central Asia. The Age of Islam and the Mongols*, I.B. Tauris, Londres/Nueva York, 2016.

219. Hoy la tumba, cubierta por una gigantesca cúpula dorada, está rodeada de la mezquita más grande del mundo. Mashhad es además el santuario más importante de Irán (junto con Qom, donde está enterrada Fátima, la hermana de Ali Reza), la segunda ciudad del país (con más de tres millones de habitantes) y uno de los lugares santos más visitados por los chiitas, con unos treinta millones de peregrinos anuales.

220. García-Arenal, M., (ed.) *Mahdisme et millénarisme en Islam*, Edisud, Aix-en-Provence, 2000.

221. Treadwell, W. L., *The Political History of the Sāmānid State*, University of Oxford, Oxford, 1991.

222. El período samánida fue una época particularmente liberal en las costumbres: las gentes de Asia Central bebían vino con naturalidad y se burlaban de los árabes por negarse a consumir esta embriagadora bebida. El poeta Rudakí podía cantar «Para el hombre que ha conocido la embriaguez del amor / es una vergüenza estar sobrio siquiera un instante»; y su amiga Rabia, una poetisa de Balj (Afganistán), escribía largos versos sobre la pasión que sentía por un esclavo al que había convertido en amante. También es cierto que todo tiene un límite: Rudakí pudo acabar cegado por orden del emir samánida, cansado de sus confianzas, y Rabia, la poetisa afgana, terminó sus días asesinada por su propio hermano.

223. El *Shahnameh* es una obra gigantesca, que puede abrumar al lector por sus dimensiones. Sin embargo, existe una traducción al español que recoge las hazañas de Rostam, el gran héroe del poema, en un volumen más manejable: Janés, C. y Taheri, A., (trad.) *El Libro de los Reyes. Historias de Zal, Rostam y Sohab*, Alianza, Madrid, 2011.

224. Tal vez Avicena fuera el primer cliente del día. Los vendedores uzbekos son muy supersticiosos y, todavía hoy, mantienen la creencia de que si el primer comprador se marcha de vacío, la jornada será poco productiva. Por la mañana, los tenderos pueden ofrecer descuentos considerables, y cuando han realizado la venta, frotan el resto de la mercancía con el billete para atraer las ganancias.

225. Starr, S. F., *Lost Enlightenment. Central Asia's Golden Age from the Arab Conquest to Tamerlane*, Princeton University Press, Princeton/Oxford, 2013.

226. La irrupción de los musulmanes desplazó a algunos actores secundarios, como el reino cristiano de Aksum. Las emisiones monetales de la monarquía etíope se interrumpieron en el 630, coincidiendo con la muerte de Mahoma y el arranque de la expansión islámica fuera de Arabia. Poco después, el puerto aksumita de Adulis, en el mar Rojo, fue destruido. Los musulmanes se apoderaron de la costa etíope, aislaron al reino de Aksum del mar y lo convirtieron en un territorio encerrado en sí mismo. Los conflictos internos, como el protagonizado por la despiadada reina Gudit, hicieron el resto. Para el siglo X el reino de Aksum ya había desaparecido prácticamente como construcción política. Sin embargo, el recuerdo de la presencia de cristianos al sur de Egipto nunca abandonó la memoria de las gentes del Mediterráneo, e impulsaría una de las últimas búsquedas del legendario reino del preste Juan en el corazón de África. Insoll, T., *The Archaeology of Islam in Sub-Saharan Africa*, Cambridge University Press, 2003.

227. Whitewright, J., *Early Islamic Maritime Technology*, en Proceedings of the 7th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East (2012), pp. 587-598.

228. El geógrafo Al-Yaqubi (siglo IX) describía la sensación que tenían sus habitantes de estar conectados con toda la extensión del orbe: «Los dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates, discurren por sus confines, de tal manera que las mercancías llegan hasta allí por tierra y por agua con tanta facilidad que cada producto exportado desde el este y el oeste, tanto desde tierras musulmanas como no musulmanas (…), desde India, China, Tíbet, el país de los turcos y el de los jázaros, Etiopía…, consigue llegar hasta la ciudad (Bagdad), (…). Es como si todo lo bueno de la tierra hubiera sido transportado hasta allí, como si las riquezas del mundo se hubieran acumulado allí, y como si las bendiciones del universo se hubieran perfeccionado allí». Pocas capitales, tal vez solo Constantinopla, podían presumir de conexiones semejantes. Gordon, M. S., *The Works Of Ibn Wāḍiḥ Al Yaʿqūbī*, Brill, Leiden/Boston, 2018.

229. En el puerto se han encontrado monedas provenientes de la península ibérica y China. VV. AA., *Sea Trade between Iran and China in the Persian Gulf based on the Excavations of Sīrāf City*, Indian Journal of Economics and Development 2/2 (2014), pp. 6-13. Por otro lado, aunque es posible que en época del Imperio sasánida (siglos III-VII d. C.) hubiera habido contactos directos entre los sasánidas y China por vía marítima, las fuentes chinas solo comienzan a hablar de barcos de los *po-sse*, (una palabra que tal vez pudiera hacer referencia a los persas) a finales del siglo VII.

230. Contaba Marco Polo (cap. 179) que los piratas de esta región eran capaces de reunir hasta un centenar de barcos, y que se hacían a la mar todos los veranos acompañados de sus mujeres y sus hijos. Como eran tantos, cubrían una gran extensión, e incluso se hacían señales con humo para que ningún mercader escapase de sus garras. Los comerciantes, que lo sabían, viajaban en flotillas armadas, y no eran raros los combates entre mercaderes y saqueadores. Por fortuna, era tal la abundancia de riquezas que los piratas no causaban daños personales ni tomaban prisioneros. Después de apoderarse de las propiedades de los comerciantes, los liberaban y les decían: «Id a por más».

231. Hourani, G. F., *Arab Seafaring: In the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Princeton University Press, 1995.

232. Chaffe, J. W., *The Muslim Merchants of Premodern China*, Cambridge University Press, 2018.

233. Stern, S. M., *Rāmisht of Sīrāf, a Merchant Millionaire of the Twelfth Century*, The Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland 1/2 (1967), pp. 10-14.

234. Paine, L., *The Indian Ocean in the 7th and 8th Centuries*, en Tripati, S., (ed.) *Maritime Contacts of the Past*, Delta Book World, 2015, pp. 37-53.

235. Freeman-Grenville, G. S. P., *Some Thoughts on Buzurg ibn Shahriyar al-Ramhormuzi: The Book of the Wonders of India*, Paideuma 28 (1982), pp. 63–70.

236. En el siglo XII había una gran comunidad de mercaderes judíos en El Cairo, conocida gracias al hallazgo en la ciudad de un archivo muy particular. En Oriente Medio eran muchos los devotos —cristianos, judíos y musulmanes— que consideraban una afrenta contra la divinidad la destrucción de un documento en el que se mencionara el nombre de Dios. Por eso, cuando el escrito era ya inservible, solían enterrarlo o depositarlo en algún almacén, y los judíos disponían en sus sinagogas de un espacio para estos documentos descartados al que daban el nombre de Geniza. Gracias a esta piadosa costumbre, en la Geniza de El Cairo se han encontrado más de mil doscientas cartas de carácter mercantil que describen redes comerciales que iban desde la península ibérica hasta el subcontinente indio. Goitein, S. D., *Letters of Medieval Jewish Traders*, Princeton University Press, 1973.

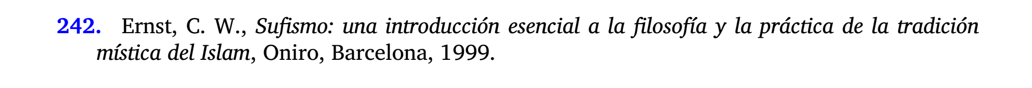
237. VV. AA., *Shipwrecked. Tang Treasures and Monsoon Winds*, Instituto Smithsonian y National Heritage Board, Washington/Singapur, 2011. Y Chong, A. y Murphy, S. A., (eds.) *The Tang Shipwreck: Art and exchange in the 9th century*, Asian Civilizations Museum, Singapur, 2017.

238. Finlay, R., *The Pilgrim Art: The Culture of Porcelain in World History*, Journal of World History, 9/2 (1998), pp. 141-187. Y Gerritsen, A., *The City of Blue and White: Chinese Porcelain and the Early Modern World*, Cambridge University Press, 2020.

239. Augusto II el Fuerte (1697-1733), príncipe de Sajonia, estaba obsesionado con la porcelana y poseía más de diez mil recipientes de este material. En 1701 contrató a un alquimista, Johann Friedrich Böttger, y puso a su disposición todos los recursos del ducado, que no eran pocos, para que desentrañara el secreto de la porcelana. Böttger lo consiguió, de forma casi casual, en 1708. Por lo que se refiere a la factoría de Meissen, todo se hacía con el mayor secretismo para tratar de preservar el monopolio de la producción, pero bastaron unas décadas para que los hallazgos de Böttger se replicaran en otros lugares: primero en Viena y Berlín, después en Limoges, y por último en Capodimonte y Madrid, donde el secreto de la porcelana llegó gracias al matrimonio de Carlos de Borbón (futuro Carlos III) con Amalia de Sajonia, hija de Augusto II el Fuerte.

240. Peacock, A. C. S., *The Great Seljuk Empire*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2015.

241. Starr, S. F., *Lost Enlightenment. Central Asia's Golden Age from the Arab Conquest to Tamerlane*, Princeton University Press, Princeton/Oxford, 2013.


242. Ernst, C. W., *Sufismo: una introducción esencial a la filosofía y la práctica de la tradición mística del Islam*, Oniro, Barcelona, 1999.

243. Darke, H., (trad.) *The Book of Government or Rules for Kings. The Siyar al-Muluk or Siyasat-Nama of Nizam al-Mulk*, Routledge, Londres/Nueva York, 2002.

244. Omar Jayyam (1048-1131) es el más inclasificable de los poetas persas. Nació en Nishapur, en el seno de una familia humilde, pero desde muy joven demostró un extraordinario talento para las matemáticas y la astronomía. Redactó tratados, participó en la construcción de observatorios y calculó con precisión sorprendente la duración del año solar. Pero, como muchos sabios de su tiempo, era un polímata, versado en los saberes más dispares, que enseñaba álgebra y geometría mientras, en secreto, escribía poesías. Su *Rubayat* es una colección de pequeñas composiciones de cuatro versos (*rubai*) en las que Jayyam disertaba sobre la vida, el amor, la religión o la muerte. Al igual que otros poetas persas influidos por el sufismo, los versos tenían siempre una doble lectura. A primera vista, podían interpretarse como un canto a los placeres sencillos de la vida o a la belleza de la naturaleza: «Pues nadie puede vencer al mañana, / mantén ahora alegre ese corazón loco. / Bebe vino a la luz de la luna, ¡oh luna!, que la luna / por más que ilumine no dará con nosotros» (2). Pero los iniciados en las metáforas de su lenguaje críptico sabían encontrar en sus palabras profundas reflexiones morales y opiniones controvertidas sobre la divinidad y el universo: «Todo misterio que el corazón del sabio alberga, / más que el pájaro Anqa oculto debe estar, / pues por estar oculta en la concha se convierte en perla / la gota que es misterio del corazón del mar» (91). Janés, C. y Taherí, A., *Jayyam, O. Rubayat*, Alianza, Madrid, 2022.

245. Este relato, tan atractivo como probablemente falso, proviene de una biografía del fundador de la secta, Hassan-i Sabbah: el *Sargudhasht-i Sayyidna*. El manuscrito original, que se encontraba en la biblioteca de Alamut, se ha perdido, pero conservamos algunos resúmenes realizados en época medieval. Bowen, H., *The sar-gudhasht-i sayyidnā, the «Tale of the Three Schoolfellows» and the wasaya of the Niẓām al-Mulk*, Journal of the Royal Asiatic Society 63/4 (1931), pp. 771-782. Recientemente, la historia fue utilizada por el autor libanés Amin Maalouf como premisa de una de sus novelas, *Samarcanda*, publicada en 1988.

246. Casi todas las divisiones del ismaelismo tuvieron su origen en una disputa sucesoria producida tras la muerte de un imam, cuando distintos grupos de fieles apoyaron a uno u otro candidato. La mayoría, además, mantuvo su propia línea de imames hasta que uno de ellos se convirtió en «imam oculto». El examen de estas distintas corrientes requiere de mucha paciencia, buena memoria y un árbol genealógico detallado, así que, para tranquilidad del lector, aquí solo haremos referencia a los grupos más importantes. Hubo algunos chiitas, por ejemplo, que negaron la muerte de Ismael, argumentando que en realidad había pasado a un estado de ocultación. Otros creían que el «oculto» era su hijo Mohamed. Había quienes iban más allá de estos detalles sobre la identidad del mesías musulmán y se atrevían a plantear objeciones a los pilares del islam, como la peregrinación a La Meca. Un grupo ismaelita muy activo en la zona de Baréin, Qatar y Omán durante el siglo X, los cármatas, consideraba el Hajj un acto de idolatría. Además de «predicar en el desierto» sobre el tema, en el 930 atacaron La Meca, masacraron a sus habitantes y robaron la Piedra Negra de la Kaaba, provocando el espanto generalizado del mundo musulmán. Solo la restituyeron treinta años después, partida en dos pedazos y a cambio de un rescate. Por último, algunos de estos grupúsculos chiitas surgidos del cisma ismaelita ni siquiera son considerados hoy parte del islam. Esto es lo que ocurre con los misteriosos drusos, que habitan en las montañas del Líbano y cuyas oscuras creencias se ocultan con celo a los no iniciados. Daftari, F., *Breve historia de los ismailíes. Tradiciones de una comunidad musulmana*, Akal, Madrid, 2015.

247. Hodgson, M. G. S., *The Order of Assassins*, Mouton & Co., Chicago, 1955.

248. Daftary, F., *The Assassin Legends. Myths of the Isma'ili*, I.B. Tauris & Co., Ltd., Londres, 2001.

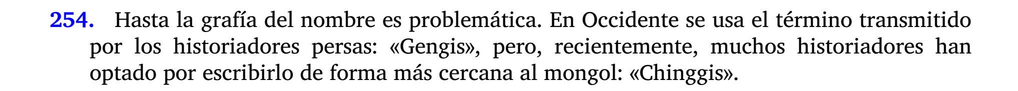
249. Marco Polo contaba que el líder de la Secta de los Asesinos, el Anciano de la Montaña, había hecho construir en un valle el más hermoso de los jardines. En este recinto maravilloso, todo estaba dispuesto para el placer: lo adornaban árboles frutales y macizos de flores, y por todas partes se oía el murmullo de fuentes que manaban agua, miel y vino. Aquellos que lo visitaban se alojaban en magníficos palacios adornados con figuras de animales hechas de oro, y disfrutaban de la compañía de los más hermosos donceles y doncellas. En aquel lugar, similar al paraíso, la vida transcurría entre danzas, banquetes y todos los deleites imaginables. Sin embargo, el Anciano de la Montaña solo permitía que accedieran al jardín aquellos a los que planeaba convertir en asesinos al servicio de su secta. A estos, a los que escogía entre adolescentes de no más de doce años, los alojaba en un castillo inexpugnable situado a la entrada del huerto. Cuando estaban listos, les daba a beber opio, los hacía dormir durante varios días y los mandaba depositar en el vergel, donde dejaba que despertaran solos. Al contemplar aquel jardín tan hermoso, provisto de tantos placeres, los muchachos creían que se encontraban en el paraíso. El Anciano permitía que los chicos disfrutaran de él hasta que necesitaba que alguno de ellos partiera para completar una misión. Entonces daba a beber al elegido un brebaje soporífero y lo devolvía a la fortaleza situada a la entrada del jardín. Cuando despertaban de nuevo en aquel lugar inhóspito, los chicos creían que habían visitado el paraíso y que el Anciano era un profeta con poderes sobrenaturales, y partían de buen grado a cualquier tarea que este quisiera encomendarles, por muy peligrosa que fuera. Si morían, contaba el viajero veneciano, sabían con certeza que regresarían a aquel vergel para pasar en él la eternidad entre manjares y doncellas. Marco Polo, *Libro de las Maravillas del Mundo*, cap. 40-41. Morris, J. W., (trad.) *The Master and the Disciple. An Early Islamic Spiritual Dialoge*, I.B. Tauris, Londres/Nueva York, 2001.

250. Esto no significa que la Secta de los Asesinos cometiera todos estos crímenes; muchos magnicidios se les atribuían por comodidad o por conveniencia, y en más de una ocasión la supuesta intervención de un sectario alejó las sospechas de los verdaderos instigadores del asesinato. Cook, D., *Were the Ismaili Assassins the First Recorded Suicide Attackers? An Examination of their Recorded Assassinations*, en Cobb, P. M., (ed.) *The Lineaments of Islam: Studies in Honour of Fred McGraw Donner*, Leiden & Boston: Brill, 2012, pp. 97-117.

251. Según la tradición, la conversión de los keraitas se produjo tras un incidente milagroso. Uno de sus reyes fue sorprendido por una tormenta de nieve durante una partida de caza y se perdió. Tras pasar un tiempo sin refugio ni alimento, estaba a punto de morir cuando se le apareció san Sergio —cómo sabía el rey que se trataba de san Sergio es un misterio —, invitándolo a no desesperar, pues su salvación estaba cercana. Cuando, efectivamente, el rey keraita se reunió con los suyos, pidió a unos mercaderes que se pusieran en contacto con las autoridades cristianas de Merv para que enviaran predicadores que los bautizaran a él y a su pueblo. Doscientos mil keraitas se convirtieron entonces al cristianismo y, como carecían de vino, recibieron autorización del patriarca de Merv para bendecir leche de yegua fermentada durante sus misas. Baumer, Chr., *The Church of the East. An Illustrated History of Assyrian Christianity*, I.B. Tauris, Londres/Nueva York, 2016.

252. La *Historia secreta de los mongoles* es la principal fuente sobre el origen y el ascenso de Gengis Kan. Fue redactada a mediados del siglo XIII y, a pesar de su título, no era una obra de historia, sino un poema épico que cantaba las glorias de los nuevos amos del mundo, escrito probablemente por instigación de los grandes kanes mongoles. Ramírez Bellerín, L., (trad.) *Historia secreta de los mongoles a partir del manuscrito chino de Li Wentian, cotejado con el mongol*, Miraguano, Madrid, 2000. Por lo que respecta a la biografía de Gengis Kan, una de las más conocidas es la de René Grousset, experto en la historia de los pueblos de la estepa; posee un gran valor literario y ha sido reeditada recientemente en nuestro idioma: Grousset, R., *El conquistador del mundo: Vida de Gengis Kan*, Acantilado, Madrid, 2015. Menos poética, pero igual de disfrutable por su atención al detalle y la riqueza de sus fuentes, es la de Ratchnevsky, P., *Genghis Khan: His Live and Legacy*, Blackwell, Oxford/Cambridge, 1993. En cuanto al Imperio mongol, el lector puede encontrar un par de buenas introducciones en Morgan, D., *The Mongols*, Blackwell, Victoria, 2007, y Lane, G. A., *The Mongols*, I.B. Tauris, Londres/Nueva York, 2018. También hay una monografía reciente en castellano: García Espada, A., *El Imperio mongol*, Síntesis, Madrid, 2017.

253. Nicola, B., *Las mujeres mongolas en los siglos xii y xiii. Un análisis sobre el rol de la madre y la esposa de Ghinggis Khan*, Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia 27, (2006), pp. 37-63.


254. Hasta la grafía del nombre es problemática. En Occidente se usa el término transmitido por los historiadores persas: «Gengis», pero, recientemente, muchos historiadores han optado por escribirlo de forma más cercana al mongol: «Chinggis».

255. Con frecuencia, las invasiones procedentes de la estepa se han asociado con carestías provocadas por la meteorología. En el caso de las conquistas mongolas, pudo suceder justo lo contrario. VV. AA., *Pluvials, Droughts, the Mongol Empire, and Modern Mongolia*, Proceedings of the National Academy of Sciences - PNAS 111/12 (2014), pp. 4.375–4.379.

256. Raphael, K., *Mongol Siege Warfare on the Banks of the Euphrates and the Question of Gunpowder (1260-1312)*, Journal of the Royal Asiatic Society 19/3 (2009), pp. 355-370. Y Haw, S. G., *The Mongol Empire - the first «gunpowder empire»?*, Journal of the Royal Asiatic Society 23/3 (2013), pp. 441-469.

257. La cita es de un persa, Ata-Malik Juvayni (1226-1283), que contempló con sus propios ojos la invasión mongola antes de ponerse al servicio de sus nuevos amos y de redactar una historia de su imperio titulada *La historia del conquistador del mundo*. Boyle, J. A., (trad.) *The History of the World-Conqueror*, Harvard University Press, Cambridge, vol. 1, p. 80.

258. Comandaba todavía la plaza de Otrar aquel deudo de la reina madre que había ordenado degollar a los miembros de la caravana. Consciente de que no habría perdón para él, se defendió a la desesperada y resistió el asedio durante cinco meses. Cuando cayeron las murallas y los mongoles penetraron en el casco urbano, se retiró a la ciudadela y allí aguantó un mes más acompañado de soldados leales. Y cuando las tropas de Gengis Kan entraron también en la fortaleza, se refugió en el tejado, rodeado de sus mujeres, que arrancaban ladrillos de los muros para arrojárselos a los atacantes. Estos tenían instrucciones de capturarlo vivo, de modo que esperaron a que agotara sus fuerzas para, al fin, cargarlo de cadenas y enviarlo a Samarcanda, que había caído ya en manos de Gengis Kan. Allí, los mongoles «le hicieron beber la copa de la aniquilación y le pusieron los ropajes de la eternidad, pues tal es el camino de los cielos, que en una mano sostienen una corona y en la otra un nudo corredizo», Juvayni. Boyle, J. A., (trad.), ibídem, vol. 1, p. 86.

259. Boyle, J. A., (trad.), ibídem, pp. 104-105.

260. En Termez, una anciana trató de escapar de la muerte diciendo a los soldados que les entregaría una perla que se había tragado. Los jinetes le rajaron el vientre para sacársela y, ante la sospecha de que otros hubieran hecho lo mismo, se entretuvieron destripando el resto de los cadáveres. En Nisa, a orillas del viejo camino real de los partos, Tolui reunió a todos los habitantes en una llanura y les ordenó que se maniataran unos a otros para que sus tropas pudieran acribillarlos a flechazos con más comodidad.

261. Ratchnevsky, P., *Genghis Khan: His life and Legacy*, Blackwell, Oxford/Cambridge, 1993. Y Morgan, D., *The Great Yasa of Chinggis Khan Revisited*, en Amitai, R. y Biran, M., (eds.) *Mongols, Turks and Others. Eurasian Nomads and the Sedentary World*, Brill, Leiden/Boston, 2005, pp. 291-308.

262. Sinor, D., *The Mongols in the West*, Journal of Asian History 33/1 (1999), pp. 1-44. Y Jackson, P., *The Mongols and the West*, Routledge, Londres/Nueva York, 2005.

263. Giles, J. A., (trad.) *Matthew Paris's English History from the Year 1235 to 1273*, H. G. London, Londres, 1852.

264. Ogodei murió de forma repentina, tras un banquete, y es posible que su fallecimiento estuviera relacionado con el abuso del alcohol. La bebida era una de las debilidades de los pueblos de la estepa. Gengis Kan, que era un hombre moderado en sus costumbres, había establecido un límite para las borracheras: tres veces al mes le parecía algo razonable, y aquellos que se embriagaran con más frecuencia serían castigados. Sin embargo, la medida se desobedecía incluso en el seno de la familia real, donde la afición por el alcohol de Ogodei era legendaria. La cosa debió de llegar tan lejos que su hermano mayor, Chagatai, una de esas personas obsesionadas con el cumplimiento de la ley al pie de la letra, le reprendió por beber en exceso. Chagatai era tan corpulento e irascible que Ogodei le dio la razón y aceptó tomar una sola copa al día, pero, con la retranca que le caracterizaba, se aseguró de que el vaso en cuestión tuviera el tamaño de un balde. Boyle, J. A., (trad.) *The Successors of Genghis Khan. Translated from the Persian of Rashid Al-Din*, Columbia University Press, Londres/Nueva York, 1971, p. 65.

265. Frick, P. y Kieser, A., (eds.) *Production, Distribution and Appreciation: New Aspects of East Asian Lacquer Ware*, Brill, Leiden/Boston, 2019.

266. Hodgson, M. G. S., *The Order of Assassins*, Mouton & Co., Chicago, 1955. Rukn al-Din Khurshah fue discretamente asesinado por los mongoles poco tiempo después. La rama siria de la secta sobrevivió unos años más en torno a su fortaleza de Masyaf, pero también acabó borrada de la faz de la Tierra por el sultán mameluco Baibars (1260-1277), un personaje con una historia que merece ser contada, pero no aquí.

267. Gilli-Elewy, H., *Al-Ḥawādiṯ al-Ǧāmiʿa: A Contemporary Account of the Mongol Conquest of Baghdad, 656/1258*, Arabica 58/5 (2011), pp. 353-71.

268. Jackson, P., *The Dissolution of the Mongol Empire*, Central Asiatic Journal, 22/3-4 (1978), pp. 186-244

269. El caudillo mameluco tenía sus propias cuentas pendientes con los jinetes de la estepa. Era un turco de origen cumano y había nacido en el sur de las estepas de Rusia. Cuando los mongoles invadieron estas regiones en 1238, Baibars, todavía adolescente, se refugió en Crimea. Aquí debió de contemplar escenas dantescas, pues los cumanos fugitivos se agolpaban en tal número que se les acabó el alimento y acabaron devorándose unos a otros. El joven Baibars salvó la vida, pero fue convertido en esclavo y vendido en Alepo. Sin embargo, el muchacho tenía un defecto en un ojo y una voz desagradable, así que fue pasando de mano en mano hasta que pudo integrarse en el ejército de los mamelucos. Sus victorias militares sobre los mongoles le permitieron vengarse de los causantes de su desgracia y hacerse con el sultanato mameluco en otoño de 1260. Fue también Baibars quien se encargó, poco tiempo después, de acabar con los últimos territorios cruzados de Tierra Santa.

270. Las dos obras más importantes de Saadi son *El Bustan* (El Huerto) y *Gulistan* (El Jardín de Rosas o La Rosaleda). Rodríguez Vargas, J., (trad.) *La Rosaleda*, Ediciones El Cobre, Barcelona, 2007.

271. Allsen, T. T., *Commodity and Exchange in the Mongol Empire: A Cultural History of Islamic Textiles*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997. Y Bichal, M., *The Mongol Transformation: From the Steppe to Eurasian Empire*, Medieval Encounters, 10 (2004), pp. 338-361.

272. En palabras de Juvayni, los mongoles pasaron de vestirse con pieles de perros, a usar túnicas bordadas de seda y oro; de beber leche de yegua fermentada, a tomar el vino más puro, y de comer bayas, a tener a su disposición los manjares más deliciosos. Boyle, J. A., (trad.) *The History of the World-Conqueror*, Harvard University Press, Cambridge, vol. 1, pp. 20-21. Un judío persa al servicio del ilkanato, Rashid al-Din Hamadani, recogió unas palabras atribuidas a Gengis Kan y teñidas de cierta melancolía: «Después de nosotros, nuestros descendientes vestirán ropajes de oro, se alimentarán de dulces, cabalgarán sobre magníficos caballos y abrazarán hermosas esposas. Pero no dirán que todas esas cosas fueron ganadas por sus padres y hermanos mayores, y en esos momentos de gloria se olvidarán de nosotros». Favereau, M., *The Mongol Peace and Global Medieval Eurasia*, Comparativ 28/4 (2018), pp. 49-70.

273. Vid. Von Glahn, R., *Fountain of Fortune: Money and Monetary Policy in China*, 1000-1700, University of California Press, Berkeley, 1996. Y VV. AA., *The Rise and Fall of Paper Money in Yuan China, 1260-1368*, Universidad de Manchester, 2022.

274. Abu-Lughod, J. L., *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*, Oxford University Press, 1989. Abaqa (1265-1282), sucesor de Hulegu, se hizo construir un palacio cerca de Tabriz, en el noroeste de Irán. El enclave recibía el nombre de Takht-e Sulaiman, el Trono de Salomón, y era un lugar bellísimo, dominado por un lago excavado en la boca de un volcán extinto. Los zoroástricos habían levantado allí un templo de fuego y los reyes sasánidas lo habían utilizado como escenario de sus coronaciones. El palacio del príncipe mongol fue construido a la manera persa y decorado con escenas del *Libro de los Reyes* de Ferdousí, pero los azulejos que cubrían las paredes exhibían motivos chinos, con paisajes de árboles y nubes, dragones, peonías, ciervos y una gran ave fénix con las alas desplegadas. Allsen, T. T., *Culture and Conquest in Mongol Eurasia*, Cambridge University Press, 2001. En Italia, la llegada de sedas provenientes del Extremo Oriente a través del comercio con los mongoles hizo que los artesanos cambiaran sus motivos tradicionales, inspirados en los tejidos de los musulmanes del Mediterráneo, por formas tomadas de la imaginería china. Mack, R. E., *From Bazaar to Piazza. Islamic Trade and Italian Art, 1300-1600*, University of California Press, Berkeley, 2002.

275. Roux, J. P., *La tolérance religieuse dans les Empires turco-mongols*, Revue de l'histoire des religions 203/2 (1986), pp. 131-168. Atwood, Ch., *Validation by Holiness or Sovereignty: Religious Toleration as Political Theology in the Mongol World Empire of the Thirteenth Century*, The International History Review 26/2 (2004), pp. 237-256. Y Amitai, R. y Biran, M., (eds.), *Mongols, Turks and Others. Eurasian Nomads and the Sedentary World*, Brill, Leiden/Boston, 2005.

276. Rusudan (1223-1245), reina de Georgia, se quejó al papa de que la población de su país no tenía miedo de los mongoles porque pensaba que eran cristianos. Los jinetes de la estepa habían imitado la costumbre georgiana de enarbolar grandes cruces delante de sus ejércitos y, cuando llegaron a Georgia, les salió a recibir una procesión encabezada por un sacerdote que les ofreció sal. Los mongoles aprovecharon la confianza de la multitud desarmada para masacrarla.

277. Delumeau, J., *Historia del Paraíso*, Taurus, Madrid, 2005.

278. Se decía que aquel hombre llegado de la India era un patriarca que vivía junto a uno de los ríos que nacían en el paraíso, cuyas aguas arrastraban oro y piedras preciosas. Se contaba también que aquellas gentes conservaban el cuerpo del apóstol santo Tomás, que había predicado el cristianismo en la India, en una iglesia rodeada de agua. Durante la conmemoración del santo, las aguas se retiraban y la reliquia alargaba su brazo para recibir las ofrendas de los peregrinos, pero si el donativo provenía de un hereje, la momia cerraba inmediatamente la mano.

279. Sobre el mito del Preste Juan: De Ayala Martínez, C., *El Preste Juan: el otro cristiano en la frontera del mito (siglos XII-XIII)*, Intus-Legere Historia, 12/2 (2018), pp. 155-186. Vid. tb. Beckingham, Ch. F. y Hamilton, B., (eds.) *Prester John, the Mongols and the Ten Lost Tribes*, Aldershot, Variorum, 1996. Todas las fuentes mencionadas en este capítulo fueron recopiladas y traducidas al inglés por Brewer, K., *Prester John: the Legend and its Sources*, Farnham, Ashgate, 2015.

280. Los autores medievales tendían a hablar de la India en plural, en una división tripartita heredada de la Antigüedad, cuando ya se distinguía entre la India «a este lado del Ganges» y la India «al otro lado del Ganges». Aunque las divisiones y las denominaciones (India Primera, Mayor o Anterior, Segunda, Interior o Ulterior, y Tercera, Posterior o Exterior) podían variar de un autor a otro, en general se referían a un área que iba desde el golfo de Bengala al océano Índico, y se extendía desde el sudeste asiático hasta las costas orientales de África.

281. Martín Lalanda, J., *La carta del Preste Juan. Anónimo del siglo XII*, Siruela, Madrid, 2003.

282. A Damieta llegó, por ejemplo, san Francisco de Asís, empeñado en lograr la conversión del sultán y la resolución pacífica del conflicto. El fraile italiano se adentró en territorio musulmán y fue capturado por unos egipcios, que se quedaron muy sorprendidos cuando aquel personaje vestido con andrajos les demandó una entrevista con su señor. Gracias a su insistencia, el magullado fundador de la orden franciscana consiguió ser recibido por el gobernante que, muy educadamente, lo despachó por donde había venido.

283. Ya a finales del siglo XIII, Marco Polo ahondaría en esta asociación (caps. 64 ss.). El viajero veneciano situó el reino del Preste Juan en la zona donde tenían sus terrenos de pasto los keraitas, y aseguró que las disputas entre el soberano cristiano y los mongoles habían comenzado cuando Temujin pidió la mano de una hija del Preste Juan y este se negó a concedérsela.

284. Dawson, Chr., *Mongol Mission*, Harper & Row, Nueva York, 1966. Y Jackson, P., *The Mongols and the West*, Routledge, Londres/Nueva York, 2005. Y Gil, J., *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Alianza, Madrid, 1993.

285. Fray Juan también preguntó por el Preste Juan, del que le dijeron que vivía en la India y se había enfrentado a Gengis Kan. Unos clérigos rusos le contaron que los mongoles que acudieron a combatir contra el Preste Juan se encontraron de repente en un desierto donde las mujeres tenían forma de mujeres, pero los hombres habían adoptado el aspecto de perros, que echaron a los jinetes del territorio.

286. Guillermo también preguntó por el Preste Juan. Los datos que obtuvo le resultaron decepcionantes: parece que el gran soberano cristiano de Asia no era sino el líder de una tribu mongola, ya desaparecida. Desengañado, el monje franciscano atribuyó todas las historias del Preste Juan a exageraciones de los cristianos de Oriente, de los que también se llevó la peor impresión. Sus clérigos eran iletrados, practicaban la usura, bebían en exceso y, al igual que los musulmanes, tomaban varias esposas, realizaban abluciones antes de entrar en las iglesias y celebraban su fiesta los viernes, en lugar de en domingo.

287. Los mongoles concedían poderes mágicos a las reliquias de otras religiones, y es probable que Kublai creyera que el aceite del Santo Sepulcro tenía la capacidad de prolongar la vida. Por otro lado, es posible que Marco Polo exagerara al atribuir a su padre y a su tío la condición de embajadores. Cuando viajaron a Europa con cartas de Kublai lo hicieron acompañados de un emisario mongol que desapareció oportunamente por el camino, y que debió de ser el verdadero líder de la misión diplomática. Jackson, P., *Marco Polo and his Travels*, Bulletin of the School of Oriental and African Studies, 61/1 (1998), pp. 82-101

288. Watt, J. C. Y., (ed.) *The World of Khubilai Khan*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 2011.

289. Rossabi, M., *Khubilai Khan. His Life and Times*, University of California Press, Berkeley, 2009.

290. Conservamos el relato del viaje de Rabban Bar Sauma por pura casualidad, preservado con mimo por remotas comunidades de fieles de la Iglesia cristiana de Oriente. Rossabi, M., *Voyager from Xanadu. Rabban Sauma and the First Journey from China to the West*, Kodansha, Nueva York, 1992. Visitó Constantinopla, Roma y París, y se entrevistó con el emperador bizantino, el papa y los reyes de Francia e Inglaterra. De regreso en Persia, en 1288, Bar Sauma estaba convencido de que su tarea había sido un éxito. Pero el emisario era un hombre piadoso y sentimental, ajeno a los turbios manejos de la alta política. No se dio cuenta de que los europeos estaban más divididos de lo que parecía y de que todos los grandes hombres con los que se entrevistó le manifestaron su deseo de partir a cruzada, pero ninguno selló una alianza con los mongoles, a los que invitaban a atacar por su cuenta a los mamelucos. Este choque tampoco llegó a producirse. El señor del ilkanato, Arghun, murió poco después, y sus sucesores se convirtieron al islam y perdieron el interés por una asociación con los cristianos. Incluso el propio Imperio mongol se encontraba ya en descomposición; la oportunidad de una alianza cristiano-mongola había pasado ya, y los vientos de la Historia soplaban en otra dirección.

291. Tiempo después se difundió la historia de que, en su lecho de muerte, sus amigos le rogaron que se desdijera de todas las mentiras que había contado en su libro, tachado por muchos de fantasioso. Marco Polo respondió que no había contado ni la mitad de lo que verdaderamente había visto. Larner, J., *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Paidós, Barcelona, 2001.

292. Amitai, R. y Biran, M. (eds.), *Mongols, Turks and Others. Eurasian Nomads and the Sedentary World*, Brill, Leiden/Boston, 2005.

293. Larner, J., *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*, Paidós, Barcelona, 2001.

294. Las dificultades de comunicación debían de ser uno de los principales desafíos a los que se enfrentaban los mercaderes y los misioneros. Ya a comienzos del siglo XIV, los genoveses que trabajaban en el mar Negro contaban con un diccionario de latín-persa-cumano conocido como *Codex Cumanicus*. Y el libro de Pegolotti incluía una especie de *lexicon* con la traducción de varios términos de uso común en el lenguaje comercial a una veintena de lenguas y dialectos de Europa y el Mediterráneo, entre los que se contaban el árabe, el persa, el armenio o el cumano. Stanley, J. F., *Negotiating Trade: Merchant Manuals and Cross-Cultural Exchange in the Medieval Mediterranean*, Frontiers: The Interdisciplinary Journal of Study Abroad, 30/1 (2018), pp. 102-112.

295. La duración que ofrecía Pegolotti estaba calculada para un carro tirado por bueyes y cargado de mercancías. Si se uncían caballos a la carreta, el trayecto podía hacerse en la mitad de tiempo. Desde Astracán, la corriente del Volga permitía alcanzar Saray, la capital de la Horda de Oro, en apenas un día, y desde las costas del Caspio bastaban un par de meses para llegar a Otrar, al norte del Jaxartes. Aquellos que deseaban continuar su camino al este necesitaban unos cuarenta y cinco días para viajar desde Otrar hasta Almaliq —hoy Yining, en el noroeste de China, cerca de la frontera con Kazajistán—, residencia principal de los chagatánidas, desde donde se tardaban tres meses en alcanzar Pekín. Si las estimaciones de los manuales eran ciertas, se empleaban unos nueve meses en realizar el trayecto entre Tana y Pekín. Jackson, P., *The Mongols and the West*, Routledge, Londres/Nueva York, 2005.

296. Pegolotti, F. B. y Evans, A., (ed.) *La Pratica della Mercatura*, The Mediaeval Academy of America, Cambridge, 1936.

297. Las fuentes literarias mencionadas en este capítulo fueron recopiladas y traducidas al inglés por: Horrox, R., *The Black Death*, Manchester University Press, 1994 y Aberth, J., *The Black Death, The Great Mortality of 1348-1350: A Brief History with Documents*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2005.

298. VV. AA. *Early evidence for travel with infectious diseases along the Silk Road: Intestinal parasites from 2000 year-old personal hygiene sticks in a latrine at Xuanquanzhi Relay Station in China*, Journal of Archaeological Science Reports 9 (2016), pp. 758-764. Y Huy-Yuan Yeh, I. y Mitchell, P. D., *Intestinal Parasites at the Xuanquanzhi Relay Station on the Silk Road 2000 Years Ago*, en Melhorn, H., Wu, X. y Wu, Z., (eds.) *Infectious Diseases Along the Silk Roads*, Springer, 2023, pp.131-139.

299. Mc Neill, W. H., *Plagas y pueblos*, Siglo XXI, Madrid, 2016.

300. Benedictow, O. J., *La peste negra, 1346-1353: la historia completa*, Akal, Madrid, 2011.

301. VV. AA., *The source of the Black Death in fourteenth-century central Eurasia*, Nature 606 (2022), pp. 718-724.

302. Todo parece indicar que Mussis (*ca*. 1280-1356) nunca visitó Crimea y que describió los acontecimientos desde su tranquila ciudad de Piacenza, en el mejor de los casos, basándose en el testimonio de algún testigo.

303. Petrarca, *Epístolas Familiares*, I, 1,1-2.

304. Boccaccio, G. y Gómez Bedate, P., (trad.) *Decamerón*, Austral, Madrid, 2014.

305. Forbes Manz, B., *The rise and rule of Tamerlane*, Cambridge University Press, 1989, y Marozzi, J., *Tamerlán: espada del islam y conquistador del mundo*, Ariel, Barcelona, 2009. Por lo que respecta a las fuentes contemporáneas, la más importante es el *Zafarnama* o *Libro de las conquistas*, una biografía de Tamerlán y sus hijos que fue mandada redactar por un nieto del emir, el refinado Ibrahim Sultan (1394-1435) en torno a 1425. Aunque para la elaboración del texto se emplearon notas tomadas por los escribas uigures del propio Timur, se trata de una obra de propaganda destinada a aumentar el prestigio del fundador y de su dinastía. Thackston, W. M., *A Century of Princes: Sources on Timurid History and Art*, Aga Khan Program for Islamic Architecture, Cambridge, 1989.

306. La *Crónica de la Casa de Timur*, redactada después de la muerte del soberano, resumía sus logros en los términos más elogiosos: «Su majestad fue extremadamente justo, bondadoso, ortodoxo, heroico, poderoso y generoso. Dios no lo privó de ninguna característica digna de elogio. La seguridad llegó a tal nivel durante su reinado, que desde las fronteras de Cathay (norte de China) hasta las orillas francas (esto es, europeas) todos marchaban juntos y en una misma dirección. Gentes que solo habían escuchado los nombres de otros pueblos como si fueran cosas maravillosas de los libros, pudieron sentarse en la misma mesa y beber de la misma copa. Abandonaron sus malas maneras y costumbres, y adoptaron la buena educación y los buenos hábitos de los otros. El rostro entero de la tierra brillaba, todos aprendieron oficios y desarrollaron habilidades, y las artes y artesanías alcanzaron la perfección». Thackston, W. M., *A Century of Princes: Sources on Timurid History and Art*, Aga Khan Program for Islamic Architecture, Cambridge, 1989.

307. De Bunes Ibarra, M. A., *El Imperio otomano (1451-1807)*, Síntesis, Madrid, 2015, y Howard, D. A., *A History of the Ottoman Empire*, Cambridge University Press, 2017.

308. Bayaceto era célebre por su afición al alcohol, su gusto por los jovencitos y su escasa piedad religiosa. Estos hábitos se atribuían, naturalmente, a la perniciosa influencia de su esposa cristiana, pero parece que formaban parte de una tradición asentada en la corte otomana, donde la herencia de la estepa y la convivencia con otras religiones habían suavizado los aspectos más rigurosos de la fe islámica. Lowry, H. W., *Impropiety and Impiety among the Early Ottoman Sultans (1351-1451)*, The Turkish Studies Association Journal 26/2 (2002), pp. 29–38.

309. Morgan, D., *The Decline and Fall of the Mongol Empire*, Journal of the Royal Asiatic Society, 19/4 (2009), pp. 427-437.

310. En 1340, Ibn Battuta, el célebre viajero musulmán, fue testigo de cómo una embajada enviada por el emperador de la China Yuan llegaba a la corte del sultán de Delhi cargada de regalos. En respuesta a este acercamiento diplomático, el sultán indio mandó sus propios emisarios a la corte de Kanbaliq, entre los que se habría contado el propio Ibn Battuta. Abu-Lughod, J. L., *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*, Oxford University Press, 1989. Y Sen, T., *The Formation of Chinese Maritime Networks to Southern Asia, 1200-1450*, Journal of the Economic and Social History of the Orient, 49/4 (2006), pp. 421-453.

311. Marco Polo, *Libro de las maravillas del mundo*, caps. 148 ss.

312. Purtle, J., *The Far Side: Expatriate Medieval Art and its Languages in Sino-Mongol China*, Medieval Encounters 17 (2011), pp. 167-197. Y Caramello, E. y Schmitz-Esser, R., *From Genoa to Yangzhou? Funerary Monuments for Europeans in Yuan China and their Paleographic Analysis*, Medieval Worlds, 16 (2022), pp. 210-228.

313. Tsai, S. H., *Perpetual Happiness: the Ming Emperor Yongle*, University of Washington Press, Seattle, 2001.

314. Parece que ya en la época Han los magos de la corte utilizaban imanes al servicio de la geomancia taoísta, el célebre *feng shui*, la ciencia del viento y del agua, que procuraba adaptar las residencias de los vivos y los muertos a las corrientes invisibles del aliento cósmico. Needham, J. y Ling, W., *Science and Civilisation in China*, Vol. IV/1, Cambridge University Press, Cambridge, 1962.

315. Después del séptimo periplo, en 1433, un hombre llamado Ma Huan, que había participado en tres de las expediciones, redactó una obra de geografía basada en sus experiencias: *Ying-Yai Sheng-lan*, que podríamos traducir como la *Observación general de las orillas del océano*, y que fue publicada en inglés a finales del siglo pasado: Huan, M. y Mills, J. V. G., (trad.) *Ying-Yai Sheng-Lan. The Overall Survey of the Ocean's Shores*, Cambridge University Press, 1970. Años más tarde, ya a mediados del siglo XV, Fei Xing y Gong Zhen, que también participaron en varias expediciones, escribieron otras dos obras dedicadas a la descripción de las regiones del oeste y a los viajes del eunuco imperial. Sen, T., *The impact of Zheng He's expeditions on Indian Ocean interactions*, Bulletin of the School of Oriental and African Studies, 79/3 (2016), pp. 609-636.

316. Ju-Kang, T., *Chêng Ho's Voyages and the Distribution of Pepper in China*, The Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland, 2 (1981), pp. 186-197.

317. Las grandes estructuras de almacenamiento eran imprescindibles para mantener el abastecimiento durante todo el año, en un contexto en el que la navegación, tanto en el Mediterráneo como en el océano Índico, era estacional. Loane, H. J., *Vespasian's Spice Market and Tribute in Kind*, Classical Philology, 39 (1944), pp. 10-21.

318. A mediados del siglo I d. C., Plinio el Viejo señalaba que medio kilo de pimienta negra podía comprarse por solo 4 denarios, mientras que la misma cantidad de canela costaba 50 y de aceite de nardo, 300, *N. H.* XII, 14. Aun así, eran muchos los mercaderes sin escrúpulos que vendían especias «falsas», y en el caso de la pimienta, mezclaban los granos con bayas de enebro secas y molidas. *N. H.*, XII, 26-28. Cobb, M. A., *Black Pepper Consumption in the Roman Empire*, Journal of the Economic and Social History of the Orient 61/4 (2018), pp. 519-559. Y Miller, J. I., *The spice trade of the Roman Empire. 29 B. C. to A. D. 641*, Oxford University Press, Oxford, 1969.

319. Knobler, A., *The Rise of Tīmūr and Western Diplomatic Response, 1390-1405*, Journal of the Royal Asiatic Society, 5/3 (1995), pp. 341-349. Y Jackson, P., *The Mongols and the West*, Routledge, Londres/Nueva York, 2005.

320. Aunque la autoría del texto no es segura, se considera que, tras el regreso de la embajada a Castilla, las notas recopiladas por los escribas pudieron constituir la base sobre la que algún miembro de la delegación, probablemente Ruy González de Clavijo, redactó la relación definitiva que se entregó al rey Enrique III: López Estrada, F., (ed.) *Embajada a Tamorlán*, Madrid, Castalia, 2018. Vid. tb. López Estrada, F., *Ruy González de Clavijo. La embajada a Tamorlán. Relato del viaje hasta Samarcanda y regreso (1403-1406)*, Arbor 711/712 (2005), pp. 515-535.

321. Participar de estos festejos sin ofender a sus anfitriones constituía todo un desafío para Clavijo, que era abstemio. Cierto día en el que los emisarios coincidieron con una de las mujeres de Timur, esta quiso ofrecerles de beber —lo que era un gran honor—, y quedó muy sorprendida al comprobar que Clavijo no probaba ni una gota de alcohol. La esposa del emir se empeñó en hacerle cambiar de opinión, y el embajador y la reina discutieron largo rato hasta que la mujer, vencida, renunció a convencer al castellano de que abandonara sus estoicas costumbres.

322. Golombek, L., *The Gardens of Timur: New Perspectives*, Muqarnas, 12 (1995), pp. 137-147.

323. La ruta de regreso, que obligó a los castellanos a cruzar Asia Central durante el invierno, fue tan dura a causa del frío como la ida lo había sido por el calor, aunque la tristeza por el fracaso de la embajada se vio en parte compensada por la alegría de encontrar en Teherán a la mayoría de los compañeros que habían dejado el año anterior. Llegaron a Soltaniyeh, en el noroeste del actual Irán, a mediados de febrero de 1405. Poco después, comenzó a correrse la voz de la muerte de Timur, y el imperio se hundió en el caos. Los parientes del emir empezaron a matarse entre sí, los señores locales se atrevieron a apoderarse de las posesiones de los embajadores, y estos se vieron obligados a viajar en grupo por miedo a los bandidos. Cuando, por fin, arribaron a Trebisonda, el 17 de septiembre, se sintieron aliviados. Desde este puerto bizantino pudieron navegar de vuelta hasta Constantinopla, donde pasaron el otoño y embarcaron en un navío genovés que regresaba a Italia en enero de 1406. Después de cruzar el Mediterráneo, llegaron a Alcalá de Henares, donde los esperaba el rey Enrique III el Doliente, el 24 de abril. Habían estado fuera casi tres años, habían enterrado a un tercio de los integrantes de la expedición y no habían conseguido completar su embajada, pero, a cambio, pudieron describir a su rey las maravillas de las tierras de Oriente y dejarnos el hermoso relato de su aventura. Hoy, la calle que conduce al Gur-e Amir, una de las más importantes de Samarcanda, lleva el nombre de Ruy González de Clavijo, y su obra se considera una fuente imprescindible para entender el reinado de Tamerlán.

324. El cuerpo de Timur fue trasladado a Samarcanda y depositado en el mausoleo donde estaba enterrado su nieto. Tiempo después, su tumba se cubrió con un bloque de jade traído desde el desierto de Taklamakán y permaneció más o menos intacta hasta 1941. En junio de este año, un comité de especialistas soviéticos, del que formaba parte un antropólogo forense llamado Gerasimov, exhumó el cuerpo del emir para examinarlo. Descubrieron que Tamerlán era un hombre alto para la época (medía 1,73 centímetros), ancho de pecho y con huesos fuertes, que había sufrido heridas de consideración en el brazo y la pierna derechos; estas últimas le causaron, sin duda, una llamativa cojera. Gerasimov, que estaba especializado en reconstruir los rasgos faciales de un difunto a partir de su cráneo, realizó además un retrato del gobernante. Este tipo de representaciones no tienen demasiada base científica, pero, en el caso de Tamerlán, la efigie reproduce con tanto acierto los rasgos que se le atribuyen —la astucia, la determinación, la crueldad…— que el busto se ha convertido en la imagen más célebre del soberano. Por otro lado, como suele suceder con las tumbas famosas, la exhumación de Tamerlán llegó acompañada de una jugosa ración de leyendas y maldiciones. Se dijo que, al examinar el sepulcro, los investigadores se toparon con una inscripción que aseguraba que cuando el gran emir se alzara entre los muertos, la tierra temblaría, y que los que perturbaran su descanso provocarían la llegada de un invasor mucho más terrible que él. Pues bien, apenas unos días después de la apertura de la tumba, durante el verano de 1941, comenzó la operación Barbarroja y los alemanes invadieron la Unión Soviética. La historia es muy atractiva, pero lo cierto es que ni las inscripciones de la tumba de Tamerlán contienen maldición alguna, ni Hitler, por muy extravagante que fuera como gobernante, seguía las indicaciones que pudiera darle desde el más allá un caudillo muerto quinientos años antes. De hecho, los epígrafes que adornan su sarcófago y su cenotafio ni siquiera fueron realizados por el propio Timur. Fue su nieto, el ya célebre Ulugh Beg, quien trajo desde la cuenca del Tarim el gran bloque de jade verde que cubre la tumba del soberano y el que mandó inscribir en él un texto mucho más acorde a los intereses de la dinastía: una larga genealogía que emparentaba a Timur con Alí y Gengis Kan. McChesney, R. D., *Four Central Asian Shrines. A Socio-Political History of Architecture*, Brill, Leiden/Boston, 2021.

325. El cuerpo del Gran Príncipe fue depositado en el Mausoleo de Tamerlán, en Samarcanda, y aquí lo encontraron los investigadores que abrieron las tumbas timúridas en 1941. Al examinar el cadáver descubrieron que, efectivamente, las vértebras cervicales habían sido seccionadas con un corte muy preciso, realizado por una espada que debía de haber sido afilada con sumo cuidado para la ocasión.

326. Streusand, D. E., *Islamic Gunpowder Empires. Ottomans, Safavids and Mughals*, Westview Press, Filadelfia, 2011.

327. Dale. S. F., *The Legacy of the Timurids*, Journal of the Royal Asiatic Society, 8/1 (1998), pp. 43-58.

328. Crowley, R., *Constantinopla 1453: el último gran asedio*, Ático de los Libros, Barcelona, 2015. Nicolle, D., *La caída de Constantinopla*, Osprey-RBA, Madrid, 2011. Y Runciman, S., *La caída de Constantinopla 1453*, Reino de Redonda, Madrid, 2006.

329. Vasiliev, A. A., *Medieval Ideas of the End of the World: West and East*, Byzantion, 16 (1942-1943), pp. 462-502.

330. Como es natural, el misterioso destino de los hermanos genoveses suscitó todo tipo de fabulaciones. Una obra de viajes redactada por un sevillano a comienzos del siglo XIV, el *Libro del conoscimiento de todos los reynos*, contaba que los Vivaldi habían conseguido rodear el continente africano, pero naufragaron en las costas de Etiopía y permanecían allí cautivos desde entonces. Un tal Ser Leonis, hijo de uno de los hermanos, habría organizado una expedición de rescate que no pudo concluirse con éxito por la extrema peligrosidad de la empresa, y todavía en el siglo XV un aventurero genovés aseguraba que, durante sus viajes, había encontrado descendientes de los Vivaldi en algún lugar de Guinea. Moore, G., *La spedizione dei fratelli Vivaldi e nuovi documenti d'archivio*, Atti della Società Ligure di Storia Patria, 12/2 (1972), pp. 387-402. Y López-Portillo, J. J., (ed.) *Spain, Portugal and the Atlantic Frontier of Medieval Europe*, Routledge, Londres/Nueva York, 2013.

331. Gomes Eanes de Zurara (1410-1474), cronista portugués, comentaba que solo había constancia del paso de dos «expediciones» más allá del cabo: la de san Barandán camino del paraíso y la de dos galeras que lo habían rebasado para no regresar. Estas dos embarcaciones eran, naturalmente, los barcos genoveses de los hermanos Vivaldi. Reitano, E., *La construcción del mundo atlántico: Gomes Eanes de Zurara y su Crónica de Guiné*, en VV. AA., (Comps.), *Conflictos y resistencias: la construcción de la imagen del «otro»: selección de documentos fundamentales para la comprensión de la expansión atlántica,* City Bell/Teseo Press, Buenos Aires, 2021. Sin embargo, en el *Atlas catalán* (1375) se menciona a cierto Jaume Ferrer, navegante mallorquín, que habría recorrido la costa del Sáhara Occidental en busca del «Río de Oro» en 1346; no se aclara, eso sí, si su viaje concluyó con éxito.

332. El oro del Imperio de Mali procedía de yacimientos en la cuenca de los ríos Senegal (al que los europeos darían el nombre de Río de Oro) y Níger, cursos fluviales que, se creía, estaban conectados con el Nilo. Las gentes del Imperio de Mali cambiaban el oro por sal a los tuaregs del Sáhara, que lo transportaban hasta las costas del Mediterráneo. A orillas del *Mare Nostrum*, cristianos y musulmanes no necesitaban mucha imaginación para fantasear con las riquezas del Imperio de Mali y la misteriosa ciudad de Tombuctú, vedada a los extranjeros, porque las noticias llegaban con la misma regularidad que el oro. Todavía se recordaba la peregrinación de Mansa Musa (*ca.* 1280-1337) a La Meca, que había servido al soberano como excusa para repartir grandes cantidades del precioso metal. Poco después, en 1352, en el que fue el último de sus grandes periplos, el viajero musulmán Ibn Battuta (1304-1377) atravesó el Sáhara para conocer aquellas tierras exóticas y, de paso, asegurar su jubilación. Se unió a una caravana de mercaderes, visitó la ciudad de los comerciantes de sal, cuyas casas se construían con bloques de este mineral, y se adentró en la cuenca del Níger hasta la capital del imperio. Aquí vio oro y plata por todas partes, desde los batientes de la sala de audiencias de Mansa Sulayman, el hermano pequeño de Mansa Musa, hasta los ropajes del rey, las armas de sus soldados o los instrumentos de sus músicos. Pero Mansa Sulayman no había heredado la prodigalidad de su hermano, y para agasajar a Ibn Battuta le envió unas hogazas de pan, algo de carne y una calabaza con leche cuajada. El viajero musulmán, indignado por tanta racanería, tuvo que quejarse al soberano para que este le diera al menos algo de oro. En cualquier caso, la tacañería de su nuevo monarca no opacó el aura de riqueza que rodeaba la región. En el *Atlas catalán* (1375), el territorio al sur de Sáhara estaba ocupado por un hombre de piel oscura, vestido como un soberano occidental, que sostenía en la mano derecha una gran pepita de oro con un texto que rezaba: «Tan abundante es el oro hallado en su país, que él es el rey más rico y más noble de la Tierra». Blanchard, I., *Mining, Metallurgy and Minting in the Middle Ages. Vol. 3. Continuing Afro-European Supremacy 1250-1450*, Franz-Steiner, Stuttgart, 2005.

333. Crone, G. R., (ed.) *The Voyages of Cadamosto and other Documents on Western Africa in the Second Half of the Fifteenth Century*, Routledge, Londres/Nueva York, 2016.

334. Céspedes del Castillo, G., *La exploración del Atlántico*, Mapfre, Madrid, 1991. Y Fernández-Armesto, F., *Antes de Colón: exploración y colonización desde el Mediterráneo hacia el Atlántico, 1229-1492*, Cátedra, Madrid, 1993.

335. Los portugueses también contaban con la posibilidad de atravesar por tierra el continente, y la existencia de un reino cristiano en África podría facilitar la tarea. Sin embargo, las cosas no salieron como se esperaba. Alfonso de Paiva se dirigió al territorio etíope, pero murió antes de llegar. Covilha, un aventurero curtido, se las ingenió para viajar hasta los puertos de la costa occidental de la India, y pudo visitar Goa y Calicut. Una vez cumplida su misión regresó al continente africano. En 1490 lo encontramos en El Cairo, donde se enteró de la muerte de su compañero y desde donde pudo enviar una carta al rey Juan II, informándole de las particularidades de la navegación en el Índico y de las mercancías que podían encontrarse en los mercados de la India. Después se dirigió a Etiopía para completar la tarea del difunto Paiva. Aquí encontró, efectivamente, cristianos que lo acogieron y lo trataron con deferencia, pero que no le permitieron abandonar el reino. Parece que murió en África, sin poder participar en las grandes aventuras que protagonizaron sus compatriotas a apenas unos cientos de kilómetros de su exótica prisión, Diffie, B. W. y Winius, G., *Foundations of the Portuguese Empire, 1415-1580*, Universidad de Minesota, 1977.

336. Conocemos los detalles del primer viaje de Vasco de Gama a la India gracias a una crónica anónima, *Relação da Viagem de Vasco da Gama*, redactada por uno de los integrantes de la expedición, al que la mayoría de los investigadores identifican como Álvaro Velho.

337. Halikowski Smith, S., *Portugal and the European Spice Trade 1480-1580*, European University Institute, Florencia, 2001.

338. O'Rouke, K. H. y Williamson, J. G., *Did Vasco da Gama Matter for European Markets?*, The Economic History Review, 62/3 (2009), pp. 655-684. Subarhmanyam, S., *The birth-pangs of Portuguese Asia: revisiting the fateful long decade 1498-1509*, Journal of Global History, 2/3 (2007), pp. 261-280. Y Teles e Cunha, J., *The Carreira da Índia and the struggle for supremacy in the European spice trade, ca. 1550-1615*, RiMe. Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea, 9/2 (2021), pp. 77-103.

339. Tomé Pirés, *Suma Oriental*, II, 285.

340. Martínez Shaw, C. y Parcero Torre, C. M., (coords.) *Cristóbal Colón*, Junta de Castilla y León, 2006. Varela Bueno, C., *Cristóbal Colón, de corsario a almirante*, Círculo de Lectores, Madrid, 2006. Y Gil Fernández, J., *Columbiana: estudios sobre Cristóbal Colón 1984-2006*, Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 2007. Para las fuentes mencionadas en este capítulo: Colón, C., (Alvar, M., ed.) *Diario del Descubrimiento*, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1976, y Gil Fernández, J. y Varela Bueno, C., *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos, relaciones de viajes, cartas y memoriales*, Alianza, Madrid, 2022.

341. En Porto Santo y las Azores el mar arrastraba trozos de madera de especies desconocidas, troncos labrados de forma extraña e incluso cadáveres con rostros diferentes a los europeos. El propio Colón había sido testigo de uno de estos hallazgos en Galway (Irlanda), donde aparecieron dos leños que reproducían las formas de un hombre y de una mujer. Estos indicios de la existencia de tierra al oeste parecían confirmarse por el testimonio de algunos marineros, como cierto Antonio Leme, que aseguró que había visto tres islas después de adentrarse un buen trecho en el mar hacia el poniente.

342. Gil Fernández, J., *Mitos y utopías del descubrimiento: I. Colón y su tiempo*, Alianza, Madrid, 1989.

343. Cuando las críticas comenzaron a manifestarse de forma más virulenta, el almirante buscó fuentes de autoridad que le permitieran sostener sus teorías. Parece que fue entonces cuando se hizo con el *Libro de las maravillas del mundo* de Marco Polo, y podría atribuirse a este período la supuesta correspondencia que intercambió con Toscanelli. En las biografías contemporáneas de Cristóbal Colón se aseguraba que el genovés no solo conocía la carta que Toscanelli había enviado a la corte portuguesa, sino que también había mantenido sus propios intercambios epistolares con el sabio florentino. Sin embargo, estas dos afirmaciones, como muchas relacionadas con Colón, podrían ser interesadas. No es seguro que tuviera acceso a las informaciones que Toscanelli envió a los lusos, y las cartas que supuestamente le habría remitido el florentino, que aparecen recogidas en las biografías de Colón, se tratarían quizás de una falsificación cuya autoría todavía es objeto de debate, pero cuya finalidad no era otra que apuntalar el maltrecho prestigio del genovés.

344. VV. AA., *Congreso Internacional de Historia «Primus circumdedisti me». Valladolid, 20-22 marzo 2018: V Centenario de la primera vuelta al mundo*, Ministerio de Defensa, 2018. Y Guerra, A. y Vázquez Cámpos, B., (coord. y ed. lit.) *El viaje más largo: la primera vuelta al mundo*, Ministerio de Cultura, Acción Cultural Española, 2019. Conservamos el relato del viaje gracias a los testimonios de los marineros tras su regreso a la península. Yarza Urquiola, V., *La carta-relato de Maximiliano Transilvano sobre la expedición de Magallanes-Elcano. Primera vuelta al mundo (1519-1522)*, Veleia 40 (2023), pp. 155-201. Y, sobre todo, por la relación de Antonio Pigafetta, un italiano que participó en la expedición: Pigafetta, A., (de Riquer, I. trad.) *La primera vuelta al mundo. Relación de la expedición de Magallanes y Elcano*, Alianza, Madrid, 2019.

345. El apelativo está bastante lejos de la realidad, porque el Pacífico es un océano violento y tempestuoso. Sin embargo, la expedición española tuvo la fortuna de que aquel año bañara las aguas de Sudamérica una corriente cálida proveniente de Indonesia que provoca un fenómeno conocido como El Niño. Esto sucede una vez cada cinco o siete años y hace que la pesca escasee, pero que la navegación resulte mucho más tranquila. Fitzpatrick, S. M. y Callaghan, R., *Magellan's Crossing of the Pacific*, The Journal of Pacific History, 43/2 (2008), pp. 145-165.

346. La Trinidad, la nao capitana de la flota de Magallanes, estaba en un estado tan lamentable que no pudo abandonar las Molucas con la Victoria. El barco fue reparado en Tidore, pero para cuando pudo hacerse a la mar, en abril de 1522, los vientos del monzón habían cambiado su curso, impidiendo la singladura hacia el oeste. Gonzalo Gómez de Espinosa, el capitán de la *Trinidad*, resolvió poner rumbo al este y buscar una ruta de regreso a América. Navegaron hacia el norte durante cuatro meses, soportando temporales, falta de víveres y escorbuto, que se cobró la vida de más de la mitad de los marineros. Al final, después de haber alcanzado, sin saberlo, la altura de las costas de Japón y hallándose muy cerca de las corrientes que los habrían conducido a California, los exhaustos tripulantes decidieron regresar a las Molucas, donde fueron hechos prisioneros por los portugueses. La mayoría murió durante el cautiverio, y los que regresaron a España lo hicieron en 1526, siete años después de haberse embarcado en la flota de Magallanes.

347. Truchuelo García, S., (coord.) *Andrés de Urdaneta: un hombre moderno*, Ordizia, Ordizia, 2009.

348. Schurz, W. L., *The Manila Galleon*, E.P. Dutton & Co, Nueva York, 1939. Flynn, D. O. y Giráldez, A., *Born with a «Silver Spoon»: the Origin of World Trade in 1571,* Journal of World History, 6/2 (1995), pp. 201-221. Brasó Broggi, C., (coord.) *Los orígenes de la globalización: el Galeón de Manila*, Shanghai, 2013. Giráldez, A., *The Age of Trade. The Manila Galleons and de Dawn of the Global Economy,* Rowman&Littlefield, Londres/Nueva York, 2015. Y Gordon, P. y Morales, J. J., *La plata y el Pacífico. China, Hispanoamérica y el nacimiento de la globalización, 1565-1815*, Siruela, Madrid, 2022.

349. Canepa, T., *Silk, Porcelain and Lacquer: China and Japan and their Trade with Western Europe and the New World, 1500–1644*, Leiden University, Leiden, 2016.

350. Tracy, J. D., *The Rise of Merchant Empires. Long Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

Mapas: Germán Ampiee
Ilustraciones: Archivo de la autora y Wikimedia
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2024
ISBN: 978-84-1384-932-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.